

LOS ESPAÑOLES
Y
LOS EUSKALDUNES

Joxe Azurmendi

LOS ESPAÑÓLES
Y
LOS EUSKALDUNES

Joxe Azurmendi

Traducción de
Edorta Agirre

© Joxe Azurmendi

© Para esta edición

Argitaletxe HIRU, S.L.

Apartado de Correos 184

20280 HONDARRIBIA (Guipúzcoa / Gipuzkoa)

Diseño de portada:

E. Forest.

Depósito Legal NA.: 2.118-1995

ISBN: 84-87524-83-4

Imprime: Gráficas Lizarra, S.L. (Estella – Navarra)

Este libro ha sido editado con una
ayuda del Ministerio de Cultura

IDEOLOGÍAS LINGÜÍSTICAS RENACENTISTAS

1. “Quitarles los Fueros no es suficiente, tenemos que quitarles ahora su lengua”.

MADRID
El Imparcial

2. “Queremos una nación con una sola personalidad: la española; y con una sola lengua: la castellana”.

FRANCISCO FRANCO
Jornal do Brasil

3. “*Paris Match*: ¿Se hará el bachillerato en vasco o en catalán?

A. Suárez: Su pregunta –perdóneme– es idiota. Encuéntreme en primer lugar profesores que puedan enseñar química nuclear en vascuence...”

4. “El euskera es una lengua que sirve para andar por casa y sólo entre ese 30% que es euskaldun”.

FERNANDO BUESA
Vicelehendakari del Gobierno Vasco

Conclusio: Semper idem.

PREFACIO

Joxe Mari, al teléfono: “Oye, que el otro día mencionaste lo de Túbal, ¿no?”. “Sí, ¿pues?”. En casa de su suegro, entretenido en ojear libros, halló al parecer una vetusta Historia de España de S. Calleja Fernández, de 1915, la sexagésimo sexta edición, “declarada de utilidad para la enseñanza por Real Orden”, etc., etc., cuyo primer capítulo comienza así:

Pregunta: ¿Quién fue el primer poblador de España?

Respuesta: El primer poblador de España, después del diluvio universal, se supone que fue Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé, que vino a España en el siglo veintidós antes de Jesucristo: se ignora en qué punto fijó su residencia.

El relato de Túbal no sólo nos pertenece a los euskaldunes... De todos modos, no creía que durase tanto en ningún sitio. Desde luego, bien rancio es ese cuento. Rancio y frecuentemente utilizado para burlarse de los euskaldunes. Una de esas burlas fue la que motivó el texto que tiene Vd. entre manos; relatos y fragmentos similares constituirán el eje de esta obra.

Ahora bien, ¿cuándo se escribieron estos borradores para “Otra filosofía de la historia de Euskal Herria”? Calculo que fue en mayo o junio de 1976, más o menos. Ahí queda centrada la iracunda respuesta provocada por unas declaraciones de Sánchez Albornoz. El autor, a la sazón, solía tener noticia de Euskal Herria mediante las revistas *Zeruko Argia* y *Anaitasuna*. En *Argia* del 9 de mayo de 1976 (núm. 687) apa-

rece el artículo de Martín Ugalde: "Sánchez Albornoz eta euskaldun atzeratuak"¹. De aquella fecha datará el fragoroso comienzo de este trabajo.

Se escribió demasiado aceleradamente, sin duda, como tantas otras cosas. Un par de meses desde el comienzo a la conclusión, primeras y segundas escrituras incluidas. Tal como expresa el autor en una carta a Joseba Intxausti, de fecha 15 de julio, (puesto que, en estos asuntos, Joseba ha sido siempre más capaz que el autor de esta obra), continuando con las críticas y sugerencias hechas por aquél a este trabajo (según su carta, "todo se ha reformado"), para esa fecha ya venía el manuscrito por correo de Alemania a Tolosa, tras haber sido realizadas todas las correcciones y añadidos necesarios.

Por último, en *Anaitasuna* del 15 de noviembre del mismo 1976 (núm. 328), se anuncia que a este ensayo le ha sido concedido el Premio "Andima Ibinagabeitia", ex aequo con "Jon Miranderen Haur Besoetakoaren azterketa", de A. Eguzkitza. Dicho galardón lo otorgaba *Euskara Lagunen Elkarte*² de Caracas y componían el Jurado Alfontso Irigoien, Juan. A. Letamendia y Juan Anjel Etxebarria.

Aquel trabajo ha permanecido encerrado todos estos años en los archivos de JAKIN. Entre tanto, aunque ni yo mismo me he preocupado excesivamente de este asunto, la necesidad de leer otros textos me ha procurado materiales en muchísimas ocasiones. Si era posible, los recogía; de lo contrario, tomaba nota para poder recuperarlos cuando tuviera ocasión. Esto es precisamente lo que he realizado ahora, animado por el joven Xabier Mendiguren y apoyado por una beca del Gobierno Vasco: registrar entre viejos apuntes, revisar fichas y compilar indicaciones, solicitar fotocopias a mil y un sitios, encerrarme durante varias semanas en la biblioteca de Romanística y rehacerlo todo, de arriba a abajo, de nuevo bastante confuso y bastante aprisa, necesariamente. Desaría olvidar y abandonar esas cuestiones. No me agradan. Son feas, en cierto modo, si no se toman a broma, como juego.

¹ "Sánchez Albornoz y los retrasados euskaldunes".

² Asociación de Amigos del Euskera.

De todas formas, no sé qué valor podrá tener pero alguien ya nos ha ridiculizado de ganas a cuenta de ellas. No pocos caballeros andantes se habrán sentido nuevos Quijotes, venciendo en feroces batallas a los molinos de viento diseñados por su tinta. A la postre, uno no sabe si la sarten rechaza al cazo porque ignora cómo es su culo o por su natural estupidez. A fuer de repetirse, al final estas cuestiones se vuelven aburridas y algo vergonzosas también, aun por mera vergüenza ajena. En 1929 Julio Urkixo declaraba así en su ingreso en la Real Academia Española:

¿Cómo extrañarse de que Andrés de Poza, Baltasar de Echave, Joannes d'Etcheberry, el capitán Perochegui, el P. Larramendi, Julián de Churruca, d'Iharce de Bidassouet, Darrigol y otros autores, que después de todo eran autodidactos en materia lingüística, nos hablaran del origen divino del vascuence, de su supuesta condición de lengua primitiva de la humanidad, de la lógica perfecta de su gramática, cuando los gramáticos profesionales de otros países incurrían en aberraciones similares, y ni admitían, como hoy se admite, la inconsciencia de muchos fenómenos del lenguaje, ni habían caído aún en la cuenta del carácter más emocional que lógico de las lenguas?

Precisamente, uno de los errores que más retrasó el progreso de nuestros estudios, lejos de ser nuestra invención, nos lo inculcaron los celtistas. Davies, a través de Astarloa, es el verdadero culpable de un erróneo sistema etimológico, seguido hasta una época relativamente reciente entre nosotros. Entretenidos en la quimérica labor de buscar un significado determinado a cada una de las letras del alfabeto, muchos vascófilos dejaron de percibir que la palabra no es la definición lógica, sino el signo del objeto o de la idea que representa.

Mediante la expresión “Época relativamente reciente”, nuestro Don Julio nos recuerda a otro Don Julio, Cejador y Frauca (1864-1927), célebre filólogo fallecido un par de años antes: catedrático de la Universidad Central en Madrid, grande de por sí y en opinión de sus amigos, “Astarloa redivivo” y “Erro resucitado y aumentado”, en palabras de Orixe. Éste lo describía como “ni grande, ni pequeño, un don nadie, un puro comediante”. (Él era ex-jesuita y Orixe lo odiaba). El éxito que en España tuvo fue debido únicamente a la ignorancia pedestre de España.

Nuestras guerras de apologistas son casi antigüedades históricas. An-

tes de la guerra española, los vascófilos han debido librar dos tipos de pelea en pro del euskera (tal vez, las cosas no han cambiado demasiado): a) contra quienes deseaban ridiculizar la actual vascofilia, burlándose de los antiguos apologistas (en favor de los actuales movimientos culturales y literarios, por tanto); b) contra los lunáticos seguidores de aquellos mismos apologistas (en pro de una valoración e investigación seria, objetiva, del euskera).

J. Alemany, de la Real Academia Española, por ejemplo, tomando como excusa un estudio sobre el verbo, ponía en solfa a Larramendi y los apologistas primero, y el valor del euskera después, en el *Boletín de la Real Academia Española* (febrero de 1927, pág. 52-81): “La lengua vasca actual no tiene ninguna de las excelencias de que tanto se envanece algunos extremados vascófilos, hasta el punto de haberla llamado única y señora en el mundo. Es una lengua como otras muchas, y más imperfecta que otras muchas...”. Orixe, con toda razón, le desafió: “Mejor hubiera sido que el señor Alemany hubiera dejado en paz a Larramendi y hubiera cazado alguna afirmación parecida en Azcue”. Urkixo dio su respuesta científica (RIEV, 1927), con absoluto respeto. Orixe, desde esta misma perspectiva pero con mayor vanidad, como él sabía, lo calificó de “modelo de indocumentación y de labor tendenciosa”. Cuántas estupideces no habrán sido difundidas, con ampulosa rúbrica, como dogmas académicos y científicos! “Hablar hoy del verbo vasco entreteniéndose en refutar a Larramendi con mejor o peor fortuna, y no citar siquiera al príncipe Bonaparte, a Campión, a Azcue, que habían ya refutado los puntos de Larramendi que Alemany combate (...) no es para impresionar a los entendidos; pero como la firma es autorizada en otras materias, y los lectores españoles en general están ayunos en lo que se refiere al idioma vasco...” (*Euzkadi*, 13.04.1927). A pesar de que la discusión parecía ser filológica, el verdadero propósito del señor Alemany, para criticar en un sentido objetivo “científico” las “exageraciones” de los antiguos apologistas, era éste: “Por lo dicho creo yo que harían muy bien los vascuences (!), y también los demás (?), en inventariar su lengua para que no quede olvidado ningún rasgo, frase o palabra de ella; pero no en procurar el resurgimiento y cultivo de la misma; porque a este paso, y con ese insano espíritu regional que inspira a algunos, como el de los

exaltados catalanistas (...) llegaríamos a una nueva torre de Babel, cuando a lo que ha de tender todo hombre consciente de su deber humano (!) es a ver realizado en el mundo lo que leemos en el Evangelista San Juan, en X, 16 (...) *et fiet unum ovile et unus pastor*. Y una lengua también, digo yo, que aunque no lo diga expresamente el Evangelista, se desprende de lo que dijo”.

(Antes se aducía la razón del evangelio como hoy día se aduce la de la unión europea: la razón es siempre la razón, lo único que cambia es el collar).

El segundo tipo de enemigo lo encontramos en Cejador, desde la perspectiva de los vascófilos, amigo de éstos y defensor del euskera, en apariencia: el euskera es la lengua primigenia de toda la humanidad y, por tanto, madre de las otras lenguas, etc. Todas las escrituras del mundo han surgido a partir de la del euskera, como lo demuestra el plomo de Alcoy: “El estudio del alfabeto ibérico nos ha mostrado que de él salieron los alfabetos más famosos del viejo continente (...); ese alfabeto ibérico es el alfabeto del vascuence, de la más antigua lengua conocida europea, *de la lengua nacional de los españoles*”. Claro. Las grandezas de España son las del euskera. Porque, efectivamente, ese trozo de plomo prueba también la incomparable primacía literaria y cultural de los españoles: “Nadie se figuraría que en un plomo con letras ibéricas iba a encontrarse con un trozo literario tan artístico, tan preñado de chiste, de fina guasa, de buen humor, un diálogo que parece arrancado a la realidad por el mejor de nuestros dramaturgos posteriores. Ello supone gran cultivo de las letras entre los españoles en su propia lengua, el vascuence, antes de llegar acá los romanos”. Es decir, el mundo ha sido civilizado no por Roma, sino por España. España le ha dado arte, cultura, letras. ¿No le daría incluso la lengua misma? Es probable que así fuera: “El idioma primitivo y su escritura tenían que ir a la par y hallarse en la misma RAZA ESPAÑOLA”. Cómo no.

Se ha solido decir que lo principal que debemos a vascófilos extranjeros –Humboldt, Bonaparte, Schuchardt– es el nuevo modo de ver el euskera, más libre y amplio, una nueva ambientación, una modernización en los planteamientos, liberando la cuestión lingüística de los eternos discursos ideológicos apologeticos. Comenzando en el siglo XIX

y llegando hasta hoy, los lingüistas extranjeros ha aportado una enorme ayuda para transformar profundamente el mundo de la investigación del euskera. Si la fantasía tiene su cronología, al igual que la ciencia, se podría pensar que deberían haber pasado a la historia los tiempos de la mitología referente a la lengua y, asimismo, los de los exageradores más ilustrados sobre aquella mitología. Son, verdaderamente, historias de otrora. Pero tal vez no estén tan pasadas. En otras palabras, los vascófilos –aun gracias a los extranjeros– nos enteramos hace tiempo y tuvimos que abandonar aquellos cuentos –¡qué remedio!–. Pero algunos que desconocen absolutamente otra cultura que no sea su España cañí, acaso no se hayan enterado todavía de que los intereses, los tiempos y los asuntos han cambiado, y todavía están convencidos de que son cuestiones tremendamente interesantes (“para impresionar a los no entendidos”, según decía Orixe).

Qué es lo que sucede? Entre otras cosas, en el fondo se detecta también un problema de ceguera o incultura. El tubalismo, el cantabrismo, etc. no son en sí historias sumamente interesantes. Pero podrían llegar a ser seductoras, si fueran tomadas como peculiaridad y fenómeno específico para un estudio de la vascofilia y de la mentalidad euskaldun. Entonces, los rastreadores de uno u otro signo de la “vascofilia esencial” o de la “mentalidad euskaldun” típica vuelven, ávidos, a aquellos mitos, como en busca de la prueba que les corrobore su razón. (Desean pelear en el pasado una pelea de hoy y, si nos descuidamos, realizar una pelea política con la pluma científica). Los críticos modernos ilustrados (los ilustrados siempre estuvieron por encima del euskaldun corriente, ahora también lo están) investigarán a los apologistas mitófilos para proclamar “Mira el euskaldun, qué bárbaro, qué irracional”: habremos de purgarlo, por los siglos de los siglos, como si fuera el pecado nacional.

Me daba un poco de vergüenza empezar ahora a revolver estas aguas. ¿Es posible que aún subsistan sentimientos malignos entre los pueblos? ¿No será mejor, de una vez por todas, olvidar y abandonar todas esas historias? Sinceramente, son historias del Antiguo Testamento. En éstas, la ajada Historia de España de Calleja me ha animado algo, con sus Túbales y sus Jafetes. Ha sido asignatura oficial española casi hasta la República! Joxe Mari y sus siempre buenas ideas!

En esos términos transcurrirá este libro. No sé si merece la pena. Como se ha dicho, unas declaraciones de Sánchez Albornoz desencadenaron el tema básico y a éste se le han añadido mil y un parches posteriormente. Pero no es una investigación. Quizá sea un juego; pero no, en modo alguno, un mero pasatiempo para no reflexionar. Acre, pero también dulce: que sirva, en las vespertinas horas de lectura, si no para que nuestros eternos ilustradores de nuevo se ilustren —escribo para los euskaldunes—, sí al menos para divertirnos un poquito con quienes nos han ridiculizado.

I

LOS EUSKALDUNES:
VACIOS SIN ROMANIZAR

UN TEXTITO Y SU CONTEXTITO

El preclaro señor Claudio Sánchez Albornoz será, cómo no, quien dé su nota peculiar, siempre altisonante:

Mire, los catalanes son inteligentes y por lo tanto comprenden que su papel es lograr cierta autonomía... No creo que en Cataluña haya ningún problema separatista...

Los gallegos son gente inteligente y no creo que allí haya tampoco problema alguno.

El problema es Vascongadas. Sé que los vascos se van a irritar por lo que voy a decir pero, como es verdad, no temo ese enojo:

LOS VASCOS SON LOS ÚLTIMOS QUE SE HAN CIVILIZADO EN ESPAÑA; TIENEN MIL AÑOS MENOS DE CIVILIZACIÓN QUE CUALQUIER OTRO PUEBLO... SON GENTES RUDAS, SENCILLAS, QUE ADEMÁS SE CREEN HIJOS DE DIOS Y HEREDEROS DE SU GLORIA, Y NO SON MÁS QUE UNOS ESPAÑOLES SIN ROMANIZAR...

Pero yo le decía al presidente del Gobierno Vasco cuando yo era presidente de la República (en el exilio): hablen el vasco, si es que pueden, porque la mayoría no lo saben, pero a pagar impuestos como todos los españoles.

Taciturna retorna la nocturna turba... con diáfanas intenciones. Los catalanes son inteligentes... Los gallegos son gente inteligente... El problema es Vascongadas.

Nosotros no somos inteligentes. Hace tiempo nos enteramos, (lo suyo costó); al final, los españoles consiguieron hacernos aprender cuán

tontos somos. Y, como Sánchez Albornoz debe saber, lo primero que hace el tonto es no reconocer su inteligencia al inteligente. Sánchez Albornoz no se extrañará, pues, de que a los párrafos reseñados no les hallemos grandes rasgos de inteligencia.

Llamar tonto al tonto no parece propio de inteligentes, sino de jefes vanidosos. Además, la inteligencia estéril de Sánchez Albornoz no nos vuelve más tontos. Ni, apenas, más inteligentes. Las cosas han quedado casi como estaban. Incluso lo que nos ha dicho Sánchez Albornoz es bastante viejo. Hace muchos años, muchos siglos que los españoles nos dicen lo mismo.

Por lo visto, a Sánchez Albornoz, aunque él sea inteligente, le parecen extremadamente inteligentes estas ideas suyas. A decir verdad, no son fútiles. Son producto de largas reflexiones. Áureas. Nos las repite una y otra vez, aquí y allí. Ha analizado profundamente el hecho vasco: *y me parece seguro que quienes hoy se llaman vascos –en verdad están vasconizados– no son, mal que les pese, sino españoles todavía no romanizados de manera integral*. Eso es Euskal Herria y no otra cosa: *no romanizada o, lo que es igual, no occidentalizada aún...* Pero los incivilizados, los aún no occidentalizados tenemos, dichosamente, parte en esa “comunidad de destinos de todos los hispanos” (pero, bueno, ¿es que no poseemos un lenguaje medio conocido, acaso?). Y, gracias a ello, es decir, gracias a España, Euskal Herria se ha convertido en un minúsculo algo. ¿Si no? Si no, cero. Euskal Herria sin esa España, cero patatero.

El País Vasco ha escrito páginas brillantes de la historia española, como las otras comunidades históricas que integran España. Los vascos han hecho maravillas... como españoles y conforme a la contextura temperamental hispana. Sus magnas figuras históricas no han pensado, ni han escrito, ni han obrado como vascos; todo lo que han hecho de grande y universal ha sido dentro de la órbita vital y cultural de España. Desde Elcano, Francisco de Vitoria –era burgalés, pero de remota estirpe vasca–, San Ignacio y Legazpi, hasta Unamuno, Zuloaga y Baroja, cuantos vascos famosos pueden señalarse han sido españoles ante todo y por encima de todo; y como españoles han colaborado en las grandes aventuras culturales de Europa. España los debe al país vasco; pero sin España ninguno de esos nombres figuraría hoy en los anales de Occidente. Y hasta el mismo nom-

bre de Vasconia sería una sombra sin vida perdurable. Gracias a no haber vivido una pura vida aldeana y marinera entre el mar y los montes, a haber sido preciadísimas y preciosísimas porciones de España y del pueblo español, Vasconia y los vascos han ocupado y ocupan aún un puesto al sol de la historia.

Mira qué dulce. Todo eso se lo debemos a España: nos ha puesto “cara al sol” en la historia. Ha permitido que le sirvamos. Y nosotros, desagracedidos, siempre hacia las tinieblas. No hay derecho. Menos mal que España no carece de hombres inteligentes como Sánchez Albornoz para llevarnos a los vascos por la senda del bien. Gracias, muchas gracias.

Por todo ello, si nos enfadamos tras leer el citado pasaje, sepa el señor Sánchez Albornoz que únicamente nos habremos enojado por obedecer a tal inteligencia, ya que así lo profetizó él. También nos hemos disgustado un poco porque, tras tantísimo tiempo siendo euskaldunes, no hayamos hallado en el camino un solo hijo de Dios. He ahí la diferencia entre el inteligente y el tonto. Como Sánchez Albornoz con toda su inteligencia ha conseguido sacarnos tantas y tantas cosas puede afirmar acerca de todos los vascos: *los vascos... se creen hijos de Dios y herederos de su gloria*. Efectivamente, no hay hijo de madre en Euskal Herria que no responda a dicho arquetipo.

No es nuestra intención entablar un combate con Sánchez Albornoz, para determinar quién es más inteligente; mucho menos con catalanes y gallegos. Lo mejor que puede hacer el tonto es quedarse en casa. Nosotros, al menos, preferimos quedarnos en la nuestra. Desearíamos, incluso, que también Sánchez Albornoz se quedase en la suya, si es que toda su inteligencia le cabe allí. Nosotros recordamos una lección aprendida de nuestros tontos antepasados: *hoboro daki erhoak bere etxean, ezi ez zuhurak bertzerenean*³. Por supuesto, la civilización romana no consiste en permanecer cada cual en su casa, sino en enseñorearse en la ajena. Ya que Sánchez Albornoz está tan romanamente civilizado, en absoluto cuesta entender que no pueda permanecer en su casa y tenga que penetrar en la de los incivilizados. Eso es muy español.

³ Más sabe el tonto en su casa que el listo en la ajena.

En Sánchez Albornoz hallaremos la carencia del tacto del político, el gusto de la persona educada, la caballerosidad de quien debe cuidar qué es lo que ataca y cómo queda lo atacado, etc. Lo que falta no es inteligencia. Es propio de muy inteligentes concluir así las relaciones entre tontos e inteligentes:

- *hablen el vasco, si es que pueden...*
- *pero a pagar impuestos.*

El César ha muerto, ¡viva el César! A quien tales conclusiones saca se le nota, automáticamente, que es mil años más civilizado que nosotros. Éste será, como poco, padre y abuelo de Dios.

Por culpa de nuestro milenarismo retrasado, no nos las arreglamos con los conceptos. No sólo: como bien sabían algunos castellanos que desconocían el euskera, ningún concepto abstracto puede expresarse en euskera. No tiene nada de extraño, pues, para un señor inteligente y civilizado como Sánchez Albornoz que quienquiera de nosotros ignore absolutamente qué es la inteligencia. Por ello le deberíamos mostrar nuestro reconocimiento, al habernos explicado tan claramente quién es inteligente: ser inteligente es no ser separatista. No nos ha explicado qué es ser separatista, pero eso lo puede dejar para otra ocasión, ya que seríamos demasiado zoquetes para aprenderlo todo de una sola vez. Desde ahora sabemos cómo conseguir, de un salto, el adelanto milenarista de los castellanos y la ventaja de la inteligencia de los catalanes y gallegos. No, aún no lo sabemos. Sánchez Albornoz nos ha explicado las cosas con más claridad que un escolástico. Y eso es sólo una definición negativa. La definición positiva de euskaldun inteligente (es una abstracción, se trata de un euskaldun hipotético, claro, porque todavía no existe nada así) precisa de algún elemento más: romanizado y... *a pagar impuestos.*

Mucho ha dicho Sánchez Albornoz en pocas palabras. De un solo plumazo ha dirimido qué es civilización. Civilización es romanizarse. Qué es romanizarse no nos lo ha explicado, claro, para no agotar nuestra sesera. Eso queda para otra. Demasiados embrollos, incluso para esa otra. De algún modo, los euskaldunes estamos algo romanizados, bastante romanizados. (Tal vez lo que nos quiere decir Sánchez Albornoz es que esa romanización no es civilización. No le diríamos que no). Por

otra parte, grandes Autores hallamos que aseveraban que la España prerrománica todo había perdido, que había tomado la lengua románica pero que jamás se romanizó. Que España es cualquier cosa, menos romanizada. Encontramos también algún español que se sentía orgulloso de su sangre goda o de su cultura árabe. Nos importa un rábano que los españoles se sientan godos, agotes o sobrinos de árabes, mientras no se vean como hijos de Dios. Eso queda reservado para nosotros. Aun así, somos conscientes de nuestra calamidad, al no haber sido romanizados, carecer de sangre goda, estar sin romanizar y, por tanto, ser tan incivilizados. Ya sabemos qué hay que hacer inmediatamente. Y luego... *a pagar impuestos.*

En ese *a pagar impuestos* se condensa, seguramente, el fundamento básico sustancial nuclear de la inteligencia, civilización y romanismo de Sánchez Albornoz. A partir de ahí, nos concedería incluso la prerrogativa de hablar en euskera. Mirad, qué bípedo tan democrático. Al parecer, la diferencia que existe entre un español romanizado-civilizado demócrata y un español romanizado-civilizado no demócrata, en lo concerniente a los euskaldunes, descansa fundamentalmente en esto: el demócrata nos consiente incluso hablar en euskera (si somos capaces y tras pagar los impuestos), el otro ni siquiera nos quiere permitir hablar en euskera. Por otra parte, el español, demócrata o no, en comparación con el euskaldun, siempre es civilizado e inteligente. Por tanto, ¿cómo no va a ser lo más congruente del mundo que los euskaldunes paguemos impuestos a tanta civilización e inteligencia?

Franco ha muerto. Albornoz representa un nuevo tipo de político. El tipo de político romanizado-civilizado democrático. El político que llama España a la civilización. Él es quien define qué es España y quien determina qué es civilización. Los otros, los políticos romanizados-civilizados no democráticos eran muy diferentes. Eran malos. Enormemente civilizados, sí. Profusamente romanizados, también, al parecer: a uno que se creía hijo de Dios, los romanos lo crucificaron; precisamente por eso, los romanizados pretenden hacer algo similar con los euskaldunes, porque se creen hijos de Dios. Se trata de un comportamiento muy romanizado-civilizado. Pero esos políticos no eran democráticos, no han crucificado sólo a los euskaldunes, sino también a algún romanizado-civilizado, un

par de ellos: a eso no hay derecho. No había derecho a obligar a vivir en el destierro a señores tan inteligentes como Sánchez Albornoz.

De nuevo es el turno de los romanizados-civilizados. Las cosas cambiarán radicalmente. Por supuesto, la autoridad seguirá conformada por señores inteligentes. A quien lleva un retraso de mil años de civilización, a los euskaldunes que, como se sabe, son *gentes rudas y sencillas*, la parte que les corresponde es, obviamente, pagar religiosamente sus impuestos. ¿Qué sería de nosotros si no nos gobernasen, apiadadas, esas gentes romanizadas, civilizadas, inteligentes?

Han surgido muchos problemas entre euskaldunes y españoles. Se entiende. La solidaridad entre tontos y gente tan inteligente, necesariamente, debe ser difícil. Si unos incivilizados se ponen a vivir junto con la gente civilizada, ésta lo tiene crudo, ya que fatalmente van a surgir conflictos. ¡Pocos disgustos les hemos causado a los pobres españoles! Es lógico, por tanto, comprender que de vez en cuando les saquemos de sus casillas y, agotada su santa paciencia, nos traten con cierta severidad.

Para evitar que esto suceda en lo sucesivo, se habrán de articular las relaciones entre euskaldunes y españoles sobre unas bases absolutamente nuevas. El mismo Sánchez Albornoz nos ha perfilado dichas bases, que van a constituir el garante de nuestra alianza democrática. He aquí los fundamentos civilizados y democráticos:

Uno: los euskaldunes *no son más que unos españoles sin romanizar.*

Dos: los euskaldunes *son gentes rudas, sencillas, que además se creen hijos de Dios.*

Tres: *los vascos... tienen mil años de civilización menos que cualquier otro pueblo.*

Cuatro: *a pagar impuestos.*

Con este novísimo tipo de políticas y políticos, se acabaron las desgracias de los euskaldunes ¡Viva la democracia!

PROBLEMAS DE XENOFOBIA

No son más que unos españoles sin romanizar. ¿qué quiere decir esto exactamente? Podemos pensar qué quiere decir ese *sin romanizar*. Pero, ¿de dónde ha salido ese *no son más que unos españoles*? De aquel *sin romanizar* no se sigue bien lo de *no son más que unos españoles*. Ni tampoco al contrario.

Por supuesto, eso ha salido de otra parte.

Eso no ha surgido del conocimiento de la historia ni de la sabiduría del sabio. La historia no enseña sino historia. Y esa frase enseña algo más que historia.

Por otro lado, ¿qué conciencia cristiana es esa de *no son más...*? Aunque se trate de un individuo sin romanizar, ¿es acaso menos ser español que ser hijo de Dios?

También lo otro es muy bonito:

– *Los vascos... son gentes rudas, sencillas, que además se creen hijos de Dios.*

– Los vascos... tienen mil años menos de civilización que cualquier otro pueblo.

– *Los vascos son los últimos que se han civilizado en España.*

Si fuera posible realizar estadísticas sobre el nivel de civilización, de acuerdo, tal vez los vascos mostraríamos un retraso de civilización de quinientos o seiscientos años, en comparación con castellanos, catalanes y gallegos. No lo sé. Pero, ¿de qué sabe Sánchez Albornoz que sufrimos un retraso de mil años exactamente, y no de quinientos o de dos mil?

Desconocemos estadística alguna que haya mostrado que los euskaldunes somos *gentes más sencillas, más rudas* que el resto. Vivir sin creer que se es hijo de Dios es totalmente imposible, salvo para algunos pocos, incluso en Euskal Herria. ¿Quiénes son esos euskaldunes de ahí arriba?

Si comprendemos bien, los euskaldunes que ahí se mencionan no son coetáneos sino contemporáneos, los del siglo XVI o XVII, los del siglo X y, tal vez, los de tiempos de Jesucristo, todos juntos. Así es, efectivamente: *cuando San Isidoro resumía en el siglo VII la cultura clásica de Sevilla, los vascos eran todavía paganos y adoraban al fuego, y así siguieron hasta el siglo IX*, razona Sánchez Albornoz. ¿No nos muestra acaso cosas algo lejanas? Usted, euskaldun que sale a la calle, es adorador del fuego; es usted el mismo que describió Aymeric Picaud; es usted Garibay y Astarloa, etc. Sin embargo, el castellano que camina por la acera es, no lo olvide, San Isidoro de Sevilla, Cervantes, Cristóbal Colón, etc., y como tal le son debidos honor, fama y respeto, aunque sea el último mono.

Eso es tener sentido de la historia: ¡el maravilloso sentido de las colectividades históricas!

Conocemos también a otros Autores con un similar sentido de la historia: Maurice Barrès y otros, todos ellos en torno a la *Action Française* de Maurras. Tampoco para ellos contaba el hombre corriente de carne y hueso, sino el *integral*, es decir, los franceses —de algún modo— históricos que ellos inventaban. Lo francés de estos estaba constituido por algunas esencias nacionales que aquéllos sacaban de antiquísimas cajas medievales y aún anteriores. Construían, a base de petachos y remiendos de héroe nacional, una especie de espantapájaros que, a simple vista al menos no era francés, pero ellos afirmaban que lo era. Eso es lo francés, cada francés un héroe nacional... Pero también se han observado guiños muy similares de Pirineos para abajo.

Rogamos que se nos excuse: esas comparencias y comparaciones nos han recordado, necesariamente, aquella *Action Française*, el movimiento nacionalista francés de vísperas de la primera Guerra Mundial. Se encuentra allí la misma ambrosía escanciada por Sánchez Albornoz acerca de los euskaldunes, literalmente, esta vez en contra de los bárba-

ros alemanes. Los franceses son gente civilizada y sobre esa misma *civilisation* se construye toda su ideología nacional-chauvinista. Parece que no existe otro pueblo civilizado. En dicha *civilisation* se fundamenta la misión que Francia tiene encomendada en el mundo. Por esa *civilisation* han caído los soldados franceses en las guerras, en todo tiempo y lugar. El mismo Rin es parapeto de esa *civilisation*... Los alemanes son bárbaros. Los romanizados franceses son descendientes directos de la cultura de Roma. ¿Mil? No, dos mil años de retraso de civilización llevan los alemanes. Porque los franceses, además de romanizados, están también helenizados. Los descendientes directos y continuadores de la cultura griega también son los franceses. A través de Provenza, por ejemplo, cf. Ch. Maurras, *Anthinea*. Los alemanes son montaraces, ampulosos, estúpidos, gregarios, desmesurados, bastos, etc.

Vamos a ver: no deseamos decir nada más, ya hemos dicho bastante. No queremos situar a Sánchez Albornoz a la par de *Action Française*; no, al menos, más a la par que lo que él mismo se sitúa. Pero nosotros, que incesantemente sufrimos el sambenito de *nacionalistas*, sospechamos que no es nuestro nacionalismo el único que existe en el mundo. Y preferimos no escuchar a nadie, en el contexto político, que un pueblo es incivilizado, tonto, rudo, estúpido o ingenuo. Preferiríamos que, incluso por boca de los inteligentes, se vertiesen otros conceptos.

Además, que un pueblo tilde a otro de salvaje, vanidoso, incivilizado, etc., ¿no es un recurso demasiado rancio y facilón? También los euskaldunes hemos tenido un Autor, Arana Goiri –a quien mucho debemos, en otros aspectos– que no siempre profería lindezas de los no vascos. ¡Pocas tundas le han caído! Lo que nosotros no le admitimos es precisamente eso, convertir la xenofobia en principio político.

La historia de Europa está plagada de prejuicios y clichés de ese tipo. En la obra *The true-born Englishman* de Daniel de Foe podemos contemplar toda una antología: *Pride* los españoles; la sangre italiana *ferments in Rapes and Sodomy*; los alemanes, borrachos; el don de Francia, *Ungovern'd Passion* y los franceses, *a dancing natio, fickle and untrue*... En el cantar popular español: “El aragonés tozudo / el navarro fanfarrón / el andaluz pinturero / y el valenciano traidor”.

Desde el Medievo hasta la actualidad, todas las literaturas son fecundas en este tipo de flores. La literatura española no es la más pobre. Un tal Jacobo de Vitry nos dejó en el siglo XIII una larga lista de bur-las: borrachos los ingleses, irascibles los alemanes, hueros y mujeriegos los franceses, etc. Contemplados estos vergeles, a ver quién encuentra un solo pueblo en Europa que no sea incivilizado, borono, mentecato, etc.

¿Quién no nos ha mostrado, a partir de los siglos XVII y XVIII, a los españoles como vagos, indolentes, sucios, usureros, necios, supersticiosos, fanáticos, crueles, megalómanos, fatuos, sanguinarios?

También estamos acostumbrados a lo contrario: muchos son los pueblos que poseen la lengua más bella del mundo, etc.

¿Qué podemos hacer con tanto tonto-listo como hay en el mundo? ¿Quién es aquí el insolidario e incivilizado?

Parece que ha llegado el momento de pensar en otras categorías. Por esa senda no hay ejemplo mutuo, sino escarnio.

SI NO HAY CULTURA, NO HAY PUEBLO

Muy bien, no estamos romanizados, ¿qué le vamos a hacer? Si no lo estamos, no estamos. Los hay que sí parece que están: pues que estén, en nombre de Dios, y que nos dejen a nosotros estar y seguir sin romanizar, si ese es nuestro gusto.

Es cierto que, desde hace tiempo, los euskaldunes andan a la greña con esos romanizados. El Estado moderno que están articulando (siempre, tanto en los intentos de la derecha como en los de la izquierda, fundamentado en la *comunidad de destinos de todos los hispanos* o algo por el estilo) no agrada a los euskaldunes. El enojo es una larga historia. Por último, como colofón, a Sánchez Albornoz, con todo lo inteligente que es, la tozudez y contumacia de los no romanizados le parecen fruslerías.

Vasconia o la España sin romanizar. Sí; y además la abuela de España... Vasconia o la España sin romanizar es la abuela de la España actual. La abuela gruñona que no se reconoce en su nieta y reniega de ella. La abuela que sueña grandezas de tiempos pasados y repite gestos y dichos de entonces. *Jaungoikoa eta legizarra* (sic) –Dios y fueros– es un lema digno de labios medievales. La abuela tozuda que quisiera vivir como antaño...

Sánchez Albornoz, de cualquier modo, desearía aparecer como liberal. Si quisiéramos hablar en euskera, nos dejaría. Si quisiéramos ser una anciana abuelita, nos dejaría. Y si quisiéramos ser indios de las reservas, allá cuidados. Sin problemas. Euskal Herria es:

La abuela que todos comprendemos y amamos con filial devoción; a la que es prudente dejar vivir a su agrado dentro de la patria común española –también su hija, Castilla, gustó en tiempos de vivir libremente–. La abuela que guarda todavía recuerdos de nuestro más remoto ayer, de un ayer muchas veces milenario, cuyas raíces se hunden en la primigenia tierra de España.

Por tanto, desde el punto de vista de los demócratas y de los liberales, el lugar que le corresponde a Euskal Herria en ese Estado, ¿no es más que el museo de *recuerdos de nuestro más remoto ayer* y el asilo de la anciana abuela? ¿Es ése el espacio de Euskal Herria en el Estado español, demócrata o antidemócrata, pero necesariamente españolísimo?

Por boca de Sánchez Albornoz habla una política. Una política de muchos años. Una política que es casi tradición.

Digámoslo claramente: una política que, en nombre de la civilización, del progreso, nos ha aplastado a los euskaldunes una y otra vez. Una política que no ha hecho sino escarnecernos y masacrarnos a los vascos.

Eso es tan viejo, tan archiclásico y tan patente que lo que a uno le escandaliza es que, en las postrimerías de este siglo XX, un político español pueda aún utilizar tranquilamente dichos razonamientos. España transcende del franquismo a la democracia, según parece. Nada ha cambiado.

Al parecer, esos políticos “liberales” no están dispuestos a admitirnos a los euskaldunes al mismo nivel que a otras gentes ni a reconocer a Euskal Herria como a otras naciones. Luego dirán lo que quieran: que cada pueblo será dueño de sí mismo, que se creará una hermosa federación, y que diariamente amanecerá dos veces. Pero quienes en los euskaldunes no ven sino *españoles sin romanizar*, quienes nos creen *gentes rudas, sencillas, que además se creen hijos de Dios* retrasados en la civilización mil años por detrás de los demás pueblos, que nos expliquen por qué esperan que los euskaldunes se sientan partícipes, si son tan tontos como ellos mismos afirman. Ellos han declarado *homo celsius* al romanizado. Para ellos, somos nosotros quienes no somos: los no romanizados. Ser euskaldun no es ser algo sino no ser algo. No ser ellos. No ser como ellos.

Desde esa perspectiva, toda la libertad y autonomía que éstos nos pueden conferir será, como máximo, la misma libertad y autonomía que los americanos han conferido a los indios en las reservas. Hay diferencia, en los modos especialmente, entre querer liquidar un pueblo directamente y dejarlo vivir solo, al límite de la muerte. Es más decoroso. Pero los euskaldunes no han mostrado aún su voluntad de vivir en reservas, como los indios, aunque a veces exista la sospecha de que muchos, al mencionar la federación, lo que quieren decir es precisamente eso.

La democracia que planificará reservas para gentes incivilizadas, no es una democracia que deseemos los euskaldunes.

No es nuestro propósito aceptar, sin más, los anteriores métodos utilizados por los euskaldunes en los siglos XX, XIX o XVIII, únicamente porque fueron utilizados por los euskaldunes y en pro de los euskaldunes. Del mismo modo, tampoco otros pueden permanecer eternamente en la perspectiva de un vetusto liberalismo y un absolutismo macarrónico. Si los euskaldunes debemos quemar nuestros mitos, los demás no deben librarse de arrojar a la hoguera sus fantasías. Creemos que nuestra vivienda está en el futuro. Pero con semejantes vecinos no hay porvenir posible. Es absurdo, en un sitio donde no es reconocida la igualdad de los pueblos, hablar de la solidaridad entre los mismos.

Después de que el salvajismo y el jebismo de los euskaldunes fuera relato pretérito, en España se comenzó a convertirlo en principio político. Entonces empezaron a decir que los euskaldunes no tenían historia, que no poseían cultura ni civilización, que eran auténticas alimañas, que utilizaban una lengua desharrapada, que sus Fueros eran privilegios otorgados por el Rey, y que, por lo tanto, los euskaldunes no tenían por qué ser autónomos y que se habían de someter al Rey. Entendida como tal, la cuestión del salvajismo de los euskaldunes no es sino un principio político para dejarlos sin libertad. Y el romanismo, la suma civilización, la extraordinaria inteligencia, la superior cultura de los erdaldunes no son sino excusas del imperialismo. Lo mismo que de los euskaldunes, dicen de los aztecas e incas: que no tienen historia, que son incivilizados, que hablan lenguas torpes y escasas...

¿Quién es aquí el engreído? Ahora bien, la cuestión no es ser engreídos, sino ser engreídos romanizados.

Decididamente hemos de confesar a Sánchez Albornoz y sus discípulos, desde Llorente hasta Unamuno, que nuestro gran problema es la cultura vasca. No lo es, por supuesto, estar sin romanizar. Para nosotros ése no es un problema de envergadura. De serlo, el problema lo crean quienes nos quieren así. Que no estamos romanizados, ¿y qué? Si no lo estamos, no estamos, se acabó. ¡Pocos pueblos existen en el mundo sin romanizar! Pero el problema grave es que la cultura vasca viva en el estado en que se encuentra, forzada a abatirse entre dos grandes culturas, sometida a ambas. Ninguno de los dos países es, precisamente, un colaborador o simpatizante de otras culturas ajenas a la suya. Tanto el uno como el otro son acérrimos expansionistas. En lo político, hasta la actualidad, se han caracterizado por su centralismo incontestable. Y, en este mismo sentido, en el aspecto cultural son amigos *de la asimilación, de la integración*, no sólo con respecto a “culturas menores”, sino también en lo referente a cualquier cultura que hayan capturado dentro del Estado —en inferioridad de condiciones, por tanto—. Al igual que el débil euskera, el pujante alemán en Alsacia también se ha intentado destruir y *asimilar*. Quien analice la política lingüística de Francia pronto advertirá que, en nombre de la civilización, se ha intentado destruir el alemán. El francés es más civilizado, al parecer, que el no romanizado alemán. Aun así, el italiano es romanizado pero no ha hallado en Francia mayor consideración que el catalán o el gallego en España. Mejor pasar por alto los avatares de las lenguas originarias de América. Todo ello, en nombre de la civilización, por supuesto.

Es obvio que apenas existe problema de civilización. El problema es el concepto de estado. *España una, España grande. Y: Nous sommes le grande, l'unique peuple français.*

De todos modos, aunque las cosas sean así —y aquí no es posible estudiar por qué son así— difícil le es a un pequeño pueblo sobrevivir con una “cultura pequeña”. Atenazada por dos sociedades expansionistas, Euskal Herria siempre está en peligro de ser devorada por aquéllas. Siempre teniendo que soportar la negra presión, es decir, la presión ejercida gratuitamente por los dos violentos vecinos; y, además, teniendo que soportar la presión que han ejercido y ejercerán los dos, tradicionalmente, directamente, sin escrúpulos, con autoridad absolutista o democrática.

Poco tiene que ver eso con ser romanizado. Echemos un vistazo al bear-nés, al occitano, al catalán. Y, es evidente que si ahogan el euskera también pueden asimilar, devorar a toda Euskal Herria de uno u otro modo.

He ahí la verdad: Euskal Herria no tiene cultura como para hacer frente a la presión. Carece, sobre todo, de unidad cultural. Euskal Herria está, en este sentido, carcomida por dentro. Roída por el castellano y el francés. Si Euskal Herria desea sobrevivir como pueblo deberá rehacer su unidad sobre el euskera. Y pronto. De otro modo, estamos perdidos. El euskera tiene una cultura deficiente, de momento. El euskera no posee el nivel cultural requerido por Euskal Herria, ni función social, ni política.

Son cosas que ya se han repetido suficientemente en estos últimos tiempos.

¿Cómo ha llegado Euskal Herria a este trance? No sólo los enemigos son enemigos de Euskal Herria. Algún amigo también es enemigo de este pueblo. Bastantes han sido, y son, los euskaldunes que han visto a los euskaldunes, en su propia casa, únicamente como *españoles sin romanizar*. Aquéllos que tienen a Euskal Herria como pueblo sin civilización. Y lo único que pretenden es *integrar* a los euskaldunes. O *asimilarlos*. Ahora mismo muchos de los que hablan de Euskadi, muchos de los que reclaman autodeterminación, no se han preocupado ni pizca de la cultura vasca. Nos prometen para el euskera las reservas de los indios. Los otros, los que insisten en el problema de la cultura vasca, no pueden ser entendidos por esos *políticos* que no tienen nada de políticos. A estos les parecen fanáticos. Luego te dirán que no hay que exagerar el problema del euskera. Que Euskal Herria no es el euskera...

Ésa es, pues, la cuestión: que, desgraciadamente (sí, desgraciadamente), ahora Euskal Herria es, en primer lugar, el euskera.

Quien no se empeña de veras en impulsar la cultura vasca deja indefenso al euskaldun y vende a Euskal Herria. En la medida en que nos ha enseñado esto, al menos, Sánchez Albornoz nos ha hecho un favor. Euskal Herria no precisa sólo del euskera, sino de una cultura viva, en euskera.

Si no hay cultura no hay pueblo, venimos diciendo. Esto lo entendemos en sentido político, no en términos metafísicos: precisamente, en

el sentido político que le han dado los diversos Sánchez Albornoz. En el sentido que tiene en la realidad, exactamente. Si es que estos doscientos años que hemos vivido son realidad.

II

DEL VIEJO MITO AL NUEVO CUENTO

LOS ESPAÑOLES Y LOS EUSKALDUNES

Ahora ya sabe usted qué somos los euskaldunes: estúpidos incivilizados, torpes bárbaros. De pocas luces, además. Auténticos borricos, por cierto. “Judíos” malditos.

Quien así lo afirma no es sólo Sánchez Albornoz, sino una tradición larguísima. Una tradición muy española. Mejor dicho, un mito verdaderamente permanente y bien asentado en la cabeza de los españoles. Será conveniente echar un vistazo, superficial al menos, a dicha tradición, a dicho mito, para que podamos comprender por dónde vienen los Sánchez Albornoz que una y otra vez se nos aparecen en esta calle.

Es muy fácil analizar “científicamente” los orígenes del antisemitismo, si hablamos del antisemitismo de Praga o de Viena. Menos tiempo se ha dedicado a estudiar los orígenes del antisemitismo o de “los antisemitismos” de España... De nuevo habrán de ser Caro Baroja y compañía quienes emprendan la tarea.

Muy fácil es analizar los nacionalismos vasco o catalán, fría y “científicamente”... y proclamar graves, doctas sentencias.

Los españoles, como todos los demás, han elaborado su conciencia de grupo —de nación— mediante el contraste: “esos son así y nosotros así”. De este modo se fabrican las conciencias nacionales en todas partes. Antigua es, y muy extendida, la tendencia a separar, a clasificar la gente según nacionalidades. Los españoles se han diferenciado, se han distinguido de los árabes, de los euskaldunes, etc. Pero eso es algo que en el curso de la historia está cambiando.

El nacionalismo convierte esa distinción en algo político. Y siempre, o casi siempre, reconociendo una misión a la primera nacionalidad diferenciada y haciendo sentirse más que las demás a la segunda nación. Entre otros aspectos, los nacionalistas euskaldunes se sienten más que los españoles; los nacionalistas españoles se sienten más que los euskaldunes. Frecuentemente se nos ha hecho esa acusación a los euskaldunes. Bien hecha. Lo que pasa es que no existe ninguna razón para no hacérsela a los españoles. Sí, mil veces más razones que para hacérsela a los euskaldunes.

La vanidad española es proverbial en todo el mundo. Allá cuidados. Pero esa vanidad, en esencia, no es sino puro nacionalismo español archiclásico. En esta excéntrica sociedad nuestra siempre se menciona el nacionalismo vasco. De todos modos, si el nacionalismo clásico existe en algún sitio, estos sitios son Francia y España.

A través de la larga historia de ese nacionalismo se ha creado el mito del salvajismo de los euskaldunes. Ese mito, digámoslo claro, es únicamente un producto natural del nacionalismo español. En la conciencia nacionalista española las equivalencias exactas de ese mito son las siguientes: 1. España es dueña de un inigualable período cultural en el mundo; y 2. España es una realidad sacrosanta.

ROMANOS Y BÁRBAROS

Comencemos por el nombre. Nosotros nos llamamos, a nosotros mismos, *euskaldunes*. Pero los extranjeros nos suelen denominar *vascón/vasco* y *vascongado*. Antes se solía decir, muy seriamente, que ese *vascón/basko* o *vascongado* provenía de “basoko” y significaba “salvaje, montaraz”.

Cómo no! Siendo todos nuestros circunvecinos desde siempre tan civilizados... el salvajismo es nuestra característica. Nuestra esencia.

Las formas *vasco* y demás, se las debemos a los celtas o los latinos. Según parece, quien primero utilizó la palabra *vascones* fue Salustio, es decir, un autor latino, historiador, contemporáneo de César.

Tanto para los griegos como para los romanos, aquéllos que no eran griegos o romanos, eran bárbaros. También los *euskaldunes*, por supuesto: tan bárbaros como los iberos o los galos, poco más o menos, aunque ellos hoy se tengan por muy civilizados.

A todos quienes no eran griegos se les llamaba bárbaros: porque no sabían hablar en griego, porque mascullaban “bar-bar” (¿No nos ha dicho alguien que los *euskaldunes*, al expresarnos oralmente, ladramos?). Los griegos, pues, pensaron que quienes no hablaban en griego no tenían ninguna cultura. Y, claro, quienes carecían de cultura eran auténticas bestias. De este modo, quienes no sabían griego se convirtieron en auténticas bestias. Y los griegos tenían que colonizarlas. El mundo estaba compuesto por dos partes: los griegos y los otros; los civilizados y los bárbaros.

Los euskaldunes, como quiera que ni sabían griego ni sabían latín eran doblemente bárbaros. En el monopolio de la cultura no tenían ni arte ni parte.

Estrabón, que era griego, nos dejó descrito el estilo de vida de los montañeses de la Iberia septentrional. Este afamado geógrafo, nacido el año 63 a.d.C. y muerto el 20 d.d.C., recorrió todo el imperio romano y nos legó, en diecisiete volúmenes, la descripción de todas las comarcas y países del Imperio: *Geographica*, es decir, la descripción de las tierras. El siguiente texto no está escrito expresamente sobre los euskaldunes pero, a criterio de los Autores, vale también para los euskaldunes de la época. Veamos:

Todos esos montañeses son sobrios; sólo beben agua y duermen sobre el suelo; llevan los cabellos largos y sueltos, al estilo de las mujeres; mas si han de pelear luego, se ciñen la frente con una venda. Se alimentan comúnmente de macho cabrío... Las tres cuartas partes del año, bellotas de roble es el mantenimiento, las cuales, secas y majadas, sirven para hacer pan... Cerveza de cebada es la bebida diaria. El vino escasea y el poco lo consumen en convites familiares, a que son muy aficionados esos pueblos. En vez de aceite, manteca. Siéntanse a comer según la edad y dignidad. Corren los manjares de mano en mano. Sin interrumpir la bebida, los hombres se ponen a bailar, ora en coros al son de la flauta y la trompeta, ora brincando uno por uno, en portía de quién da el brinco más alto y cae después con más gracia sobre las rodillas. En Bastetania las mujeres bailan mezcladas con los hombres, enfrente de su pareja, a la que, ahora sí, ahora no, dan las manos [*Será algo de esto lo que ha hecho imaginar aquéllo de que "mujeres y hombres vascos suelen calentarse, enseñándose mutuamente los genitales"?*]. Todos los hombres visten ropas negras y puede decirse que no se quitan los sayos, y los tienen, para dormirse, sobre las camas de paja seca. Estas capas, como las de los keltas, son de lana burda o de pelo de cabra. En cuanto a las mujeres, sólo llevan capas y vestidos de color y de telas floreadas. Peñas arriba no usan de moneda; el comercio es cambio, o cortan a pedacitos una plancha o lámina de plata, y ellos son el dinero. A los criminales condenados a muerte, los despeñan, y a los parricidas, los apedrean; pero lejos de la frontera... Exponen los enfermos al público, como los asirios, por aconsejarse de quienes hubiesen padecido enfermedad análoga... Hasta la expedición de Bruto usaron barcas de cuero.

Deliciosamente nos ha descrito Estrabón a los montañeses. Tal como se describe a indios y compañía.

Los romanos menudearon por estas tierras y montañas vascas, aunque más frecuentaron los alrededores y las fronteras, por terreno llano. En honor a la verdad, hemos de decir que nos dejaron bastante “romanizados” estos parajes: costumbres, métodos de trabajo, vías, edificación, plantas y árboles. Incluso la misma lengua, el euskera: hasta tal punto que, algunos españoles, muy, pero que muy inteligentes creen que el euskera es una auténtica lengua románica. (Estas opiniones, como es notorio, nada suelen tener que ver con la política).

De todas maneras, no romanizaron lo suficiente como para satisfacer el gusto de Sánchez Albornoz, al menos. Esta zona montañosa –*Saltus vasconum*, a partir de Plinio– no es buen campo de aterrizaje para los civilizadores; como mucho, puede servir de paso hacia otros sitios.

A la sazón, seamos sinceros, los romanos estaban recién civilizados. Los vemos frecuentemente en un brete, incluso a Cicerón, expresándose en latín con manifiesta torpeza, por ejemplo, cuando no logra dar con la clave para describir las vicisitudes de las Artes: “aut enim nova sunt rerum novarum faciendae nomina, aut ex aliis transferenda” (aquí aparece el mismísimo Cicerón, con la preocupación de siempre: euskera puro o euskera mistificado). Para salir del atolladero, tras tomar abundantes vocablos griegos, al final se atreve a inventar un neologismo, *qualitas*, concepto que de otra forma no hubiera acertado a expresar en latín (“qualitates igitur appellavi quas *poiotitas* Graeci vocant”). Es lícito, ¿no? Cicerón, como buen dialéctico, defiende su derecho a inventar: si el griego, de avanzada lengua y gran cultura, inventa nuevas palabras, aunque luego el pueblo no las entienda, para desarrollar temas científicos (“non est vulgi verbum sed philosophorum”), ¿no deberá insistir mucho más por esa vía el latín, que es una lengua pobre y neófita en Artes? *Quod si Graeci faciunt qui his rebus cedendum est, qui haec nunc primum tractare conamur...* Ciertamente, no le pasaron desapercibidas tales estrecheces a nuestro Larramendi: “*Nunca estuvo el latín –comenta– en estado más florido que en tiempo de Cicerón; no obstante, se queja en varios lugares de sus obras filosóficas, de la penuria de la lengua latina, para hablar en ellas. Lo mismo diría si quisiera hablar en cosas matemáticas, médicas, anatómicas y*

otras muchas. Y de hecho la lengua latina apenas tiene vocablo propio suyo en esas artes y ciencias, pues los más de los vocablos son griegos". ¿Civilizados, los romanos? ¡Menudas alimañas eran los hijos de las siete colinas! Auténticos bárbaros, para los griegos. Incivilizados, para los etruscos. Pero aquellos romanos, aunque incivilizados y bárbaros, eran tremendamente guerreros. Pronto tuvieron bajo sus pies a etruscos y griegos civilizados. Tras masacrar a los demás, ellos serían los más civilizados del planeta. Y, entonces, comenzaron a extender la civilización a través del ancho mundo: su cultura (tomada a griegos y demás), sus dioses (tomados de etruscos y compañía), sus leyes... y su lengua, claro. En los territorios que conquistaban iban abriendo escuelas y otros centros, para educar a los hijos de los caciques y señoritos en la cultura latina y enseñarles latín, tradiciones romanas, religión, artes, etc. Sertorio inauguró una escuela de estas características en Osca (Huesca). Es, sin duda, la primera escuela que ha existido en Euskal Herria. Estos hijos de autoridades eran frecuentemente llevados a escuelas de la misma Roma. Se trata de un viejo método de "civilizar" a los derrotados. No sólo era conocido en Grecia sino también en el antiguo Egipto y en los reinos a orillas del Éufrates. Posteriormente han sabido sacarle jugoso provecho a dicho método los imperialismos de los siglos XVI o XIX, no sólo los romanizados españoles y franceses, sino incluso los no romanizados ingleses. Tal vez los romanos no utilizaran dicho método con la perfección de sus continuadores, pero no piense usted, por favor, que eran immaculados novicios en estos asuntos:

Desconocemos los caracteres precisos de los primeros momentos de la romanización de cántabros y astures en el terreno lingüístico, pero teniendo en cuenta los datos relativos a la transformación radical que intentó Augusto en la economía y en la estructura de ellos, y las normas seguidas por los romanos en otros países, cabría pensar que se llevó a cabo una intensa acción cultural con objeto de hacerles abandonar la lengua primitiva. Un pasaje de Tácito indica como Agrícola alternaba en Britannia la acción guerrera con la de captar a los hijos de los caudillos vencidos en la lucha, haciéndoles aprender el latín... (J.C. Baroja, *Los Pueblos del Norte*).

¿Quién ha dicho que el imperialismo lingüístico y similares son invención de la burguesía? También el Cardenal Cisneros tuvo a los antiguos de maestros.

Y otros más antiguos fueron los maestros de los romanos. Por esta vía podríamos llegar casi hasta los propios orígenes de la historia. En la remota antigüedad de China, comenzando a partir del siglo XVIII a.d.C. (¡incluso allí y entonces!) observamos cómo justifican el imperialismo y las conquistas con la obligación de llevar a los “bárbaros” las bendiciones de la civilización china. No es, por tanto, algo exclusivamente actual. A decir de Tucídides, Pericles justificaba plenamente la expansión de Atenas: “Estar bajo nuestro dominio no es esclavitud sino privilegio”. Porque, cómo no, entre otras cosas, la lengua perfecta en el mundo, tal como Platón resolvió en *Kratilo*, es el griego. Estar sometido a los griegos no es sino gozar de una parte de la perfección. No es poco privilegio. Tendrá razón el macedonio cuando, tomado el *koiné* como lengua oficial, ha salido al mundo a conquistarlo, al objeto de establecer un solo reino para toda la humanidad.

Como todos los demás dominadores que en la historia han sido, tarde o temprano, los romanos se han descubierto a sí mismos como inconmensurablemente civilizados y civilizadores de inconmensurablemente bárbaros. Los euskaldunes, es decir, várdulos, autrigones, vascones, y los cántabros y demás ralea, eran unos auténticos bárbaros, desde la perspectiva de los romanos. Estrabón aporta la razón para explicar los salvajes y extraños hábitos de aquéllos: viven aparte, entre montañas y bosques, en condiciones verdaderamente duras. No nos podemos detener ahora a analizar dichos hábitos. Únicamente, tan bárbaros les parecen sus lenguajes ni latinos, ni griegos, ni celtas, que a veces ni siquiera mencionarán el nombre de algunas tribus o aldeas, para no herir la fina oreja del romano (Pomponio Mela: “...*quorum nomina nostro ore concipi nequant*”). Para esos romanos todos los demás eran bárbaros, claro. Pero de bárbaro a bárbaro también hay diferencia. Categorías, incluso ahí. Parece “*que los romanos y los griegos encontraron más suave o más dulce el habla de unas partes de España que de otras y que la del N. (como ocurre ahora exactamente con el vasco) les parecía más áspera*” (J. Caro Baroja). *Efectivamente: eran gentes bárbaras, bárbaras sus costumbres, bárbara y os-*

cura su lingua, bárbaros los mismos cantos. Ah, sí: estos pueblos norteños eran cantores. Ignoro qué melodía utilizarían para cantar, pero desde el confín de Galicia hasta los Pirineos de los vascones parece que todos tenían las mismas costumbres. Incluso los cantos serían similares, ya que Silio Itálico menciona que aquéllos entonaban cantares galaicos en su “lengua vernácula” (es decir, ni en latín, ni en celta), podemos pensar que también los euskaldunes cantarían algo parecido: “*barbara nunc patriis ululantem carmina linguis*”... Bárbaros y a ladridos: ya veremos cómo, para algunos romanizados-civilizados, sin llegar a cantar, hablar en euskera será ladrar...

Traer a colación aquí a romanos y griegos responde a algo. Los greco-romanos juzgan a los euskaldunes como bárbaros (eso es algo muy relativo), pero no poseen mito especial alguno sobre los euskaldunes bárbaros. Sus “descendientes” se encargarán de crearlo. Ésa es la cuestión: por una parte, que dichos “descendientes”, orgullosos, se sentirían descendientes de greco-romanos y, por la otra que, ignominiosamente, utilizarían los textos de aquéllos, para dar cuerpo al mito del euskaldun salvaje.

Así pues, el griego tenía por bárbaro al romano, pero éste venció por la espada al griego y quedó civilizado. El romano tenía por bárbaro al germano: pero el germano venció por la espada al romano y quedó civilizado (visigodo, franco). Los “bárbaros” entonces tomaron por bárbaro al euskaldun. Y aquí viene la salsa: el euskaldun todavía no ha vencido por la espada al “bárbaro”, para quedar transformado él en el más civilizado.

Por otra parte, los romanos no han difundido noticia extraordinaria alguna sobre los euskaldunes. Dirán que los pueblos septentrionales –todos idénticos, en lo sustancial– entre ellos los euskaldunes, no guardan semejanza con otros. A Rufo Festo Avieno le parecían *Inquietos Vascones* (*belicosos, trastornados*). Sin duda, tal como posteriormente los indios de América les parecieron fieras a los europeos, los euskaldunes les parecieron *inquietos* a los romanos. No estarían acostumbrados a permanecer apacibles en las ciudades, amantes del hogar, observando la ley. El euskaldun es fino y ligero –*Vasco levis*– afirmará Silio Itálico (*Punic., lib. X*); que entran en batalla a pelo, sin casco (*Punic., lib. III y V*): *Vasco insuetus galeae; galeae contempto tegmine Vasco*. En tiempos visigóticos este

informe sufrirá una curiosa variación: que el vasco es ligero de cuerpo, de armas, de mollera (*gens... corporum, armorum, atque etiam ingeniorum levitate insignis*). En adelante el euskaldun va a ser insensato. Casquivano.

Al parecer, eran buenos guerreros, los malvados: Sulpicio Galba llevó a Roma algunas cohortes vascas, las mismas que luego mencionará Tácito en la campaña de Germania. Si hemos de hacer caso a Silio Itálico, incluso ni en el ejército de Haníbal faltaban euskaldunes. La guardia personal de Mario estaba formada por várdulos, etc., etc.

Hay quien desea aplicar a los euskaldunes todo cuanto se afirma de aquellos *cantabri*. Qué hay de verdad, qué de mentira y en qué medida, es algo por aclarar. Tal vez, en plena guerra, en el fragor de la batalla, los vascones no fuesen muy delicados. En la defensa de Calahorra llegaron hasta la antropofagia, a comerse los unos a los otros, por no rendirse a los romanos que les tenían sitiados (Val. Max. lib. VII, cap. VI). Aquella crueldad de los “euskaldunes” se tornó legendaria:

Vascones fama est alimentis talibus usi Produxere animas (Juvenal, Sat. XV, 93)

Pero esa otra Calahorra posterior, esa Calahorra a la que los romanos se enfrentaron tan cruelmente y a la que Afranio masacró hacia el siglo XI, por lo menos, a pesar de que se hablaba en euskera, era celtibérica, no vascona, y desconocemos si esos celtíberos y los euskaldunes tenían algo que ver entre sí. Eso de la antropofagia en las plazas sitiadas es un tópico bastante manido, por otra parte, en las literaturas antiguas (el cerco de Jerusalén, etc.). De todos modos, el mito del canibalismo entre los euskaldunes ha durado hasta muy recientemente. Todavía en el *Essai sur les moeurs* Voltaire escribía así: “*Les habitants des côtes de la Biscaye et de la Gascogne s'étaient quelque fois nourris de chair humaine. Il faut détourner les yeux de ces temps sauvages, qui sont la honte de la nature*”. La fantasía cobra un gran vigor.

Como otras muchísimas gentes, también los euskaldunes salían de mercenarios por el ancho mundo: con los cartagineses a Italia y, quizá, hasta la soleada Libia, con los romanos hasta Germania y la tenebrosa Hibernia (como fueron, posteriormente, hasta América, con los españo-

les: desde luego, no como artífices del honor español, sino como mejores servidores de quien mejor pagase). Hacer la guerra a expensas de alguien era un oficio para la gente pobre. Tener que servir es oficio de la gente pobre. Y a los euskaldunes, mientras se les pagase, les daba lo mismo ir con los cartagineses que con los romanos, con César que con Pompeyo, y frecuentemente se encontraban a ambos lados del frente, euskaldunes contra euskaldunes, en sendos bandos. Así es la historia del pobre.

Como es lógico, los euskaldunes serían como los otros millares de pueblos de la Tierra. A los romanos, por lo menos, no les parecieron peores que cualesquiera otros.

BÁRBAROS Y EUSKALDUNES

El mito de la barbarie euskaldun comienza, especialmente, en tiempos bárbaros. Ya que han llegado los bárbaros, son los euskaldunes más bárbaros que el resto. Precisamente el bárbaro nos halló, por antonomasia, más bárbaros.

“Apártate, que me tiznas” le dijo no sé si el cazo a la sartén o viceversa, viene a ser lo mismo.

Acaso a los romanos les pareció normal que quienes no quisieron someterse a ellos, además de no someterse, les hicieran frente. Los romanos también supieron reconocer el heroísmo de Calahorra. Las bárbaras bestias que, tras los romanos, ocuparon Francia y España encontraban terriblemente bárbara esa valentía de ver que alguien les hiciera frente. El hecho de no someterse y doblegarse, vamos. Estos bárbaros, romanizados y cristianizados, se tenían por dueños de grandes y numerosas virtudes; pero jamás se les pasó por la imaginación que “los otros” pudieran poseer ni una sola virtud, ni la mínima. Así se construyó la nueva civilización de contenido: yo, todas las virtudes; usted, ninguna. Cristiano-bárbaro.

Estos bárbaros llegaron a mansalva, por constelaciones, alanos y vándalos y suevos, desde Burdeos hasta Astorga, a través de la calzada.

Esas gentes, que tomaban lo que veían, creían que lo que tomaban era suyo. También quisieron tomar Euskal Herria, como Francia y España. Pero Euskadi tenía una defensa que ni España ni Francia poseían: el monte. La montaña era el arma de los euskaldunes. En el siglo IV el

poeta Ausonio cantó “*Las selvas de Vasconia en los nevados albergues del Pirineo*”. También el obispo y poeta franco Venancio Fortunato llama a dicha cordillera albergue de euskaldunes. Y a ellos apelaba el mismo Dante: *beata Nabarra, si s'armase del muro che la fascia!*... De feroces armas pertrechados, en amplios ejércitos venían los francos y los visigodos, cierto es. Pero en la guerra montaraz las cosas no suceden como en el llano. No conseguían organizarse, no se las arreglaban. Además, los euskaldunes, en esa época, mostraron un encendido amor por la libertad, casi incomprensible. Para los godos y francos, fuera de todo raciocinio.

Entonces, aquellos bárbaros inventaron otra arma en contra de los euskaldunes: la ideología de su civilización.

A pesar de que no poseían más que un pingajo de civilización, a medida que iban adueñándose de las ruinas del Imperio Romano, aquellos bárbaros comenzaron a sentirse conspicuamente civilizados. Los desmanteladores de la civilización romana se han sentido herederos y salvadores de ella.

Como civilización, al menos, bastante escasa era la de aquéllos, pero un factor milagroso intervino en su ayuda: *el cristianismo*. Aquellos bárbaros se convirtieron al cristianismo. Y la cristianización, la cristianización que se sentía muy romana, el nuevo Imperio que había convertido el 29 de junio de Romulus Quirinius en fiesta de San Pedro, les hizo creer que ser cristiano era una civilización mucho mayor y mejor que todas las hermosas obras de los gentiles del Imperio Romano. Un simple chorrito de agua bendecida por el cogote y cualquier desgarramantas deviene más grande que el propio Augusto. Ser cristiano es lo más civilizado de lo civilizado.

En adelante, la autoconciencia de los bárbaros no será una menudencia. Clodoveo se autodenomina “el Nuevo Constantino”, etc. Y de idéntica guisa entrará en Navarra Fernando el Católico.

Como una estela funeraria de la Galia meridional nos muestra excelentemente, el bautismo purificó del “pecado original” a los dos señores que allí yacían: del pecado del origen bárbaro precisamente... El pecado original de aquellas dos personas era su origen bárbaro. El bautizo limpiaba la vergüenza del origen bárbaro, integraba en la sociedad romana,

¡y le convertía a usted en romano civilizado honorable! He ahí las nuevas romanas en Rávena, Aquisgrán, Narbona, Toledo. Grandes obras hizo la Iglesia para “romanizar” a aquellos bárbaros. Por ejemplo, el monje Casiodoro pero, sobre todo, el Papa San Gregorio el Grande. Para San Gregorio de Tours —éste sí que es el cronista de los francos, el Patriarca de los historiadores en Francia— los francos *fueron traídos por Dios*, para limpiar la Iglesia de las impurezas del Imperio decadente y para protegerlos de los embates de los demonios arios. Ellos iban a alzar el nuevo Imperio, la Nueva Roma, el reino de Dios. La nueva civilización: más que romana, Eclesiástico-romana, “gótica”, la Roma de Dios.

Ser romano era vanagloria de muchos, en algún tiempo ¡Cualquiera no pertenece de la casta de los dueños del mundo! Daba categoría. A dondequiera que fuere, uno miraba por encima del hombro a los demás. Bastaba con decir “yo soy romano”, y ya era de los principales, ya podía llevar la cabeza muy alta.

Tras esto, francos y visigodos serán los nuevos romanos. Los civilizados. Quienes han recibido el encargo de civilizar el mundo. Y, como es sabido, la civilización, para civilizar el mundo, ha de estar continuamente en guerra con los bárbaros. Ya lo decía hace mucho tiempo Tito Livio: “Existe una guerra constante entre Grecia y los bárbaros”. El motivo de la continuada guerra que visigodos y francos entablaron con los euskaldunes es precisamente ése, naturalmente. Los hijos de aquellos visigodos y francos también se esforzaron en dicha labor de civilización: todas sus guerras han sido en pro de la civilización, absolutamente todas. Incluso tal vez tengan que llevar a cabo alguna otra guerra aún, hasta que nos civilicen...

Sobre esa vanidad ha sido construida la conciencia colectiva de franceses y españoles. Al principio, el romano menospreciaba a los bárbaros. Después, cuando vieron que los bárbaros se convertían indefectiblemente en amos, los hicieron romanos. Todos romanos. Tras todo eso, ¡cuidado!, no es moco de pavo ser hoy español o francés.

Al lado de toda esta ilustre gente “advenediza” elegantísima los euskaldunes no pueden ser sino *gente feroz y bárbara*. Es decir, *españoles sin romanizar*... ¡Ah, tamaña hecatombe! Condenados per in saecula saeculorum a vivir mil años más atrasados culturalmente...

Si se quiere, ese engreimiento de visigodos, francos y romanos son cosas del pasado. Sí, pero

Mila vrte ygarota

Vra vere videan...¹

¹ Aunque nmil años pasen, el agua seguirá su curso...

LA DECADENCIA DEL IMPERIO Y LA INDEPENDENCIA DE LOS EUSKALDUNES

Durante los tenebrosos y bárbaros siglos posteriores a la decadencia del Imperio Romano, Euskal Herria ha comenzado a ser independiente y ha sido contumazmente independentista. Autónoma y autonomista acérrima.

Pero los comienzos de la autonomía y el autonomismo de la vieja Euskadi se han desarrollado entre enconadas guerras, militares o ideológicas. También entonces Euskadi tuvo que defender su independencia en contra no sólo de los principales poderes militares y políticos, sino también en oposición a los principales poderes ideológicos. Son constantes de la historia...

Bastante debilucho estaba ya el Imperio romano allá, por la fiesta de año nuevo del 407, cuando los primeros grupos de bárbaros en tropel, con toda su parafernalia, cruzaron el helado Rhin. Posteriormente vendrían las oleadas invasoras. Ola tras ola, cada una más violenta que las anteriores, penetró y se expandió la terrible marea de los bárbaros por todo el Imperio, sin apenas hallar obstáculo en su avance. Parecía el final del mundo. Castigo divino. En el 410, Alarico saquea Roma.

La Iglesia suplicaba e imploraba a Dios que le sacase de esta nueva cautividad babilónica.

Pero los bárbaros, más que a depredar el viejo Imperio, venían a salvarlo. Por lo menos, así lo había afirmado Ataulfo...

Pues, sí: apenas transcurridos cuatro años, Ataulfo, cuñado de Alarico, se asienta en Narbona, se casa con Galla Placidia, hija de Teodosio el Grande y hermana del César Honorio: este César había estado muy metido en política de la Iglesia (era enemigo de donatistas y pelagianos), persiguiendo sin piedad a los paganos. Galla Placidia da mejor imagen para una película. El sudodicho Ataulfo, bárbaro, comenzó a flirtear con ella al modo romano, vistiéndose, alimentándose, habitando en palacios, etc. He ahí a los bárbaros, convertidos en romanos.

El matrimonio entre romanos y bárbaros no se dispondría de la noche a la mañana, naturalmente. Pero, a partir de entonces, se verían obligados a vivir juntos y a idear un método para vivir juntos. Los bárbaros irán paulatinamente romanizándose, es decir, “civilizándose” y cristianizándose. En esta labor, los monasterios jugaron un papel decisivo.

Los euskaldunes, que habían permanecido encuadrados durante largo tiempo en el Imperio romano, en absoluta paz, quedan ahora fuera del cuadro de los bárbaros-romanos. Por una parte “no suficientemente romanizados” como diría alguien y, por otra, al margen de las barbaridades de los bárbaros oficiales, los euskaldunes retornaron a su estilo de vida montaraz, olvidada la “civilización” romana que se venía derrumbando.

Tampoco el Imperio romano, en sus últimos tiempos, era el férreo, rígido modelo de disciplina y orden de los albores. Ni orden, ni energía: atacado por todos los males de la decadencia, aquéllo era un revoltijo, un caos, política y socialmente. Intrigas y maquinaciones en el gobierno, rebeliones en el ejército, robo y violencia por todas partes, el Imperio se había bárbaramente desbaratado, antes de la venida de los bárbaros. Caro Baroja señala la “gran cantidad de bandidos que infestaban todo el territorio del Imperio en el siglo III” para, a continuación, mencionar a Rostovtzeff: “La frase siguiente: *algunas tribus montañosas renovaron la antigua costumbre del robo organizado y actuaron en gran escala*, parecería escrita pensando en nuestro caso particular, si en vez de referirse al siglo II, se refiriera al siglo IV”... ¡También en aquella ocasión llegaron tarde los euskaldunes!

Tarde pero, al parecer, llegaron:

Avieno, en la *Ora marítima*, en un pasaje de su propia cosecha pro-

bablemente, habla de los “inquietos vascones”, y esto, sin duda, está relacionado con el hecho de que en su época ya estaban revueltos los habitantes de las montañas. Una inscripción de Oteiza (Navarra) indica que en la zona de Estella había partidas de bandoleros en pleno Imperio: conforme a los datos generales, no sería muy aventurado colocarla en el siglo III. Pero el robo “a base de tribu”, la incursión organizada, nos revela, sobre todo, la correspondencia de Ausonio con San Paulino de Nola, en que se ve la gran fama que los bandidos vascones adquirieron a fines del siglo IV en el S. de Francia. Por ella sabemos también que su refugio seguro, su mansión, estaba en la zona montañosa cercana al Cantábrico y que no habían influido mucho en la psicología de la gente del monte cuatro siglos de relaciones, más o menos estrechas, con los romanos civilizados. (Caro Baroja).

Para el citado Ausonio, Euskal Herria es monte y bosque oscuro, un territorio verdaderamente bárbaro. Y Paulino sigue por esa senda, afirmando que Euskal Herria es tierra de ladrones y bárbaros ²

² “quod tu mihi uastos

Vasconiae saltus et ninguida Pyrenaei
 Obicis hospicia, in primo quasi limine fixus
 Hispaniae regionis agam nec sit locus usquam
 Rure uel urbe mihi, summum qua diues in orbem
 Usque patet mersos spectans Hispania soles:
 Sed fuerit fortuna iuguis habitasse LATRONUM:
 Num lare BARBARICO rigui mutatus in ipsos,
 Inter quos habui, socia FERITATE colonos?
 Non recipit mens pura malum neque leuibus haerent
 Inpersae fibris maculae: si Vascone saltu
 Quisquis agit purus sceleris uitam, integer aequae
 Nulla ab INHUMANO morum contagia ducit
 HOSPITE. Sed mihi cur sit ab illo nomine crimen
 Qui diversa colo, ut colui, loca iuncta superbis,
 Urbibus et laetis hominum celeberrima cultis?
 At si Vasconicis mihi uita fuisset in oris,
 Cur non more meo potius formata FERINOS
 Poneret, in nostros migrans, GENS BARBARA RITUS?
 Nam quod in euersis habitacula ponis Hibera
 Urbibus et deserta tuo legis oppida uersu

¿Nos extrañamos? Para todo un Decimus Magnus Ausonius, nacido en la rica Burdeos, retórico y poeta romano, Prefecto de Galia, Cónsul, educador de príncipes en la Corte Imperial de Treveris, etc., etc., tal vez la civilización nazca y termine en los palacios. Desde el atrio de palacio hacia afuera, todo es salvajismo. Euskal Herria quedaba un tanto alejada de las gollerías de palacio, eso sí que es cierto. Y a contramano de las amplias vías romanas. Euskal Herria desconocía las golosinas y lisonjas del decadente patriciado romano, el comportamiento y la etiqueta de una escuela de retórica, y los modos refinados de las ciudades. Era un paraje apartado. Montaña y bosque. Hábitos rudos, en comparación con los romanos, al menos.

Así y todo, el imperio se viene abajo. Las ciudades han perdido su preminencia. El campesinado prevalece de nuevo: la gente ha abandonado la ciudad y regresa al campo. *“Las ciudades, sin fuerza, y el campo, independizado de su autoridad. Y hay un instante trágico en que no se sabe si a manos de los propios rústicos, aunque parece más probable que fuera en una de las primeras invasiones bárbaras, Pamplona e Iruña, los dos municipios romanizados más septentrionales entre los de cierta consideración, son incendiados”* (Caro Baroja).

Durante esta crisis las luchas sociales han sido verdaderamente terribles. El hambre no conoce tregua. Atentos.

Inseguridad política, inseguridad por los caminos –recula el negocio del transporte–, inseguridad general porque tal vez lo que usted ha ganado hoy se lo arrebate mañana un ladrón o una veleidosa administración despótica.

Desciende la demanda, retrocede el comercio, el artesano no encuentra salida a sus productos. Las administración, por su parte, embolsa unos impuestos cada vez más gravosos para poder sobrellevar las cargas del Imperio.

Montanamque mihi Calagurrim et Birbilim accutis
Pendentem scopulis collemque iacentis Hilerdae
Exprobras, uelut his habitem laris exul et urbis
Extra hominum tecta atque uias...

Los caminos se ven atestados de indigentes absolutos: soldados desertores, mercaderes arruinados, inquilinos hundidos por las deudas, trabajadores huidos de las infernales minas, esclavos escapados aprovechándose de la inseguridad, dado que la crisis dejó muchos esclavos en suspenso, y mil malandrines que siempre surgen en este tipo de situaciones. En todo el Imperio, por todas partes surgieron bandas de ladrones y malhechores de todo tipo.

En lo que respecta a Euskal Herria, la miseria era patética, terribles las revueltas, los saqueos, los pillajes, los asesinatos.

Por supuesto, la zona más agreste poco invita al latrocinio. Los ladrones vascos –los *bagauda*– habrán de bajar a la llanada rica y romanizada, huyendo de la miseria. Parece que el movimiento *bagauda*, constituido por bandas organizadas de campesinos hambrientos, surgió en Aquitania. Pero poco tiempo será preciso para que las bandas de ladrones de Euskal Herria alcancen la fama, para que los cronistas francos mencionen a los euskaldunes como “ladrones” y a Euskal Herria como “bosque de ladrones”. O, como Avierno, *vasco vagus, montivagi*, etc., o bien utilicen expresiones como *turba nefanda*, lo cual quizá esté bastante justificado para la época, mitos aparte.

A decir verdad, las costumbres se volvieron bastante rudas en aquella época, no sólo en Euskal Herria. Pero lo que ha consolidado la figura del euskaldun salvaje, bárbaro, en aquellas regiones ha sido algo más que unas cuantas bandas de hambrientos ladrones alborotadores: el euskera, lengua de los euskaldunes, por el mero hecho de no ser latín ni románico se convertía en bárbaro; los hábitos de los vascos, que a los romanos les parecían curiosos y extraños, también eran bárbaros; la propia gente, en la medida en que a la administración de los romanos se les escapaba de las manos, se convertía en bárbara, etc., etc. Pero hemos de tener muy en cuenta dos especiales razones que volvían bárbaros a los euskaldunes de aquellos tiempos, a los ojos de cronistas francos y visigodos. Estas razones son: *el paganismo de los euskaldunes* y *la defensa enardecida de su independencia*.

Para entonces estaba ya extendida la cristianía en todo el Imperio y, ya que Constantino la declaró religión oficial del Imperio, pronto se pro-

pagó entre la aristocracia romana. Ya estaba “superado” eso de ser pagano. Antes sólo eran cristianos los esclavos y los sectores misérrimos; los cultos, los principales, la gente guapa y las clases altas eran paganos. La cristiandad era una plebeyez nauseabunda. Asunto de pobres e ignorantes. Sin embargo, cuando el César tomó la decisión favorable al cristianismo, inmediatamente se cristianizaron los altos cargos de la administración, del ejército, de los municipios, los mercaderes, etc. Y, claro, lo que ahora es hediondo y garbancero es el paganismo. Los gentiles son insolidarios, silvicristianos, abyectos, huraños. Ahora los ciudadanos y la gente fina se bautizan. El episcopado es un cargo imperial. Tanto Sínodos como Concilios se llevan a cabo bajo los auspicios del César y las decisiones allí tomadas –dogmas o cánones– llevan el sello de autoridad del César... También en Calahorra, gran ciudad del rico *ager Vasconum*, se ha convertido el cristianismo en religión principal. Ya no se ven en Calahorra ídolos de dioses, los tiempos del paganismo se recuerdan con desdén. El poeta latino “euskaldun” Prudencio, ensalzado por algunos mártires del pueblo cristiano, recuerda la época en cuestión: *Iamne credis BRUTA quondam VASCONUM GENTILITAS /, quam sacrum crudelis error immolari sanguinem?*

La gentilidad, antes honorable, ya no es ni simple gentilidad, sino *bruta gentilitas*... Es curioso aun terminológicamente: *gentes* y *gentilitas* van a convertirse, por una parte, en denominaciones paganas (de los godos) y, por otra, de los paganos (gentiles). Son bárbaras y paganas esas *gentes*, tanto urbanas como rurales (gentiles), en contraste con quienes son *cives*.

Los euskaldunes no han tomado parte en esta evolución. Son gentiles, excepto algunos núcleos urbanos dispersos acá y allá, hasta el siglo X e, incluso después, “*tenemos derecho a imaginar que desde este siglo al XV hubo un ambiente de confusión religiosa, como en otras partes de Europa. El año 1120, en pleno siglo XII, un obispo, de vuelta a Portugal, atraviesa las provincias por su corazón, y lo primero que hace al emprender su viaje inusitado, es quitarse los hábitos eclesiásticos. El Gerundense, en el s. XV, se lamenta de las peculiares ideas de los vascos en punto a disciplina eclesiástica, etc.*” (Caro Baroja).

De cualquier modo, el paganismo de los euskaldunes no consistía en

ser pagano y nada más: en aquellas condiciones, los euskaldunes, quedaron reducidos a anticristianos, a enemigos de la cristiandad. La Iglesia, en aquel momento, estaba absolutamente identificada con el Imperio, unida a él (como nos ocurrirá de nuevo en el 36). La Iglesia, para cuando se convirtió en pública y oficial, articuló sus cuadros y jerarquías sobre los cuadros de la administración romana. No hizo sino copiar la organización del Imperio. Incluso, a medida que la administración imperial iba perdiendo prestigio, la Iglesia ganaba autoridad, hasta tal punto que, en muchas ciudades y comarcas el Obispo llegó a ser la verdadera autoridad. De este modo, el Obispo se convirtió en juez mayor de la ciudad, cabeza de la administración, magistrado y, a menudo, jefe de la guarnición militar. El Obispo de Leskarre, por ejemplo, en la guerra contra Alarico II, murió en batalla, en Mimizan con las armas en la mano, ya que se alzó con sus gentes a favor del invasor católico Clodoveo. Luego veremos esa historia.

Así pues, el paganismo de los euskaldunes no era simple paganismo, pero tampoco la Iglesia era sólo Iglesia: era el Imperio. La organización del Imperio, la defensa del Imperio. Por lo tanto, si los euskaldunes en sus incursiones a las ciudades de la llanada queman iglesias, masacran presbíteros y abandonan sus cuerpos en tierra, a guisa de alimento para perros y cuervos, o si asesinan a Obispos (en 449 los *bagauda* se cargaron al Obispo de Tarazona), o –según diversos historiadores– si arrasan todas las sedes episcopales de Novempopulania (Beneharnum, Oloroe, Akize, Bazas), etc., se ha de tener en cuenta todo el contexto. Lo que hace *Vasconia* [Krutwig] es pura poesía: la misma poesía que, por dichas hazañas, los cronistas francos han hecho contra los euskaldunes, pero a favor.

El mencionado poeta calagurritano Prudencio nos muestra, en la teoría política de la historia-filosofía de los cristianos, aunque en el fondo sea teología, la función fundamental del Imperio: “¿Quieres saber tú, romano –le dice Prudencio en *Contra Symmachum II*– por qué tu prestigio se extiende por todo el mundo y pone éste a tus pies? Porque así lo ha querido Dios se han reunido los pueblos dispersos y se han postrado a tu autoridad. Porque Dios así lo ha querido se han juntado los pueblos segregados y se han sometido a un único poder para que, luego, la

religión de Cristo pacificase y uniese los corazones de todos los hombres... Ya todos vivimos en una única patria, en un mismo hogar. Ello ha sido posible gracias a las numerosas y magníficas victorias del Imperio romano. El mundo, unido y pacificado gracias a Roma, está listo, ¡oh, Cristo!, para recibirte”...

Roma queda así integrada en la historia de la salvación –al mismo nivel, por tanto, de los profetas del Antiguo Testamento–, como mecanismo de los planes providenciales. En absoluto son esas ideas originales de Prudencio: el propio Orígenes decía ya, puesto que Jesucristo debía predicar el monoteísmo y un único padre celestial, que sería conveniente que Augusto tuviera de antemano el mundo unificado (*Contra Celsum II*, 30). Las mismas ideas han enseñado S. Ambrosio, S. León Magno, etc., etc., aunque no concuerden perfectamente con la idea de la puta Roma del Apocalipsis. Era un pensamiento teológico vulgar. La Iglesia había asimilado, pues, al Imperio romano.

En adelante habrá que aceptar Imperio y Evangelio, o abjurar de ambos.

Esa identidad entre Imperio e Iglesia explica también el significado de la “conversión” de muchos caudillos bárbaros. Una vez cristianizados, ingresaban en el Imperio. Entonces atacaban Euskal Herria, en nombre del Imperio, es decir, en nombre de la civilización y de la cristianización.

Al comenzar la época bárbara, la totalidad de Galicia cayó en poder de los suevos, cuyos primeros reyes eran paganos; mas ya a mediados del siglo V, Rechiario se hizo católico. Éste, en una de sus expediciones, arrasó el suelo vascón... (Caro Baroja).

Y también al revés: los euskaldunes atacaban al Imperio, y a la cristianía; o agredían al invasor bárbaro, o bien le hacían frente al ataque de aquél, y atentaban contra la cristianía...

En el 586 Recaredo accedió al trono visigótico e inmediatamente “se convirtió” al catolicismo. Obispos y Monasterios le dieron la bienvenida con himnos y cantos laudatorios al “nuevo Constantino”. Ahí comienza para Euskal Herria su época más tenebrosa, ya que en adelante tendrá que emplearse en constante guerra ciega contra los visigodos ca-

tólicos. En mayo del 589 se celebra el tercer Concilio de Toledo: entre otros, se encuentra también el Obispo de Lilio de Pamplona... Sí, existen ya Obispos en Euskal Herria, al menos en la parte que han podido tomar los visigodos, en la llanada. Pero no son euskaldunes. Son represores: represores impuestos, representantes de los represores, que van a los Concilios de los represores y toman parte en la defensa de los represores. Que predicán a los fieles dominados el evangelio de hacer la guerra *sin compasión a los euskaldunes pérfidos, heréticos y rebeldes*. El reino visigodo está consiguiendo su unidad (mediante la persecución de los judíos aprobada por el 17º Concilio de Toledo, por ejemplo, en el año 694) y en esta tarea tiene a la Iglesia como ardiente valedora. Euskal Herria, no obstante, ni desea hacer caso a la predicación de la Iglesia ni al anatema, ni se doblega ante el ejército del nuevo Constantino. Euskal Herria quiere ser soberana, autónoma. Independiente.

Y ésta es la segunda razón para que los cronistas (estos cronistas que proceden de los Monasterios o de las Sedes Episcopales) tilden de salvajes y bárbaros a los euskaldunes: que los euskaldunes no desean vivir en obediencia a esos Reyes católicos.

A menudo han sido descritos entre nosotros años y siglos de cruentas guerras inacabables. De todas formas, las cosas pueden ser vistas así y de otros modos: “*Durante siglo y medio, con raros intervalos, los vascos vivieron, pues, a su arbitrio, sin otra ley que su capricho*” escribía Sánchez Albornoz, junto con esto otro: “*Llevaban ya dos siglos sin sujetarse a ley alguna, dos siglos, combatiendo, a su capricho...*”, etc. Caro Baroja, sin embargo, concibe ese período como tiempo de independencia, y no “sin otra ley que su capricho”, como “anarquía” o “acefalia”, como Sánchez Albornoz. Es manifiesto que ni el Imperio ni los Reyes de las proximidades tenían nada que decir. Y esto se puede dar a entender de una manera o de la otra, totalmente opuestas ambas.

Caro Baroja resume toda esta época de la historia de los euskaldunes en dos capítulos:

1. *Independencia política*
2. Independencia cultural: persistencia del paganismo.

Cuántas guerras ha costado la independencia política es algo que nos resume esta compilación de Caro Baroja:

En el período de hegemonía visigótica los vascones no admiten ni siquiera teóricamente el dominio de la raza extranjera, como habían admitido el Imperio romano. Esto es causa de que para los historiadores hispano-romanos servidores del poder estatal, así como para los francos, etc., estos montañeses fueron la quintaesencia de la ferocidad y de la perfidia.

Los siglos VI y VII parecen ser el período de mayor fuerza. La arruinada Pamplona estaba en sus manos, así como la zona montañosa de Navarra y de Aragón que está al N. del Ebro.

Las líneas avanzadas de godos e hispano-romanos van a lo largo del mismo río por sus dos orillas.

Para defender el N. de Castilla fundó Leovigildo, después de una guerra feliz contra ellos, la ciudad de Vitoria (año 581), no lejos de la vieja y quemada Iruña. Su hijo Recaredo también hubo de combatirlos, así como Gundemaro. Hacia el año 623 Suintila llevó a cabo una expedición eficaz contra los constantes enemigos, pero después aún lucharon contra ellos Recesvinto y Wamba. En la epístola del obispo Tajón a Quirico, refiriéndose a la sublevación de Froja contra Recesvinto, se pinta de un modo significativo la incursión gravísima de los vascones en el valle del Ebro, a que dio cuenta tal sublevación: "Hujus itaque sceleris causa gens effera Vasconum Pyraenaeis montibus promoti, diversis vastationibus Hiberiae patriam populando crassatur". Siempre el vascón sale de los montes. Y sus entradas en las tierras del S. no le impedían lanzarse también a la rapiña hacia las llanuras aquitanas.

El poeta Venancio Fortunato canta las luchas de Chilperico contra él y los éxitos del "comes" de Burdeos, Galactorio. Gregorio de Tours, narrando los hechos del año 787, pinta una típica expedición vascónica: *Vascones vero de montibus prorumpentes in plana descendunt, vineas, agrosque depopulantes, domos tradentes incendios, nonnullos abducentes captivos cum pecoribus, contra quos saepius Austrovaldus dux processit...*

Fredegario alude a las luchas de Teudeberto y Teuderico (años 601-602) y de Dagoberto, entre otras. La técnica guerrera de los vascones fue siempre la misma: atacar imprevistamente y retirarse a las montañas en cuanto encontraban un enemigo superior, lo cual no era difícil, dado su escaso número. La frecuencia con que quebraban sus pactos y alianzas les dio fama de ligeros. El biógrafo de Ludovico Pío, por ejemplo, dice en cierta ocasión: "Vascones, ur sunt natura leves". Existen otros textos parecidos.

Euskal Herria se ha podido salvar del diluvio de invasiones de bárbaros, pero ha quedado en lo alto del monte, rodeada por todas partes, sitiada. También ha quedado aparte, como una roca solitaria, en la evolución de las ideas religiosas y políticas. En contra del nuevo tipo de sociedad —organización social, política, religiosa— que ha comenzado a crearse deberá actuar enhiesta, independiente y pagana, entregada a la lucha, infatigable durante siglos. Tanto en la lucha armada como en la lucha ideológica.

DEL CUENTO DE LOS GODOS BÁRBAROS AL MITO DE LOS NOBLES ESPAÑOLES

España es el país más perfecto y lustroso de cuantos en el mundo existen. Ha recibido el más grande imperio que jamás haya existido bajo el sol. Pero, por culpa de la envidia de los franceses, de la perfidia de los ingleses, de no sé qué, la han reducido a polvo en el panorama internacional. Precisamente por eso es ahora pobre. En la escuela aprendíamos de memoria:

Y es más fácil, ¡oh, España!, en muchos modos
que lo que a todos les quitaste sola
te puedan a ti sola quitar todos.

Este conocido soneto de Quevedo es la “Advertencia a España de que así como se ha hecho señora de muchos, así será de tantos enemigos envidiada y perseguida, y necesita de continua prevención por esta causa”. Comienza de esta manera: “*Un godo, que una caverna en la montaña / guardó, pudo cobrar las dos Castillas...*”. Posteriormente, con Colón, los godos pasan a América, etc., etc. Una historia gloriosa. La historia de la España goda.

España castiza, cristiana, limpia de moros (y de judíos). España es goda. Los moros y los judíos eran sucios. Tenían sucia la sangre (y el alma). Por eso los defenestraron los españoles, a la calle. Los limpios eran los godos. Y los actuales españoles limpios son los godos. Ser godo, en español, quiere decir ser noble e ilustre. “Godo Quijote, ilustre y claro”

dejó escrito Cervantes. Para Lope de Vega (*El triunfo de la Iglesia*) San Isidro, patrón de labradores, es “*un labrador de Madrid / del linaje de los godos*”.

¿Pero cómo “*un godo pudo cobrar las dos Castillas?*” ¿No era él en España tan extranjero e inmigrante como los moros? ¿Ladrón de esas tierras? Sí. Pero no. Ladrones, bárbaros e invasores lo fueron antes los godos en España. Ahora son fieles cristianos y españoles pulquérrimos, dado que ellos mismos son el origen de la pura limpieza española.

La Iglesia le dio la vuelta a la tortilla. España es un producto político e ideológico de la Iglesia Católica. Y la cultura española, igual. Si es romana, tal como les gusta decirlo, es romana de monasterios. Iglesia romana. Monjes y obispos parieron a España y la bautizaron bárbara.

En el romano cliché de Roma, los bárbaros viven en las nevadas llanuras septentrionales. Allí siempre está oscuro y hace frío. Bosque, tiniebla, invierno. La Germania de Tácito siempre es *tenebrosa*. Esos germanos siempre agrestes, montaraces, salvajes, andan por los bosques disparando missiles, gritando y chillando, siempre corriendo de una parte a otra, *nudi aut sagulo leves*, desnudos o con ligeros mantos como mucho, y *vix uni alterive cassis aut galea* (algunos pocos portan casco metálico). En otros mitos ocurre al revés, los bárbaros parecen animales: vestidos de arriba abajo con pieles, habitan en carros itinerantes, siempre nómadas de una parte para otra. No saben parar. No tienen ciudades. Son grupos trashumantes de animales.

Los niños se crían desnudos, en charcos de lodo, *nudi ac sordidi*. Cuando no pelean en la guerra o en batallas, los adultos agarran unas tremendas borracheras. Viven guarros, hieden. Y todos son parecidos, sin desigualdad de clases o castas. Apenas si hay diferencia entre señor y criado: *dominum ac servum nullis educationis deliciis dignoscas*. Es decir, que no hay finos señoritingos ni entre los caciques. Todos toscos por igual. Abyectos, brutales, criminales de mano ligera.

El nombre poético, convencional, de esos bárbaros solía ser *escita* o *geta*. (Aymeric Picaud define al euskaldun como “*getis et sarracensis consimilis*”). A ese nombre le correspondían algunos epítetos determinados en la tradición clásica: *ferox* y similares. Ovidio también los vio con sus

propios ojos en el destierro de Ponto y casi ni puede calificárseles de humanos: *"vix sunt homines hoc nomine digni"*. Terroríficos, incluso para la vista. Los germanos de Tácito también poseen, de algún modo, rostro humano, pero tanto cuerpo como extremidades son propios de alimañas: *"ora hominum vultusque, corpora atque artus ferarum"*. En Roma siempre se utilizarán los citados términos para referirse a los bárbaros: *"fera (fera gens), feritas, trux, etc.* O bien *"veloces, errantes, vagantes"* y otras por el estilo. A los romanos les parecían los inquietos bárbaros del norte tan absurdos como los indios de los *westerns* a los blancos. A lo urbano, lo rural se le antoja absurdo.

Otra característica (muy extendida) del bárbaro es *la perfidia* (los blancos de Sudáfrica le dicen a usted lo mismo, con respecto a los negros; los caciques de Yucatán, lo mismo respecto a los indios mayas): firman los convenios y luego no les importan ni contratos, ni horarios, no cumplen nada de nada. Dicen al principio "sí, sí", y luego hacen lo que les da la gana. No respetan derecho celestial ni terrenal. Ni ciudad, ni casa, ni derecho, ni tierra de labor: son alimañas. El historiador Justino describe así a los escitas: *"Nec domus illis ulla, aut tectum, aut sedes est... et per incultas solitudines errare solis"*.

Moralmente —ni que decir tiene— no poseen ninguna rectitud. Sexualmente, en especial, son inmundos, lascivos, impúdicos (según otro cliché contrario, gazmoños y meapilas). Los habitantes de Inglaterra *"habitan en tiendas, sin vestido de ningún tipo, sin calzado, todos comparten niños y mujeres de todos"* nos cuenta el historiador latino Cassio Dio. El jefe de los caledonios es un tal Argentocorus. A la mujer de éste echa en cara Julia Domna, madre del César Severo, que se acuesta con cualquier hombre. *"Y qué, nosotros obedecemos mejor las leyes de la Naturaleza que vosotros, la mujeres romanas"* le responde la caledonia (además, es muy bello contemplar cómo una gente que es tan bárbara posee una filosofía tan romana; es más, observar cómo están planteados en categorías naturales los asuntos de la vida sexual). Ése es precisamente otro de los tópicos sobre los bárbaros: la barbarie sexual.

No me voy a extender en detalles: ya para el tiempo de Augusto, Roma tiene muy bien trazado un cliché de los bárbaros "escitas", a pesar de que a dichos escitas la gente de Roma casi sólo los conoce por los

cuentos (Suetonio confiesa que “*Scytas auditu modo cognitos*”). Dicho cliché se ha enriquecido gracias a la imaginación de poetas e historiadores y, fundamentalmente, es el sempiterno cliché del enemigo, similar al del demonio de los cristianos. Lo reconocen revestido de adjetivos tópicos.

En cierta ocasión, mucho más tarde, estos bárbaros tan terroríficos para los romanos, arrancaron las empalizadas e invadieron totalmente el Imperio. A decir verdad, iban creciendo y, como quiera que sufrían la presión de pueblos más orientales y más septentrionales, lo único que hicieron fue emigrar, buscar un sitio para vivir. Pero... ¡menudos apuros en Roma! Toda la artillería tópica en contra de los escitas se volverá ahora en contra de los godos. Los godos: de la tribu de Gog y Magog, ¡gemelos del mismo diablo! Pero tampoco aquí nos extenderemos. *Gothia* se convierte en sinónimo de *barbaria* (y *Romania*, de civilización). Los malvados godos son adornados de los epítetos correspondientes a los anteriores imaginarios escitas. Son alimañas, claro. Para S. Jerónimo son animales, son lobos. No sólo fieras, sino fieras furiosas. Para Prudencio, bárbaro es a romano como cuadrúpedo es a bípedo y, siendo mudo el animal, a hombre parlante (al parecer, el bárbaro es un hablante escasito, en comparación con el latino): “*Sed tantum distant Romana et barbara, quantum / Quadrupes abiuncta est bipedi, vel muta loquenti*”.

En los mismos términos estereotípicos son descritas en cualquier crónica las correrías de las tribus germánicas a lo largo y ancho de las tierras del Imperio: *subitus impetus barbarorum, incursione barbarorum, irruptiones barbarica, Gothorum irruptionem. Verbo obligado, en la misma medida, inrumpere, inruere, incursari, infundere, vastare, depredari*. El tópico *vagantes* de los bárbaros, no obstante, pronto será transformado en *bacchantes* y *bacchari* por los autores cristianos. La emigración, causada por el hambre de unos pueblos míseros y débiles, es transmutada en orgía de sangre y muerte.

Por supuesto, también son gente sucia, etc. Atufan: *Corporum atque induviarum barbaricorum foetore*. Moralmente (sexualmente), por supuesto, nada ha cambiado: *barbarica libido* dirá San Agustín cuando se entere (este tópico lo halló en Horacio, *barbara libido*, y Lactancio continuará repitiéndolo); San Ambrosio, *barbaricae impuritatis*.

Son pérfidos, como es debido: *Gothos perfidos, Gothorum gens perfida, fallaces et perfidi, natura barbaros esse infideles. Gens perfida* será utilizado como sinónimo de godos. La religión, por su parte, añadirá un nuevo matiz: a la sazón, el Imperio es cristiano; por lo tanto, el bárbaro, en su progresión se ha convertido en *impius pestifer, sacrilegus*. Como quiera que estos soldados atacaban de improviso, al asalto, sin papeles, sin declaración de guerra, siempre habrán de ser pérfidos para los atacados: una y otra vez se citará a los godos como *dolis et periuriis instructi, mentientes ingredientur, solita atque perfidiae, solito more perfidiae Lusitaniam daepraedatur, in solitam perfidiam versi*. Pero después, los asaltos y saqueos de las ciudades —de Roma, especialmente— no resultaron en absoluto bárbaros. Al contrario, fueron sorprendentemente suaves. Estos bárbaros no utilizaban el salvajismo al uso en los saqueos. Hacían la guerra mil veces más civilizadamente que los romanos. Eso, en la época, se explicó mediante un milagro de Dios. Y con un montón de leyendas de los Obispos y de los Papas. Los bárbaros eran bárbaros de por sí, escribía el cronista eclesiástico; si los saqueos no fueron tremendos, era debido a que la Iglesia salvaba de algún modo las iglesias. (En la leyenda, el Papa llega a amansar... ¡al mismísimo Atila!).

Los bárbaros eran terriblemente bárbaros pero, gracias a la Iglesia, las cosas no salían rematadamente peor.

Haciendo teología, San Agustín, mal que bien, a regañadientes, pero al final admite que los bárbaros eran humanos. Los poetas y los cronistas sirven a la propaganda, no a la teología. La caridad cristiana de éstos no va a ser tan tolerante. El más intolerante lo tenemos en Prudencio de Calahorra. Los bárbaros ni son personas, ni lo pueden ser. La antinomia está puesta de antemano, los romanos cristianizados actuales no harán sino seguirla: romanos/bárbaros (después: romanos/godos). De una parte la cultura, de otra la barbarie; de una el derecho, de otra la perfidia; pureza, suciedad, etc. En una palabra: la calamidad de los bárbaros reside, precisamente, en no ser romanizados. Todo lo restante es consecuencia de esto. Estas malaventuradas gentes son *Populi*, tal como lo formuló Maximiliano: *quibus numquam contigit esse Romanis*. Como un Sánchez Albornoz cualquiera.

Suele decirse que nada nuevo existe bajo el sol. Algo que nada tiene de nuevo es que los pueblos grandes desprecien a los pequeños.

Ya decíamos que la vuelta a la tortilla se la dio la Iglesia. Hay que tener en cuenta un par de cosas. Una: que, cuando el Imperio tomó el cristianismo como religión oficial, para los cristianos castigados, la puta Roma pagana se convirtió en una nueva Jerusalén bíblica: la capital del reino de Dios. Los elogios que los cristianos han dedicado a Roma son formidables. La teologización de su significado. La teología cristiana de la victoria militar (la cruz de Puente Milvio y aquel *in hoc signo vinces*). Roma ha devenido patria de todos los cristianos. El Emperador, representante providencial de Dios. El propio Imperio halla un sentido teológico: el Imperio está expandido por todo el mundo porque Dios así lo quiso, como precedente para que el evangelio se extendiese por el orbe entero. La paz de Augusto, para que Cristo pudiera nacer, era una condición deseada por Dios, etc. Según dice Pseudo-Hegésipo, todos los pueblos y gentes que entran en los planes de Dios son romanos, es decir, disfrutaban del derecho romano, allí los ha recogido Dios en su providencia: *quicumque enim in orbe terrarum sunt Romani omnes sunt*. Quienes no están dentro del Imperio viven fuera del mundo: *quasi mundi exules*, desterrados del mundo. Al igual que fuera de la Iglesia, fuera de Roma (del Imperio) no hay salvación. *Orbis romanus* se dirá: el mundo es romano. Y Roma, a su vez, eterna: *Roma aeterna*.

(Estas ideologías fueron heredadas por España: en cuanto a eso, es cierto: está romanizada).

Dos: el mundo es Roma; y Roma es católica, luego el mundo es católico.

No obstante, los bárbaros eran arios, no católicos. Ni tampoco eran romanos. Poseían su Derecho, no el romano. Su lengua, no el latín ¡Y se paseaban dueños y señores por todo el Imperio! Toda la filosofía del mundo y de la historia (“teología política”, es decir, oportunista) se ha ido a hacer puñetas.

El cambio, pues, de arriba a abajo. Se pone en marcha cuando los bárbaros comienzan a colaborar en el Imperio, con Teodosio, y empiezan a convertirse. ¿No dejó Eusebio en manos de la Iglesia una “teología de la victoria” muy práctica? Los triunfos son debidos a Dios: si los godos han vencido, ha sido porque Dios así lo ha querido. Primero, lo de-

seará Dios para castigar a Roma por su vicio. Son castigos divinos. Después, paulatinamente, hallarán un valor cada vez más positivo en los planes de Dios. Sobre todo, una vez convertidos. Todo un San Jerónimo, por ejemplo, que siempre había descrito como hediondas alimañas a los bárbaros, no podía comprender que tales irracionales pudieran transformarse en creyentes.

Pero la vieja Roma ha fracasado, está acabada. Y *quando cadet Roma, cadet mundus*, como escribirá el venerable Veda. Las autoridades “romanas” no mandaban nada, Dios debía de estar ocupado en algún otro asunto. El caso es que el verdadero poder era ostentado por los bárbaros. De todas formas, mejor era su patrocinio que ninguno. Se les dejó la Iglesia en sus manos. En una visita turística a Ravenna puede aprenderse tanto como en un tratado histórico.

En lo referente a España, comenzando por Orosio e Isidoro de Sevilla, continuando con el Concilio de Toledo, finalizando con Julián el historiador de Toledo, la metamorfosis queda completada: el rey Wamba será *piissimus*, un nuevo Constantino. Los “bárbaros” son ya sus enemigos francos y vascones: cobardes, pérfidos, sucios y todo el viejo rosario. La Iglesia, que predica bienaventuranzas para las gentes pobres, preconiza únicamente malaventuranzas para los pueblos pequeños.

San Isidoro no sólo ha sido un peculiar etimologista. También fue un genealogista muy despierto. Los primeros pobladores de Iberia, tal como San Isidoro pudo aclarar (el descubrimiento es de este santo visigodo), fueron los descendientes de Túbal. Los godos fueron descendientes de Magog. Túbal y Magog, por su parte, fueron los dos hijos de Jafet: por tanto, los iberos y los godos invasores eran... ¡nada menos que primos! No existía, pues, invasión ni depredación alguna. Se trataba de una nueva unión de dos familias desgajadas... Conquistadores y conquistados podrían vivir en paz y concordia, a la luz de la Iglesia, en la unidad de la familia reconstituída.

(El cuento de Túbal, patriarca de los iberos llamados a mejor fortuna, fue hallado por San Isidoro en un pasaje falso de Flavio Josefo. El mencionado Túbal era uno de los hijos de Jafet, y éste, a su vez, hijo de Noé).

Si usted recuerda el *Poema de Fernán González*, ya sabe cómo evolucionaron los godos, desde que fueron bautizados, el nuevo pueblo designado por Dios (por eso jamás toleraron en sus tierras la concurrencia de judíos). Esta misma idea había sido inventada antes por Prudencio el de Calahorra: *Hispanos Deus aspicit benignus*. Hasta esos actuales Corazones de Jesús, durante este milenio Dios no ha tenido otro trabajo sino amar más a los españoles que al resto.

Si en Hegoalde³ la historia ha transcurrido de esta guisa, en Iparralde⁴, aunque sea al revés, no ha sido muy diferente. Francos y godos son parientes, tan bárbaros los unos como los otros. La única diferencia estriba en que, si a los godos de Toledo los francos del norte les parecen bárbaros, igualmente bárbaros les parecen los godos sureños a los francos de París. Pero el bárbaro puro, auténtico, con diferencia, será para ambos el euskaldun. Ha quedado sin romanizar.

³ Sur de Euskal Herria, formado por Navarra, Gipuzkoa, Vizcaya y Álava.

⁴ Norte de Euskal Herria, constituido por Lapurdi, Baja Navarra y Zuberoa.

EL MITO DE LOS NOBILÍSIMOS FRANCOS

Pereció el Imperio romano y pereció Europa, por tanto. Europa, una. Carlomagno es, según todos dicen, quien ha reconstruido el Imperio y, por lo tanto, otra Europa: el creador de la nueva Europa. Sí, Carlomagno, ése al que le dieron para el pelo ahí, en Ibañeta.

Aunque no podemos afirmarlo con precisión, puede ser lícito decir algo así cuando hablamos puntualmente. Si alguien ha reconstruido el Imperio, son los francos quienes lo han hecho. Clodoveo –Koldobika, por aquí– conquistó y construyó prácticamente el mismo Imperio que Carlomagno, 250 años antes que éste. La obra de Carlomagno es fruto de una larga historia. Es la historia del pueblo franco.

Aquí, más que la historia de los francos, vamos a contemplar la ideología que en esa historia ha llegado a ser preponderante. Sólo tres puntos de esa ideología, para ceñirnos al problema de las ideologías “nacionales”.

Tracemos un esquema simple:

1. El primer punto es que los francos son protectores y observadores del cristianismo; por tanto, que esa sagrada misión está encomendada únicamente al pueblo franco, a nadie más.

2. Segundo: los francos, por esta razón, sentían ser el pueblo elegido por Dios.

3. Tercero: que lo que los francos han construido es el Imperio romano perdido; por lo tanto, los romanos más romanos, en esta época, son los francos. Eje, cerebro y corazón del catolicismo y de la civilización.

Por todo ello, los francos son pueblos muy nobles y privilegiados. Pueblo de jefes. En palabras de Engels, pueblos que llevan la historia de cabeza.

Y eso qué tiene que ver con los euskaldunes, preguntará el lector. Espérese. En un principio, nada. Pero posteriormente, no debemos olvidar que son los francos quienes han puesto las bases para la Europa moderna, sobre las ruinas del destrozado Imperio romano. Ellos fueron asimismo quienes nos trazaron y organizaron las bases de las ideologías modernas. Encontramos ya en la ideología de los francos la columna vertebral, la forma básica del nacionalismo español y francés. En segundo lugar, que los francos mantuvieron una larga guerra contra los euskaldunes: que sepamos, la lucha más larga que jamás hayan mantenido los euskaldunes. Y que es importante conocer la ideología del agresor. Hasta hoy, apenas ha cambiado.

Tal como veremos, el mito del euskaldun bárbaro tiene su comienzo en esa lucha. Ésta también parece extraña, desde los comienzos: ¡Quién nos iba a decir que serían los bárbaros quienes inventaron el mito del euskaldun bárbaro! Así es. Y, además, bien mirado, no es tan extraño. Ya veremos en función de qué ideología surgió tal creencia o cuento.

Tomemos el hilo, sin dilaciones.

Los francos eran un pueblo germánico, bárbaros. Tras vivir durante muchos años en constante lucha contra los romanos, en los confines del Imperio, cruzaron el Rhin, se asentaron en tierras del Imperio y se hicieron aliados de los romanos: tenían que defender los límites del Imperio en contra de quienes venían tras ellos. Porque la realidad es que los bárbaros andaban por todas partes, intentando entrar en el Imperio. El pueblo franco que conoceremos en adelante tendrá una magnífica conciencia de sí mismo, estarán muy orgullosos de ser así. Se sienten más civilizados que el resto de pueblos bárbaros: son aliados de los romanos en contra de los “bárbaros”. Se sienten más fuertes que los decadentes romanos: son recios, soldados valientes y ardorosos. Los francos son un pueblo triunfador. Atisbamos esa autoconciencia tan llena de orgullo en los mitos sobre el franco, por ejemplo. En los mitos de los orígenes. Para no extendernos en vano, citaremos únicamente el mito del origen de la

familia merovingia. Los mitos sobre orígenes son muy importantes en las ideologías sobre castas. Más abajo trataremos de esto, al estudiar el siglo XVI.

Los merovingios completaron el Reino de los Francos: los hijos de Meroweck. Así nació Meroweck: en cierta ocasión que el reyezuelo Chlodio se encontraba fuera de casa, su mujer (viuda, anteriormente) fue a la mar, con intención de hacer unos largos a nado. Estando en la playa, surgió un toro del agua, violó a la reina, ésta quedó embarazada y de allí, precisamente, procede la tribu de los Reyes francos. El lector ya conocía esta leyenda por otras referencias. Sin duda, los francos han aprendido ese relato a raíz de su contacto con el Imperio Romano. Los bárbaros van paulatinamente civilizándose. Ese mito valía para convertir en hijos de Júpiter a los reyezuelos merovingios y colocarlos a la par de César Augusto. Aquél origen divino garantizaba la autoridad de los merovingios. Consagraba la obediencia absoluta de los inferiores, nada menos que como obediencia religiosa. Hijo de Dios no lo es todo el mundo. O, por lo menos, no sólo los euskaldunes. Eso significaba la índole divina de la realeza. Este mito va a mostrar su eficacia, incluso mucho después de cristianizarse los Reyes francos. Reafirmará, sobre todo, la potencia sexual de los Reyes francos. Pero también a Europa hace una referencia muy comedida, requerida por la ambición de los Reyes francos.

Cuando Clodoveo se bautizó, el mito del origen divino perdió casi todo su valor. Ser hijo de Júpiter disfrazado de toro apenas tenía valor para el cristiano. Los francos bárbaros podían continuar acariciando aquella fantasía, pero los nuevos dominados, desde muy antiguo cristianos y romanos, no le harían caso. ¿Cómo se resignó Clodoveo a perder el mito familiar que dio apoyo ideológico a la monarquía merovingia? No, es que no se resignó. Clodoveo, en su política, manejaba las ideologías tan hábilmente como las armas. Y, aunque se bautizó, no renunció a utilizar las armas ideológicas, ya que le eran tan necesarias como el propio ejército.

Ya sabemos el motivo que impulsó a Clodoveo a convertirse al cristianismo: vivía en unos angostos límites y tenía a los godos en el borde meridional. No podía, pues, extender su reino, sin echar a los godos del Loira hacia abajo. Los visigodos, a su vez, constituían un fuerte reino.

Largo tiempo investigó Clodoveo dónde se hallaba el punto flaco de los visigodos. Al final, lo halló. Los visigodos eran arios, heréticos; la gente románica sometida por ellos, católica. Existía, por tanto, una discontinuidad entre el pueblo y los jefes visigodos. Los católicos (es decir, las ciudades, las gentes labradoras y el clero) no veían con buenos ojos a los visigodos invasores: porque eran bárbaros, porque eran invasores, y, especialmente, porque eran heréticos. Clodoveo, convirtiéndose al catolicismo, en primer lugar se hacía romano, puesto que el catolicismo era una “confesión romana” (el arrianismo, sin embargo, una confesión oriental). Así pues, convertido, el bárbaro se transformaba en romano. En segundo lugar, tomaba el aspecto de la gente romana católica y de la Iglesia, en contraste con los visigodos, que eran vistos como opresores. Cuando Clodoveo invade territorios visigodos, la misma Iglesia lo tomará como libertador. Sabemos, de hecho, que Clodoveo no fue menor opresor que las Iglesias visigodas. Pero para entonces Clodoveo había aprendido a presentarse ante el gentío, con gran pompa y solemnidad, acompañado de Obispos, a aparecer en las iglesias, rezando, a realizar ritos a la vista del pueblo. Eso es muy político. Propagandístico. Con Franco lo hemos visto. La propia Iglesia sufre mejor las opresiones de tiranos católicos que las de heréticos o las de los que carecen de religión. Precisamente –y ése es el tercer tanto que ganaba Clodoveo con su conversión– el pueblo católico y especialmente el clero, veía al Rey franco como uno de los suyos.

En base a estas nuevas realidades, el mito familiar merovingio será totalmente transformado, quedando intacto en sus funciones o, mejor dicho, adaptado a la nueva situación.

Aunque, por cuestión de la conversión, el Rey franco haya perdido el mito familiar, inmediatamente la Iglesia le va a compensar con otro hermoso mito: si bien no es hijo de Júpiter e igual a César Augusto, Clodoveo será un nuevo César Constantino. Eso, en aquella sociedad cristiana supersticiosa, era bastante más que ser igual a César Augusto. Al cristiano le parecía que el Constantino a quien en una visión se le apareció Jesucristo era un César mucho mayor que Augusto.

Toda la historia de la conversión de Clodoveo no es sino un calco del relato de lo de Constantino en Ponto Milvio. Un mito para denotar que

el Rey franco, al igual que Constantino, se convirtió gracias a la intervención directa de Dios. El milagro sucede, en ambas, en el fragor de la batalla: la cuestión es demostrar que la providencia cuidaba con mimo al ejército de Clodoveo, una fuerza militar. Dios desea las conquistas de Clodoveo, ¡he ahí el sentido de esas pasmosas conquistas! La teología cristiana de las victorias armadas. La violencia como sacramento. El cuento de la conversión de Clodoveo es éste: en la batalla de Tolbiacum en contra de los alamanes, los francos iban perdiendo y, por tanto, los soldados habían comenzado a batirse en retirada, angustiados y despa- voridos. Esto fue aprovechado por Clodoveo para hacer la promesa de que se bautizaría si el Dios de los cristianos le ayudaba a ganar aquella batalla. Y, ¡mira por dónde!, Dios enseguida le ayudó. En adelante los ejércitos de los francos serán los ejércitos de Dios y —entre otros factores, gracias a la colaboración armada de algunos Obispos— siempre resultarán victoriosos.

Para adquirir una mayor similitud con Constantino, Chrodechilde, esposa de Clodoveo, reencarnará la leyenda de Santa Helena (madre de Constantino), es decir, no dejará en paz a su esposo con aquella tabarra: que se convierta y que se convierta.

Bueno, ya se convirtió. Tal como los cronistas expresamente reflejan, Clodoveo fue “como un nuevo Constantino”, muy tieso, vestido de blanco, al baptisterio de Reims. Clodoveo era consciente, desde luego, de que aquélla era la más brillante victoria diplomática de su vida.

La verdad histórica es que Clodoveo, para convertirse, le hizo un su- cio chantaje a la Iglesia. Comenzó a negociar su conversión con el Obispo Remigio. Este patriarca de la Iglesia del Reino franco había cumplido los sesenta años. Clodoveo exigía que la Iglesia le obedeciese y le reconociese como jefe. Y Remigio, que ni hablar. Una de las cosas que más ardientemente se predicaba en contra de los visigodos era, especial- mente, la independencia de la Iglesia. (Los arios decían que, concedido, Jesucristo era un hombre prodigioso, pero no hijo de Dios, igual al Pa- dre, ente celestial y divino, sino un hombre corriente y moliente; por tanto, la autoridad de la Iglesia no era divina, para ellos). San Remigio no accedió a dejar la Iglesia de Dios en manos del Rey. Clodoveo, en- tonces, le amenazó que, si no se daba por vencido, trataría con la auto-

ridad eclesiástica ariana, y que ésta inmediatamente le conferiría autoridad sobre la Iglesia y, entonces, se convertiría al arianismo. ¿Otro Rey ario? Eso era peor que un gentil. Remigio cayó en la trampa. Le hizo todas las concesiones que el Rey deseaba. Reconoció a Clodoveo como jefe de la Iglesia del Reino franco. Por tanto, sin el permiso expreso de aquél ningún presbítero podía ejercer su oficio. Podía controlar, junto con Roma, las relaciones interepiscopales. Él convocaba, reunía y guiaba los Sínodos.

La Iglesia agradeció el honor que le hacía el Rey franco con su conversión, en aquel tiempo en que todos los Reyes y señores visigodos estaban apartados de la Iglesia. En lo sucesivo, existirá un ejército de monjes y clérigos al servicio de Clodoveo. La expansión conseguida a espada por Clodoveo será completada por la pluma y los sermones de clérigos y monjes, pasando de la conquista a la integración, es decir, a la asimilación.

En adelante, pues, los Reyes francos –católicos– serán nuevos Constantinos. Representantes de Dios, ministros de Dios. Se abren las puertas a la teología carolingia: el Imperio de Carlomagno será el Reino de Dios. “Dios ya ha escogido a Su pueblo, los francos” puede proclamar Clodoveo. Antes, lo único divino era la tribu merovingia; ahora lo es todo el pueblo franco. Y, en adelante, los francos serán el único pueblo que tiene encomendada una especial misión: salvar a la Iglesia, defender a Roma, etcétera, son misiones de este pueblo; les ha tocado nada menos que gozar del favor de la Providencia.

El significado de los francos, como protectores de la cristiandad y de Roma (no olvidemos que Roma significa, además de cristianismo, civilización) se irá legitimando a base de tiempo y de acontecimientos. Cuando el Santo Padre no tiene su día, demanda ayuda al Rey de los francos. En 754, el Papa Esteban II llegó hasta Champagne, a recabar ayuda de Pipino el Breve, para ir en contra de los longobardos. ¡Pipino sí que les dio para el pelo! El Padre Santo le concedió el título *Patricius Romanorum*, es decir, el título honorario que exclusivamente correspondía al Esarca bizantino de Rávena. También León III acudirá más tarde a Carlomagno, llegando hasta Paderborne. Los Emperadores romanos de Oriente quedan demasiado lejos. Los Reyes francos ayudan al Santo Padre; ante el pueblo cristiano, el significado de los Reyes francos va ad-

quiriendo una dimensión cada vez mayor. Cuando, al final, el Pontífice corona en Roma a Carlomagno como César, corona también todo el proceso: el Imperio ha renacido en la monarquía de los francos. El Imperio de los francos es el mismo Imperio cristiano romano, el Reino de Dios, y Carlomagno es *caput orbis*, es decir, más que el Papa.

Esta conciencia va a ser generatriz de una gloriosa historia. Los abogados de Napoleón crearon grandes motivos para justificar las conquistas de aquél: servían para civilizar al pueblo. O como la máxima de aquel Rey Sol, que era *Nec pluribus impar*. Corneille (en el siglo XVII, por tanto) trasladó a la poesía sus pretensiones de que la monarquía francesa fuera universal y superior a las demás:

Je sais ton Etat...
doit s'accroître, et que les grands destins
ne le borneront pas les peuples latins;
que les dieux t'on promis l'empire de la terre.

Los francos, y luego los franceses, no son gente ordinaria. Se les ha encomendado una gran misión, pero... ¿a quién no le recuerdan esos *grands destins* todo aquéllo del “destino en lo universal”?

Hemos de tener siempre muy en cuenta el sagrado significado de todo esto que estamos diciendo de corazón. Porque exactamente de ahí va a surgir el concepto de Reino de los francos, el concepto de sagrado territorio de autoridades.

Entre otras cosas, lo sagrado del Imperio significa la universalidad del Imperio. Pronunciémoslo en palabras actuales, el de los francos es un concepto de Reino internacionalista, al igual que el de la Iglesia: todos los pueblos pertenecen al Reino de Dios. Es decir, se nos muestra lo que el internacionalismo siempre ha enseñado: que también aquí internacionalismo e imperialismo tienen compromisos recíprocos. Cuanto más imperialista, más internacionalista.

La ideología de los francos la formulaba el propio Carlomagno mejor que todos los teólogos de su Corte: “Único Dios, única Iglesia, única Fe; por tanto, único Reino también, bajo única jefatura, en paz y solidari-

dad”. Único mundo, entero. Y Carlomagno *caput orbis*. Porque Dios entregó a su único hijo para que todos los hombres sean uno y único, y la sangre de Jesucristo ha igualado a todos los pueblos en la cruz. No existe diferencia entre pueblos; no existen bárbaros, judíos, escitas; no existen longobardos, burgundos, aquitanos... Que en el mundo haya tantos reinos, tantas lenguas y tantas leyes y diferencias es contrario a la obra de salvación realizada por Dios! Dios los ha unido y los hombres se deben unir...

Y Carlomagno con sus conquistas no hace sino eso, la obra divina. Cuánta razón tiene C. Dawson cuando advierte que todo eso semeja islamismo. A nosotros más nos recuerda a Hitler. Y a otros internaciona- listas más próximos.

Carlomagno estaba convencido de que él era “el Señor y Padre, Rey y Sacerdote, Jefe y Protector de todos los cristianos”. En una carta al Papa León III llama “representante de Dios, que guardará y guiará a todos los cristianos” no al Pontífice, sino a sí mismo. Es tarea del César “gobernar y proteger la Iglesia”, dice el César; la tarea del Pontífice es bendecir el trabajo del César”. La misión de la Iglesia (es decir, la misión que ha de ser vigilada por el César), por su parte, es la expansión, extenderse por todo el mundo: la Iglesia y el Imperio, ambos han de propagarse por todo el orbe.

Al pueblo franco, con tan alta misión encomendada, le es lícito casi todo, o todo, en la lucha contra otros pueblos.

Clodoveo era un terrible bárbaro. La autoridad cruel más contumaz que ha pisado la historia. Uno de los más sanguinarios conquistadores que ha habido —y cuidado que ha habido conquistadores crueles!—: traidor, criminal, carente en absoluto de escrúpulos. No conocía familia ni amigos. Hacía tratados y, a la primera de cambio, los vulneraba. Vendía a los aliados. Convidaba a cenar a los contrincantes y, en medio de la cena, tranquilamente, los hacía asesinar. También se limpiaba a los parientes, si le estorbaban o sospechaba algo de ellos. Por eso los franceses lo veneran como santo nacional: Saint Clovis.

Cuando se hubo liquidado a todos los reyezuelos francos de alrededor, le faltaban los francos de la ribera del Rhin (los “ripuarios”), para al-

zarse en jefe de todos los francos. Los francos ripuarios eran fuertes y ricos. Además, tenían aliados. ¿Cómo conquistarlos? Clodoveo no atacaba de frente a quien estimaba o intuía más fuerte que él. Embrolló, por tanto, en un sórdido complot al hijo del Rey Sigeberto de Colonia para que matase a su padre. Según los planes de Clodoveo, el hijo asesinó a Sigeberto y quedó aguardando la ayuda de Clodoveo, para erigirse como Rey. Pero Clodoveo, escandalizado, como la criatura más ingenua del mundo, exigió justicia. Los ripuarios agarraron al hijo asesino y lo ajusticiaron. Muerto el padre, muerto el hijo, Clodoveo fácilmente se apoderó de Colonia y dominó a los ripuarios. Actualmente posee una plaza con su nombre en Colonia.

“Dios dejaba caer diariamente a sus enemigos en manos de aquél, porque era bueno a los ojos de Dios y caminaba por la senda de Dios, y hacía las cosas que son agradables a Dios”, nos explica San Gregorio de Tours.

Que venza el vencedor ha sido siempre la voluntad de Dios. O el destino. O la voluntad del progreso y la civilización. Cantemos: “Vinieron los sarracenos / y nos molieron a palos; / que Dios ayuda a los malos / cuando son más que los buenos”.

No existe filosofía histórica que diga que merecía vencer el perdedor. ¡Qué sentido podría tener eso! San Gregorio de Tours se sabía esa filosofía tan bien como Marx. Esa es la purísima teología cristiana de las armas, absolutamente judaica.

Ese tal Clodoveo fue quien, derrotados los visigodos, extendió el Reino de los francos hasta el Garona y trajo los ejércitos francos hasta los Pirineos. En adelante, francos y euskaldunes van a vivir en guerra perpetua. Pero los francos son católicos, benefactores de Obispos y monasterios, defensores de Roma, etcétera, etcétera. En definitiva: gente nobilísima. ¿Qué iban a ser los euskaldunes a su lado?

BÁRBAROS Y CRISTIANOS

El segundo factor que moldea la conciencia colectiva de españoles y franceses es la religión. El "romanismo" les hace creer que la más alta civilización de todo el mundo es la suya; el cristianismo les hace creer que la suya es una nación santa y sagrada.

Como quiera que los euskaldunes no poseemos la civilización más perfecta y más hermosa del mundo, y dado que no constituimos una nación santa y sagrada, apenas podemos atisbar razón y derecho alguno para existir, sobre todo, al lado de semejantes vecinos. Ellos, sin embargo, tienen toda la razón para burlarse de nosotros o, sencillamente, para pisotearnos.

El señor Sánchez Albornoz, para sorpresa nuestra, se ha preocupado también de la religión de los euskaldunes: ha decidido que los euskaldunes estaban absolutamente atrasados porque eran gentiles y porque adoraban al sol o a yo qué sé qué, en tanto que los sevillanos eran cristianos desde hacía tiempo y habían llegado hasta guardar voto de castidad. Pero el señor Sánchez Albornoz, compulsado el paganismo de los euskaldunes, reputa como gran civilización la devoción católica de los sevillanos.

¿Sorpresa? No mucha. Todas las razones le valen para obtener lo que pretende. Hemos visto a docenas de españoles burlarse de los euskaldunes, precisamente porque eran cristianos practicantes, tildándolos de retrógrados y oscurantistas. Prieto y los socialistas, por ejemplo, llamando a los diputados euskaldunes *minoría vasco-romana*, afirmando que en

Euskal Herria pretendían levantar *un Gibraltar vaticanista*, etc. ¡Cuánto escarnio! Pero todo valía en contra del Estatuto. Algo después, otros españoles, anduvieron tiroteándolos porque, al parecer, no eran suficientemente cristianos. Y en nombre del cristianismo perfecto nos han arrasado el País de parte a parte. Los anteriores burladores, empero, no dejaban ahora de apreciar y alabar a los euskaldunes, precisamente porque eran católicos. Sin embargo, existían algunos católicos partidarios de la República: esto era sumamente importante ante el mundo. Burla primero, lisonja después.

Demasiado cristianos, demasiado poco cristianos, siempre habrá algo. En España será hoy una buena razón aplastar a los euskaldunes porque son cristianos y mañana será una buena razón, porque no son cristianos.

No nos causa mucha extrañeza, pues, que Sánchez Albornoz se preocupe de la religión de los euskaldunes. Aunque, viniendo de un republicano, se nos antoja un proceder extraño.

Puestos a preocuparse, se preocuparán también del número que calzamos, si les conviene...

No sabemos cuándo se cristianizaron los euskaldunes. De todos modos, el paganismo duró hasta muy tarde, especialmente en ciertos lugares. Pero eso no significa que aquí no existieran cristianos. Lo único que significa, simplemente, es que existían gentiles. Los antiguos euskaldunes practicaban la brujería, con gran vocación y mayor destreza, desde luego. Deseando elogiar a Alejandro Severo, Lampridio le llamaba *gran agorero, hasta el punto de aventajar a los Vascones*. El poeta Prudencio, en la Calahorra del siglo IV, nos cuenta que los euskaldunes ofrecían sacrificios de vidas humanas a sus dioses.

Posteriormente muchos santos y muchos otros no tan santos disertarán sobre la brujería, la idolatría, la torva fe y otras cuestiones heterodoxas de los euskaldunes: *ita ut auguris, vel omni errori dedita, idola etiam pro deo coleret* (la historia de San Amando). Los euskaldunes de tiempos de Santa Rictrude adoraban, al parecer, a los demonios: tal vez para recabar la ayuda de éstos, si la de Dios no era más eficaz.

No eran únicamente creencias. El año 1023 el Obispo Oliva denun-

cia los tres tremendos pecados de Navarra, *inter cetera vitia*: incesto, embriaguez y brujería. Tiempo suficiente tendrá, más tarde, de contemplar algunas otras sanas costumbres.

Pero no sólo eran hábitos perversos. Los euskaldunes tenían muy poco respeto a la Santa Madre Iglesia y a sus santos edificios y personas. En la revolución contra Receswinto los euskaldunes procedieron sin miramiento alguno hacia los templos, altares o clérigos. Todo cuando pillaban a su paso lo quemaban, lo arrasaban, destruyendo iglesias, derrumbando monasterios, derruyendo altares, sacudiendo el polvo y limpiando a monjes y clérigos, regando cadáveres a diestra y siniestra, como condumio de perros y cuervos...

¿Qué era, pues, esta revuelta? Para los euskaldunes era la opción de sublevarse contra el Rey visigodo. Fue Froia quien se rebeló en contra del Rey; los euskaldunes aprovecharon la oportunidad brindada y le ayudaron. El odio hacia el cristianismo mostrado en esta ocasión por los euskaldunes tenía, indudablemente, sus causas. Éstas han de indagarse, al parecer, en el comportamiento del sumamente cristiano Rey y en la teología “toledana”. Al Obispo de Zaragoza, mencionando la crueldad de los euskaldunes, le parece el citado Froia, que ejercía de cabecilla de los euskaldunes, *quidam homo pestifer atque insani capitis*, un hediondo perturbado, vamos. El Rey, sin embargo, *orthodoxum magnumque Dei cultorem*, un ortodoxo santurrón. Ahí se perdieron los euskaldunes, porque esa clasificación los dejaba fuera de la “civilización mundial”.

Pero, ¿qué demonios les importaba a los euskaldunes la ortodoxia y la devoción de Receswinto? Al Obispo de Zaragoza y a los clérigos de España, en cambio, sí. Mientras fuera ortodoxo y devoto, ocioso era todo lo demás. El Rey ortodoxo y devoto siempre realizaba “la Obra de Dios”, incluso sacándole los ojos a uno o rebanándole el pescuezo a otro.

Relata un tal San Julián de Toledo, por ejemplo, cómo el sumamente devoto príncipe Wamba hacía la guerra en contra de los euskaldunes; no contra los euskaldunes montaraces y silvestres: *religiosus Uvamba princeps feroces Vasconum gentes debellaturus aggrediens... ut Vascones ipsi, animorum feritate deposita...* Por supuesto, los salvajes y feroces son los euskal-

dunes que están defendiendo su casa; el guerrero atacante es el Rey devoto y místico.

El III Concilio de Letrán (1179) va a declarar, de nuevo, que los euskaldunes se portan como gentiles –*more paganorum*– y, consecuentemente, aprobará la “guerra santa” contra ellos.

Los señores y reyezuelos ya habían aprendido desde tiempo atrás a hacer la guerra santa contra los euskaldunes, con las bendiciones de teólogos y obispos cortesanos. Una guerra así acabó arrasando Navarra, también en esta ocasión mediante la valiosa ayuda de un Santo Padre sílfítico.

Durante la guerra, al menos, no parece que Dios se acuerde demasiado de los euskaldunes. La mayor parte de las veces se ha enrolado con el enemigo. También los francos y los visigodos, por si no tuvieran bastante con sus amplios ejércitos, sus competentes caudillos y su larga experiencia guerrera, entraban siempre en combate contra los euskaldunes DEO AUXILIANTE, tomando a Dios como aliado. En mi opinión, una de las primeras tareas que debería realizar la Iglesia es confeccionar una lista de todas las guerras que Dios nos ha ganado.

Siempre, siempre vencían los francos a los euskaldunes con la ayuda de Dios; y arrasaban pueblos enteros euskaldunes y reducían a pecheros a los habitantes y les obligaban a pagar onerosas rentas y les arrebataban sus tierras; y los sometían a la autoridad y jefatura de Duques francos. Lo constatamos en la Crónica de Fredegario (a quien luego encontraremos en otra parte).

Bárbara era la guerra que los euskaldunes hacían en contra de los francos; santa era la que los francos hacían contra los euskaldunes. Ésa es la diferencia que conlleva encontrar a tiempo aliados celestiales.

No hay por qué recordar de nuevo que la Iglesia ha creado, al modo constantiniano mas castizo, la “ideología” de los Reyes francos y visigodos, la conciencia monárquica. Estas monarquías son monarquías sacrosantas. Sus Reyes eran mandados y representantes de Dios. Las obras de estos Reyes eran obras de Dios. Conocida es la máxima *Gesta Dei per Francos*, las obras divinas realizadas mediante los francos. En España, como era de esperar, Dios confeccionaba sus obras mediante los visigodos.

No es sólo una figura literaria la frase que Quevedo le dedica al Rey: *Dios en la tierra os hizo deidad*. Es una teología tradicional sobre la monarquía. Una violenta, fuerte y larga tradición en España y Francia. El Obispo Guevara, euskaldun, escribió, como servidor que era del Rey, que los príncipes son “*dioses en la autoridad que tienen sobre las cosas temporales*”. Lope de Vega: “*que los reyes son deidad... son divinidad los reyes*”. Calderón: “*es tan augusta / de los reyes la deidad*”. En fin, todo el Barroco español. Anteriormente, en 1441, las Cortes de Castilla en su Capítulo de Olmedo habían concedido al Rey que “*es vicario de Dios e tiene su lugar en la tierra*”. *Mucho antes, como el Rey Alfonso el Sabio enseñaba en el Código de las Partidas, los Reyes en Castilla son* “vicarios de Dios, cabeza de su reino, cuyo mandamiento deben obedecer los miembros como los sentidos obedecen a la cabeza”. Eso es precisamente lo que los euskaldunes no hacían al Rey: obedecerle, como a Dios.

Pero, es que no obedecer a todo un Rey sacrosanto es una enorme salvajada. Sobre todo, es un negro pecado contra la Fe. Sometidos por la fuerza, por francos y visigodos, los euskaldunes se rebelan una y otra vez. Eso es casi un sacrilegio. Los cronistas, escandalizados, apuntan: “Otra vez se han rebelado los euskaldunes”. “El Rey ha derrotado de nuevo a los euskaldunes”. Ambos capítulos llegan tan seguros como el invierno y el verano, uno tras otro. Los cronistas denunciarán la perfidia de los euskaldunes: traidores, más que traidores, los euskaldunes “reducen la fe a serrín”. Los euskaldunes son gentiles y bárbaros que niegan obediencia al sacrosanto Rey: *feroces Fascones, feroces Uvasconum gentes, gentem nequissimam Wasconum, etc., indefectiblemente. Los euskaldunes quedaban fuera del santo reino*. No sólo quedaban fuera, sino que ni siquiera deseaban entrar en dicho santo reino y estarse quietos de una vez. Fíjese usted qué bárbaros.

Desde luego, ¿qué son las obras de los Reyes: sus guerras, violaciones, asesinatos, crímenes e incendios? Lo que decíamos antes: la obra divina. Estos monarcas –los posteriores a Pipino el Breve, en especial– son Reyes “por la gracia de Dios”. Se autocoronan con ungüentos y ritos curiosos. Estos Reyes llevan una misión “católica”, es decir, internacionalista. Su misión es “expandir el reino de Dios”; salvaguardar la Iglesia de los ataques de los gentiles; reunir “el único Cuerpo de Jesucristo”, como

Agobardo teologiza: “culminar la obra cristiana de la unificación, preparando *el reino de una única ley humana en su pueblo de autoridad*” (los Ilustrados serán fieles seguidores –secularizados– de esa teoría unitarista sobre la autoridad política y el Estado). El Rey protege a la Iglesia y viceversa. Como declararán los Obispos –en la coronación de Pipino el Breve, por poner un ejemplo–, es pecado mortal, y torvo y execrable crimen levantar la mano contra el Rey, ya que se trata de una autoridad sacrosanta.

A Carlomagno lo coronó César “el mismo Dios” en Nochebuena, en la Basílica de Roma: “la más piadosa entre las principales majestades... ¡Oh, tú, magnífico y pacífico César!”

Al Rey católico coronado por el mismo Dios, y al Rey (o al Caudillo) que lo es “por la gracia de Dios” se le debe santa obediencia. Cuando el Duque de Alba conquistó Navarra con la ayuda de Dios y la astucia del diablo, reunió a representaciones oficiales y ciudadanos en el convento de San Francisco y comenzó de este modo su conocida alocución: “*De derecho divino y humano es obedecer a los mayores; y ninguno hay en nuestros tiempos, entre los príncipes cristianos y moros, a quien se deba acatamiento y obediencia, como al Católico Rey de España, mi Señor*”. He ahí, de nuevo, la sempiterna teología de las armas del conquistador español.

El centralismo no es “francés” como alguien –algunos recién conversos euskadófilos, por ejemplo: a pesar de que se han convertido, siempre habían sido buenos– nos querría hacer creer. El centralismo es de todos los bárbaros que han tomado las estructuras eclesiásticas, porque la autoridad es sagrada para esas criaturas de iglesia. El Cuerpo Místico –una única ley, un único lenguaje para todos los cuerpos– es la sociedad. El centralismo nace de la tierra abonada, como las patatas, valga el símil. Porque, de otro modo, en la Historia las cosas no se importan y exportan tan fácilmente de París a Madrid.

Todo eso data de después de la fecha de esponsorios de los Reyes bárbaros y la Madre Iglesia. Los Obispos de Galia llaman “hijo nuestro” a Clodoveo. El Obispo Avitus de Viena declamaba a esa bestia parda de Rey (“bestia horri”, diría nuestro Leizarraga): “Tu fe es nuestra victoria... cada batalla que luchas es una victoria para nosotros”. El Rey, por el con-

trario, afirmará que su reino no es sino la Iglesia. El imperialismo, el expansionismo no va a ser sino misión apostólica.

Ha surgido, pues, una autoridad sacrosanta. Y, además, se ha creado el centralismo: el Reino es un “cuerpo místico”. Ha surgido el Derecho a conquistar los pueblos vecinos en nombre del evangelio y de Dios. Estas ideas, secularizadas, van a mostrar larga vida y vigorosa pujanza: se dirá que es el “interés común” o lo que sea, pero aquella instancia sagrada continuará siempre en lo alto; la unidad del Reino es inviolable, etc.

Tanto los Reyes visigodos como los francos han atacado, de derecho y de revés, a Euskal Herria en mil ocasiones: a partir de entonces eso será una hazaña muy religiosa, que se llevará a efecto con la ayuda de Dios.

Es, pues, absolutamente legítimo y oportuno que el Obispo de Poitiers, Venancio Fortunato, anime a Chilperico (580) a calentar las costillas a los euskaldunes, *para que ningún rebelde armado haga correrías por los campos de las Galias*. Ese Obispo era un poeta que, ya en esa época, sabía crear literatura comprometida y de gran compromiso. Poesía social, política e imperial, todo perfecto. Los mismos consejos daba ese Obispo poeta al Conde Galactorio: “Cobre horror a las armas el vascón, abandonando el refugio de la Cordillera Pirenaica”. Hermosos deseos. En 593, siendo Rey Chilperico, el Duque Bladaste perdió a su ejército casi entero en estos montes... Por lo visto, el Obispo no había rezado suficiente en su favor. Seguramente estaría distraído en componer poesías, no es extraño.

De similar modo se ha desarrollado la conciencia nacional de estos pueblos. “¡Viva Cristo, amante de los francos!” implantó Clodoveo en lo alto de la ley sálica. Ya estaba inventado el requeté.

En numerosas ocasiones le ha tocado a nuestra generación tener que escuchar “*España sacrosanta*” y “*España, realidad suprema*”. Pensamos que son fanfarronadas, y preferimos arrumbarlas como insensateces proferidas en un mal momento histórico. De todos modos, esas cosas se afianzan en una tradición de casi mil quinientos largos años. No son simples bravuconadas espetadas en el fragor de la batalla. No debiéramos olvidarlo: son muy españolas. Dado que Recaredo en el siglo VI unció bajo

el mismo yugo Iglesia y Reino, son posteriores a esta unión, por lo menos. También son muy francesas. Es decir, muy “católicas”.

Desde allí arranca una línea perfectamente recta que llegará hasta el siglo XX. No hace muchos años que los Obispos enseñaban a sus discípulos euskaldunes que amar a España es amar a Dios:

En la Iglesia española y en la Patria deben estar concentrados todos los amores. Al decir España, digo Iglesia. En el amor a nuestra Patria, residen los grandes amores a la Iglesia. Amar a España es amar lo más grande, lo más sublime. Despreciarla, es despreciar lo más sagrado.

El que ame de verdad a España y a su Iglesia es el que obtendrá el galardón en esta tierra y en el Cielo.

Escolares: amad a España y amaréis a Dios, y España os dará la felicidad en la tierra y Nuestro Señor, la gloria en el Reino de los Cielos.

(Boletín Ecl. del Obispado de Vitoria, 1937, pág. 454)

Todo eso es una vieja historia que la Reconquista relanzará con renovadas energías: Covadonga, Santiago... La Virgen de Covadonga es “la Virgen de las batallas” o “la Virgen de las victorias”: Don Pelayo venció, al parecer, gracias a la ayuda de la Virgen (así mismo, la de Zaragoza también es una Virgen muy militarista). En la catedral de Oviedo se encuentra la cruz que ayudó a Don Pelayo en sus apuros: “la Cruz de la Victoria”, en la famosa Cámara Sagrada que, en la revuelta de 1934, “unos mineros sacrílegos profanaron”. Allí, en el Arca Santa, pueden contemplarse otras abundantes reliquias que en numerosas guerras santas han prestado ayuda a los honrados guerreros españoles. Dos astillas de la Cruz de Jesucristo, unas gotas de sangre de Jesucristo, unas migajas del pan de la Última Cena, una sandalia de San Pedro, cabellos de María Magdalena, una moneda de plata de Judas, leche del pecho de la Madre de Dios, y muchas más cosas. A falta de ayuda celestial no quedarían, pues, los reconquistadores de España.

Efectivamente, desde que en el mundo existe España, en opinión de los españoles, Dios no tiene otra tarea que cuidar de España día y noche; sin duda, porque el reino de Dios es España, eso que rezamos “Venga a nosotros tu reino”. Y, ¿se han fijado cómo nos viene? El pobre

Santiago trabaja sin parar, venga a cortar cabezas de enemigos de España, sin dar abasto, tanto de árabes como de indios americanos, de filipinos y de quienquiera que se descuide. Y Santiago no es el único santo matamoros: él únicamente es el campeón que se ha impuesto a sus contrincantes en ese piadoso torneo. Porque, como podrá usted contemplar en el Portal de San Millán, caballero jinete en numerosas y soberbias figuras, San Millán también ha hecho sus pinitos degollando moros. Y, según lo que le explican a usted en las ruinas de la iglesia de San Isidoro de León, este santo anduvo enzarzado en la batalla de Baeza. (Creo recordar que a Franco también le apoyaba Santa Teresa). Todo el Cielo está muy ocupado en salvar a España, sin otro quehacer. Pero Santiago les ganó a todos y por eso es él el patrón. De los matamoros.

Otra gran arma secreta de España es la Virgen: la de Covadonga, la de Guadalupe, la de Zaragoza... Y el Pilar de la Virgen de Zaragoza es el mismo que Jacob utilizó como almohada, *y que luego llevó a España el nuevo Jacob del Nuevo Testamento*: desde que los judíos se han vuelto tan malvados, España se ha convertido en el nuevo Pueblo de Dios. Por ello no tenemos ninguna dificultad en comprender que *la Virgen, de no haber sido judía, hubiera sido española* (¡Dios sí que metió la pata ahí!). Etcétera, etcétera. Eso es un piropo al modo español, sin duda. A la Reina Católica Isabel, un poeta le cantó que, de haber nacido antes, Jesucristo hubiera preferido tenerla como madre. Veamos: *“Alta reina soberana / si fuérades antes vos / que la hija de Santa Ana / de vos el Hijo de Dios / recibiera carne humana”*. ¿Cabe más esperpéntico desatino? Cabe: la cardiología hispano-teológica. El padre Hoyos, la madre Rafols y compañía aprendieron de Dios —pero esto ya lo sabían los españoles antes que Dios— que el inconmensurablemente amado Corazón de Jesús reina en España muy especial y particularmente. Todavía se puede ver esa placa en un montón de casas de Euskal Herria. Por lo tanto, comprendemos a la perfección a Musde Zacarías Vizcarra así como la trilogía *Dios-Iglesia-España* del venerable Antonio María Claret. *España sacrosanta y España realidad suprema*, por tanto. Aunque eso ya haya tomado una forma secularizada desde hace bastante tiempo.

Así surgió el estado Fetiche... Así surgió, pues, con una u otra ideología, el Fetiche del *interés supremo* que siempre coincide con la citada

España sagrada. El Estado moderno liberal no es sino el Estado arcaico teológico, remendado con algún petacho y algo parcheado. (La Historia, desde luego, transforma mucho más fácilmente los modos que los contenidos).

Los euskaldunes, bien como gentiles, bien como sociedad sin encuadrar en los reinos cristianos, eran bárbaros. No eran romanos, no eran cristianos... Indefectiblemente, no les quedaba sino la opción de ser bárbaros. En el mundo no había sitio para ellos.

En cierta ocasión, con el transcurrir de los tiempos, la tradición romana y la cristiana se unieron y allí mismo surgió la expresión excelsa, el apogeo de la civilización: HABLE UD. CRISTIANO. (El euskaldun queda así sin lugar y sin palabra, en el mundo). He aquí la solución a todo problema lingüístico⁵. El estado, la religión y la lengua forman un todo: he ahí España, la nueva Israel.

⁵ Durante siglos, el latín ha sido la lengua de la Iglesia. A ésta se debe, a nadie más, la creencia de que el latín es el único idioma "civilizado" (posteriormente, las criaturas del latín). Esta ideología va a tolerar pasar del latín a las lenguas románicas. No así, en cambio, a las "jerigonzas selváticas" que nada tienen que ver con el latín. El mito de que el euskera es una de esas "jerigonzas selváticas" ha surgido en círculos eclesiásticos. Precisamente por eso, en los monasterios de Euskal Herria jamás se ha cultivado el euskera: sí, en cambio, el español. Desde el siglo IV, la suerte del latín ha caminado unida a la de la Iglesia. En Occidente la Iglesia no ha reconocido otra lengua que el latín (fuera de los territorios del Imperio Romano, para ser más exactos: en las misiones orientales de Cirilo y Metodio, concretamente. Es decir, en donde la Iglesia no necesitaba salvar el romanismo).

EL MITO DEL EUSKALDUN SALVAJE

“*Extraña raza vasca* –se asombra H.S. Chamberlain– *cazada, expulsada, perseguida por los indoeuropeos...*” Ahí tenemos a Chamberlain, un devoto creyente del mito. Recojamos ahora éste, con suma brevedad, según la historia estudiada hasta ahora.

En esta historia, el ave rapaz es la artífice que ha creado el mito de la barbarie de la presa. El milano llama salvaje a la gallina. Visigodos y francos han afianzado las raíces de ese mito sobre la inhumanidad del euskaldun: es decir, los invasores bárbaros.

Ya se sabía, por otra parte, que los mártires de Roma se comían a todos los leones del circo. ¡Semejantes desnaturalizados! Y los pobres leones, despavoridos, escandalizados.

El Baskón de los documentos godos y francos, y de los sucesores nacionales inmediatos, es personaje repulsivo. El odio, desde los campamentos subió a la celda de los monjes y al camarín de los obispos que escribían las crónicas. Sirviéndonos de frase moderna, podríamos decir que “tuvieron muy mala prensa”. Ese odio, como traición de raza, duró mucho, y se derramó en una sistemática de los Baskones y sus cosas (A. Campión).

¿Qué ha sucedido? Esas bárbaras gentes pretenden someter a Euskal Herria en nombre de la civilización romana, por encargo de Dios y con la bendición de los Obispos toledanos. *Pretendieron apoderarse de la Baskonia, sobre todo de la parte latinizada. Mas los Baskones no lo soportaron, y comenzó una guerra encarnizada que duró tanto cuanto la monarquía*

goda... La frase sempiterna de los cronistas, “domuit vascones” [es decir, que dominó a los euskaldunes] delata un estado de guerra inacabable y no de sujeción. Esta fue parcial y hasta en los cronicones enemigos se trasluce, a veces, la verdad. ¡Singular sujeción sería ésta con que sueñan los sectarios de la superstición gótica, tan grata a las clases intelectuales de España!

Ha existido una guerra sin tregua entre visigodos y euskaldunes. Este capítulo ha agudizado la retórica de Campiún:

Ellos pelaron contra Riciario; y contra el Conde Gauter; y contra Eurico; y contra Leuwigildo; y contra Recaredo; y contra Gundemaro; y contra Sisebuto; y contra Suintila; y contra Uvamba; y contra el último rey de los godos.

Las Crónicas están llenas, pues, de este tipo de piropos hacia los euskaldunes: *Irruptiones Vasconum; Vascones in montibus rebellantes; incursus Vasconum Tarrac. provintiam infestantium; Vascones ipsi, animorum feritate deposita; feroces Fascones in finibus Cantabriae perdomuit*, etc. ¿No se nos hace familiar esta literatura?

Cuando el enemigo lo sometía y no tenía otra salida, el euskaldun debía prometer obediencia. Pero en cuanto podía alzar la cabeza, se rebelaba. Y, como era habitual, las guerras se sucedían, una tras otra, casi como un ritual, tal como lo relata la Crónica de Fredegario (*quod more solito sicut semper fefellerunt – Vascones*).

Junto a eso tenemos las letanías de los Reyes: *Vasconias depredatur; Pampilonam capit; partem Vasconiae occupat; Vascones una expeditione vastavit; Vascones humiliavit; cum omni exercitu Vasconiae partes ingreditur; feroces Uvasconum gentes debellaturus aggrediens*, etcétera.

Ésa era la historia. Muy similar, tanto con los visigodos como con los francos. A la montaraz criatura semidesnuda le da lo mismo el enemigo del norte que el del sur.

Dicho de otro modo, los euskaldunes siempre se rebelan, son ingobernables, salvajes, díscolos, bestias, en una palabra.

Los cronistas francos, esos cronistas tan dóciles con sus francas Autoridades, nos han pintado al euskaldun como gente bandida, salteadores y ladrones. Ahí está todo un San Gregorio de Tours, por ejemplo:

Los vascones descienden rápidamente, monte abajo, a la ladera, destrozando aldeas en tierras de vid y otros cultivos, incendiando hogares, robando ganado y tomando gente cautiva... Anales de Historia Eclesiástica de los Francos, lib. 9, cap. 8, núm. 7).

Esto que relata el Obispo Gregorio de Tours pudo suceder el año 587; seis años antes exactamente había tenido lugar la mencionada campaña de Bladaste, en contra de los euskaldunes, por orden del rey Chilperico (a este Chilperico animaba el Obispo poeta de Poitiers, en contra de los euskaldunes).

Aquellos euskaldunes serían bastante traviesos, sin duda. Tampoco francos y visigodos eran sosegados angelitos. Campión, de nuevo:

Estos Baskones, no dudo yo que serían fieros, y aún feroces acaso, en los momentos de coraje y desesperación durante las guerras por la independencia patria. Mas, de actos feroces suyos, poquísimas memorias particulares guarda la historia escrita por los enemigos. Los Godos y los Francos, en todo caso, no tienen derecho a arrojarles la primera piedra...

En aquella época surgió otra acusación contra los euskaldunes: que eran falsos, indignos de confianza, felones y defraudadores, traidores, que incumplían la palabra dada, *gentem nequissimam* (Lib. de miraculis S. Martialis). Dos facetas muestra, a la vez, esta acusación: una, que los euskaldunes, aunque dieran palabra de sumisión al vencedor, se rebelaban; dos, que los euskaldunes practicaban la guerrilla.

Ya hemos visto que los euskaldunes se alzaban en contra del invasor siempre que podían. La historia continuará así en lo sucesivo. Los españoles, mucho más tarde, conquistarán Navarra sin apenas hallar resistencia. Pero los navarros se rebelarán una y otra vez. Acuña, Valedor de los Reyes Católicos, decía por entonces que en Navarra no podía fiarse de nadie, que todos los navarros eran falsos y que Navarra era *un reyno de traidores*. Tras la Guerra de Convención, *en el círculo oficial madrileño fue indeleble la falsa idea de que Guipúzcoa era traidora*, según nos comenta Lasala. También eran sucios traidores los carlistas en el siglo XIX; y por ser traidores, efectivamente, nos castigaron, en 1936, ya sabe us-

ted: a Bizkaia y Gipuzkoa nos cupo el honor de ser “provincias traidoras”. Historia. Tradición.

La razón para tomar a los vascos como traidores es su modo de hacer la guerra —esto también llega hasta nuestros días—: la guerrilla.

El de Silos nos relata bellamente la guerrilla:

Abandonando las llanuras, los nabarros se refugiaban en las ciudades y defensas puestas en las gargantas de las montañas; y como tan curtidos por el frío y el trabajo y ligeramente armados, atravesando los collados y frondosos bosques y serpeando de improviso hacia los campamentos de los enemigos sin que éstos se dieran cuenta, los destrozaban con frecuencia. Y este modo de guerrear jamás pudo ser vengado, porque los nabarros, ágiles y ligeros, se diseminaban por varios puntos, según las circunstancias.

El silencio nos ha descrito la guerrilla en contra de los moros. Las Crónicas muestran que contra francos y visigodos ocurrió otro tanto. En palabras de Estrabón, los iberos se valían del mismo tipo de guerrilla. Es la guerra del pobre.

Los francos le cogieron un inenarrable asco a esta escuela de guerra, a causa de todo lo que les deparó. Pero eso no nos puede extrañar.

Vamos a reproducir aquí lo que Eginhardo, cronista de Carlomagno, relata sobre las vicisitudes de Orreaga⁶:

Vuelve el ejército, salvo y sin daño alguno, excepto el que hubo de sufrir en la cumbre del Pirineo por la PERFIDIA DE LOS BASKONES. Pues marchando el ejército en hileras, a causa de la estrechez del lugar, los Baskones, emboscados en la cima por ser sitio muy a propósito por la abundancia de árboles, acometiendo desde arriba a la última parte del bagage y a los que iban a la cabeza para defender a la vanguardia, los arrojaron a un profundo valle, donde, trabada la lucha, mataron a todos. Después de robar el bagage, amparados por la noche, que se aproximaba, se diseminaron velozmente por diversas partes, merced a la ligereza de sus armas y a la disposi-

⁶ Roncesvalles, para los no euskaldunes.

ción del lugar donde se luchaba. Los Francos, por el contrario, quedaron inferiores a los Baskones, por el peso de las armas y la aspereza del terreno. En esta batalla fueron muertos... Este hecho no pudo ser vengado hasta el presente, porque el enemigo, una vez realizada la hazaña, se dispersó, de tal modo que ni siquiera quedó noticia de dónde pudiera ser hallado.

Carlomagno, reuniendo a la flor y nata de sus reinos, organizó un formidable ejército y, sin graves contratiempos, cruzó las montañas hasta Pamplona. “Entonces el Rey.. habiendo atacado en primer término a Pamplona, ciudad de los nabarros, la recibió a discreción” (Eginhardo); “Y derruidos los muros de la misma ciudad, subyugados ya los Españoles y los Wascones, regresó a Francia” (Anales Metenses). A la vuelta se acordó de lo que había hecho en Iruñea. Esto sucedía en agosto de 778.

En la *Historia* de Zabala podemos leer: “No pasó demasiado tiempo sin que los francos reaparecieran... Carlomagno creó un nuevo reino de Aquitania con los euskaldunes del lado francés y se lo entregó a su hijo Ludovico Pío”.

La tercera batalla de Orreaga, sumamente parecida a la primera, que acabamos de describir, es para Eneko Haritza. Esta gesta nos la ha contado el “Astrónomo”, en la *Vita Ludovici Pii*. Como era costumbre, se internaron por enésima vez en las montañas vascas con un sensacional ejército –*cum magnis copiis*– al frente de los cuales iban los Condes Eblo y Asinario. Nadie les hizo frente y, de este modo, entraron ambos sin percañe y victoriosos en Iruñea, en 824. A la vuelta, sin embargo, cobraron de lo lindo. Allí, en las tinieblas boscosas les aguardaba Eneko Haritza y, bueno, ...*inde negotio peracto redirent, SOLITAM loci PERFIDIAM habitatorumque GENUINAM experti sunt FRAUDEM*...

¡Hay que ver, qué inapropiado era el lugar y qué taimados los euskaldunes!

Los francos le van a contar a usted que jamás peleaban en igualdad de condiciones, que los euskaldunes siempre llevaban ventaja, y excusas similares: lo abrupto del terreno, la levedad de las armas, etc.; que si los francos llevaban armas muy pesadas, que si el lugar no era el idóneo, que si siempre se hallaban en desventaja... *Wasconicam perfidiam* habrá que afirmar, convirtiendo eso de *loci perfidiam habitatorumque genuinam*

experti sunt fraudem en tópico. Ni siquiera San León fue capaz de entrar en Baiona, *propter insidias Vasculorum molestantium nocte et die civitatem*.

Ahora, tarea de monjes y obispos será rearmar moral y psicológicamente al ejército glorioso del Rey sagrado, que esos montaraces bárbaros han humillado y desmoralizado: son enemigos traidores alevés. Eso siempre ha sido una buena razón.

Para dar colofón, citemos a Campián de nuevo:

Los cronistas godos y francos, cuando narran las guerras de sus naciones respectivas contra los Baskones, sin empacho los califican de “rebeldes”... Vencidos a veces, la impotencia momentánea los constreñía a las apariencias de una vana sumisión. Fredegario nos advierte que el juramento prestado por los Baskones a Dagoberto fue “el que acostumbraban”... Juramento de vivir sometidos al extranjero mientras no pudieran expelerle. Sin duda es ésta la materia más grave de la ponderada perfidia baskónica. Porque las “insidias”, que consisten en aprovecharse de los valles angostos, las oscuras selvas y los altos montes, todo combatiente las usó, si pudo. Pero los invasores, naturalmente, habían preferido que las allegadizas huestes montañosas, medio desnudas y mal pertrechadas, les atacasen a campo raso. Entonces no hubieran mentado los cronicones las insidias del mayor número, de la organización, de las lanzas, caballos y corazas...

Los Baskones practicaron la guerra de emboscadas, la eterna táctica de las guerrillas hispánicas; movimientos veloces, poca impedimenta, elección del sitio y la hora, y después del lance, pronta dispersión, aún más que la inopinada acometida.

De todos modos, eso quedará ahí: el euskaldun es una bestia parda y traidora, tramposo, bárbaro falso, cruel, pérfido. Los vascones, ciertamente “*tuvieron muy mala prensa*”. Verdad es

Mila vrte ygarota

Vra vere videan...⁷

⁷ Mil años pasarán / y el agua fluirá por su cauce...

LA PROPAGACIÓN DEL MITO

Incluso esta tierra vasca es bárbara; bárbara la gente, bárbara la lengua, tremendamente bárbara la cara de la gente, absolutamente todo es muy bárbaro. Los monasterios, ubicados en las vías principales, se convirtieron en algo similar a agencias de viaje durante el siglo XII: informaban a los clientes acerca de qué territorio, senderos, tipos de gentes, paradores, etc. encontrarían a lo largo del camino. Y, desde luego, la información que ofrecían los monasterios del Camino de Santiago sobre los euskaldunes respondía exactamente a la arriba apuntada: que eran requetebárbaros (perdón), vamos. Sólo ver a un euskaldun te hiela el corazón: "*Ipsi sunt feroces et terra in qua commorantur ferox et silvestris eta barbara habetur; ferocitas vultuum similitudinisque lingue barbare eorum, corda videncium illos expavescit*" es precisamente lo que leemos en el V libro del llamado *Liber Sancti Jacobi* o *Codex Calixtinus*, algo así como la "Guía del Peregrino" obra, al parecer, del célebre Aymeric Picaud.

La "mala prensa" de los euskaldunes ha sido el Camino de Santiago, el tránsito de peregrinos hacia Santiago, el más virulento órgano de propaganda del reino franco.

No olvidemos que el Camino de Santiago ha sido el "periódico" más importante de Europa en la Edad Media; el que extendió por todo el mundo el mito del salvajismo de los euskaldunes. Señalemos que para entonces numerosos francos se habían instalado en Euskal Herria, especialmente en burgos o villas del Camino de Santiago. Y que esos francos no siempre se arreglaban bien con los euskaldunes.

“En la Edad Media hubo focos de antibaskonismo que difundían su inquina y malquerencia por los más remotos países. Insigne entre todos y, por lo tanto, muy dañoso a este viso, fue Santiago de Compostela, devoto centro de peregrinaciones mundiales. Puede sospecharse que allí alternaban las alabanzas al Santo Apóstol con los improperios a los baskones. Las diatribas, por lo menos, silban como culebras en las páginas de monumentos tan solemnes como la *Historia Compostelana* escrita para glorificación del arzobispo Gelmírez. Reciben los baskones los dictionarios de gentes crueles y feroces, a cualquier linaje de maldad dispuestas, y atravesar el país de ellos se asemeja a una jornada por tierras salvajes (Campión).

También han ofrecido los citados romeros informaciones históricas interesantes sobre los euskaldunes: los vocabularios de Aymeric Picaud y de Arnold von Harff, por ejemplo (Picaud escribió que en euskara Santiago se decía “Iaona domne Iacue”, Axular dice Iondone Iakue, Leizarraga Iacques y yo mismo, en Zegama, aprendí que se decía “Jaume bidea”). Si hemos de creer a Aymeric, no parece que andaban los peregrinos demasiado sosegados por estas tierras. Ojeando la obra de von Harff, sin embargo, puede pensarse que algo sí se divertían aquellos penitentes y que las chavalas euskaldunes, desde luego, no tienen traza ninguna de “infundir terror a quienes les miran”...

Los centros de peregrinaje y las romerías de la Edad Media no eran únicamente motivo de penitencia. Eran también aparatos de diversos sistemas políticos y sociales, al margen de sus funciones religiosas.

En primer lugar, concentraban una ideología determinada, que vestían de referencias muy concretas —nombre, lugar, historia o leyenda—. Jerusalén, Roma, Santiago o la Virgen de Arantzazu, o Diana de Éfeso, o la Kaaba de la Meca, o los templos del Ganges en Benarés son cuerpos ideológicos. Bien sabe usted, cómo no, qué ideología encarnaba y encarna Santiago. No se puede entender la historia de España —ha dicho Américo Castro— sin tomar en la debida consideración el culto al Apóstol Santiago y los lugares de culto de Compostela. Los cristianos españoles atacaban al grito de “¡Santiago!”; otros españoles gritaban “¡Mohamed!”. Alfonso VI declaraba en 1072 que “el poderío de Santiago sostiene el reino y gobierno de todas las Españas”. Alfonso X el Sabio lo

llamaba “nuestro Padre y Señor”. Isabel la Católica, “luz, cobijo y guía de los reinos de España”. Santiago representaba la continuidad de la autoridad sagrada del rey y del santo reino. No en vano fue la iglesia de coronación del Rey.

Al margen de la importancia comercial de estos santuarios, en lo cultural vulgar ha de ser destacado el aspecto ideológico-propagandístico. Para el siglo XII Compostela ya contaba con un *Collegium Maior*: ¡cien años antes que la primera Universidad de Europa! En aquella época, por ejemplo, deparó la épica heroica de la Europa Central toda una *Chanson de Roland*... Este poema, además de contener una excelente poesía épica, es una fiel expresión de su realidad contemporánea.

El siglo XII es, asimismo, el que convirtió al arzobispo Gelmírez —re-cién citado por Campián— en reformador de Cluny. Santiago se une, a su vez, con los más pujantes movimientos monásticos y religiosos de Europa. Y eso también significa algo. Santiago únicamente puede ser comprendido si es contextualizado en los movimientos políticos e ideológicos de Europa.

De todas formas, advirtámoslo a tiempo, ya en la *Historia Compostelana* citada aparecen los euskaldunes como bárbaros; pero bárbaro no es sólo el euskaldun, sino también su lengua (*barbaram linguam Blascorum*), como se acredita en múltiples citas. Para entonces, las lenguas románicas habían emprendido sus respectivos viajes en solitario, apartándose del latín (los galaicos, por ejemplo: la más antigua compilación de cantos gallegos es precisamente de Santiago), incluso con el visto bueno de la Iglesia, de los monjes, en especial.

Pero el euskera no es hijo del latín. Es una lengua *ignota*, decididamente extranjera, extraña. Absolutamente diferente a todo lo conocido, sin parecido con nada, como el mismo autor de la Vida de San León (*cum illorum idioma nullo linguagio sit consunum, imo penitus alienum*) lo confirma. Lengua bárbara, pues, para esos monjes. Berceo —Berceo es del siglo XIII— al parecer conocía el euskera, pero no lo utilizaba, sino para decir *Don Bildur* y pijadas semejantes.

Estos parajes, es obvio, son terribles. Y en las terribles montañas de por aquí habita gente más terrible aún: crueles, salvajes, dispuestos siem-

pre a realizar cualquier fechoría o maldad (*in illis montibus remotis... homines truces, ignotae linguae, ad quolibet nefas prompti habitant, nec in merito locis, asperrimis atque inamaenis homines efferi atque effroenes habentur Episcopus nec locurum asperitatem, nec incolarum atrocitatem... pertimescens.*) Ánimo heroico, ardor hasta el mismo martirio, el de ese señor obispo.

No olvidemos que Santiago era el puente –esto lo constatamos clarísimamente en el arte– entre el reino “visigótico” de Asturias y el “Imperio carolingio” de Europa, aunque, bien mirado, ¿quiénes podían ser “visigodos” y quiénes “carolingios” en aquel siglo XII! De cualquier modo, en ese tiempo observamos un resurgimiento de la conciencia nacional, en Francia especialmente, que va a tomar un aspecto muy carolino, lleno de ínfulas, de vanidad.

Atendiendo a lo que los peregrinos cantaban en el Camino de Santiago o de San Jaime, pronto advertimos la abundancia e importancia de la temática carolina. Gran parte de los cantos de los penitentes citan o versan sobre Carlomagno. Revolotean una y otra vez sobre la antes mencionada *Chanson de Roland*. Y de ahí nada bueno le ha de sobrevenir al euskaldun. Desde hacía mucho tiempo los francos no albergaban buen recuerdo de los euskaldunes.

Un más severo análisis del siglo XII arrojaría abundante luz sobre este asunto, pero no podemos extendernos. Reservémonos esto únicamente: la *Historia Compostelana* y el Arzobispo Gelmírez, los cantos de peregrinos y la épica heroica francesa, los monasterios y el Camino de Santiago, la mística de los cruzados, etcétera, que son todas ellas cosas que tienen mucho en común. Si tuviéramos tiempo podríamos incluso penetrar hasta el detalle (sería interesante efectuar un análisis “político” del *Pórtico de la Gloria*). De ese modo seríamos capaces de mostrar la “política”, la ideología, el pensamiento y el sentimiento que expresa todo ello. Pero me voy a limitar a una minúscula cuestión, ya que deseo llegar hasta Aymeric Picaud.

Épica heroica: tras Bédier –*Les légendes épiques*– no cabe duda alguna de que una gran influencia en el nacimiento de las *Chansons de Geste* o épica heroica ha sido ejercida por los monasterios, especialmente por los

ubicados en estos caminos de peregrinos y romeros penitentes (con tanta fiesta, mercado y celebración como se solía organizar a su alrededor). Los monasterios, por su parte, algo tenían que ver con los héroes de las epopeyas: éstos los construían, o los enriquecían con tierras, o los colmaban de reliquias, o les hacían visitas a los monjes... Y los monasterios en cuestión explotaban todo un culto a los citados héroes. Sobre todo a Carlomagno, que a la sazón era el gran “benefactor” de la Iglesia.

Añadiremos que en ese momento se estaba propagando la idea de las Cruzadas: prendía la llama de una forma de religión militante que transformaría la espiritualidad del peregrino, la mística del cruzado, ciertamente repugnante desde la perspectiva del moro.

He aquí todo el argumento de la *Chanson de Roland*: Carlomagno castiga allende el Pirineo a los malvados moros; a la vuelta, los moros le despedazan la retaguardia, comandada por Roldán, a quien asesinan a traición. Los moros son multitud; los de Roldán, poquitos, etc., etc. Conocemos todo esto gracias a los cronistas francos. Roldán es un cruzado y un héroe trágico. Su tumba está en Blay, en pleno Camino de Santiago, nada menos.

El carácter de cruzado y mártir de Roldán será cada vez más exacerbadamente destacado, a partir del poema (especialmente en *Rolandslied*, de Konrad). Por ejemplo, en la pastoral *Rolanen Trajeria*, cuya autoría sitúan en el siglo XVI, aparecen algunas hazañas de Roldán:

O ezpata baliusa, hire parerik eztuk...
Infidelen odolak hik iradoki dutuk,
etsaiak anitzetan susprenitu dutuk,
hanitz *paganoren* membriak hik trenkatu dutuk ⁸.

La cantiga *Roncesvalles* del siglo XIII muestra perfectamente cómo se ha unido la leyenda de Roldán al Camino de Santiago (v. Menéndez Pidal, *Tres poetas primitivos*). Dicha cantiga ha sido hallada en un manuscrito copiado en Navarra hacia 1310. Carlomagno observa el cadáver de Roldán: *El rey cuando lo vido... oit lo que diráde*:

⁸ Valiente espada simpar / has derramado la sangre del infiel / frecuentemente has atrapado al enemigo / has destrozado mil cuerpos de *paganos* (Nota del traductor)

... Con vuestro esfuerzo arriba entramos en España, matastes los moros e las tierras ganabas, adobé los caminos del apostol Santiago, etc.

Y dicha leyenda perdura hasta hoy al parecer. Un joven pastor provenzal, en la obra *Lettres de mon Moulin* de A. Daudet, describe así el cielo: “Esas estrellas que están justo encima de nosotros son el Camino de Santiago. El Apóstol de Galicia lo colocó ahí para mostrar al valeroso Carlomagno el camino recto, cuando partió a la guerra contra los sarracenos”. Poco importa que, en tiempos de Carlomagno no hubiera en Galicia ningún Santiago. La verdad del mito no es histórica, sino de otra índole. Más eficaz.

Cuando Roldán entró en Euskal Herria –no como peregrino o mártir, sino en plan de martirizador y bandido feudal– los monjes piadosos y devotos –tanto de Dios como del Rey– no habían inventado aún todos aquellos cuentos de Santiago. A causa de la propaganda, el mito ha penetrado en la misma Euskal Herria, y no pocos euskaldunes llegarán a creer el cuento del bárbaro euskera.

Los avatares políticos inherentes al poema son observados con cierta severidad por Manteyer; y, relacionándolos con la situación de España de comienzos del siglo XII, P. Boissonade ha analizado los historiadores de la Conquista española de Navarra (*Du nouveau sur la Chanson de Roland*, 1923). Pero ahora nos es imposible detenernos ahí. Sería conveniente que alguien lo estudiase.

En la nueva versión del mito, el euskaldun ha quedado convertido en moro. Jamás ha sido mencionado un solo euskaldun en el poema de Roldán. Al contrario: los euskaldunes van a ser citados como moros o gentiles (*Historia Compostelana, Codex Compostellanus*). Atravesar Euskal Herria casi llega a la dimensión de cruzada. Honor y gloria, pues, a quien por aquí peregrinó.

El ya frecuentemente citado arzobispo Gelmírez, para llegarse hasta Carrión, caminará a través de Euskal Herria despojado de sus vestimentas arzobispales, como si anduviera perseguido por los gentiles, entre espantosos peligros... toda una epopeya. Nada sabemos, en definitiva, de cómo anduvo Gelmírez. Sabemos, no obstante, para glorificar a Gelmírez, cómo había que andar. Nos prefigura la “epopeya del peregrino”.

Pero para que haya mártires es preciso que existan martirizadores. Uno no es absolutamente bueno si a su lado no hay alguien absolutamente malo (para comprender por qué la *Historia Compostelana* ha vituperado y maltratado a los euskaldunes, v. diversas razones políticas concretas in A. Campión, *Nabarra en su vida histórica*, 1971, pág. 15 y 164).

Todo el ciclo de gestas de Carlomagno muestra que la épica heroica era pura *propaganda política*: Aiquin, Fierabras, Chanson d'Aspremont y *Destruction de Rome*, *Saisnes* de Jehan Bodel de Arraskoa, etc. Y Carlomagno y sus paladines, dale que te pego, siempre en contra de los "gentiles".

En este ambiente político-cultural, Euskal Herria es el sitio donde está Orreaga; y Orreaga es la cruzada de Carlomagno y la muerte heroica de Roldán, por una parte, y los negros moros y los traidores gentiles, por otra. A causa de su ideología los euskaldunes no pueden impedir ser negros moros y traidores ¡Así es la vida! Quien se identifica con Roldán es el peregrino. Los euskaldunes tienen que ser, indefectiblemente, gente lúgubre y malvada. Es que, si no, los esquemas no se cumplen, toda la ideología se va a freír puñetas, con todos sus Carlomagnos, sus Roldanes, sus traiciones, cuentos, mitos y Santiagos. Por tanto, ha de ser el euskaldun el "malo" que exigen esos elementos que convierten las ideologías en algo tan cálido y admirable. La función que en otros ámbitos cumplen los turcos o los Atilas de turno le ha tocado ahora al euskaldun en el Camino de Jaume. Y para probar que así fue en la misma Navarra, en sus monasterios, consúltelo, si lo desea, en *Roncesvalles* de J. Horrent (1951), o en *La Chanson de Roland dans les litteratures française et espagnole au Moyen Âge* (1951).

El euskaldun será tan malo y espantoso como lo exija la ideología y conjeture la imaginación.

Y el peregrino que haya ido hasta Santiago y de allí haya vuelto, aunque haya hecho el camino con absoluta tranquilidad, en su pueblo se le tributará recibimiento de héroe: al amor del fuego les podrá contar a sus paisanos cómo anduvo por aquellos parajes donde asesinaron a Roldán, qué espeluznantes son las montañas, la gente, el camino, la noche.

En este contexto religioso, cultural y político encontramos a Ayme-

ric Picaud. Éste, más que peregrino, parece que era un “clérigo”, es decir, una suerte de secretario. Una acaudalada mujer llamada Girberga fue al parecer, no sólo peregrina, sino también mecenas de todos los costos de la expedición. Ese Aymeric puede que sea de Parthenay-Le-Vieux, al lado de Poitiers. Que el texto se le atribuyese al Papa Calixto II era por darse autoridad (una falsificación muy frecuente, en la época).

Aymeric traía desde casa el tradicional odio franco contra los euskaldunes; tal vez en el monasterio lo reforzó, leyendo las viejas Crónicas; conoció en Euskal Herria guerrillas y batallas entre francos y euskaldunes y, desde luego, sus compatriotas no retratarían demasiado simpáticos a los euskaldunes. Lo que pudo contemplar le pareció sin duda bastante salvaje a él, acostumbrado a más finos modales que los de los silvestres euskaldunes... A la postre, Aymeric no es sino producto de su tiempo pero, eso sí: de lengua afiladísima.

El euskaldun debe cumplir todos los papeles de “malo” del mito: tiene que ser un monstruo, tanto de cuerpo como de alma (malvado, guarro, feo), misterioso hasta lo patológico, espantoso a simple vista, etc.

Aymeric Picaud no ha descrito un mero fantasma de la imaginación, pura imagen (como el dragón de Aralar, por poner un ejemplo). Pero nos ha descrito “la realidad” –según el mito– al igual que se nos han descrito bárbaros getas y escitas, turcos y mongoles de apariencia diabólica, con un solo ojo, cornudos, rabudos, etc. Ahí tiene, pues, al euskaldun, turco y mongol del Camino de Santiago. Ilústrese, si se desea, con *Gizona abere hutsa da*, de Lazkano Mendizabal, in JAKIN, 1975, 65-68.

Veamos pues qué cuenta Aymeric Picaud:

Después, cerca del puerto de Cisa, se encuentra la tierra de los vascos, que tiene por ciudad a Baiona, en las costas del mar hacia el septentrión.

Este país habla un lenguaje bárbaro; es selvoso, montañoso, carece de pan, vino y demás alimentos materiales, pero está provisto de manzanos, garbanzos y leche (en su breve vocabulario recoge *ogi*, *ardo*, *haragi*, *arrain*⁹).

⁹ Pan, vino, carne, pescado (n. del t.).

En esta tierra hay malos alcabaleros; es, a saber, cerca del puente de Cisa, en la villa de Hostavaylles, San Juan y San Miguel al pie del puerto. Estos son dignos de vituperio: salen al encuentro de los peregrinos, con dos o tres dardos por armas, cobrándoles injustos tributos, y si alguno de los transeúntes se niega a pagar lo que le piden, hiérenle con los dardos, le quitan el censo denostándole, y hasta exigen femorales.

Son feroces y la tierra en que habitan también es feroz, silvestre y bárbara. La ferocidad de sus rostros y su bárbaro lenguaje infunden terror a los que les miran.

No debiendo cobrar lícitamente el tributo sino a los mercaderes, se lo cobran injustamente a los peregrinos y a todos los viandantes. La costumbre es cobrar por una cosa cualquiera cuatro o seis monedas; pero ellos toman ocho o doce, esto es, el doble. Por lo tanto, prevenimos y suplicamos encarecidamente: que estos alcabaleros y el Rey de Aragón y los demás ricos que la manda del tributo reciben de ellos, y todos los consintientes, es a saber, Raymundo de Sola y Bibiano de Acromonte y el Vizconde de San Miguel con toda su futura descendencia, a una con los predichos barqueros, los de Gascaña, de quienes hablo en otro pasaje, y Arnaldo de Guinia con toda la progenie venidera y con los demás señores de los predichos ríos, que de los mismos barqueros reciben injustamente el precio del pasaje, y asimismo con los sacerdotes que, sabiéndolo, les administran la Penitencia y la Eucaristía, o les rezan el oficio divino, o en la iglesia les admiten, hasta que se enmienden por larguísima y pública penitencia y pongan moderación en sus tributos, SEAN EXCOMULGADOS...¹⁰.

También se encuentra en la tierra de los Vascos y en el Camino de Santiago un monte, a mucha altura, cuyo nombre es puerto de Cisa... En la cima del mismo monte se encuentra el lugar llamado "Cruz de Carlos", porque caminando militarmente a España, abrió el camino con segures, azuelas, azadas y otras herramientas manuales, y lo primero que hizo fue erigir la Cruz del Señor...

¹⁰ Campi3n, en *Nabarra en su vida hist3rica*, EKIN, 1971, 18: "Mucho le escocían a Aymeric Picaud las monedas que legal o ilegalmente salieron de su bolsa, y tal vez ese escozor fue causa de que moviera con mayor ira la pluma. El Rey de Arag3n a quien menta, no puede ser otro que D. Alfonso I, que tambi3n lo era de Nabarra. Los gallegos tomaron partido por la reina Doña Urraca, en las disensiones matrimoniales de dichos prínicipes. Santiago de Compostela había de mirar con malos ojos todo lo que de cerca o de lejos tocase el Batallador, y la ojeriza, naturalmente, alcanz3 a los baskones, s3bditos entonces del insigne monarca".

En ese monte mismo, antes de que la cristiandad se hubiese propagado por todos los ámbitos de España, los impíos nabarros y los vascos no solamente acostumbraban a robar a los peregrinos de Santiago, sino montarse sobre ellos, como si fueran asnos, y matarlos.

Junto a ese monte, hacia el septentrión, se encuentra Valcarlos, en el que se hospedó el mismo Carlos con su ejército, cuando los guerreros fueron muertos en Roncesvalles; por ese lugar pasan muchos peregrinos que van a Santiago y no quieren subir al monte. A la bajada se encuentran el hospital y la iglesia, donde está el peñasco que Rotland, héroe poderosísimo, partió por medio de tres mandobles. Después Roncesvalles, donde se riñó antiguamente una gran batalla, y murieron el rey Marsilio, Rotland, Oliveros y otros, con ciento cuarenta mil cristianos y moros conjuntamente. Después de esta región se encuentra Navarra, que abunda en pan, vino, leche y ganados.

Un breve matiz, en alusión a lo que sigue: “... *en contra de lo que a veces se lee, la distinción de Bascli y Navarri no responde a la que hoy se suele hacer, sino a la que en los siglos XVI-XVII se establecía entre los vizcainos y los vascos de Ultrapuertos*” (L. Mitxelena). Aymeric Picaud llama a los alaveses y vizcainos, Nabarros de Álava y de Vizcaya, ya que, para él, Vizcaya es una comarca de Navarra.

Los Nabarros y los Baskos son de una misma semejanza y cualidad en la comida, vestido y lenguaje; pero los Baskos son de cara más blanca que los Nabarros.

Los Nabarros vístense al uso de los Escoceses, de paños negros y cortos que bajan solamente hasta las rodillas, y usan de un calzado que llaman “lavarcas”, hechas de cuero peludo, esto es, sin curtir, y las atan con correas alrededor del pie, cubriendo solamente las plantas y dejando desnudas las bases. Usan de unas capillas negras de lana, largas hasta los codos, en forma de aletas franjeadas, a las que llaman “saías”. Ellos visten feamente, y feamente comen y beben; pues toda la familia de la casa del Nabarro, tanto el siervo como el señor, tanto la criada como la dueña, comen todos los manjares revueltos en un plato, tomándolos, no con cucharas, sino con las propias manos¹¹.

¹¹ Campión, op. cit.: “Esta observación es muy extraña... porque ésa era la manera de comer en aquella época; hasta tiempos modernos no se conoció el servicio *indivi-*

Si les vieras comer, los equipararías a los perros cuando comen, o a los puercos; y si les oyeras hablar, te acordarías de los perros ladrones, pues hablan un idioma bárbaro (y continúa su vocabulario; v. L. Mitxelena, in *Textos arcaicos vascos*, 1964, 49-51).

Esta es gente bárbara, sin parecido con las demás en ritos y naturaleza, llena de malicia, de color negro, de aspecto repugnante, maligna, perversa, pérfida, desprovista de buena fe, corrompida, lujuriosa, borracha, diestra en todo linaje de violencias, feroz y rústica, sin probidad y detestable, impía y cruel, siniestra y terca, careciente de bienes, instruida en toda clase de vicios e iniquidades, semejante a los Getas y Sarracenos, en todo malignamente enemiga de nuestra nación francesa. Por una moneda, el Nabarro o el Basko matan, si pueden a un francés.

Lo que sigue –referente a la sexualidad– lo mencionaremos en otro lugar¹². Concluamos, pues:

Sin embargo, en el campo de la guerra son de buena calidad, y para asaltar el campo de combate, atrevidos; escrupulosos en el pago de los diezmos y habituados a satisfacer las obligaciones del altar. En cualquier día que el Nabarro vaya a la iglesia hace ofrenda de pan, o vino, o trigo, o alguno de sus bienes.

dual de mesa para cada uno de los comensales, y el uso de la vajilla era, por tanto, común; los convidados numerosos formaban grupos. Todo el mundo tomaba las viandas con los dedos; de ahí la costumbre de lavarse las manos antes y después de la comida. Lo que sin duda repugnó al crítico, y explica sus observaciones, es la promiscuidad de amos y criados. Nabarra era un país de instituciones nobiliarias, pero de costumbres democráticas; por lo menos, en mayor grado que las del país del crítico”.

Del uso del tenedor tenemos la primera referencia en Venecia (siglo XI). No parece que en la Europa Central se conociese tenedor antes del siglo XVI. Se cuenta que en una ocasión lo utilizó Felipe el Hermoso. La misma cuchara individual comenzó a usarse coincidiendo con el final de la Edad Media. Como se puede comprobar, Ayméric Picaud había sido educado en muy finos conventos, capítulos o palacios. Mucho después se puede leer en *Peru Abarka, de Mogel*: “*En vano se usarán esos que llamáis tenedores en mis casas... ¿para qué os ha dado Dios diez dedos?*” Más jugosas son las coles y pedazos de carne tomados con la mano...”

¹² A menudo se ha citado ese pasaje curioso que tanto divierte a lectores como al autor: v. en latín, español o euskera, in Campión, op. cit. pág. 20-21; Otazu y Llana, *Igualitarismo vasco*, 1973, 56; Satrustegi, *Euskaldunen seksu bideak*, 1975, 20.

Adondequiera que salga el Nabarro o Basko, pende del cuello un cuerno, a usanza de cazador, y suele llevar en la diestra dos o tres dardos que llaman “auconas”.

Cuando entra y sale de casa silba como el milano; y cuando sin estrépito quiere convocar a sus compañeros en lugares secretos o solitarios, con propósitos de rapiña, o canta como el buho o aúlla como el lobo.

Es fama que descienden del linaje de los Escoceses, porque son semejantes a ellos en las costumbres y en todo.

En cinco ocasiones se utiliza “bárbaro” (tres de ellas, refiriéndose a la lengua) y otros calificativos de semejante valor... Todos somos bárbaros.

Como los turistas actuales, el peregrino medieval precisaba de información para el viaje. Completar la excursión le costaría meses, incluso años, por tierras muy diversas. Debería vérselas con gentes y lenguajes extraños (por eso compone Picaud su pequeño vocabulario vasco). Es de imaginar que la gente del Norte ni siquiera pensaría que existían euskaldunes, ni adivinarían qué tipo de parajes les esperarían en ese lado de los Pirineos, ya que ellos provenían de la llanada. (El propio Milton sitúa la batalla de Orreaga al lado de Hondarribia¹³: “When Charlemain with all his peerage fell / By Fontarabia”, *Paradise Lost I*, 586-587. (Recordemos, de todos modos, que un ramal del Camino de Santiago atravesaba Hondarribia). Hay un par de libros que seguramente le proporcionarían la información: *Historia Caroli Magni et Rotholandi* o Crónica, y la guía de Picaud. “Qu’est-ce que la Chronique? La relation cléricale et dévôte de la libération de la terre de saint Jacques grâce aux croisades succesives de l’armée carolingienne commandée par Charlemagne. La plupart des combats qui ponctuent ces expéditions s’engagent –en France et en Espagne– le long des chemins qui conduisent le pèlerin à Santiago. Qu’est-ce que la Guide? Le vade-mecum qui réunit pour le pieux touriste tous les renseignements utiles à un bon pèlerinage, salutaire et instructif. La route minutieusement décrite traverse précisément –en France et en Espagne– les lieux illustrés jadis par les exploits de Charlemagne. Le voyageur qui a lu le *Pseudo-Turpini* (Crónica) et la *Guide* (Aymeric)

¹³ Distan ambos puntos entre sí unos 60 km. en línea recta (n. del t.)

sait ce qu'il doit faire et ne pas faire, il sait ce qu'il voit, il sait ce qui s'est passé dans les lieux qu'il visite" (J. Horrent).

Montadas así las cosas, la peregrinación de los penitentes septentrionales a Santiago se convertía en un viacrucis a superar mediante el heroico espíritu de los ancestros, tal vez en busca del santo Grial, cargado de dramatismo: el peregrino ve ante sí al Emperador peregrino y precursor, santo, primer cruzado contra el Islam, espada de Dios y de la fe; y, en medio de su camino, cuando flaquean las fuerzas y cae presa de la melancolía y del cansancio, hallará reconfortante "la mort de Roland, grandiose et théâtrale, la mort solitaire et fière, sur un terre, entouré d'immenses montagnes, loin en avant dans le pays ennemi". La vía peregrinatoria plena de sentido histórico nacional y creyente.

El Camino de Santiago (la obra de Cluny, ideológicamente) encarna el espíritu de ese preciso momento: en Europa se han unificado el culto pagano germánico a los héroes y el culto cristiano a los santos en un sublime ideal de caballerías, dando más elevado rango a la gran Edad Media. Los monjes predicadores mantienen en ebullición el espíritu de las cruzadas en toda la cristiandad: "Se vos murez —ellos, por si acaso, se quedarán rezando— esterez seins martirs". El peregrino viaja en ese espíritu, de monasterio en monasterio, de posada en posada, entonando al anochecer junto al fuego cantos de Santiago y escuchando relatos de peregrinos, preparando en la misa matutina el corazón para la penitencia y el martirio. El papel del euskaldun en esa función es, exactamente, ése: representar al no-santo y al no-héroe. Antisanto, antihéroe. Antifracia y Antiespaña.

El mito ha confeccionado la historia. En esa misma tradición eclesial o monacal ha colocado de nuevo a los euskaldunes el jesuita Padre Mariana (aquél que indignó a Larramendi). El estereotipo del euskaldun hasta ahora bárbaro o salvaje lo compondrán tres aspectos: bárbaro es el territorio, bárbara la gente y bárbara la lengua. He aquí el conocido texto de Mariana ("De las lenguas de España"): *Todos los españoles tienen en este tiempo y usan de una lengua común, que llamamos castellana, compuesta de avenida de muchas lenguas, en particular de la latina corrupta; de que es argumento el nombre que tiene, porque también se llama romance, y la afinidad con ella tan grande, que lo que no es dado aun a la lengua*

italiana [ya veremos cómo la proximidad con respecto al latín es honrosa] *justamente con las mismas palabras y contexto se puede hablar latín y castellano, así en prosa como en verso. Los portugueses tienen lengua, mezclada de la francesa y castellana (!), gustosa para el oído y elegante. Los valencianos otrosí y catalanes (...). Sólo los vizcainos conservan hasta hoy su lenguaje grosero y bárbaro, y que no recibe elegancia, y es muy diferente de los demás y el más antiguo de España, y común antiguamente de toda ella, según algunos lo sienten; y se dice que toda España usó de la lengua vizcaina antes que en estas provincias entrasen las armas de los romanos, y con ellas se les pegase su lengua. Añaden que como era aquella gente de suyo grosera, feroz y agreste, la cual trasplantada a manera de árboles con la bondad de la tierra se ablanda y se mejora, y por ser inaccesibles los montes donde mora, o nunca recibió del todo el yugo del imperio extranjero, o le sacudió muy presto. Ni carece de probabilidad que con la antigua libertad se haya allí conservado la lengua antigua y común de la provincia de España. Otros sienten de otra manera, y al contrario dicen que la lengua vizcaina siempre fue particular de aquella parte, y no común de toda España. Muévense a decir esto por testimonio de autores antiguos, que dicen los vocablos vizcainos, especialmente de los lugares y pueblos, eran más duros y bárbaros que los demás de España, y que ya no se podían reducir a declinación latina”.*

III

LAS IDEOLOGÍAS DE LOS RENACIMIENTOS

IDEOLOGÍAS MEGALÓMANAS

La revolución de Rienzo de 1347 pretendía “rehacer la ciudad”, es decir, liberar la “Italia sagrada” pisoteada por los extranjeros. “¿Qué fallo ha cometido el pueblo inocente?, ¿Cuál, la tierra sagrada de Italia? Los pies de los bárbaros hollaban polvo itálico. ¡Ay de nosotros que, habiendo sido otrora señores de todos, nos hemos convertido en presa del ave rapaz” escribía Petrarca a Rienzo. Ambos desearán volver a la idea “pro patria mori”, en honor a Italia.

En los estudios y en la Universidades, Italia y el Norte de Europa (Francia, Inglaterra, Alemania) han vivido historias totalmente diferentes durante la Edad Media. Han sido dos mundos. Se aprendían distintas asignaturas, se escogían distintas carreras (habían distintos empleos para los escolarizados), vivían distintas culturas. En la que conocemos como Alta Edad Media, las ciencias filosóficas y teológicas de Oxford y París penetraron en Italia mediante las órdenes religiosas pero apenas tuvieron eco en las sociedades de allí, y fueron retiradas en Bolonia y en Padua. Precisamente con el desprecio y el repudio de esas ciencias “bárbaras” del Norte echó a andar el Renacimiento entre los Humanistas. Ridiculizando la lógica y la dialéctica que tanto se estimaban en los estudios del Norte, especialmente. Incluso los nombres de esos autores septentrionales les parecían jocosos a los italianos. Nombres bárbaros e impronunciables. ¿Qué pasa —pregunta Bruni—, por qué, tras burlarse de los nombres de los lógicos ingleses se han embrollado ellos en sus laberintos “quod non Britannicis sophismatibus conturbatum sit?”. En la Italia castigada y explotada se ha suscitado el sentimiento de revancha. Aunque esos bárbaros

hayán destrozado la grandeza militar de Roma, todavía pertenece a Italia la supremacía cultural, artística, literaria. Los bárbaros no han conseguido desafiar la superioridad poética itálica, según dirá Bocaccio (que llama bárbaros a franceses y españoles), “hoc saltem poetici nominis fulgore (...) inter barbaras nationes Roma saltem aliquid veteris maiestatis possit ostendere”. La idea de la total barbarie de los bárbaros del Norte, por cualquier lado que se mire, ha sido un extendido tópico de este primer humanismo.

Al igual que la lógica gótica, la arquitectura gótica es bárbara. Insustancial. Carente de arte. Incluso fuera de Italia –pero a partir de aquí– el mismo Rabelais nos relatará cómo se han reformado los estudios en Francia en su época: “*Eran aún tiempos tenebrosos, afectados por la miseria y la calamidad de los godos, que habían llevado a la destrucción toda la buena literatura. Pero, gracias a la bondad divina, la dignidad ha sido devuelta en mi época a las letras*”. Para este francés, los godos eran los alemanes, obviamente.

El Renacimiento ha surgido como una revuelta “nacionalista”, con Cola di Rienzo y Petrarca. Es el despertar de la conciencia italianista de los italianos. La reivindicación del italianismo (de espíritu latino). La “reivindicación de los clásicos” no será sino la reivindicación italianista de su lejano pasado. Después, cuando por toda Europa se extendió el movimiento amante de lo pretérito, clasicista, perdió ese sentido suyo nacionalista original, regeneracionista. Los italianos buscan en el latín clásico (en contra de los bárbaros latines escolásticos) sus *viri illustres*, su historia, su cultura. La recuperación del perdido honor nacional. Eso aparece claramente en el humanismo de Petrarca. Más claro aún en *Elegantiae* de Valla: “Perdimos Roma, perdimos el reino, perdimos el gobierno, no por nuestra culpa, sino por la del tiempo; un así, con ese reino más exquisito, en diversos lugares del mundo somos nosotros los reyes. Nuestra es Italia, nuestra es la Galia, nuestras son España, Alemania, Panonia, Dalmacia, Iliria y otras muchas naciones. Porque donde la lengua italiana [el latín] domine, ahí está el Imperio Romano”.

A la manera de Petrarca, en el mismo texto en que ensalza el latín, Valla lanza una convocatoria para desterrar de Italia a los “bárbaros”. Ahí encontraremos a Coluccio Salutati, Leonardo Bruni y otra legión de au-

tores. De entre todos, el último capítulo de “El Príncipe” de Maquiavelo (*Exhortatio ad capessendam Italiam in libertatemque a barbaris vindicandam*) será el más famoso: “Vedesi come la prega Dio, che le mandi qualcuno che la redima da queste crudeltá et insolenzie barbare”. “No sin debba, adunque, lasciare passare questa occasione, acciò che la Italia dopo tanto tempo, vegga uno suo redentore... A ognuno puzza questo barbaro dominio”.

Ahí tenemos, pues, la mayor parte de las razones que nos interesan de las ideologías renacentistas: el orgullo, la vanidad, la fatuidad de la nación, la lengua, la historia, la cultura de cada cual; el menosprecio de las naciones, las lenguas, las culturas del prójimo. Los mitos de la grandeza propia.

Por eso he puesto en plural el título de este capítulo: ideologías. De los Renacimientos, además: porque esos conjuntos de ideas, al igual que en el siglo XVI han solido hallarse también en el renacimiento carolino, en diversos *risorgimenti* del siglo XIX, en la Guerra del Peloponeso, en el romanticismo. Y, al igual que en la Florencia de los Médicis, en París, en Inglaterra, en España. Vamos a dejar a la psicología social que determine a qué manía humana invariable responden estas formas de pensamiento y posturas.

Leemos en la *Historia general de las civilizaciones* de Maurice Crouzet, en su volumen referente al Renacimiento: “En Francia, Budé tiene conciencia de que su país está animado por un alma colectiva, de que es una persona, y dedica su tratado *De Asse* al *Génie de la France* [Volksgeist y similares no son “inventos” singularmente románticos, salvo para quienes no conocen renacimiento ni romanticismo sino de refilón, “eruditos a la violeta”]. Los humanistas galos proclaman la primacía francesa: Gauduin, impulsado por el amor a la patria, su madre, enumera las virtudes particulares de Francia: caballerosa bravura, amor al trabajo y al ahorro, dulzura de vida, humanidad de costumbres. Valeran de Valeranes sostiene que Francia es la nación-jefe: los galos conquistaron Grecia, Jonia, Macedonia; tomaron Roma y civilizaron la Cisalpina; sus descendientes sometieron la Germania, fundaron el Estado Pontificio y detuvieron el avance de los sarracenos por Occidente. Y en estas conquistas, misionera de ideas, Francia ha sido siempre fiel a su genio de desinterés e idealismo

(1508). Otro humanista, D'Anglaterra, celebró la victoria de Carlos Martel sobre los sarracenos, que "dio a Europa, como presente de Francia, la libertad. Los franceses se imbuyeron de estas ideas". Pero es mejor que contemos el cuento desde el principio, desde Italia.

(Es muy importante, de todas formas, tomar muy en consideración que todos estos cuentos son oriundos de la Modernia. No son delirios del Romanticismo. Exactamente, son característicos de la modernidad, en contra de la Edad Media. Típicos. Fundamentales conformantes de la autoconciencia moderna. Productos tan auténticos, desde el mismo principio, de la "racionalidad moderna" como la ciencia galileana, como el humanismo, como la filosofía cartesiana. Todo lo demás es ignorancia y mentira, en nombre de una recién inventada "Pseudo-ilustración". Olvide ahora, por favor, esta nota añadida en el último instante, y continúe leyendo).

Italia estaba convertida en un campo de batalla. Toda Europa estaba embrollada en guerras de todos contra todos. Estaba surgiendo un nuevo orden, a partir de las ruinas del desbaratado Imperio. Los nuevos Estados renacentistas, en marcha ya hacia el absolutismo, quedan prendidos por la llama de un ardiente "patriotismo" ["Más amo a mi patria que a mi alma" le escribe Maquiavelo a su amigo Vettori]; la fuerza busca conciencia. Legitimación. Eso será afirmado por el humanismo.

A los italianos, por una parte, les era fácil reafirmar su grandeza en este mundo: identificarse con Roma les era suficiente. Por otra, en la realidad cotidiana, las ciudades italianas estaban totalmente bajo el dominio de tropas alemanas, españolas y francesas. Muchos humanistas tenían que ganar su pan de cada día sirviendo a los invasores, tanto dentro de Italia como en la emigración. ¡Qué no habrán sufrido Rienzo en Praga, Petrarca en Avignon, Campano en Alemania! Así surge una tosca literatura xenófoba que será ejemplo, incluso en eso, para las demás literaturas nacionales. Porque las literaturas nacionales europeas apenas han hecho algo más que copiar o imitar a las italianas en el desarrollo de todas estas ideas.

Antes de *Invectiva contra eum qui maledixit Italiae* Petrarca posee su conocido canto *Italia mia*, que se convertirá en el eco de los renacentis-

tas posteriores. Dios colocó en el mundo a Italia y a los bárbaros muy bien separados: “Ben provide Natura al nostro stato, / quando de l’Alpi schermo¹ / pose fra noi e la tedesca rabbia”. Pero Italia se ha llenado de bárbaros, a causa de la ambición y la obstinación de los señores feudales. Hoy son ellos dueños y señores. Petrarca recuerda a Mario y César, que antiguamente arrasaron y sometieron a esos bárbaros. Porque esos bárbaros no son, per se, mejores que los italianos: al revés, no son sino bárbaras bestias. (Petrarca aquí a “tedesca rabbia” contraponen la noble “latin sangue gentile”; al feroz “furore” bárbaro, la noble “vertú” latina). Si hoy son señores, no lo son por su superioridad, sino por el fallo de los italianos:

“Latin sangue gentile,
 sgombra de te queste dannose sorne²;
 non far idolo un nome
 vano senza soggetto³;
 ché’l furor de lassú, gente ritrosa,
 vincerne d’intellecto,
 peccato è nostro, e non natural cosa”.

Que Dios vuelva sus ojos de nuevo hacia este pueblo elegido por Él (“che la pietá... / ti volge al tuo dilecto almo paese”) ruega Petrarca. Confía en que los caciques se formalizarán, en que se apiadarán del tremendo sufrimiento del pueblo (“le lagrime del popol doloroso”). Entonces sí, entonces el pueblo se alzarán en contra de los bárbaros:

“vertú contra furore
 prederà l’arme, e fia’l combatter corto;
 ché l’antiquo valore
 ne l’italici cor’ non è ancor morto”.

¹ Refugio

² Tropas mercenarias

³ Ese “nome vano” sería la fama de invencibles de los alemanes del Sacro Imperio Germánico, según algunos comentaristas.

Hacia 1345 todavía albergaba en el corazón tales esperanzas. (Haciendo suyos los versos citados concluía Maquiavelo su *Príncipe*). Italia estaba compuesta, salpicada, por mil minúsculos principados, cuyos señores se dedicaban constantemente a guerrear, ensangrentándolo todo. (Mientras Petrarca escribía el poema *Italia mia* estaban trabados en la guerra de Parma: Gonzagas y Viscontis por una parte, la coalición d'Este por la otra, arrasando el norte peninsular). Con anterioridad había llorado amargamente las desoladoras consecuencias de estas guerras civiles (“Le donne lagrimose, e’l vulgo inerme / de la tenera etate, e i vecchi stanchi”), casi hasta la tristeza desesperanzada (en el poema “Spirto gentil”, 1337):

“Che s’aspetti non so, né che s’agogni,
Italia, che suoi guai non par che senta:
vecchia, otiosa e lenta,
dormirà sempre, e non fia chi la svegli?”

Así ha visto Italia el crudo Petrarca, sin poder reaccionar. Cuando el viejo Petrarca ha abandonado para siempre —en mi opinión— las esperanzas políticas, olvidada la reivindicación de la nueva Italia, situará el honor histórico y cultural en la superioridad de Roma (= Italia): “Muri quidem et palacia ceciderunt: gloria nominis immortalis est”. Pero la polémica con los bárbaros no decae un ápice: “Indignetur Gallus, ut libet”, Roma es nuestra, nuestro el honor. Y eso no tiene vuelta, siempre habrá de ser así: “Non prius alme urbis, quam totius orbis fama deficiet; semper altissimus mundi vertex Roma erit... Quid hic Gallus strepit? Quid barbarus fremit?” (*Invectiva*). Esta ira contra los bárbaros ha creado escuela.

Los sarcasmos de Campano, a cuenta de los alemanes, aunque sean tópicos, no son más suaves: los alemanes son bestias pardas, salvajes, no tienen ni idea de lo que es la dignidad humana. Campano indaga en las bibliotecas de allí, en busca de manuscritos: “En efecto, coleccionan y compilan libros, pero no los entienden”. No saben sino cazar y guerrear. No son sino bárbaros. El mismo nombre de Alemania le hace vomitar. No tiene otro pensamiento que Italia, Italia noche y día: “Italia, Italia est: resonat mihi dulcis in ore / Italia, Italia fixa mihi est in animo”. Lo más

extraño de Alemania es que allí “los cadáveres caminan”, es decir, que la gente que anda en torno a usted exhala un hedor más fétido que el de los muertos. La desgracia olfativa se compensa con la ventura auditiva: “Percibo el olor de todos, pero no entiendo a nadie”.

Los renacentistas italianos combaten al bárbaro en todas sus formas. Y los alemanes son bárbaros. Y los españoles. Y los franceses. Bocaccio, sin ir más lejos, les llama *semi-barbari et efferati homines*, concretamente a los españoles, en la terminología tópica que conocemos. Bocaccio no es el único. He aquí los calificativos más corrientes que a los españoles se les han reservado entre los renacentistas italianos: son salvajes, crueles, ignorantes, fatuos, *rudes propeque efferati, a studis humanitatis abhorrentes* (son términos que los españoles dedicarán posteriormente a los euskaldunes y al euskara). Para quien desee contemplarlas, B. Croce compiló las flores italianas ofrecidas a los españoles (*La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza, 1917*). Las francesas no son mejores. Obviamos citar la polémica de Petrarca con Joanes de Hesdin: piensen los franceses, si así lo desean, que son dueños de toda la grandeza y de todas las virtudes del mundo, original y congénitamente *barbari tamen sunt*. Tendrán una refulgente monarquía, la propia Universidad de París, lo que quieran. Pero son francos, irremediablemente bárbaros, les replicará Petrarca, vengativo.

Mucho les dolía a los franceses ese tener que resignarse a ser “francos” o bárbaros, in saecula saeculorum. Ímprobos esfuerzos realizaron para limpiar esa mácula original. Limpiarla o... tajarla, al menos. Porque la referencia (cultural, política o religiosamente) insoslayable era siempre Roma: en analogía con ésta se explicará (se montará) la historia de Francia; y ligado a ella se explicará el origen de Francia (“el mito troyano”); se demostrará que la lengua, la literatura, etc. de Francia están tan elaboradas como las de Roma. Y con el mismo esquema se va a funcionar en España, Alemania, Inglaterra. Bastará con unos pocos ejemplos, pues no es nuestra labor indagar en las ideologías nacionales y en las genealogías de las tribus del Renacimiento.

Du Haillan intentará escribir la historia de Francia en estrecha analogía con la de Italia. Casualmente, “Se peult dire de la France ce qui a esté dit de Rome, que jamais estat n’eust si petite et faible commence-

ment, ny de petit commencement ne parvint à telle garndeur cestui-cy”. Acciones armadas, derecho, moral, todo transcurre paralelo.

En el arte y las ciencias, evidentemente, Francia es la verdadera sucesora de Roma. No es Italia. Esta idea es muy entrañablemente sentida por los franceses. Como en el origen. Rememoran una frase de Alcuino, en una carta a Carlomagno, en la que se pretende resurgir Francia como una nueva Atenas: “Desde fines del siglo IX aparece en la *Crónica de Sant Gall*, del monje germánico Notker Labeo, lo que puede llamarse el tema histórico de *translatione studii*” (E. Gilson). Es decir, mito o leyenda, que la Universidad de París, antes de Jesucristo, estuvo en Roma o Atenas, y posteriormente se traslado a París. Esto lo cuentan en el siglo XIII, en la parte correspondiente a la peregrinación mundana de la filosofía y las siete artes liberales, del prólogo del *Epitalamio* de Joanes de Garlande: es el relato de las traslaciones, de las traducciones. París es ahora la Roma y la Atenas de otros tiempos (huelga decir que él es profesor en París): *Jam ita gradatim transalpinavit in Galliam philosophia Parisius*, ibique velut fons emergens vivis purissimis totum irrigat occidentem. Johanes Gerson, Canciller de la Universidad de París, en un discurso ante el Rey, en 1405, exponía de este modo los nuevos caminos de la ciencia (podemos afirmar que éste es el origen oficial de la Universidad): la ciencia le fue dada al primigenio hombre por Dios y los hebreos la heredaron; de allí pasó, gracias a Abraham, a Egipto, que es donde la aprendieron los griegos; en Atenas la recibió Roma y, al ser ésta arrasada, pasó a París. No hay, pues, por qué estar celoso de los italianos: la herencia de Roma se atesora en París.

Y es bastante lógico: “Car Dieu, par ses interventions, a toujours manifesté sa prediliction pour la France” (M. Yardeni). Los franceses, al menos, así lo creen. Lo creen, no: lo saben. Ésa es la filosofía de Pasquier. Mejor: la filosofía nacional. Aquello de “l’histoire de France est un mélange continuel d’interventions divines et de manifestations de patriotisme”. Está claro que Dios no anda únicamente por Clavijo. No va a armar menos a Meroveo o Carlos Martel y compañía que a Santiago. No sin razón: “Dieu qui accorda jusqu’ici sa protection à la France l’a fait parce que celle-ci avait toujours été le défenseur par excellence de la religion”. Incluso antes de cristianizarse: porque los franceses, desde siem-

pre jamás, incluso desde que eran gentiles, habían sido de alguna manera los verdaderos adoradores de Dios (¡Ni siquiera este privilegio nos queda a los euskaldunes!): “Comme dessus ay dict le mesmes Dieu incogneu et innominable lequel devoient croire les Hebrieux sans le nomer par Son hault nom, jusques au temps des apostres ou disciples havoit ses temples et hautelz en Gaule avec les tiltres, *Deo ignoto et invisibili*, comme tesmoigne Saint Martial havoit trouvé à Bordeaulx et à Limoges quant par Saint Pierre y fut envoyé” (G. Postel).

Acerca de la elección de Francia por Dios, el documento más antiguo que se puede conseguir, de todos modos, es sólo de 739. Ese año Dios debía de andar bastante jodido en Roma, toda rodeada de bandidos. Tampoco Bizancio ayudaba, en absoluto. Entonces el Papa Gregorio III requirió asilo para la fe al franco Martel. Le dio un alegrón bárbaro (perdone la tautología). Así comenzaron las especialmente íntimas relaciones de camaradería entre los reyes francos y el Cielo. Otro momento crucial fue cuando, en 754, Esteban II coronó a Pipino el Breve en San Dionisio. Para celebrar tan fausta conmemoración, Dios regaló al Pontífice el conocido documento denominado *La donación de Constantino*, devolviendo los Estados Pontificales al Pontífice para siempre; por otra parte, el mismo San Pedro le envió una carta personal a Pipino el Breve, asegurando que aceptaba la monarquía franca como hija propia: “Ego apostolus Dei Petrus, qui vos adoptivo habeo filios...”.

Bueno, también los españoles tienen ahí a la Virgen del Pilar, a la de Covadonga, a la de Guadalupe, a Santiago Matamoros, a San Isidoro Matamoros y otras mil historias, y eso del pueblo elegido por Dios no queda nada claro. A ver cuál es el mejor elegido en el Nuevo Testamento.

(El motivo de los “pueblos elegidos” es un capítulo que merecería un estudio propio. Efectivamente, la ideología nacionalista francesa y española en numerosas ocasiones se han canalizado mediante términos religiosos. Es más, en el caso de Francia sobre todo, ya que esa idea se enlaza con otro sinfín de motivos, desde las Cruzadas –*Gesta Dei per Francos*– a las peregrinaciones medievales, al comercio, a la poesía épica, hasta el propio surgimiento de las catedrales góticas con Suger de Saint Denis. V. Panofsky, *Architecture gothique et pensée scolastique* y Von Sim-

son, *The Gothic Cathedral*. Pero ahora no podemos derivar por todos los afluentes del nacionalismo francés).

Con tan excelente colaboración entre Dios y Francia, es obvio que “jamais Royaume ny autre Estat ne fut mieux estably et fondé. Jamais nation ne fit tant belles choses et ne donna et de si beaux exemples de ce qui sort á l’instruction del Roys et des peuples” (Du Haillan). Que Francia se tenga a sí misma por modelo o espejo para todo el mundo no tiene nada que ver con que sea la cuna de la Revolución y de la democracia. Es muy anterior a esto. El modelo no es la democracia. Ni la revolución. El modelo lo es Francia, con o sin revolución. Con democracia y sin ella. Retornando al meollo, pues: “Il n’y a habitants en ce Royaume de France, ny en tous autres Royaumes de la Chrétienté, que ni confesse que la Couronne des François estre la plus honorable et la plus precieuse qui soit en Chrétienté...”

Bien habrá de agradecerse haber sido parido hijo de semejante nación. Por supuesto, el francés es bien nacido, ya sabe él a qué privilegiado lugar del mundo lo ha traído Dios: “Je tiens que nous tous devons remercier Dieu de ce qu’il nous a crééz François (nation de tout temps tres heroicque et genereuse) non glorieux et insolents Espagnols”. Ese españolito, sin embargo, no tendrá mucho que agradecer a su Dios, seguramente. Calculando con exactitud, “Considérez l’inegalité de ces deux naturels: le François est liberal, fidele, brave, magnanime, courtois et amateur de simplicité; l’Espagnol est superbe, avare, cruel, envieux, soupçonneux, insolent, grand vanteur, grand ostentateur, par tout incompatible”.

Esa fatuidad nacionalista crea su propia épica. He aquí una perla:

Espagnol plein de vent, le fleau de l’Europe,
L’horreur de tes sujets, flambeau de nos discors,
Ixion sans repos, barbare du Canope,
Qui pense tout mouvoir au poids de tes ressorts.

Nous apprenons de toy le faste et l’imprudence
A violer sa foy, à ne point pardonner,
A n’avoir point de Dieu, sinon qu’en l’apparence,
A piller, à brusler, seduire et mutiner.

Le grossier Aleman, yvroygne schismatique,
Insolent, quereleux, cruel et faineant,
Stupide et ignorant qui fait du politique,
Et se vend comme un serf, pour un bien peu d'argent.

...

L'Italien subtil tout remply de finesses,
Simulé, curieux, voluptueux, pipeur,
Grand inventeur d'impos, voleur de nos richesses,
Aussi lasdre au combat comme il est grand venteur.

Leo en la *Historia de Inglaterra*, de G. Macaulay Trevelyan que, en tiempos de Enrique IV, el Embajador de Venecia informaba así desde aquellas islas: “Creen que no existe más gente que ellos, ni otro mundo, sino Inglaterra. Si ven a algún extranjero de bella figura, comentan siempre “parece inglés” y “¡lástima que no sea inglés!”. Y si toman algún capricho con foráneos, le preguntan “¿Se estila esto en su país?”. Para los venecianos el inglés era un bárbaro pueblerino, sin más. Aún así, tenían sus criterios sobre los extranjeros. Shakespeare muestra cómo ven al español en *Love's Labour's Lost*, por medio de Don Adriano de Armado. En la misma historia citada se leen las notas de viaje de un viajero francés sobre la época Tudor: “La gente de esta nación odia a muerte al francés, como su peor enemigo, y siempre nos llaman *francés traidor, perro francés*”. Precisamente este odio motivará la reposición de la lengua inglesa en tribunales, escuelas, en el lenguaje coloquial extra-académico. “The feeling against the French helped to put an end to that subordination of English to French culture which the Norman Conquest had stablished”. Sin duda, Villon preparó en contra de los ingleses su *Ballade contre les ennemis de la France*: maldición tras maldición, al final todas las estrofas terminan en “qui mal voudrait au royaume de France!”.

Hernando de Acuña, español: “Cuando de Carlos V las banderas / por la fiera Germania se esparcieron / contra sus gentes bárbaras y fieras”. Por no hablar de moros y sarracenos en la poesía española.

Siempre han existido los insultorios recíprocos entre países (también entre aldeas). Pero en esas burlas e injurias hay que ver los retos, lances y algaradas entre monarquías que a la sazón se obstinaban en Europa, en

pleno Renacimiento. No es mala fragua el poder para forjar ideologías. Y esos jóvenes poderes emergentes en París o en Londres, en Praga o en Madrid, generan ideologías muy agresivas en todas direcciones: con respecto a la religión y a la Iglesia (Reforma y Contrarreforma, galicanismo), con respecto a la tradición, al derecho (abolido el viejo Derecho), a la administración (pleitos como el de los comuneros), a la filosofía, cultura (escolasticismos), etc. Poco importan aquí los detalles. En esencia, todas son ideologías megalómanas, ampulosas. Triunfos de la vanidad. “Imperialismos”. No obstante, los motivos o asuntos que se desarrollan en dichas ideologías podemos aseverar que, en lo fundamental, todas ellas se encuentran reunidas en *Menexeno*, de Platón (tal vez, para ser irónicamente ridiculizadas) y, mejor aún, en la nenia de Pericles (Tucídides II, 38 y ss.):

- El propio Adán era ateniense (autoctonía).
- La nuestra es una raza limpia, noble, castiza.
- Nuestro sistema es el mejor.
- Nuestra expansión y lucha son justas; nuestros muertos, héroes.
- La ciudad preferida de Dios es Atenas.
- Odio al foráneo.
- Solidaridad “griega” (en Europa será “cristiana”), basada en la lengua.

En esta misma tradición, únicamente en Grecia, “*Tomó principio no sólo la filosofía [es decir, todas las ciencias], sino también el género humano*” en opinión de Diógenes Laerte. Y, no olvidemos, la fuente de la historia de la filosofía (de las ciencias) más fecunda y utilizada a lo largo de todo el Renacimiento fue, sin duda, *Vidas de Filósofos*. Es más, según el mito ático (J. Burckhardt, *Griechische Kulturgeschichte*), en Atenas se inventó o descubrió sembrar el grano, usar el agua de la fuente, el olivo, etc., etc., incluso andar de pie hacia adelante. Imposible relatar cuántos milagros han ofrendado los dioses a Atenas.

De la preferencia de Dios al modelo de sistema, el desdén del extranjero y el orgullo de cada cual por su tierra natal, que se expresa en todos los capítulos de esta ideología, hasta que la hegemonía de los Estados renacentistas es la lucha. “La France est une Macedoine, nostre

Prince un second Alexandre”. (No hay más que ver cómo han representado, donde sea, los pintores a los reyes). Francia tiene libertad en invadir España, conquistarla (1595). No sólo va a ser una obra legítima, sino apetecible a Dios: “C’est la plus belle Croissade qui se puisse entreprendre: les Catalans, ceux de Castille et de Portugal sont juifs; ceux de Galice et de Grenade sont Mahommetans, leur Prince est Athée. Sçauriez vous desirer une conquête plus juste, ou une guerre plus legitime?” (Pont Aimery). Que vaya, que vaya a la guerra: Dios ayudará a Francia. “Dieu nous monstre par là qu’il ne veut cesser à faire des miracles pour la France contre ses ennemis”.

Agobiante tarea la que sufrió el estresado Dios en aquellos tiempos, en todos los frentes de Europa. Comenzando por el bonito título de Jerónimo de Corterreal, en España, *Felicísima vitoria concedida del cielo al señor don Juan de Austria en el Golfo de Lepanto de la poderosa armada otomana* y pasando por Herrera o no sé quién, *Canción en alabanza de la divina Majestad por la victoria del señor Don Juan*, en toda la literatura española del Siglo de Oro de las Indias, en todo el santo día Dios no hace otra cosa que montones de milagros para los españoles.

Y, para finalizar, este apartado: la ideología católico-imperial avanza muy engréida. Se sueña con un padre de la Iglesia, con su cruz, y con un padre del mundo, con su espada. Como canta Juan Rufo en su *Austríada*, “Tiempo vendrá en que el mundo dé aposento / a un pastor y a una monarquía”. A pesar de que los fascismos todavía no han aparecido en el mundo, Juan de Lucena va predicando por ahí “una ley, una fe, una religión, un rey, una patria, un corral y un pastor es de todos”. Ese único corral es, claro, el Imperio español.

¿Cuál será la monarquía dominante? Veamos este soneto de Hernando de Acuña:

AL REY NUESTRO SEÑOR

Ya se acerca, señor, o es ya llegada
La edad gloriosa, en que promete el cielo
Una grey y un pastor, solo en el suelo
Por suerte a vuestros tiempos reservada:

Ya tan alto principio en tal jornada
Os muestra el fin de vuestro santo zelo;
Y anuncia al mundo, para más consuelo,
Un monarca, un Imperio y una Espada.

Ya el orbe de la tierra se siente en parte,
Y espera en todo vuestra monarquía,
Conquistada por vos en justa guerra;

Que a quien ha dado Christo su estandarte,
Dará el segundo más dichoso día
En que, vencido el mar, vença la tierra.

Los Habsburgos de Viena expresan sus pretensiones con mucha mayor sencillez que los de Madrid: han elegido como blasón AEIOU: *Austriae Est Imperare Orbi Universo*. A Austria corresponde imperar en el Universo entero.

Pero, ¿qué piensa entre tanto el Dios de los franceses? Tiene hechos sus planes:

De Gaule sortira estant natif du lieu
Un juste et vrai pasteur Grand vicaire de Dieu
Lequel ayant de Christ reçu les Clefs du monde
Fera qu'en l'Univers un seul Regne se fonde.

Parece –parece– que el Dios de Francia posee mejores motivos en este asunto, para llevar a la victoria a su pupilo: en favor del monarca español sólo están las armas; al lado del francés, además de las armas, está el derecho de legítima sucesión. El mayorazgo, en una palabra: “Par ce, le lys icy signifie le lys propre mis pour armoirie du regne tres chrestien, à la gent duquel par la primogeniture seconde du monde est donné ceste prerogative de gouverner tout le monde avec la loy éternelle, donnée à la primogeniture de Gomerus gallus, fils de Japetus Gallus, fils de Noachus Gallus ou delivré des eaues du déluge” (G. Postel).

LA ENHIESTA CASA PATERNA

Lo que San Isidoro inventó para los visigodos, el monje Fredegario lo halló para los francos, casi al mismo tiempo: el mito del origen troiano de los francos, para permitir en la Galia la fusión de la raza de los conquistadores y los conquistados. Por supuesto, hay que aceptar de antemano el mito de la *Eneida* sobre el origen de los romanos. Al igual que éstos, los galo-romanos también se convirtieron en originales, oriundos troianos, extendiendo aquel mito. Ahora se le ha inventado una genealogía común al pueblo franco y al galo-romano, haciendo descender a los francos de un tal Francon, hijo legendario de Héctor, al igual que los galo-romanos provenían de Eneas. De un modo u otro, todos vienen de Troya. Así las dos sociedades de Francia quedaban hermanadas. “Esta leyenda, que había hecho su aparición en el siglo VII, en la *Chronique de Frédégaire*, reaparece en el siglo VIII, en el *Liber Historiae Francorum* y en la *Historia Longobardorum* de Pablo Diácono; se propaga, en el siglo IX, por medio de la *Chronique de Moissac* y el *Chronicon* de Francis de Ado; es renovada en el *De gestis rerum Francorum* de Rorico de Moissac (hacia el 1100) y continuará su curso, a través de la *Franciade* de Ronsard, hasta el siglo XVII, en el que Leibnitz se tomará la molestia de escribir un opúsculo para refutarla” (E. Gilson).

Por otra parte, ese mito unirá a los francos con los romanos. Muy importante. Porque, para ser alguien en este mundo, había que tener algo que ver con los romanos. Aunque fuera indirectamente, pues, con el mito troiano se daba colofón a la “romanización” de los bárbaros.

Quien haya viajado algo por Italia, poniendo cierto interés en sus ciudades y en su arte, habrá encontrado multitud de mitos parecidos. Hasta hoy día, el prospecto de Florencia para los visitantes se empeña en que la ciudad sea “una fundación romana”. (En su época, ya Dante llamaba a Florencia “bellissima e famosissima figlia di Roma”). Otro tanto en Milán. En Padua, en medio del tráfico urbano, el turista advierte la tumba de Antenor: este fundador de la villa también era, al parecer, troyano y asesor del rey Príamo, amigo de Eneas. Venecia fue fundada por el gigante Atlante; al igual que Fiesole, enemiga eterna de Florencia, etc.

En Grecia “es una creencia común que toda familia aristocrática es de origen divino, ya que desciende desde hace muchas generaciones de algún dios o semidiós que se ha unido a una mujer mortal” (F. Barrington). En Roma, Tito Livio captó con exactitud el sentido mitológico de la genealogía: “Nosotros perdonamos al pasado que haya mezclado lo divino con lo humano en una visión dedicada a exaltar el origen de la ciudad; y si algún pueblo puede ostentar el privilegio de convertir en divinos sus propios orígenes haciéndolos surgir de los dioses, la gloria militar del pueblo romano es tal que, cuando exalta en particular a Marte como su progenitor o como progenitor de sus fundadores, toda la humanidad puede admitirlo con la misma sumisión con que acepta su dominio”.

Y del mismo modo que las ciudades, las dinastías. También en éstas las familias principales inventan sus genealogías. En la catedral de Siena pueden verse la capilla de los Piccolomini: estos se tenían por herederos de Rómulo. De estirpe troyana, por tanto. Eneas Silvio Piccolomini, habiendo sido elegido Sumo Pontífice, tomó el nombre de Pío II: motivado por “Pius Aeneas”. Paulo II, asimismo, de la familia Barbo veneciana, se invistió de una estirpe romana clásica (a pesar de su evidente origen germánico). Y cómo extrañarnos si los Massimi dicen descender de Quinto Fabio Máximo, si los Cornaro afirman provenir de Cornelius... Italia está plagada de similares ejemplares. Yo no sé qué diablos es eso. Hasta en los individuos más corrientes, que en otras cosas pueden ser auténticas lumbreras, observamos excentricidades en este punto: Kant creía que sus antepasados eran de Escocia; Nietzsche pretendía descender de la aristocracia polaca. ¿Quién no ha consultado algún diccionario, para ver de dónde proviene su apellido? “Man in an incorrigible genealogist, who

spends his whole life in the search of a father” sentencia Don Cameron Allen, en las reflexiones *The Legend of Noah, Renaissance Rationalism*.

Así dice Raffaello Morghen: “Nelle chronache municipali italiane del Due e Trecento, comunissimi, si può dire generali, sono in riferimenti a una pretesa discendenza de tutte le città italiane da Roma e dai troiani, che l’alta poesia di Virgilio aveva, per il Medioevo, indissolubilmente legati alle vicende e alle glorie di Roma. E notissimo que Padova vantaba le sue origini da Antenore e pretendeva persino conservare la presunta tomba dell’antico eroe. Pisa, Siena, Pistoia, Fienze si dichiaravano apertamente discendenti dalla Città Eterna attraverso personaggi storici, completamente trasfigurati dalla leggenda, o addirittura attraverso personaggi immaginari, ricalcati sue immagini della saga di Roma”. A continuación, sobre Florencia: “Da re Fiorino trasse il nome Firenze che poie anche il Villani dirà: *figliola e fattura di Roma*, e da antiche familie romane si faranno discendere i maggiori rappresentanti della nobilità cittadina del Comune duecentesco, quali gli Uberti, i Ravignani, i Foraboschi, gli Elisei, attraverso stranissime etimologie e le più favolose tradizioni”.

El argentino M. Mújica Lainez tiene una novela sobre el Renacimiento, *Bomarzo*, cuyo protagonista recuerda el origen de su estirpe: “Nuestro primer antepasado, un jefe goda [¡también esto es muy típico!], tuvo un hijo que fue amamantado por una osa y a quien llamaron Orsino. De él descendemos. La leche de Osa nutrió nuestra sangre. O procedemos de Caio Flavio Orso, general del emperador Constancio. Es posible. Pero la Osa es nuestra”. Más tarde, refiriéndose a todo el Renacimiento: “Los Massini pretendían derivar de Q. Fabius Maximus; los Muti, de Muzio Scevola; los Cornaro, de los Cornelios; los Antinori, de Antenore, príncipe de Troya; el Papa Pío II Piccolomini, quizá de los Julios; los Colonna, siempre exagerados, del propio Julio César. Era la moda de entonces, la misma moda que hacía que los patricios de esas casas mandaran esculpir sus bustos con atavíos de emperadores romanos. Todos querían proceder de alguien ilustre, ilustrísimo...”. Burankhardt cita en Milán a los descendientes del mismo Platón.

Así pues, individuos, familias, ciudades, naciones, imperios, todo tenemos cargado de “pasados gloriosos” en esta vieja Europa. El demonio del genealogismo (gemelo del etimologismo, la mayoría de las veces) se

yergue triunfante por todas partes. Se expresa en letras, músicas, pinturas. En el Palacio Schönbrunn de Viena, en el fresco del techo de la Pequeña Galería, se le aparece al turista una alegoría de Guglielmi (1761), relacionando el Imperio romano-germánico con el origen de la familia Habsburgo-Lotaringia. Bastante anacrónico, pero no demasiado, en la conformidad: no mucho más que ser un descendiente del Papa Eneas, al menos. De todas formas, “alegorías” de ese estilo se han pintado a miles, tanto durante el Renacimiento como en el Barroco.

Nosotros no poseemos semejante pasado urbano, con las ciudades fundadas por dioses, o lo que sean; ni aristocrático, con estirpes de tan preciada sangre. Aun así, no carecemos de nuestra humilde vanidad. Todos los euskaldunes somos hidalgos (e hidalgas). Tenemos nuestro noble origen en el caserío. “La casa solar vasca –afirmaba Kizkitza en el libro del mismo título– dio en los pasados siglos, a los que procedían de ella, legítimamente, una nobleza de la que se enorgullecían aquellos mismos hijos que en extrañas tierras alcanzaron grandes riquezas y títulos. [No cuenta qué sucedió con los pobres]. Esa procedencia de la casa solar vasca, daba con la nobleza, con la ciudadanía, de modo que sólo con ser originarios de ella se les abrían las puertas de los Ayuntamientos, de las Diputaciones y de los Congresos o de las Juntas Generales, que para los demás estaban cerradas.- Nobleza y libertad debemos a la casa solar. La nobleza mantenida por la libertad”. En el capítulo que lleva por título *Santuario de nobleza* encontrará usted este final: “Esas casas solares tan modestas eran santuarios del honor y de libertad. Lo declaraba en 1528 el embajador veneciano Andrés Navagiero: <<Hay infinitos caseríos –decía– en los cuales viven nobles... no se puede hacer mayor lisonja a un grande de Castilla que decirle que su casa tuvo origen de esta tierra>>”.

A partir de entonces, fácilmente se identificará el euskaldun con el caserío que le ha dado nombre –él con su nobleza original, la nobleza con la casa–. He ahí su patria, su cultura, su libertad, su todo. Tal como cantó el poeta, defenderá su casa tanto como su identidad, puesto que ambas son una, en definitiva:

Nire aitaren etxea
defendituko dut.

Otsoen kontra,
sikatearen kontra,
lukurreriaren kontra,
justiziaren kontra,
defenditu
eginen dut
nire aitaren etxea⁴.

La polisemia del texto poético admite que el significado de “aitaren etxea” sea Euskadi, la vieja lengua de Aitor, el propio pueblo euskaldun o la independencia: “Harmak kenduko dizkidate / eta eskuarekin defendituko dut / nire aitaren etxea⁵”. Es decir, que estamos dispuestos a defenderla más heroicamente que los antiguos cántabros. En lo fundamental, en la inspiración que viene desde el Renacimiento hasta el poeta Aresti, esa “casa del padre” no es sino la casa del padre y de la madre, despojada de todas las metáforas: cocina, ganado, tierras, críos, trabajo. Ese crudo, rudo mundillo ha declarado noble al euskaldun. A su origen y su stirpe. Y en ese noble mundo se ha instalado él.

Pero al lado de la nobleza de todos, socialmente goza de gran importancia la nobleza de los menos: de los reyes, de los marqueses, de los condes, de las gentes principales. Esos no reclaman para sí un nacimiento igual al de los demás. Los libertinajes de esos suelen discurrir, no en el caserío, sino en un espacio de ensueño y con los más extraños adulterios metafísicos, por esferas muy diferentes a nuestro pobre mundo mortal, y a nuestra historia.

El *Ingenuo* de Voltaire no lo pudo entender. Al contrario, quien entendió muy bien esa farsa fue Spinoza: “Los reyes, que han usurpado el imperio, para garantizar su seguridad, han pretendido persuadir a todos de que ellos habían nacido de una raza de dioses inmortales, sin duda porque pensaban que si los súbditos y todos los demás no los juzgaban iguales a ellos, sino que los adoptaban por dioses, consentirían de buen

⁴ Defenderé la casa de mi padre contra el lobo, contra la sequía, contra la avaricia, contra la justicia. Defenderé la casa de mi padre, la defenderé.

⁵ Me quitarán las armas, pero con mis manos defenderé la casa de mi padre.

grado en verse dirigidos por ellos y se pondrían en sus manos. De este modo persuadió a los romanos Augusto de que él traía su origen de Eneas, hijo de Venus, a quien se creía entre los dioses, y quiso tener templos y estatuas, flámines y sacerdotes. Alejandro quiso ser saludado por hijo de Júpiter, lo cual hizo por sabiduría y no por orgullo... De esta manera los monarcas han provisto a su seguridad” (*Tratado teológico-político*).

La explicación seguramente es bastante más complicada que la pura certeza. No nos importa ahora. Puede verse Mircea Eliade, sus explicaciones sobre “La fama mágica de los orígenes”. Lo que importa es ver a Spinoza en el asunto.

Nuestro Tartas creía que la falsedad de los cortesanos y el espíritu pusilánime de los sirvientes eran el origen de esas genealogías mitológicas: “El Gran Alejandro, digno hijo de Filipo, recibía en su tiempo grandes adulaciones, halagos y lisonjas de boca de cortesanos y charlatanes de su corte, y de sus secretarios, ya que, en privado y en público, todos le decían que era inmortal y que era hijo propio y natural de Júpiter, el mayor entre los dioses”.

Abandonemos tiempos pretéritos y volvamos a los nuestros: dos fenómenos se dan a la vez en el Renacimiento, provocando en este terreno serias consecuencias. Tal como señala Burckhardt, por una parte, el interés del noble origen social se eleva: los genealogistas harán negocio (la burguesía busca nobleza). Por otra, se rompen los marcos del mundo tradicional, tanto históricos como geográficos. Y, junto con los marcos, la conciencia dentro de ellos labrada: si hasta entonces la obligada referencia de la filosofía y los estudios era Grecia, y Roma la del derecho y la historia, ahora se han hecho añicos esos sistemas referenciales. De un lado, mediante una profunda investigación de la Biblia (obligada por la Reforma) y, de otro, con la severa revisión de las fuentes de Grecia (gracias a la labor de los humanistas), a los europeos se les ha complicado y enriquecido —puesto que, sobre todo, ha aumentado su antigüedad— la Edad Antigua. Antes parecía imposible que una nación civilizada tuviera otro origen que Roma: el empeño consistía en unir todo con Roma, hasta en los mínimos detalles. En el siglo XVI, sin embargo, las naciones europeas, en competencia con aquella Roma, a su nivel o —en oca-

siones— por encima de ella, pretenderán encontrar individualmente sus respectivos orígenes. Se están estableciendo históricamente las garantías de las naciones (Estados) europeas.

C.G. Dubois nos ofrece este bonito ejemplo: La historia de Francia, hasta entonces, arrancaba siempre a partir de los francos y de Pharamond. Los galos no eran tenidos en consideración: “Ils avaient mauvaise réputation. C’était un peuple de vaincus. Deux fois vaincus: par Cesar et par les Barbares. C’étaient donc des parents peu recommandables, dont il valait mieux taire l’existence (...) Race de serfs sans culture qui n’avaient rien légué à la civilisation sauf des légendes folkloriques ou cruelles et une fâcheuse réputation. Enfin, et surtout, les Gaulois étaient des *inconnus*: ils ne vivaient que par le témoignage des écrivains latins et grecs. Aucun texte, aucun monument. On ne se rattache pas à des parents inconnus. Les Gaulois ont eu le sort des peuples vaincus et colonisés”.

Cotinuemos, de su mano, viendo cómo se ha subvertido la perspectiva: “Or, vers le milieu du siècle, on s’aperçoit de l’existence d’une autre civilisation plus ancienne et plus vénérable que la civilisation issue de Troie. Les problèmes religieux, l’exégèse des textes font connaître la civilisation hébraïque. C’est là la source fondamentales de toute civilisation. Nous descendons tous de Noé, le seul vivant, avec ses fils, du Déluge (...). Il faut donc lire figurativement la mythologie greco-latine: les ancêtres des Grecs et des Latins sont eux aussi des descendants de Noé qui ont camouflé sous des surnoms leur véritable identité. Le berceau de l’humanité ne se situe pas dans les rives de Troie ou sur les bords du Tibre, mais dans le país de Canaan. Le centre d’attraction des recherches généalogiques se place donc vers l’Orient: on ne cherche plus à se rattacher à Rome, mais à Jérusalem ou au Mont Ararat. C’est l’ultime limite de ces recherches d’origines, puisque telle es la révélation de Dieu lui-même. Les Gaulois, dès lors, ne peuvent plus être laissés en marge des circuits fréquentés: il faut les rattacher à la famille de Noé. C’est à quoi s’emploieront un certain nombre de penseurs, suivant en général, sur ce point, les prétendues révélations apportées par Annius de Viterbe”.

Antes incluso de Annio de Viterbo se habían realizado infinidad de trabajos genealógicos en Occidente, con ayuda de la Biblia. Para empe-

zar, el primer mito genealógico es el de la Biblia, que pretende demostrar que el origen de todas las tribus del mundo procede de los tres hijos de Noé. Más tarde, la Patrística y la Edad Media inventaron sus desarrollos, basándose en aquel fundamento. Pero, dado que las operaciones de la Biblia no estaban pensadas para los modernos Estados de Europa, era muy difícil acertar con el hilo conductor que venía desde el Génesis hasta las necesidades de los pueblos actuales. En el cuadro genealógico bíblico, ¿de qué hijo debían ser hijos los españoles, los alemanes, los italianos? En el Diluvio perecieron todos ahogados, salvo Noé. De los tres hijos de éste, Sem era ancestro del pueblo semita; Cam, de los pueblos camitas (Canaan, Egipto, Arabia, Etiopía); Jafet quedaba como patriarca de los habitantes de Asia Menor e islas del Mediterráneo, en el relato del Génesis, para la genealogía de los pueblos de Europa. La Biblia menciona (pero sólo eso, menciona) algunos hijos de Jafet: Gomer, Magog, Yaván, Tubal, etc., e incluso algunos descendientes de estos. Pero ahí se planta, no nos ayuda a avanzar. Y parece que la "Crónica babilónica" de Annio de Viterbo buscaba eso, precisamente, llegar desde los hijos de Jafet hasta los pueblos modernos.

Tremendo fue el éxito que logró el libro de Annio en toda Europa, sucediéndose las ediciones una tras otra en poco tiempo. Y formidable fue el movimiento que desencadenó en todas partes: se confeccionaban listas, desde las monarquías contemporáneas hasta el mismo Noé, se hallaban los parentescos más maravillosos desde Francia hasta Troya y el Diluvio. Y, sobre todo, se suscitaba un terrible problema: entre pueblos hermanos, ¿a quién pertenecía la "primogenitura"?... ¿A cuál correspondería ejercer de mayorazgo y jefe ante los demás hermanos?

De nuevo los italianos tomaron la cabeza en esta carrera, trayendo al mismísimo Noé hasta Italia y, una vez aquí, haciéndole fundar una serie de ciudades. Franceses, alemanes, españoles (¡Los españoles, casualmente, enarbolarán la bandera del euskera como garante de su antigüedad!), cada cual utiliza sus combinaciones, para poder presentar el pasado más glorioso posible. Pero esta historia resulta una competición tan compleja como aburrida. No perdamos el tiempo en esto.

Se abren nuevos puntos de vista, muy diferentes. Con respecto a Roma se consigue una especie de independencia histórica. "Il est desor-

mais temps –protesta Pasquier– qu’ostions ceste folle apprehension qui occupe nos esprits, pour laquelle mettons sous pieds ce qui est du vray et naïf droit de France, reduisons tous nos jugements aux jugements des Romains; ne nous advisans pas que tout ainsi que Dieu nous voulut separer de l’Italie par un haut entrejet de montaignes, ainsi separa-t-il presque en toutes choses, de moeurs, des loix, de nature, de complexions”. Para Du Bellay, Francia ha encontrado, al fin, sus auténticas raíces: más antiguas y profundas que los galos, los romanos y los francos. “La Gaule (qui aujourdhuy est France) avant qu’elle fust ainsi nommée, fust possédée jadis, et au renouvellement du monde après de deluge universel, par gens surmonnez de leurs ancestres Samothiens, Bardes, Druydes, Sarroniens et Anbagiens”.

Posteriormente el pasado será reinterpretado con diferente vanidad. “Par son destin original, le peuple gaulois apparait comme un peuple de maîtres. C’est le colonisateur de l’Europe: son histoire révèle un destin de peuple politiquement élu. Cette force se trouve même dans les revers de la Gaule: beaucoup de Gaulois préfèrent le suicide a la défaite, tant le statut d’inferiorité était contraire à leur nature” (Dubois, en el comentario a Du Bellay). “Néanmoins, même au service de Rome, les Gaulois restent la force principal des armées étrangères, dernier vestige de leur ancienne vigneur”.

En *Suma* del bachiller Zaldibia queda planteado así el capítulo de los primeros habitantes de la Cantabria: “Quienes hayan sido los primeros habitantes de la Cantabria y mandándola, se puede bien colegir del Corónico que escribió curiosamente el Arzobispo don Rodrigo de Toledo, donde, libro primero, capítulo quinto, tratando de la venida de Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé, a España, que fue ciento y cuarenta y tres años después del Diluvio (...) afirma que él y sus compañías que se llamaron tubales pararon en los montes Pirineos, y después creciendo, descendieron a los llanos y poblaron por allí cerca al rededor algunos pueblos y en Navarra y Vascos. Y así son dependientes de los tubales, pues aquella tierra está junta a los Pirineos donde los Cetubales habitaron y poblaron”. A partir de aquí no entiendo el castellano del Bachiller: “Pero lo que el vulgo trata vanamente los prófugos troyanos haber primeramente habitado en ella Túbal es fabuloso [por lo tanto, ¡también por es-

tos parajes se extendió el cuento! Y también existían aquí, como existían en Italia, “humanistas” que preferían aferrarse a la tradición clásica, antes que creer en las fantasías de Annio de Viterbo, *anilia deliramenta*: Zaldibia, no obstante, camina por la senda de la escuela pluvial], demás que es notorio a todos que sola esta nación entre todas las provincias y reinos del mundo conserva sus leyes habidas en la ley de Naturaleza de antes que Nino, rey de Babilonia, adulterase la áurea edad y corrompiese el mundo con la idolatría, y sólo ésta ha conservado su lengua primera y aun esclavones se precian de tener vocablos vizcainos en la misma significanza y usan las armas y vestidos de aquella edad primera, jactándose ser de las compañías de Túbal”.

Más adelante, el Bachiller Zaldibia cita y alaba las valientes acciones de los euskaldunes: “...que por mar heran los mejores del mundo y por tierra tan buenos como los mejores”. Y “si acaso con demasiado poder son sobrepujados, abrazan la muerte por feliz y dichosa antes que rendirse”. Augusto vendrá personalmente para someter a los euskaldunes, todo en vano, porque *“finalmente los cántabros, viéndose en extremo de perder las vidas o darse a los enemigos, habiendo peleado muchos días fiera e porfiadamente, se mataron muchos de ellos con fierro, otros se lanzaron a porfia en las hogueras y otros se atosigaron con veneno sacado de los árboles tejos”*. Y, aunque parezca mentira, es muy renacentista poder decir que *“escogían morir antes que verse cautivos y prisionarios”*.

Todos tenemos, en todas las literaturas europeas nacionalistas, temas que llegarán a ser tópicos, cada uno con sus circunstancias, según los respectivos contextos. Como es conocido, el siglo XIX realizará la lectura “democrática” (romántica), en lugar de la lectura “noble” renacentista, con sus Viriatos, Vercingetorix y Arminios, todos ellos “genios de un pueblo”, al estilo populista de Napoleón III. Los motivos son del Renacimiento, pero el mensaje es, en esencia, el mismo. Para no irme por los cerros, me limitaré a un único asunto: la vanidad cultural.

Los méritos pueden ser considerados de muy diversas maneras. Desde el punto de vista religioso, por ejemplo, tal vez no resulte difícil probar que cualquier otro pueblo habrá sido más meritorio que los romanos y los griegos: un mérito de los galos pudo haber sido creer en la inmortalidad del alma. Ser monoteístas. Un valor ético puede ser el suicidio, por

no rendirse al enemigo. En las armas, sería posible que germanos y galos fueran superiores a los romanos. De todas formas, podríamos discutir quién lleva una minúscula ventaja hoy día entre nosotros; en lo referente a la historia, parece claro que todos debemos confesar nuestra deuda con Roma y Atenas...

¿De dónde han surgido, entonces, las vanidades culturales nacionalistas actuales? ¿Acaso España no ha civilizado a medio mundo? (cumpliendo la misión que le encomendó Dios). ¿No es el español un idioma sin igual? ¿Y la literatura?... O, por el contrario, ¿no es acaso Francia el país de origen del espíritu?

Sí, claro que sí, el espíritu es francés. Francés es el pueblo más espiritual del mundo. Vale para todo hombre de espíritu y, por eso "*tout homme a deux patries, la sienne et la France*".

Muy notablemente ha comenzado el intento a partir del título *Celtopaedia*. Jean Picard lo deja sólidamente cimentado para siempre en ese libro. Uno: ante el mundo, a Francia corresponde la singular, única misión cultural y artística. Dos: todas las artes y ciencias del mundo han admirado en Francia su fulgor. Ni en Grecia, ni en Italia. *De Prisca Celtopaedia libri quinque, quibus admiranda priscorum Gallorum doctrina et eruditio ostenditur, necnon litteras in Gallia fuisse quam in Graecia vel in Italia*. Parisiis, 1556. Ésta es la historia.

Las artes y las letras son tan antiguas como el hombre. En nuestro caso, posteriores al Diluvio. Jafet pasó a su hijo Samothés toda la sabiduría de Noé (gracias a su astrología se anunció cómo venía el Diluvio, y así pudo salvarse, junto con su familia). Samothés es el fundador en la sociedad postdiluviana de las bellas letras, la ética, la ciencia de las estrellas, las ciencias naturales, la física y las matemáticas. Samothés fue ancestro de los galos y primer rey. Algo más arriba hemos visto el texto de Du Bellay (son informaciones de Annio Viterbo). Ojo, de todas maneras, a una cosa muy a tener en cuenta: el proto-galo Samothés no enseñaba todas esas disciplinas en francés, sino en griego.

El hijo de Samothés fue el rey Magus. Es evidente qué ciencia desarrolló. Le sucedió el rey Sarro, que desarrolló el derecho con la ética. El siguiente se llamaba Drui, patriarca de los druidas, coronado rey el año

410 después del Diluvio. Tipo interesante, éste: nada menos que el inventor de la filosofía. “Quoniam autem in lucis sub quercubus atque arboribus philosophiae secreta rimabatur, et rerum causas prescrutabatur, suos ibidem etiam philosophari docens, *Druos* cognomine, quasi quercum dicas, aut arboreum”. Ahí tiene usted demostrado cómo aquellos antiguos galos se expresaban en griego. *Drús, drúos* en griego es tanto árbol como roble. En último término, descendiente de Druis es el rey Bardus (y en la dinastía gala concluimos la lista de “reyes sabios”): será el impulsor de la música, de la poesía y de la retórica. He ahí la explicación del comienzo de todas las ciencias. Los reyes posteriores las extenderán por el mundo.

Los griegos no son más que unos usurpadores mentirosos. Los padres de las ciencias y las artes son los galos. Ésa es la historia.

La conclusión aparece en el poema épico *La Galliade* de Guy Le Fèvre de la Boderie:

Gaule es le premier nom de la terre noyee
Du Deluge des eaux, et le peuple Gaulois
Est le peuple premier en Lettres et en Lois
Et qui a le premier terre et mer tornoyee.

La science Gallique a este ondoyee
Au rond de l'Univers; nos peuples et nos Rois
Ont planté leur Escus vainqueurs en tous endroits,
Et la superbe Romme est dessous eux ployee.

(Hemos de explicar la segunda estrofa). Ahora bien, ya que el autor no estaba demasiado loco, ¿cuál ha sido el fundamento de esas investigaciones “históricas”? “Le rôle de l’etymologie, avec toutes les fantasies d’une science qui manquait de discipline, est essentiel. Le mot est porteur d’histoire” (C.G. Dubois).

Ya hemos dicho que parece que la lengua original de los galos, en un principio, fue el griego. (En España Juan de Valdés también es de “*esa opinión que la lengua que en España se hablara antiguamente era assi la griega como la que agora se habla es latina*”). Lo que subyace es un curioso linguo-nacionalismo. Ha sido eficazmente utilizado, a escondidas, como

vía de argumentación. Leyendo de nuevo a C.G. Dubois: “Les recherches philologiques attirent l’attention sur le celte: on s’aperçoit assez rapidement des relations entre le celte et le grec. L’attrance pour l’hébreu, et le désir de ramener l’histoire de l’humanité aux données de la révélation, font penser à une langue originelle: beaucoup plaident pour l’hébreu, mais les revendications nationalistes se font souvent sentir et chacun voit dans la langue de son pays la langue-mère destinée à détronner le latin et le grec. Cette forme particulière de nationalisme, à fondement linguistique, se répand partout, mais particulièrement en France”. (De este autor es *Mythe et langage au seizième siècle*; aquí, de cualquier manera, copiamos a partir de su libro *Celtes et Gaulois au XVI^e siècle*).

Nuestro Picard lo razona bonitamente. En los tiempos que hemos recordado (a continuación del Diluvio) Grecia era todavía muy incivilizada (los galos, en cambio, poseían la susodicha y pródiga cultura). ¿Cómo se explica que sea una cultura posterior a la griega y que los galos sean “maestros de la humanidad”? Es muy simple: por colonización de los galos (ya hemos probado que su lengua era el griego). Se demuestra, sin embargo, que las incursiones de los galos se efectúan hacia oriente: en primer lugar, por los textos de Plinio, Justinio, Ptolomeo, Tito Livio y Estrabón (que no nos interesan); en segundo lugar, por la toponimia y el análisis comparativo de lenguas (que nos interesan).

Según la toponimia, si hemos de seguir a nuestros investigadores, Europa entera está plagada de ciudades de fundación gala: Padua, Cremona... El mismo nombre de los galos se guarda en algunos topónimos: Portu-Gal, Gal-icia. En consecuencia, los primeros habitantes y civilizadores de Italia (como de Grecia) fueron los galos; después invadieron y civilizaron Alemania (como se demuestra con César); también conquistaron y civilizaron España y Portugal (se demuestra con Estrabón), etc. “L’Europe tout entière est fille de la Gaule”.

En lo fundamental, no obstante, las pruebas toponímicas se basan en pruebas o análisis etimológicos.

Segundo, por tanto, y para concluir: “L’argument est fondé essentiellement sur les rapports philologiques du français –parfois des patois– et du grec. Jean Picard constate que le Français rend admirablement la *pro-*

prietas de la langue grecque, beaucoup mieux qu'elle ne fait du latin; enfin, un glossaire rappelle les relations entre les toponymes et les noms communs aux langues grecque et française. Reste à expliquer cette parenté. Pour Jean Picard, il ne peut s'agir d'une invasion ou d'une colonisation de la Gaule par les Grecs. C'est à l'inverse qu'il faut penser. Mais, alors que la Grèce, de barbare qu'elle était, en recevant la langue des Celtes, s'est progressivement civilisée et a par conséquent perfectionné l'usage et la nature de sa langue, la civilisation gauloise, au contraire, est, à partir de cet instant, entrée en decadence, et la langue avec elle. En même temps, la Gaule subissait l'invasion des peuples barbares [los germanos] qui ont corrompu la nature de sa civilisation”.

(No son inofensivos juegos de erudición histórica y filológica: basándose en semejantes razones pretendían los apologistas de Francia anexionarse una parte de Italia).

¿Que César sometió y conquistó y romanizó Galia? Sí, innegable. Pero si en el aspecto cultural aportó, Roma lo había tomado de Grecia, y no trajo sino lo que originaria y originalmente era de los galos. No se ha hecho, pues, otra cosa que dar a cada cual lo suyo, a los galos lo que les corresponde y se les debía. La cultura es gala. La civilizadora del mundo, Galia.

¿Qué pasaba con España? ¿Dormía mientras tanto?

TUBALIOS Y GODOS

No, la celestial España no dormía: ni a Francia ni a nadie en el mundo le dejaría ser mejor que ella. Un tal Doctor López Madera, del Consejo Supremo de Castilla sale en defensa de los privilegios de primogenitura y mayorazgo de España.

En tales cuestiones la importancia de la antigüedad es ésta: “Es tan venerable solo el nombre de antigüedad, que en solamente ella parece a todos consisten la excelencias de las demás cosas (...) que la vejez y antigüedad es en los hombres venerable, y en las ciudades y prouincias vna cosa sagrada”. En consecuencia, y para no diferir demasiado la tesis básica al lector: “En España pues es mucho de estimar su antiquísimo principio, porque tiene en el la mayor antigüedad de quantos Reynos ay aora en el mundo”.

La superioridad de España tiene, no lo olvidemos, mil y un pilares más para estar por encima de cualquier otro reino del universo. La riqueza, por ejemplo: “España ha sido siempre la mas rica prouincia del mundo” (hojas y hojas de riquezas). O la valentía de España y el arrojo y coraje de los españoles: los reyes más valerosos y los capitanes más audaces han sido siempre españoles. ¿Los franceses y compañía? Ni de lejos. Todo el mundo lo confiesa, porque “en general ha sido esta la excelencia de España, que tratando de fortaleza y valor se la conceden todos los autores estraños (...) Assi Platon cuenta a los españoles entre los más belicosos del mundo. Tito Liujio la llama mil vezes nacion fortisima, hasta decir que no podian viuir sin armas”. Y Polibio, y Cicerón y Lucio Floro y otras muchas citas y zotes. España no ha sido únicamente

maestra de Haníbal, sino que se podría afirmar simplemente que Haníbal era español, porque española era su madre, etc., etc. Pero sobre todo, esto es importantísimo: los romanos, con todos sus esfuerzos y todos sus recursos casi ni pudieron conquistar España; a pesar de que luego quedaron en el lastimoso estado que más abajo describiremos, “auiendo tardado mas en sujetarla, que en todo el resto del Imperio que conquistaron”.

Nos queda por ahí un dudoso capítulo, el del juego-conquista facilon de los moros, pero eso lo solucionamos en un periquete: “Ganaron los Moros a España, no por fuerças y ventajas suyas, sino por especial castigo de Dios”. No sólo: “con ayuda de traydores estrangeros”. Lo que hay que contemplar es lo otro, la Reconquista, y qué milagrosamente se llevó a cabo: unos poquísimos, pero poquísimos, españoles en contra de un sinfín de moros; estos contaban con toda la ayuda incesante que venía de Marruecos; los españoles, no sólo sin ayuda de nadie sino, además, debiendo de sufrir las perrerías de los malos amigos, “porque antes con grande injusticia les hazian algunas vezes guerra y querian ocupar su conquista los Franceses, los acometian y salteauan los Normandos, y Bretones...”.

Cambiando de tema, pero continuando con asuntos de armas, las guerras que hacen los franceses y esos otros son movidas únicamente por la ambición. Las que ha hecho España, jamás. Siempre las ha realizado por derecho y por justicia, todas. “Y esta es la mayor excelencia que se puede encarecer en España, que nunca ha mouido guerras sin justificar primero por muchas razones el titulo, y el derecho que tiene para hazerlas. Y auiendo comenzado todas las Monarquias pasadas por violencia y fuerça de armas, solamente la de España (por prouidencia diuina) ha tenido justissimos principios y aumentos, por auerse juntado mucha parte por sucessiones, y hecho las conquistas de los demás con muy justos titulos; de lo qual dan testimonio las diligencias que hizo el Rey Catolico don Fernando para la conquista de Nauarra”.

Y con la espada, la cruz: “que ninguna cosa ilustra mas a los Reyes y sus Reynos, que la Religion verdadera. En la qual tiene España mayor excelencia que otro algun Reyno del mundo, siquiera miremos a la antigüedad del tiempo en que la recibieron, o al grande aumento y zelo con

que nuestros passados la han conseruado. Porque lo primero consta, que las primicias de la Gentilidad, conuertida por la predicacion del mismo Christo nuestro Redentor, fue de Españoles, pues dize Flauio Dextro que lo era el Centurion, cuyo hijo sanó en Cafernaun; y añade que se llamaua Cayo Cornelio, padre de otro Cayo Opio, el qual tambien parece por el mismo que fue Centurion, y el que creyò en el mismo Salvador quando espirò en la Cruz, y despues viniendo a España publicò entre sus naturales los milagros y prodigios que uio aquel dia. Y el otro Centurion Cornelio, que despues de la resurreccion de Christo, consta por la Escritura Sagrada, que fue bautizado por san Pedro, dize Dextro que tambien era Español, y natural de Italica (...). Y assi es verdad clara, que se predicó primero la Fe en España, que en otra Prouincia del mundo, fuera de Judea y Samaria". Este Doctor Madera no desearía debate o discusion con el jefe de la cristiandad —sería sacrilegio— pero, por decirlo con osadía y educado respeto, "es muy probable que aya sido la Fe mas antigua en España que en Roma".

No sólo eso.

A eso se ha de añadir que la Iglesia de España no ha sido fundada por un cualquiera, sino por el Apóstol Santiago y el Apóstol San Pablo, seguro; y el Apóstol San Pedro, casi seguro. No deseo entretener al lector en estas cuestiones, pero en todo el mundo los citados gozan de reputada fama (la Virgen de Zaragoza todavía no se había inventado). Ahí están también un buen montón de mártires y santos que ha dado España, y las evangelizaciones de indios que ha llevado a efecto, y las tundas propinadas a moros y herejes, y la piedad de los reyes autóctonos, incomparable en todo el mundo, etc. etc.: "Por lo qual pues los demas Reynos no pueden negar estas verdades, no deuerian querer la precedencia, pues España nunca ha podido perder el primer lugar, que con tantas y tan justas causas tenia adquirido". Sin parangón en el mundo. Y, lo de menos, los fantasmas esos del Norte, porque "un Reyno de Francia por ninguna causa se puede comparar con España en quanto a esta prerrogativa".

También es la cumbre en cultura y en letras, "aunque en esto de las letras aya tenido España sus tiempos y vezes", poniendo en un brete a nuestro panegirista. De cualquier forma, gracias a la ayuda de los Reyes

y a las Universidades y a las Facultades, de nuevo hoy puede observar usted “floreciendo en España con grandes ventajas las letras por auerlas favorecido sus Reyes”. Madera no puede considerar a España como sucesora de Roma y Atenas (ya lo veremos: en todo caso, debería ser a la inversa). Pero, ahorita, España es de nuevo el amo y ahí florecen las letras con la máxima fecundidad “entre todos los del mundo”. (También Herrera creía que las musas habían cambiado su domicilio, de la Hélade a España: “Fértil España, a do el pierio vando / su sacro bosque i plantas à traspuesto”). Tras una etapa de crisis, pues (“por la entrada de los Moros en España se perdieron las letras”), de nuevo en cabeza en las ciencias y en las artes, como desde la remota antigüedad: “porque en aquellos primeros principios de la población del mundo fueron famosos los sabios Españoles”.

La historia de los godos ya no es aquí el verdadero comienzo de la historia de España, sino de la renovación. Pero es que incluso en la renovación, cuando el Imperio Romano ha sido destruido, España ha tomado la delantera a todo el resto del mundo, tanto en el tiempo como en las formas. Sobre todo en Francia, al reino de los francos, porque éste “aunque alcançò el mismo derecho, no tuuo la misma causa y entrada [esos no iban más que por codicia, por ambición] y el alcançarlo fue mucho màs tarde”. De esa manera, el reino godo de España “es más antiguo que el de los Francos en Francia”. Y, para decirlo de un tirón, también “en antigüedad de Reyes Christianos, tiene España la primera”.

La historia de Roma —es importante que el lector se fije— es la historia de la hija que se rebela contra la madre. Los godos no son unos malhechores invasores: no han venido sino a restablecer el orden anterior y especial, para acabar con un mundo caótico. Los godos han puesto otra vez las cosas en su lugar, apartando de en medio a los verdaderos invasores y ladrones, es decir a los romanos, “pues si estos quitaron gran parte della a los Cartaginenses, y lo demas conquistaron con no pocas violencias, y injusticias a los naturales; los Godos se la quitaron a ellos, y a otras gentes barbaras, que la poseian, sacandola de la sujecion y tirania destas a costa de su sangre (...), no para tenerla sujeta a Reino estraño, sino para assentar en ella el suyo, boluiendola a su antigua possession de ser cabeça, y señorío supremo, como antiguamente lo auia sido”. Tal

como se decía: “En esta restauracion en que boluio España a recobrar su antiguo titulo y Monarquia, tiene tambien la mayor antiguedad entre todos los que aora gozan, y tienen el nombre de Reynos, segun le tenia en su antiquissima y primera fundacion”. Vayamos, pues a la citada anti-quísima y primera.

¿Cuáles han sido los primeros reyes y reinos del mundo? Adán, tal vez. Pero el reino de aquel era todo el mundo y... “la primera mencion que tenemos de Reyno es despues del diluuiio, y entonces se diuidieron las gentes, y començò Noe a gouernar, instituyendo Reynos; y assi parece que se puede llamar el primer Rey del mundo”. Aun así y todo, lo era del mundo entero. Noé comenzó, con sus hijos, la repartición del mundo en reinos diferentes.

Y ahí reside la primogenitura de España: “Su principio en Tubal hijo quinto de Iaphet es certíssimo (...) Tubal fundo los Tubalios en Iberia”. Unas razones sólidas, entre otras sólidas razones, se encuentran en la toponimia: Setúbal, Tubalia, etc. “Llamarse las Prouincias y Reynos, las principales ciudades y ríos del mundo, en todas partes, de sus antiguos fundadores y descubridores, es cosa tan cierta, que no sera necessario en particular prouarlo”. Y a nosotros no nos será preciso prodigarnos en ejemplos: Iberia (por el segundo rey de España, Ibero), Tajo (por el rey Tago), etc. “Verdaderamente en España los nombres de tantas ciudades, poblaciones y ríos famosos en si tan antiguos, que no les alcança otro origen, pregonan los de aquellos que los fundaron”.

Túbal cumplió con tanta diligencia la orden que le encomendó su padre, es decir, edificar un reino en la cornisa occidental del mundo, “y con tanto nombre y fama, que luego le vino a visitar el mismo padre Noe para ayudar a tan importante poblacion”. Eran famosísimos aquellos primeros reyes españoles. El más famoso, sin duda, Hércules “de cuyas hazañas estaua el mundo lleno” (“y aunque este Hercules le quieran usurpar para si en Francia, es sin razon alguna, porque nunca reynò en ella, ni estuuio mas que de passo, quando fue desde España a Italia”). Su hijo era Hispan, que bautizó al reino con su nombre. De éste fueron Héspero y Atlante Ítalo, que, reinando ambos en España, acudieron a Italia a realizar algunos trabajos, “començando desde entonces España a darle Reyes, y Capitanes insignes, como despues le dió los mejores Em-

peradores que tuuo”. Es evidente que incluso el nombre se lo proporcionaron los reseñados reyes españoles a Italia. No voy a extender más la lista. Abundando en el asunto, “la segunda excelencia que se ha de considerar en esta misma antigüedad es, que su primer poblador se pueda oy llamar el primogenito de Iaphet, respeto de los Reynos de Europa; porque siquiera consideremos a solo Tubal, o juntamente con la descendencia de Magog por los Reyes Godos, es solo el Reyno que oy dura de los hijos mayores”. Otros reyes, especialmente “Samotes, primer fundador del de Francia, es cierto que han de ser menores y nacidos despues de la diuision de las tierras”. Esos no tienen ningún derecho para ser dueños o jefes de ningún sitio. Son hijos del polvo.

Las andanzas y correrías de los tubalios fueron tremendas en aquella antigua edad. En el norte están los irlandeses y escoceses “*de origen Española*”, por ejemplo.

Más interesante aún: “En Italia tambien passaron muchos de nuestros antiguos, y poblaron grande parte della, y de los que passaron con nuestros Reyes Hespero, y Atlante Italo, entre otras poblaciones dieron principio con Roma, hija del mismo Atlante, a la gran ciudad de Roma, habitada siempre en aquellos antiquissimos tiempos de los Españoles Siculos, y Sicanos (...); de las cuales poblaciones passaron los mismos Españoles con Dardano hijo y hermano de nuestros Reyes a fundar el Reyno Troyano entre los Friges sus naturales, a que parece los pudo mouer en tanta distancia de tierra la memoria deste mismo origen [dichos Friges tenían parentesco, precisamente, con los Brigos españoles]. Todas las demas islas del Mediterraneo, como casi adjacentes a España estauan llenas de colonias, y poblaciones Españolas; y en Francia assimismo las auia adonde la fundacion de Alexia que atribuyen a Hercules en nuestro, quando passo de España a Italia, se hizo con la gente de de acà lleuaua. Y Seneca mas claramente prueua, que passaron muchos a poblar en Francia”. Es curioso, ya están otra vez esos franceses cogidos por todas partes: así es porque, según ellos mismos afirman, “vienen de los Troyanos por vn antiquissimo Rey suyo llamado Franco, que dizen fue hijo de Hector”. Perfecto. Pero “Hector conocidamente descendia de Reyes de España, porque viniendo Priamo y los demas Reyes Troyanos de Dardano (...) el Dardano era nieto de Atlante Italo, que fue nuestro Rey”.

La grandeza de los españoles, pues, es doble, e impar en cada una de las dos vertientes: como tubalios y como godos.

Una última razón de este apologismo español la da el nombre de España (que lo ostenta desde Hispan, hijo de Hércules, como ha quedado dicho). Llegados hasta aquí queda claro que la lengua española no es hija, sino madre del latín. En consecuencia: “La antigüedad del nombre de España en principio y consecucion juntamente es tambien la maior que ay en el mundo, porque ninguna Prouincia le tiene mas antiguo, o le ha mejor conseruado: siendo mucho de notar que en tantos siglos passados con tantas mudanças de señores, tantas entradas de naciones estrangeras, con que las mas Prouincias y Reynos han olvidado, y perdido sus nombres antiguos, nunca haya mudado el suyo España, para mostrar claramente, que no ha jamas auido quien se pueda alabar, que ha triunfado della”.

En aquel tiempo los reyes españoles eran audaces guerreros. Así lo muestran “las continuas y dificultosas guerras que sustentaron en Italia y Sicilia en defensa de muchas colonias que allí auian edificado, siendo de los mas antiguos pobladores destas dos insignes Prouincias”.

Con tan gloriosos comienzos, ¿cómo es posible que España llegase a debilitarse hasta tal punto que los fenicios, griegos, cartaginenses, romanos y quienquiera que se llegase hasta sus costas la pudiera expoliar sin encontrar resistencia? Los elementos. Ni siquiera la mismísima Invencible podrá hacer nada contra los elementos naturales: incluso teniendo en toda ocasión a Dios de su parte, la naturaleza frecuentemente se ha mostrado en contra. Desde muy antiguo ha ocurrido eso en España. Cuando aparecieron los citados pueblos expoliadores no había en España ningún intrépido rey ni apenas pobladores que les hicieran frente, “por aquella grande seca que escriuen la despobló toda, y que despues boluiendo sus antiguos moradores a ella, se repartieron por familias en pequeños gouier-nos, sin tener algun Rey, o Principe que lo fuesse de todo”. Ahí mismo comenzará el calamitoso periodo negro (no olvide que, aun así, a los romanos les costó un triunfo dominar a los españoles), hasta que los godos emergieron de nuevo.

Gracias a los godos estamos, pues, en la España eterna y moderna. En la España reunificada y renovada: de nuevo cabeza y corona del mundo.

EN EL MUNDO, ESPAÑA, EN ESPAÑA, CASTILLA.

Los monasterios han sido auténticas fábricas donde se producía ideología de Reynos modernos. Mucha de la literatura y poesía hecha en estos centros monacales de Francia y España es pura teología monárquica y nacionalista: se les fabrica legitimidad de servidumbre a benefactores y mandamases. Mucha de la predicación que se ha hecho es pura teoría política del reino. También esto es legítimo, si el hermano menor del rey era el obispo y su primo, el abad del monasterio.

España y Francia son, en gran medida, inventos de los monasterios. Por eso, las monarquías de ambas serán Cristianísimas y Sumamente Católicas. Ocurre que es inevitable que surja concurrencia en ese sistema de ideologías.

El Poema de Fernán González del monje de Arlanza no es más que un ejemplo. Apología de España y alabanza del elegido pueblo español, con este detalle en el mensaje: “*Pero de toda España, Castiella es mejor*”. Vayamos, de todos modos, a la primera parte, que es la que nos interesa: lo mejor del mundo, España.

No nos detendremos a explicar que ese monasterio fue un activo centro de propaganda en contra de Navarra, etc., etc.

El mito de los orígenes es importante. Y los comienzos de España son providenciales. De momento, la asimilación de los godos está consumada en la estrategia del Dios de los españoles (porque el españolismo se ha fabricado su propio Dios): “Omnes fueron arteros - Dios los quiso

guiar”. No son fieras salvajes, sino libertos de Jesucristo y hombres, re-
cio apero de la Providencia en este mundo, como sucesores de Jafet,
mostrando su directo linaje: “Vinieron estos godos de partes de oriente
/ Cristus los embió - esta gent combatiente / del linax de Magog - vino
aquesta gente / conquirieron el mundo - esto sin fallimiente”. Esas gen-
tes ni eran judías (en cuanto a la fe) ni cristianas, pero tampoco podían
ser idólatras paganas –para ser posteriormente españoles–; es curioso pero
parece que fueron “gentiles” y “loçanos eran por en batalla, pueblos muy
venturados”. Aunque se adueñaron de todo el mundo, “con el su grand
poder”, eligieron España como sede. ¿Por qué? Porque en el mundo en-
tero no hay otro lugar igual:

Tierra es muy tenprada	sin grandes calenturas
non fazen en invierno	destenpradas friuras.

Aunque no lo parezca, el tópico del buen clima y de la riqueza del
pueblo propio es un tópico nacionalista antiquísimo con raíces “científi-
cas”. Merecería dedicársele a esto también un ratito, sin intención de
profundizar, por supuesto: sólo por recordar algunas simplezas que han
llegado a la categoría de clásicas.

Podríamos comenzar desde casa, por Etxeberri de Sara: “Si es verdad
que Mariana ha probado Euskal Herria –polemiza con éste– habrá ob-
servado que ésta es suave, dulce, pródiga en personalidades hábiles y pre-
claras inteligencias: porque no es demasiado cálida, como el mediodía, ni
tan gélida como el norte: por eso dijo Galeno que quienes tienen su mo-
rada en el norte son de inteligencia escasa; pero quienes habitan entre el
norte y el sur son muy prudentes y espirituales; de esta suerte es Euskal
Herria, puesto que está situada entre el norte y el sur, y por eso hay que
afirmar que es sitio propicio para dar elevados espíritus y grandes inteli-
gencias; y si aún existiese algún terco que osase dudar, para vencer su
porfiada contumacia, yo mismo le traería hermosísimos árboles verdes,
cargados de frutos, nacidos en este privilegiado pueblo, frescos manan-
tales cristalinos, jugosísimos pescados de la mar y del río, aves y caza,
inconmensurables cabañas de ganado, que con suficiente claridad de-
mostrarían que cuanto he dicho es verdad”.

En tan hermosa tierra, los euskaldunes son tan hermosos de cuerpo (“son de la naturaleza y temple de su patria, y por eso tienen tan buen color y figura; hábiles, ágiles y de buena estatura; porque no son tan enjutos y delgados como los del sur, ni tan carnosos y gordos como los del norte”) como de espíritu (“por eso se les dan tan bien las ciencias y los grandes temas”). Al igual que la virtud, el pueblo de cada cual suele estar en el término medio y, consecuentemente, es el más perfecto del mundo.

Para los franceses, el de Francia es el clima más dulce, cómo no (“douce France”). De paso, si se nos permite, recordémoslo aquí: un clima tan dulce y moderado exige una monarquía atemperada. No parece que la democracia le vaya nada bien a Francia: “son climat n'est pas à la Démocratie” (aunque actualmente los franceses se tengan por inventores de la libertad y la democracia). A tal clima, tal Reino de Francia, el cual “ne cède a nulle autre nation qui soit dessous le ciel, en bonté, beauté, fertilité, fécondité et abondance de toutes choses d'excellence, comme si elle estoit le coeur, la cresse ou le noyau de l'oeuf” (De Figon). Y, por supuesto, en un Reino tan bien dotado, su caballería francesa: “L'excellence d'iceluy reluit en ce qu'il est habitè d'hommes, qui à vray dire, representent comme le chef d'oeuvre, de plus excellences perfections qui se puissent trouver sous la chappe du ciel: pour estre comme ils sont, douëz de graces singulieres, aussi pour les lettres, pour les armes, et pour toutes autres professions l'honneur et le pris (à bon droit) est deféré au François: et comme tel, la France est mirée comme miroir et principal regard de la Chrestienté” (Froumenteau). ¿Será preciso recordar el entusiasmo de Du Bellay?: “Je ne le parleray icy de la temperie de l'Air, fertilité de la Terre, abondance de tous genres de Fruicts necessaires pour l'ayse, et entretien de la vie Humaine, et autres innumerables Commoditez, que le Ciel plus prodigalement, que liberalement a elargy à la France”. Está muy por encima de las demás. Especialmente, por encima de Italia.

¡Qué va, qué va! Entre nobles España es la más noble (porque todos estos tópicos se repiten en todas partes; también esto es un tópico). “Porque España, ni es tan fría como los lugares del Norte, ni tan caliente como la tórrida zona”. Esto es de Uharte, el de Donibane Garazi.

Fácilmente se entiende que, en su época, esta pseudociencia positiva tuviera que ser muy del gusto de Joannes de Uhart. Es parte de la comedia. Ahora Aristóteles será un mero profeta de las ventajas de España. “La misma sentencia trae Aristóteles preguntando por qué los que habitan en tierras muy frías son de menos entendimiento que los que nacen en las más calientes; y en la respuesta trata muy mal a los flamencos [¡maldición!], alemanes, ingleses y franceses, diciendo que su ingenio es como de los borrachos, por la cual razón no pueden inquirir ni saber la naturaleza de las cosas. Y la causa de esto es la mucha humedad que tienen en el cerebro y en las demás partes del cuerpo; y así lo demuestra la blancura del rostro y el color dorado del cabello, y que por maravilla se halla un alemán que sea calvo; y, con esto, todos son crecidos y de larga estatura, por la mucha humedad que hace dilatables las carnes. Todo lo cual se halla al revés en los españoles: son un poco morenos, el cabello negro, mediados de cuerpo, y los más los vemos calvos; la cual disposición dice Galeno que nace de estar caliente y seco el cerebro. Y si esto es verdad, forzosamente han de tener ruin memoria y grande conocimiento; y los alemanes grande memoria y poco entendimiento (...) La razón que trae Aristóteles para probar el poco entendimiento de los que habitan debajo el septentrión, es que la mucha frialdad de la región revoca el calor natural adentro por antiparistasis, y no le deja disipar. Y, así, tiene mucha humedad y calor, por donde juntan gran memoria para las lenguas, y buena imaginativa, con la cual hacen relojes, suben el agua a Toledo, fingen maquinamentos y obras de mucho ingenio, las cuales no pueden fabricar los españoles por ser faltos de imaginativa. Pero metidos en dialéctica, filosofía, teologías escolástica, medicina y leyes, más delicadezas dice un ingenio español en sus términos bárbaros, que un extranjero sin comparación, porque sacados estos de la elegancia y policía con que lo escriben, no dicen cosa que tenga invención ni primor”.

Cada cual tiene que consolarse como quiere o como puede. (Actualmente, por lo menos, más frecuentemente se les oye a los españoles el consuelo contrario: que lo suyo es la viveza de espíritu, la rápida improvisación, etc., en comparación con los poco imaginativos alemanes y nórdicos en general). De cualquier modo, volviendo a nuestro autor, aparece y reaparece ese desdén por los cerebros “técnicos” del norte (“Que in-

venten ellos”), poniendo en honor la grandeza del espíritu español teológico, profundo (desde Uharte hasta Unamuno): “También en la imaginativa, de los que habitan debajo el septentrión, no vale nada para la medicina, porque es muy tarda y remisa. Solo es buena para hacer relojes, pinturas, alfileres y otras brujerías impertinentes al servicio del hombre”. El mismo protestantismo queda explicado por el torvo ambiente nórdico y, en consecuencia, por la inquieta gente. Porque es gente casquivana, de desmesurada imaginación, charlatana. “La vanilocuencia y la parlería de los teólogos alemanes, flamencos, franceses, y de los demás que habitan el septentrión, echó a perder el auditorio cristiano con tanta pericia de lenguas, con tanto ornamento y gracia en el predicar, por no tener entendimiento para alcanzar la verdad”. El catolicismo es algo propio de gente inteligente. De gente seria, como la española.

Inmediatamente a continuación de las alabanzas a nuestra ubicación geográfica inquiere Etxeberri de Sara a ver si existe “en el mundo un pueblo o provincia que haya observado tan estricta, tan ortodoxamente el camino de santidad (que es la santa ley católica de Nuestro Señor Jesus Cristo) como Eskual Herria”. No, por supuesto, es del todo imposible: “euskaldun (geográficamente) fededun”⁶, por lo tanto... Aunque algunos, por fas o por nefas, desearan otra realidad, es evidente que no somos muy originales. En general, también copiamos nuestras originalidades.

Según Bodin –para finalizar con estas cuestiones– los nórdicos son gentes muy afables (“ne sont point malicieux, ny rusés, comme les nations Meridionales”) porque, a fuer de sinceros, tampoco son demasiado inteligentes. Precisamente por eso su crueldad es instintiva, primitiva. “Car moins les hommes ont de raison et de iugement, plus ils approchent du naturel brutal des bestes, qui ne peuuent se ranger à la raison, ny se commander, non plus que bestes. Au contraire le peuple Meridional est cruel et vindicatif, pour la nature de la melancholie, qui presse les passions de l’ame d’une violence extreme, et employe son esprit a venger sa douleur (...) Nous pouuons donc remarquer la cruauté differente des peuples de Septentrion et de Midy; en ce que ceux-là y vont d’une

⁶ Locución en euskera: euskaldun (vascoparlante) = creyente.

impetuosité brutale, et comme bestes sans raison; et ceux-ci comme renards employent tout leur esprit à saouler leur vengeance”. En el centro la gente suele ser más civilizada. Por eso, aun no poseyendo la fuerza o la insidia de los otros, los pueblos centrales han sido artífices de las grandes obras: “Or tout ainsi que le pauple de Septentrion le gaigne par force, et le peuple de Midy par finesses: aussi ceux du milieu participent mediocrement de l’un et de l’autre, et sont plus propres à la guerre: c’est pourquoi ils ont establi les grands Empires, qui ont flori en armes et en loix”. Los pueblos nórdicos crean ejércitos; los meridionales, teorías confusas y abstractas (“Les sciences occultes, la Philosophie, la Mathématique, et autres sciences contemplatives”): pero el Estado, la vida política, “les sciences politiques, les loix, la iurisprudence, la grace de bien dire, et de bien discourur”, son fruto de los pueblos centrales. Porque estos pueblos utilizan el razonamiento, no como los demás: “les peuples de Septentrion s’attachent bien tost aux armes: et tout ainsi que les uns employent la force pour toute production, comme les lyons: les peuples moyens force loix et raisons: aussi les peuples de Midy ont recours aux ruses et finesses, comme les renards, ou bien à la Religion: estant le discours de raison trop gentil pour l’esprit grossier du peuple Septentrional, et trop bas pour le peuple Meridional, qui ne veut point s’arrestar aux opinions legales et coniectures Rhetoriques, qui balancent en contrapoids du vray et du faux, ains il veut estre payé de certaines demonstrations, ou d’Oracles diuins, qui surpassent le discours humain”. En contra de los extremismos, “les peuples moyens, qui sont plus raisonnables et moins forts, ont recours à la raiso, aux lugesm aux proces”. Entre éstos está la Francia, amante de procesos legales y artífice de leyes. Tres modos hay, pues, de edificar y gobernar el Estado: “le peuple de Septentrion par force, le peuple moyen par justice, le Meridional par Religion”. Entre estos últimos está, para los franceses, España. Etc., etc.

Debajo de todo esto subyace siempre algún texto de Aristóteles (para que cada cual extraiga de allí lo que desee). “En efecto, los pueblos que habitan en lugares fríos y los de Europa están repletos de arrojo pero más faltos de reflexión y técnica (...). Los de Asia, en cambio, son de espíritu más reflexivo y técnico, pero cobardes, por lo que viven sometidos y esclavos. Y el pueblo griego, de igual forma que ocupa geográficamente

un lugar intermedio, también tiene cualidades de ambos pueblos, ya que es valiente y reflexivo” (*Pol. VII, 7*).

Aristóteles ha reunido más citas para demostrar el liderazgo de Grecia y de los griegos; los apologistas, posteriormente, lo único que deberán hacer es aplicar las respectivas a cada nación moderna contendiente. En dicha labor se entretenía el monje de Arlanza, homenajeando a España:

“non es tierra en el mundo	que aya tales pasturas,
arboles pora frutas	iquier de mil naturas
(...) Inglatierra nin Francia	d’esto es abundada
(...) de panes e de vinos	tierra muy comunal
non fallarien en mundo	otra mejor ni tal”.

En lugar de copiar todo el homenaje, nos conformamos con este breve pasaje. Verdaderamente “es mucho mejor tierra - de las que nunca viemos”. Especialmente, muy superior a las de Francia e Inglaterra.

(Aquí llega esa perla mundial de: “Pero de toda España - Castiella es mejor”). Porque la gente española es así de singular en todo el mundo:

“Commo ella es mejor	de las sus vezindades
assi sodes mejores	los que España morades
omnes sodes sesudos	mesura heredades
d’esto por todo el mundo	muy grand preçio ganades”.

La gente española —en especial— conforma el pueblo seleccionado por Dios, literalmente: “de todo el mundo pueblo muy escogido”. (Porque, claro, Dios no es de los que eligen cualquier cosa). Así pues, “fueron de Sancti Spiritus - los godos espirados” e inmediatamente solicitaron catequistas, “demandaron maestros - por fazer se entender / en la fe de don Cristus - que avian de creer”. Y para cuando se bautizaron, resultaron mucho más iluminados —para el mundo— que el propio Espíritu Santo:

“Rescibieron los godos	el agua a bautismo
fueron luz e estrella	de todo el cristianismo
alçaron cristiandat	baxaron paganismo”.

Los monjes de Arlanza tienen ya muy terminada y pulida la teología de la historia de España. Cada rey visigodo está integrado en su sitio, dentro de los engranajes de Dios: buenos los unos (si edificaron alguna iglesia o subvencionaron monasterios), malos los otros. Pero poco duró en España el poder de los malvados: un par de años, y los desdichados cayeron muertos.

Perversos, verdaderamente perversos son los seguidores de Witiza, que abrieron las puertas de España a los moros: aquellos malditos, como Judas en el evangelio, “non devieran nasçer / que esses començaron - traición a fazer”. No ha habido problema político de por medio: todo ha sido una torva maquinación demoníaca en contra de Dios. “Volvió lo el diablo - metió y su poder: / esto fue el escomienço - de España perder”.

Quedan inventados, pues: diablo, moros, infieles, traidores. Estos serán por siempre los enemigos de España. No poco trabajo va a tener Dios en adelante para ayudar a los españoles: habrá de enviar a Don Pelayo y San Pelayo, San Millán y Sant Iago, éste con su caballo blanco y su espada. Su tumba es la prueba de que Dios ha elegido a España como pueblo favorito:

“Fuertement quiso Dios a	España honrar
quando el santo apostol	quiso enbiar
d’Inglaterra e Francia	quiso la mejorar
sabet, non yaz apostol	en todo aquel logar”.

Dejemos a los monjes enfrascados en su tarea. En los nuevos tiempos un tal poeta Herrera será el teólogo que cante las grandezas y los honores de España (sólo lo veremos un poquito, para no extendernos a través de toda la historia de la literatura). Veamos el programa que tenía preparado: “d’España, con voz alta y noble aliento / cantaré los triunfos y vitoria”, es decir, “España, de las gentes domadora, (...) de la invencible y bien dichosa España”. Y “de los iberos ínclitos la gloria / i cuantos hechos grandes acabaron / en tierra i mar, en uno i otro polo, / igualando en el curso al mesmo Apolo” (el sol, en este caso); y “el pecho osado y fuerte, / los grandes hechos qu’onran nuestra España”; y “los hechos / del duro Marte, i sin temor osados / los valerosos pechos, / la siempre insine gloria / d’aquellos españoles no domados”, etc., etc., siem-

pre heroico y solemne. Su ilusión hubiera sido componer, antes de morir, una soberbia epopeya nacional: “Antes qu'en olvido cubra Muerte / mi nombre umilde, celebrar espero / d'el español belígero la gloria”, para quedar, en esto también, por encima de portugueses, franceses e italianos. (Es la ambición clásica de tener una epopeya nacional). Aunque no pudo completar la epopeya, nos dejó, en lugar de ésta, innumerables poesías pequeñitas. Este soneto, por ejemplo, a los gloriosos siervos del Imperio:

“Estos qu'al impio turco, en cruda guerra,
al moro, al anglo i al escoto airado,
i vencen al tudesco, i al dudado
francés, i al belga en su cercada tierra,

i los estrechos, qu'el mar hondo encierra,
sobran, passando por vulgar vedado,
con valor cual vio nunca el estrellado
cielo, que tantas cosas mira i cierra

bien muestran en la gloria de sus hechos
que son tus hijos, ¡ô felice España!,
onra d'el alto imperio d'Occidente.

Alabe Roma los famosos pechos
de los suyos, que nunca –i no m'engaña
el amor– fue a ésta igual su osada gente”.

Sin igual, efectivamente. Sin tan siquiera la ayuda de Dios, él hace a los españoles protagonistas de mil audaces aventuras. Sigue Herrera en sus sonetos poniendo a Portugal, Francia, etc., de chupa de dómine y, una vez asimilado Portugal, anima a Felipe II a que se adueñe de toda África, por supuesto, con la sana intención de propagar la Fe, no el imperialismo.

Concluye, animoso:

“¿Quién contra vos, qui'en contra el reino espero
basta alçar la frente, qu'al instante
no se derribe a vuestros pies rendido?”

“¿Quién contra vos?”, como San Miguel en contra del diablo. El mayor orgullo y regocijo de los españolitos, de todas maneras, son las de-

rrotas de Francia, de la cristianísima Francia, “de la rota, i herida, i muerta Francia”. Toda Asia y toda Europa cantan en ese momento los heroicos trabajos del Gran Capitán Fernández de Córdoba, porque nada menos que “traxo al yugo al galo quebrantado”. No es buen español quien no odia a Francia. He aquí el comienzo del soneto “¡Ô mesquina!”, “Al Reino de Francia”:

“Tú, que del sacro imperio d’Occidente,
Francia, fuiste cabeça, i del cristiano
valor: Mísera ya, el orgullo insano
pierde, i umilla’l fin la yerba frente.

No sientes d’el ibero pecho ardiente”, etc., etc.

Si antes era necesaria la intermediación de las fuerzas de orden sobrenatural para que España ganase guerras, ahora será precisa aquélla para que las pierda, pues de otro modo no habrá quien le aguante una sola batalla. En los lamentos por derrotas canta a menudo Herrera el más orgulloso homenaje a España:

“Bárbara tierra qu’en tu frío seno / cubres los grandes cuerpos derribados / d’aquellos españoles que, domados / dexaron de terror el orbe lleno” comienza rimbombante el himno de los tres mil españoles destrozados por el pirata Barbarossa en Castelnuovo. El final también es arrogante, fanfarrón: “Eroicas almas, gloria d’Occidente”. Engreído, orgulloso, porque las tropas españolas han hecho una carnicería entre las moras. Y presumen de honor, paseándose entre las piltrafas: “Esta desnuda playa, esta llanura / d’astas y rotas armas mal sembrada, / do el vencedor cayó con muerte airada, / es d’España sangrienta sepultura”. Esa es la realidad. Bueno, ignoro hasta qué punto sería española la realidad de los muertos. Por lo menos, tras el conflicto, Barbarossa recogió “humanamente” a los supervivientes y, según dice la nota al pie, “saluo a Machin de Monguía [que seguramente no estaría solo], que le rogó que renegase; y porque no quiso hazerlo, le corto la cabeça en la proa de su capitana”... Siempre iguales, los euskaldunes. Como quiera que fuere, estábamos hablando de la tunda que recibieron los españoles. Era preciso inventar una excusa. Sí: “mostró el valor su esfuerço, *mas ventura* / negó

el suceso”. También en la siguiente derrota el destino se vuelve contra España: “de quien recela el Hado la vitoria”. Con tan mala suerte es difícil ganar incluso en el fútbol. Mayores razones se requerirán cuando Carlos V fracase estrepitosamente en su empeño de conquistar Argel:

“Do el mauritano ponto fiero baña
de la soberbia Argel el fuerte muro,
el cielo, con terror i orror oscuro
amenazó la muerte a toda España.

Bramava el mar ardiendo en ira estraña,
bramando ardía airado el mar perjuro;
solo, en tanto pavor, domó seguro
César d’el *hado adverso* la impía saña.

El piélago i aliento embravecido
abatieron su ímpetu indinado,
i respiró el medroso libio suelo

Ve alegre, corazón nunca vencido:
que la vitoria *no tímide’l hado*
ni el viento i mar cruel, *mas todo el cielo*”.

Esa teología de la Providencia invertida es apropiada para la patria de los negros viernes santos: España, pueblo elegido de Dios, víctima de Dios. Salvada mediante refulgentes milagros de Dios, vapuleada por sangrientos castigos de Dios. Está inventada ya toda la teología dramática para explicar el ridículo de “La Invencible”.

Pero esas son filosofías de días tristes. En los días bravucones de nuevo tienen a Dios por amigo y España se enseñorea otra vez en el mundo, porque bajo el sol no queda hueco que no haya sido llenado por su honor. Ahí tiene usted a Carlos V, “O gran Emperador, gran cavallero”, “el vencedor de Francia i d’Alemania”, más aguerrido y más clemente que Julio César.

“Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
sublime Carlo, el bárbaro africano
y el bravo orror del ímpetu otomano
l’altiva frente humilla quebrantada.

Italia, en propia sangre sepultada,
el invencible, el áspero germano,
i el osado francés, con fuerte mano,
al yugo la cerviz trae inclinada.

Alce España los arcos en memoria
i en colossos a una i otra parte,
despojos y coronas de vitoria;

que ya en la tierra i mar no queda parte
que no sea trofeo de tu gloria,
ni le resta más onra al fiero Marte”.

Pero el españolísimo día de Dios, el día de “el joven d’Austria i el valor d’España” ha sido el de Lepanto; Herrera ha compuesto un himno literariamente soberbio: “Cantemos al Señor, que en la llanura”, al estilo de Moisés, del nuevo Israel. El comiemo lo conoce todo el mundo, pero no tal vez esta pequeña parte:

“...a los feroces agarenos
el Señor eligiendo nueva guerra,
se opuso el joven de Austria valeroso
con el claro español y belicoso:
que Dios no sufre en Babilonia viva
su querida Sión siempre cativa.

Qual león a la presa apercibido,
esperaban los impíos confiados
a los que tú, Señor, eras escudo,
que el corazón desnudo
de temor, y de fe todo vestido,
de tu espíritu estavan confortados.
Sus manos a la guerra compusiste,
y a sus braços fortísimos pusiste
como el arco azerado, y con la espada
mostraste en su favor la diestra armada.”

De nuevo se ha armado Dios. Seguramente andará con el tipo ése de Austria, reventando moriscos en la Alpujarra, limpiando el forro a los moros en Lepanto, destripando protestantes en los Países Bajos, dale que

te pego, “dando el imperio a España”. Cuando murió este símbolo de España le era muy entrañable a Herrera (“que es la tierra pequeña a vuestra gloria”). España iba en declive y Herrera le ofreció esta oración:

“Tú, que, vengando con l’armada mano
el ya perdido onor de l’Occidente,
teñiste d’el Ionio la corriente
con la vertida sangre d’otomano;

i, bolbiendo, en el piélagos africano
venciste’l reino antiguo i tiria gente;
i d’el francés i escoto el pecho ardiente
rompiste, i la pujança del germano;

i, de rendir cansado el mar i tierra,
descansa ya en la paz d’el alto cielo,
que la tierra era poca a anta gloria;

aora que m’amenaza cruda guerra
el impío cita, i tiembla todo el suelo,
ven, o envía a los tuyos la vitoria”.

(A Herrera no le saldrá fácilmente “Castiella es mejor”). El “impío cita” que aparece ahí es de nuevo el escita, el turco, en este caso.

EL NOBILÍSIMO ESPAÑOL

Lemberg dice que en la Edad Media Occidente desarrolló la conciencia de sí mismo, en base a las siguientes tres características: odio, vanidad cultural y conciencia de una misión especial.

De este modo se destacó y se definió Occidente en un mano a mano contra los grandes continentes políticos: Bizancio, los bárbaros, los mahometanos. Es Carlomagno quien da inicio a este proceso. Occidente se ha emancipado de Bizancio; se afirma con respecto a los mahometanos; comienza a apoderarse de los “bárbaros”.

Tras esto, cada nación ha desarrollado la conciencia de sí misma con arreglo a estos sentimientos: odio, vanidad cultural y creyendo que debía cumplir una misión especial. España ha sido la primera en acometer dicho desarrollo. Será la ideología –prosigue Lemberg en *Nationalismus*– la que, más que en ninguna otra parte, más eficazmente que la acción de los Reyes Católicos incluso, forjará allí el nuevo orden: la ideología de la religión, la lengua y la pureza de sangre. Veamos el trabajo de Lemberg en el análisis sobre el origen del nacionalismo español.

El mito del civilizadísimo español no es, esencialmente, sino el racismo del españolazo llevado hasta las últimas consecuencias. El español no admitirá otra religión ni otras creencias que las suyas, ni elogiará otra lengua que la propia. El español no admite la diferencia. Odia “lo extranjero”, lo diferente, en su comunidad: los moros, los herejes, los hablantes de otras lenguas, los individuos de otras razas (judíos, moriscos). Se siente de pura sangre y de casta especial. Encargado de cumplir una

singular misión en la historia. Sucesor y dueño de una cultura superior y única. Pueblo sin igual.

A lo largo de los siglos de Reconquista, los reinos cristianos son unos territorios militarmente interesantes pero culturalmente muy desaharados, en comparación con la refinada civilización árabe. La religión será la ideología integradora en la España cristiana. La España cristiana es siente comunidad santa y suprema en comparación y en contra de esos demonios moros. Dios protege a España (Covadonga, Clavijo). Ayuda a España. España cumple una misión divina.

Con el Renacimiento, especialmente, se verá reforzada la vanidad cultural. Ahora surgirá una ideología integradora nacional en torno a la lengua. Comienza el imperialismo lingüístico. Extender el castellano por todo el mundo será desde ahora cumplir una misión divina. Del mismo modo que se odia o se desprecia a quienes no son cristianos se odiará o despreciará a quienes no hablan en español. La conciencia de la particular misión española va a encontrar casi su confirmación cuando se descubran las Américas: Dios ha otorgado las Indias a España para que las evangelice y las civilice; es decir, para que las españolice.

Nebrija presentó su Gramática castellana a Isabel la Católica y esta reina no sabía para qué demonios podía valer aquel trasto. Se lo preguntó al confesor. Y el iluminado confesor se lo aclaró:

Después que Vuestra Alteza meta debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquéllos tengan la necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido y con ellas nuestra lengua, entonces por esta arte gramatical podrán venir en el conocimiento de ella, como agora nosotros desprendemos el arte de la lengua latina para desprender el latín.

Existe, por tanto, la voluntad de conquistar pueblos bárbaros y el proyecto de enseñarles cuanto antes el español. Cuando la Reina Isabel y Hernando de Talavera conversaban, devotamente, sobre estas cuestiones, tramaban sin duda la conquista y españolización de los pueblos moros. El reino de Granada y el Norte de África. La suerte, no obstante, deparará una gratísima sorpresa a España, entregándole las Indias. Y estos planes

habrán de cumplirse con los moriscos y con los indios, en lugar de llevarlos a efecto en el Norte de África (vd. R. Ricard, *Indiens et morisques*).

Lemberg señala estos paralelismos: En Alemania, Prusia era una región deficiente en cultura, pero posteriormente se adueñó de las demás; en Francia, la medio bárbara Île-de-France se apoderó del muy civilizado Mediodía; Cataluña y Aragón gozaban de buenas e intensas relaciones con la Italia renacentista y poseían una mucho más rica cultura que Castilla, pero... Cultura más escasa pero disciplina militar y social más severas son las que siempre se han impuesto y han impuesto a los demás su modelo de civilización y de cultura. Se podría afirmar que la propia civilización era elevada, superior. Pero lo que de verdad era superior, en aquel tiempo, era la fuerza, no la civilización. “Los castellanos –concluye Lemberg– compensan su grosería y su incultura con un fanático celo de pureza, no sólo con el celo de pureza de religión, sino también de lengua y sangre”.

El tercer punto, en esta ideología integradora de la nación española, es la pureza de sangre. Si las otras dos provenían de las tradiciones romana y cristiana, ésta es típica española y castellana castiza. Con esto comienza la Edad Moderna española. Los españoles se sienten de singular casta, muy especial. De pura sangre. Nobilísimos. Se saben pueblo de señores y jefes, mucho antes de que Nietzsche formulase algo semejante. Biológicamente. Por raza. Sancho Panza es de vieja sangre, lo cual le basta y sobra para equipararse a cualquier noble:

–Sea por Dios –dijo Sancho–; que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta.

Aquí se sitúa el cuento de la nobleza vasca. Sin duda alguna, el gascón Joannes Uhartte trataría alguna vez este asunto en su vida, habiendo emigrado de Navarra a Castilla y a Andalucía (para estudiar, para practicar medicina, para esposarse o casar a alguno de sus hijos, etc.). Para cualquier cosa se exigía pureza de sangre. En el “Examen” queda plasmado, no sin motivo, “un coloquio muy avisado que pasó entre el príncipe Don Carlos, nuestro señor, y el doctor Suárez de Toledo”:

Príncipe: ¿Qué Rey de mis antepasados hizo a vuestro linaje hidalgo?

Doctor: Ninguno, porque sepa vuestra Alteza que hay dos géneros de hijosdalgo en España: unos son de sangre y otros de privilegio. Los que son de sangre, como yo, no recibieron su nobleza de manos del Rey, y los de privilegio, sí.

Así define específicamente el doctor en qué consiste la nobleza de sangre: “Pero llamamos hidalgos de sangre aquellos que no hay memoria de su principio, ni se sabe por escritura en qué tiempo comenzó ni qué Rey hizo la merced; la cual oscuridad tiene la república recebida por más honrosa que saber distintamente lo contrario”. La antigüedad es fuente de nobleza. Los euskaldunes del último confín del mundo no harán otra cosa que aplicarse ese principio a sí mismos, para concluir que cualquier boyero está tan ennoblecido como el mismo rey.

En España, pueblo llano y nobleza confluyen en los ideales aristocráticos de antigüedad: el igualitarismo nacional –ideológico– que ha triunfado en todos los niveles y sectores sociales a todos convierte en “noble”, por el mero hecho de ser de vieja y pura sangre.

Porque te hago saber, Sancho, que ha dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al revés; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado, hasta que llegan a ser grandes señores; de manera, que está la diferencia en que unos fueron, que ya no son, y otros son, que ya no fueron.

El español se tiene por aristócrata en el mundo. Ser español da una singular categoría. Así ve su sangre, así su lengua y su religión. Ser español de vieja y pura sangre es el mayor honor que a la persona le pueda caber en el mundo. El resto le vendrá dado por añadidura: ser él modelo en la auténtica fe, ser dueño de la más bella lengua, ser el propio Marte en las armas.

Por consiguiente, al mundo se le ha de enseñar español, se ha de civilizar el mundo españólicamente y católicamente (Unamuno predicaba que había que españolizar Europa, en lugar de europeizar España). Sin

la cultura española, como se sabe, el hombre no es hombre completo. Tal como declaraba el Consejo de Indias, los indios necesitan pertrecharse de la cultura española para poder andar como hombres, *para saberse regir y gobernar COMO HOMBRES DE RAZÓN*. Porque sin saber español, es obvio, los indios no son *hombres de razón*. ¿Qué somos, en este momento, los catalanes, los gallegos, los euskaldunes?

Fundamentalmente, al español los demás le parecen indios. Bárbaros y rudas gentes despreciables. Individuos que previamente tienen que civilizarse para que puedan convertirse en personas.

APLASTAR A LAS MINORÍAS, LIMPIAR EL MUNDO

Y vencer para siempre a los compinches de Lucifer: he ahí la misión privilegiada de España.

España, precisamente porque es sacrosanta, más que un Estado es una Iglesia: una, santa y pura, inmaculada. Cuerpo místico. El “reino católico” está pensado según los esquemas de la filosofía política imperial y se ha obtenido un reino sagrado, con una monarquía sagrada y con una concepción sacramental del poder. Lo que dice Arquillièrre de la idea de Carlomagno: “L’Etat tend à s’absorber dans ses fonctions sacrées” (es decir, en las que conciernen a la autoridad: no existe distinción de cargos ni personas). “Conception plus sacerdotale que politique”. Y con estos esquemas no podrán caber pluralismos, diferencias.

En 1492 se conquistó Granada, el último reino árabe en la Península Ibérica. Cuando todavía no habían transcurrido tres meses desde este evento, los Reyes Católicos expulsaron de España a todos los judíos; en 1609 expulsaron a los moriscos. Merece echar un vistazo a la historia de los moriscos en ese intervalo, ya que es una parábola sumamente instructiva. A la historia de los judíos puede dársele un repaso en Caro Baroja.

Cuando Granada capituló, obviamente, Fernando el Católico y la Católica Isabel comprometieron su palabra solemnemente: los árabes serían súbditos libres del rey, serían respetadas sus leyes, costumbres y tradiciones, a su albedrío quedaba qué confesión abrazar, etc. En el pacto de rendición se estableció una cláusula que garantizaba todo eso. Los Re-

yes Católicos también hicieron una rotunda declaración, acerca de la entrada triunfal que habían llevado a cabo en Granada, etc. (Ese mismo Fernando, cuando ocupó Navarra, también prometió que iba a respetar los Fueros). E inmediatamente se puso en marcha aquella famosa doble política: de una parte se nombró Arzobispo de Granada a Hernando de Talavera, hombre justo, inteligente y honrado; por otro lado el Rey Católico conminó al Cardenal Ximénez de Cisneros (que ya se había destacado en Navarra) a que se comportase reciamente. Sólo seis años habían transcurrido desde la capitulación, pero ese plazo había sido suficiente como para que Cisneros redujera una de las más bellas mezzitas de Granada a iglesia cristiana; “convirtió”, por las buenas, a más de tres mil moros; tras apilar miles de libros árabes les prendió fuego en la plaza principal, etc., etc. Este Ximenez de Cisneros era hijo de... ¡San Francisco de Asís!

Como cabía pensar —y como, seguramente, Ximénez esperaba— en la ciudad se alzaron algo más que voces disonantes. Era precisamente lo que se temía el ejército de Fernando el Católico, casualmente a las puertas de la ciudad. Los árabes habían incumplido la palabra dada, violado el pacto establecido y, cuando la ciudad era una sangrienta escabechina, entraron los españoles. Éstos, en lugar de hacer pactos, dieron un simple *dictat*: a los árabes se les daba la oportunidad de bautizarse o pasar al África. Algunos se inclinaron por esta segunda opción. Bien se les cobró el impuesto de viaje, puesto que les arrebataron todo su oro, plata y joyas, para que pudieran caminar más livianamente. Otros optaron por no bautizarse ni ir a África: se refugiaron en las Alpujarras. Pero, claro, la mayoría se bautizó. Y Fernando, de nuevo, resuelto y serio declaró que estos moros cristianos —los *moriscos*— eran *ciudadanos como el resto*, sin distinción, con idénticos derechos y obligaciones.

Haremos un paréntesis que aprovecharemos para recordar al lector que, en la abolición de los Fueros, también encontramos frecuentemente el nombre de Cisneros: es una constante de la política española que ha quedado unida a tal denominación. Patriarca de la política expansionista, asimilacionista, imperialista, el tal Cardenal Cisneros. De este modo le escribía Zamora a Godoy, sin ningún tipo de escrúpulos (tras la Paz de Basilea): *Si a esta paz siguiere la unión de las provincias al resto de la na-*

ción sin las trabas forales que las separan y hacen casi un miembro muerto del reino, habría V.E. hecho una de aquellas grandes obras que no hemos visto desde el Cardenal Cisneros al grande Felipe V. Estas épocas son las que se deben aprovechar para aumentar los fondos y la fuerza de la Monarquía. Seguía a esto un rabioso ataque contra los Fueros. Y cien años más tarde, en 1876, el diputado Navarro y Rodrigo –que, por cierto, era “muy progresista”– predicaba de esta guisa en el Parlamento español, invocando no a un cardenal, sino a dos: *El Gobierno debe inspirarse en ese criterio nobilísimo y amplio de la Patria que ha inspirado la política de los grandes y verdaderos estadistas, la política de Cisneros y Richelieu, que se apoyaban en los más (...) para constituir las grandes nacionalidades de España y Francia.* Lícito y lógico es citar a Cisneros en estos casos: en 1876 y en 1795 los euskaldunes eran los moros de España. Cisneros derrotó a los de Granada. Continuemos con la historia de los moros, tras ser destruidos los de Granada.

Quedaban las comunidades de moros de Castilla –los *mudéjares*–. Así pues, diez años después de ordenar el destierro de los judíos, la Reina Católica dio en Castilla el mismo *dictat* que en Granada, el 12 de febrero de 1502: bautizo o África. Esa opción, aunque no muy amplia, en la realidad era aún más angosta que en el papel, porque a nadie se le permitía viajar a África: si alguien pretendía ir allá, se le despojaba de sus bienes, se le bautizaba, era declarado siervo y le obligaban a quedarse allí. También en Castilla todos los mudéjares fueron, pobreticos, a la pila bautismal en fila. Además, se les prometió que, en adelante, serían como cualquier cristiano. Los árabes moriscos se convirtieron en “cristianos”, en personas.

Una santa religión en todo el Reino: España ya es *una*, todos son iguales en España.

Pero surgieron un montón de problemas: los moriscos eran aún “diferentes”. Continuaban aferrados a sus antiguos hábitos, a su lengua –el árabe– y, en cierta medida, a su antigua fe. Incluso utilizaban vestidos diferentes. Incluso los nombres eran distintos. Y eso es precisamente lo que resulta intolerable en una España unificada. ¡Poco trabajo le quedaba a la Inquisición!

Pero es que no se puede quemar a todos los moriscos. Eran buenos oficiales. La Monarquía les sacaba mucho jugo. Entonces se puso en camino la “homologación” de los moriscos. Se dieron los decretos en 1526, prohibiendo las vestimentas y costumbres árabes; los nombres árabes tampoco serían admitidos en lo sucesivo. En un abrir y cerrar de ojos, todos debían adoptar *label* cristiano; hablar, escribir en árabe o utilizar libros árabes quedó prohibido, bajo severas penas y castigos⁴; los moriscos, dado que ya eran cristianos, sólo podían escoger hablar *en cristiano*, en español.

Pero eso no era nada fácil: muchos moriscos no conocían más que árabe y *en cristiano* no entendían ni pío (obsérvese cómo se llevaron a cabo las *conversiones*, ya que los predicadores sólo predicaban *en cristiano*). Entre los sacerdotes españoles, al menos, nadie conocía la lengua de Mohamed. Es cierto que los cristianos pueden expresarse en cualquier

⁵ Como ve usted, la intolerancia de nombres “extraños” es tradicional, no la inventó el franquismo. Es lógico, en una sociedad intolerante, unitarista y fanática que no puede aceptar diferencia de ningún tipo. Bien conoce el lector [1976] cuántas discordias, cuántos conflictos hemos padecido y aún padecemos con los nombres vascos. Las leyes son leyes y, a veces, también son tradiciones. Orden de 18 de mayo de 1938: *Debe señalarse también como origen de anomalías registrales la morbosa exacerbación en algunas provincias del sentimiento regionalista, que llevó a determinados registros buen número de nombres que no solamente están expresados en idioma distinto al oficial castellano, sino que entrañan una significación contraria a la unidad de la Patria. Tal ocurre en las Vascongadas, por ejemplo, con los nombres de Iñiqui, Kepa, Koldobika y otros, que denuncian indiscutible significación separatista* (BOE, 21.05.1938). Nueva Orden, el año siguiente: Se concede un plazo de sesenta días ... viciados con la designación de nombres exóticos, extravagantes... con el objeto de que puedan solicitar la imposición del nombre o nombres que hayan de sustituir a los declarados ilegales (BOE, 22.02.1939). Vuelta a lo mismo en 1957: *Tratándose de españoles, los nombres deberán consignarse en castellano* (LRC, art. 54). Más de lo mismo el siguiente año: *Se permiten los nombres extranjeros o regionales. Si tuvieran traducción usual al castellano, sólo se consignarán en esa lengua* (RRC, art. 192). Pero no es lícito llamar a los moriscoparlantes en su lengua. Estas leyes se promulgarían, seguramente, con motivo de eso de que al nombre español corresponde el ser español, o algo por el estilo. Recordemos, de todas maneras, que también aquí ha ido la Iglesia por delante del Estado: *Cuando los primeros nacionalistas quieren poner a sus hijos nombres vascos que Sabino ha recopilado en su “Izendegi”, el Obispo de Vitoria sólo autoriza a los párrocos a inscribir en los registros nombres que sean castellanos —sin embargo, recurrida eclesiásticamente esa decisión, la Comisión vaticana desautoriza al Obispo* (Ortiz, *Los Vascos*, ayer, hoy y mañana, 1976, 83).

idioma y que no es obligación del creyente saber castellano. Pero también a ese problema se le encontraba rápidamente solución: el Arzobispo de Orihuela proclamó que los moriscos eran súbditos del Rey de España; y, en condición de tales, tenían que saber español. Ya está. He ahí el principio *cuius regio*, aplicado en primer término a la religión y después también a la lengua, descubierto por los españoles mucho antes que los príncipes luteranos. Este principio gozará de amplia aplicación en las Indias. Y, según este principio, se les metió el español a los moriscos, por las buenas o por las malas, mientras se asfixiaba su lengua árabe.

Por una parte, mano dura –prohibiéndose hablar en árabe, y con la Inquisición en plena efervescencia– y guante blanco en la otra: se abrieron escuelas y colegios y se realizaron esfuerzos para enseñar español a los moriscos: a los niños, a los nobles y a los ricos, en especial. Sorprendente, pero también para las chavalas moriscas se hicieron escuelas. Tremenda hazaña para la época.

Se entiende: es que caminamos ya por el siglo XVI. En este período, España está sumida, enfrascada, en la euforia humanista. Uno de los promotores de la enseñanza conjunta de lengua y religión es un tal Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia: celebérrimo asimismo, en la literatura española, como impulsor de Autos Sacramentales (el Obispo de Pamplona Venegas de Figueroa nos recuerda a este Ribera) y, si no me equivoco, también fue santo o algo así.

Mano izquierda allí, mano derecha aquí, un montón de moriscos se españolizaron a base de bien. Ya lo decía Nebrija: *que siempre la lingua fue compañera del imperio*.

Aquí, lector, me habrá de permitir un salto. Ibáñez Martínez que fue Ministro de Educación nacional en el período 1939-1951, escribió lo siguiente sobre el citado Nebrija:

Elio Antonio de Nebrija –y ésta ha de ser para todos los que lean las páginas de su Gramática la idea fundamental que más hondo cale en sus espíritus– fué, ante todo y sobre todo, un gran español. En pocos escritores de su tiempo he visto resplandecer con tan luminosa claridad la auténtica metafísica de España, y muy pocos me han hecho vibrar con tan cálida pasión de patriotismo. Nebrija estuvo presente en la gran hora

histórica en que se consagra la unidad española, como el más grande cimiento de nuestra grandeza nacional (...) La unidad lingüística se requería así, como complemento de la unidad política (...) Una Patria grande y unida ha de poseer una lengua común. Y ello por necesidad imperiosa de que sea uniforme la voz de todos los españoles, y esa voz pueda conservarse en el futuro.

Nebrija publicó su *Gramática castellana* el año 1492, el mismo en que se conquistó Granada.

Pero vayamos al otro noble humanista, a Juan de Ribera. Ese Arzobispo, tan humanista y tan español, era también un celoso apóstol. Edificó, además de escuelas para enseñar el español a los moriscos, un seminario específico para éstos, para enseñarles cristianismo y para enseñarles español, ya que lo mejor es encargar esos trabajos de enseñanza a los propios curas moriscos. Pero fracasó este propósito, en un topetazo con otra corriente ideológica: en 1573 quedó prohibido ordenar sacerdotes moriscos (algo antes se había prohibido ordenar sacerdotes judíos). El racismo español no podía tolerar algo así.

A todos los cargos que tenían algo que ver con la Inquisición se les había prohibido de antemano el sacerdocio. Por la exigencia de *limpieza de sangre*, también lo tenían vedado desde hacía tiempo todos o casi todos los cargos civiles: soldados, médicos, jueces, posaderos, recaudadores de impuestos u otros cualesquiera. Estaba reservado casi únicamente a los criados o inquilinos. Y es que curas, soldados, etcétera, no eran dignos de serlo, como raza impura. Aquellos eran privilegios de españoles inmaculados.

El morisco tenía un reino diferente, su reino, y España se lo arrebató.

Tenía una religión distinta, la mahometana, y España se la arrebató.

Tenía otra lengua, su idioma árabe (mucho más culta, más universal que el español) y España se la arrebató.

Tenía tradiciones, costumbres, vestimentas diferentes, y todas le fueron arrebatadas por España (¿Es que no hemos visto perseguidos los hábitos, nombres y colores –blanco, rojo y verde– de los euskaldunes, proscriba hasta su propia música instrumental?)

Antes fueron discriminados por su fe. Luego, a causa de su lengua o de sus costumbres. Se les despojó absolutamente de todo. Al final, una sola diferencia les caracterizaba: su origen. Y les discriminaron por su sangre. Fue decretado que el morisco era de raza impura. Y ese morisco no pudo estudiar en la Universidad, ni desempeñar cargos, ni hacerse soldado, ni intervenir en compraventas, ni ejercer como médico, ni nada más que ser un humilde siervo.

A diferencia de los bárbaros de otrora, los moriscos, a pesar de haber sido bautizados, no eran "cristianos". No eran españoles. No eran personas. Tenían que ser criados y esclavos.

Eso no nos debe extrañar. En esa misma época España nos conquistó Navarra, perpetrando terribles matanzas, masacres e incendios, con la particular ayuda de Dios, como se estila en estos casos. Los navarros no eran personas; no, al menos, tan personas como los españoles. Los enemigos de España nunca suelen ser personas. Un santo Arzobispo y Legado Pontificio que venía acompañando a los invasores concedió a los españoles —siempre en cruzada— todas las autorizaciones y bendiciones precisas *para prender a los franceses* [son los euskaldunes de la Baja Navarra] *y a sus valedores, Y USAR DE ELLOS COMO ESCAVOS, así viejos como mozos, mujeres y niños...* ¿Por qué iban a correr los moriscos mejor suerte que los navarros? La teología del Arzobispo y el Derecho Político de Fernando el Católico son la misma cosa. Porque el Rey Católico ordenó que, si los navarros se le enfrentaban, *todos sus bienes son confiscados, y son esclavos y siervos de aquellos que los tomaren y ocuparen...*

El 13 de septiembre de 1525 Carlos V decretó que los moros que no fueran cristianos fieles y puros no podían vivir en España, salvo como esclavos. El 25 de noviembre otro decreto, para desterrar a los árabes de Valencia, Cataluña y Aragón. Y tanto Carlos V como Felipe II continuaron publicando decretos, órdenes, leyes y prohibiciones, para establecer la esclavitud de árabes y moriscos. Fueron gravados con unos exorbitados impuestos. Como de vuelta al feudalismo clásico, de nuevo entró en vigor la pena de muerte para quienes huían de la tierra del señor. El siervo quedaba unido al dueño y a sus fincas mediante cadenas.

Una y otra vez se citaba el destierro de los moriscos. A decir verdad, poco se desterraba. Todo lo contrario: en 1579 se promulgó un decreto que les prohibía vivir cerca de la costa, en Andalucía, porque desde allí huían fácilmente. Y en 1586 se estableció una Ley similar para la costa de Levante.

No obstante, pasados un par de años, los ingleses redujeron a serrín la *Armada Invencible* de Felipe II. Sin dificultad. Y en España penetró hasta los huesos el nerviosismo y la desazón de una invasión turca. En aquel trance se fue perfilando más claramente la idea de expulsar a los moriscos.

El mencionado Juan de Ribera —aquel Arzobispo humanista que convertía a los moriscos en españoles— se alzó en favor de la expulsión.

Fueron desterrados unos trescientos mil moriscos.

He ahí la España una, única, unificada y noble, o la España pura y limpia, la que no tolera diferencias en su seno. Ya lo decía Saavedra Fajardo: “Los de diferentes costumbres y religiones más son enemigos domésticos que vecinos, que es lo que obligó a echar de España a los judíos y a los moros”.

PURÍSIMA Y NOBILÍSIMA RAZA

La pequeña historia de los moriscos no es sino eso: la historia que una y otra vez se repite.

España es un Sagrado Estado Eclesiástico: con su santa Autoridad, su único credo, su orden puro. Es decir, con su orden puro: y este orden tiene su moral y en esta moral, su código básico: *la pureza española*. Porque es un concepto que en cualquier plano admite muchas variaciones, según la ideología de antaño o la actual: *pureza de sangre, hidalguía, hispanidad, unidad de clase proletaria*.

A Taine, que era un animoso francés, tal vez no le gustaban en exceso los españoles. Yo no sé si utilizando su método naturalista o sólo mediante sus prejuicios, llegaba a esta conclusión: *el espíritu español de mando es inquisitorial, luego más suave durante un tiempo y por fin explota epilépticamente*. Sin duda, ésa es la impresión que le causó a Taine la historia de los españoles. No es que nosotros le prestemos demasiada importancia a una opinión así, pero es interesante que no todo el mundo repunte como muy civilizado al pueblo que nos ha tenido por bárbaros... A Taine, al menos, el español le ha parecido un carácter autoritario, intimidatorio, patológico.

A lo largo del siglo XV y, especialmente, en los XVI y XVII, la conciencia nacional española va a fijar su identidad y, de paso, establecerá algunas curiosas ecuaciones: *nación española = religión cristiana española = raza española (sangre limpia, cristiano viejo) = lengua española = cultura y civilización española*.

El español es un superhombre. Una raza especial. El español se siente un nuevo romano, un nuevo griego. Llamado a apoderarse del mundo y a civilizarlo.

Aún no ha concluído la Reconquista y ya están soñando con alzarse victoriosos entre los demás pueblos, en conquistar un gran Imperio, como los romanos: *muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas*. Hay que españolizar, “civilizar”, lo antes posible a estos pueblos. Hasta ahí, todos conformes. El debate (si lo había) se referiría, como máximo, al método. No al objetivo. Porque el objetivo siempre es el mismo: asimilar y españolizar a todos los pueblos. Hernando de Talavera afirmará que mejor se gana la voluntad de los árabes predicándoles en árabe; que, una vez cristianizados, se les enseñe español y así se españolizarán. Cisneros era partidario de métodos más expeditos: argumentaba que, mientras se les dejase hablar en árabe, seguirían aferrados a sus costumbres y tradiciones; y, junto con la lengua, mantendrían su conciencia de identidad. Por lo tanto, en primer lugar era preciso exterminar el árabe con todos los medios posibles; así, una vez perdido el idioma, perderían su identidad y de ese modo los mahometanos de Granada se convertirían más fácilmente al cristianismo. Ése es el dilema: primero hacerse español y luego cristiano (Cisneros) o, por el contrario, primero cristiano y luego español (H. de Talavera). Pero lo que para ambos está claro y no admite discusión es que hay que asimilar y españolizar a los árabes de Granada.

Después, en las Indias se pondrá en práctica una política similar a la de Granada. Allí también percibiremos unas diferencias metódicas como las que existían ahora entre Cisneros y H. de Talavera. Pero coincidiendo siempre en los objetivos: hay que españolizar totalmente las Indias. Eso estaba claro antes incluso de descubrir las Indias, aunque luego haya que buscar argumentos mediocres: que las lenguas indias son pobres, etc. “En la Corte española se daba como puro y natural que los pueblos compilados por el Imperio español tenían que usar el idioma español, tal como sucedió en el Imperio romano con el latín” (Konetxke).

Como se ha dicho, el español se sentía un nuevo romano. La misión (ya descrita) le hacía sentir esa conciencia a España, llamándole a intervenir constantemente en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Francia.

A defender la “verdadera religión”, contra todos. A atacar al mismísimo Sumo Pontífice y a saquear nada menos que Roma. A conducir tumultuosamente el Concilio por el camino que deseaba, etc. En todo el mundo dictó España qué es la cultura y qué es la fe correcta. Porque España sabe, mejor que el mismo Dios, qué es lo que Dios desea o qué es lo que debe desear. No hay por qué explayarse sobre esto, así es que nos limitaremos a la política cultural y lingüística de las Indias. Ahí es donde España mejor y más completamente ha cumplido su “misión”.

De este modo le escribía el Arzobispo al Rey desde Cuzco en 1638: *Es triste cosa que los latinos y los griegos diesen su lengua a los vencidos y nosotros no a estos indios.* El Obispo Lorenzana, citando también a latinos y griegos, determinaba que (...) *no ha habido nación culta en el mundo que cuando extendía sus conquistas no procurase hacer lo mismo con su lengua.* En otras palabras, que los españoles deben proceder ahora como griegos y romanos lo hicieron en su época. Más tarde retornaremos a estos asuntos de griegos y latinos, al tratar del apologismo vasco.

Y para los españoles su lengua no era moco de pavo. El español era, sobre todo, el idioma de la civilización. Pero es que la lengua de la fe apenas podía ser otra que la española. El Emperador Carlos solía decir que el italiano era la lengua para hablar con las mujeres; el alemán, para hablar con los caballos; el idioma para hablar con Dios, el español, por supuesto. Dudamos de que eso lo dijera el Emperador —puesto que ni sabía italiano ni entendía alemán— pero, de lo que no cabe duda es de que los españoles utilizaban muchísimo ese tipo de frases lapidarias, para proclamar la superioridad de su lengua. Quienes así pensaban eran los españoles, no el Emperador. Un tal Manuel Ayala también convenía en esto: *si alguno hubiese de hablar con Dios, debería hacerlo en español, por la majestad de la lengua.*

Ya decíamos más arriba que los monjes escolarizados en la tradición latina, cuando llegaron a admitir lenguas románicas o provenientes del latín, tomaban las lenguas no latinas (tanto el alemán como el euskera, “lengua del vulgo”; en la misma Inglaterra, tras el latín se impondrá el francés, durante largo tiempo, como lengua oficial y de culto, puesto que el inglés es tildado de lenguaje para el populacho) como bárbaras. Así se ha montado el mito sobre la superioridad de las lenguas románicas. Des-

pués, especialmente con el nacionalismo, cada una de las lenguas románicas va a edificar su propio mito sobre superioridades, universalidades e incomparabilidades, con respecto al resto de lenguas románicas. Son mitologías que siguen hoy día vivitas y coleando. El catalán es románico, no es ni euskera, ni indio, ni mahometano. Pero apenas ha recibido menores desprecios ni ha sufrido muchas menos burlas que el euskera. Porque ese miserable catalán no se puede comparar al divino español... Aquí tenemos lo que no hace mucho Don Benito Pérez Galdós, aquél cuya percepción auditiva era dañada por el euskera, escribía al escritor catalán Oller:

No puede Ud. figurarse el desconsuelo que siento al ver un novelista de sus dotes, realmente excepcionales, escribiendo en lengua distinta del *español, que es, no lo dude Ud., la lengua de las lenguas...* La admiración que siento por Ud. es bastante grande para hacerme desafiar las asperezas de una lengua cuyas bellezas no entiendo y cuya resurrección como lengua literaria no me explico... *El castellano es la lengua de los dioses...* El catalán, por lo poco que yo entiendo de él (!?) no tiene construcción propia... La sintaxis, la construcción, son las nuestras (!). No difieren más que en las palabras, cuya tosquedad y dureza hiere el oído. Por eso es tan fácil la traducción. Es como arrancar un disfraz que sólo está sujeto con un hilo. Yo leo la prosa de Ud. y veo en ella un castellano, pero con palabras catalanas. Es como un hombre blanco, que se ha teñido de betún para ponerse negro y no lo es. Ud., amigo mío, escribe español sin saberlo...

Ese español divino es —ora el idioma de Dios, ora el de los Dioses, según las devociones— el lenguaje de la divina raza española.

Una admirable raza, ¡vive Dios! No es de extrañar que vigilase tan de cerca la pureza.

El honor de haber establecido el racismo en los estatutos corresponde al Colegio San Bartolomé de Salamanca que, mediante bula otorgada de manos del Santo Padre en 1414 y 1418, en tan exclusivo centro académico únicamente podrán cursar estudios *ex puro sanguine procedentes*. Los de pura sangre. Ese estatuto de limpieza se extendió con rapidez a todos los Colegios y resto de instituciones. También antes se había practicado la selección, aunque esto no estaba regulado en estatuto

alguno. Apartar de sus oficios y cargos a “los de sangre impura” va a convertirse en una de las tareas principales del Estado, desde que entre en escena la Inquisición, en 1480.

Un desarrollo paralelo llevaba el encierro de judíos y moros en sus respectivos y apartados *ghettos*. Había que impedir que los “impuros” habitaran en las ciudades: en 1446 la ciudad de Villena obtuvo un Fuero especial que prohibía pernoctar, dentro de las murallas, a moros, judíos y conversos. En la segunda mitad del siglo XV se van a generalizar en las villas y pueblos de toda Castilla los estatutos racistas. Abren la comitiva las leyes de Toledo: al propio Santo Padre le parecen excesivas dichas normas racistas. Horribles masacres y pogromes se suceden en la Córdoba de 1473... También esta tarea será asumida por la Inquisición, como importante asunto de Estado, para darle legal colofón: se amparará la limpieza de la preciada sangre española a base de quemar en la hoguera a judíos, moros y moriscos. A la Inquisición se le reserva el monopolio de realizar pogromes científica y legalmente.

Hernando de Pulgar afirma que fueron más de dos mil personas las que asó la Inquisición antes de 1490. Y si el Arzobispo de Toledo Juan Martínez Siliceo –acérrimo racista donde los haya– está en lo cierto, pasaron de cincuenta mil antes de 1546.

Felipe II estaba convencido de que quienes provocaban todas las fu nestas herejías en Alemania y Francia eran judíos. Por eso esperaba que, cuidando debidamente la pureza de sangre en España, no ocurriría un error de esas características.

Tanto en las Órdenes militares como en las Órdenes religiosas, era preciso demostrar la pureza de sangre para ser ordenado sacerdote o para ostentar cargos en la Administración. El honor estaba basado en la limpieza de sangre, y ésta es la única virtud española que poseía un valor superior a la majestad del Rey, el más firme pilar de la vida social: *al Rey la hacienda y la vida, – el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios* (Calderón). Es preferible morir que perder el honor. Porque el honor es limpieza, pureza de linaje, lo opuesto a mezclas de sangres impuras y heréticas. Así lo asertaba Juan Escobar de Corro en *Tractatus bipartitus de puritate et nobilitate probanda*: fundamentalmente, honor y

pureza de sangre es lo mismo. El español clásico echará mano, sin más, a lo de su limpieza de sangre, ya que en eso halla su honor: *ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla alguna de raza mal sonante, y como suele decirse, cristianos viejos ranciosos* (*Don Quijote*, cap. 28). Y de estas cosas está repleta toda la literatura clásica.

Mal lo tenía quien en Castilla no probase su pureza de sangre. Los euskaldunes tendrán que constatarla una y otra vez (Felipe II, en 1562; Felipe III, en 1608...) pero, aún así, sufrirán mil y un pleitos por esta causa. Además, para hacer frente de algún modo a las consecuencias del racismo español, los euskaldunes inventarán su propio racismo. Bastos pintaban en Castilla para árabes, moriscos, judíos y conversos. Viéndose en ese trance, a algún sitio habían de huir: ¿dónde mejor que en Euskal Herria, siendo aquí todos iguales? Efectivamente, llegó acá un auténtico montón de ellos, *por temor que tienen de la Inquisición*, como expresamente lo confirma el Fuero de Bizkaia; y *por ser exentos*, es decir, libres. Pero no parece que los euskaldunes en ese tiempo sean demasiado hospitalarios con los perseguidos: las Juntas Generales —en Gipuzkoa, por ejemplo— dan orden a los que *non fueren Fijosdalgo, y non mostraren su hidalguia, los echen de la Prouincia*. Sinceramente, no ha sido de gran hombría el comportamiento de estos *jauntxos* euskaldunes.

No es nuestro propósito hacer aquí la historia del racismo español, a pesar de que no nos vendría nada mal, viendo cuán a menudo se cita el nuestro. (De todas formas, no sé si me causa mayor perpejidad o vergüenza contemplar cómo todo un Sánchez Albornoz, más español que republicano, en su librito *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*, presenta con toda naturalidad al judío como avaro, hipócrita y malvado. Es un pequeño ejemplo, nada más). Lo que nos importa es la ideología nacional, la vanidad nacional y la falsa conciencia de pueblo superior que expresa la ecuación *españolidad = pureza de sangre*: citar la limpieza de sangre —dónde, y en España— es como realizar ofrendas florales a la Santísima Virgen en una casa de putas. Y esto lo sabían perfectamente los apóstoles del racismo español y de la pureza de sangre española, tanto Torquemada, como el Arzobispo Juan Martínez Siliceo, como el Obispo Diego de Simancas (este último va a mostrarse acérrimo enemigo del navarro Carranza, autor del tratado racista *Defensio*

Statuti Toletani). Sangre limpia, sangre sucia: necesidades que, lo sabemos, ocultan otros despropósitos aún más absurdos, inconfesables. ¿Qué era, pues, el racismo español?

El racismo español es una ideología plebeya. En primer lugar, es una ideología en sí misma, una ideología nacional: no sólo antipatía contra unos determinados colectivos humanos, sino pura xenofobia. Ideología, y muy agresiva. E ideología plebeya. Una transposición plebeya de los ideales aristocráticos. Sabido es que, entre los especiales factores condicionantes de España —“Pueblo de Conquistadores”— era espectacular la gran movilidad de clases sociales: porquero hoy, Virrey del Perú mañana. Es un singular fenómeno social. Gracias a esta movilidad todo el mundo podía acceder hasta los altos niveles, era fácil enriquecerse, convertirse en afamado capitán; de este modo los ideales aristocráticos hallaron un excelente caldo de cultivo para extenderse entre la gente, tal como lo satirizó *Don Quijote*: el honor, el orgullo; la hidalguía, en una palabra. Esos ideales iluminan y guían toda la conducta social y el programa entero de relaciones sociales. “Aquí el hombre soy yo”, dijo el español, y “entre los pueblos, yo soy el pueblo”. El honor corresponde a la nobleza, es un ideal de ésta. Y a todos los españoles se les puede contar como nobles, gracias, precisamente, a la limpieza de sangre.

Yo soy un hombre,
aunque de villana casta,
limpio de sangre, y jamás
de hebrea o mora manchada.
(Lope de Vega, *Peribáñez*)

Evidentemente, gracias a eso se le sacaba todo su valor al título de nobleza. Y así entraron en vigor estatutos de limpieza de sangre en contra de diversos males de los titulares de nobleza. A causa de la resistencia que oponía la nobleza, al final fueron abandonados: porque igualaba al villano (*de villana casta*) con el noble. El propio Sancho Panza camina orgulloso, orgulloso de su limpia sangre. Se ve tan noble como el que más.

El apóstol del racismo Juan Martínez Siliceo era de humilde origen. Hizo una brillante carrera. Pero ese origen humilde siempre lo tuvo acompañado. Lo único que le enorgullecía era eso, que sus padres no

eran “de sangre mezclada”. En general eran los campesinos —únicamente los campesinos— los “no mezclados”. Porque todos los demás eran “de sangre mezclada”, sobre todo la mayor parte de la nobleza de título: solía estar mezclada con judíos y moros acaudalados. Por eso quienes alzaron la voz en contra de Siliceo fueron, precisamente, los hijos del Duque del Infantado, los nobles y sus descendientes.

Con toda razón decía Salucio —*Discurso*— que si fuera exigida la pureza de sangre desde un par de siglos atrás, no se hallaría en España una sola persona de sangre limpia, salvo en las clases sociales más bajas y, apretando tuercas, casi únicamente en el campesinado. Es decir, en las clases en que no podía determinarse quién descendía de quién, porque carecían de rancia estirpe y de viejos papeles. De este modo, proseguía Salucio, se dismantelaba la nobleza, quedaba confuso todo el orden social. Cualquier Sancho Panza de pulcrísima sangre encontraba las puertas abiertas para los más altos cargos, mientras los nobles quedaban postergados, al ser de sangre mezclada. En la burguesía, otro tanto, al igual que en la mayor parte de la gente escolarizada. En tiempos de Felipe II los nobles fundaron una asociación para actuar de acuerdo con sus intereses, en contra de los estatutos de limpieza de sangre. Claramente demostraba el *Libro Verde de Aragón* que apenas existían familias de nobles sin mezclar. Al final, el propio Inquisidor Juan Roco Campofrío arremetió contra los estatutos de limpieza de sangre: *Discurso de un Inquisidor hecho en tiempo de Phelipe Quarto, sobre los estatutos de limpieza de sangre en España y si conviene al servicio de Dios, del Rey y Reyno moderarlos*.

Por contra, los estatutos de limpieza de sangre serán codiciados por los “nuevos ricos” que han surgido de las capas sociales más desfavorecidas, porque eso sí que ennoblece y honra en la escala social. Esto iguala al Siliceo de origen plebeyo y a los hijos del Duque del Infantado, para desgracia de éstos.

La limpieza de sangre es, pues, una teoría sobre la nobleza universal de todos los “españoles castizos”. El casticismo español: todos los españoles castizos, nobles. Ese casticismo será fuente de fama y honor para el español. Es, pues, una teoría nacional, una teoría nacionalista.

Por obra y gracia de ese casticismo el español es diferente a todo cuanto existe bajo el sol. Enhiesta la frente, mira por encima del hombre a todos los demás. En Italia, en Flandes o en México caminará señor y jefe, como si el resto de las personas fueran sus criados. Ya en 1624 denunciaba Murcia de la Llana:

... si un hijo tuyo se casa con una francesa, o con una genovesa, o con una italiana, tú desprecias y aborreces a esa mujer, porque es extranjera. ¡Semejante ignorancia! ¡Eso sí que es tremenda estupidez española!

En vano trataron diversos autores de criticar esa fatuidad. Por el contrario, la mayor parte de los escritores, los más importantes entre ellos, cultivaron el engrimiento. El supernacionalista Lope de Vega, por ejemplo. Para este cortesano arribista, el mismo evangelio de San Mateo es “un certificado de hidalguía de Jesucristo”: “libro, que has visto en las supremas salas / confirmada la hidalguía / de Cristo, por la parte de María”. Lope de Vega escribía para proporcionar placer al superhombre español: y éste se lo ha apreciado a su Lopito querido hasta hoy, y hasta mañana y pasado mañana.

Bueno, no todos. Ese Lope de Vega Carpio, aunque de elevado ingenio, era de bastante baja familia. De todos modos, cuando publicó su *Arcadia*, puso el escudo de armas de los Carpio en el colofón de la edición, con las diecinueve torres correspondientes. El cordobés Góngora no pudo soportar esas pretensiones del santanderino:

“Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diez y nueve torres del escudo,
porque, aunque todas son de viento, dudo
que tengas viento para tantas torres.

¡Válgante los de Arcadia! No te corres
armar de un parés noble a un pastor rudo”.

(Claro, la nobleza de todos los de “sangre pura” podría ser un principio de algún modo democrático, pero en la praxis sería más fácil practicar la ideología plebeya de los escaladores y los trepas. Como plebeyas son las envidias de Góngora).

Y si el noble español de pura sangre desdeñaba al francés y al italiano, no digamos nada de su actitud ante judíos y moros; incluso podría advenirse cómo vería al silvestre euskaldun o al indio de las Américas...

Ya que se tiene por aristócrata frente al mundo, el hidalgo español cultiva los ideales más finos de la nobleza. Don Quijote, por ejemplo, tilda de deshonoros el trabajo —la artesanía, especialmente— y el comercio, como medio de vida. Es algo sórdido. Labor de siervos. Es donde trabaja el euskaldun. Estas cosas quedan suficientemente explicadas en Caro Baroja.

Observemos, sin embargo, cómo justificaban esos españoles la conquista del Nuevo Mundo. Para cuando los españoles llegaron a las Indias, aquellas tierras pertenecían a alguien. ¿Cómo aprobar ahora que los españoles hubieran penetrado en casa ajena, que hubieran sometido a los indios, que se hubieran apoderado de aquellas tierras, que hubieran arrebatado a otros su oro y plata, que el propio Rey organizase esas *tropeñas*, que emplease toda la nación *sólamente en cometer latrocinios*? Muy fácil: para propagar el evangelio. Así lo argumentaba el humanista español Juan Ginés de Sepúlveda. Y, claro, como propagar el evangelio comportaba grandes fatigas y gastos, lícito le era al Rey recuperar lo que había perdido. Esa razón se argüía. Pero propagar el evangelio no dejaba suficiente libertad. Porque el evangelio, o se acepta libérrimamente, o no se acepta. En eso insistían el Padre Vitoria⁵, Las Casas y todos los grandes teólogos. Y aquella hermosa razón se garantizó con otra más bella aún. Sepúlveda —contrario de Las Casas— argumentó la razón de la civilización, utilizando para ello la autoridad de Aristóteles.

⁵ Citando al Padre Vitoria y el resto no tenemos intención de proclamar que los euskaldunes de la época eran más democráticos que los españoles. Vitoria era hijo de su tiempo: fundamentalmente, aprobaba la conquista, al igual que Carranza. Fray Juan de Zumárraga propagó la civilización a México y nada llevó, salvo la industria de la seda: por el contrario, quemó a un cacique en la hoguera, acusándolo de idolatría y de subvertir a su gente en contra de los españoles. Los euskaldunes de la época crearon estatutos tan racistas como los de los españoles. Y, en general, no han hecho sino seguir a la zaga a los españoles. Eran tiempos del sucursalismo incontestado.

Como se enseña en la *Política* de Aristóteles, los hombres bárbaros e incultos existen en el mundo para servir a los cultos y civilizados. Ésta era, al parecer, una opinión muy difundida entre los griegos. Los pueblos civilizados han de ser dueños y jefes de los bárbaros y salvajes. Por tanto, siendo los pueblos de las Indias incultos e incivilizados, el deber de los europeos es conquistarlos y someterlos. ¿Quién podía llevar a cabo esa tarea mejor que los aguerridos y muy civilizados caballeros españoles? Sepúlveda cree que el español es un pueblo superior a los demás, sin igual, supremo, nobilísimo, y que es además el pueblo elegido para ser jefe de los bárbaros de las Indias. Y la Providencia así lo estimará.

El historiador Konetzke nos advierte que la consecuencia de esta manera de ver las cosas caía de por sí: de un lado, idealizar desmesuradamente la obra de los españoles en las Indias como tarea civilizadora. De otro, tildar a los indios de terribles bárbaros. Es así como surgen los mitos. Se llegará a afirmar que los indios carecen de todo tipo de cultura. Que viven como alimañas. Que son borrachos y sodomitas. Que ofrecen sacrificios humanos a los dioses y que son caníbales. Que carecen de raciocinio. Por tanto, que son animales, no personas, no cristianos. Y quienes no osaban hasta tal punto afirmaban que, si bien no eran animales se comportaban como tales y que, por lo tanto, había que enseñarles la cultura y la civilización españolas, *para saberse regir y gobernar como hombres de razón*.

Hoy casi nos resulta incomprensible algo así. Pero en 1537 S.S. Pablo III hubo de conceder una bula, declarando muy seriamente que los indios también son verdaderos seres humanos y personas. El Padre Victoria deberá vertebrar complicadísimas filosofías y argumentos para probar lo mismo, es decir, que los indios son personas y humanos. Paulatinamente se iba cociendo la teoría del Derecho Natural.

No importa. Gregorio López, jurista regio del Consejo de Indias, enseguida encontró la solución: puede que los indios sean personas, pero ignoran el Derecho Natural. Por eso precisamente los ha de conquistar el Rey, y civilizarlos, para que aprendan Derecho Natural.

Bonita y simple solución. “De este modo se legitima el imperialismo, en nombre de la civilización” (Konetzke).

Carlos V descubrió otra solución, más fácil y bella que la anterior, de un plumazo: prohibió toda discusión acerca de si España tenía derecho o no de conquistar las Indias. Porque esas disputas son “perjudiciales y escandalosas”...

Es un práctico método, verdaderamente, cuando se desea tener razón: hará escuela en la política española. Cuando Llorente y compañía lanzaban alevosos ataques sistemáticos contra la nación vasca, el Gobierno les ayudaba. Aranguren y Sobrado les respondió en nombre de Euskadi: pero la censura se tragó la edición de aquella obra... porque no era el momento oportuno.

EVANGELIZAR, CIVILIZAR, ESPAÑOLIZAR

Con la ayuda de Dios y de Santiago —sin contar la de la Santísima Virgen, etc.— España y la civilización consiguieron derrotar con facilidad a los moros (en sólo ochocientos años). Como en casa no cabía tanta civilización y había que emplear en algo útil tanta ayuda celestial, los españoles acudieron a las Indias.

Ir a las Indias: dispuestas ahí, a huevo, por Dios y Santiago y la Santísima Virgen. Ahí es donde se nota la mano de la divina providencia: un italiano, pagado por judíos, salió en busca de las Indias y halló las Américas, dispuestas en aquellas aguas por Dios, para que las civilizase España.

Inmediatamente comenzaron los españoles a civilizar aquellas tierras. Existía a la sazón un fraile ingenuo, cuyo nombre era Bartolomé de las Casas, que no acertaba a comprender semejante labor civilizadora. Y al fraile no se le ocurrió nada mejor que escribir un texto que se llamó *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. ¡Habrás visto! ¡Virgen María! Zis-zas, y la Santa Inquisición introdujo el manuscrito en el Índice. Con toda razón. Con esta razón, mejor dicho:

Este libro cuenta unos espeluznantes sucesos bárbaros como no se conocen en las historias de otras naciones; las atrocidades ejecutadas, según parece, por los soldados españoles, y por los colonos de las Indias Occidentales, y por los sacerdotes de los Reyes Católicos, según afirma el autor. Por lo tanto, nos ha parecido necesario recomendar que sean

embargados todos estos informes, ya que son perniciosos para la nación española; y es que, aun en el caso de que sean verdaderos, sería suficiente que el Autor hubiera puesto estos hechos en conocimiento de su Católica Majestad en lugar de propagarlos por todo el mundo, dando ocasión de atacar a España a sus enemigos y a los herejes.

Así se argumentaba en la prohibición sacada a la luz el 3 de junio de 1660 por el Tribunal de Zaragoza.

No se puede poner en tela de juicio la superioridad de la civilización de España. Y, aunque sea verdad que no siempre la civilización es muy civilizada, tampoco esto importa: la verdad debe redundar en beneficio de España y no al revés; y la civilización es española.

En tres palabras se puede resumir la obra civilizadora de España en las Indias: evangelizar, civilizar, españolizar. Es decir, la obra civilizatoria que, a criterio de los españoles, ha de llevarse a cabo: es el trisagio que ellos utilizan. Quizá alguien resumiría esa historia en dos palabras y una opción: asimilar o reventar. Pero esa gente es muy simplota y no comprende nada de la sabia lógica inquisitorial.

Éste es un tema muy amplio y, en consecuencia, de nuevo habremos de limitarnos al terreno estrictamente lingüístico, es decir: qué política lingüística han puesto en práctica los españoles en las Américas. Nos encontramos en un siglo XVI bastante avanzado y la Corona, como puede usted comprobar, lleva una política muy homogénea en todo el Imperio. La Corona española ha comenzado a realizar, paulatinamente, pequeñas tareas para amarrar e “igualitarizar” a Euskal Herria. Aunque aún poseemos los Fueros, en estos tiempos las Ordenanzas se renuevan *según las necesidades que han ocurrido e según la manera de los tiempos e mudanzas de gobernación*; a esas Ordenanzas se les da el valor limitado que el Rey estime oportuno; se impone la presencia del Corregidor para que las Juntas se reúnan válidamente, etcétera. Se han verificado ciertos avances en el terreno lingüístico:

Que “siempre la lengua fue compañera del Imperio”, Nebrija aparte, lo ha repetido también el historiador inglés J.H. Elliot, al advertir que éste fue “uno de los secretos de la dominación castellana en la monarquía española del siglo XVI”. No debe sorprendernos por tanto que, metido en

la revisión de las Ordenanzas de la Provincia, el Estado castellano decida que los futuros procuradores de las Juntas Generales, además de ser “hombres raigados y abonados”, se les exija también “que sepan la lengua castellana y leer y escribir”. Castellanización, alfabetización y nivel de ingresos van a constituir por tanto tres mecanismos con los que desde el poder se pretende ordenar la participación en el máximo organismo político provincial. A esta campaña de selectividad contribuyeron de buena gana los próceres guipuzcoanos, que incluso la extendieron a los regímenes electorales de sus respectivos municipios ¿Qué mejor forma de controlar al mundo rural que a través de unas Ordenanzas provinciales y municipales, cuyos principios excluían por definición las posibilidades de participación del tumultuoso aldeanaje? Reforma provincial y reforma municipal van de la mano, interés del Estado e intereses de los notables provinciales también (P. Fz. Albadalejo, *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa*, 1975, 142).

Merece la pena volver a leer este interesante párrafo de Albadalejo.

Adelante. Preguntábamos cuál había sido la política lingüística seguida por España en las Indias.

En primer lugar, tenemos a los misioneros, fieles a la tendencia de Hernando de Talavera: aquéllos que aprendían las lenguas de los indios, aquéllos que preparaban gramáticas y vocabularios de las lenguas de los indios, los que publicaban libros devocionarios y catecismos en las lenguas de los indios. Hicieron un formidable trabajo: entre 1524 y 1572 sólo en México publicaron ciento nueve de esos libritos.

En segundo lugar, está asimismo el Imperio y su aparato (Jerarquía Eclesiástica, Inquisidores, Representantes del Rey, Audiencias, etc.): aunque éstos han ayudado en ocasiones a los misioneros en su voluntad favorable a los indios, su política ha seguido el método asimilacionista de Cisneros. Pero lo que nosotros queremos ver es la política lingüística imperial en las Indias, no las pautas de conducta de los misioneros.

A Cisneros casualmente pertenece el primer mandamiento oficial para enseñar español a los indios, que resultó comienzo de una tradición (1516):

Encarga a los monjes jerónimos que renueven todas las vivencias de las Indias. Estos monjes deberán constituir una estricta organización para

ordenar toda la forma de vida de los indios, de tal manera que aprendan a vivir civilizadamente. Entre otros aspectos, que elijan sacristanes despiertos y los nombren para que realicen labores docentes. Estas labores consistirán en enseñar a los hijos de los indios a hablar, leer y escribir romance castellano (es decir, exactamente igual que en las Ordenanzas de Gipuzkoa). Se ha de enseñar español en especial a los hijos de los caciques y de los principales. Y comúnmente esos jerónimos deberán hacer lo posible para que los adultos y, muy particularmente, los caciques y los principales entre los indios aprendan cuanto antes español. Hasta aquí, lo de Cisneros.

Anteriores son (1512) las *Leyes-Encomiendas* de Burgos que pretendían forzar a los indios a convivir con españoles. En un principio, estas leyes perseguían la “integración” de indios y españoles, es decir, la asimilación. Según estos textos legales, los indios no tienen derecho a vivir solos, aparte; habrán de disponer sus moradas en torno a las de los españoles. En compensación —se promete, se ordena—, los españoles enseñarán el evangelio y la civilización a los indios. Vivirán juntos: los españoles, como principales, en el centro metropolitano; los indios, en la periferia. Todavía se aprecia esto perfectamente en el plano de la capital de México: el centro es el antiguo casco urbano de los españoles; los barrios circundantes, arrabales de indios. Este método urbanístico tan político enseguida comenzó a dar sus frutos políticos. Al verse acuciados por la necesidad de tratar con los principales, pronto empezaron los indios a aprender español (¡Saber español conllevaba innumerables ventajas!). Encontramos este texto en una carta escrita al Emperador Carlos V, en 1539: *Estos indios empezaban ya a tener conversación con los cristianos españoles y a hablar nuestra lengua, donde sucedería y sucederá tornarse cristianos y venir en el verdadero conocimiento...*

Eso es exactamente el centralismo: que un centro vertebe, “íntegro”, asimile todo a su alrededor. Hemos visto la teología política de los bárbaros, que encarna el reino como Cuerpo Místico. Continuando con la misma tradición lo encontramos aquí, al principio de la conquista de las Indias, trasladado ya hasta el urbanismo. Y esa tradición estará presente en el XVIII, con los Ilustrados. Y la tradición continúa, en el siglo XIX, al eliminar los Fueros: vestido con atuendo progresista, el decrepito impe-

rialismo de siempre; el mismo hedor eclesiástico laicista; la cruda asimilación, tras la excusa de la igualdad democrática. Tradición ininterrumpida: bajo diferentes sistemas e ideologías, siempre igual, siempre eficaz. El español es la medida, el *Homo celsius*. Los restantes deberán revolotear alrededor del español, para que éste los civilice y gobierne. Porque el español es un pueblo de jefes y de caballeros: “raza de conquistadores”.

El requisito previo para evangelizar —o civilizar— a quienquiera es, siempre, españolizarlo. Porque sin españolizarlo no se puede evangelizar bien a nadie. Éste es uno de los más firmes dogmas de la Iglesia Católica española a partir de Cisneros. En la última Cruzada, el Gobernador Militar de Donostia, muy celoso por cierto, en cuanto ocupó la provincia acometió su tarea apostólica: *No existe Jaungoikua. No existe más que Dios*, decretó el castrense teólogo el 16 de abril de 1937. Que los euskaldunes se habían mostrado muy malos católicos y que en lo sucesivo se prohibía predicar en euskera. Porque es seguro y cierto que, si se les predica en español, aun siendo una gente tan díscola y malvada como los euskaldunes, se convertirán en católicos bondadosos. Apalancada en su poltrona catedralicia de Vitoria-Gasteiz, asentía la Santa Madre Iglesia, conforme.

En primer lugar, pues, españolizar: a partir de esto, se cristianizará. En 1550 la Corona española comenzó a practicar la españolización sistemática de indios, viendo el poco éxito que habían cosechado los intentos hasta entonces. Los Provinciales de franciscanos, dominicos y agustinos recibieron la orden de enseñar español denodadamente a los indios. Había que nombrar a unos frailes expresamente para aquella labor, con el encargo de que diariamente, a unas horas determinadas diesen clase de lingüística aplicada. Los frailes eran quienes más relación tenían con los indios y los que mejor vistos estaban. Por lo tanto, ellos eran los idóneos para enseñar español. La Corona esperaba que así los indios opondrían menor resistencia. Al mismo tiempo, se encomendó a los Virreyes que vigilasen si los frailes cumplían su misión convenientemente, y que los custodiasen y acompañasen para ver a qué otra gente se podía encomendar la labor. Y que sacasen, de donde fuese, el dinero para pagar a quienes se empleaban en la tarea citada. Es evidente que era “de donde fuese”.

Unos años más tarde el Rey encarga a Antonio González, del Consejo de Indias, que disponga medidas y leyes más severas para que los indios aprendan español desde la cuna, sin más demora. De otro modo —lo que decía Cisneros de los moros de Granada— si aprenden y utilizan su lengua, los indios continuarán siempre con sus antiguas costumbres y conciencia. Precisamente por eso se les ha de enseñar español, *para que se les quiten las ocasiones de idolatrías y otros vicios y cosas en que se distraen por medio de su lengua*. No puede expresarse más plásticamente el aspecto sociológico de la frase que dice que cada lengua implica una singular visión del mundo.

Huelga decir que si los españoles tratan de enseñar su lengua con tanto empeño, es exclusivamente con el fin de anunciar el evangelio... Al igual que el imperialismo ha encontrado su legitimación moral en la excusa de la civilización (más arriba lo hemos visto), ahora la españolización va a hallar la suya en la religión: las lenguas indias son demasiado pobres e inadecuadas para desarrollar correctamente artículos de fe: *po-bres de vocablos, nombres y verbos para significar muchas cosas importantes* (Cédula Real de 4 de junio de 1586); diez años más tarde, el Consejo de Indias reitera que *en la mejor y más perfecta lengua de los indios no se puede explicar bien y con su propiedad los misterios de la fe, sino con grandes absones e imperfecciones*. Pero es que, además, su lengua le suscita al indio *ocasiones de idolatrías y otros vicios*, pues resulta que la lengua es portadora intrínseca de maldad.

Conmo observamos, ni siquiera los misioneros sabían si era posible explicar bien el evangelio en las lenguas de los indios. Así les era advertido, una y otra vez, por el Consejo de Indias.

También hemos escuchado prédicas semejantes en lo referente al euskera. Y quizá en aquella época se dijera lo mismo, porque en España adquirieron enorme auge las ideas de “lenguas útiles” y “lenguas inútiles”. Existen, según parece, lenguas que de por sí no son capaces para expresar pensamientos e ideas profundas. Incapaces para manifestar teologías profundas, por ejemplo. Leizarraga, al menos, nos da en qué pensar (el mismo año en que comenzó a realizar traducciones del Nuevo Testamento, como el lector recordará): él tiene hecha su traducción y *podemos estar seguros de que los euskaldunes no somos, entre todas las naciones, tan*

agrestes como para que en nuestra lengua no podamos conocer y alabar al Señor. Es sintomático.

Quien desee inventar, que invente. Habilidad libre. En adelante se van a inventar un sinnúmero de motivos y razones en favor de la españolización. He aquí otra, que particularmente nos atañe: existen demasiadas lenguas indias y son demasiado diferentes; ni los mismos indios se entienden. Es preciso lograr un único idioma para todos los indios. En estos argumentos o pseudo-argumentos trabajó Alesander von Humboldt, hermano del amigo de los euskaldunes. Y este sabio vio la realidad exactamente de modo opuesto. Con la conquista de los españoles y al perder todo vestigio de oficialidad, las principales lenguas de los indios se resquebrajaron y dividieron en dialectos, que han ido progresivamente separándose, según el criterio de Humboldt. Los jesuitas –argumenta– han seleccionado dos de las lenguas principales de los indios, el guaraní y el quechua; las han elaborado, las han convertido en lenguas cultas oficiales y, aunque hayan reducido a meros dialectos otras lenguas menores, han extendido el quechua y el guaraní de tal modo que todos los indios se entiendan por medio de una o de la otra. Además, esos indios que por nada del mundo deseaban aprender español muestran un enfervorecido deseo de dominar estos idiomas. Si se hubiera seguido el ejemplo de los jesuitas –concluye Humboldt– hace tiempo que habrían surgido en América lenguas comunes suficientemente extendidas, suficientemente ricas, comprensibles y aprehensibles para cualquier indio, “y los americanos hubieran podido preservar su personalidad y carácter nacional en lenguaje americano”.

Un individuo, listo, del Consejo de Indias inventó un bonito argumento: los españoles –comendadores y demás– a menudo maltrataban a los indios. Pero los indios no podían defenderse. Si se metían a pleitos, necesitaban de intérpretes. Y los intérpretes, casi siempre españoles, salían en favor del denunciado. Era, pues, evidente que los indios protegerían mejor sus derechos sabiendo español.

Durante el siglo XVI se sacan razones de índole moral y religiosa, sobre todo, para españolizar a los indios. Como con cierto pudor, todavía. Pero en el XVII aflorarán las verdaderas razones políticas. Y se pone en ello más denuedo y empeño. Lo que ya habíamos visto: *es triste cosa*

que los latinos y griegos diesen su lengua a los vencidos y nosotros no a estos indios. Es preciso asimilar lo antes posible a estos indios, para organizar un Imperio como el de los romanos, extenso y bien tejido. Se ha comprobado que los niños no utilizan el español y que los adultos siguen hablando en lo suyo. Se endurecerá el panorama: desde la Corte se ordena que, aunque no lo deseen, sean obligados los indios a aprender español. Que se les fuerce a que hablen en español y sólo en español, en presencia de la gente. Han de abandonar, olvidar, cuanto antes sus lenguas, apremia el Consejo de Indias. Hay que obligar, particularmente, a caciques y gentes principales a que hablen en español; y si se muestran desganados, indolentes, poco animosos o remisos, sean severamente castigados. Sea declarado infame el cacique que hable a los indios en la lengua de su tribu, pierda todos sus títulos, honores y privilegios, sea retornado al ínfimo nivel social y lleve el correctivo merecido, decreta el Consejo de Indias.

Si los caciques e importantes no hablan siempre más que en español, el resto de la gente lo podrá aprender enseguida, argumenta Solórzano. De todas maneras, es preciso jugar duro: porque la cuestión no es únicamente —expondrá diáfano este jurista— evangelizar al indio, sino también civilizarlo. Los españoles, prosigue el razonamiento del jurista del Consejo de Indias, olvidamos todas nuestras lenguas y aprendimos latín, bajo la dominación de los romanos; otro tanto deben hacer los indios ahora con nosotros, por las buenas o por las malas.

De lo contrario —agrega Solórzano— nunca se podría decir que la sociedad de América es española: la de los indios y la de los españoles serán dos naciones y dos sociedades extrañas entre sí, no una única nación y una única sociedad. El indio tomará al español por extraño y enemigo. Jamás se unirá a él. Consecuentemente, es preciso eliminar las lenguas indias, es necesario obligar a todos a hablar únicamente en español, *para que nos cobren más amor y voluntad, se estrechen más con nosotros; cosa, que en sumo grado se consigue con la inteligencia y conformidad de idioma.*

Estas razones de Solórzano eran corroboradas por el Obispo de Cuzco: para asimilar verdaderamente a los indios y para fundar una sociedad española en las Indias, hay que aniquilar todas las lenguas indias y todo el mundo debe hablar únicamente español. Entonces sí, entonces

se unirán el indio y el español, *porque la semejanza y conformidad de las palabras, quasi siempre suelen conciliar y traer a verdadera unión y amistad a los hombres.*

Fueron tomadas las medidas pertinentes, pues, para llevar adelante la campaña de españolización de todos los indios en el más breve plazo. El mayor problema era la falta de docentes: hacía falta dinero para pagar a todos los profesores necesarios. Pero también se halló inmediatamente solución a esto. Hasta ahora los sacristanes habían sido maestros y habían percibido, por tanto, su sueldo de maestro. Se dispuso que en adelante también los curas y párrocos dieran clases de español, a cambio de su paga: así, sin aumentar los gastos, se doblaba el número de enseñantes⁶.

Hacían falta más maestros, pues, para esta forzada campaña. El Consejo ordenó que fueran nombrados, de un modo u otro, los necesarios: y dado que los beneficiarios de este trabajo son los indios, que se les pague a los maestros del fondo de reservas de los indios, o del fondo de trabajo comunal. Pero que no quedase ni un solo pueblo ni una sola barriada india sin sus clases.

Se ordenó a todos los Virreyes, Audiencias y Gobernadores, a los Arzobispos y Obispos que remitiesen regularmente informes al Rey: qué tal marchaba la campaña en sus respectivos distritos, cuánto se adelantaba, qué experiencias se atesoraban, cómo se podían mejorar los métodos. Éste habrá sido, seguramente, el primer Plan de Desarrollo español en la historia.

Al final se promulgó una ley (el 30 de mayo de 1691), que prescribía que a todo indio que optase a un cargo municipal o comunitario le

⁶ La Iglesia hizo al revés que el Estado, en los comienzos de la evangelización: a todos los sacerdotes y misioneros se les exigía, antes de tomar a su cargo una comunidad, que aprendieran la lengua de los indios y superasen un examen. Cuando eran párrocos o tenían la responsabilidad de una iglesia, debían catequizar en el idioma indio correspondiente. A quienes se mostraban indolentes en el cumplimiento de esta obligación, se les rebajaba el salario en un tercio. Si a pesar de todo no se corregían, les eran aplicados unos castigos progresivamente más duros, hasta que aprendieran. Así, al menos, se promulgaban las leyes en el Concilio de Lima (1567), aunque prácticamente desconozcamos la praxis que, al parecer, resultaba más tolerante que el papel.

fuera exigido saber español. A quienes ostentan cargos, si es que todavía no lo saben, se les concede un plazo de cuatro años para que lo aprendan. En lo sucesivo no iba a tolerarse en la vida pública otro idioma que el español. Y el que no lo sepa, a la calle.

CUERPO UNIDO DE NACIÓN

Siempre se suele decir que el absolutismo ilustrado dio comienzo al centralismo, que los Borbones lo exportaron de Francia a España, etc. O que eso es obra de la burguesía, etc. Hay quien incluso cree que comenzó con Franco y que el “problema vasco” data de hace unos cuarenta años.

Hemos escogido deliberadamente los siglos XVI y XVII. También por eso nos hemos extendido al explicar la política lingüística en las Indias durante esos siglos. ¡Bastante más antiguos que la burguesía y el absolutismo ilustrado son los imperialismos lingüísticos!

Por otra parte, los españoles se han orientado en su imperialismo lingüístico con arreglo a las directrices de romanos y griegos, tal como ellos mismos confiesan.

Y esos mismos españoles, para autojustificarse quizás, nos han citado algún caso de imperialismo lingüístico de las Indias, ocurrido antes de llegar ellos. Los incas, por ejemplo, en su Imperio integrado por pueblos absolutamente diferentes entre sí, tenían una lengua oficial impuesta y todos los ciudadanos debían aprenderla.

De todas formas, sabemos que en el siglo XVIII —y en lo sucesivo— el absolutismo ilustrado y la burguesía utilizarán métodos más radicales y eficaces en esos aspectos. Esos son los que han llegado a españolizar las Américas. Los ilustrados. Los hijos de la luz. Esos son quienes han actuado sin ningún tipo de escrúpulos. Existen ciertos estudios sobre esta materia —Konetzke y R. Ricard son los que yo he consultado—, pero aquí nos habremos de conformar con unas resumidísimas notas, como com-

plemento de lo dicho. Como continuación de los siglos XVI y XVII, para completar el panorama, veremos los Ilustrados del siglo XVIII.

Voy a exponer por qué nos despreciaban a los euskaldunes tan cordialmente aquellos Ilustrados arrimados a la Corte. Es evidente. Al noble ministro Urkixo, sin ir más lejos, el diplomático Azara le llamaba “borrico vizcaíno”. (Larramendi refiere que una de las frecuentes alocuciones de los españoles para despreciar a los euskaldunes era “bizcaynos burros”). Y tal desprecio llegó hasta el chismorreo de las mujeres de la Corte, según parece. La Reina María Luisa le escribía así a su muy especialmente íntimo Ministro Godoy: *y la señora Larreta es una biscaina vana, como del país que es, un hierro hueco, pero duro y inflexible a la razón... Tú di tu sentir y haz a Diego haga ver a esa vana calabaza de la Larreta calle, que es lo que debe hacer...* Como veremos, esas burlas de la Reina son antiguos tópicos, como el citado “borrico vizcaíno” (es una mofa que también la utiliza el príncipe Cervantes). Los españoles siempre han despreciado al euskaldun. Con toda razón. Los propios euskaldunes se han mostrado despreciables.

Los Ilustrados siguen fieles a la tradición, sin más, incluso en la política lingüística de las Américas.

Están perplejos al contemplar que, a pesar de haber pasado doscientos años, se continúa sin lograr que los indios se españolicen del todo.

El Ayuntamiento de Cuzco, en 1768 protestaba de esta manera ante el Rey (y en el tono de la protesta se advierte perfectamente lo natural que se ha convertido, ya para ahora, el imperialismo lingüístico):

Es muy raro y singular el que los curas observen las ordenanzas y particulares encargos de que les instruyan en la lengua castellana, por cuya falta hay pueblos donde absolutamente no se oye ni nombra; y es cosa notable, que después de dos siglos y medio de conquista de un reino, no se haya introducido enteramente el propio lenguaje de los dominantes, cuando suele ser la primera idea y diligencia para que los naturales se hagan a su estilo y olviden sus antecedentes costumbres.

En una pastoral de Lorenzana, Arzobispo de México, leemos exactamente un año después lo siguiente:

En dos siglos y medio de hecha la conquista de este Reino, estamos aún llorando y sintiendo, que como si fuéramos el mismo esclarecido conquistador Hernán Cortés, necesitamos intérpretes de las lenguas e idiomas de los naturales...

Siendo uno de los decretos más repetidos santa y justamente, en las leyes de estos Reinos, y encargado a las dos potestades, el que los indios aprendan el castellano, y lengua propia de nuestro soberano, en lugar de haberse adelantado, cada día parece se imposibilita más la ejecución.

Lorenzana tiene la ventaja de ser muy conciso. Razones claras:

– Si los indios no se españolizan cuanto antes, cualquier día se van a rebelar. Para asegurar la superioridad en las Américas es necesario que se españolicen. El mismo Platón decía hace tiempo que entre gentes de diferentes lenguas la paz duradera no es posible.

– En un único Estado debe haber una única lengua, porque si no, ese Estado no es Estado, sino fárrago. Además, los sometidos no serán súbditos fieles y leales si no hablan en el idioma del Rey. El lenguaje del monarca ha de ser el de todos los súbditos.

(Valiéndose de todas estas razones de Lorenzana, el Concilio Provincial de La Plata promulgará este decreto en los años 1774-78: *Como el idioma de cualquier nación deba ser el de su soberano, manda el presente Concilio, que los que enseñaren a leer, escribir y rezar la doctrina cristiana, hagan ejecutar estas funciones a los niños en idioma castellano, que debe ser en la provincia la única, universal y pública lengua viva de todos los vasallos de su Magestad Católica*).

– Ya que la Iglesia española, al igual que el Estado, es una única Iglesia, en toda la Iglesia española se hablará un único idioma: *deseamos pues que las ovejas entiendan la voz y el silbo de los pastores, no que éstos se acomoden precisamente al balido vario de las ovejas...* Esta pastoral del Arzobispo –del 6 de octubre de 1769–, acerca de ovejas y caramillos, se hizo leer en todas las iglesias.

– La civilización exige y ordena que los idiomas más civilizados pisoteen y asimilen a las lenguas bárbaras e inútiles: *¿Quién sin voluntad dejará de conocer, que así como su nación [la de los indios] fué bárbara, lo fué y es su idioma? ¿Quién podrá comparar el mejicano con el hebreo?... ¿Quién le igualará con el griego?... ¿Quién antepondrá el mejicano al latín?* Siempre, a lo largo de toda la historia, las lenguas más pobres han sido dominadas y oprimidas por las más civilizadas: el griego pisoteó al sirio

y al caldeo, a pesar de lo hermosos y ricos que eran; el latín pisoteó al griego, a pesar de lo hermoso y rico que era; el español pisoteó al latín, a pesar de lo hermoso y rico que era... (Recientemente, teorías similares han sido predicadas por socialistas y comunistas españoles y franceses en Euskal Herria; y dicen que, al final, todo el universo tendrá una única lengua). El español debe destruir y aniquilar todas las lenguas indias, porque son bárbaras e inútiles. Así se civilizarán los indios.

– *Esto es una constante verdad: el mantener el idioma de los indios es mantener el capricho de hombres, cuya fortuna y ciencia se reduce a hablar aquella lengua, que también la aprende un niño!!!*

– *Esa lengua, es contagio, que aparta a los indios de la conversación de los españoles; es peste, que inficiona los dogmas de nuestra fe... Es dar motivo a que no formen concepto de la Divina Magestad, ni de la del Rey de la tierra, ni den valor a los preceptos de sus Justicias Mayores, ni a lo que les predicán o reprehenden los párrocos.*

Ése es el Arzobispo Francisco Antonio Lorenzana. Ahí queda eso, como siempre, inspirado por el Espíritu Santo.

Francisco Fabián y Fuero, Obispo de Puebla, impartía lecciones de esta teología nacional en su pastoral del 19 de septiembre de 1769:

Desde que fueron conquistados por nuestros Católicos Monarcas, [los indios] *no tienen derecho alguno de justicia a que se les mantengan sus lenguas, antes sí lo gozan nuestros soberanos de hacer valer la suya en la vasta extensión de sus dominios, para que siendo todas sus tierras de un solo labio, y de unas mismas palabras, las puedan gobernar más fácil y uniformemente.*

De repente, en un breve lapso de días, está claro de dónde proceden todos los tiros que se disparan, desde México hasta Cuzco y desde Puebla hasta La Plata: ¡Son los chicos de Aranda! Lustrosos ilustrados, mucho, como su mismo ministro. Aranda desea convertir todo el Imperio en *un cuerpo unido de nación*, cueste lo que cueste. Y ahí están sus muchachos ⁷.

⁷ Ese señor Conde de Aranda declaró que no convenía que se imprimiera nada que no fuese en castellano, y que en adelante no se permitiese imprimir cosa en vascuence sin informarle

Graves medidas fueron aplicadas para españolizar a los indios. Por poner un ejemplo y al margen de la política que se llevaba en las escuelas, éste era bastante aleccionador: si alguien desea ser ordenado sacerdote, en un período de tiempo inicial deberá ejercer en una parroquia enseñando español a los indios; presente después el certificado de haberse dedicado con eficiencia, y con éste sea aceptado para recibir las órdenes; cuando deba ser nombrado un párroco, elijase el idóneo para enseñar español y el que aparezca como mejor docente de español... La Doctrina Cristiana será impartida en español, por supuesto (también en Euskal Herria ha sido prohibido en más de una ocasión enseñar la Doctrina en euskera; este siglo, por ejemplo, lo estrenamos con la Ley de 21 de febrero de 1902).

Surgió un movimiento fanático en pro del aniquilamiento y destrucción de las lenguas indias, utilizando para ello de todos los medios posibles, directos e indirectos. Los mencionados Ilustrados –y otros muchos que ostentaban los más altos cargos en las Indias– demandaban una y otra vez inexorables decretos y medidas para conseguir que los indios fueran españolizados de una vez. Y presentaron sus proposiciones al Rey:

*a él, y que en consecuencia, el dicho libro [es decir, *Azpeitico erri chitez noblearen gloria paregabeac edo Aita San Ignacioren bicitza laburra*, de A. Kardaberaz] quedase sin imprimir.* Rudas peleas mantendrán los jesuítas con Aranda, puesto que no querían obedecer las órdenes de predicarles a los indios en español. Ésa será una de las razones para expulsar a los jesuítas. Sin lugar a dudas, en esa época la existencia del euskera se toma como enemiga de ese ideal de *cuerpo unido de nación* y, por lo tanto, habrá que liquidar dicha lengua. Otro brillante ilustrado, Joaquín Traggio llegará a firmar que el euskera es un lenguaje inventado específicamente por los euskaldunes tramposos, mezclando varias lenguas, ¡para hacer ver que son independientes de España... como documento [falso] de su independencia! El bascuence es un mosaico de LENGUAS BÁRBARAS, introducido probablemente a mediados del siglo VIII por los bascongados PARA FIGURAR TOTAL INDEPENDENCIA DEL EXTRANJERO. Tal vez seamos más listos de lo que pudo suponer Sánchez Albornoz. Pero, al fin y a la postre, en vano hemos hecho esas trampas los euskaldunes, porque, fundamentalmente, el euskera es como el castellano, carece de originalidad: “Los sonidos simples del vascuence son los mismos que en castellano... no hay motivo razonable para asentar que los bascongados no tomaron de los otros españoles o pueblos tales sonidos”. Y de similar manera nos ha convertido Pérez Galdos en catalán en español.

Carlos III se las pasó a su confesor. Y el padre Eleta (franciscano de origen vasco, nacido en Burgo de Osma) sentenció:

El Consejo, los Fiscales, el Virrey y el Arzobispo de México convienen en la necesidad de desterrar de América tanta variedad de idiomas como practican los indios; y de hacer en aquellos vastos dominios, vasallos del Rey de España, unívoca la lengua española. Convienen asimismo todos en que las providencias dadas hasta aquí no han sido suficientes para conseguir fin tan importante. El Consejo y los Fiscales dicen: se deben dar otras de nuevo... Por tanto, soy de dictamen que S.M. los apruebe, y los mande practicar y observar en todos los dominios de América.

El Rey, en ese momento, con el reino de los cielos asegurado por su confesor, dictó lo siguiente el 10 de marzo de 1770:

Apruebo los medios que propone el Arzobispo de México: expídanse cédulas para que se practiquen y observen igualmente en todos mis dominios de América... PARA QUE DE UNA VEZ SE LLEGUE A CONSEGUIR EL QUE SE EXTINGAN LOS DIFERENTES IDIOMAS DE QUE SE USA EN LOS MISMOS DOMINIOS, Y SOLO SE HABLE EL CASTELLANO.

Los “euskalindios” hemos conocido algo mejor suerte, gracias a los Fueros. En éstos se ponían ciertos límites a las facultades y autoridad de los Reyes: carecía el monarca español de mando en las escuelas, directa y oficialmente al menos. Pero es evidente que aun así ejercía gran influencia, tratándose del Rey de España. Y viendo, sobre todo, las intenciones de los jauntxos lameculos de aquí, es decir, en todo momento, darle gusto a la Corte. El Rey no podrá ordenar qué se ha de impartir en las escuelas vascas. Pero los jauntxos autóctonos se encargarán de hacer obedecer la regia voluntad, mejor de lo que se les ordena incluso. (Y es que, desde antiguo, muchos jauntxos euskaldunes han sido más realistas que el Rey; como hemos exhibido, posteriormente, algunos euskaldunes más españoles que cualquier español: Unamuno, Maeztu, Zacarías, Vizcarra, etc., etc., y la mayor parte de los políticos más morigerados, tras el 36).

En su lugar correspondiente nos ocuparemos de la escuela vasca. Permítame ahora que haga un breve aparte para explicar mejor la ligazón entre los relatos sobre los indios y nuestra circunstancia. En el siguiente extracto de Juan San Martín se relatan diversos problemas de esos años que acabamos de ver:

En las tres provincias vascongadas de Euskal Herria, hasta que perdieron sus Fueros en 1839 las escuelas eran municipales, no estatales ni de las Diputaciones. Del mismo modo sucedía en Navarra, hasta expirar sus Cortes en 1828. Hasta entonces, aunque muchas clases se daban en español, otras muchas se impartían en euskera y otras en bilingüe. Son conocidas, por ejemplo, las orientaciones realizadas por Luis Astigarraga y Agustín Paskual Iturriaga, con la ayuda de las Juntas de Gipuzkoa.

Aunque posteriormente a la abolición de los Fueros continuó en vigor el señalado sistema, en ese momento se perdieron los derechos de enseñanza y perecimos en los cepos puestos por Carlos III, que obligaban a enseñar en las escuelas sólo en español. Concretamente la Real Cédula de 23 de junio de 1768, promulgada por Carlos III, ordenaba que la enseñanza de primer y segundo grado se impartiera *únicamente en lengua castellana*. También posteriormente, en secreto y valiéndose de las órdenes emanadas de la Corona española, se daba vía sólo al español. Véase, por ejemplo, la orden de Felipe V en 1717, en la p. 333 del quinto tomo de la *Historia de España*, de Soldevilla. Muchos de nosotros hemos conocido los desastres ocasionados por la política “del anillo”. Frecuentemente, los peores son los de casa (v. *Euskal Elerti* 69, p. 46).

Para estas fechas, los catalanes andarán como los moriscos, los indios y los euskaldunes. Vd. J. Reglá, *Historia de Cataluña*, 1974, pág. 148 y ss.: En las Cortes de Madrid de 1760 los representantes catalanes plantearon una protesta memorial. “Se trata de un verdadero memorial de agravios, que critica determinados aspectos del centralismo borbónico y exalta las cosas positivas de la antigua organización foral (...). Con referencia a la lengua, el Memorial dice textualmente (se refiere al no cumplimiento, por parte de la Iglesia, de las leyes que exigían saber catalán):

En las Indias, cuyos naturales, según se dize, no son capaces del ministerio eclesiástico, los párrocos deben entender y hablar la lengua de sus feligreses. ¿Y van a ser los labradores catalanes, valencianos y mallor-

quines, de peor condición que los indios, habiéndose dado en aquellos reynos hasta los curatos a los que no entienden su lengua? Quanto con- vendría que los Obispos, así en las Indias como en España, no teniendo el don de lenguas que tuvieron los apóstoles, hablaran la lengua de sus feligreses... Y siendo los labradores los que con el sudor de su rostro principalmente mantienen los obispos y demás clérigos y por consiguiente los que más derecho tienen a ser instruídos, ¿han de ser privados de la instrucción?

Continúa Reglá: “Consideramos aquí hacer un breve resumen de las disposiciones oficiales respecto de la lengua –restricciones para la catalana, introducción de la castellana– durante el régimen de la Nueva Planta”.

Los informes que sirvieron de base para la promulgación de los Decretos de Nueva Planta ponen de relieve que el aspecto idiomático se consideraba esencial. En los informes de Ametller y de Patiño, y en las deliberaciones del Consejo de Castilla:

sólo se deberá formar en lengua castellana... actuando en lengua castellana, a reserva de aquellos pequeños lugares que, por su miseria y situación en la montaña, en que será justo no disponer de esta condición, hasta que la comunicación y el trato haga menos difícil y costosa su introducción.

Además, el rey debía ordenar

que en las escuelas de primeras letras y de Gramática no se permitan libros en lengua catalana, escribir ni hablar en ella dentro de las escuelas y que la Doctrina cristiana sea y la aprendan en castellano.

Pero la práctica de Felipe V será más sutil, ya que se trata de demostrar que su deseo consiste en modernizar y poner al día el mecanismo procesal –sustitución del latín por el castellano– y no en restringir el uso oficial de la lengua del país. En efecto, en instrucciones dirigidas a corregidores de Mallorca y Cataluña, el Rey pide

se procure mañosamente ir introduciendo la lengua castellana en aquellos pueblos... Pondrá el mayor cuidado en introducir la lengua cas-

tellana, a cuyo fin dará las providencias más templadas y disimuladas, para que se note el efecto, sin que se note el cuidado.

Por Real Cédula de 23 de junio de 1768 Carlos III dictó una resolución “reduciendo el arancel de los derechos procesales a reales de vellón en toda la Corona de Aragón, y para que todo el reyno se actúe y enseñe en lengua castellana”. Otra Cédula (22 de septiembre de 1780) dispone “que en todas las escuelas del reyno se enseñe a los niños su lengua nativa, por la Gramática que ha compuesto y publicado la Real Academia de la Lengua”. (La *lengua nativa* era, pues, para todos los españoles, el castellano). Las mismas normas se aplicaron a la enseñanza de la doctrina cristiana.

Está claro, por lo tanto, que la conducta de los ilustrados tendrá unos resultados catastróficos en el desarrollo de las escuelas. Todas las razones les son propicias para aplicar medidas que ahoguen y pisoteen las lenguas diferentes al castellano: falsedad, mentira, traición, chanchullos, conchabos, juegos sucios, es decir, “las medidas más templadas y disimuladas, para que se note el efecto, sin que se note el cuidado”. Contaban con un buen aparato, y una burguesía dócil, servil, mansa a la voz de su amo, para comportarse ora con severidad, ora con felonía, en orden a introducir el español, lengua imperial del Imperio español, hasta el último rincón. En Euskal Herria, concretamente en la Navarra de 1778, se menciona a los maestros que están ahogando el euskera y expandiendo el español, *no sólo a los niños prohibiéndoles el bascuenz si no es a todo el pueblo*. Pero las escuelas exigen mención aparte.

Las lombrices de la Administración y los gusanos de las provincias, clérigos, señores, señoritos y señoritingos, grandes, gordos y babosos inmediatamente se postrarán ante la nunca bien adulada bondad de Su Graciosa Magestad, para rezar devotamente que en adelante sea el español el único idioma decente. Así, la calle pronto se castellanizará. La burguesía, antes de sonar su hora, mucho antes de que llegue a ser una clase social motivadora, agente y agitadora, se ha castellanizado. Dependiente aún de los caprichos y antojos de una Monarquía omnipotente, como un desvencijado espantapájaros al viento. Pero se ha castellanizado más por sus traiciones, felonías y debilidades que por defender sus intereses, por

rendirse a realizar inexorablemente el gusto de los de arriba. La castellanización, pues, no es resultado de la pujanza o potencia de la burguesía, sino consecuencia de su flaqueza, de su impotencia. Es una hazaña de la débil burguesía que se arrima a la Monarquía. En el siglo XIX no podía hacer otra cosa esa clase social, ha hecho lo que ha podido. Pero, anteriormente, durante los siglos XVI, XVII y XVIII se había vendido por aquel aciagamente famoso plato de lentejas.

Así afirma J. Reglá de la burguesía catalana que se pasó al español: "Por supuesto, ello tiene no sólo implicaciones políticas, sino clarísimos condicionamientos sociológicos. Si la aristocracia y luego la burguesía se castellanizan profundamente en Valencia después de la Germanía de comienzos del reinado de Carlos V y a raíz de la Guerra de Sucesión de principios del XVIII, en ello hay la necesidad sentida de diferenciarse de un "pueblo" que se ha rebelado contra ella y que ya en el transcurso del XIX, al continuar fiel a su lengua, ésta será considerada como un vehículo de expresión vulgar, propio del huertano o del labriego inculto" (op. cit., pág. 27). Es exactamente lo que ha sucedido con el euskera. Al igual que un chorrito de agua bautismal convirtió al bárbaro godo en civilizado, el euskaldun bárbaro se ha creído ver civilizado con un poco de polvo español en su boca. Integrado en un gran Imperio, él también se ha sentido grande.

“ANCH’IO SON...”

Correggio vio una vez la Santa Zezilia de Rafael en Bolonia y dicen que exclamó “Anch’io son pittore!”, “yo también soy pintor”... Nosotros también seremos algo, ¿no? Rafael no lo es todo en el mundo.

Por supuesto, los nacionalismos han quedado superados desde hace mucho. La Modernidad ha comenzado, fulgurante, con la concurrencia de las vanidades nacionales en el Renacimiento. Estamos, de nuevo, en lo desmoderno. Está superado. Así lo afirma, al menos, el pensamiento dominante en nuestro entorno. (Y nosotros siempre llegando tarde). Los jóvenes más modernos, por eso, aunque sean abertzales⁸, por nada del mundo querrían ser nacionalistas. (Quien domina, al igual que impone la ideología, impone también —o más— la terminología).

Lo más que se puede ser en este momento es patriota. Eso sí, ser patriota es muy positivo y así lo afirma Lenin. “El patriotismo —nos ha dejado escrito el ilustrado Cadalso— es de los entusiasmos más nobles que se han conocido para llevar al hombre a despreciar trabajos y emprender cosas grandes; y para conservar los estados (*Cartas Marruecas*, LXX). “El noble entusiasmo del patriotismo es el que ha guardado los estados, detenido las invasiones, asegurado las vidas, y producido aquellos hombres que son el verdadero honor del género humano. De él han dimanado las acciones heroicas imposibles de ser entendidas por quien no esté pose-

⁸ Patriotas o, mejor, independentistas, en este caso (N. del t.).

ido del mismo ardor, y fáciles de imitar por quien se halla dominado de él” (LXXI). Esto es, además, muy renacentista.

Por lo tanto, el patriotismo está muy bien y el nacionalismo, mal. El nacionalismo es la forma rancia primitiva del espíritu.

Brevísimo y de refilón, nada más: en un congreso de historiadores que se celebró en Heidelberg, en 1903, K. Neumann propuso en su tesis que el pre-Renacimiento adelantado, el impulso del Renacimiento, se le debía especialmente a la gente y al espíritu germanos. Esto puede contener inmediatas significaciones diversas: por ejemplo que Dante Alighieri se convierte en un Aldiger, “de inmaculado origen alemán”, de pura fisiognomía germánica física y espiritual. Además, esta interpretación la puede extraer Carducci a su favor: Le ha confesado a Dante *la balda franchezza e franchezza d'una raza nuova guerriera, la germanica...* Los italianos (G. Volpe, V. Rossi, G. Bertoni, etc.), empero, se han defendido audazmente de ese ataque bárbaro, *che la civiltà del Rinascimento è opera soprattutto del popolo italiano* (R. Morghen). Para los italianos, la italianidad del Renacimiento (“¡Nada tiene eso que ver con el nacionalismo!”, –¡Claro, claro!) es casi tan indiscutible como la italianidad de una castiza y auténtica ópera.

Mayor y más amarga historia es la del pleito que se traen entre Italia y Francia, porque se ha convertido en algo semejante al debate entre medievistas y renacentistas. Los historiadores franceses continúan, prácticamente, en pugna con Petrarca, bajo la apariencia de estar de acuerdo con Burckhardt. Es el contraste entre la lóbrega, lúgubre Edad Media y el fulgurante Renacimiento, eso que les suele gustar a nuestros progres jóvenes (a pesar de que los más han abrevado en aguas francesas), lo que a los franceses se les hace insufrible. Gilson, por ejemplo, ha logrado salvar a Francia (¡sus sudores le costó!) salvando a toda la Edad Media. Efectivamente: “A los intelectuales franceses les hería de una manera especial, ya que la filosofía medieval era un producto de rancio abolengo francés [no es cierto; únicamente fue condimentada en París]. Durante cinco siglos, desde el llamado renacimiento carolingio hasta principios del siglo XIV, el pensamiento europeo había sido generado en las escuelas y universidades de esta nación. Algunos negaron toda novedad al humanismo italiano. La era del auténtico racionalismo humanista fue la de

la escolástica. Las artes y las ciencias alcanzaron su apogeo en la Edad Media y el Renacimiento se limitó a heredarlo. Peor aún, el Humanismo frenó el avance científico medieval” (E. garcía Estébanez).

Sin duda el de España se convierte aquí en un problema más cercano a nosotros. Así lo explica J.L. Abellán (*Historia crítica del pensamiento español*): “Si se habla de un problema del Renacimiento en España es porque existe toda una corriente de pensamiento que niega sistemáticamente su existencia. Sin llegar al libro de H. Wantoch, cuyo título es suficientemente expresivo: *Spanien, das Land ohne Renaissance* [España, tierra sin Renacimiento], Munich 1927, hay toda una línea de pensadores alemanes que reiteran el mismo pensamiento. H. Morf, por ejemplo, dice: “La Península Ibérica no tuvo un verdadero Renacimiento. Tomó de Italia muchos elementos renacentistas, sin consumir un rompimiento con la Edad Media”. V. Klemperer lo niega porque no ve en el Renacimiento español “un liberarse el hombre terreno de las cadenas dogmáticas”. En la famosa *Historia de la Filosofía de Uberweg*, se sigue repitiendo la misma idea, cuando afirma que *Spanien hat keine heigentliche Renaissance erlebt* [España no ha vivido un verdadero Renacimiento]. Hasta un hombre como Ortega y Gasset se ve contagiado de la misma idea cuando escribe que “en España no ha habido de verdad Renacimiento ni, por tanto, subversión”. Es evidente que Ortega, pensador germanizado hasta los tuétanos, no hacía aquí sino conseguir una tradición de origen alemán”.

Está visto: con bien poco esfuerzo y trabajo deshace Abellán esas creencias. Porque es obvio que España posee un bello Renacimiento y que “en algunos aspectos España ofrece incluso aportaciones propias y originales de su genio al espíritu renacentista”. Decirlo cuesta poco.

J.A. Maravall ha hecho un esfuerzo algo más serio, analizando y dando muchas vueltas al asunto en su obra, tratando de salvar en lo posible el honor de España. En lo fundamental, sus diferentes argumentos confluyen en una misma razón: que, si el “modelo italiano” se toma como único Renacimiento (Burckhardt), España no habría tenido Renacimiento; pero no es lícito operar con un único modelo. “No podemos, pues, estar de acuerdo con aquellos que, como E.R. Curtius, por no encontrar más que influencias parciales y transitorias de *italianismo*, niegan

la existencia del Renacimiento en España, Francia, Inglaterra”... Por tanto, se juega en busca de aliados entre los estados europeos, porque, al parecer, el modelo italiano puede resultar demasiado unilateral y parcial: “Surgió con aires de polémica la tesis de que el verdadero y pujante arranque del Renacimiento había que buscarlo en los pintores flamencos del XV”; “buscando las manifestaciones originarias de la moderna cultura renacentista en otros pueblos, en países nórdicos, más concretamente en Flandes”. Por otra parte, se pone en tela de juicio el concepto y el valor de ese supuesto “modelo italiano”, proponiendo una “diversificación de modelos” metodológica: “En unos y otros países hay que dar su parte a los elementos que se conservan y hay que dar entrada a elementos de vida nueva, muy diferentes del patrón del clasicismo o de ese platonismo vocinglero que E. Garin se ha inventado (!!), reducidos al cual tan pocas cosas hubieran cambiado. Con ellos es indebidamente identificado el italianismo.”

De todas formas, con esas razones no es suficiente. Muestran únicamente el “derecho” a que España pueda tener su Renacimiento, pero no que lo haya tenido. Y la cuestión es qué es lo que ha tenido España.

Para comenzar, a mí no me parece patriótico –sino otra cosa, la verdad sea dicha– definir en estos términos, en general, la especificidad del “modelo español”, en comparación con el italiano: “Sobre el modelo italiano de *imitación* de los antiguos, el modelo castellano de *emulación* frente a los mismos, será preferentemente la fórmula del Renacimiento que se podría desplegar en España”... ¿Es precisamente más creativo y más original el Renacimiento español que el italiano?

Aquí nadie es, obviamente, nacionalista, pero existen diversas estrategias para salvar el honor nacional. Siempre se encuentra algún autor perdido, aunque sea en el hipotético Basaburu Azpikoa, algún monje o maestro de escuela empedernido renacentista que nadie había conocido antes; un pequeño Cicerón perdido en el páramo que le ha escrito en cierta ocasión una carta muy humanista al Rey de donde sea o al secretario de algún Obispo. Maravall ha resucitado una legión de estos. A mí me parece muy bonito. Pero la cuestión es enorgullecerse y, aunque juntemos muchos de esos, poco tenemos de qué enorgullecernos.

El meollo pivota, al fin, sobre dos puntos (el problema no es Garcilaso): la religión y la filosofía.

El lector se muestra algo extrañado, viendo cómo Maravall se empeña en demostrar siquiera que en España hubo una vez “algún interés en la aritmética aplicada”. Luego lo comprende todo, al leer en cualquier historia de la filosofía (por ejemplo, en la de K. Vorländer): “En la cerrada atmósfera católica de la Corte de España no era posible una filosofía para constituir una nueva visión del mundo. Es más, añádase a ello la esterilidad matemático-física de los españoles escolarizados”. Es decir, que no parece que exista una filosofía española renacentista. Y no falta quien la haya buscado, pero esa filosofía española renacentista no encuentra contrador entre los muchísimos aprobadores patrióticos que lo han intentado. “El Renacimiento literario en España fue magnífico. No hubo, empero —determina violentamente el argentino José Ingenieros—, Renacimiento científico y filosófico; la dinastía teocrática confió a la Inquisición el mandato de obstarlo. Es notoria la eficacia con que ella cumplió su tarea”.

He ahí el segundo punto, el referente a la religión. “La interpretación del humanismo —leemos a G. Fraile— en función de los clisés del *descubrimiento del hombre*, como liberación de toda dependencia de orden sobrenatural y eclesiástico, o a la luz de sus derivaciones posteriores —protestantismo, naturalismo, deísmo, incredulidad—, ha sido la causa de que muchos autores hayan negado que España haya tenido Renacimiento”. Maravall —prudentemente, en mi opinión— prefiere referirse a la cuestión mediante perifrasis; J.L. Abellán lo ha hecho mucho más rudamente. Maravall, al fin y al cabo, se limita a decir que ya está superada la figura anticlerical nonacentista del Renacimiento: “Ha perdido mucha parte de interés la conocida disputa —ésta es una conocida táctica, para tratar de restar actualidad a la objeción— acerca de las relaciones del Renacimiento con la tradición eclesiástica y católica. Queda lejos aquel tipo de interpretaciones que acentuaban el carácter de descreimiento y oposición a la Roma papal, en las corrientes artísticas y doctrinales del Renacimiento, como resultaba del un día famoso libro de J.R. Charbonnel sobre el papel de los libertinos. Más bien hoy se tiende a aproximar y aún a identificar Cristianismo y Humanismo, sin dejar de ver en éste un aspecto

esencial de la mentalidad renacentista. La aportación de Gilson es bien conocida. Desde Troeltsch, incluso, se ha caminado en el sentido de aproximar el Humanismo renacentista al catolicismo romano, frente a la línea protestante, y Toffanin ha extremado esta tesis, sosteniendo que aquél se desarrolla en defensa de los intereses de la Iglesia católica, frente a la cultura comunal, crítica, democrática, más laicizada y libre”. Tal vez, recordarlo no será perjudicial, conociendo la persistencia de algunos tópicos. Pero se ha rehuído el problema.

La respuesta en toda regla la da Abellán, por la dignidad de España: “La Contrarreforma es una forma peculiar –”nacional”, de acuerdo con el más puro espíritu renacentista– de entender el Renacimiento”. Así se dicen las cosas, claras, sin complejos: la Contrarreforma es el Renacimiento español.

Vayamos a lo nuestro. Que todos deseen para sí el Renacimiento es una cuestión de vanagloria; no lo es menor, sin embargo, la fanfarronería de querer buscar allí la constitución y la definición de la nación. Ahí se demuestran las “esencias nacionales”, a mayor gloria de la nación... Hay en juego, pues, un concepto de nación (grandeza, preeminencia; de ningún modo inferioridad o dependencia con respecto a nadie). Cada Estado se ve a sí mismo nacer a la par que la modernidad: todos nuestros Estados son muy modernos (y, así, a cualquiera de sus enemigos los condenan a las tinieblas exteriores de “no ser modernos”). Cada Estado ha nacido de sí mismo (como Dios). Desde muy pequeños han sido todos grandes: el Estado moderno desde siempre es grande, y es esencial que así sea. El poder... Nuestra pregunta es: ¿Cómo se ve Euskal Herria en el tránsito de la Edad Media a la Moderna? ¿Verificando su nueva identidad en la modernidad, quizá?

El año 1469 “se apareció” la Virgen María de Arantzazu (el mismo año de la boda de los Reyes Católicos, para perfeccionar más el mito), renaciendo Euskal Herria con las lluvias caídas tras una pertinaz sequía que duró dos años; y trayendo la paz y la abundancia tras una guerra fratricida aún más larga. Se pone en marcha una nueva historia. La de “Ermitagintza”, en el poema de Salvatore. Pero en el fuero interno de Salvatore, esa mística edificación de ermitas va pareja con la edificación política del imperio. Desde que se apareció la Virgen María:

zabalduz bide berriak
itxasoz aruntz t'onuntz burua
jaso zun Esukalerriak!

Birjina agertu ta bere artan
sortu zan pake-aroa,
pakearekin aurrerapena
ta aragorako gogoa:
esi estuak autsita urrun
norabait abitzekoa...
Aintza-bidetzat, ta ez obitzat,
an zegon zai itxasoa!

Kantauri-itxaso zabal-neurtea,
euskal-miñen ataria:
zure erraietan zer dezu itota:
Ugarteren bat? Uria?
Kanpai-ots miña entzuten degu
deika-deika, urrutia...
Elkano, Urdaneta, Legazpi:
goazkion billa! Abia!

Boga, boga, mariñela;
joan bear degu urrutira...!
Amabosgarren gizaldiz-ona,
abots sendo orren deira,
zenbat gizandi, batzuk betiko,
urruntzen ikusi dira!
Zenbat lei aundi Indietara!
Zenbat aintza Sorterrira!

De todos modos, Salvatore ha hecho una de las lecturas más bellas de nuestra historia. Demasiadas veces tenemos que oír historias heroicas.

Es verdaderamente laarga la lista de nuestras grandezas (nosotros, también... siempre engrandeciendo a España): junto con Hernán Cortés anduvieron un montón de euskaldunes en la conquista de México; el primero en avistar costas de California también fue euskaldun; no sé si el primero en asentarse en Cuba también fue euskaldun; Buenos Aires, Montevideo, La Asunción, yo qué sé cuántas grandes ciudades (las pequeñas no valen) hemos fundado; encontramos las Filipinas; tomamos

preso al Rey de Francia (el hernaniarra Urbietta, en Pavía); dejamos el caballo al de España, para que no lo apresasen (el alavés Mendoza, en Aljubarrota) y luego perdió él su vida, para quedar mejor ante el jefe, etc. Aunque a usted le parezca que esta gente siempre ha interpretado papeles bastante segundones, nuestros nuevos apologistas los han exaltado mucho. (Nosotros también “anch’io!”, porque menos no se puede ser). ¿A que no sabía usted que, cuando se reconquistó Córdoba, el primero que escaló el muro era euskaldun? ¿Qué se había creído! Y todas las que hicimos en Granada. Y en Flandes. En el cuadro *Las Lanzas* de Velázquez, sobre la rendición de Breda, ése que se ve tras de Spínola, ése es euskaldun, un tal Martínez de Zubiria...

En la mar hemos batido todas las marcas. Con Colón, con Magallanes, siempre que se ha hecho algo grande, allí estábamos los euskaldunes. Tal vez fue un euskaldun quien le dijo a Colón que existía América. Pero esto no es seguro. Y Elkano, Legazpi, Urdaneta, ¡menudas tres patas para un banco giputza! Con Balboa, allí está Arbolantxa, descubriendo el Pacífico. A ninguna cita hemos faltado. Sobre todo, en los momentos históricos críticos, nuestros héroes son tremendos: Portuondo el mundakarra y Matxin de Mungia, por ejemplo, ambos muertos por Barbarroja, gloriosamente empalado culo arriba el primero y sin cabeza como un pollo el segundo. Por la Fe y por el Rey. Y Miguel Okendo, capitán vencido de la Armada Invencible. “Afectó tanto a Miguel de Oquendo el fracaso de aquella empresa, que al llegar a Pasajes murió de pesadumbre, el 12 de noviembre de 1588, sin haber querido ver ni aún a su familia”. (“No mandé yo mis barcos a luchar en contra de los elementos”). Y bla, bla, Blas de Lezo, y Txurruka, y Mazarredo...

Partiendo de la Edad Media, con la pérdida de Navarra, enganchándonos al Imperio para salir del ahogo doméstico... ingresamos en la Modernidad. ¿Es en verdad esta nuestra una gloriosa historia?

“Un vizcaino –puede usted leerlo en Ybarra y Bergé– cuyo padre nació en el solar de Cadalso, de la Anteiglesia de Zamudio, halló la muerte el 28 de febrero de 1782, en el sitio puesto a Gibraltar por los españoles. No era otro que el Coronel José Cadalso, gloria además de nuestra literatura”... Ese hombre vizcaino que ha fenecido en la emigración de un modo extraño –al parecer, suicidio– y heroico, nos ha dejado escrito: “El

amor de la patria es ciego como cualquier otro amor; y si el entendimiento no lo dirige, puede muy bien aplaudir lo malo, desechar lo bueno, venerar lo ridículo y despreciar lo respetable” (XLIV).

El ridículo ajeno tal vez no nos preocupe. El nuestro, sí.

IV

SIERVOS DEL IMPERIO

UN PUEBLO MARGINAL EN LA HISTORIA

Como hace mucho afirmaba Mariana, los euskaldunes somos bastante tontos, salvajes, cortos de ingenio y testarudos, *gens enim agresti rudique ingenio*, “de espíritu agreste y rudo”. Y el euskera, ni que decir tiene, no era ni más ni menos que lo que correspondía a aquella gente: *Soli Cantabri linguam hactenus retinerunt rudem, et barbaram, cultumque abhorrentem*, que viene a connotar “lengua ruda, bárbara y que aborrece toda cultura”. Inculta, salvaje, bárbara era la gente; inculta, salvaje, bárbara y contraria a la cultura era igualmente la lengua; estas y otras gollerías acerca de los euskaldunes se las podemos leer a Mariana.

Mariana, patriarca de historiadores españoles y maestro de liberales españoles, no era muy amigo nuestro (de los euskaldunes). Le encanta *resaltar el primitivismo de las gentes del Norte* (Caro Baroja). Así, por ejemplo nos cuenta una costumbre más que curiosa, que no sé yo dónde la vería: *ellas labraban los campos; después de haber parido se levantaban para servir a sus maridos, que en lugar dellas hacían cama*. Y finaliza: *costumbre que hasta el día de hoy se conserva en Brasil (!!!)*. Poco trabajo le costaba al padre Mariana llegar de Euskal Herria a Brasil. ¿Dónde demonio habría visto el jesuita ése un parto tan espectacular? Acerca de los hombres euskaldunes, que son unos majaderos, se puede creer cualquier cosa, es cierto. Y, aunque algún aspecto se haya inventado, cualquier barbaridad es de tener en cuenta, por si acaso. Pero, ¿eso?, eso no se lo ha inventado tomando como sujeto al hombre euskaldun, sino al pueblo euskaldun. Y ésta es la cuestión. Como se sabe, este relato era contado en la España del siglo XVII como hábito de los indios, para incidir más en

su indiedad, en su excentricidad. Y, claro: el padre Mariana nos veía a los euskaldunes, bárbaros y salvajes, igual que a los indios... Para Mariana éramos indios, sin más.

Entendámoslo. Es clásico que los pueblos vecinos no tengan al euskera y a los euskaldunes en muy buen concepto. Y, tal vez, no hemos de extrañarnos por ello. Ya sabemos a qué se le ha llamado grandeza en estos parajes. Nosotros no somos un pueblo de conquistadores. No tenemos ningún imperio. Etxepare veía nuestra lengua (1545) *ezein reputazione bage; bertze nazione orok uste dute, ezin deus ere skriba daiteiela lengoaje hartan, nola bertze orok baitute skribatzen berian*¹. Como el propio Axular denunciaba, la situación del euskera no es mejor que la que los propios euskaldunes merecen. Pero los citados textos de estos autores denotan un contexto: el correspondiente a los siglos XVI y XVII.

Durante ambas centurias los euskaldunes revoloteaban esparcidos por todo el mundo: en Flandes, en las guerras de Italia, en las Américas, en los siete mares... Esos que llenan nuestra historia de próceres, de héroes y de personajes principales, en general suelen encontrar las más grandes proezas de los euskaldunes: Elkano, Lakoza, Legazpi, Irala, Garai, Joan de Urbieta, Lope de Agirre, Saint Cyran, San Ignacio de Loiola, San Francisco de Xabier, San Martín, Zumarraga... Nosotros percibimos los comienzos de la miseria vasca en esos siglos: Murga (a quien ahorcaron en Bilbao), Matalas, los matxinós. Euskal Herria perdió su norte.

En estos tiempos en que los euskaldunes continuaban desperdigándose por todos los rincones, ¿cómo veían los demás al euskaldun? ¿Cómo lo reputaban, por qué lo tomaban? Por cuitado. Por salvaje. Como un tonto fanfarrón, como lo que era.

Por rutas marinas y cañadas, en puertos, en el proceloso océano, más de una vez se cruzarán portugueses y euskaldunes en esta época. Camoens los recuerda así (IV, 11):

¹ Sin prestigio alguno; todas las demás naciones que en esta lengua nada se puede escribir, como ellas mismas escriben en el suyo.

A gente biscainha, que carece
de polidas razoes, e que as injurias
muito mal dos entranhos compadece.

Ambas características son muy tópicas. Frecuentemente encontramos escrito que el euskaldun es de genio vivo, pendenciero y malvado. *Los vizcaínos son de sí más coléricos que los castellanos*. Medina: *Tienen súbita y extraña cólera, llevándoles por mal en cualquier cosa*, etcétera. Ese montar en cólera con injurias que se le atribuye al euskaldun, no sé, sin negar que es una reacción de un zaherido complejo de inferioridad de quien se siente siempre despreciado en sus marcas personales (su lengua, su carácter, su origen), tal vez pudiera ser también consecuencia de la diferencia cultural. No soy experto en estas lides, pero tengo la impresión de que, no sólo los españoles, los italianos y los sudamericanos, sino también los mismos alemanes pasan mil veces más fácil y violentamente de increpar a gritos “¡eres un tal y un cual!” a la injuria personal, incluso íntima, entre amigos y dentro de la familia. (Alguien nos debería ofrecer un estudio sobre antropología comparada del insulto). Por el contrario, la otra denuncia —carencia de *polidas razoes* o lengua aterciopelada—, es decir, la ausencia de labia (aunque a veces se muestre adulator, sobre todo, ante el jauntxo) sigue vigente hoy en el euskaldun. La cuestión, no obstante, no es la oratoria o parlería del hablante, sino la falta de mundología, que el orador no sea suficientemente incisivo. Sacado de sus bosques, el euskaldun no domina suficiente la pelotilla como para ir cómodo por el mundo. Las maneras cortesanias, versallescas, los melindrosos cumplidos, la ceremonia, la lisonja, la coba. Pero él no es sino un tosco individuo montaraz. Y ahora vivimos en Europa, en la época de las buenas maneras y los modos exquisitos. En plena moda de aquella *afabilidad y buena conversación* que impartía Castiglione, en la charleta halagadora y melosa de Axular. No escaseaban, desde luego, los euskaldunes “finos” en aquellos salones: el euskaldun fino siempre ha sabido adaptarse. Aprender y propagar rápidamente el lenguaje y gustos del jefe. Concluído el bachiller en Salamanca o Alcalá, doctorado en Bolonia (en el claustro de la Universidad se ven aún unos —en mi opinión— falsos escudos de armas, recuerdo de “Vasconorum”), conversa con elegancia en castellano y también en latín. A ése no lo han tomado por ex-

tranjero en Castilla o Portugal. Era un colega. Ése no era bárbaro. Era un trabajador –marino, soldado, cargador, cantero, herrador– sin razones persuasivas, grosero.

Desde antiguo se ha citado la barbarie del euskaldun. Aymeric Picaud comparaba a los euskaldunes con los perros y con los cerdos. Mala gente le parecieron los euskaldunes al peregrino. *Ferox ac silvestris*. Malvados, mal educados, torvos, crueles. Merece la pena releer aquel pasaje: *Es un pueblo bárbaro, diferente a todos los pueblos, por sus costumbres y por su raza, lleno de maldad, lleno de color, feo de semblante, lujurioso, perverso, pérfido, desleal, corrompido, voluptuoso, borracho, experto en todas las violencias, feroz y salvaje, deshonesto y falso, impío y rudo, cruel y penden-ciero, incapaz de todo buen sentimiento, encaminado a todos los vicios e ini-quidades*. Picaud aprendió un poquito de euskera. No demasiado, tal vez, pero sí lo suficiente como para percatarse de que era *barbara enim lin-gua*. El euskera le pareció similar al ladrido del perro...

Tales opiniones simplistas llegan hasta Ortega y Gasset o Unamuno. Comencemos por nosotros mismos. Se podría afirmar, a decir verdad, que el euskera casi siempre ha sido problema para los euskaldunes. Parece que, a veces, el propio euskaldun no sabe qué hacer con una lengua tan bella, antigua, etc. Eso semeja, al menos, la historia de los puristas. Acierta Mitxelena en su *Historia*:

En realidad la lengua ha sido para los vascos una posesión preciosa, pero al mismo tiempo muy incómoda: no se ha sabido a menudo qué hacer con ella, ya que no se trataba de un objeto material que pudiera exhibirse en lugar bien visible o ser arrinconado en el cuarto trastero.

Los otros, los extranjeros, siempre han argumentado mil excusas, a propósito del euskera. Una y otra vez se nos ha achacado que si era inútil, que si era incapaz, que si era un freno al *progreso*... En alguna ocasión, incluso, que no daba opción para la cultura humanista. Entonces, el progreso era humanista. Luego, que cerraba las puertas al pensamiento liberal. Criticando aquel “euskaldun, fededun”, por ejemplo, hoy día se cita aún, con frecuencia, el razonamiento de los vascófilos de lejanos tiempos: que hay que cultivar el euskera para cultivar la fe. Lo que no

debiera olvidar la crítica a esa estupidez –muy legítima, por supuesto– es que el progresismo, con razones semejantes, pretendía obligarles a hablar en español o francés. Aquél revolucionario de nombre Barrère escribió, en 1794, que *le fanatisme parle basque*. Y, cualquiera que sea el punto de partida, siempre llegan estos señores a la misma meta. Esencialmente, hay una sola razón: que es una lengua torpe, y que es escasa, y que no vale. O bien que las lenguas estatales próximas son universales, que cualquiera las comprende, que son mucho más amplias, etc. Los euskaldunes tendrían que abandonar su lengua y homogeneizarse con los vecinos puesto que, con el euskera, quedan demasiado alejados y marginados del extenso mundo moderno. En este mismo momento algún *sabio* hay que todavía no entiende cómo podemos seguir aferrados al euskera, teniendo en nuestro entorno tan magníficos idiomas. Tal vez estos no hablen tan claramente como Aymeric Picaud. Pero, al fin y al cabo, estimarán al euskera como reliquia, no como lengua viva de cultura.

Salvador de Madariaga, en el prólogo de su libro *Mujeres españolas*, decide cuáles son las características del carácter nacional español y los tres idiomas de dichas características: el portugués, el español y el catalán. Sobre nuestra lengua, en cambio, piensa lo siguiente: “El vascuence me parece mero objeto de museo lingüístico. Hace siglos que ha dejado de expresar lo que los vascongados son hoy. El espíritu vasco se manifiesta en toda su espontaneidad en el lenguaje castellano, que nació precisamente en países vascos como Álava o poblados entonces de vascos, como la región de Burgos”.

Estos altibajos históricos serpentean, sinuosos, desde antaño. Tal vez, algún día un autor escriba la larga historia de los desprecios al euskera. No es poco trabajo. En ocasiones se le ataca directamente al euskera: *¿Quién osará ladrar en ese miserable dialecto?*, preguntó aquél en la radio, consciente, sin duda, de lo que es un bello idioma. También se ha repetido hasta la saciedad que el euskera es un ruin dialecto. Eso le sacaba de sus casillas a Pío Baroja: ¡Es el engreimiento demente!... decir que es un ruin dialecto es una necedad que sólo puede proferirla un arriero de la Mancha o un botijero de Cazorla. Bien: con dialecto o sin dialecto, sea Pío Baroja o sea Unamuno, ambos trabajarán en la misma lengua. El euskera no vale para nada. Demasiado arriero de la Mancha

y demasiado botijero de Cazorla tenemos por aquí, sin necesidad de salir de casa.

La más fanática representación que ha tenido el españolismo hasta hoy en Euskal Herria, exceptuando al falangismo, ha sido seguramente el socialismo clásico del PSOE. Para esos “socialistas” el abertzalismo era pura *filosofía de campanario*. Estos hispano-universalistas no pudieron tolerar ni siquiera el regionalismo; lo llamarán *regionalismo chinesco*. En “La lucha de clases” se declaraba: *Nosotros... no podemos ver sin repugnancia ese espíritu de pequeñez y de miseria que informa a los llamados regionalistas*. Para tales socialistas no existe la cultura vasca: Euskal Herria no posee sino la que le ha sido dada por Castilla, Andalucía, etc. El euskera no es sino una *lengua regional o dialecto*. Y para nada quieren algo semejante. *Ni patrias chicas, ni patrias grandes. Ni dialectos, ni Juegos Florales, sino una lengua si es posible para todos los humanos* se predica en “La lucha de clases”. *Hablar de una patria chica y querer conservar una lengua regional cuando todo tiende a universalizarse es una de las mayores locuras*. No parece que les agrada mucho el euskera a esos “socialistas”, no. Preferirían verlo caer muerto. Pero, como no va a morir tan rápidamente como ellos desean, es preciso ahogarlo.

Los fascistas se encargarán de cumplir los deseos de esos “socialistas”. Pero ni siquiera los fascistas han sido tan cínicos a la hora de dar explicaciones. ¡En política hay que usar un poco el disimulo! (Parece que los “socialistas” acaban de aprender. A lo mejor lo han aprendido de los fascistas). Todo será cumplido a rajatabla, al pie de la letra, por las dos dictaduras que se edificarán mediante la fuerza y la maña de Primo de Rivera y la ideología de José Antonio Primo de Rivera, para honor eterno del “socialismo” español. Así avanza la historia: mutuos enemigos acérrimos que caminan de la mano... en lo referente a Euskal Herria. Ésa ha sido, quizá, aquella otra ideología que juntaba dos en uno.

Los otros son más diplomáticos. No dirán que el euskera no vale nada, sino cuánto vale el español. Le intentarán convencer a usted de cuánto mejor es el español (sin decir cuánto peor es el euskera, por supuesto, porque jamás hay que perder la virtud de la prudencia). Cuando estalló la guerra, por ejemplo, se prohibió el uso público del euskera, porque era más adecuado hablar en español, *sobre todo cuando se dispone*

entre nosotros de una lengua tan bella como el castellano. Ese especialista en belleza era el Comandante Velarde. Diversos socialistas ilustres actuales le espetarán a usted la universalidad del español. Es otra optimización de la lengua... Nunca faltan razones. Y siempre son buenas. Si cuentan con la fuerza.

En última instancia, bien mirado, el problema no es el euskera. El problema es la cultura, la performance de la cultura. Diciendo esto o sin decirlo, para algunos la única cultura verdadera es la castellana, o la francesa. Para expresarlo con mayor disimulo, lo latino, lo romano. Invocarán el sentido práctico de Roma. La concisión, la claridad. La amplia Administración. Son utilitaristas de la cultura. Son los que dicen que hay que dejarse de sentimientos y gaitas. Porque no se han dado cuenta de que ellos también tienen los suyos. Mitxelena entra a saco con uno de esos:

Este provincialismo cultural explica mejor que nada el entusiasmo asombrado del poeta vizcaino Ramón de Bastera ante la obra unificadora de Roma, auténtico descubrimiento del Mediterráneo en pleno siglo XX. Es innecesario decir que Bastera, que comprendía y admiraba los resultados de una buena organización puesta al servicio de una política, no se interesó gran cosa por las raíces griegas de la cultura occidental.

Lo que ha atacado Mitxelena es, bajo un nombre propio, toda una clase social, que no es sino una caterva de incultos que se intenta ocultar bajo su "elevada" cultura (llegan hasta Roma, pero no hasta Grecia). Bastera es el ejemplo idóneo de "jauntxo renegado", expresión y símbolo de nuestra burguesía. Socialmente, un elegante jauntxo bien situado en las alturas; culturalmente, aunque muy culto en cierta medida, un euskaldun bárbaro acomplexado, en su interior. Huyendo de su identidad. Por eso era patológicamente creyente en Roma y su Imperio, como en la salvación de su alma: avergonzado de su salvaje euskaldunidad y pretendiendo huir de sí mismo, encuentra por fin cobijo en el rebaño imperial. Adora el latín. Le parece el paraíso de la cultura.

Bastera hizo carrera en el Cuerpo Diplomático cuando, estando empleado en la Secretaría de la Embajada española del Vaticano, escribió

“El vizcaino en el Foro romano”. Entre otras ambiciones, nuestro jaunt-xito también soñaba con la aristocracia: “Entre escombros, hoy, bárbaro redento, vivo”. ¡Al fin, redento! (Ésa es la historia espiritual de la burguesía vasca). Se entiende, pues, que el pequeño burgués vizcaino acomplejado venerase devotamente al redentor de su miseria natural. No hay mayor excelencia en el mundo que el latín y lo latino (dicho más indisimuladamente: que España y lo español). *Non plus ultra*. Mirando al monte Serantes, así dividía el mundo en dos mitades “Una ría babélica”:

Del monte hacia occidente, la romance
claridad de los césaes, corona
los zarzados senderos, desde el trance
que paseó Augusto su imperial persona.
Del monte hacia el oriente, va el avance
de una raza mordiendo la borona
con tenebrosa boca que recita,
de espalda a Roma, su lenguaje escita.

Es lógico, cuando lo que se admira con fervor no es la cultura, sino *el poder* que se ha vestido y maquillado con una cultura. La fuerza política y militar. Los imperios. El Estado.

Pío Baroja mantuvo un sinfín de pugnas con ese tipo de latinófilos y romanófilos. No es de extrañar, pues, que dijera que, para impulsar la euskaldunidad, había que luchar con todas las armas contra el latín. Y no le importó en absoluto gente como Ortega y Gasset, Salvador de Madariaga o Unamuno. Otros como Salaverria o Maeztu tal vez también le parecieran pseudoeuskaldunes y pseudolatínistas, aquéllos a quien él llamaba “comediantes latinos”.

Esos amantes del latín, antiguos o actuales, en nada estiman la cultura vasca. Para ellos, la cultura es el Mediterráneo. Soleada, azul. Siempre imperial. Cortesana. De hidalgos, ilustre. Para éstos, el arte comienza en los monumentos. La música, en los exquisitos salones. La literatura, en los letrados. Jamás han tomado en serio la cultura popular. Casi han asfixiado totalmente la de sus respectivos pueblos. No perciben aquéllo que no alcanza al nivel académico. Sólo estiman lo grande. Gran pecado es para éstos ser pequeño.

En vano trataría Baroja de enseñarles a éstos que la cultura comenzaba en las gentes sencillas y en la cotidianeidad: en la manera de sonreír, en los gestos, en la lengua y en el instinto lingüístico, en el hablar, en el callar, en la sensibilidad, en el canto –cómo cantar y cómo no cantar–, en los refranes y en los cuentos, en los bertsos, en los mitos, en el juego, en el modo de acometer una acción, etc. Para esos ilustres señores la cultura comienza en la academia. No en las personas.

Para ellos Euskal Herria carece de cultura. ¿Qué hemos visto, no hace mucho, cuando pedíamos una Universidad para Euskal Herria? Pronto comenzaron, desde Valladolid y adyacentes académicos, a vocear que en Euskal Herria jamás ha existido Universidad, que el euskaldun siempre ha estudiado en Valladolid, en Salamanca, en no sé dónde. Pues, si no la ha habido nunca, parece que ya va siendo hora de que la haya, ¿no? Que si quieres. La cultura se fabrica en Castilla. Les hemos de dejar ese privilegio. Nosotros, a trabajar; ellos, a estudiar².

Y el otro, Sánchez de la Torre, aunque al periódico le cueste creérselo, se nos ha enfadado porque no tenemos Universidad. Comenzó a escrutar las defensas de los Fueros del siglo XIX. Y, viendo que esos abogados eran ignorantes, confusos e intrincados, montó en cólera, porque en todo eso se percibe la tradicional carencia cultural de Euskal Herria. Y parece estar claro que aquí no hay Universidad porque es deplorable la falta de preparación técnica de esos señores... También son éstos gentes incultas y, por lo tanto, ahí también se nota la carencia tradicional de Euskal Herria, porque no hay Universidad. Según parece, Sánchez de la Torre ha olvidado que el problema más grave de esos señores no es analizar los Fueros académicamente, sino perderlos. Perder los Fueros que nos iban aniquilando bárbaramente los muy cultos españoles.

Acabo de recibir el número 6 de HITZ. En él he hallado un trabajo de Uzturre: *Bertsularitza, kultura mesprextatuaren agerpena*³. Toda la li-

² El autor, recordemos, escribe el texto original en el año 1976; no había, por tanto, ni siquiera una UPV.

³ El bertsolarismo, reflejo de una cultura despreciada.

teratura vasca es, fundamentalmente, el reflejo de una cultura despreciada. De acuerdo, no obstante: el bertsolarismo lo es más. Veamos qué cuenta:

Por ejemplo, como podíamos leer recientemente en un diario de Bilbao, un jesuita y arqueólogo se reía de la cultura vasca. En su opinión, cultura-cultura (como el café-café) fue la de los romanos, que impregnó a medio mundo, ¡qué demonio!

(...)

Y también lo que aquel fraile del colegio le decía a un amigo mío: los indios, por ejemplo, han sabido universalizar su cultura mediante todo un Rabindranath Tagore... Pero vosotros, euskaldunes, ¿tenéis acaso algún escritor, tenéis una lengua que merezca un verso...?

¡Qué barbaridad!, cuánto jaleo, al cabo del año, que si hay o no hay cultura vasca. Que si el euskera vale o no vale. Que si existe literatura en euskera o no existe. Que si los Fueros Vascos son vascos o no lo son. Y, llegando ya a la fruslería, que si el txistu es un instrumento vasco o no lo es. Que si la pelota es un deporte vasco o no. Etcétera. A los euskaldunes todo se nos discute. Siempre hay algún españolito, sin nada que hacer en especial, pero especializado en negar cualquier euskaldunidad. Lo importante no es discutir, por supuesto. Pero ese tenaz empeño en negar revela algo, sin duda, ya que dudas y negaciones siempre provienen del mismo lado. Sería penosa, si no diera tanto asco, toda esta comedia. A menudo oímos lo bellos que son el español y el francés; y qué feo, sin embargo, el euskera. Qué universales el español y el francés; qué limitado el euskera. Qué ricos, qué cultos el español y el francés; qué pobre e inculto el euskera. Y todo eso no significaría nada en absoluto si, al mismo tiempo, esos bellos, cultos, ricos y universales no pisotearan, no reprimiesen, no ahogasen con todos los medios posibles a ese otro feo, inculto, pobre, limitado.

La cultura vasca –y, lógicamente, su literatura– ha caminado secularmente entre desprecios y desaires. Lleva la marca de esos disgustos. Basta con echar un vistazo a los Autores clásicos para comprobar esto desde las primeras páginas. Abrimos la *Historia* de Mitxelena, comienza así:

Conforme a una tendencia muy humana a las generalizaciones rotundas que nos lleva con frecuencia a negar la existencia de todo aque-

llo que no ha llegado a nuestro conocimiento, está bastante difundida la creencia de que la lengua vasca carece de literatura.

Abrimos ahora la de Villasante:

Historia de la Literatura Vasca hemos titulado a nuestro trabajo. Tal vez a más de uno de los lectores de este título pueda sonar a pretencioso. ¿Pero es que existe en lengua vasca una literatura digna de este nombre?

Sinceramente, no merece la pena ahora montar un “mito” del malvado enemigo y el colonialismo represor. Ellos mismos han mostrado, durante los últimos años, qué malvados son. No sé si había que demostrarlo. Ya nos hemos enterado del perjuicio que nos han causado los de nuestro entorno. Lo que no podemos olvidar es que todo ese perjuicio nos lo han inferido con la complicidad de nuestras principales clases sociales. Las que primero han despreciado y pateado la cultura vasca, el carácter euskaldun, las peculiaridades vascas han sido las principales clases sociales vascas. Los Reyes de Navarra comenzaron antes incluso que los de Castilla a utilizar el romance en documentos oficiales. El Fuero de Zuberoa estaba escrito en bearnés. El Fuero de Lapurdi, en gascón. Los de Euskal Herria Sur, en castellano. En los monasterios no se ha impulsado la cultura vasca. No han creado ningún centro educativo, ninguna Universidad... Pero, bueno, todo eso ya lo conocíamos, ¿no?

Dejemos a los de casa, vamos a dar una vuelta, a ver cómo nos contemplan los de fuera, para continuar con este asunto.

Fundamentalmente, lo que esos desprecian no es la lengua de los euskaldunes, la cultura de los euskaldunes. Sino a la gente, al euskaldun, a Euskal Herria. Gente extraña y curiosa, *omnibus gentibus dissimilis*. Pueblo pobre, especialmente. Si fuéramos ricos y poderosos todos nos habrían respetado, siendo curiosos y siendo vulgares.

En el curso de la historia Euskal Herria ha caminado por el borde. Queda un poco aparte. *Tierra apartada* la llamaban. *Tierra estéril* la llama el Fuero. También diversos documentos reales, en lo sucesivo. Es una tierra pobre. *Don Lope, el Vizcaíno, bien rico de manzanas, pobre de pan y vino*. En un territorio abrupto, en medio de la llanura de esos dos ex-

tenso país que, además, son románicos y poseen lenguas y culturas románicas. Tarde y mal cristianizada esta Euskal Herria, según parece. Al extranjero que llegaba hasta este apartado rincón, viniera por el camino de Santiago o por donde fuera, le causaban más pánico que sorpresa la lengua, costumbres, vestimentas, religiones, creencias o hábitos sexuales de aquí. Eran diferentes y los tenían por heterodoxos.

Algunos hábitos sexuales dejaron verdaderamente escandalizado al ya celeberrimo Aymeric Picaud. Otro peregrino que también cruzó Euskal Herria por el camino de Santiago nos ha legado un texto sobre cómo invitar a una chica a acostarse. Todo un devoto penitente este Arnold von Harff. Etxepare era enemigo de la perifrasis: *munduyan ezta gauzarik hayn eder ez plazentik / nola emaztia gizonaren petik buluzkorrik*.⁴ También Lope García de Salazar sabía algo sobre esos negocios. Cualquiera maizal o espesura era bueno para asaltar a las señoras. El noble señor del Castillo de Baraxuen gozaba todas las noches de las mujeres de los entornos, tras convidarlas a acudir a su hidalga presencia bajo amenaza de pasar a cuchillo a sus padres o esposos. Con o sin fundamento, ha habido sospecha de la comisión de algún acto de libertinaje en el ambiente brujeril. Los franciscanos heréticos de Durango predicaban el comunismo de bienes y mujeres. En un relato nos cuenta Voltaire que en Lisboa fue quemada en la hoguera una mujer euskaldun, *convaincu d'avoir épousé sa commère*. (¿No hay que tomar por “gitana”, acaso, a esa *honnête Biscayen?*)... Tal vez las cosas no hayan volado tan libres como Krutwig nos quiere dar a entender. De todos modos, podemos pensar que la gente era menos complicada, de palabra como de obra, viendo la poesía de Etxepare o la de Oihenart –atendiendo sobre todo al realismo de algunos refranes de éste– (*gure andrea irrikor, izartean gilikor; ohaidea eder-ariaz, ezkontidea zubur-ariaz; ohapean nago, enirozu ediren; oilar bat aski da oilo hamar baten, hamar gizon ez emazte baten*, etc.⁵). Extraigo para usted el siguiente pasaje de Picaud:

⁴ No hay cosa más bella y placentera en el mundo que la mujer desnuda bajo el hombre.

⁵ La esposa risueña, si se excitan sus muslos; al querido o a la querida, con belleza, al esposo o esposa, con prudencia; dentro de la cama estoy, no me encontrarás; un gallo, suficiente para diez gallinas, diez hombres no lo son para una sola mujer.

En diversas comarcas, en Álava y Bizkaia sobre todo, hombres y mujeres suelen contemplarse mutuamente las vergüenzas, para excitarse. Los navarros, por el contrario, se valen de animales para sus relaciones libidinosas. El navarro, según se dice, pone cinturón de castidad a su mula y yegua para que nadie las monte, salvo él. Besuquea promiscuamente las vergüenzas de la mujer o de la yegua. Precisamente por eso, quien tiene sentido común lo debiera aborrecer.

El euskaldun era también malvada gente ladrona, según se dice. En los viejos cánticos del Camino de Santiago se trasluce el pánico de los peregrinos al atravesar estos andurriales. Ese Aymeric Picaud cuenta enormes burradas acerca de lo que con los penitentes hacían los euskaldunes. Y, si dice verdad, *por una moneda mata, si puede, el euskaldun al francés*. Vestidos con minifalda negra hasta las rodillas, calzados los pies con peludas abarcas de cuero, tapada la espalda con una toquilla, el cuerno pendiente del cuello, dos o tres flechas en la mano... así pintó el romero en el siglo XII al salvaje euskaldun. Figura terrorífica. Seis siglos atrás Gregorio de Tours lo había expuesto igualito en *La Historia de los Francos*: precipitándose a toda velocidad desde las montañas a la llanura, destruyendo campos y viñas, quemando viviendas, saqueando y matando cuanto atrapaba, tomando cautivos y cometiendo toda suerte de tropelías. El III Concilio de Letrán (1179) así lo denota y convoca a la *guerra santa* contra los príncipes euskaldunes de los entornos, porque el euskaldun se cepillaba a quien fuera, sin detenerse en considerar sexos ni edades, sin miramientos con la Iglesia ni con nadie.

Los cronistas francos, como hemos repetido, los llaman siempre *feroces vascones*. A decir de los cronistas árabes, el euskaldun caminaba siempre desnudo por el monte, como su ganado, como las bestias.

En una palabra: la tremenda figura bárbara del euskaldun nos viene ya desde la Edad Media. No sabía sino matar, arrasarse, quemar. Gente malvada.

Es fantasía. Tenemos noticia sobre los euskaldunes ofrecida por viajeros o enemigos próximos contemporáneos. También ellos vivieron amargas experiencias en estos montes. Había que dar, pues, mala imagen de esta gente. Francos y godos nos conocieron como guerreros, porque

igualmente ellos vinieron con intenciones de guerra. Podemos pensar que también el viajero era algo enemigo del euskaldun: allende la muga el rival campeaba por sus respetos. Los peregrinos llegaban de tierras extrañas. Eran extranjeros. Y entre esos peregrinos había, indudablemente, quien iba en busca de justicia, pero venían otros tantos huyendo de ella o castigados por ella. Muchos de los penitentes de la época no eran peregrinos sólo por pura devoción. Criminales, caballeros arruinados, monjes desesperados, mercaderes tramposos y otras muchas gentes de esta ralea tenía únicamente este espacio para huir de la justicia o burlarla, viviendo tan ricamente de la limosna en monasterios y hospederías del Camino de Santiago. Para los reyes y señores feudales era una solución enviar a sus hostiles a Compostela, de romería, por una temporada. La justicia adquirió tenues tintes de humanismo. Federico I ordenó que asesinos e incendiarios –si se arrepentían– fueran enviados a peregrinar a Compostela. Pronto aprendió el puterío este camino. Gregorio XI hubo de prohibir a las mujeres hacer el camino de Santiago. Robos y homicidios se generalizaron. E, incluso fuera de Euskal Herria, era muy frecuente que los labradores trataran a estacazos a esos penitentes –*los pedigüeños de Santiago*–. Como cuenta Gregorovius, *la historia de las peregrinaciones es, sobre todo, la historia criminal de la época*.

Caro Baroja, por su parte, afirma que la fama de salvajismo y la barbarie de los euskaldunes duró hasta mucho más tarde, al igual que todos los clichés. Ahora mismo, los euskaldunes de Hernández son *vascos de piedra blindada*. Machado nos conoce por duros, *Vasconia de hierro*. Y Eduardo Marquina, y los otros. Tópicos, siempre tópicos. Acerca de Unamuno (“fuerte vasco, etc.) escribe Machado: “tiene el aliento de una estirpe fuerte / que soñó más allá de sus hogares...”. (Pero a L. Fernández Ardavín Unamuno le ha parecido un castellano típico, por qué no: “Me acuerdo de un Don Miguel / de Unamuno / fuerte y recio. Estaba en él / como en ninguno / la apretada reciedumbre / de la tierra castellana”). El mismo euskaldun –quien no se consuela es porque no quiere– ha impulsado el mito del euskaldun salvaje y beligerante al cabo del tiempo, como si la barbarie fuera una virtud. Euskaldunes han luchado contra los romanos, en el ejército de Haníbal... yo qué sé, siempre valientes, siempre cometiendo tropelías. Para los jauntxos, al menos, así era: barbarie

igual a virtud. La ideología de los jauntxos ha echado profundas raíces en nuestro suelo.

Aquel otro Fernán Pérez de Guzmán cantaba ampulosamente –*Loores de los claros varones de España*– porque el rey navarro Santxo II pasó los Pirineos con su ejército (los *vascongados* que aparece ahí son navarros, claro):

De cueros duros e crudos
mandando fazer abarcas,
traspasó grandes comarcas
con los montañeses rudos,
vascongados medio mudos,
pero hardidos e fuertes,
faziendo terribles muertes,
desarmados o desnudos...
Miren al Rey montañés,
de cueros crudos calzado,
sin polido saldo arnés,
llenos de hielo los pies,
Pero descercó a Pamplona...

Y así describe Don Diego López de Haro a los vizcainos, sus criados, en el segundo acto de la primera escena de *La prudencia en la mujer*, de Tirso de Molina:

Cuatro bárbaros tengo por vasallos
a quien Roma jamás conquistar pudo,
que sin armas, sin muros, sin caballos,
libres conservan su valor desnudo.

Posteriormente, Nebrija, Voltaire y otros muchos que han citado a los euskaldunes, lo han hecho la mayoría de las veces en contextos de guerra. *La gente de Bizcaya y de Guipúzcoa son muy prestas y belicosas* dirá Pedro de Medina. Y Nebrija: *gente sabia en el arte de navegar y esforzados en las batallas marítimas*. Se cuenta que Voltaire tuvo otra impresión, la del pueblo alegre que canta y baila en las cumbres de los Pirineos. Pero, a decir verdad, también Voltaire, en el cuento crítico-irónico *La*

Princesse de Babylone, describe a los euskaldunes y sus danzas en un contexto militar. Son danzas de guerra. El viejo Rey (es decir, sin duda, Carlos III) pide ayuda a Amazán. Y le dice:

Je puis vous aider de deux mille hommes très sobres et très braves [españoles, por las apariencias]; il ne tiendra qu'a vous d'en engager autant chez les peuples qui demeurent, ou plutôt qui sautent aux pieds des Pyrénées, et qu'on appelle Basques ou Vascons. Envoyes un de vos guerriers sur une licorne avec quelques diamants; il n'y a point de Vascon qui ne quitte le castel, c'est à dire la chaumière de son père, pour vous servir. Ils sont infatigables, courageux et plaisants; vous en serez très satisfait... Bientôt une troupe fière et joyeuse de Vascons arriva en dansant un tambourin; l'autre troupe fière et sérieuse de Béticois était prête.

Voltaire contrasta los huraños españoles lúgubres y los joviales euskaldunes. Pero, sobre todo, los avaros españoles –*très sobres*– y los euskaldunes ambiciosos. Lo que el anterior párrafo contaba era que los euskaldunes, a cambio de unos pocos diamantes, estaban dispuestos, felices y contentos, a dejar su casa y acometer cualquier aventura. Si son joviales, son joviales mercenarios. Sin más.

Rousseau fue quien se descuidó: en *Emile* cuenta que los euskaldunes con toda naturalidad y civilizadamente, envuelven el cabello en una redecilla y en *El Contrato Social* nos dedica este pasaje:

Cuando se ve cómo el pueblo más dichoso del mundo, un montón de campesinos arreglaba bajo un roble los negocios del Estado, conduciéndose siempre sabiamente, ¿puede uno dejar de despreciar los refinamientos de otras naciones que se vuelven ilustres y miserables con tanto arte y tanto misterio?

Voltaire no va por el mismo camino que Humboldt, Bowles y otros que idealizaron Euskal Herria. Voltaire tiene a Euskal Herria no como un país idílico cantarín y danzarín, sino como pueblo bárbaro, con la ironía que le caracteriza, aunque sólo sea para burlarse del mito del euskaldun bárbaro.

En la Edad Moderna los euskaldunes mantuvieron fluidas relaciones con los pueblos vecinos. Se nos dirá que eran excelentes oficiales. Esfor-

zados labradores. Hábiles comerciantes. Ilustres letrados y fieles notarios. Diestros herreros y artífices de espadas. Competentes navegantes, sobre todo: en la mar era *más instructos que ninguna otra nación del mundo*, dirá Antonio de Nebrija. También para Pedro de Medina es *la mejor gente del mundo para sobre mar*. Y se nos dirá, una y otra vez, que eran gentes perversas y soldados crueles. Y no crea usted que se apreciaba mucho ni tan siquiera que fueran buenos marinos. Eso se interpretará como signo de plebeyez. El autor de la obra *Castellanos y Vascongados* habla así: *Los más [de los euskaldunes] son dados... en el arte de la mar, o porque hablemos claro, por ser marineros, arte reputada por baja*. Poco han cambiado, en lo fundamental, las cosas desde que Prudencio soltó aquéllo de *bruta quondam Vasconum gentilitas*.

El propio Covarrubias así describía a los euskaldunes: *De los vizcainos se cuenta ser gente feroz y que no viven contentos si no es teniendo guerra; y sería en aquel tiempo quando vivien sin policia ni doctrina. Agora esto se ha reducido a valentia hidalga y noble, y los vizcainos son grandes soldados por tierra y por mar; y en letras y en materia de gobierno y cuenta y razon aventajados a todos los demas de España. Son muy fieles, sufridos y perseverantes en el trabajo. Gente limpissima, que no han admitido en su provincia estrangeros ni mal nacidos*.

Extasiémonos ante esta hermosa perla, que nos ha legado Bernardo de Valbuena en *El Bernardo* (1624):

De Bardulia mil fuertes moradores
siguen el tremolar de su bandera,
hombres duros, incultos, sufridores,
de los trabajos y de la hambre fiera:
menosprecian las penas, son mejores
cuanto más el rigor les persevera;
cantan en los tormentos, y las furias
al verdugo acrecientan con injurias.

Son, de natural, duros y atroces;
que su tierra de hierro y pedernales,
hecha una dura pasta, los feroces
ánimos cria a su cosecha iguales.
A la ira prestos, al herir veloces
y al aceptar las pendencies liberales.

*La madre más piadosa al hijo amado
de acero arma y le ocasiona armado.*

(Esa *Bardulia* será Gipuzkoa, pero equivale a decir Euskal Herria; al euskaldun se le llama, en esta época, *vizcaino* y *cántabro*; y *lengua vizcaina* al euskera. *Navarro* también se verá escrito, significando euskaldun; rara vez *alavés*).

Los cronistas y viajeros que han citado durante la Edad Media a los euskaldunes, han encontrado a éstos en su Euskal Herria. En los siglos XVI y XVII, en cambio, muchos euskaldunes se encontraban desperdigados por el mundo: éstos serán los que den la imagen del euskaldun y de Euskal Herria. Es preciso distinguir, por tanto: una cosa son los euskaldunes que están en casa, y otra cosa son los que andan de servidores de los Habsburgo. Euskal Herria, de un modo u otro, llevaba su vida. Pero había muchos euskaldunes empleados en los quehaceres de Castilla, en la Indias, en Italia, en Flandes o en la mar. Los erdaldunes⁶ tampoco conocían bien Euskal Herria. Perro sin dueño bien se lame: soldados mercenarios, frailes, aventureros, colonos, mercaderes, escribanos y otros. De ahí arrancarán las relaciones entre castellanos y euskaldunes que hasta hoy han perdurado. Aunque no podría afirmarse que aquellos euskaldunes y erdaldunes eran bien avenidos, ya que entre ellos solían estallar frecuentes disturbios. El erdaldun tomará por bárbaro —de nuevo— al euskaldun. Bárbaro no es ahora el reconquistador y el asesino. ¡Por favor! España se ha convertido en pueblo de conquistadores, gracias a Dios. Pero es el Renacimiento y, claro, el humanismo y esas cosas están muy en auge. Y los bárbaros son pueblerinos, incultos, montaraces, salvajes, inescolarizados, no dominan el castellano, son gente sin romanizar. Mitxelena nos lo ha advertido: *Para un humanista o para un espíritu ilustrado del Siglo de las Luces el vascuence era una lengua oscura, hablada en un ámbito reducido y sin ningún brillo literario.*

A los castellanos el euskaldun les parecía un tipo desharrapado, torpe, cetrino, greñudo. Algo así como un jabalí. En “*Viuda de veinticuatro ma-*

⁶ Los de habla no vasca, sean foráneos o autóctonos; en este caso, españoles.

ridos” aparece un criado, el vizcaíno Peru, *por lo cerdoso, no sólo emparentado con los jabalíes fieros (...) sino pariente mayor de todos.*

Gerardo Lobo se queja del dolor de una picadura de mosquito:

...pues a su dardo punzante
aun no es escudo bastante
el cutis de un vizcaíno.

Es más, escasos, cortitos, memos, *no de muy grandes y vivos ingenios* les parecerán los euskaldunes a los erdaldunes. Necios, bestias. Más tontos que las piedras. Burros. En la *Vida de Guzmán de Alfarache* lo observamos entusiasmados: *La razón por qué a los vizcaínos llaman burros es...*

Ahora se comprende que Cervantes, queriendo hacer pasar a uno por vizcaíno diga de él esto: “Él es un poco burro y tiene algo de mentecato” (Cervantes ostenta esta idea en otros sitios, igualmente).

Y que el autor de la *Lena* diga o haga decir a Damasio: Ni ha salido de Vizcaya mayor asno que tú (García Herreros, *Ideas de los Españoles del siglo XVII*)

Los euskaldunes, para los erdaldunes, eran artesanos. En cuanto al entendimiento, sin embargo, zotes, sandios, no dan la talla. *Los vizcaínos son hombres de más manos que mañas*, según la doctrina de Salas Barbadillo. Por eso precisamente no hay poetas en Bizkaia y hay que importarlos... Esta idea se la hemos leído a numerosos Autores españoles.

García Herrero: *Abundan los textos que atribuyen a la raza vasca una cortedad general, que luego se va especificando en cortedad de diferentes clases: cortedad de ingenio, de razones, de palabra y de modales.*

Pues bien, el euskaldun va a convertirse en modelo de cortedad. *Más tiene de vizcaíno / el amor que de elocuente* dirá Tirso. Y, según nos relata Francisco Asensio, alguien se encontró en cierta ocasión con una puta. Y profirió, al enterarse de que la garduña era bizkaitarra: *con eso aprendió oficio tan corto de razones.* También Gracián paseaba por aquella vereda: *Verás hombres más cortos que los mismos navarros.* Y de la Vieja Iruña, otro tanto: *De Pamplona no se hizo mención por tener más de corta*

que de corte y, como es un punto, toda es puntos y puntillos Navarra. Juan de Pineda, en *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, presenta a dos personas comentando que, acerca del XI misterio, es preciso saber callar tanto como hablar. En una de éstas, dice Policronio: “¡Oh, quién fuera un poco vizcaíno para exclamar que poco hierro, y bien puesto, de pocas palabras, que han probado mucho!”. Otro tópico longevo (a veces, con sentido positivo; casi siempre, negativo). Antonio Machado creó esta bella composición sobre Francisco de Ikaraz: “De su raza vieja / tiene la palabra corta, / honda la esencia. – Como el olivar, / mucho fruto lleva, / poca sombra da”. De San Ignacio, etc., se ha dicho que eran gente callada o muda. De pocas ideas y, esas pocas, en dura mollera, etcétera, etcétera.

Existen *innumerables cuentecillos*, al decir de García Herrero, *que en compilaciones anecdóticas y en comedias populares, presentan a los vizcaínos torpones y obtusos de mente.*

Pero, ¿es hombre ese salvaje euskaldun? Sería muy discutible. Deleitémonos con estos versos de Polo de Merino:

Fué el tercero que arrogante
entró al examen Domingo;
un hombre muy importante
SI ES HOMBRE, EL QUE ES VIZCAINO...

En adelante, el euskaldun montaraz jamás se fiará del villano castellano. En las mismas Guerras Carlistas –como advierte Valdespina– fue imposible juntar a euskaldunes y castellanos. Dice que los castellanos que merodeaban por la Corte no podían ni ver a los euskaldunes. Se referirá a la arcaica envidia que profesan los erdaldunes a los euskaldunes. No creo que sea preciso mencionar el motín de Estella en 1838, en que las tropas carlistas vascas se rebelaron al grito de ¡*Mueran los castellanos!* También en la última guerra han acontecido sucesos similares.

Para los castellanos, el euskaldun será *vascorro*. No le caben dos ideas a la vez en la sesera. Testarudo. Silvestre donde los haya, cuya ínfima cultura se la ha dado España. El argentino Borges escribe: “Hay razas, como la negra y la vasca, que aunque nunca hubieran existido, nada hubiera

perdido la civilización de Occidente”. Traemos ahora un párrafo del cuento *El Congreso*, de Borges, en calidad de representante de otros muchos:

Nunca Fermín Eguren me pudo ver. Ejercía diversas soberbias: la de ser oriental, la de ser criollo, la de haber elegido un sastre costoso y, nunca sabré por qué, la de su estirpe vasca, gente que al margen de la historia no ha hecho otra cosa que ordeñar vacas.

Si ese *al margen de la historia* le ha recordado al lector a un tal Engels, no es culpa nuestra. Desde diversos puntos de vista, evidentemente, pueblos como el nuestro son pueblos *al margen de la historia*. Algunos pueblos, al menos, creen que la historia la hacen ellos y el resto vive en el arcén de los acontecimientos. Más que conquistadores y otros grandes héroes, ser trabajadores no es, ni de lejos, un honor... No conquistar pueblos cercanos ni lejanos, al contrario, ser pisoteado y conquistado por ellos es un descomunal y vergonzoso pecado. El pueblo que no se ha edificado sobre montañas de cadáveres ni se ha regado con ríos de sangre no tiene derecho a sobrevivir en la tierra...

TIERRA POBRE

Tal como se afirma en el pasaje de Voltaire que acabamos de leer, no existe un euskaldun que, a cambio de algunos diamantes, no abandone su castillo. Y lo explica Voltaire con su aguda ironía: su castillo o palacio, es decir, la chabola o caseta de su padre.

Los euskaldunes, como se sabe, tenían en gran estima su casa. Y, dado que se preciaban de gentilhombres, a los ojos de los foráneos al menos, sus casas solariegas eran, al parecer, castillos o palacios. La morada del noble es el castillo, el palacio. Al erdaldun, por lo menos, se le antojaba que era así y que debía ser así. Sin embargo el euskaldun que, según dicen, era noble, procedía de casa pobre. No había sido criado en hermosos palacios. Los "palacios" de estos nobles eran caseríos, chabolas. A decir verdad, incluso los ricos de Euskal Herria —los Loiola, por citar alguno— eran auténticos desposeídos, en comparación con cualquier richacho de Castilla. A medida que avanzaba el siglo XVIII, la ironía de Voltaire se inscribe en una larga historia de burla y sarcasmo, cuando trata de la pobreza del euskaldun noble.

A finales de ese mismo siglo, en una carta de Gazel a Ben-Beley (XX-VI) Cadalso describe de este modo Euskal Herria: "Los cántabros, entendiendo por este nombre todos los que hablan el idioma vizcaíno, son unos pueblos sencillos y de increíble probidad. Fueron los primeros marineros de Europa, y han mantenido siempre la fama de excelentes hombres de mar. Su país, aunque sumamente áspero, tiene una población numerosísima, que no parece disminuirse, aun con las continuas colonias

que envía a la América”. También la historia de la emigración de los euskaldunes es multisecular.

Durante dichos siglos XVI y XVII el territorio vasco era absolutamente pobre. Como escribía el Licenciado Poza en el XVI, en Bizkaia la gente vivía a duras penas. *Guipúzcoa está pobladísima –Larramendi– y tan llena de hombres y mujeres, que puede decirse que están sus pueblos hirviendo de gente.* Demasiada. Hasta hace poco, Euskal Herria entera no tenía muchos habitantes (en toda Euskal Herria Sur, tantos como hoy en Bilbao, aproximadamente). Pero, es cierto, eran demasiados a la hora de comer. Como, con gran crudeza, afirmaba un ascendiente de García de Salazar, había que salir de casa a buscar trabajo, *para amatar la gana de comer.* La tierra es estéril (tengamos en cuenta que aún no ha entrado el maíz, procedente de América). De este modo hace saludar Tirso a Don Diego López de Haro (*La prudencia en la mujer*):

vos, caballero pobre, cuyo estado
cuatro silvestres son, toscos y rudos,
montes de hierro para el vil arado,
hidalgos como Adán, como él desnudos;
adonde en vez de Baco sazonado,
manzanos llenos de groseros ñudos
dan mosto insulso...

Ni pizca de vino. Sólo manzanas. Recordamos lo que decía el otro: *bien rico en mançanas, pobre de pan y uino* (*Poema de Fernán González*). Abunda en esto Larramendi: *Behar da aitortu, ez dugula oliorik, ez ogirik apur bat baino, Gipuzkoan sortzen den ogia hiruzpalau hilabetetarako baino gehiago ez baita*⁷. Todavía no se conocía la patata, el maíz, las alubias⁸... Habrá que importar vino y, sobre todo, trigo. La mayor parte, de

⁷ Hay que reconocer que carecemos de aceite y que no tenemos sino una pizca de pan (trigo). El pan que produce Gipuzkoa sólo se puede alargar tres o cuatro meses.

⁸ Alubia = indaba, Indi-baba, es decir haba de las Indias; también, babarrun = baba urrun (de lejos). N. del t.

Castilla, claro. Una mala cosecha suponía muerte de inanición para mucha gente. Se sucederán ahora tremendas hambrunas: en una del siglo XIV *morio muchas gentes de fanbre, que andando por los caminos se cayan muertas, deziendo, dadme pan* (Lope García de Salazar). Y Fernández de Pinedo:

Desde el punto de vista económico gran parte de la región se caracterizó por tener una agricultura pobre, por tanto era una zona que alcanzaba periódica y rápidamente un estado de superpoblación relativa; es decir, un área de emigrantes, o, como dice Baudel, una “reserva de proletarios” para el llano y para las colonias.

A menudo, tras el hambre venía la peste. Así sucedió en la sequía de 1506, por ejemplo. El siglo XVI va a conocer una cadena casi ininterrumpida de epidemias de hambre y peste. El viejo aforismo dice *goseak jolasik ez du*, que el hambre no anda de broma. “Mala cueta es, señores, aver mingua de pan” se lee en el *Poema de Mio Cid*.

La consecuencia será la emigración. *Behar igesi Castrora*. A Castro o a donde sea, pero huir. Castilla era muy rica en esa época. Y los euskaldunes irán a Castilla y a las Indias, en busca de trabajo y pan. Una de las salidas será el mercenariado. La Corona española está envuelta en grandes empresas militares. No le van a faltar euskaldunes (se reclutaban, en general, con la facilidad expresada por Voltaire). Un euskaldun tomó preso al Rey de Francia Francisco I en Pavía: ¡Es asombroso!, exclamé atónito. Luego me dijeron que sólo en esa guerra participaban tres mil euskaldunes... Euskal Herria Sur tendría entonces unos trescientos cincuenta mil habitantes.

La emigración mercenaria de los montaraces euskaldunes, como la Guardia Suiza, provenía de la lejana Edad Media o de antes, quizá. En *Gurutzada Albitarraren Kantaria*^{*}, de Guillermo de Tudela, se destaca que, entre la extensa tropa del Conde de Toulouse, se encontraba un verdadero gentío de mercenarios navarros:

* Canto de la Cruzada Albigense

Grans fo l'ost de Tolosa, si m'ajud Dieus ni fes!

(...) E ac i de roters de Navars e d'Aspes.

Dicen que eran recios guerreros estos mercenarios navarros:

Mot fo grans lo teorneis, si Jhesu Crist m'ampar

Can feriro en l'ost li Tolosa e.l Navar.

El mercenariado, en las regiones pobres, montañosas, fue el único oficio para los hijos de familias numerosas. En Euskal Herria, huelga decirlo, las guerras de la Monarquía castellana en Flandes e Italia y las aventuras de la conquista de América multiplicaron las posibilidades de elegir esta profesión, como jamás se hubiera soñado.

“No te fíes ni un pelo” le aconseja Maquiavelo al Príncipe. Porque, de lo contrario, jamás podrá vivir seguro. “Esos ejércitos están desunidos, accionan por ambición, carecen de fidelidad y lealtad, se crecen ante los aliados y ante el enemigo son cobardes”. El mercenario es un trabajador contratado, no un amigo ni un héroe. Sirve a cambio de un sueldo, no por ideales o lealtades. Porque el trabajo tiene un precio y la vida —a ser posible—, no. “Porque, aparte de su jornalito, no conocen otros amores ni influencias y, consecuentemente, no están dispuestos a dar su vida por ti, a cambio de cuatro perras”. No se puede fiar uno. No son los devotos adoradores del rey que darían la vida por éste, no. Almas esclavas. Son despreocupados y libres. Uno de esos típicos mercenarios euskaldunes fue el vizcaino Pedro Nabarro: al servicio del Rey de España primero, metido en mil aventuras en Granada, Italia y África; a favor de Francia y en contra de los españoles después. Y, sin ir más lejos, ahí tenemos a Lope de Agirre etc., etc.

El mercenario ha sido, forzosamente, un tipo especial. Podríamos recordar cómo Baroja, sin intención alguna de elevar la figura del mercenario a la categoría de héroe (aunque presenta multitud de aspectos en contrario), le cantó como espejo de la salvaje “libertad del euskaldun”, espíritu de la independencia:

Soy el aventurero vasco, ni español ni francés; sirvo al que me paga,
y le sirvo fielmente.

No me importan las ideas ni las patrias; no tengo más patria que mi
caserío y, después, el ancho mundo.

...

Carlos V o Francisco I, Juan de Austria o el condestable de Borbón, el Papa o Lutero, Pizarro o Pedro de Ursua: todos me parecen bien si me llevan al éxito; lo mismo me da ser marinero que soldado; lo mismo ser cristiano que turco. Lo único que no quiero es trabajar oscuramente.

Lo más seguro es que la realidad se haya construido con menos poesía. No es broma tener que trabajar con la muerte para poder ganarse la vida.

Otra salida era la escuela y las profesiones consiguientes: escribano, secretario, consejero y otros cargos que, como es evidente, había que buscarlos en Castilla. Y para acudir a la escuela, igualmente, era obligado trasladarse a Castilla, ya que en Euskal Herria uno no tenía medios para escolarizarse. De todas maneras, allí se juntaban cantidad de euskaldunes. Como leíamos en la carta de Fernando Pulgar dada a la luz por Caro Baroja, los guipuzcoanos enviaban a sus hijos a estudiar a casa de judíos, escribanos y letrados. Y, a decir de Caro Baroja, eran más quienes iban a cursar estudios que los que optaban por las armas (hacia finales del siglo XV).

Aquellos aprendices de escribanos no gozaban de un halagüeño modo de vida. El lector ya conoce aquél "Domine Cabra": *...era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle; una cabeza pequeña, pelo bermejo; los ojos avendados en el cogote*, etc. Y la cuaresma de sus pupilos, única en el año. *Certifico a v.m. que vi a uno de ellos, al más flaco, que se llamaba Jurre, vizcaíno, tan olvidado de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo, la llevó dos veces a los ojos y entre tres no acertaban a encaminarle las manos a la boca*. Aquel euskaldun, al menos, estaba alelado por el hambre. Pero la mayoría de ellos no precisarán de hambre para ser tildados de lelos por los castellanos.

Axular, el principal autor de la literatura vasca, cursó estudios en Salamanca. Y será un profesor de Salamanca el impulsor del renacimiento de la literatura en Euskal Herria Sur: Larramendi. La historia de la emigración de los estudiantes ha llegado hasta el canto popular:

Txiki-txikitatik aitak eta amak
fraile ninduten nonbratu,

Los pueblos costeros van a experimentar un tremendo auge en esta época: *Hasta el tercer cuarto del siglo XVI* –leemos a Ortzi, in *Historia de Euskadi: el nacionalismo vasco y ETA– las villas vascas se benefician de las nuevas posibilidades comerciales abiertas por la adquisición de un amplísimo emporio colonial, el de América, por la monarquía castellana.*

Al mismo Ortzi le copio los siguientes pasajes:

La monarquía castellana hace en estas décadas buenas migas con los vascos. No existe en Euskadi una nobleza cuyo poder pueda resultarle amenazador; y a la inversa, el mercado americano constituye para los puertos costeros y las aduanas secas del interior, una inmensa fuente de ganancias. Por si ello fuera poco, los segundones de los linajes –y muchos primogénitos de linajes arruinados– encuentran en las colonias ultramarinas un escenario adecuado para su afán de gloria. Numerosos nombres vascos se encuentran entre los conquistadores y descubridores: Juan de la Cosa, Elkano, Legazpi, Urdaneta, Okendo, Blas de Lezo, Garai, Ursua, Lope de Agirre... Pero no son sólo aventuras lo que brindan estas tierras, sino también la posibilidad de hacer rápidamente fortuna, y ello mediante métodos que, aunque encubiertos bajo el disfraz religioso, resucitan –como en todos los imperios coloniales– la esclavitud. Mediante las encomiendas, los pobladores de las Indias quedan sujetos a la tierra propiedad de los nuevos señores. El reparto de la tierra es al principio relativamente igualitario entre los conquistadores; pero pronto los repartos se desnivelan.

En este reparto, son los vascos, emprendedores, y, no lo olvidemos, universalmente nobles, quienes se llevan la parte del león. Estos emigrantes enriquecidos empiezan a regresar a fines del siglo XVI a su país; el personaje del “indiano” será habitual a partir de estas fechas en villas y pueblos vascos (gran parte de los actuales núcleos centrales de estos pueblos, con su plaza rectangular presidida por una Casa consistorial de piedra, han sido construidos con el dinero de aquéllos.

⁸ Desde muy pequeño mis padres me condujeron para que fuera fraile y me enviaron a estudiar a Salamanca.

Las campañas guerreras de los Reyes católicos, Cisneros, Carlos V y Felipe II favorecen igualmente la construcción de buques. Es en esta época cuando adquiere independencia la figura del armador, como constructor de buques, no para su propiedad, sino para terceros. La monarquía favorece los grandes tonelajes, y prohíbe, por otra parte, a fin de impulsar la construcción, la importación de mercancías en barcos que no sean del reino.

Pues bien, mientras sufrimos una terrible emigración por parte de los labradores, los pueblos de la costa viven una coyuntura muy favorable. Es ahora cuando empieza a surgir la burguesía en las villas, apoyándose en el comercio, principalmente. La palabra *burgués* para el escritor Leizarraga, del siglo XVI, significa únicamente *ciudadano*.

Pero este desarrollo de la burguesía comerciante no tendrá continuidad, puesto que la depresión del siglo XVII la va a dejar hecha unos zorros. Así es: las postrimerías del XVI van a suponer un descalabro tras otro para los mercaderes. En 1566 se alzarán los Países Bajos y, en consecuencia, las vías marítimas se harán inseguras. De 1572 en adelante Castilla no comerciará con Flandes por el Atlántico, sino a través de Génova. En 1573 la Casa de Contratación de Sevilla obtendrá el monopolio en el Comercio con las Américas. Euskal Herria ha perdido el mar.

Con las vías marítimas en esta situación el mercado se vendrá abajo y, en consecuencia, la industria sufrirá la crisis. En el siglo XVII contemplamos la desertización de muchas villas. Euskal Herria regresará hacia atrás, a la labranza de la tierra. Muchos de quienes retornan enriquecidos de las Indias no se van a dedicar al comercio, sino que se afincarán, definitivamente, en el caserío.

Los pueblos portuarios se han quedado vacíos. Leemos que *en 1622 Bermeo está despoblada* (es decir, el número de habitantes ha descendido a la mitad de los que había en 1514). Causas: guerras navales, piratería. ¿Será de entonces ese cántico nuestro?

Jeiki, jeiki, etxeoak, argia da zabala.
Itsasotik entzuten da zilarrezko adarra,
bai eta ere ikaratzten olandresen ibarra⁹.

⁹ Alzad, levantaos los de casa, que ha amanecido.

Lekeitio, Getaria, Donostia y Hondarribia andan por un estilo. Ricas antes, auténticos hervideros humanos, pobres y deshabitadas hoy. Hacia el ocaso. El viejo refrán guardó la experiencia: *itsasoko legeak, onak on, eta gaiztoak mesur gabeak*¹⁰. De esta debacle se salvó Bilbao. *Si Bilbao capeó mal que bien el temporal, y verosímilmente Vitoria, no así San Sebastián, se debió a que logró concentrar una parte de la actividad comercial que perdieron las pequeñas villas costeras* (Fz. de Pinedo).

La emigración parte del caserío con destino a las Indias, y de la ciudad al caserío. Así es, puesto que, al igual que los enclaves costeros, la mayor parte de las ciudades del interior (y su comercio, artesanía, industria, etc.) también sufren un desplome: Balmaseda, Durango y otras. El campesinado, por el contrario, aguanta bien el temporal. Herreros y otros oficiales se encuentran en el paro, ya que la demanda ha descendido bruscamente. Quienes anteriormente se empleaban *en otros ministerios como nauegar por la mar y otros oficios*, pasan a labrar los campos si no han emprendido viaje hacia las Indias. Eso es lo que se oirá en estos tiempos, es decir, que el *euskaldun* prefería trabajar la tierra que navegar en la mar, en contraposición a épocas pasadas. Los caminos de la mar, más que inescrutables, son inseguros.

El corte de las comunicaciones marítimas por el curso –Vizcaya y Guipúzcoa importaban por mar gran parte de los granos que se consumían– y las crisis de subsistencia finiseculares provocaron alzas de los precios agrícolas que, por un lado, repercutían en los salarios de los artesanos y, por otro, en la contracción de la demanda rural de productos manufacturados. El Síndico del Señorío, en 1592, no vacilaría en acusar de las dificultades a las “guerras de los dichos Estados de Flandes y reinos de Inglaterra y Francia”.

En realidad, el problema grave residía en la victoriosa competencia que en el extranjero se hacía a los productos siderúrgicos y manufacturados... El Señorío, en 1619, achacaba la decadencia de su artesanía a la exportación, tanto a España como a las Indias, de “hierro labrado en las

Por la parte de la mar se escucha el olifante plateado, y también el pánico de los holandeses.

¹⁰ Las leyes de la mar si son buenas, bien; si son perjudiciales, no tienen fin.

ferrerías menores tan sutil y acomodado para todas obras que han podido introducir por allá todos los oficios, tirando así nuestro trato y manufacturas de que se solían proveer de estas Provincias necesariamente y por consiguiente se han perdido nuestros oficiales y muchos de ellos por no haber salida aquí de lo que labraban se han ido a trabajar y mantenerse fuera y los van enseñando”. (Fz. de Pinedo).

Lo que aquí nos interesa no es propiamente la historia económica. Nos interesa la rica historia de la emigración: sea por la crisis económica, por la existencia de muchas familias numerosas, por el descubrimiento de América o por la conquista y desestructuración de Navarra. Los euskaldunes se han desperdigado por las posesiones de España, ofreciendo al Imperio sus múltiples formas de servicio: armas, comercio, letras, navíos, trabajo. Han vivido entonces junto a los castellanos. Se han topado entre sí por el ancho mundo. ¿Cómo ha visto un euskaldun a otro?

EUSKALDUNES Y ERDALDUNES, JUNTOS

Un refrán recopilado en 1596 dice así: *gaztelauna nekhia senbar, oñean arr eta begian negar*¹¹. No se puede negar, es de Oihenart. Malas experiencias, seguramente, en este sentido.

Otras sentencias nos testimonian hoy día el escarmiento de entonces: *atzerrian lurra garratz, oña ibiñi egik baratz*¹². Crudo y conciso algún otro de Oihenart: *atzerrri, otserri*¹³, etc. Veamos, para hacer una síntesis, la imagen que ha tomado el mito en esta época.

Había muchos euskaldunes durante los siglos XVI y XVII por tierras de Castilla. Tal vez las relaciones entre euskaldunes y erdaldunes no fueran exageradamente cariñosas.

Los estudiantes, por ejemplo, tenían sus propios enfrentamientos. Como los de otras partes, es lógico, porque las historias de las Universidades de Europa están plagadas de sucesos de este tipo. Miguel de Alzo nos relata lo siguiente:

Los estudiantes vascos se presentan muy unidos frente a los demás en las luchas estudiantiles. Es curiosa la lucha de las naciones de Vizcaya y Guipúzcoa en 1644 con los pobladores de Salamanca; los estudiantes

¹¹ El castellano, emparentado con la fatiga, piernas cansadas y ojos llorosos.

¹² El suelo del extranjero es amargo; afinca el pie y hazte una huerta.

¹³ Pueblo extranjero, pueblo de lobos

vascos hicieron frente a toda la población y mataron en la lucha a dos paisanos; para calmar los ánimos, un estudiante vasco fue ahorcado.

Larramendi cuenta en su *Corografía* que los estudiantes euskaldunes se ponían de acuerdo:

Los Autores que escribieron sobre estas provincias, no tuvieron más principio que ver en las Universidades donde estudiaron, que todos los vascongados, vizcainos, alaveses y navarros y guipuzcoanos hacían un cuerpo para distinguirse de castellanos, andaluces, extremeños, así en los vítores como en las elecciones de consiliarios, y otras funciones, y que a todo este cuerpo lo llaman Vizcaya, por no repetir tantos otros nombres.

Ya decíamos que muchos euskaldunes iban a la guerra. Tampoco éstos se arreglaban demasiado bien con sus compañeros castellanos. Esto era muy conocido fuera de España. En los cuentos de Voltaire, los euskaldunes abandonan fácilmente su casa para ir a la guerra. Pero luego no suelen querer entrar en combate junto a los españoles:

Les Vascons dirent qu'ils en avaient bien fait d'autres; qu'il battrent tout seuls les Egyptiens, les Indies et les Scythes, et qu'il ne voulaient marcher avec les Espagnols qu'à condition que ceux-ci seraient à l'arrière-garde.

Voltaire imagina la realidad. Gonzalo de Córdoba se las veía y se las deseaba con los soldados vascos que tenía a su cargo. A menudo se ha citado aquéllo de Zurita: *tuvo mucha fatiga con la gente vizcaína... y decía que más quisiera ser leonero que tener cargo de aquella nación.*

Los euskaldunes no guerreaban por motivos idealistas como, al parecer, los cruzados en alguna época determinada. No. Los euskaldunes iban a la guerra motivados por los ingresos crematísticos. Eran soldados, es decir, no intervenían en la contienda sino por un sueldo y, llegada la hora, no perdían tiempo en reclamar lo suyo. Si no se les pagaba a tiempo se ponían furiosos. Posteriormente, en las Guerras Carlistas, los euskaldunes se burlarán sin compasión de aquéllos que llamaban *ojalateros*. Entonces tomarán parte en una guerra *suya*. Al rey, por el contrario, le sirven a cambio de un jornal. Como mercenarios. Y, claro, al que

ingresaba en este oficio de armas por una ideología caballeresca, o por la supuesta vinculación debida al Rey, siempre por algún “gran ideal”, debía ver los euskaldunes como putas, dado que éstos eran quienes, verdaderamente, entregaban su cuerpo a cambio de un poco de dinero. En la crónica de Gonzalo de Córdoba se recoge alguno de esos encontronazos: *Por dos o tres veces han estado los vizcatnos alborotados para irse y desamparar las naos por su tratamiento, y con premios e falagos los he sosegado y sostengo por este medio.* Si no hay paga, no hay guerra.

En la guerra no sé cómo serían, pero podemos imaginar el comportamiento de esas bandas de mercenarios, lejos de casa, sinvergüenzas y fanfarrones con dinero fresco encima, en cualquier taberna. Poca impresión darían, desde luego, de que venían de un sitio donde se rinde especial culto al pueblo natal. Más de cerca y a menudo conocerían broncas y borracheras que libros. Poco trabajo le ha dado el euskara a la imprenta. Pero una de las primeras frases que aparecen impresas en euskara se sitúa en un ambiente de juerga, de borrachera, en el *Gargantua* de Rabelais (se aprecia en qué contextos se le situaba al euskaldun):

—Beuvez, je vous en pryé.

—Les passereaux ne mangent sinon que on leurs tappe les queues; je ne boy sinon qu'on me flatte.

—Laguna, edatera!¹⁴

“Lans, tringue!”, repite un lanskenete alemán o suizo (*Les propos des bien yvres*, cap. V). De estas características sería probablemente la escuela en que aprendieron los euskaldunes y que enseñaron en el mundo.

¿En qué se ocupaban los euskaldunes de aquella época? Martín Ugalde comienza con estas palabras el capítulo que dedica al período entre 1515 y 1841 en su libro *Síntesis de la Historia del País Vasco. Después de la ocupación del reino de Navarra por Castilla, las cuatro regiones vascas de la Península tuvieron en común: 1, su órbita castellana; y 2, la circunstancia de una vida política autónoma y diversa.*

¹⁴¡A beber, camarada!

Euskal Herria nunca ha conseguido una unidad total, incluso en los tiempos en que más unida estaba. Pero entonces, aunque todos estaban tramados en guerra contra todos, Euskal Herria era algo que llevaban dentro. Ahora, aflorará. Los euskaldunes, fuera de casa, se mezclarán con otras personas durante estos siglos XVI y XVII. Euskal Herria carece de unidad y, así será vista por los observadores de alrededor. Además, el euskaldun acudirá a Castilla en demanda de trabajo. Es de tenerlo en cuenta. En este mismo siglo ha habido mucha gente que ha inmigrado a Euskal Herria procedente de Extremadura, Galicia o Andalucía y recordamos perfectamente qué acogida se les dio. Es también bastante conocido cómo están vistos los trabajadores italianos, argelinos, españoles, turcos, etc., empleados en Alemania o Francia, por citar algún caso. Aunque se admite a obreros que proceden de países “atrasados”, como portugueses o españoles, en la praxis no se les reconoce *nacionalidad*, sino pertenencia a un grupo. Encontrará usted grandes admiradores de España y de los españoles que desprecian absolutamente a esos grupos de españoles. Aparte de la emigración obrera, la historia de la xenofobia es dilatada: cómo ven unos pueblos a otros, en qué concepto se tienen, sus diferencias raciales, religiosas, lingüísticas u otras... En aquel tiempo eran los euskaldunes quienes debían ir a Castilla. Kirikiño en *Bigarren Abarrak* dedicó un extenso capítulo, lleno de humor y chanza (a la manera idónea euskaldun en la preguerra), a esos “gaztela-mutil”. Mikel Azurmendi Intxausti recuerda en una de sus poesías:

Nere Segurako aitona
ogia behar zuenean
Castillara joaten zen
jornalaritzara,
morrointzara¹⁵

Estos trabajadores son eventuales, como los que en la temporada de remolacha van de España a Francia. Muchos euskaldunes iban hacia el

¹⁵ Mi abuelo, el de Segura, cuando necesitaba pan solía ir a Castilla a ganarse el jornal, de criado.

Sur, a ayudar en las faenas del trigo, puesto que las meridionales son más tierras de trigo que montañas y desniveles. Por tanto, aquellas tierras también resultaban más ricas que la montaña (aunque tuvieran menos ganado)¹⁶. A pesar de que Mikel Azurmendi Intxausti nombra sólo a Castilla, la mayor parte de temporeros del trigo solían bajar a Álava, a la Ribera navarra y a la Rioja. También solían acudir a la vendimia. En esa parte de Segura perviven aún incontables recuerdos de los citados oficios. En el siglo XVII Euskal Herria se vacía: Álava contaba en 1683 menos habitantes que en 1525. El mismo Trebiño perdió entonces muchísimos habitantes. Y, más que Trebiño, las zonas de Mendoza, Zuia, Aiara y Agurain. El escritor vasco Jose Paulo Ulibarri Galíndez nos relata qué era y en qué se convirtió Okondo: el autor nació el siglo XVII, cuando Okondo tenía dos iglesias y tres escuelas. Un pueblo con gran vida, pero que sufría una gran emigración. Uno de los emigrantes a la ciudad es el propio Ulibarri Galíndez. En el diecisiete se produce el declive y la despoblación, como decimos, hasta las postrimerías del siglo. La única zona que va a medrar será la ribera del Ebro. Como tierra de pan y vino que es, Biasteri, por ejemplo, crecerá un 7,5%, mientras el resto decrece. Hasta allí debían desplazarse los habitantes de la montaña en busca de trabajo. *Beharra eragile handi*, potente motor es la necesidad. Todavía en el siglo XIX se llegarán a pie hasta la Ribera y la Rioja. En la obra de Orixe también se aprecian rastros de esa costumbre. Recordemos aquel Zimurrio de *Euskaldunak* (VIII, 681 y ss.) o el poema *Ittariek*. Y, como es evidente, quienes iban a trabajar y los autóctonos entablaban frecuentes riñas, aunque todos ellos pertenecieran a la misma nación. Orixe nos relata en *Ittariek* cómo un ribereño da muerte a otro por pura envidia, porque en el trabajo era más rápido que él. El pobre carece de amigos en el pueblo y fuera de él. Para eso no es preciso ir a otras naciones. Y de lo dicho se puede suponer el trato que les darían a estos euskaldunes “maketos” en tierras de Castilla.

Los euskaldunes que se empleaban en el servicio al Rey de Castilla,

¹⁶ Abere gutxiagodunak izan arren: abere (ganado) es raíz de aberats, rico. (N. del t.)

diseminados por todo el mundo, sin duda eran conceptuados como “gente” por parte de los erdaldunes. Pero no como pueblo. Es lógico. Eso de que las colectividades comiencen a sentirse pueblo es un fenómeno bastante moderno. Es algo que ha surgido y se ha impulsado a la vez que la cultura nacional. Con la literatura nacional, principalmente. Y Euskal Herria, en esto, ha quedado en mal lugar. Ya lo afirmaba L. Mitxelena: *Vasconia se nos aparece por otra parte, y precisamente en razón directa del predominio de la lengua vasca en sus diversas partes, como un área marginal en el orden de la cultura, más aún que en otras esferas.* Los pueblos de los entornos son conscientes de su grandeza y de su riqueza cultural popular. La vanidad de los hidalgos es casi clásica. Y todos aquellos euskaldunes vivían en una cultura erdaldun, entre instituciones de Castilla. Carecían de una cultura propia rica que pudieran exhibir. Eran partícipes, en todo, en calidad de siervos de los castellanos. Pero careciendo de la personalidad nacional que pudiera atribuírsele a un genovés o un veneciano. Estos “tenían cultura”. El euskaldun, no. Los euskaldunes no eran más que grandes grupos de gente de escasa catadura y cuadrillas de oficiales.

Por todo ello, difícilmente va a ver el erdaldun a los euskaldunes como algo más que un *grupo*. Mucho le costará –nos costará– meterse en la cabeza que somos un pueblo, que somos nación. ¡Cuánto tiempo, por ejemplo, hasta que alguien se atreva a empezar a usar el concepto *nación vasca!* No se podía decir que Euskal Herria *es una nación* sin armar un escándalo morrocotudo. Dios sabe de qué le habrían tachado a usted por el mero hecho de hacerlo. Es conocida –y muy significativa– la anécdota de Pedro de Egaña. Corría el año 1864 y el senador Egaña discutía acalorado en una polémica con un sevillano. En una de éstas se le escapó lo de la *nación vasca*. Debido al revuelo que se organizó en el Senado, debió retirar la frase. He aquí otro pasaje interesante, tomado del Acta de la alocución pronunciada por el Lehendakari Agirre durante la sesión celebrada en el Parlamento español el 27 de febrero de 1934:

Y ahora me habéis de decir vosotros, quién ha reinado en España hasta que vino la República. (Un Diputado: ¿Quién se levantó contra aquéllo?). Los vascos, a quien vosotros no representáis. (...El señor Lamamie de Clairac: Pero vosotros, ¿sois españoles o no? Contestad a esto).

Somos ciudadanos de la República española. Y qué quiere S.S. (El señor Lamamie: ¿Perteneceís a la nación española?) Quiere su señoría que le lea unos textos? Voy a omitirlo porque los demás señores Diputados tienen la suficiente inteligencia para comprender en estos tiempos la diferencia entre Estado y Nación.

Sí, se trata de anécdotas, si usted quiere. Pero de profundo contenido. Vienen a mostrar que los euskaldunes son, para los españoles, cierto tipo de muchedumbres. De ningún modo nación o similar. Al igual que los gitanos, afiladores o traperos que solían aparecer por nuestros pueblos, porque éstos también son, desde nuestra óptica, gente no identificada, que no constituyen una nación.

A continuación, veamos qué recibimiento se le hacía al euskaldun en Castilla: *el vizcaíno, necio y enfadado*. Eso es, en una palabra lo que al español le parece el euskaldun. Analicémoslo por puntos concretos:

TORPE CASTELLANO: aunque ya lo decíamos más arriba, volveremos a citarlo, porque posee una decisiva importancia. Además de extranjeros y curiosos, los euskaldunes debían de parecerles despreciables a los españoles: no acertaban a pronunciar palabra, no sabían nada de español. Este capítulo histórico no ha finalizado aún: por ahí quedan todavía listos de esos que se burlan del euskaldun que encuentra dificultades en castellano.

El euskaldun era de torpe palabra —en castellano—, hasta tal punto que se convirtió en símbolo de la cortedad y de la torpeza, incluso en aspectos ajenos a la lengua. Lo hemos dicho, pero lo citaremos de nuevo, dado que es un estereotipo fundamental. Leemos en *Epitafio a un hombre pequeño*, de un tal Jacinto Alonso de Maluenda, que pretendía emular a Quevedo: *Tilde con alma imagino / que fuera la enana figura / que ocupa esta sepultura / más corta que un vizcaíno*. Archiconocido aquello otro de Tirso: *El hierro es vizcaíno, que os encargo / corto en palabras pero en obras largo*. Alguna vez se puede hallar cierto significado positivo en esas frases, pero en su mayoría sirven para burlarse o medio burlarse. Como las de Cervantes, creadas en ambiente de moquete (luego siguió así). *De un montañés hizo un gentilhomme* —leemos a Gracián— *que fue también gran primor de arte. Y no menos hacer de un vizcaíno, un elo-*

cuenta secretario. Como Caro Baroja señalaba, Garibai era consciente del ambiente en que se movía y, por ello, optó por identificarse con toda modestia ante los castellanos: *Garibai es individualmente humilde. Lo es incluso cuando al comienzo del "Compendio historial" alude a cortedad de expresión que, siguiendo ideas de los castellanos, aficionados a los dictados tópicos y grandes fabricantes de clichés, es algo inherente al carácter "cantábrico" = vasco*. Y nos transcribe la confesión de Garibai:

También sospecho, que no falten algunos, que acaso juzgarán a sobrado ánimo, querer yo acometer una empresa tan grande, como escribir, y copilar obra semejante... Fundarse han para esto, en dezir, que en edad no soy viejo, y en la nación Bascongado, como hombre natural de la Cantabria... y a los Cantabros, si en las armas y milicia y cosas navales queda recompensa, les falta la lengua Castellana. Yo confieso lo uno y lo otro... torno a dezir ser verdad, que comunmente los cantabros son cortos de razones. cosa que muchos sabios varones, amigos de nobleza, suelen juzgar, no por la peor pieza de su arnés, en documentos de antigüedad, sino por la mejor, y assi seria menos maravilla, el yr esta obra, sin aquel estilo y dulzedumbre de razones, a que otras naciones de los Reynos d'España, especialmente Castilla, están obligados.

Sí, ha habido quien ha afirmado del euskaldun que era largo en obras y parco en palabras. Más corto que parco. Éso, corto. *Corto palabras siempre lo fué (La Celestina)*. Los euskaldunes en eso de despreciar las lenguas extranjeras no nos quedamos atrás pero, ¡anda que los castellanos...! Y los franceses, a quien no domina bien el francés le dicen que lo habla como una vaca el español. Luego lo aclaran: *comme un basque espagnol*.

Los bizkaitarras, cuenta Pedro de Medina, *son de poco hablar y no muy propio, ni muy concertado, que muchas veces sienten dificultad en poderse dar a entender y declarar sus conceptos*. Y a juicio de ese mismo Autor, los euskaldunes son *no de muy grandes y vivos ingenios*. Fernán Pérez de Guzmán los llamaba *medio mudos*. ¡De qué extrañarse!

Los castellanos harán infinitas burlas a cuenta de esos *boronos* incapaces de explicarse en español. Se hablará de la *concordansia viscaino*, por ejemplo. Cuando se ha hecho aparecer a algún euskaldun en la literatura realista española, se ha pintarrajeado un andrajoso hombrecillo. El viz-

caino de Cervantes, por ejemplo, habla *en mala lengua castellana y peor vizcaína*. ¡Y cómo habla! Los Autores se divertirán simulando el modo que tienen los euskaldunes de hablar español, rememorando aquél: ¡Oh, Perucho, Perucho, qué mala vida hallada le tienes! Como muestra, he aquí algún botón de *La Celestina*:

Sigeril: Qué músicas son estas, hermano Perucho, a buena fe que no puedes encubrir andar enamorado.

Perucho: Con bueno te vienes cosas le dizes que no as enten dido.

Sigeril: Como yo no te prometo que era de amores el cantar: porque eso no lo niegues...

Perucho: Tu a mi menester as cabiliz orduachez¹⁷

Sigeril: Mala sea la puta que te pario, que bien te entendí, que dixiste que me fuesse noramala.

Bien se burlaron los erdaldunes a cuenta del euskaldun. Pero también éste se pica y se cabrea. *Razón hago si me enojo* –salta Perutxo, al final–, *que corto palabras siempre lo fue, y mas quise ausentar poco que hablar mucho; que vosotros en Castilla judeguas estáis, que servís alcaldes en ofrecimientos parolas y dádivas haciendo*.

También Lope de Vega se ha divertido lo suyo a cuenta de los euskaldunes, como lo demuestra en aquel *Romance vizcaíno*:

Navío que agora labras
para andar en el carrera,
Concepción pones en popa,
también pones en banderas...
... Que juras a Dios que es buenas
y muy buenas poesías
que le cantas en vascuenzas, etc., etc.

El santanderino tiene muchas de este estilo: Portugués, tú le mientes cinco veces / por el mitad del barba... / allá te avengas Marta con el pollos...

¹⁷ Es decir, *zabiltz ordu gaitzez*.

Covarrubias: “Solecismo: una composición de oración desbaratada, cuyas partes no coinciden entre sí; y el ejemplo es muy propio en los vizcaínos que empiezan a hablar nuestra lengua, por conjugar y adjetivar mal”. Y Huarte de Garazi: “... pues vemos que, si a Castilla viene a vivir un vizcaíno de treinta a cuarenta años, jamás aprende el romance”. Quevedo, hurgando en la llaga: “Si quieres saber vizcaíno, trueca las primeras personas en segundas, en los verbos, y cátrate vizcaíno: como *Juancho quitas leguas, buenos andas vizcaíno* y, de rato en rato, *Jaungoicoá*”.

Entre los millardos de Autores que han proferido esta clase de burlas, elijo la transcripción de una carta de Mateo Alemán, de un euskaldun que escribía a su padre (para más fecunda consulta, v. P.A. de Legarda, *Lo “vizcaíno” en la literatura castellana, 1953*): “Padre Señor, yo bueno estás, carta escribo, madre la leas, hierro no vendes, nadie lo quiere Dios que te guarde”. A Timoneda, no cabe duda, le pareció una excelente idea lo de la carta del euskaldun: “Un vizcaíno hizo una carta a su padre diciendo así: «Señor padre: antes de hacer carta te escribo en ella una cruz con un bésame las manos. Hágote saber que oficio que aprendido tienes estrasquiladero; jabonas barbas y cabezas y a poco poco, mirando personas, me hago persona. Al tiempo que no trabajas, por ocio no estar, aprendo jaques y mates, o me hallarás rascando panza, torciendo oreja a la que voces tienes y gritos como a mosiquero. A señor madre dirás que envía una camisa con un moixcadero de moixcar narices. Escrita en año de un i, dos ss. y un 3; en 2 y en 0 de mes de uvas, si cuentas sabes, amén».

En el *Cancionero musical de los siglos XV y XVI*, aparece el siguiente canto de Juancho de Mondragón. Abundaba este tipo de textos en España:

Una señora muerto habías
A Juancho de Mondragón,
Y no tenías errazón.
Señora, eres tan hermoso
Que amatas a vida mía;
Amor tuyo es tan gracioso
Que le das a mi mal día.
Sabes mucha raposía.

No lo enyiendo yo tu amor.
Jura a Dios, *bay fedea*,
Que lo has mala condición... etc.

A Unamuno y Baroja se les echaba en cara que los euskaldunes hablaban mal en español. Esto también les trajo —en cierto modo— por la calle de la amargura.

EUSKERA GROSERO: Cuando los euskaldunes hablaban no en castellano sino en euskera, no tardarían en escuchar gracias como aquéllas de Sigeril, *mala sea la puta que te parió*, y similares.

Las burlas más descarnadas al euskera son posteriores. Aquí serán obviadas. Pero, para cuando los euskaldunes se diseminaron por tierras eraldunes, hacia el siglo XVI, los españoles no profesaban demasiado cariño por el euskera, seguramente. *Su lenguaje grosero y bárbaro y que no recibe elegancia* decretaba, como hemos visto, el frailastro Mariana, quien *habla del vasco con un desdén absoluto* (Caro Baroja).

No es de extrañar que el euskera sea una lengua bárbara, si los propios euskaldunes eran *de suyo gente grosera, feroz y agreste*. Existe, empero, una razón más poderosa para que sea bárbara: los euskaldunes son judíos que Tito y Vespasiano expulsaron de Jerusalén y a quienes impusieron el castigo de que les fuera arrancada la lengua. El euskera es, pues, un idioma de deslenguados, de gente privada de la lengua. (Volveremos a ver, algo más abajo, ese origen judío de los euskaldunes).

Son los castellanos quienes afirmarán que el euskera es la lengua de los sin lengua. Una jerga, puro ladrido. “Hablaban uno y nadie le entendía: pasó plaza de vizcaíno” (*El Crítico*). Para Pérez Galdós el euskera tiene el sonido de un serrote: “... Algunos hablaban la jerga indefinible en la cual los euskaros hallan gran belleza eufónica, y que la tendrá realmente cuando sea bello el ruido de una sierra”.

A Castillo Solórzano el euskera le parece un rebuzno. Rebusna el jumento y un euskaldun lo entiende, directamente:

Al reclamo del borrico
dijo el vizcaino estulto,
entendiendo su idioma:
“Juras a Dios, asno rucio”.

Asimismo, “*el vizcaíno noble / con su semejante anduvo / cortesano en celebrarle / sus conceptos tan machudos*”.

En *La Gran Sultana* de Cervantes, un tal Madrigal enseña euskera a un elefante.

Perro, borrico o elefante, el euskera es siempre lengua de animales, que es lo que son los euskaldunes. El euskera es una jerga ininteligible para cualquier cristiano. En el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* se vierte la siguiente definición: “Vascongado: confuso, obscuro, ininteligible”. Y añade, a guisa de ilustración, el siguiente texto de Tirso de Molina: “Rueguen a Dios que los saque / de penas del Purgatorio / que a fe que hay entre ellos fraile / que habla prosa vascongada / y versos trilingües hace”. (No hemos mencionado la emigración de frailes y religiosos).

Fruto amargo de aquel desprecio por el euskera, sin duda, son los versos de Sor Juana Inés de la Cruz, que contestando al tópico, escribió en México:

Nadie el Vasquence mormure
que juras a Dios eterno,
que aquesta es la misma lengua
cortada de mis abuelos.

El euskaldun se ha encontrado en una difícil situación, inmerso en la cultura erdaldun y él mismo como criado de los erdaldunes. En ésta, su cultura le era negada hasta en la mínima expresión. Tal vez el erdaldun tuviera la sensación de que era dueño del mundo. Así, no tendría el euskera y la cultura vasca en mayor estimación que otras culturas y lenguas de las Indias. *Hablar en cristiano*, obviamente, no quería decir expresarse en latín.

Pero, en lo referente al euskera, no deseamos caer en la simpleza. Se han burlado de nosotros y, seguramente, no hemos merecido otra cosa que burla. Porque esto otro también hay que admitirlo: si bien es verdad que los extraños se burlaban del euskera, no es menos cierto que las propias clases principales de Euskal Herria eran culpables. Los jauntxos euskaldunes se asemejaban demasiado a los erdaldunes. Apenas han hecho

nada, por ejemplo, para crear una Universidad en Euskal Herria. La de Oñati, construida en 1540, fue fruto de una idea y un tesón, los del Obispo don Rodrigo de Mercado y Zuazola, y quedará –y se perderá– sin la ayuda de las clases principales: *hija no ya de una necesidad, que el país no sentía, sino del entusiasmo de un mecenas renacentista* (J.M. de Azola). Pero la necesidad sí existía. Enorme, perentoria, acuciante. En la Asamblea de Tudela de 1565 las Cortes Navarras resolvieron edificar una Universidad en Estella, *para que se excusasen los excesivos gastos que se hacían por los naturales en las universidades extrañas*. He ahí la premura. Decíamos más arriba que eran muchísimos los euskaldunes que debían viajar hasta Castilla a cursar estudios. En las Asambleas de 1576, 1585 y 1589 se tratará de nuevo aquel mismo proyecto. Pero no se logrará recaudar fondos suficientes... Al final, serán los frailes dominicos quienes construyan la Universidad de Pamplona... Los jauntxos euskaldunes no pierden en balde sus dineros en pijadas y fruslerías culturales. Prefieren enviar a sus hijos a Castilla, para que estudien. Y la literatura no encontrará mayor ayuda. Incluso los libros en otras lenguas quedarán también sin imprimir: *Suma de las cosas cantábricas y guipúzcoanas* de Zaldibia, *Compendio historial de Guipúzcoa*, de Isasti, *Crónica...* de Ibarгүйen-Katxopin. Mitxelena, atento al panorama: *Sería inexacto suponer que las autoridades fueron opuestas, por razones mejores o peores, a fomentar el uso escrito de la lengua vasca y sólo de ésta... en realidad, en Guipúzcoa y en Vizcaya, por lo menos, la aversión se extendía sin discriminación a todo escrito en la lengua que fuere*. Ése era el quebradero de cabeza de los jauntxos autóctonos ¡De qué extrañarnos, pues, si los erdaldunes nos veían como seres incultos! Un siglo más tarde se lamentará Larramendi de *este país, donde apenas hay más libros que los de San Antonio en montes, prados, valles, bosques, ríos y precipicios*.

En ese tiempo, en Euskal Herria, apenas se oía otra lengua que el euskera. Por lo tanto, esa barbarie correspondía a la cultura en general, aunque redundaba principalmente en perjuicio del euskera. Por otra parte, sobradamente conocida es la indolencia que mostraban con respecto al euskera las clases principales de Euskal Herria. Sabemos, por ejemplo, que muchos frailes y curas de la época preferían predicar a los labradores de aquí en español o en latín, que en euskera. Hasta muy

tarde no se impartió catecismo en euskera. Según cuenta Etxabe, *siempre hasta estos tiempos se auia enseñado en latín y en romance*. El Obispo de Calahorra don Juan Bernal Díaz de Luko le escribía así a San Ignacio desde Trento: *V.m. está informado... de la imposibilidad que hay para que allí se pueda plantar sino por personas naturales de la misma lengua, y de la falta de eclesiásticos vascongados que puedan y quieran aplicarse a predicar por aquella tierra*. El Obispo Pedro Manso de nuevo constataba en las Constituciones Sinodales de 1602, en Calahorra: *Porque somos informados de que en la tierra bascongada los predicadores por autoridad predicán en romanze, de lo que se sigue grande daño, y que las gentes que vienen de las caserías a oírlos salen ayunas del sermón...* etc. Al cabo de muchos años, el padre Larramendi, discípulo de San Ignacio, presentará la misma queja: que a gente que no conoce sino euskera se le predica en español. Y lo mismo Kardaberaz. A decir de Larramendi, los peores eran los beatos, los meapilas, jauntxos, señoritos y señoritingos, ilustrados, principalotes (Humboldt repetirá esta misma denuncia). Ésos eran los que marginaban el euskera, por creerse más grandes haciéndolo así. Pero en general no se escribía en euskera, aun siendo la única lengua que casi todos conocían.

La primera página de la literatura vasca comienza con un llanto: *Zeren baskoak baitira abil, animos eta gentil eta hetan izan baita eta baita sientzia guzietan letratu handirik, miraz nago, iauna, nola bat ere ezten asaiatu bere lengoaje propriaren favoretan heuskaraz zerbait obra egitera eta skributan imeitera*¹⁸. Al propio Leizarraga el euskera se le hacía difícil y torpe, inusitado aún en la literatura, y sin sufrir desbroce alguno en las incursiones de la traducción: ... porque este lenguaje que yo he escrito sí que era estéril y diverso; es más, desconocido para la traducción. Axular dio la razón: *euskaldunek berek dute falta eta ez euskarak*, es decir, del hablante es la culpa, no de la lengua.

¹⁸ Ya que los euskaldunes son hábiles, corajudos y contumaces y ya que en todas las ciencias han existido y existen grandes ilustres, estoy extrañado, señor, de que anteriormente nadie haya intentado, en beneficio de su propia lengua, el euskera, escribir y publicar alguna obra en euskera.

Por ello, y con toda la razón del mundo, Etxeberri de Sara, comparando a los extranjeros que desprecian el euskera ha puesto en fila a los “euskaldunes despreciadores del euskera”: Porque el euskera... hoy día sufre desprecio y desdén por dos clases de gentes. Unos son los que no lo saben. Y otros, hijos de Euskal Herria, que tienen la obligación de saberlo.

Los primeros desdeñan y desprecian nuestro euskera –continúa Etxeberri– por el sonido de la palabra, por la entonación, etc., porque se les hace extraño al oído. o porque las palabras del euskera les parecen ridículas y extrañas.

Eso, los extranjeros. Mariana, sin ir más lejos. Pero habrá gente de aquí que no será más amante del euskera: *nahiago bailukete ikhusi (euskara) osoki iraungia, eta hortzia, erraiten dutelarik ezen, eskuara hitzetan agorra, eskasa eta moldegaitza dela, eta ezte la yeusetarako*.¹⁹

La literatura vasca entera es la literatura de un pueblo despreciado, una cultura despreciada y una lengua despreciada. Lo hayan confesado específicamente o no, desde el comienzo hasta nuestros días todos los autores euskaldunes han trabajado bajo esta impresión.

Pero el euskaldun también tiene su parte de culpa. Los erdaldunes pensaban –no sin razón, porque el euskaldun le daba motivos para ello– que el euskera era una lengua salvaje. Que ni siquiera era posible escribir en euskera. Que no era apto para recibir cultura. El lejano eco de estas burlas se escucha en el texto (también en español) de Pedro de Madariaga, de 1565: *Yo no puedo dexar de tomar un poco de cólera con mis Vizcaynos, porque no se sirven della en cartas y negocios; y dan ocasión a muchos de PENSAR QUE NO SE PUEDE ESCREVER, habiendo libros impresos en esta lengua*. Haremos una pequeña advertencia sobre dicha imposibilidad de escribir en euskera, ya que puede tener dos sentidos. Uno, muy material: que no existe graffia (propia). El latín posee su alfabeto, el griego el suyo, el hebreo el suyo. Las lenguas latinas no tenían

¹⁹ Preferirían ver al euskera totalmente aniquilado, muerto y enterrado, porque dicen que el euskera es, en vocabulario escaso, limitado y rígido, y no vale para nada.

problema porque se podían aprovechar del de la madre (incluso alguna pretenderá convencernos de que ella ha sido la fundadora del alfabeto latín o del griego). Pero, ¿en qué alfabeto deseaba ser escrito el euskera? Carecía del suyo específico. Escribirlo era imposible. Alguien informó a Andrea Navagero, cuando pasó por aquí, que el euskera era una lengua “extrañísima” y que “no tiene escritura propia”. El segundo significado es el que siempre hemos entendido: tan enrevesado es el condenado, que no hay quien acierte a escribirlo. En esta segunda acepción, al menos, los euskaldunes se han creído el cuento a pies juntillas. Así lo expresa el título del libro de Larramendi “El imposible vencido”: es posible incluso una gramática del euskera, es decir, el euskera es una lengua que podría ser interpretado por la ciencia gramática. Quienes obraban de buena voluntad sacarían mil excusas: que es una lengua difícil, etc. A San Ignacio le parecerá *aquella difficilísima*. Y tendrá un buen discípulo (en el no aprender) en Unamuno. Quienes no mostraban tan excelente voluntad declaraban que no valía un pimiento. Una jerga bárbara.

Al parecer, los euskaldunes desde aquel siglo XVI han sufrido incontables mofas, tanto por su torpe castellano como por su euskera. Etxepare veía al euskera *ezein reputatione gabe*, sin ninguna. De todas formas, nos dice Axular, el euskera no iba a ser tan corto, inexpresivo e inútil como todo el mundo cree. Quebradero de cabeza para todos los escritores antiguos y para casi todos los menos antiguos ha sido demostrar que el euskera verdaderamente no es menos que otros lenguajes. *Zeren euskera eta bertze hizkuntzak different baitira. Ordea ezta ez handik segitzen gaixoago dela euskara*²⁰. Y con estos problemas llegarán hasta casi hoy mismo los propios Orixe y Lizardi... Porque desde antaño se ha afirmado a menudo que el euskera es menos capaz que las otras lenguas.

Etxepare escribió en el siglo XVI. Por todas partes se le advierte el carácter acomplejado, la amarga reacción de quien ha sufrido mil burlas y escarnios: *bertze nazione orok uste dute ezin deusere skriba daiteiela...*²¹.

²⁰ Porque el euskera y las otras lenguas son diferentes. Pero de esto no se deduce que el euskera sea peor.

²¹ Todas las demás naciones creen que nada se puede escribir en euskera.

Bertze jendek uste zuten
ezin skriba zaiteien.

...
Lengoietan ohi intzan
estimatze gutitan
(Kontrapas)
Lehenago hi baitintzan
lengoietan azkena

...
Heuskaldunak mundu orotan preziatu ziraden,
baina HAIEN LENGOAIAZ BERTZE ORO BURLATZEN
(Sautrela)

Se ríen del euskaldun por lo incapaz de su lengua —el euskera—. Y lo ridiculizan por su torpe erdera. El euskaldun carece de lengua. Es mudo. Inculto. Bárbaro. Bestia salvaje. Borrico.

Quienes de nuevo —no hace mucho— hemos conocido y aún conocemos lindezas de éstas, sabemos en qué firme tradición están arraigadas estas conductas. Hay un recto camino desde aquí a las filosofías de Unamuno sobre la incapacidad del euskera y las sentencias del socialista Madinabeitia, que decía que *no tenemos más cultura que la hispana, que la que nos ha prestado Castilla, Andalucía, Aragón... (pero, por si acaso, pasando lista a las autonomías, no se le escapó Cataluña)*. Aprended, hermanos míos de sangre —predicaba el otro predicador de Salamanca— *a encarnar vuestro pensamiento en una lengua de cultura, dejando la milenaria de vuestros padres; apeaos de la mula luego y vuestro espíritu, el espíritu de nuestra raza, circundará en esa lengua, en la de Don Quijote, los mundos todos...* Poca novedad. Estos señores nos dicen que hagamos aquello que se ha venido haciendo desde hace cuatrocientos años, como si fuera una idea original.

LOS CARGOS: A pesar de lo dicho, aunque fueran bárbaros ignorantes, había una multitud de letrados, notarios, secretarios euskaldunes por todas partes, ocupando los cargos para los que era preciso poseer algo de culturilla. ¿Cómo es posible eso, siendo gente ignara e inculta?

Pues bien, innumerables contiendas y polémicas tuvieron su origen precisamente ahí: los letrados euskaldunes arrebatában oportunidades de

trabajo a los letrados españoles. Mil y un casos de este tipo pueden verse en el libro *Los vascos y la historia a través de Garibay*, de Caro Baroja. De él es el primer pasaje: *Covarrubias y otros les alaban a comienzos del siglo XVII [a esos euskaldunes burócratas] como la gente más apta para la administración y el gobierno... Pero llegará un momento, allá en la época de Felipe IV, en que la predominancia vasca en cuestiones de gobierno precisamente parecerá abusiva a algunos, de suerte que afirmarán que en lo que los vascos tienen de "escribas", se ve su relación con los judíos. Incluso hay un texto de Quevedo que puede considerarse como alusivo también a la omnipresencia "cantábrica" en "cosas de pluma", dominadoras en tiempos de decadencia, sobre las de espada.*

Dicho texto pertenece a aquella *Epístola satírica y censoria*:

Joya fue la virtud pura y ardiente;
Gala el merecimiento y alabanza;
Sólo se codiciaba lo decente.
No de la pluma dependió la lanza,
Ni el cántabro con cajas y tinteros
Hizo el campo heredado, sino matanza.

Comentando un libelo de 1642, que transcurre en ambiente de mofa hacia los euskaldunes, y cuyo prólogo data de después de la segunda Guerra Carlista, Caro Baroja se explica así: *"El pequeño prólogo, escrito al término de la segunda guerra civil, para afianzar la unidad de España sin duda, nos habla de aquel desdichado patriotismo, que sea de miliciano de morrión, esparteriano o progresista, sea canovista y "liberal-conservador" o sea fascista, da los mismos resultados. Esta clase de diálogos, en los que el castellano habla con tono de superioridad absoluta, no sólo se registran cuando hay violencia por medio [ya que antes ha mencionado ciertos libros constituidos sobre todo por diálogos]. Son corrientes incluso cuando no existe guerra"*.

La animadversión se inventa muchos argumentos. Y la ojeriza de esos cargos o burócratas euskaldunes también creó sus diversas razones, entonces y después. Llorente, por ejemplo, quiso valerse de la abundancia de dichos cargos para atacar a los Fueros, *con la idea de probar que ellos podían haber influido para ampliar los fueros y prerrogativas de las provin-*

cias. La intención del canónigo riojano, educado en los principios de la Monarquía borbónica absolutista, era bien clara.

Uno de los argumentos en contra de los inmigrantes que esgrimirán los abertzales de principios del siglo XX es que los trabajadores foráneos que aquí llegaban les quitaban el trabajo a los autóctonos. Y, según se desprende, en Castilla inventaron algo parecido: que los euskaldunes procedían de fuera y les arrebatában a los de casa los mejores cargos. No debían de ver con muy buenos ojos la proliferación en dichos puestos de tanto euskaldun plumífero implume y tinterócrata. También de ahí surgía mucha envidia. Por lo visto, les parecía una judiada o algo por el estilo. Les achacaban que no llegaran a dichos cargos por merecimientos, sino por privilegios y enchufes. Y que todos aquellos notarios y secretarios euskaldunes eran unos arribistas ignorantes y unos aprobetxategis sin escrúpulos... este tipo de murmuraciones era el deporte nacional de Castilla. Un pasaje del Quijote nos muestra estos sentimientos. Sancho, nombrado Gobernador de la Ínsula Barataria, ha recogido una carta, pero no sabe leer:

- ¿Quién es aquí mi secretario?
- Yo, señor, que sé leer y escribir y soy vizcaíno.
- Con esa añadidura bien podéis ser secretario del mismo Emperador.

Y es que eran legión los euskaldunes que ocupaban cargos de tal consideración a partir de la mitad del siglo XV, en especial.

Podríamos decir que también “las cosas de la pluma” dieron en el siglo XVI una marcada superioridad a los vascos, señalada por Cotarelo a la luz de sus investigaciones en torno a la caligrafía y por otros autores a la luz de documentos distintos [en el primer apartado de este mismo capítulo hemos visto, en Covarrubias: *en materia de gobierno, aventajados a todos los demás de España*]. “Era ya cosa sabida –dice Cotarelo– que todas las oficinas reales (en tiempos de los Felipes) en los Consejos, y al lado del Rey y de sus primeros ministros, había de haber un secretario vizcaíno, alavés o guipuzcoano que lo mandaba, y disponía todo, y que había llegado allí sólo por su pericia pendolística, ayudado después (es natural) de otras cualidades de voluntad y entendimiento. La tradición se conservaba aún en el siglo XVIII, donde abundan en las secretarías los

apellidos de aquellas dichosas y fecundas comarcas". La tradición –ampliaremos– arranca por lo menos del siglo XV en que Fernando del Pulgar, en una famosa carta al Cardenal de España, se burlaba, no sin tristeza, de los “guipuzes”, que introducían en su tierra el estatuto de limpieza de sangre contra los conversos e inundaban las casas de éstos de hijos, para que les dieran oficios y caudales. (*Caro Baroja*)

Si tan numerosos eran, no serían del todo malos, se puede desprender... Aun así, alguien extraerá la muy seria conclusión de que los euskaldunes son *escribas* y judíos. Y Ruiz de Alarcón exponía con su amarga ironía, acerca de alguno que sin ser euskaldun había llegado a secretario:

Y a fe que es del tiempo vario
efeto bien peregrino,
que no siendo vizcaíno
llegase a ser secretario...

Para finalizar, en el siglo XVIII es un conjunto de navarros, ilustrado, el que se responsabiliza de los más altos cargos de la Corte. Así los inmortalizó la poesía:

Con esquiveces y ultrajes
domina y devora España
desde la inculca montaña
una tropa de salvajes.

RIDÍCULOS NOBLES: Otra de las causas que en infinitas ocasiones ha motivado el escarnio, ha sido la nobleza de los euskaldunes. Este capítulo se refiere al nivel institucional. Es una de las interesantes peculiaridades de los Fueros. En teoría, al menos, el Fuero consideraba nobles a todos los euskaldunes; bueno, a la mayoría. En la práctica, las cosas no eran tan bellas como en el papel, por descontado. *Diru gabeko anditasuna, su bagerik berzuna*²² decían los vascoparlantes de la época. Otra, del siglo XVI: *los hidalgos y caballeros, por más de ilustre sangre que*

²² Grandeza sin dinero, badil sin fuego.

sean, si tienen poco y pueden poco, téngase por dicho que los han de tener en poco (Guevara). Pero eso ya había sido dicho mucho antes por Jorge Manrique en las *Coplas por la muerte de su padre*: “Ved de cuán poco valor / son las cosas tras que andamos / y corremos (...). Pues la sangre de los godos / y el linaje y la nobleza / tan crecida, / ¡por cuántas vías y modos / se pierde su gran alteza / en esta vida! / Unos por poco valer,, / Otros que, por no tener, / con oficios no debidos / se mantienen”. Poco vale la sangre goda cuando falta el dinero. (También entonces había que emplearse en trabajos oprobiantes: “oficios no debidos”, porque quien en esos se ocupa, villano seguro es). Por el contrario, el acaudalado (“poderoso caballero...”) sea de donde sea, fácilmente se convertirá en noble, gracias al vil metal. “No hay honra más segura que el dinero” (Julián de Castro). Lo veía Voltaire con su ironía: “*En France est Marquis qui veut; et quiconque arrive à Paris du fond d’une Province avec de l’argent à dépenser et un nom en -ac ou en -ille, peut dire un homme comme moi, un homme de ma qualité, et mépriser souverainement un Négociant*”. Recordemos que todos los euskaldunes, en teoría, eran nobles. (Siempre existe en la teoría más justicia y más belleza que en la praxis). Decía, con suma prudencia, Sancho Panza en sus últimas horas: “Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener” (II, 20). No vamos a caer en idealizaciones. Pero la misma praxis era muy diferente en Castilla y en Euskal Herria. O en Euskal Herria y en Francia.

Los propios euskaldunes concedían gran importancia a su nobleza, como fácilmente se puede comprender. El Fuero de Sevilla de 1250 establecía que *ayan honra de caballeros* los navegantes que vivían en la Calle de los Bizcaínos, de aquella plaza. Porque esos bizcaínos se empeñaban en poseer dicho estatuto jurídico, claro está: reportaba muchas ventajas sociales. La declaración de su honra ponía en muy buen lugar al euskaldun en cualquiera de sus idas y venidas internacionales. Pedro de Medina: *son muy amigos de la honra y de la reputación. Hacen mucha estimación con jactancia de sus hidalguías y noblezas*.

Esta especial institución de la legislación vasca no hallará gran comprensión entre los erdaldunes. Los hidalgos y caballeros castellanos despreciaban al euskaldun rústico, desastrado que, al parecer, era noble, y apa-

recía por Castilla en busca de trabajo y fortuna. Bien dice Caro Baroja que *chocaba a los españoles en general que gente con oficios vulgares hiciese gala de nobleza*. Desde luego, por fuerza les tenían que parecer curiosos aquellos arrieros, mercaderes, escuderos, soldados y secretarios euskaldunes, más pobres que las ratas pero todos nobles. ¿Qué demonio de nobleza era aquélla?

En cierta ocasión en que Don Quijote acompaña a una dama a su coche, se topa con su escudero vizcaino. Éste va, caballero, montado sobre una descoyuntada y vieja mula de alquiler que a duras penas aguanta de pie sus pellejos. Pobre él también, Don Quijote no quiere dejar pasar al coche. El vizcaino todavía no había agudizado el ingenio en españolerías tanto como Unamuno, en eso de entender qui jotadas.

Se llamaba Santxo de Azpeitia. Le agarra por la lanza y le ordena al de la triste figura que deje avanzar al coche (en su torpe español, por supuesto: *en sus mal trabadas razones*):

—Anda, caballero que mal andas, por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como está ahí vizcaíno.

Entendióle muy bien Don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

—SI FUERAS CABALLERO, COMO NO LO ERES, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

Coexistían aquí dos sistemas sociales demasiado diferentes. Coexistían, pero enfrentados mutuamente. Los erdaldunes a penas podían tolerar ese tipo de nobleza. Sus conceptos eran de otra categoría. A igualdad de títulos no correspondían realidades iguales, porque era diferente ser noble euskaldun o noble castellano. “*Nunca Perucho Conde*” pensaba para sus adentros el castellano. Y con toda la razón del mundo: la nobleza vasca nada tenía que ver con los títulos de Castilla.

Por tanto, los españoles —los jauntxos españoles, particularmente: los castellanos de sangre goda, azul— no hacían otra cosa que mofarse de las barbas de esos nobles salvajes. Pero también la opinión pública, la del pueblo llano, se reía a cuenta de los euskaldunes ¿*Cuál era la actitud de la opinión vulgar?*, inquiera García Herrero. Y responde: *El tipo*

del hidalgo vizcaíno fue blanco de la sátira popular en la literatura recreativa.

Un libro del siglo XVII titulado *Castellanos y vascongados* no aprobaba la pureza de sangre de los euskaldunes, la no mezcolanza con judíos y moros y, por ende, su nobleza. *El problema de los aborígenes vascos está resuelto en este opúsculo por la cita de un curioso texto de Paulo Jovio, que entronca a los vizcaínos con los judíos expulsados de Jerusalén por Tito y Vespasiano. De aquí claramente explicada la etimología de la palabra vizcaínos, que quiere decir Bis-Cáines, dos veces Cáines, una con Abel y otra con Jesucristo. Igualmente, hace al caso de dicha tesis la etimología de Fuenterrabía: "Fuente-Rabía es Fuente y Puerto de Rabinos, o Fuente y Puerto a donde asistía el Rabino principal y se bañaba cada día a su usanza...". Otro contundente argumento: "Que en vuestra tierra hubo moros con su mezquita, pruébalo en que ahí quedó el lugar de Amezqueta, donde estaba la mezquita"* (Herrero García).

Ya veíamos antes que existía un sinnúmero de escribanos y secretarios euskaldunes en Castilla. Y tampoco esto le gustó al autor de *"Castellanos y Vascongados"*: *Por lo que tenéis de escribas, que siempre traían el cartapacio y pluma consigo, en la plaza de Jerusalén, que por eso sois tan grandes escribientes y plumarios.* No eran nobles, pues, sino judíos, aquellos escribas euskaldunes.

Parece una auténtica barbaridad valerse del citado "etimologismo" para, a partir de escribano, llegar hasta escribas y judíos. Pero no tiene pinta de ser una lucubración sin fundamento de un polemista fantasioso, sino el eco de los rumores de la gente sencilla. *Viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre, el cual tenía fama de confeso...* (judío convertido) se puede leer en el segundo capítulo de "El Buscón". Daba la impresión de que la gente rara euskaldun vivía totalmente aislada en las ciudades de Castilla, de un modo misterioso, con sus curiosos hábitos, su extraño lenguaje, rompiendo el castellano. Y la gente castellana con suma facilidad tomaba por judíos a esos extraños euskaldunes. Ya sabe usted cómo el mismísimo San Ignacio fue acusado de judío ante la Inquisición.

Posteriormente, cuando pasó la judeo-manía, los euskaldunes fueron

dados por franceses. Siempre será identificado el euskaldun con “el enemigo”, con cualquier gente extraña y odiosa. Claro: el euskaldun era diferente. Y esa diferencia esencial levantaba recelos por todas partes (de España). También aquí el aspecto apologista hace gala de una deplorable falta de sentido del humor. El euskaldun va a hacer lo imposible con tal de demostrar que es *de sangre limpia*, que ni una sola gota de sangre mora o judía corre por sus arterias. Por lo visto, la sangre de los apolo-gistas era más pura (que el ingenio).

No todos se burlaban, ciertamente. Había quien se tomaba en serio eso de la pureza de sangre de los euskaldunes y todo el rollo consi-guiente. Por ejemplo, aquella marquesa de Priego que se comprometió ante San Ignacio a que en Córdoba todos los jesuitas fueran euskaldunes, creía en la nobleza vasca... Pero también en aquellos tiempos, en Israel, la mayoría profesaría seguramente unas creencias más modestas. Porque no cabía en los esquemas habituales. Y aquello entraba en abierta contradicción con su realidad.

No todo esto quedó en simple burla. Llegó hasta los Tribunales. Se entabló un pleito, a finales del siglo XVI, acerca de la nobleza de los euskaldunes, en la Cancillería de Valladolid, entre el Fiscal de allí y las Juntas Vascas. Era imposible que los euskaldunes fuesen nobles, argumentaba el Fiscal Juan García, porque si así fuera tendrían pecheros y criados a su servicio. A Juan García no le cabía en la cabeza que aquellos euskaldunes que veía allí pudieran ser nobles. Ni a él ni a la mayoría de la gente, sin duda. De un modo u otro, va a haber para rato con estos litigios. Al final se decidirá que sí, que los euskaldunes son nobles. Pero esta sentencia apenas alteraría la opinión de los castellanos.

Más arriba hemos citado un pasaje de Perucho, de *La Celestina* (*Tercera Parte de la Tragicomedia*, Gaspar Gómez). Como no podía ser de otro modo, en este libro también se burlan de la nobleza del euskaldun: *¡Oh, Perucho, Perucho, qué mala vida hallada le tienes: linage hidalgo y tú cavallo limpias!* No eran funciones apropiadas para un hidalgo español... Pero Perutxo es pobre. Y de algún modo ha de conseguir su alpiste:

... linage hidalgo, tú cavallo limpio; no falta comer un pedaço oguia, sin que trabajo tanto le tengas.

Doscientos y pico de años después le tocará a Larramendi defender a los euskaldunes de esas burlas (v. el capítulo *De la nobleza...* in “Corografía”):

Válgate por nobles zapateros, por nobles carboneros, nobles sastres, nobles carpinteros, que oírlo provoca la risa. Pero válgate por nobles ociosos, nobles haraganes, nobles inútiles, incultos, inconvenientes de bulto, que de verlos sólo provoca vómito e indignación. ¿Son más estimables estos nobles ventosos, copetudos, insustanciales, que los nobles de Guipúzcoa en sus oficios humildes y siempre bien ocupados?

Isasti, ante este problema, llevó a cabo la siguiente defensa de la nobleza vasca:

Adviértese que los hidalgos de sangre, particularmente los de Guipúzcoa, no pierden su hidalguía y nobleza por usar oficios viles y necesarios, aunque hayan caído en suma pobreza... Pero si la hidalguía o nobleza es de privilegio, que llaman *ex accidenti*, se pierde usando oficios viles por su persona.

Zaldibia, Garibai, Baltasar Etxabe y otros muchos se han empleado a fondo ante el reto de probar la nobleza vasca. Y esa misma contumacia muestra hasta qué punto se ha de realizar el esfuerzo de probarlo. Cuando Don Quijote le espeta que no es caballero, el vizcaíno de Cervantes le responde con la celeridad del rayo. No lo escuchaba por primera vez:

—¿Yo no caballero? jura Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojás y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas; vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo y mientes que miras si dices otra cosa...

La inseguridad que se trasluce en ese chaparrón de aseveraciones parece venir de quien ha sufrido mil veces el escarnio. Se ha vuelto a hurgar en la llaga.

Abundan este tipo de historias. Toda clase de burlas y acusaciones. Comparaciones entre euskaldunes y erdaldunes, *en los que el “castellano”*

habla con superioridad absoluta al rudo pero desvalido euskaldun. Los euskaldunes —lo volvió a decir Sánchez Albornoz, punto redondo— no son inteligentes: *Tienen mil años menos de civilización que cualquier otro pueblo... Son gentes rudas, sencillas... No son más que unos españoles sin romanizar.*

Hay, además, otro *misterio* que carece en absoluto de misterios:

La historia sería larga de contar. En todo caso, los que en el siglo XVI y en el XVII dieron más muestras de agresividad conceptual no fueron los que tenían la conciencia de la cortedad de su expresión y de la cortedad de su tierra, sino los que creían que la suya era mucho mejor de lo que, en realidad, era. ¿Por qué se habla entonces de continuo, de la soberbia vasca y no se dice nada del etnocentrismo o solipsismo de otros pueblos peninsulares, expresado en mil formas? He aquí un misterio que algún día habrá que estudiar (Caro Baroja).

A decir verdad, no soy yo un especialista para tratar estos temas, sino un mero euskaldun, amante de la lectura. Tampoco me he afanado en la búsqueda de bellos textos: algo apriorísticamente, me he valido de mi sucinto conocimiento sobre el Renacimiento con la intención de augurar qué es lo que puede suceder aquí. Sería interesantísimo que los investigadores estudiaran este punto. Yo, por mi parte, no tengo ni tiempo, ni ganas, ni —en mi opinión, claro— tampoco necesidad de dedicarme a esos ejercicios (rebuscar ejemplos antológicos acerca de quién insulta mejor a quién, etcétera). Lo que pretendemos entender es la historia vasca. El pensamiento vasco en la historia. Todos los pueblos tienen sus sandeces. Ya sé yo que las sandeces españolas corresponden a un tipo determinado de gente. Pero lo que a mí me puede interesar, como máximo, son nuestras sandeces, para tratar de entenderlas. De otro modo, todas las fanfarronadas y vanas glorias me parecen igualmente aburridas, sean españolas, francesas, inglesas o vascas. Pasemos pues, a observar y entender a los euskaldunes en sus necesidades.

APOLOGISTAS VERSUS ESCRITORES EUSKALDUNES

Estos conflictos explican, sin duda, el pintoresco fenómeno cultural que con frecuencia vemos florecer entre nosotros: el apologismo.

A este sentimiento de orgullo y dignidad —escribió Villasante— responden sin duda las muchas apologías escritas por nuestros antepasados en defensa de su lengua y su raza, rebatiendo a los que motejaban a los vascos como pueblo bárbaro y a su lengua como inculta y salvaje.

La altivez de los euskaldunes, o su orgullo, o su vanidad, o su arrogancia, o lo que se quiera, es algo que muchos han reseñado —positivamente algunos, negativamente otros—, o sea que algo habrá. Se cita a Humboldt, que era alguien muy a nuestro favor. Y aquel Abate Monteuil del siglo XVII ensalza la altivez de las mujeres euskaldunes: *tan cierto es que el noble orgullo de esta nación se extiende hasta las más bajas condiciones.* Etc.

La vanidad, de todos modos, es pobre argumento. Los españoles apenas son más humildes, según se afirma (*vanidad infantil del carácter español* decía Marx). Demos, al menos, una explicación a la metamorfosis de la arrogancia del euskaldun, es decir, por qué el vanidoso se ha convertido en apologista.

Para comprender a esos apologistas, en primer lugar habremos de recordar cómo se consideraban a sí mismos aquellos españoles que se burlaban de los euskaldunes. *La mejor provincia de Europa* consideraba Tirso de Molina a España: *donde las ciencias florecen, / donde la nobleza habita,*

/ donde el valor tiene escuela / y donde el mundo se cifra. Nobleza, bello idioma (es decir, cultura), historia heroica: éstos serán los temas centrales de los apologistas. Hermosa reina de las letras y las armas le llamaba Lope a España, ese Lope que no cesaba de burlarse de los euskaldunes.

Los españoles se consideraban más grandes que los demás, no importa en qué. *Grandes ventajas / en el brío y el aseo / a otras naciones les hacen / las españolas*, escribía Calderón. *Hace gran ventaja España / en amar, a otras naciones*, dijo Tirso. En todo, absolutamente en todo.

Contemplemos este bonito pasaje de Luján de Saavedra:

Es... España, si valgo para cosmógrafo de cosa tan insigne, la yema del mundo, la cabeza de las armas, el compendio de las letras, la fuerza de los ingenios, la Monarquía más poderosa, el poder más extendido, el valor más arraigado, señora de las naciones, sujetadora de los imperios, vencedora de cuantos se oponen a su grandeza, columna de la Iglesia, defensión y propugnáculo de la religión y, en suma, para concluir en breves razones, la que NO TIENE SUPERIOR Y TODAS SON SUS INFERIORES.

Otro, extraído de *El Búho Gallego*:

De las partidas del mundo la mejor es, sin duda, Europa, figurada por una piel de toro; y de Europa, la mejor provincia España, que es una cabeza del mismo toro... Desta ventaja que hace esta provincia a las demás del mundo, en temple, en valor, en riquezas, en dominio, que le tienen los naturales della, en la mayor parte de todas las demás; de la potestad con que las va señoreando, de la poca estimación que hacen de las demás naciones...

Tal como nos comunicó Gracián, todo txitxi-biritxi sabe, en España, que *¡Nosotros nacimos para mandar! El arrogante hispano* era una realidad. Como es una realidad *la poca estimación que hacen de las demás naciones*... Pero como el mismo Francisco Santos nos advertirá: *Notable es la estimación que tienen de sus personas, desprecio de las ajenas; querer cada uno ser Rey y mandarlo todo; poca sujeción porque les parece que nacieron dioses, y cualquiera cree que salió del tronco de Alarico, primer godo.*

Ésa era –muchísimo más, claro– la sociedad que rodeaba a los apologistas.

Son verdaderamente sintomáticos el empeño y las preocupaciones de los apologistas. Tienen en cuenta al lector español, es decir, aquél que no duda de su nobleza ni cree en su cultura. En otras palabras: al castellano que no deseaba ser comparado con los euskaldunes. El Licenciado Poza, Madariaga, Zaldibia, Garibai, Etxabe, todos tenían el mismo empecinamiento y las mismas vías de demostración. Qué antiquísimos, arcaicos son los euskaldunes, qué absolutamente puros, *quán elegante y antiguo es este language*, por supuesto, la *Lengua Vizcayna*.

A lo largo de toda la escuela de los apologistas, en el fondo, se entrevé el dolor de quien ha sido víctima del menosprecio, de la burla. Es evidente que son acusados y se están defendiendo. Para ser alguien han de demostrar que son alguien. Para ser aceptados. Si en 1562 las Juntas Vascas mantenían pleitos acerca de la nobleza de los euskaldunes en las Cancillerías de Valladolid y Granada, en adelante van a ser frecuentes los conflictos sobre este particular. Véase en Gorosabel. No cabe duda, asimismo, de que Garibai, Poza y compañía también tenían muy presentes estas desavenencias en su trabajo. El Licenciado Poza –primer apologista, en el sentido estricto del término– era un cargo electo de las Juntas. De profesión, pues, también era apologista o algo similar.

Los esfuerzos de los primeros apologistas (historias como las de Garibai, en este sentido, han de ser integradas entre los trabajos apologéticos), esencialmente, desean demostrar una cosa: que el euskaldun es hidalgo, noble. Que el euskaldun es tan noble como un noble de Castilla. Y la historia va a corroborarlo: se dirá que los euskaldunes son los cántabros de remotos tiempos, indómitos, no mezclados con los romanos, impolutos. Que la raza euskaldun es más fuerte, más limpia y más antigua que la de los godos (porque la nobleza española se jactaba de provenir de sangre goda). Es decir, utilizan los mismos criterios que los eraldunes: antigüedad, limpieza de sangre, jamás dominados por nadie, nunca mezclados con nadie, etc. Así vio Tirso la nobleza de los euskaldunes:

El árbol de Guernica ha conservado
la antigüedad que ilustran sus señores

sin que tiranos le hayan deshojado
ni haga sombra a confesos y traidores.

Los apologistas aplicarán los mismos criterios a la lengua: será destacada su antigüedad y su pureza. Lo que pasa es que los apologistas no se preocupan directamente por la lengua, en cuanto a instrumento de comunicación. Es evidente, pues, que el interés hacia el euskera de esos Autores obedece únicamente a sus intenciones, a saber, demostrar su nobleza. Han tratado la lengua en la medida en que lo demandaban sus intereses, en la medida en que lo ordenaba su ideología. El euskera no les importaba para nada más.

Había quien estimaba el euskera. Aquel Bernard Lehete a quien Etxepare dedicó su libro, por ejemplo, *Erregeren advokatu vitezko eta noblea: zuk, iauna, noble eta naturazkoak bezala, baituzu estimatzen, goratzen eta ohoratzen heuskara...*²³. Aquél lo estimaba: señal inequívoca de que otros no lo estimaban. Para ustedes que lo estiman sinceramente²⁴, el euskera no es algo que se haya de elogiar, sino utilizar. Etxepare, por ejemplo, no hace mención de la antigüedad del euskera ni de ningún otro honor. El prestigio del euskera lo ve en el hecho de imprimirlo. Tampoco Oihenart se ha preocupado, si no me equivoco, de los remotos orígenes del euskera para encontrar nobleza en su longevidad. Y no le hará ni caso a Garibai en la historia esa que se refiere a los cántabros y los euskaldunes en la antigüedad.

Pero Axular es del club cultural de Donibane Lohizune. Aunque allí se burlaban de Garibai y de Etxabe, las inquietudes culturales de estos Autores eran conocidas. En ese club, sin duda alguna, frecuentemente se reírían y se burlarían de los avatares del euskera en el Imperio español. Y el de Urdazubi se tomará en serio lo de la antigüedad y la pureza y todo lo demás del euskera. Así lo afirma: *aitzitik badirudi ezen bertze hizkuntza komun guztiak bata bertzearekin nahasiak direla. Baina euskara*

²³ Abogado del Rey, noble y humano: porque tú, señor, como quienes son nobles y naturales, estimas, ensalzas y alabas el euskera.

²⁴ El autor se refiere, obviamente, al lector de su original en euskera, no de esta versión al español.

*bere lehendabiziko hastean eta garbitasunean dagoela*²⁵. Gracias, pues. Burlas que se le hacían al euskera y que Axular –como alumno en Salamanca– conocía. Y añade: “Ahora el euskera parece débil, extraño, co-barde”, etc.

A Axular, como a cualquiera del club de Lohizune, le parecía lógico que los euskaldunes se mofaran del euskera. Lógico, precisamente, “porque algunos no lo saben leer ni escribir, aun siendo de su pueblo” (Euskal Herria = Pueblo del Euskera). Por lo tanto, *el euskaldun es el culpable, no el euskera*. Y lo que hay que hacer, en consecuencia, es elaborar el euskera, trabajarlo, ejercitarse en él. Y no cuatro apologías en erdera. Mucho más que viendo apologías en español se convencerán los burladores del euskera viendo libros en esta lengua. Los versos de Klaberia nos denotan, mejor que nada, el pensamiento de toda la cuadrilla de Lohizune:

Burlatzen naiz Garibaiez
bañ halaber Etxabez,
zeñak mintzatu baitire
erdaraz Euskaldunez.
Ezen zirenaz geroztik
Euskaldunak hek biak,
Eskuaraz behar zituzten
egin bere historiak.

Muchos años después un gran apologista de Hegoalde, Larramendi, aunque no tomó esta vía, se percató de su ortodoxia. Larramendi va a ser, además de preclaro apologista, dinámico impulsor de la literatura vasca. Pero encarna otra era, sin duda. Está integrado en una conducta populista. Además, aquel primer apologismo representa la ideología de los jauntxos euskaldunes que desean establecer y reforzar vínculos con los jauntxos de Castilla. Está más enfocado al exterior que hacia los de casa.

En general, aunque los euskaldunes han soportado innumerables escarnios en esta primera época, gozan del favor y de la protección de la

²⁵ Por el contrario, parece que los lenguajes que nos circundan están mezclados entre sí. Pero el euskera está como en su auténtico comienzo, puro.

Corte española (Habsburgos). En el siguiente período, aunque seguirán teniendo que sufrir escarnios, no tendrán el favor seguro de la Corte (Borbones). En el tiempo que nos ocupa, los euskaldunes se han empleado a fondo en ganar la benevolencia del Rey español. Son fieles, obedientes criados y siervos, que siempre cumplen los gustos del señor... ¡De allí provendrá luego el oro para sus bolsas! Es ésta una clase que vendió su alma por una onza de oro. Y los primeros apologistas han plasmado la ideología de aquella clase.

Han respondido a otra conciencia vasca, ajena a la de los escritores, es decir, han reflejado otra conciencia (y, digámoslo sin ambages, salvo un único escritor, todos los demás son de la parte francesa y no, desde luego, del territorio de la España que descubrió las Américas y se expansionó por todo el mundo). Tal vez no era una conciencia vasca, en el sentido que se le da hoy día. Pero es que las limpiezas son relativas. En cualquier caso, tan buenas como la historia lo permite.

En los propios escritores euskaldunes se advierte que viven en la época en que la clase principal son los jauntxos o los caballeros y en que la ideología predominante es, consecuentemente, esa misma. Bernard Etxepare le ha ofrecido, en calidad de “humilde servidor”, su libro a “su dueño y señor” Lehete, que es noble y leal abogado del Rey, dueño de toda clase de virtud. Llama a los euskaldunes “gentiles y animosos” y nosotros no olvidamos que cada época y tipo de sociedad posee su catálogo de virtudes y, por lo tanto, de alabanzas. A cada cual su ideología, por así decirlo. Hiribarren y Orixe han escogido otras formas de ensalzar al euskaldun. Ningún poeta actual se atrevería a decir que pretende ofrecer su libro a los euskaldunes para “que éstos aprendan doctrina, se complazcan, conversen acerca de él, canten y puedan pasar el tiempo con el mismo”, por ejemplo. En nuestra ideología, al escritor se le exigen otras cosas... Axular, parecido (y, en algún momento, muy diferente): le ofrece su libro a *Ene iaun Bertrand de Etxahus, Tourseko Artzipizpiku, Frantziako lehenbiziko erremusinari, Ordenako aitonen seme, eta Erregeren Kontseilari famatuari*²⁶. Las vir-

²⁶ Mi señor, Bertarnd de Etxahus, Arzobispo de Tours, Principal Limosnero de Francia, Noble de la Orden, prestigioso Consejero del Rey

tudes y méritos que le canta al de Etxahus en modo alguno son las que cualquiera de nosotros utilizaríamos para piropear a otra persona (v. el documento *Gomendizoko Karta*, entero). Habremos de analizar específicamente el pensamiento, el sentimiento que se colige del texto. Pero una sola de esas frases es suficientemente elocuente: “Que el Rey se vista con el mejor tejido; el noble, con uno de mediana calidad; y el labrador, con el más vulgar”. A cada clase le corresponde una manera diferente de aparecer y moverse en sociedad.

Hemos de contemplar a los Autores euskaldunes, en todo caso, dentro de los límites que les permite esta ideología. No los podríamos imaginar como “abertzales conscientes” al estilo de hoy, por ejemplo. Ese “cántabro” de Etxahus que a Axular le parece *euskaldunen habea, iabea*²⁷ y más cosas, no parece haber sido cooperador hasta tal punto. No obstante, entre todos han creado la literatura de un pueblo marginado y desdénado. No sólo *en favor* de este pueblo. Aunque la de estos tempranos escritores no sea una clara conciencia, son los primeros rayos de luz.

Dichos Autores apenas hablan de Euskal Herria, pero le hablan al pueblo euskaldun, en euskera. Los apologistas, por el contrario, hablan siempre de Euskal Herria, pero al castellano, en erdera.

Euskal Herria está dividida. Cada comarca, cada barriada no se mira sino a sí misma. Es una muy débil conciencia vasca. Los apologistas tienen conciencia euskaldun, de unidad de todos los euskaldunes. Pero su comportamiento se nos manifiesta muy provinciano. Los escritores euskaldunes han sentido mejor la unidad de los euskaldunes. Y han intentado trabajar más esa unidad, al nivel de sus posibilidades: Axular, por ejemplo. Huelga citar a Oihenart, tanto en sus trabajos sobre el euskera como en los históricos. Aunque dividida, partida, Euskal Herria es una.

Los escritores euskaldunes han confesado la dependencia de Euskal Herria. Y han visto y demostrado que, en primer lugar, Euskal Herria ha de ser ella, si se desea que los demás la tomen en consideración. Para que Euskal Herria sea dueña de sí misma, ha de poseer su cultura.

²⁷ Señor y sostén de los euskaldunes

El contraste entre apologistas y escritores vascos es verdaderamente grande:

Resulta sorprendente que los apologistas no cayeran en la cuenta de esta sencilla verdad: que las apreciaciones pesimistas o escépticas acerca del valor de la lengua vasca tenían un fundamento evidente que sólo podía destruirse con su cultivo literario... Los vascos de Francia han sido por lo general, hasta el siglo pasado, más abundantes que los españoles en lo que Justo Gárate ha llamado con frase feliz “la fe con obras”, es decir, en creer que la práctica literaria había de confirmar las altas virtudes que se atribuían a la lengua y no desmentirlas.

... Los vasco-franceses han sido en general más prácticos y menos adictos a fantasías: entre nosotros se ha sentido en mayor grado la preocupación por el “que dirán” de los extraños y no faltan las obras que se han escrito por razones de prestigio, mirando más al efecto que pudieran producir entre los vecinos que a las necesidades de los lectores vascos (L. Mitxelena).

Mucho tiempo atrás lo había dicho Dante: *nulla cosa [la lengua] è utile, se non en quanto è usata, né è la sua bontade in potenza* [¡en el sentido aristotélico!], *che non è essere perfettamente*. Y los apologistas debían de saber esto. No es una complicada adivinanza: se ve. Pero, ¿qué queda de ello?

También aquí encontramos las dos Euskal Herrias de siempre:

- 1.La que se asoma al exterior (a España)
- 2.La que vive aquí, que desea reforzar el ser, la esencia de Euskal Herria.

Si en Euskal Herria Sur no existen escritores pero sí en el Norte, la razón no puede ser económica. No es posible afirmar que en los siglos XV, XVI y XVII el Sur fuera más pobre que el Norte. Era pobre, conforme, pero no hay por qué exagerar esa pobreza. El Norte, y Castilla misma (antes de descubrir las Américas) no serían mucho más ricos; tal vez fueran más pobres aún. En el Sur había dinero para trabajos artísticos, por ejemplo, como apunta San Martín. Si no se ha creado literatura en euskera, los motivos son otros. Porque también se ha escrito en el Sur de Euskal Herria. Pero en español.

Estos datos son tan simples como ilustrativos: en estos siglos todos los escritores en euskera han sido del Norte, ni uno sólo del Sur. Todos los apologistas, en cambio, del Sur. El Sur también tiene algún escritor, pero sobre todo apologistas (por tanto, en español). Y en lo referente al dinero, la literatura apologista del Sur ha surgido entre más adinerados que la literatura euskaldun del Norte. Otro dato es el siguiente: un solo cura entre todos los apologistas de estos siglos (Isasti); el resto, de casta de jauntxos o proximidades. Un solo escritor del nivel de los jauntxos: Oihenart, con una muy especial conciencia de pueblo; el resto, religiosos. Los sacerdotes, etc., estaban mucho más apegados al pueblo, como es lógico. Los sectores económicos poderosos tenían puestos su ojos en el exterior. Tanto en el Sur como en el Norte (v. M. Goihenetxe, *Histoire de la Colonisation Française au Pays Basque*). La literatura euskaldun del Norte no ha surgido en un ambiente de jauntxos, porque éstos apenas se preocupaban de la gente euskaldun ni de los asuntos de los euskaldunes. Los escritores se han dirigido a los labradores y a los pescadores.

Mientras existía un Rey por ahí, en Euskal Herria era posible crear literatura en ambientes de Corte o de jauntxos (Etxepare, traducciones de la Biblia de Leizarraga). Cuando las Cortes se conviertan en españolas o francesas y se alejen, en esos parajes no se creará una literatura vasca. La literatura vasca, en el Norte, ha nacido en ambientes bastante marginales (aunque no haya surgido en los niveles ínfimos, sino en intermedios). Mucho más marginales que la literatura apologista del Sur, al menos.

España está absorta en su enorme pillaje en las Indias. Son tiempos de gran expansión. Y el Sur de Euskal Herria intentará con todas sus fuerzas ganarse un puesto en esa empresa. El Sur era pobre, sobre todo en comparación con la riqueza que comenzaba a expansionarse. A la sazón no se trasladaban oleadas de emigrantes de Euskal Herria a Castilla. Ni apologistas que escribían en español.

NACIONALISMOS LINGÜÍSTICOS

En *Kultur der Renaissance*, de Burckhardt, se cuenta cómo Niccoló Niccoli logró que Piero de'Pazzi —que era un joven florentino que no tenía otro problema que divertirse— se interesase por el latín, en cierta ocasión que caminaba despreocupado por la calle. Por tanto, no es muy extraño que un tipo así tome por bárbaro al propio Dante, por haber escrito un poema en lenguaje vulgar. Al contrario, Salutati, Rinucci, Alberti, etc., han defendido el vulgar. Es precisamente de Alberti aquel argumento en pro del vulgar que posteriormente se han encontrado en tantos autores y de tantos modos, que Joanes Uharte de Donibane Garazi, formuló así: “Ninguno de los graves autores fue a buscar lengua extranjera para dar a entender sus conceptos; antes los griegos escribieron en griego, los romanos en latín, los hebreos en hebreo y los moros en árabe; y así yo escribo en mi español”. El Licenciado Joanes de Beriain, en cambio, aboga por el euskera: “Escribo en bascuense porque no ha auido nación en todo el mundo que no se hayapreciado de la lengua natural de su patria”. Los dos autores eran navarros.

Las tres lenguas de respeto a las que se debe reverencia, suficientemente nobles para utilizarlas en la liturgia, etc., eran: el hebreo, el griego y el latín. Este criterio —no sé dónde ni cuándo surgió— viene de muy antiguo. San Isidoro, en el libro IX de las Etimologías aclara que, tras lo del paraíso y el diluvio, el primer idioma en el mundo fue el hebreo. Hasta la Torre de Babel. Después, tres idiomas viven en la cumbre: “Las lenguas sagradas son tres: hebrea, griega y latina, las cuales sobresalen especialmente en todo el mundo porque en estas tres lenguas escribió Pi-

latos el proceso de Dios sobre la cruz”. Etxeberri de Sara proporciona este mismo argumento citando a San Agustín, en su *Gomendiozko Karta*. La lucha para impulsar las lenguas nacionales ha tenido lugar en la cultura, en la de los humanistas, especialmente. Éstos tendrán que avivar sus lenguas “vulgares” en el terreno cultural, contra el monopolio ejercido por el latín y el griego.

No nos interesa, es obvio, la historia exacta y concisa de esas largas polémicas. Recordémoslas, no obstante, por un momento: en 1529 Romolo Amaseo daba conferencias públicas en la Universidad de Bolonia persiguiendo la cultura de un único latín, en contra de quienes reivindicaban la utilización del latín vulgar en el terreno científico. Cien años más tarde, un médico ex-alumno de la Universidad de Padua denuncia en Italia el abandono del latín en la filosofía. Y después de otro siglo, de lleno en el XVIII, se continúa recomendando que los temas científicos sean tratados en latín: “Scrivendo unicamente per le persone dotte, e di materie assolutamente non popolari, dovrebbero usare piuttosto la lingua latina”.

En la postura contraria, en 1540 se funda la Academia de Florencia, con el objeto de traducir al vulgar todas las asignaturas y temas del saber: “Interpretando, componendo e da ogni altra lingua ogni bella scienza in questa nostra riducendo” (texto del Decreto de Cosimo I). Sperone Speroni en lo sucesivo, en su diálogo (*Dialogo delle Lingue*, 1542) exigiría tratar todas las ciencias en vulgar. El italiano debía valer tanto como el latín y el griego. Lo único que le faltaba era ejercicio, trabajo. (Fundamentalmente, son ideas de Alberti. Todas estas controversias están adecuadamente analizadas en K.O. Apel, in *Die Idee der Sprache in der Tradition des Humanismus von Dante bis Vico*). Y el último paso lo dio Varchi: “La Volgare è più bella della Greca e della Latina”. El resto de países aprendieron de los italianos este tipo de razonamientos.

En Francia y de un modo totalmente paralelo, vemos a La Popelinière en pugna con el latín, en pro del derecho de escribir en francés: “Sommes nous encor esclaves del Romains, pour escrire nos conceptions en leur langue? Comme ils forçoient nos pères de ce faire, lors qu'ils seigneurioient les Gaules à leur plaisir?”. Si el francés es pobre e inculto —la lengua de los niños y las mujeres— es debido a que los prede-

cesores no lo han elaborado como era debido: “Si dès le commencement chacun de nos ancestres eust tasché de former et enrichir nostre langue: qu'elle seroit aujourud'huy, veu sa qualité, aussi belle que la latine, et peut estre que la grecque”. En lo concerniente al francés, un lector y seguidor de Speroni fue Du Bellay. También éste nos repasa el tópico: “Si nostre langue n'est si copieuse et riche que la Grecque ou la Latine, cela ne doit estre imputé au défaut d'icelle... mais bien [parece que estamos escuchando a Axular] on le doit attribuer à l'ignorance de nos majeurs..., pour la coulpe de ceux qui l'ont euë en garde et ne l'on cultivé à suffisance”. Que hay que escribir. Trabajar, ejercitar, cuidar.

Parecida dirección siguen los vientos por España. Para Juan de Luzena, con el latín es suficiente: “Pues si no otro saber que latín nos ha de diferenciar de las bestias, aquél debemos todos amar. El que latin non sabe, asno se debe llamar de dos pies”. En la tendencia opuesta podemos situar a Fray Luis de León, en pro del vulgar: “En lo que toca a la lengua no hay diferencia, si son unas lenguas para decir unas cosas, sino en todas hay lugar para todas; y esto mismo de que tratamos no se escribiera como debiera por solo escribirse en latin, si se escribiera vilmente; que las palabras no son graves por ser latinas, sino por ser dichas como a la gravedad le conviene, o sean españolas, o sean francesas; que si porque a nuestra lengua la llamamos vulgar se imaginan que no podemos escribir en ella sino vulgar y bajamente, es grandísimo error; que Platón escribió no vulgarmente ni cosas vulgares en su lengua vulgar, y no menores ni menos levantadamente las escribió Cicerón en la lengua que era vulgar en su tiempo; y por decir lo que es más vecino a mi hecho, los santos Basilio y Crisóstomo, y Gregorio Nacianceno y Cirilo, con toda la antigüedad de los griegos, en su lengua materna griega, que, cuando ellos vivían, la mamaban con la leche los niños y la hablaban en la plaza las vendederas, escribieron los misterios más divinos de nuestra fe, y no dudaron de poner en su lengua lo que sabían que no había de ser entendido por muchos de los que entendían la lengua”.

De todas estas historias, en este momento nos interesa destacar un par de puntos. Uno, el orgullo o vanidad que cada cual siente por su lengua.

Mientras luchan contra el griego y el latín, por una parte, todas las lenguas de Europa compiten entre sí, al mismo tiempo, para conseguir

la supremacía: cuál es la más bella, la más rica, la mejor, la idónea. El Varchi de Italia en Francia se llama H. Estienne (*La precellence du langage françois*): “Ainsi, ayan tenu pour confessé que la langue Grecque est la plus gentile et la meilleure grace qu’aucune autre, e puis ayant monstré que le langage François ensuit les jolies, gentiles et gaillardes façons Grecques de plus pres qu’aucun autre; il me sembloit que je pouvois faire seurement ma conclusion, qu’il meritoit de tenir... le premier [lugar] entre ceux qui sont aujourd’huy”. A los propagandistas hugonotes les vendrá al pelo esa vanidad por el idioma nacional. Para llevar la contraria a los católicos opuestos a que la Biblia se tradujera al francés (no olvidemos que, en la muy católica Francia, a los hugonotes se les achacaba que *no eran verdaderos franceses y patriotas*): “C’est faire injure aux François que les estimer plus rudes que les Syriens, Grecs, Latins et autres peuples...” (recordemos a Leizarraga).

Ronsard todavía encontraba al francés pobre y tosco, “sans mots, sans ornements, sans honneur et sans pris”, y a los humanistas de las escuelas que preferían cultivar el latín y el griego les rogaba “de prendre pieté, comme bons enfants, de leur pauvre mere naturelle”. Pero estaba esperanzado, con vistas a un próximo futuro. Su amigo Du Bellay no le iba a la zaga en esto: “Je ne veux pas donner si hault loz à notre Langue, pour ce qu’elle n’a point encores ses Cicerons, et Virgiles, mais i’ose bien assurer, que si les scauans Hommes de notre Nation, la daignoient autant estimer, que les Romains faisoient la leur, elle pourroit quelquesfoys, et bien tost se mettre au ranc des plus fameuses”. Este Du Bellay percibía que Francia era una nueva Roma y Atenas, ya que se traían a casa como botín de guerra los dones y bellezas de aquellas civilizaciones. Eso es precisamente “la fameuse Nation des Gallo-grecs”. Más ambicioso aún se expresa Jacques Peletier en el prólogo de la traducción de *L’Art Poëtique*, de Horacio: “Nous méprisons notre propre langue pour consumer tout notre temps à apprendre le grec et le latin. Ce sont là, il est vrai, deux célèbres et honorables langues, singulièrement la grecque; mais ce n’est pas une raison pour contenner la sienne domestique. L’exemple des Romains –Cicéron, César– nous l’enseigne; et l’exemple de ces Italiens –Pétrarque, Boccace, Dante, Sannazar– qui écrivirent en leur Touscan, sans négliger pour autant le latin. Si l’on ne s’adonne qu’à une langue pé-

regrine, il n'est possible ni d'atteindre à la perfection des Anciens, ni d'imiter la nature. Il faut rendre grâces aux nobles esprits de notre temps qui, comme Jean Lemaire de Belges, se sont évertués à faire valoir notre langue Française. A condition qu'on poursuive dans cette voie, et sous l'égide de notre tres chretien roi François, nous la vorrions [la lengua francesa] de brief en bonne maturité, de sorte qu'elle suppeditera la langue Italienne et Espagnole, d'autant que les François en religion et bonnes meurs surpassent les autres nations”.

Por España citaremos a Malón de Chaide y basta, porque “no hay lenguaje, ni le ha habido que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo y en ser blando, suave, regalado y tierno y muy acomodado para decir lo que queremos”. (Cervantes, si no me equivoco, desprecia al portugués precisamente por ser tan blando y suave, en comparación con el recio y duro español). Como para quedarse extasiado es, a juicio de Malón de Chaide, muy especialmente, “la grandeza y majestad de palabras de que nuestra lengua castellana está como preñada, y que tiene gran riqueza y copia y mineros, que no se pueden acabar, de luces y flores y gala y rodeos en el decir”. Una cosa: ese tan primoroso español hay que cuidarlo más, no abandonarlo, porque, de otro modo, “hemos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfección sin que tenga envidia a alguna de las del mundo y tan excedida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo”. Ahí tiene, de nuevo la expansión de banderas y lenguas.

A la salida de la Edad Media, la historia lingüística de Inglaterra ha sido totalmente diferente, “for the clergy talked Latin and the gentry talked French” como contaba Trevelyan. Tras ser conquistada por los normandos, el inglés no era más que el dialecto de los labriegos y los criados del servicio (*island patois*, “Peasant’s dialect”). El impulso de la lengua inglesa ha surgido como reacción antifrancesa, tras (o durante) la Guerra de los Cien Años. Después, en el Renacimiento, en pugna con el latín y el griego, en combate con el italiano y el francés, resurgió totalmente, y sufrió un proceso semejante al resto de lenguas nacionales. Se trata de un resurgir relativo, claro está, ya que todavía no había logrado el prestigio de las otras dos lenguas citadas. Cuando Giorgino

Bruno actuaba de profesor en Londres, en 1584, no mostraba interés alguno por aprender inglés, puesto que tampoco existía verdadera necesidad: “No hay nada que lo obligue o lo incline a ello, porque aquellas personas honorables y los caballeros con quienes suele conversar, todos saben hablar o latín, o francés, o español, o italiano, pues sabiendo que la lengua inglesa tan sólo se usa en esta isla, se considerarían salvajes si únicamente conociesen su lengua materna”. A pesar de lo poco que conozco yo la historia inglesa, me temo que también allí han desarrollado la vanidad lingüística nacional, como en otros lugares. Hay una frase ejemplar que se cita en *Cartesian Linguistics*, de Noam Chomsky, en la nota a pie de página núm. 53: la opinión de Bentham es que la lengua inglesa es la más hábil y elaborada de todo el mundo.

El segundo punto que deseábamos destacar nos los ha declarado Nebrija con absoluta nitidez: “por que mi pensamiento i gana siempre fue engrandecer las cosas de nuestra nacion”. Hacer arte, gramática o literatura “por amor a la patria” es una conducta propia y específicamente renacentista. Villalón, en este sentido, lanza una convocatoria a todos los lectores (también podríamos citar ahora a nuestro Axular): “hagamos con nuestra posibilidad del estudio de todos juntos una cosa con que ennoblezcamos nuestra lengua y naçion”. “La lengua que Dios y naturaleza nos han dado, no nos debe ser menos apacible que la latina, griega y hebrea”. Por si algo no quedaba suficientemente claro, habla Juan de Valdés en su *Diálogo de la Lengua*: “Todos los hombres somos más obligados a ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural y mamamos en las tetas de nuestras madres, que no la que nos es pegadiza y que aprendemos en libros”. Todo esto entroncaba con la tradición de Dante: en el prólogo confiesa el mismo Dante por qué razón escribió *El Convivio* en italiano: “lo naturale amore a propria loquela” (y prosigue una larga apología del italiano). La razón que aduce Du Bellay para haber escrito su *Defensa* es “l'affection naturelle envers ma Patrie” y, además, “le devoir en quoy je suys obligé à la Patrie”.

Actuación típica renacentista es, en primer lugar y en este terreno, la glorificación de la nación, pueblo o patria chica, desde Petrarca en el Sur hasta Shakespeare en el Norte. L. Zapata ha confeccionado una lista de las cosas loables de España, “por mitigar en parte esa sed que tengo de cele-

brar y ensalçar mi patria”. Petrarca escribe *De viris illustribus* y todos, absolutamente todos los individuos principales son nativos de Italia. Como autor de *Claros varones*, Fernando del Pulgar nos explica la razón: escribiendo los homenajes a esos prohombres, en el fondo desea exponer que la gente española es, en alto grado, “de condición valiosa”. Tal como para los religiosos se escriben vidas de santos, para los ciudadanos se editan vidas y milagros de “figuras nacionales”. (Nosotros mismos leíamos en la escuela todo un fenomenal *Cien figuras españolas*). Historia e historiadores han sido guiados por el patriotismo, básicamente, en todo el Renacimiento, en todas partes. “En adquirir a su patria la más honra y gloria que les es posible”, advierte Garibai. Ocampo declara: “por la gana de aprovechar a mi nación”. “El ser español me obliga a desear y procurar todo lo que es honra y provecho de mi nación” establece Rivadeneyra como cimiento de su historia. “Satisfazer mi deseo del honor de la nación” ha sido la motivación de López Madera: “mi intento ha sido defender por todos los caminos las excelencias de nuestra España”. De esta manera inició Maquiavelo su *Discurso intornò alla nostra lingua*: “Siempre que he podido honrar a mi patria, incluso con mi propio daño y peligro, lo he hecho de buena gana porque el hombre no tiene mayor obligación en su vida que ella, pues a ella debe en primer lugar el ser y después todo lo bueno que la fortuna y la naturaleza nos han concedido; y la obligación es tanto mayor para aquellos a quienes ha correspondido en suerte una patria más noble”.

Y otro tanto con la literatura, en lo que confiere a los literatos. Es aquello que nuestro Duvoisin correctamente formulará como “cada cual debe a su pueblo toda la ayuda que pueda darle” (por eso será considerado romántico). Los escritores “escriben por la obligación de la patria”, dice Pedro de Navarra, mostrando la conciencia vocacional de aquéllos. Conciencia profesional que Quevedo convertirá en conciencia moral: “al hijo de la república lo que le toca es ser propicio a su patria”. El humanista Pedro Simón Abril, excelente maestro que residió en Navarra escribía “solo para mis rudos españoles”. En *Proemio*, de Garcilaso de la Vega encontrará usted: “Por lo cual forzado del amor natural de patria, me ofrecí la trabajo de escribir estos Comentarios”. Mire ahora *La Jerusalén conquistada*, de Lope de Vega, y ahí hallará la vanagloria: “lo he escrito con ánimo de servir a mi patria”.

Por otra parte, no es sólo cuestión de intenciones: en la forma también se pretende hacer una “literatura española”, “al estilo español”, con los problemas y asuntos que les atañen a los españoles, a la manera del gusto español. La bondad de una obra reside en ser “tan de veras español”. Los versos son buenos con tal de que sean “naturales de España”, para el gusto de Lope, para el “gusto español”, naturalmente. Y “los romances castellanos tan agradables son porque saben a aquella compostura antigua castellana”, o así lo siente, al menos, Sánchez de Lima. Si unos versitos sinceramente os han agradado y deseáis dedicarles la mayor alabanza que en el mundo se puede hacer, “decid que son castellanos” y vale (Lope de Vega). Un tal Castillejo escribió *Repreñión contra los poetas españoles que escriben en verso italiano* (título original: *Contra los que dejan los metros castellanos y siguen los italianos*). Conocidos son los *Sonetos fechos al itálico modo* de Santillana, mucho más antiguos, pretendiendo adecuar el endecasílabo italiano al castellano. Pero no tuvo éxito. Quienes han conocido la gloria son Boscán, Garcilaso y siguientes, que intentaron elevar el español y, además, lo consiguieron. Pero, como dice Madera, la poesía castiza española “en su propiedad no se exorna mas que con agudezas y conceptos, jugando con destreza y artificio de los vocablos equívocos: de donde no es possible juntar tanto (como algunos pretenden) las Musas Españolas, con las Latinas y Italianas, ni escurecer el lenguaje con trasposiciones y rodeos, pues es fuerça que lo deslustren la gracia de los conceptos, para los quales siempre escogieron los Españoles versos breues y composiciones dellos no largas”.

Ambos puntos citados –la vanidad de la lengua nacional y la formación de la lengua al servicio de la patria– caminan juntos casi siempre. De nuevo podemos tomar como ejemplo a Villalón. De antemano, él está convencido de la natural superioridad del español y “no nos debe ser menos apacible ni menos estimada que la latina, griega y hebrea, a las cuales lo creo fuese nuestra lengua algo inferior si nosotros la ensalzásemos y puliésemos con aquella elegancia y ornamento que los griegos y los otros hacen con la suya”. Al mismo tiempo, en su Gramática alaba a la patria: “Y ansí agora yo como siempre procure engrandecer las cosas de mi naçion; porque en ningun tiempo esta nuestra lengua se pudiesse perder de la memoria de los hombres [es decir, aunque algún día muera el cas-

tellano, que quede, al menos, en la memoria de la gente *como clásico*, como el latín y el griego, en una palabra], ni aun faltar de su perfección, pero que a la continua fuesse colocandosse y *adelantandosse a todas las otras*".

Esa idea de la propagación es, pues, una constante tanto en Nebrija como en Villalón. El idioma (español) se ha de expandir a los anchos del mundo tanto como el Imperio, o tanto como las armas. Todo el mundo tiene verdadera necesidad del español; a todo el mundo, pues, se le ha de imponer: "I cierto assi es que no sola mente los enemigos de nuestra fe que tienen la necesidad de saber el lenguaje castellano, mas los vizcaynos, navarros, franceses, italianos i todos los otros que tienen algun trato i conversacion en España i necesidad de nuestra lengua" (Nebrija). Pero son ideas demasiado tópicas, ya se ha dicho.

El Licenciado Duarte se expresaba en palabras grandilocuentes, magnas, con motivo del acto de reconocimiento a Herrera en la presentación, al uso, de la edición de su poesía (1619). A la manera tópica, deplora la lamentable situación del castellano, pobre, en barbecho: a pesar de haber existido durante los últimos tiempos en España numerosos ingenios preclaros, en la creencia de que subestimarían los trabajos en lengua vulgar, "no quisieron divulgar las artes que professavan escribiendolas en nuestro idioma, como si no lo uvieran hecho los más doctos i sabios de las escuelas griega i latina, escribiendo cada uno en su lengua las artes i ciencias que avian aprendido en las entrañas".

No así los poetas: "I no pudiendo sufrir que Italia sola se jactase de aver tenido siempre ombres doctos, i una lengua la mas hermosa de las vulgares, puso singular cuidado en ilustrar la nuestra. I no solo cultivo su fertilissimo campo desechando las yervas infructuosas de los vocablos bárbaros i espinosos de que via llenos los mas de los libros que salían a la luz, pero con discreta eleccion trasplanto en ella las mas hermosas flores de las otras lenguas, con que la dexo tan adornada, que en mui pocas cosas es inferior a las mejores [¿el latín y el griego, quizá?], i conoциamente superior a todas las demás". Queda, pues, el castellano en el elevado pedestal que le corresponde, instalado en esta ocasión por Herrera. Avanzando un poco, en el comentario de unos párrafos de Herrera, Lope de Vega sitúa correctamente la magistralidad del español:

“Aquí no excede ninguna lengua a la nuestra; perdonen la griega y la latina”. He aquí cómo tenemos al castellano embellecido, labrado, pulido, optimizado *bertze ororen gainera*, como decía Etxepare, por encima del resto. ¿Tendrá como objeto la contemplación de su magnífico idioma, el goce estético, el placer desinteresado, sin más? ¡Por favor! Las ansias de las gentes principales son mucho mayores que todo eso. En la siguiente fase, pasando el estadio de lengua bella habrá que encumbrar el español hasta convertirlo en idioma imperial. Éste es el preciso momento de pasar a la acción —siguiendo la lección de Herrera—, de dar el salto: “Bien se puede esperar de los grandes ingenios que cría nuestra España cada día que, teniendo a quien poder imitar —cosa de mucha importancia para todo género de estudios—, an de estender en breves años los términos de nuestra lengua, como nuestros capitanes estendieron los de nuestra monarquía; que es costumbre casi natura acompañar siempre a los grandes imperios la pureza i hermosura d’el lenguaje”. Si el Medievo unció el altar (la fe, la conciencia religiosa) y la espada, el Renacimiento esposará la pluma (la lengua, la conciencia civil) y la espada.

También el poeta y pintor Pacheco cree que Herrera otorgó al castellano el lugar merecido, su honor. Ofreciendo la obra de aquél a España, le deseó la misma expansión imperial, para honra de la nación, en la poesía “Ô nación osada!”:

El dulce i grande canto, el espumoso
océano a naciones diferentes
lleve, i dilate ufano su pureza.
Porque tu nombre [el de España] ilustre i generoso
no invidie ya a otras liras más valientes,
ni d’el latino o griego la grandeza.

L. Kukenheim es suprema autoridad en estos terrenos. Y dice así: “Les ouvrages des grammairiens du XVI^e siècle sont animés de sentiments tout impérialistes, et ce n’est donc pas par la seule curiosité intellectuelle que les princes de la Renaissance ont encouragé les efforts de ces qui voudraient “embellir” la langue nationale; il importe de mettre en relief que cet intérêt de leur part comportait des vues nettement politiques; aussi, plus une fois, les autorités ont-elles voulu intervenir d’une manière décisive en faveur d’une codification définitive de la langue nationale”.

SOBRE EL ORIGEN O LA ORIGINALIDAD DEL ESPAÑOL

Según Herodoto (II,2) la lengua natural y primigenia del mundo es el frigio, tal como los egipcios lo demostraron experimentalmente, del siguiente modo: tomaron dos recién nacidos, hijos de padres normales, gente sencilla, y los entregaron a un pastor, para que los cuidase en el monte, con la terminante prohibición de que articulase palabra alguna ante los niños. Éstos nunca vieron ni escucharon a otra persona que el pastor. Transcurrieron dos años y los niños, con total espontaneidad y autonomía, cuando el pastor se arribaba a la chabola en la que habitaban, comenzaron a decir *becos, becos*. Se realizaron los oportunos análisis y comprobaron que esa palabra, en frigio, significaba “pan”. Hasta entonces los egipcios habían creído que ellos eran los primeros en el mundo, pero en lo sucesivo entregaron a los frigios esta preminencia.

“Esto, no obstante, es una prueba —protesta Etxeberri de Sara— que nada demuestra acerca de lo que, en su fuero interno, el rey deseaba conocer. (...) Las cabras articulan un sonido parecido al vocablo *bek*”. Aclaremos que en el texto de Etxeberri los niños no dicen “becos, becos”, sino “bek, bek”. Otro argumento tiene aún el de Sara para mostrar su oposición: “Nadie posee de por sí una lengua determinada; por el contrario, oyendo y escuchando a los demás se aprende a hablar, en cualquier pueblo. Y se comienza desde la niñez, criándose entre la gente, a adquirir la lengua de ese lugar”. Lo prueba basándose más firmemente en San Agustín que en la experiencia. “Carecemos, por lo tanto, de lenguaje determinado. Por consiguiente aquel rey no demostró cuál había

sido la primera lengua en el mundo”. No existe una primera lengua natural.

“Natural”, en este sentido, lo puede ser cualquier lengua, según afirma el Maestro Gonzalo Correas, catedrático de griego en la Universidad de Salamanca (1626): “no es natural ninguna Lengua a los hombres; el tener habla i hablar lo es sola-mente. Mas llamaré *natural* suya aquella de la nación en que nazen i se crian i son naturales. Error es de simple inozenzia el de la opinión de algunos qe se imaginan ó creen qe si a uno le crian solo, sin otra Lengua, de suyo supiera i hablara la Hebrea. Si alguna fuera natural, con ella nacieran todos i la supieran, demas de aquella en qe se criaran”. (Se recordará que Dante insiste en esto, en *Parad.*, 26, 124 ss.: “Opera naturale è ch’uom favella /; ma cosi o cosi natura lascia / poi fare a voi, secondo che v’abbella”).

Ha sido creencia vulgar cuasi-dogmática en la tradición cristiana, con la garantía de la Biblia (a pesar de que, en Alemania, Leibnitz ya la abandonó), que el hebreo fue la lengua original de la humanidad, si no por naturaleza, sí por designio providencial divino. En territorios latinos, al menos, incluso a través de la *Encyclopédie*, así ha perdurado hasta el siglo XIX. Esa convicción tiene una notable base teológica. En la tradición teológica islámica, por ejemplo, la lengua del paraíso —del propio Alah— y la originaria de las demás, es el árabe. Esta tesis teológica, como aquella otra cristiana, posteriormente encontrará sólidas bases y pruebas argumentales en las ciencias.

Libre de esos esquemas teológicos, por la parte septentrional de la mar, Goropius de Amberes demostró (*Origines Antwerpianae*, 1569) que el idioma de Adán en el paraíso era el flamenco, no el hebreo.

En 1435 surgió y se extendió entre los humanistas la polémica sobre el origen del italiano. A Bruni le parecía que el italiano no era sino el latín vulgar de Roma (también a Dante se le ha achacado esto mismo, seguramente), el latín de la gente sencilla, “natural”, no elaborado. Por el contrario, Flavio Biondo y L. Valla, opinan que el vulgar, el italiano, nació de la corrupción del latín, motivada por las invasiones bárbaras. De todas formas, “intrínsecamente” es latín siempre, y al italiano corresponde tal honor.

Pero no todos los gustos se halagan así. En el siglo XVI un tal Giambullari se propuso realizar en Florencia la tarea patriótica de probar que el florentino no era un latín corrupto, sino que provenía directamente del hebreo, a través del etrusco, sin pasar por el latín. De nuevo Florencia intenta exhibir la prueba de su singularidad.

Como decíamos más arriba, también a los franceses —lejos de honrarles— les desagradaba la idea de que su lengua sea un latín corrupto. Petrus Ramus descubrió que las categorías gramaticales del latín, enteritas, se podían aplicar al francés. Él interpretó este fenómeno al revés: le pareció que la gramática latina era una simple copia de la francesa. Del mismo modo, el alfabeto griego es algo que los galos les enseñaron a los helenos cuando invadieron Delfo, etc., etc. No regresemos, de todas formas, a viejas historias. Lo que ahora nos interesa son los españoles.

Ya en Juan de Lucena (*Libro de vida beata*, 1463) aparece que el latín corrupto es el español. Para mejor dominar a los españoles (no falta, pues, el tópic de las grandes dificultades que los romanos hubieron de superar), César resolvió unir a ambos pueblos y “de esta guisa ambas lenguas se bastardaron”. La corrupción, de cualquier modo, posee lo más positivo y honroso que se pueda expresar: “y dende llamamos hoy nuestro comun hablar romance, porque vino de Roma. Ninguna nacion, aunque mas vecina le sea, [tendrían que ser los italianos, en mi opinión] tan apropia su lenguaje a aquella, ni tan cercana es de la lengua latina quanto esta”. La proximidad respecto del latín es honrosa, señal de íntimo parentesco.

La importancia del aspecto latino nos ha sido muy bien explicada por Carmona: “Entre todas las lenguas de que hasta agora se tiene noticia, la más universal y en esta sazón más comunmente aprobada es la latina; i por esta causa la porfía que entre algunas naciones hai en la diferencia de los lenguajes, sobre cuál es mejor, suele parar en saber cuál es más allegado al latín”.

Estas ideas lingüísticas tienen su parangón y reflejos en las corrientes literarias: quienes mantienen que el español es un latín corrupto (considerando como honra del castellano su proximidad al latín o su latinidad) va a realizar unos increíbles esfuerzos culteranistas para “descorromper”

y “relatinizar” el español (Góngora, por ejemplo). Los enemigos de los orígenes latinos (como López Madera y G. Correas) resultarán totalmente opuestos al culteranismo. Dejemos ahora las luchas literarias y sumerjámonos en la historia lingüística.

Al contrario que Lucena, Alejo de Venegas ha introducido a los bárbaros en la corrupción del latín: “No es otra la Lengua Castellana que la Latina, sino fuera dejarretada de su natural proporción por las gentes bárbaras que después vinieron a España, las cuales asi como asolaron las poblaciones antiguas, asi no perdonaron a la virginidad de la lengua, sin que con su babilonica barbareria la corrompiesen”. Como se puede ver, difícilmente podría la corrupción tener sentido positivo, en estos términos. W. Bahner muestra los siguientes textos de unas gramáticas del siglo XIX, en tono parecido: “Esta lengua tuvo origen de la Latina, salvo que ha degenerado algo por la comunicación y señorío que naciones extranjeras han tenido sobre ella, como Moros, Cartagineses, Godos, Vantolos, Celtas, Hunnos y Alanos, la cual quedó tan mudada que perdió la puridad de la Lengua Latina, aunque todavía han quedado algunos rastros de ella y grande similitud; de tal manera, que la Lengua Española no es otra cosa que *Latina corrupta*, aunque no tanto que no quede siempre muy semejante a la latina” (1555). “Esta lengua Vulgar tiene su origen de la Latina, sino que con el comercio y aun con el imperio de muchas i mui peregrinas naciones, como Africanos, Godos, Vandalos, Unos, Alanos i otras; queda tan mudada i desecha de su propiedad, i natural ser, admitiendo en su habla palabras, acentos i pronunciaciones extranjeras, que a resultado i venido a hazerse una Lengua de por si, compuesta de la Latina i de las sobredichas; de tal manera que tanga mui mucho mas de lo Latino, que de las otras, tanto que claramente se le parecia ser aquella mesma, que antiguamente se usaba en Roma; por donde no sin causa se puede llamar esta nuestra Vulgar, Lengua Latina alterada, i corrompida” (1559).

Pero el apremio apologético no cesa. Hay que dar vuelta al argumento: “Aunque dicen que el lenguaje Toscano es latín corrupto, el nuestro es incorrupto latín; ni ninguna lengua hay más cercana del latín que la gloriosa nuestra española” (Zapata, v. in W. Bahner).

Respecto a la proximidad con el latín, se ha puesto difícil ganar al ita-

liano en ese largo camino. Valdés se apuntará al griego: “porque la lengua que oy se habla en Castilla (...) tiene parte de la lengua que se usava en España antes de que los romanos la enseñoreasen, y tiene también alguna parte de la de los godos, que sucedieron a los romanos, y mucha de la de los moros, que reinaron muchos años, aunque la principal parte es de la lengua que introduxeron los romanos, que es la lengua latina, sera bien que primero esaminemos qué lengua era aquella antigua que se usava en España antes que los romanos viniesen a ella. [Como afirma aquí, cree que esa lengua era antes el euskera, como muchos otros: pero ahora piensa que era el griego] ... Soy venido en esta opinion, que la lengua que en España se hablava antiguamente, era assi griego como la que agora se habla es latina (...) aunque tenía mezcla de otras, la mayor y mas principal parte della era de la lengua griega. En esta opinion he entrado por dos puertas. La una es leyendo los historiadores, porque hallo que griegos fueron los que mas platicaron en España, assi con armas como con contrataciones, y ya sabeis que estas dos cosas son las que hazen alterar y aun mudar las lenguas, quanto más que los griegos vinieron a abitar en España, por donde es de creer que, no solamente guardaron su lengua, pero que la comunicaron con otras naciones, las quales (...) la devieron de acatar. La otra parte donde soy entrado en esta opinion es la consideracion de los vocablos castellanos (...), muchos de los que no son latinos o arávigos, sino griegos, los cuales creo sin falta quedassen de la lengua antigua, assi como quedaron también algunas maneras de dezir”.

También Gracián de Aldrete se ha unido a los amantes del tópico honor-proximidad con el griego: “la propiedad y maneras de hablar la lengua griega responde mucho mejor a la castellana que a otra ninguna”. Ninguna originalidad, pues, entre los españoles. Pura reiteración.

En favor del griego, en pro del latín... al parecer las celotipias académicas también podrían ser argumentos para establecer diferencias. Gonzalo Correas, como más tarde veremos, en cuanto al origen del español, no está conforme con uno ni con otro, pero estima que el griego es más noble e idóneo en cuanto a sus dotes. Y como se considera que el origen del español es el latín, no puede evitar expresarse con crudo sarcasmo:

La causa de su tan ziega credulidad es haber-les costado mucho trabajo i afan estudiar la Latina, i decorar sus prezetos, vocablos y frases, i ver en ella muchas palabras nuestras vulgares, i ninguno la propia en que nazieron i se criaron, ni haber puesto en ella ningun cuidado, ni hecho algun discurso de sus elegancias i copias, antes les parece pobrísima. I ansi como cosa que no costó nada, casi en nada la estiman, i la otra mucho por lo que les costó.

Ayuda también el amor propio en los que saben el Latín para estimarse por ello en más que a los *Romanzistas*, como señores de joya preciosa, de la que otros carecen.

No pasaron a delante a saber la Griega, que por ella pudieron desengañar-se de su error, i conocer que es la Reina de las Lenguas del mundo, i madre i patrona de las de Europa, si madre se ha de llamar la que da vocablos y frases a otra, i mas de la Romana, que casi todo cuanto tiene de bueno es de la Griega demas de lo que antes tenia de la Española. I con todo eso, siendo la Española mas apartada, es la que mas ajusta i conviene con ella en propiedad, frases, i copia. Articulos i maneras de hablar, i en ser clara, i en la que mejor se trasluze la Griega.

Creemos que el catedrático de Salamanca, tras esa sorna, desea evocar a B. Aldrete, canónigo de Córdoba y amigo de Góngora, que unos años antes había publicado *Del origen, y principio de la lengua castellana o romance que oi se usa en España (1606), totalmente partidario del origen latino del español*. “Es tan parecida, i semejante la lengua Castellana a la Latina su madre, que ni esta la puede negar por hija, ni aquella dexar de reconocer le por tal, i en ambas concurren todas las partes de legitima prueua de filiacion”.

Aldrete expone nítidamente su propósito: “Mi intento solo a sido mostrar su origen, i principio, que como a sido de lengua barbara, sino de la mas prima, i elegante que a tenido el mundo, suficiente causa es de su estima i loa, i para preciarnos della, i no tenerla en poco”. Lo considera descendiente del latín, sucesor del latín como lengua universal (imperial y católica), como mecanismo de la Providencia para unificar el mundo. “De la diversidad dellas [de las lenguas] nacio la diuision, enagenandose los animos y voluntades en los que en la habla no eran conformes, i de aqui se siguieron los odios i guerras, estimando como por de diversa naturaleza a los que en la lengua eran diferentes [un argumento

de peso, que también aparece en Hobbes]. Para unir, i juntar los que assi quedaron desunidos, i apartados fue por Diuina prouidencia elegida Roma, la qual diese al mundo un lenguaje escogido, una habla auentajada, que honrrada en la Cruz lleuasse por todo el mundo este glorioso estandarte, i con el lengua, que juntasse los Reinos; domesticasse los hombres, uniesse los animos, i voluntades, desterrasse la discordia causada dela diuersidad, i hiziesse en la tierra un retrato del cielo, para que el Imperio fuesse mas esclarecido en Dios en sus obras, i traças. Desta lengua escogida nuestro, que descende la Castellana, i como hija noble de tan excelente madre le cabe una gran parte de su lustre, i resplandor, con que ambas se han estendido hasta los ultimos fines del Orbe”.

Lo que a Aldrete distingue tan meritoriamente es el realismo, sin dejar de pertenecer ideológicamente a su época. De alguna manera ha rellenado la fosa que separaba a los apologistas fantásticos de los esforzados trabajadores de la lengua, haciendo justicia a los intereses de unos y de otros. Acerca de “Burlatzen naiz Garibaiez” confiesa lo siguiente en prosa: “No puedo dexar de responder a los que sienten que hago agrauio a nuestra lengua en dar le principio, que sea mas moderno, que la poblacion de España por el antiguo Tubal, lo demas tienen por indigno de la grandeza Española; color con que sanean su partido, i se persuaden, que otra cosa no es honrrosa, ni deuia ser escrita. Semejantes arreos, i atauios de antigüedad no hermocean, ni honrran la lengua, que los tiene propios ricos, i lustrosos, i no fingidos. Si los viejos, i los antiguos les agradan tanto, no se, porque usan los deste tiempo dexando aquellos del Fuero Iuzgo, i otros que en los libros deste jaez se hallan. La propiedad con copia, i abundancia de vocablos, la dulçura junta con grauedad, la elegancia acompañada de facilidad, i otros ornamentos semejantes son los que honrran, i dan precio, i estima a una lengua. Si estos le faltan, tengan la antigüedad, que quisieren, que no sera digna de Corona, i Palma”.

Todos los dones mencionados los posee el latín. Si el español no los tiene, no es por su culpa: “Que si como los Romanos pulieron la suia no perdiendo punto en pulirla, i dilatarla, los nuestros trauajassen en la suia Castellana atauianandola no con afectacion sino con aseo, i limpieça, con un poco de cuidado puesto, en lo que la podía adornar, i realçar, no se-

ria inferior a las otras, que el mundo estima, i alaua, i en las cosas ls haria ventaja (...). I si los que saben, i tienen caudal de elocuencia la trassessen, i enseñassen a disponer como la Latina, no dudo sino, que la igualaria, i en algunas cosas se auentajaria”.

Al igual que antes el honor de la Monarquía y del Reino, ahora López Madera ha salvado la deuda de la lengua. Es contrario a Garibai (de la misma teoría que Jacinto Ledesma, como la de Poza). Dicha teoría se refiere a la originalidad del español, es decir, que en España el castellano es “lenguaje Español nativo”. Se cree que la primera formulación fue hecha, a mediados del siglo XV, por Alonso de Madrigal, de sobrenombre el Tostado: “España fue poblada por Tubal fijo quinto de Iaphet, el qual en el derramamiento de las gentes, quando las lenguas se partieron, vino con mucha gente de su lengua, que es agora la nuestra, aunque mucho limada y alterada de aquella primera condicion”.

Ésa es la tesis de López Madera (aunque se basa en algunas típicas falsificaciones, pero ahora nos es igual), a saber, cómo el castellano es el idioma originario de España y “como nunca los Españoles perdieron su lenguaje, aunque le mezclaran mucho con el Latino”. Le resulta inaguantable la opinión –honrosa para el español, según muchos otros– de que “el Castellano que hablamos, es latino corrompido, y no antiguo y propio”. El honor de la gran nación estaba en tela de juicio: “Y tocando tanto al honor y excelencia de España, esta conseruacion de su lengua, pues ni della, ni del nombre de la Prouincia pudieron dezir los Romanos, que auian triunfado, ni nacion alguna del mundo que se la auia mudado”.

Los argumentos más contundentes de Madera eran “los hallazgos descubiertos en el Monte Santo de Granada entre 1588 y 1598, compuestos de reliquias, inscripciones y manuscritos sobre pergamino”. Parte de aquellos escritos, atribuidos a San Cecilio, discípulo del santo nacional español, Santiago, estaban redactados en latín, y otros en castellano (...). De ello se deducía que el castellano había existido ya junto al latín en la época romana tardía. Esto nos basta para comprobar que se trataba de burdas falsificaciones. Pero en aquella época era muy corriente emplear tales métodos cuando se trataba de establecer el árbol genealógico de una ciudad, una raza e incluso un pueblo: A últimos del s. XVI, con

el fin de satisfacer vanidades o dar solución a problemas históricos difíciles por falta de datos, se llegaron a falsificar documentos' (Hurtado y Palencia). Para Madera estos hallazgos fueron una magnífica ocasión de adjudicar a la lengua castellana un origen histórico remoto y venerable" (W.Bahner)²⁷.

Así habla en contra de Garibai: "La lengua Cantábrica, esto es la Vizcayna: es muy antigua en España, pero en su Prouincia, sin auer sido jamás la comun y nativa (...), que en la lengua Vizcayna no se podia verificar lo que escriuio Estrabon, y dizen tantos autores, que los antiquissimos Españoles tenian leyes y versos escritos de tanta antiguedad como auemos aduertido atras, y la lengua Vizcayna jamas ha sido capaz de escriuirse".

"No hay que dejar de señalar –comenta Bahner– cuántos partidarios consiguió Madera con sus ideas en la España del siglo XVII. Llama la atención el gran número de humanistas famosos que compartían tan erróneas teorías".

Un firme seguidor e iluminado formulador de Madera ha sido Gonzalo Correas: "La lengua Española comenzó con la poblazion de España por Tubal, i es una de las 72 primeras de la división Babilónica". Sobre la cultura escrita: "Asentando que hubo letras desde Adan, nosotros las habemos tenido desde Tubal".

Correas, en *Arte grande de la lengua castellana* (1626), comienza desde el prólogo a denunciar "un comun error en qe caen muchos hombres de Letras: qe es imaginar qe la Lengua Española es derivada y corruta de la Latina". Y, por fin, en el último capítulo ("Comparazion de las dos lenguas latina y castellana") agarra al toro por los cuernos:

Opinion es comun injusta i no ecsaminada qe bebieron con la Gramatica muchos qe estudiaron Latin, qe la Lengua Latina es mui esze-lente, elegante i copiosa, mas qe otra; i aun qe es madre de la Española,

²⁷ Cuando la edición en euskera de este libro estaba a punto de salir a la luz, salió una investigación de Caro Baroja que estudiaba minuciosamente este punto, titulada *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Barcelona, 1992.

i por eso mejor, i aun que la Española es la mesma Latina corruta, i por ese origen i dependenzia pretenden honrar y estimar la Española como a hija de tal madre (...).

I habían de discurrir al revés, qe la española fuè la madre, i la Latina hija i jirón suyo, i saber como siempre desde sus prinzipios fueron muy comunicables ambas, i qe tienen muchos vocablos comunes a las dos por la mucha comunicazion de una nazion y otra, i el Señorío qe en Italia tuvieron los Reyes antiguos de España, i colonias qe a ellas pasaron, i pueblos que fundaron i morada qe hizieron.

Ya conocíamos de antemano esa historia de los reyes españoles de Italia. Para Correas, la antigüedad es una prueba que no necesita demostración. “Dejando por asentado i notorio que la lengua Griega fue la mejor de las humanas que hablaron los hombres”, el principal quehacer de este capítulo es “mostrar que la Española es la segunda, i la primera de las que oi se hablan, i que la Latina es mucho inferior”. Poco se preocupa de las lenguas actuales. Se hace una tenue cita del francés (pero negativamente: “no peca poco en letras superfluas i pronunciación confusa”), una vez el euskera, para denotar la torpe sintaxis del castellano (“razon bascongada”). Pero trae este brevísimo comentario: “Viene a propósito aqel dicho vulgar a manera de Refran, en que se comparan las tres Lenguas Española, Italiana y Tudesca, diziendo que la serpiente en el Paraiso Terrenal habló en Tudesco, cuando engaño a Eva, i Eva en Italiano i Adan en Español, denotando la habla Española por varonil habla de hombre varon; la Italiana de mujer femenina; la Tudesca no humana, malsonante i dura”.

Siendo la lengua latina “mui ambigua i confusa, desatada y suspensa” y “falta de partes mui esenziales”, y “menos cumplida”, “menos copiosa, i pobre”. etc.; y siendo, por el contrario, el español “mas grave, llena, dulce i bien sonora, clara i distinta i mas estendida i general”, etc., es evidente que el honor de ser la primera lengua en el mundo e idioma universal le corresponde al español, no al latín. A ratos, el español resulta incluso más elevado que el griego. Los pronombres relativos, sin ir más lejos, “hazen tan cumplida i llena la orazion, i dan tanta grazia por su elegante coneccion i trabazon o ligadura, qe haze por esta causa la Lengua Castellana con el uso dellos conozida ventaja en calidad i eleganzia

de hablar, o explicar i dar a entender lo qe quiere, no solamente a la Lengua Latina, qe es desatada i dura en su comparazion, sino a la misma Griega, qe fue i es la Reina de las Lenguas, i la mas cumplida i elegante de todas”.

¿Por qué ha tomado, no obstante, tantísimas palabras del latín (siendo ella más rica que el latín)? “A lo qual se responde qe no se puede probar qe no fuesen primero Españoles del tiempo qe los Reyes i jentes de España poseyeron aquellas partes de Italia, i asentaron colonias, i poblaron lugares conozidos zerca del Tibre, i dieron prinzipio i nombre a la población de Roma, entonzes mediano lugar, i se llamaron fundadores, por el nuevo señorío que comenzaron”.

Se puede aducir que en castellano no existen cosas de interés relevante. Que la cultura, la ciencia, los temas elevados sólo se encuentran en latín. Es más, que en castellano no hay una “literatura clásica”, antigua. La respuesta a esto, en los últimos cien años, después de los Reyes Católicos especialmente, es que el castellano “ha ido creziendo i enriqueziendo-se de muchos i elegantes libros de toda suerte, qe por ser tan notorios i tantos, no es menester hazer aqi catalogo de ellos, qe la dezima parte es mas qe todos los Latinos. I si no huvieran tenido los pasados i presentes aquella erronea presunzion de escribir en Latin, tuvieramos muchos mas Autores antiguos i modernos. También Madera protesta contra la gente culta que desprecia el español: los españoles, desde luego, “en proffesando erudicion, ninguna cosa aborrecen mas que las propias [excelencias], desprecian los libros de nuestra lengua, i buscan i admiran no solo los Griegos i Latinos, que por su antigüedad merecen veneración, sino tambien los Toscanos, como si nuestra lengua fuese inferior a otra de las que oy se hablan en el mundo”.

Una última objeción: ¿Por qué no existe ni un solo documento de aquella remotísima antigüedad? Pues porque tampoco es seguro que supieran escribir, dado que tenían otras importantes ocupaciones; o porque en tantísimo tiempo que ha pasado tal vez los libros y papeles se hayan destruido, etc. “I si algo escrivieron en piedras o metales, en qe tampoco parece fueron mui curiosos, los Romanos a qien yo culpo mucho en esta parte, lo desbaratarian todo para qitar a los naturales la notizia de sus pasados o antigüedades, i la ocasion de amor a sus propias cosas, i atrahe-

llos a sus costumbres, policia i leyes i, como si dijeseamos [atento, señor Albornoz], *romanizallos*, i atribuir-se a si todo lo bueno qe tuviesen”. Los subrayados aparecen en el original.

(No está mal observado: al pueblo que se desea absorber y asimilar hay que arrebatarle su memoria histórica. La conciencia de su identidad).

EL CASTELLANO, PRIMOGÉNITO

Castilla es cabeza de España, a decir de López Madera. Si España es el primer reino del mundo, y Castilla el primero de España, no es preciso insistir en su primacía. Eso también lo sabía el monje de Arlanza: de todas formas, ahora nos interesa más el capítulo referente a la lengua.

“También el nombre de Castilla, que es ahora cabeza de España, parece ser antiquísimo”. Lo impuso Brigo, cuarto de aquellos primeros reyes de España, como su nombre propio: porque Brigo, exactamente “*es nombre Arameo y significa castillo*” (L. Madera). Por qué el rey español tenía nombre arameo es algo que queda sin aclarar.

Más tarde, comenzando con los Reyes Católicos, podemos ver “que nuestra lengua Castellana á ido creziendo como suelen las lenguas con el imperio, i que florece en estos tienpos, i que parece aver llegado á su cunbre enriquecida con muchos i eszelentes Libros; i que se va estendiendo por muchas nazioni esranxeras desta corona”.

Sin necesidad de leer a Maquiavelo, todo da a entender que los españoles han tenido siempre muy claro, comenzando por Nebrija, que el Imperio y la lengua son compañeros de viaje. También Aldrete lo cree así: la fuerza política propaga la lengua o la asfixia. Mientras los vencedores hacen vencer a su idioma, los vencidos “como vencidos y rendidos auian de dexar la lengua propia, i tomar la de los vencedores”. En el *Teatro crítico* de Feijóo podemos leer: “Pues la introducción del lenguaje forastero es nota indeleble de aver sido vencida la Nacion, a quien se despojó de su antiguo idioma. Primero se quita a un Reyno la libertad que

el idioma. Aun cuando se cede a la fuerza de las armas, lo último que se conquista son lenguas y coraçoones”. Pero, a la larga, también estos sucumben en la dominación.

Decía Marx que una ideología coyuntural dominante suele ostentar la hegemonía de la sociedad. A menudo los mismos dominados la pretenden defender, entre ataduras y cargas, valiéndose para ello de la ideología triunfalista preponderante, que reproducen en sus conflictos. Intimidando, envidiando, admirando y odiando la imagen de las autoridades superiores, adecuan para sí la ideología de los jefes, con lo que aumenta la vanidad de su servilismo. Utilizan entonces la misma simbología, la fe agresiva de los dominadores y la ira o la superstición defensiva de los dominados, llena de rencor. La lucha se da dentro de la ideología dominante. Los mismos modos que utiliza Castilla usarán luego los restantes territorios –idiomas– en su favor.

Junto con la hegemonía política se ha afianzado la hegemonía lingüística y cultural de Castilla. Sus esfuerzos le ha costado, de todas maneras, imponer su primacía y señorío en otros territorios y naciones (el apologismo vasco es una forma de resistencia; no la única). No me estoy refiriendo a las “naciones periféricas” y a la resistencia tradicional. El sevillano Herrera ha protestado con amargura: “(...) Que no ay cosa buena en toda la grandeza d’España, sino en el Reino de Castilla. Que piensen esto los ygnorantes del bulgo, que siempre fue necio, y calunien y bituperen las obras de todos los que no son castellanos (...)”. “¿Pensais que es tan estrecha el Andalucía como el condado de Burgos, o que no podremos usar bocablos en toda la grandeza de esta prouincia, sin estar atenedos al lenguaje de los condes de carrion, i de los siete ynfantes de Lara?”

Aunque la rivalidad entre Andalucía y Castilla se ha plasmado de muchas maneras a lo largo de estos siglos, aquí sólo nos interesa el aspecto lingüístico: los andaluces no saben hablar en castellano. Se expresan mal.

No hay más que ver el trato que Valdés, en *Diálogo de la lengua*, dispensa a Nebrija. Ciertamente admite la erudición de aquél, sin embargo “(...) al fin no se puede negar que era andaluz, y no castellano, y que

scrivio su vocabulario con tan poco cuidado que parece averlo scrito por burla”. Además de una deficiente ortografía son tantos sus fallos –”engaños”– en las explicaciones y traducciones de las palabras que, una de dos: o no comprendía el significado latino, o “no alcançava la del castellano, y éste podría ser, porque el era de Andalucia, donde la lengua no está muy pura”. Valdés, como prueba de verdad, extrae los siguientes ejemplos de palabras y traducciones erróneas: /aldeano - vicinus; brio en costumbres - morositas; cecear - balbutire; ceceoso - balbus; loçano - lascivus; malherir - deligere; moça para mandados - amanuensis; mote o motete - epigramma; padrino de boda - paranimphus; ración de palacio - sportula; sabidor de lo suyo solamente - idiota; villano - castellanus; rejalgar - aconitum/. Por otra parte, en casos como /vanidad, invernar, escribir, aliviar/ alegando que Nebrija prefiere /i/ que /e/, así priva de razón a los polemistas: “No me alagueis otra vez para la lengua castellana la autoridad de Librixa andaluz, que me hareis perder la paciencia”. Otro tanto en lo referente a casos como /envergonçar - avergonçar/, etc.: “Ya tornais a vuestro Librixa, ¡no os tengo dicho que, como aquel hombre no era castellano, sino andaluz, hablava y escrivia como en el Andaluzia y no como en Castilla!”.

El valenciano Cordero camina por la senda de Herrera, con la intención de negar a los castellanos el monopolio de hablar y escribir bien el español: “No debe darse alguno a entender, que por no ser uno de Castilla, no puede saber la manera de escrebir mejor que muchos que lo son”.

En el Quijote se advierte que Castilla y León se disputaban poseer el mejor castellano: “que no hay para qué obligar al sayagués a que hable como el toledano”. (Una cosa “digna de reprehensión” que Cervantes achaca a su falsificador Avellaneda es su mal castellano, es decir, “que el lenguaje es aragonés”).

W. Bahner cita un apologista valenciano, Martín de Viciano, que comparó el castellano y el valenciano y proclamó vencedor a este último. El castellano es una jerigonza, un revoltijo: “Es lástima ver, que en la Lengua Castellana aya tanta mixtura de terminos, y nombres del Arábigo, y á les venido, por la mucha comunicacion, que por muchos años han tenido en guerra, y en paz con los Agarenos. Y hanse descuidado los

Castellanos, dexando perder los propios, y naturales vocablos, tomando los extraños; y desto rescibe la noble Lengua Castellana, no poco, sino muy grande perjuicio, en consentir, que de la mas que cevil y abatida Lengua Arabiga tome vocablo, mi nombre”. El español, además, sufre diariamente polución, a través del contacto con otros pueblos, porque los mercaderes y soldados, tras viajar a donde sea, regresan con cualquier palabreja y la insertan en la lengua: “Si fuese de otra Lengua buena como la Castellana, aun seria de sufrir; pero à las veces es de alguna ruin Lengua, y en lugar de honrar su Lengua, ensúcianla; y de esta manera es Lengua compuesta de muchas”.

En última instancia, desde su mismo origen es bastardo el español: “La Legua Valenciana ha probado con todo cumplimiento, que la Lengua Latina es muy universal por todo el mundo, y de aquella muchas otras lenguas han tomado gran número de vocablos; y que la Lengua Valenciana es hija y factura de la Lengua Latina por derecha linea y propagación. Y que la Lengua Castellana procede de madre bastarda, por ser compuesta de la Romana Latina, que fue Latin corrompido; y en la venida de Roma a Castilla mas se corrompio”. Y luego con los bárbaros, y después con los árabes, etc., etc, se fue corrompiendo cada vez más. Si al castellano le da por aprender, la lengua valenciana le mostrará su ejemplo, “que, por más que en Reyno de Valencia había dos tercios de Agarenos, que hablaban Arábigo, jamás la Lengua Valenciana ha tomado, ni usado palabra alguna Arábigo, antes por ser el Arábigo enemigo del Christiano, le tienen por muy aborrecido”.

Tensiones, resistencias, conflictos, “adaptaciones” (a la chita callando o con imposturas). Pero todos quieren ser el primero. La antigua sociedad está remozándose en las Españas. Mejor dicho, un nuevo mundo está naciendo. Carlos V, ganada la guerra a los Comuneros, se alza como monarca absoluto en Castilla, sostenido mediante una potente burocracia (desde 1538, la nobleza y la Iglesia han sido apartados de las Cortes castellanas). Y se ha desatado la gran movida: el servicio a la Corona va a ser las verdaderas Indias para mil aventureros, burócratas, chupatintas, soldados y frailes euskaldunes, catalanes, gallegos. La vía castellana y el castellano, para entendernos: “Iglesia, o mar, o casa real” (Quijote, I, 39). Y hay que adaptarse a la nueva marcha, al turbillón, a la vorágine, al ata-

que de guante blanco. No sólo a base de conquistas se toman y se asimilan los pueblos. Ahí tiene a Cataluña. El catalán posee en el siglo XV una excelente literatura (Ausias March, Joanot Martorell). En el XVI, el barcelonés y burgués Boscán, poeta español, soldado y servidor de Carlos V. El catalán ha pasado a ser el lenguaje de la tradición y del pretérito. El nuevo mundo es el Imperio.

¿Cómo se han “adaptado” los euskaldunes a los nuevos tiempos?

JAUNTXOS E IDEOLOGÍA DE JAUNTXOS

Repasemos todos los puntos que íbamos analizando, para aproximarnos a una interpretación de los mismos. Comenzaremos repitiendo los principales capítulos.

Existen multitud de mitos acerca de la historia vasca. Que si Tubal es el patriarca de los euskaldunes, *hijo quinto de Iaphet, y nieto del segundo padre del género humano* (Garibai). Que si procedente de Armenia entró en Bermeo. Que no, que vino a Navarra. Que no fue Tubal nuestro predecesor, sino el legendario Aitor (Txaho). ¡A saber de dónde demonio venía! Que si el euskera era la lengua del paraíso. Que no, que Dios le enseñó a hablar en euskera a Noé. Que tampoco, que surgió en Babel. De todos modos, el cuento de la lengua del paraíso no fue inventado por los euskaldunes. No sé yo dónde ni cuándo se creó. Pero incluso Dante conoce la polémica: que si Adán y Eva hablaban en florentino y que se puede afirmar que la lengua del paraíso no sólo era italiana, sino exactamente el dialecto de Florencia... Parece que el asunto viene de lejos.

Es pintoresco. Dante echa mano de un tal barrio de Pietramala –en español diríamos Cantalapiedra– como ejemplo ridículo de la vanidad de cualquier pueblo o aldea, cuando se presume de que el lenguaje más puro y más auténtico es el propio (es algo parecido a lo del “euskera de Tolosa”). La nuestra, por tanto, faro y norte de todas las restantes hablas. Todo hace pensar que era una pretensión corriente: *Nam, quicumque tam obscene rationis est un locum sue nationis delitiosissimum credat esse sub sole, hic etiam pre cunctis proprium vulgare dicitur, idest maternam locutionem,*

et per consequens credit ipsum fuisse illud quod fuit Ade. Dicho de otro modo, así como cada uno cree que su pueblo es el más placentero que existe bajo el sol, también estamos todos convencidos de que nuestra lengua es mejor que todas las demás y, por lo tanto, que fue el idioma de Adán. (Lógico es que, si se lo enseñó el mismo Dios, fuera el lenguaje más perfecto). (V. *De vulgari eloquentia*, I, 6, 2). El florentino ilustrado cosmopolita —“cui mundus est patria levut piscibur equor”— no quiere caer en esas rivalidades pueblerinas. Ama muchísimo a su Florencia pero basándose únicamente en el raciocinio simple, prescindiendo de sentimientos; ha quedado claro, así nos lo dice él, que el primer lenguaje humano ha sido el hebreo: “Fuit ergo hebraicum ydioma illud quod primi loquentis labia fabricarunt”. Este raciocinio carente de sentimientos, en contraposición al “raciocinio obsceno”, no es más libre y científico que este último, sino más “religioso” solamente (y, a su vez, históricamente a la sombra de la Iglesia, creador de otro tipo de mitomanía). Dejemos de momento, de todos modos, el cuento del “euskera del paraíso”.

Muchísimos relatos heroicos han aparecido con motivo de las guerras que los euskaldunes —es decir, los cántabros— mantuvieron con los romanos. Entre otros, uno titulado *Leloren kanta*, muy conocido porque ha engañado incluso a avisados expertos (Humboldt): han llegado a pensar que pertenecía a la época de la conquista romana. J.K. Gerra percibió que podía datar de tiempos de Carlos V. Jesús M. Leizaola estima que sería del período en que los soldados vascos peleaban en las guerras de Italia. El Autor, de todas formas, ha utilizado un truco para engañar a la gente: *el canto está escrito, sin duda para darle un aire arcaico, en una especie de jerga* (L. Mitxelena). Pero ese truco no lo descubrió este Autor: a la sazón era frecuentemente utilizado también en otras partes. Claro, todos los pueblos de Europa deseaban poseer “cantos populares”. Algo parecido sucede también con otros mitos y cuentos.

Bien a gusto se ríen algunos listos de última hora a cuenta de esos relatos, como si fueran sempiternas memeces “de los abertzales”. No hay tal. Los abertzales —como los demás— han mitificado la historia a su manera. Pero, en primer lugar, esos mitos nada tienen que ver con nuestro abertzalismo (ahora). Y, en segundo, también fuera de Euskal Herria se hallan muchos cuentos de este tipo. *Estos mitos, que existen igualmente en*

la historiografía de otros pueblos –escribía Argizal, en ARRAGOA 2, 49– sólo pueden llegar a nuestra época como datos curiosos de la imaginación de sus autores, sin que impliquen importancia alguna, ni lleguen a influir en la formación de las generaciones modernas.

Será preciso aclarar, pues, qué sentido tienen –han tenido– esos mitos. Por qué surgieron y para qué eran. Porque el mito desempeña su función –no la de la ciencia, por supuesto– en la historia.

Acaso sugieran algo más que la vivísima imaginación de sus autores. Existe una tendencia general que presenta todo pueblo, a mitificar su historia, y esto es algo más que una mera rareza. El mito del “comienzo milagroso”, más allá de la historiografía –en las religiones, por ejemplo– ha jugado siempre un papel de extraordinaria importancia. El mito del paraíso no es sino una variante.

Durante el Renacimiento, hay que destacar tres capítulos en estos relatos: 1, el comienzo milagroso; 2, el heroísmo del pueblo en contra de los romanos (exactamente en contra de los romanos y de nadie más). En estos relatos –en todos los pueblos de Europa sucede lo mismo–, el arrojío del pueblo siempre se demuestra contra los romanos; 3, la singularidad de la lengua. Y en los tres puntos se destaca principalmente la función ideológica de la expresada argumentación.

Alejandro Magno se tenía por hijo de Zeus. Los romanos inventaron los relatos de Eneas de Troya y el de Rómulo y Remo. Ronsard les hizo un poema a los franceses, *Franciade* –en el siglo XVI y siguiendo a J. Bouchet– en el que convertía a los Reyes de Francia en sucesores de un tal Francus, hijo de Héctor. Y lo compuso por orden de la Corte, para demostrar que la monarquía de Francia era noble, en comparación con las demás, claro. Etcétera. No merece la pena continuar. El mito del origen es muy conocido y extenso.

Hace más de doscientos años que Voltaire se erigía en contra de estos mitos, en la novela-cuento titulada *L'Ingénu*:

Pourquoi toutes les autres nations se sont-elles donné des origines fabuleuses? Les anciens chroniqueurs de l'histoire de France, qui ne sont pas fort anciens, font venir les Français d'un Francus, fils d'Hector; les Romains se disaient issus d'un Prygien, quoiqu'il n'y eût pas dans leur

langue un seul mot qui eût le moindre rapport à la langue de Phrygie; les dieux avaient habité dix mille ans en Egypte, et les diables, en Sythie, où ils avaient engendré les Huns. Je ne vois avant Thucydide que des Romains semblables aux Amadis, et beaucoup moins amusants. Ce son partout des apparitions, des oracles, des prodiges, des sortilèges, des métamorphoses, des songes expliqués, et que font la destinée des plus grands empires et des plus petits Etats: ici des bêtes qui parlent, là des bêtes que l'on adore, les dieux transformés en hommes, et des hommes transformés en dieux. Ah!, s'il nous faut des fables, que ces fables soient du moins l'emblème de la vérité! J'aime les fables des philosophes, je ris de celles des enfants, et je hais celles des imposteurs.

También antes, a gusto se burlaba aquel Saint-Evremond de los romanos en *Réflexions sur les divers génies du peuple romain dans les différents temps de la République*. Se consideraban hijos de Venus a través de Eneas. Se las daban de parientes de dioses, tomando a Rómulo por hijo de Marte (según cuenta el mito, Rómulo y Remo fueron engendrados de Marte por la virgen vestal Rea Silvia y abandonados secretamente en el Capitolio, donde los amamantó una loba). Al final, proclamaron dios a ese Rómulo. Su descendiente Numa mantuvo excelentes relaciones con la diosa Egeria. *“Parece que, aparte de edificar Roma, el destino no tenía otro quehacer... Me repugnan todas esas cosas admirables construidas a base de cuentos y argumentos falaces”* (Saint-Evremond).

Esas repugnancias y esas críticas van a surgir en el siglo XVIII. Los apologistas no han roto amarras aún con la Edad Media. Continúan en el pensamiento mitológico.

En todo esto, los apologistas vascos no se encuentran solos: especialmente, cuando mitifican el origen de los euskaldunes. De alguna manera, esa conducta responde a una tendencia generalizada. En el caso concreto de los euskaldunes obedece, además, al interés por mostrar la nobleza de éstos. Porque la nobleza de los euskaldunes proviene, al parecer, desde sus orígenes, no ha sido concedida por un Rey o alguien por el estilo. Lo veíamos en Tirso: *Un nieto de Noé le dio nobleza / que su hidalguía no es de ejecutoria*, etc. Como hemos visto, ha sido un “capítulo teórico” de un asunto totalmente práctico.

El origen de toda nobleza, de toda pureza de sangre, reside en las ci-

mas de las montañas. Ni romanos, ni bárbaros, ni árabes consiguieron dominar estos montes. El pueblo abrupto posee sangre "sin mezcla", pura, impoluta, inmaculada, noble. Hijo de vizcainos, así se expresaba Ercilla, en el 27º canto de *La Araucana*:

la aspereza
de la antigua Vizcaya, de do es cierto
que procede y se extiende la nobleza
por todo lo que vemos descubierto.

Da la impresión de que todos los pueblos recuerdan y ensalzan con placer sus hazañas y acciones, las grandes destrucciones y las fulgurantes victorias. En la guerra se comprueba, al parecer, la grandeza de un pueblo. En la guerra se demuestra quién vale. Casi todos los ídolos de la historia de los pueblos, los grandes personajes, han sido guerreros. Y, si les hacemos caso, todos los pueblos han sido aterradores guerreros. Los euskaldunes no podían ser menos. Si los apologistas e historiadores de los siglos XVI y XVII pretendían enseñar a los erdeldunes qué soldados tan completos eran los euskaldunes, parece lógico que se nombrase a árabes y compañía. Los árabes dominaron fácilmente a España, no a Euskal Herria. Orgullosos podían sentirse los apologistas. También parece que pelearon duramente los euskaldunes contra los francos. Ahí si que había material para inventar un mito: Orreaga. Bueno, ya se encargarán de hacerlo más tarde: en *Altabizkargo kanta*, por ejemplo. Pero los apologistas, antes y después, sólo concederán gran importancia a la valentía demostrada contra los romanos... Y los apologistas vascos no están solos cuando mitifican el heroísmo de los euskaldunes en contra de los romanos. El mito español de Numancia y Sagunto, y el de Viriato, el de Vercingetorix en Francia, el de Arminio en Alemania, son todos ellos primos-hermanos. Y tiene su razón de ser así. Para las personas de aquel siglo XVI la imagen ideal era Roma. Los mitos eran inventados por los Estados que en ese momento estaban conformándose, para demostrar que eran algo, que eran capaces de hacer frente a Roma. Hemos de tener en cuenta lo que significaba para esas gentes poder enfrentarse a Roma. Toda la cultura de los renacentistas estaba basada en la cultura romana. En la escuela no se estudiaba casi otra cosa que autores romanos.

Eran los únicos temas de lectura. Tomaban como ejemplo a los héroes de Roma. Roma era su espejo y medida. Para los euskaldunes, además, con eso de que el latín no ha ahogado al euskera, el cuento tomaba visos de verosimilitud. Y con eso de que se les hizo frente a los romanos, como no nos dominaron, se nos otorga a los euskaldunes casi el mismo lugar que a los rivales. Pero todo indica que estos cuentos no sólo los creen los euskaldunes, sino todo el mundo. Así nos lo atestigua Juan de Valdés: *Lo que por la mayor parte de los que son curiosos destas cosas tienen y creen, es que la lengua que oy usan los vizcaínos, es aquella antigua española.* Esta opinión es confirmada mediante dos razones harto aparentes. La una es que, así como las armas de los romanos cuando conquistaron la España no pudieron pasar en aquella parte que llamamos Vizcaya, así tampoco pudo pasar la lengua... Y eso no significa nada sobre los euskaldunes de la época romana, pero quiere decir algo sobre los euskaldunes del siglo XVI: los veían, en cierta medida, como guerreros bastante salvajes y fieros. Tan fieros como para imaginarse que era posible hacer frente a los romanos, por lo menos. *Son buenos para la guerra* se afirmará de los euskaldunes.

Pero existe otra razón para que los euskaldunes mostrasen su fuerza contra los romanos, pero no contra otros: que los romanos eran vistos como el comienzo de la historia en esta parte de occidente. Antes de los romanos se percibe como un oscuro vacío. Por lo tanto, si no fueron sometidos por los romanos y no se mezclaron con ellos, de esto se deducía que los euskaldunes eran desde siempre indómitos y puros: *sin mezcla de otras naciones extranjeras* (Isasti). Ahí es donde se asentaba el principio de la nobleza. *Todas las naciones se esforzaban en descender hasta las remotas cavernas del pasado, en busca de títulos de nobleza. Ellas poseen la lengua más antigua, ellas crearon la más antigua prosa, y cada una de todas ellas declara orgullosamente que todas las de alrededor son unas pobres novatas en la Historia.* Esto es lo que leemos en el libro *La Crise de la Conscience Européenne 168/1715*, de P. Hazard.

De nation à nation, on bataille aussi pour revindiquer la priorité dans le temps. Elles essaient toutes, alors, de descendre jusqu'au fond de leur passé, pour en rapporter des titres de noblesse. Elles possèdent la langue la plus ancienne, la prose la plus ancienne, la civilisation la plus

ancienne. Et à chacune d'affirmer fièrement que ses voisines ne sont que des prétentieuses, que des parvenues.

Todas las naciones andaban por el estilo. También los euskaldunes. Cuán antiguo y puro es el euskera; todos los demás son lenguajes bastardos.

Aitzitik badirudi ezen bertze hizkuntza eta lengoia komun guztiak bata bertzearekin nahasiak direla. Baina euskara bere lehendabiziko hastean eta garbitasunean dagoela²⁸ (*Axular*).

El español es una especie de jerigonza inmadura, verde. Un lenguaje crecido merced a la lengua perdida en territorios conquistados por los romanos. Como decía Garibai, en toda Iberia, la lengua original ordinaria era el euskera, ya que así lo quiso Tubal, tras la confusión de Babel. Y allí donde no se ha sufrido dominio ni mezcla, el euskera pervive.

Esos apologistas, que han apreciado extraordinarios dones en el euskera, también se afanaban en el campo lingüístico, tal como se estilaba en su época. En Alemania, por ejemplo, encontramos prácticamente las mismas cosas, hacia finales del siglo XVII. Alemania, a decir verdad, estaba atomizada. Totalmente sometida a los vecinos. Pero los cabecillas intelectuales, Leibnitz o Pufendorf, se mostraban convencidos en su victoria. Para ellos, la unidad moral y espiritual de Alemania era superior y más fuerte que cualquier escisión política. ¿El derecho? ¿No era el derecho germánico anterior y más justo que el derecho romano? (Los euskaldunes ensalzarán sus Fueros). Y la lengua: el alemán es tan antiguo y bello como lo pueda ser el latín o el griego. El alemán posee la perfección del griego, la majestad del latín, el encanto del francés, la gracia del italiano, la riqueza del inglés, la dignidad del flamenco, etc., etc. El joven Federico Engels, por citar a alguien, aunque no era hombre del siglo XVI o del XVII, no desdeñaba su idioma alemán. ¡Faltaría más! Al igual que los Autores de doscientos años antes, continuaba comparando

²⁸ Por el contrario, parece que todo el resto de las lenguas están mezcladas unas con otras. Pero que el euskera se mantiene puro, como en el comienzo.

su lengua con el inglés, el francés, el griego, el portugués. Y hallaba que el alemán –*lengua de Germania, lengua eterna*, proclamaba emocionado– era el mejor. De todos. El alemán es tan viejo como el mundo, asertaban los apologistas alemanes, como los apologistas euskaldunes. Etcétera.

Tampoco en literatura tenían los alemanes de qué avergonzarse. Tácito cuenta que los antiguos germanos cantaban himnos a sus héroes. Aventino consideraba que algunos poemas épicos de la Edad Media eran antiquísimos cánticos que –confesaba– nos han llegado hasta hoy totalmente desfigurados. Las más bonitas razones son las aducidas por Morhofiusen (1682): en todos los pueblos es la poesía la primera vía de expresión; por consiguiente, también Alemania hubo de tener sus poetas en la antigüedad, aunque hoy no hallemos rastro de ellos... Lo que ha de ser, es. Dentro de la misma lógica, otros nos dirán que *el bertsolarismo es tan viejo como el euskera*. Y que los euskaldunes eran bertsolaris incluso en tiempos en los que no conocemos que haya habido bertsolaris, en la más remota antigüedad. Los que hubieron de ser, fueron. Sin duda.

Los euskaldunes, como no podía ser menos, no se iban a conformar con una pobre literatura de hace dos días. Hacían falta viejos cánticos. Los pueblos buscaban antiguos cantos (es decir, historia) por todas partes. Así surgirán los cantos de Lelo y Altabizkar. En la Crónica de Ibargiñen-Katxopin, tenemos una explicación sobre la etimología del nombre Cantabria que deja en ridículo a la Grecia homérica o a los cantores de Tácito:

El señorío de Vizcaya fue poblado por Tubal, nieto de Noé. Nunca usaron tener escritas sus leyes, porque Noé, cuando vino a España a visitar a su nieto y las poblaciones que tenía echas, les dió... el gobierno de la República en verso para que con más facilidad lo tuviesen en la Memoria. Y de aquí le vino a la Cantabria llamarse patria y región de los Cantares, por quanto cantaban las leyes que tenían, y cantaban los echos heroicos de los difuntos que morían en la guerra y sus descendencias, a lo qual llamaban Heressia.

Refiriéndose a este cantar de leyes, en el *Leviatán* de Hobbes he encontrado lo siguiente: “Y en los tiempos antiguos, antes de que se usasen habitualmente las letras, las leyes se ponían muchas veces en verso,

a fin de que el pueblo toscó, disfrutando al cantarlas o recitarlas, pudiese retenerlas tanto más fácilmente en la memoria”. No es, por tanto, privilegio de los euskaldunes.

Unciendo la conciencia lingüística y la conciencia nacional de cada uno, en el Renacimiento se les componen odas y cánticos a los héroes. Se pretende trabajar, honrar la literatura mediante una temática nacional prestigiosa, porque se cree que la época de la literatura nacional exige una temática nacional idónea. Temas nobles, al menos. Ronsard compone la *Franciade*. Milton, asimismo, tiene el objeto de hacer un poema nacional heroico, acerca del legendario Artus: la crisis religiosa nacional de Inglaterra le llevó a componer, en lugar del poema heroico, una gran trilogía bíblica. En 1689 D.C. von Lohenstein publicó la novela heroico-galante *Arminio y Thusnelda*. En Alemania tuvo un éxito absoluto. Von Lohenstein sacralizaba al jefe Arminio, el mito de los germanos heroicos, en contra de los romanos. Un sucedáneo alemán, en novela, de *Leloren kanta*. (Arminio, fundamentalmente, es un personaje histórico –al contrario que Lekobidi– que destruyó varias legiones de Augusto en los bosques de Teutoburgo). Ya que había aparecido el oportuno Autor nacional, quedaba a salvo el honor de la nación alemana, *patriae amantissimus*. En esta época no sólo se mitifican sucesos históricos. También se inventan falsos textos. Se han falsificado numerosos canciones y poemas “antiguos”, también en otras naciones, en base a la citada ideología. En Europa no habrá literatura que carezca de esa falsificación. Se fabricaban canciones antiguas, es decir, se componían con aspecto de antiguas y de este modo eran fácilmente vendidas (como nuestro *Leloren kanta* o *Altabizkargo kanta*). Era una gran moda que bañaba toda Europa.

Los euskaldunes –es decir, los terroríficos *racistas y nazis*, según dicen– también poseemos cuentos y relatos fantásticos acerca de nuestro arrojó, nuestra bella lengua, nuestro esto y nuestro lo otro. Pero apenas tenemos composiciones de desprecio o burla hacia otros pueblos, o de vanaglorias y autocomplacencias, comparándonos con otros pueblos. Algunos Autores contemporáneos se muestran escandalizados porque han descubierto el racismo de los euskaldunes de la época, en contra de los judíos u otros. Lo que no sabemos es si en aquella Europa cristiana hallarán un solo pueblo sin muestras de racismo antijudío. ¿Acaso se de-

mostraba un racismo más recalcitrante en Euskal Herria? No. Menor que en cualquier otra parte, quizá. El de los judíos, además, estimo que era un caso especial. Si queremos encontrar racismo, abundan lugares donde buscar mucho mayor racismo y más fácilmente. En cualquier otro pueblo de Europa se puede hallar mayor racismo que aquí; y no sólo en contra de los judíos, sino también contra cualquier pueblo cristiano de los alrededores. Por ejemplo, el racismo de los españoles contra los euskaldunes. Su racismo les hacía decir, por ejemplo, como ya hemos recordado infinidad de veces, que los euskaldunes éramos bárbaros. Que apenas éramos cristianos. Bien apostilló Etxeberri de Sara a todo lo que significan la barbarie de los euskaldunes, su cortedad y el resto de bur-las que se les hacen:

Egiazki hemen Marianak aurthikitzen dio eskualdunari, aurthik ahal zetokeen harri ukhaldirik borthitzena, edo ahaphaldirik gogorrena: zeren Aristotelesek dioen eredura, gizonari hitzez egin eta eman ahal dakioken laidorik handiena baita, izpirituz labur eta eskas dela deitzea: ... zeren gizonaren ohorea eta noblezia (Zizeronek dioen bezala) baitago adimendu izatean, eta ongi mintzaten jakitean; bide huntaz gizona differentziatzen da abre mutuatarik, eta egiten Jainkoaren iduritako, zeina baita natura-lezak ardiets ahal dezakeen abantailik handiena.

Los mismos españoles —en su humilde opinión— no eran cortos, ni necios, ni incultos. *Digo* —escribía Vicente Espinel— que yo he alcanzado la Monarquía de España tan llena y abundante de gallardos espíritus en armas y letras, que no creo que la romana los tuvo mayores, y me arrojó a decir que ni tantos ni tan grandes. Y continuamos con aquel Pérez de Mesa que revisó la obra de Pedro de Medina: *Si tuviésemos lugar de cotejar las letras y sciencia de nuestros Españoles con la de las otras naciones... bien se echaría de ver la ventaja que en todas las facultades los Españoles hacen a los muy letrados de los otros reinos.*

Los españoles —escribe el de Peñalosa— *han poseido y tienen más oro y plata que nación otra alguna, y son los más lustrosos magnánimos y liberales de todo el mundo.* Los españoles detentan todas las ventajas del mundo: las más bellas mujeres, los más arrojados hombres, etc., etc. Y también la mejor cultura y la más bella lengua y la inteligencia más fér-

til, claro. *¿Hay otros hijos de más vivo ingenio* –se preguntaba, sin lograr salir de su pasmo, Francisco Santos– *pues tienen asombrados los tiempos sus escritos tan elegantes?*

Cómo no. Aquellos españoles podían sentirse muy orgullosos, con todo derecho, y todos los demás podían despreciarlos, sin que eso pareciera racismo a nadie: porque, aunque no fueran hijos de Dios, *puso Dios en el principio del mundo la provincia de España, en testimonio de que en todo él no había otra más principal y soberana*. Y después organizó todo el mundo a su alrededor, como para ponérselo a sus pies. España es el centro del mundo. Y Castilla el núcleo central de España: *En esta provincia es muy probable que formó Dios al primer hombre. En ello consistió lo más ilustre de todo el Paraíso*. Ésta era la teología española divina de Juan de Caramuel que, al parecer, ya no escandaliza a nadie, al contrario que los euskaldunes, a pesar de que vuelan bastante más bajo. Pero no vamos a continuar con estas bobadas.

Los españoles *pensamos ser señores del mundo*, denunciaba Espinel. Y Cristóbal de Villalón: *Entre todas las naciones del mundo, somos los españoles los más mal vistos de todos, y con gradísima razón, por la soberbia, que en dos días que servimos queremos luego ser amos*.

Eso es: *quieren ser amos*. Ésa es la cuestión.

¿A que se deben estas mitificaciones de la lengua, antigua literatura y cultura propias? También aquí hay que estar atentos a la significación política que se le da a la cultura. Parece que quien posee mayor cultura adquiere, a la vez, más derechos. Derecho de mandar y ser jefe, sobre todo. Decir que una nación tiene cultura más antigua y mayor es legitimar su ansia de hegemonía. En este contexto, nadie desea quedarse con una cultura menor o sin la cultura más antigua. Indirectamente, con la excusa de una cultura mayor y más antigua, se declara el derecho de someter y gobernar a los demás. La cultura, entonces, más que cultura es un principio de legitimación de hegemonías nacionales. Quien es culto tiene derecho a ser jefe.

Es un antiguo cuento: *el bárbaro* –lo decía ya Eurípides en *Ifigenia*– *está concebido para esclavo; el griego, para la libertad*. Es decir, para mandar. Eurípides vivió cuatrocientos años antes de Cristo. Ese cuento es, a

la vez, muy moderno: sustituyendo lo del más culto por el más progresista, la teoría marxista entrega al más progresista todos los poderes de jefatura; y al conservador, al atrasado, nada. Es, esencialmente, el eterno esquema del derecho de conquista.

Es comprensible que los euskaldunes no desearan quedar como incultos. Y que inventaran mitos. Suficiente experiencia poseía el euskaldun acerca de la dominación que suponía la carencia de cultura —no dominar el erdera, por ejemplo—. Hasta hoy mismo hemos podido comprobar cómo se ha tenido que desenvolver la gente rural por no saber español. Incapaz de sacar un billete para el tren. Avergonzada de tener que ir al médico. Sufriendo escarnios en el servicio militar, etc., etc. Siempre ridícula. Siempre personilla, siempre esclavos. En el siglo XVI no podía ser de otro modo. El mundo estaba lleno de euskaldunes desaharrapados. No es difícil adivinar cómo vivirían. Otazu y Llana trae —*El "igualitarismo" vasco*— este pasaje de un fraile dominicano del siglo XVI: (los euskaldunes) *por la mayor parte no tienen perfecto conocimiento para gobernar, sino sólo viveza y solicitud, así son buenos para guerra y para mar Y PARA SERVIR.*

Y las cosas no diferían mucho en Euskal Herria y entornos. R. Estienne se ha esforzado en demostrar que, entre todas las lenguas, sólo el francés es comparable al griego (v. *Traité de la conformité du langage français avec le grec* (1565; coetáneo, por tanto, de Garibai). Citemos aún la *Défence et Illustration de la langue françoise* (1549) de Du Bellay. Por todas partes había similares métodos “científicos” de escribir la historia. Véase en E. Pasquierre *Recherches de la France* o en E. Fauchet *Antiquités Gauloises et Françaises* y *Recueil de l'origine de la langue et poésie françoise*. Tal como “prueba” esta última obra, la cultura romana ha pasado directamente de la ciudad eterna a Francia. La nueva Roma es Francia. (He aquí de nuevo a los precursores de Sánchez Albornoz o Maurras y Barrès).

A criterio de Mazzini, sin embargo, en los nacionalismos modernos, la nueva Roma era de nuevo Italia, ninguna otra (es evidente que sigue a Cola di Rienzo).

Los Autores ingleses del siglo XVI, por su parte, estiman que el pue-

blo elegido es Inglaterra. William Tyndal llegará a “probarlo”, mediante una minuciosa comparación del hebreo y el inglés. Los ingleses han ido, especialmente, en contra de los franceses: dirán que el francés es feo y pobre, el inglés rico y hermoso, etc.

Los españoles no quedaban a la zaga: a Toledo se le llamará *Segunda Roma*. Fray Luis de León demuestra que el pueblo elegido es únicamente España, con la Biblia en la mano. Bueno, no sólo Fray Luis: *España asume el papel de Pueblo de Dios*, nos confiesa García Herrero, con un sinnúmero de ejemplos portentosos, en el libro *Ideas de los Españoles del siglo XVII. Cómo los españoles dilatan la fe católica, oficio y prerrogativa que tenía el pueblo de Dios escogido* expresaba Fray Benito de Peñalosa en un libro de la época. Al anteriormente citado García Herrero le leemos lo siguiente: *Ya en el siglo XVII se hizo común entender de España las profecías bíblicas y ver cumplidos en las hazañas de los españoles los textos sagrados. No podía pues, darse una divinización más alta de la patria, brazo de Dios e instrumento de su acción en el mundo.* Los españoles eran algo –hijos de Dios o lo que sea– más que el resto. Le tenían a Dios todo el día haciendo milagros para ellos, en contra de todo el mundo: en Clavijo, en Lepanto, en las Indias, en Alemania, en Flandes, en los mares... También los profetas comentan el asunto y precisamente ellos han prometido que España expandirá su poder por todo el mundo (*señoreándolo con sus armas*), que saldrá vencedora en todas las batallas; que derrotará a todos los enemigos que se han de derrotar; que los Reyes de España serán jefes de todos los demás, etcétera. Como decía el toledano aquél, Fernández Navarrete: *Pues los españoles... pueden estar ciertos que sus reyes serán los mayores del mundo, cumpliéndose en ellos lo que dijo Dios en los Proverbios... y lo que a David prometió, diciendo... Verificándose en la Serenísima Casa de Austria lo que de los romanos dijo Virgilio...* Todas las demás naciones no son nada de nada, inútiles, desgraciadas: *Miserable Alemania; Desdichada Francia; Escocia, en medio de tantas tinieblas* (Fr. M. Pérez de Heredia). La nueva Israel es España. La mimada de Dios. Y: *El sol mismo, como instrumento de Dios, también da la preferencia a España, pues alumbraba continua e incesantemente sus tierras y dominios las veinticuatro horas de su curso cada día. Véase si Francia o algún otro Monarca ha tenido o tiene esta calidad; y Dios, que es el supremo y verdadero Juez, ha determi-*

nado esta causa en favor de España en muchas ocasiones, y así lo confesó el Duque de Guisa, diciendo que Dios se había declarado español, cuando el Duque de Alba le venció e hizo retirar de Nápoles... España montó una ideología distinta a todas —es decir, una mitología— para probar su superioridad sobre el resto de países. Es la misma que no hace mucho hemos visto de nuevo armada y encendida, la que García Herrero mostraba como *mesianismo y providencialismo nacionalista*.

La teoría del pueblo alemán va a ser establecida por Fichte en el libro *Charlas a la nación alemana*. Muy semejante a los apologistas euskaldunes, sigue a Herder y compañía. Aquel filósofo argumentará en torno al concepto de *pueblo originario*. Dirá algo nuevo: los alemanes no están mezclados, como lo pueden estar franceses e ingleses. Los alemanes son los habitantes originarios del pueblo en que habitan, originarios y puros. Y se remarcarán los especiales carismas del pueblo originario.

No traigo todo esto para demostrar que el apologismo vasco de la época era *normal*. También esto ha de ser dicho. Hay que realizar estudios más detallados especialmente (es muy ilustrativo el libro *Nationalismus*, de E. Lemberg), ya que en estas páginas hemos de limitarnos a tocar dichos puntos. Es más importante que nos percatemos de que el apologismo es, en esa época, una ideología corriente. Propia del tiempo. En los cuentos y relatos de los apologistas no aparece sino la *ideología* contemporánea. Esos historiadores son los ideólogos de ese período. Y esa función tenía, precisamente, la mitificación de la historia que los apologistas nos han legado. Es una teoría del Derecho. Una teoría del poder.

Casi no es preciso decir que los primeros apologistas, al igual que sus colegas de otros países, son esencialmente servidores de una clase o de una casta: la de los *jauntxos*.

Ese enconado empeño de demostrar nobleza, en realidad, obedece sobre todo a los intereses de los principales. Un Consejero Real, juez o mercader, escribano, capitán o gobernador del Nuevo Mundo, un cargo de donde fuera, etc., tenían mayor interés por la nobleza, lógicamente, que cualquier pastor, arriero o escudero salido de un caserío, y los sol-

dados euskaldunes en Italia mayor interés que cualquier colono en las Indias.

Con esto no queremos decir que, ya que era la ideología de una clase determinada, no lo fuera de las otras. La ideología de la clase dominante es la ideología dominante en cada tiempo. Y, en este caso, también el pueblo llano euskaldun tenía esa ideología. De ese modo, en tal ideología no sólo se recogían los intereses de la clase dominante, sino también los de la gente sencilla. Pongamos un ejemplo corriente, frecuentemente citado: el de la huelga de los canteros de El Escorial. Felipe II quería castigar a los trabajadores que se habían sumado a la huelga. Pero, dado que la mayoría de canteros eran euskaldunes –y, por tanto, nobles–, no se les podía apresar sin audiencia previa, ni se les podía castigar como a villanos...

De todas maneras, se trata esencialmente de una ideología de jauntxos. Sin necesidad de recurrir a *El "igualitarismo" vasco*, de Otazu y Llanas, de sobra conocemos cómo han utilizado los jauntxos esa ideología en beneficio propio y cómo la han alterado en base a sus intereses. Todos los euskaldunes nobles, sí, pero unos más que otros. Todos iguales, sí, pero unos más iguales que otros. Está claro cómo se entendía la nobleza en la práctica y qué aplicaciones tenía.

También en el plano lingüístico contemplamos la visión y la conducta descarada de los jauntxos. Las clases que tantísimo se vanagloriaban por el euskera nada hicieron por convertirla en lengua cultural. Axular se queja de que *algunos* euskaldunes no saben ni escribir ni leer en euskera. Al hacer tal afirmación, Axular no pensaba en los pescadores, en los labradores, en los pastores. Que éstos no supieran leer ni escribir en euskera ni en ninguna otra lengua era algo normal en aquel tiempo. Axular no escribe "este librito para grandes letrados. Tampoco para quien nada sabe (de letras)". Y la inmensa mayoría estaba constituida por aquéllos que nada sabían de letras. La queja de Axular, por tanto, va dirigida contra otros: contra quienes sabían leer y escribir, porque, en lo referente a la escritura al menos, sólo escribían en otras lenguas. Los apologistas nos muestran claramente la actitud de esa gente con respecto al euskera: el euskera, para ellos, es un título nobiliario, no así una herramienta, un vehículo vivo de comunicación. Y para muchos *abertzales* de comienzos de este siglo seguirá siendo lo mismo. *Para los apologistas* –leemos a L.

Mitxelena— *el valor y aun la superioridad del vascuence sobre otras lenguas no podía depender de circunstancias externas y accesorias como el cultivo literario, sino de cualidades intrínsecas, tales como su pureza, su antigüedad y sobre todo la perfección de su estructura.*

*La cuestión es: ¿por qué eso es así? Una razón es el pensamiento, la forma de pensar. La forma (metafísica) que busca la naturaleza específica de las cosas. Eso, en cuanto al modo de pensar. En este sentido, todos los demás han defendido tendencias semejantes a las de los apologistas. Pero una razón más histórica es, como decíamos, que las clases principales no han necesitado ni utilizado el euskera como instrumento de comunicación, sino como título de distinción. Como prueba de nobleza. Isasti muestra perfectamente esta percepción: *La nobleza e hidalguía de los naturales y originarios de Guipúzcoa bien conocida está en todo el mundo, por haberse conservado desde su principio en sus solares conocidos con mucha pureza, sin mezcla de otras naciones extranjeras, COMO SE VE EN SU LENGUA BASCONGADA, trages y modo de vivir.**

A decir verdad, esas ideas (o fantasías) han cautivado a los propios escritores vascos, al cabo del tiempo. Mientras Etxepare carece casi de todo rastro de dicha ideología y Axular aparece mínimamente polucionado por ella, a Joanes Etxeberri de Sara —que es a la vez escritor y apologista— lo vemos sumergido en ella hasta las trenchas: *El Euskera es noble... porque es una criatura del Gran Príncipe Tubal. Etxeberri conoce otra razón de la nobleza: *El Euskera es una lengua que ha salido adelante por sus propias fuerzas de entre las demás lenguas, jamás vencida por sus enemigos; por eso puedo afirmar con razón que el Euskera tiene merecido el rango de noble.**

Tal vez haya que añadir que lo que Etxeberri de Sara deseaba ganar para la causa del euskera eran precisamente a los jauntxos de Euskal Herria. Por ello tendría sentido, en este contexto, que la ideología de los jauntxos adquiriese mayor importancia.

Seguramente, lo que Larramendi en su *Corografía* ha dejado escrito es lo mismo: “Esta nacioncita siempre ha estado en este ángulo septentrional, jamás se ha confundido ni mezclado con ninguna de las naciones que vinieron de fuera, ni de moros, ni de godos, alanos, silingos, ni de romanos, ni de griegos, ni de cartagineses, ni de fenicios, ni de otras

gentes. Y la demostración de esta verdad es el vascuence, lengua que evidentemente nos distingue de esotras naciones”.

Esas clases principales hasta hoy nada se han preocupado por el euskera. Y ahora no van a preocuparse, sino en la medida en que se lo dicen sus intereses. En lo que respecta a sus verdaderos intereses, desde hace tiempo esas clases caminan unidas y en competencia con sus homólogas erdeldunes. El euskera no es válido en esa unión y competitividad. Esas clases principales, desde los jauntxos hasta la burguesía moderna, siempre llevarán una práctica ambigua con respecto al euskera: honrarán al euskera ya que el euskera les honra a ellos. Pero no se molestarán absolutamente nada en utilizar el euskera, en trabajarlo. El euskera les debe servir a ellos, pero no ellos al euskera. No merece la pena saber leer ni escribir en una lengua que sólo se precisa para homologar títulos.

El capítulo de la lengua es casi un mero ornamento en esa ideología de los jauntxos. No ha sucedido lo mismo en otros pueblos: en general, todos se han esforzado en preparar y enriquecer sus lenguas. Los ingleses poseen excelentes autores dedicados a ensalzar su lengua: R. Carew, *Epistle concerning the excellencies of the English tongue*; W. Camden, *Britannia, sive Florentissimorum Regnorum Angliae, Scotiae, Hiberniae, et Insularum adjacentium... Descriptio (1586)*. Pero más hábiles eran trabajando que cantando: elaborando el inglés, realizando traducciones, usando la lengua nacional en la literatura, en las funciones oficiales. Otro tanto los franceses: C. Seyssel, J. Bodin, etc., han luchado denodadamente por introducir el francés en la Administración y en la Universidad, no se han conformado con alabarlo. Y no se rendirán hasta que consigan que el Rey apoye la lengua. (En 1634 surgió la Academia Francesa). En los libros de M. Goyhenetche (*Histoire de la Colonisation Française au Pays Basque; L'oppression culturelle française au pays Basque*) se puede apreciar cómo han evolucionado los franceses, mediante la ayuda real, en el fortalecimiento de la lengua. También los alemanes cuentan con encomiastas del idioma. Así, por ejemplo, M. Opitz escribe en 1617 *Aristarchus sive de contemptu linguae teutonicae*. Y también hay obreros de la pluma. En todas las grandes ciudades se constituyeron asociaciones literarias y lingüísticas. Entonces conoce el

alemán un fuerte resurgir. Los españoles tienen en sus filas tanto apologistas como literatos: Juan de Valdés, *Diálogo de la Lengua* (1535); Mosé Diego de Valera –*Crónica abreviada de España*– predica la misión de España, coadyuvando a conformar la ideología nacional, en calidad de historiador. Pero también existen agentes y artesanos. Simón Abril solicitaba a Felipe II que permitiese el ingreso del castellano, en lugar del latín. Fray Luis de León conmina a todos los teólogos a que dejen el latín y usen el español. Y comienza por aplicarse el ejemplo. Estos avatares del castellano quedan magistralmente explicados por Joseba Intxausti en el estudio *Política y lengua*.

En todas partes se percibía el mismo problema: acabar con el monopolio que hasta entonces ostentaba el latín y hacer lugar, incluso dar preeminencia, a las lenguas vernáculas. Existía, de todas maneras, quien defendía el latín. A propósito de ellos escribe Cervantes:

Y a lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romances, doyme a entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es ésta: el grande Homero no escribió el latín porque era griego, y Virgilio no escribió en griego porque era latino. En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase al poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aún el vizcaíno que escriben en la suya [fijémonos en ese “aún”].

El mismo razonamiento que Klaberia. Las mismas razones que Juan de Valdés. Pero quienes así han obrado en Euskal Herria son Etxepare y Axular, es decir, los escritores, con una minoría de jauntxos; no Garibai ni Etxabe, apologistas de la lengua, con la mayoría de jauntxos.

Los primeros escritores euskaldunes, directa o indirectamente, nos dan amplia cuenta de lo que hacían dichos jauntxos. Ensalzar el euskera y depravarlo. Todavía no se ataca directamente a la indolencia de los jauntxos, si bien se deplora tan lamentable comportamiento. Tal vez aún eran euskaldunes, a pesar de que no se preocupasen en absoluto por el euskera ni por la cultura vasca. Más tarde, sin embargo, el euskera será desterrado de esas familias, que pasarán a expresarse exclusivamente en

español en todas sus relaciones. Y, de enorgullecerse, pasarán a avergonzarse por el euskera. Estos nuevos jauntxos se sentirán satisfechos, orgullosos, porque dominan el erdera. Es la señal de los euskal-bárbaros civilizados. Y entonces aparece un nuevo tipo de apologista, el *euskerófilo*, en lugar del mero glorificador erdeldun. En *La toquera vizcaína*, de Pérez de Montalbán comprobamos cómo se han postrado esos jauntxos al español:

Lisandro:¿ *Cómo, siendo vizcaína,
hablas tan bien nuestra lengua?*

D. Elena: *Porque es en vizcaína mengua
y entre los nobles mohina,
hablar vascuence jamás
sino fino castellano.*

He ahí el progreso de nuestros jauntxos y damiselas... ¡En buena parte quedaron las burlas de Cervantes! Esta clase ya no habla sino *fino castellano*. Sería vergonzoso para esta noble gente *hablar vascuence jamás*. Para los mismos euskaldunes –los vascoparlantes– el euskera se ha vuelto bárbaro. Las ideologías de jauntxos son volubles, versátiles; los intereses de clase, constantes. Y a estos intereses ya no les conviene ni siquiera alabar el euskera en otra lengua. Esta clase pronto arrojará al cubo de la basura el euskera, lengua del vulgo. El viajero Venturino, que pasó por aquí, nos lo atestigua así: *se ve que las personas plebeyas hablan vizcaíno o vascongado, como dicen, que es una lengua difícilísima de aprender* [es la eterna disculpa de quien no quiere hablarlo], *si bien los nobles hablan claramente castellano*. Es la vergüenza y el complejo del origen bárbaro. Acerca de quienes han aprendido erdera y “se han ilustrado” cuenta Larrañendi cómo unos euskaldunes para darse a valer más que los otros, al oír algo en euskera, *óyenlos con desdén y desprecio, afectan que no los entienden, y que se les hable Romance, y hacen vanagloria de aver olvidado su lengua materna*. Es algo que nosotros mismos hemos experimentado en multitud de ocasiones. Saber erdera da prestancia.

A la “alta” gente euskaldun, sus intereses de clase le exigen a menudo, no sólo reivindicar el erdera como lengua usual, destrozando su euskera de paso, sino también pisotear el euskera directamente. Digámoslo de

otra forma: las clases superiores jamás —o casi nunca— han mostrado interés positivo por el euskera. Sí, en cambio, contra el euskera: en la contradicción que detentaban con respecto a las clases populares de Euskal Herria, exactamente. Lisiando la creación cultural en euskera, impedían el ascenso de las clases populares. Marginando el euskera de las relaciones oficiales se marginaba a la mayoría, que sólo conocía el euskera.

Un buen ejemplo es el de los jauntxos, que, habiendo quedado de acuerdo, se apropiaron de las Juntas de Bizkaia, despidiendo del gobierno a la gente humilde.

La democracia vasca jamás ha sido un paraíso democrático, la verdad sea dicha. Siempre era un montaje en favor de unos intereses determinados, fruto de diversos desarrollos, con sus vicios y virtudes, con sus claroscuros. Pero no la encarnación de unos ideales. Quienes, como Marx, pensaban que las Juntas Vascas eran *Asambleas completamente democráticas* veían las cosas con demasiado optimismo, sin duda. Su mayor valor era, quizá, conjugar diversos grupos de intereses y crear posibilidades para representarlos. El propio sistema democrático no era capaz para deshacer ni para superar desigualdades sociales. Aún así, parece que ayudaba a la mayoría. Sería interesante saber, por ejemplo, qué mecanismos truculentos utilizaban los poderosos para alejar de los asuntos de gobierno a los menesterosos y monopolizar el poder. Para controlar la democracia.

Una triquiñuela:

Los Fueros de Gipuzkoa habían establecido la igualdad política para todos los guipuzcoanos pero, como esto no ocurría fuera de Euskal Herria, en el siglo XVI se le impusieron ciertos límites y recortes a dicha igualdad: tanto para ser elector como elegido era preciso ser propietario de unos determinados bienes, patrimonio que se llamó “milakakoa”.

Había que ser, de algún modo, rico, tanto para elegir como para poder ser elegido. Y los pobres no podían ser partícipes ni en un lado ni en el otro. (Esto no es un invento de Euskal Herria, claro). Qué quedaba de democracia con la aplicación de estas medidas, es algo que ha estudiado Otazu y Llana.

Para cuando comenzó el siglo XVII, los jauntxos vivían bastante apa-

lancados en las Juntas. Aunque no tanto como ellos deseaban, ya que contaban aún con la fuerte oposición de los campesinos. En las Juntas de Bizkaia, el 10 de diciembre 1613 –este acontecimiento puede estudiarse en Sagarminaga– no estando presentes las villas, los jauntxos inventaron otra trampa para eliminar a la oposición: *se ordenó que en adelante no fuesen admitidos como procuradores de las Anteiglesias los que no supieran leer y escribir en romance*. Esa Ley dejaba fuera de juego a casi todo el mundo. No eran muchos, entre la gente sencilla, los que en la época sabían leer y escribir, incluso en los pueblos españoles. En Euskal Herria apenas serían más que en otros lugares. Es evidente que la mayoría de la gente sencilla que llegaba hasta saber leer, no sabía erdera (sobre todo, no sabía escribir en erdera). Así habla el presbítero Materre en el prólogo de *Doctrina Christiana* (1617): *Anhitz baita Euskal Herrian irakurtzen dakienik, baina ez Euskara baizen bertze hizkuntzarik aditzen...*²⁹. Sabemos que, ochenta largos años después, para ser alcalde en Gipuzkoa, por ejemplo, no era preciso saber leer ni escribir y, de hecho, había muchísimos que no sabían. Cien años más tarde apenas existen escuelas municipales en Euskal Herria, hasta hoy. Bizkaia en 1875 tenía 186.000 habitantes, de los cuales 125.500 eran analfabetos. Y estamos a punto de estrenar el siglo XX... De todos modos, los campesinos –es decir, la inmensa mayoría en Euskal Herria– se tenían que valer de letrados y representantes escolarizados, para presentar sus intereses en las Juntas. Escolarizados: ricos o hijos de ricos y, en último término, gente que tenía fluida relación con los jauntxos; éstos iban a ser en las Juntas Generales los representantes de las anteiglesias. Las clases modestas no podían representar sus intereses, sino a través de los citados letrados. Uno de esos representantes letrados será quien, en las Juntas, hará que la oficialidad del euskera gane algún puesto: José Paulo Ulibarri Galindez. Corría el siglo XIX...

Aunque la apariencia democrática quedaba a salvo, se afincaba en el funcionamiento democrático un procedimiento que sólo podía repre-

²⁹ Son muchos quienes en Euskal Herria saben leer, pero no entienden sino en euskera...

sentar muy tenuemente los intereses de la gente sencilla, mediante intermediarios. Y esta ley se hizo cumplir con la máxima severidad. En 1621 los representantes de Berriatua, Ereño y Muxika no pudieron tomar parte en las Juntas. En 1624, los de Arieta, Basigo, Berango, Castillo-Elexabeitia, Gamiz, Izpazter, Laukiniz, Leioa, Lemoiz, Sondika y Ubidea, ya que no se hallaban con suficiencia necesaria en leer y escribir en lengua castellana, como estaba decretado. *Y como los campesinos no estaban dispuestos a ceder, las leyes arreciaron en su ataque.* El siguiente año fueron encarcelados los representantes de Barakaldo y Berango, por el mismo motivo. Con dos ducados de multa, además. Tampoco en 1629 se admitirá a Juntas a los representantes de Fika, Getxo, Leioa y Sopela...

Como es conocido, en estos años se está dando una acumulación de poder por parte de los jauntxos, que se valen de estas y otras habilidades para erigirse en cabeza de las Juntas. La lucha por la lengua es parte de la lucha por el poder. Durante varios años se abortan las primeras rebeliones en Gipuzkoa y Bizkaia. Esta revolución se conoce con el nombre de *Estanco de la Sal*. En 1631 se había de congregarse la Junta el 23 de septiembre. Ya que la crispación de la gente alcanzaba límites preocupantes, se decidió postergar la reunión al día 24. Cuando amaneció, la Junta se congregó *tumultuariamente*. Se reunió muchísima gente: unos mil quinientos, al parecer; muchos de éstos, *vecinos no junteros*. *La gente que acudió... estaba muy descontenta e irritada... Parece ser que se gritaba que era menester que se hablase vascuence para que todos entendiesen lo que se dijera, que no debían ser Diputados los que vistiesen calzas negras, esto es, los que se sustentaban como caballeros, sino las personas sencillas.*

Todo el pueblo se rebeló contra los jauntxos. Los campesinos, especialmente. Pero también los zapateros, herreros, ferrones, marineros, curtidores, sastres, tratantes y otros oficiales de las villas, tomando parte entre ellos también el clero y algunos letrados. El movimiento se radicalizó del todo, y se exigió que toda la autoridad la ostentase la gente rural, los campesinos: los jauntxos fueron arrojados al río, porque no eran más que *traydores que vendían a la república*, mientras que *los verdaderos vizcaínos son los caseros de las montañas*.

Esa revolución, es obvio, no se produjo únicamente por el euskera. No ha existido ninguna guerra por la lengua. Fue la revolución de los

campesinos acogotados por las bulas, las pechas y los impuestos. Pero es digno de tener en cuenta el punto de la protesta que se refería al euskera en el proceso en que los jauntxos se hacen con el poder. Más que nada, por lo que la barrera lingüística significa, es decir, que la clase de los jauntxos se halla totalmente extranjerizada con respecto al pueblo llano.

Ésta era, pues, la clase que hasta ahora gustaba de apologías. Durante los próximos cien años no va a aparecer ni una sola apología que merezca tal consideración.

En este tiempo se ha consumado la ruptura entre jauntxos y clases populares. Los jauntxos han manipulado las leyes democráticas y las han adaptado a sus intereses, afirmando su superioridad y, al mismo tiempo, han estrechado sus relaciones con los jauntxos de Castilla. Los jauntxos castellanos, que ayer mismo se burlaban de los jauntxos euskaldunes, y los jauntxos burlados, juntos, se burlarán hoy del euskaldun sencillo, desaharrapado, inculto, bárbaro... Una vía lógica y recta transcurre desde aquel apologismo del euskera hasta esta represión que desdeña el euskera: la lógica de los intereses de los jauntxos.

Los jauntxos han logrado lo que perseguían: se han integrado en el Imperio... *La nobleza vizcaína* —dice el Estatuto Nobiliario— *ocupó siempre el primer lugar entre las demás regiones.* Y la Marquesa de Ciadoncha: *Vizcaya en un solar único de nobleza, del cual sus naturales primitivos y todos sus originarios son nobles hijosdalgo de sangre, SEGUN NORMAS DE CASTILLA, con los privilegios, exenciones, preeminencias y libertades generales de su estado y calidad, en general del Reino y las especialísimas de sus Fueros propios. Son nobles hijosdalgo de sangre, porque no debieron jamás su calidad a ningún Monarca ni Señor; era de sangre o naturaleza tan antigua como su misma existencia organizada.*

Pero, ¿qué tenía el euskaldun de esa limpieza de sangre, de esa nobleza, o de esos cuentos de nobleza? Nada. Cuento.

Ayer ensalzaban el euskera hasta el mismo cielo. Hablaban como si para el euskera no existiese problema cultural. Etxabe: *porque en mi lenguaje escriben los que entienden, todo lo que quieren.* Por lo visto, bien poco era lo que querían. El mismo Etxabe, al tener que mencionar todo cuanto es posible escribir en euskera, no acierta a citar sino un Avema-

ría. Isasti también incide en que es fácil escribir en euskera y en que no hay problema en escribir en euskera. Que es la lengua que antes se hablaba en toda España. Que es una lengua pura e inmutable, etc.

Todo eso nos refleja la ideología de la clase que estaba estrechando vínculos –matrimoniales, económicos, políticos, etc.– con la nobleza de Castilla. Ningún propósito sincero. Ideología megalómana. Vanaglorias y demencias de locos renacentistas.

CLASE PERDIDA, PUEBLO VENDIDO

Los jauntxos de los siglos XVI y XVII le han hecho al pueblo vasco un flaco favor. Siendo ellos la clase principal, se han preocupado de asegurar sus intereses de clase en España y en las Indias. Quizá nada habría que objetar a todo eso, si en ese proceso no hubiesen llegado hasta sacrificar su carácter de pueblo y la nación vasca que tenían sometida. También en esto tienen homólogos nuestros jauntxos: los jauntxos de Chequia, etc. Es decir, aquéllos que se han arrimado a algún gran país vecino.

La desidia que han demostrado con el euskera no es más que un ejemplo. Es importante, particularmente, porque es muy sintomático. Pero también merecería estudiar lo irresponsablemente que se han portado con los Fueros. Por ejemplo, qué condescendientes se mostraban a menudo con los contrafueros del Rey. Es decir, mientras esos contrafueros no tocasen inmediatamente sus intereses, aunque resultasen de grave perjuicio para el pueblo. El pueblo se ha alzado en innumerables ocasiones para hacer frente a un contrafuero, pretendiendo acogerse a los Fueros. Pero entonces los jauntxos no estaban para velar por los Fueros. Los jauntxos jamás han jugado limpio con el Fuero. Los jauntxos han defendido los Fueros en tanto que éstos defendían sus intereses. No han defendido el Fuero, sino a sí mismos. Dirán que los jauntxos, a su modo, eran muy fueristas...

Veámos, de refilón, en lo referente a la cultura, qué mezquinos eran. Los historiadores de la literatura vasca esgrimen esa excusa una y otra vez. Leemos en la *Historia*, de L. Villasante:

En 1675 este Padre (Domingo de Bidegarai) pidió ayuda a los Estados de Navarra para publicar el Diccionario y los Rudimentos vascos que tenía compuestos. Su diccionario era fruto de veinte años de trabajo. Era trilingüe, o sea, vasco, francés y latín. El fin que le había impulsado a hacer esta obra fué el suministrar a la juventud vasca, especialmente a la bajo-nabarra, un medio o instrumento para poder instruirse sin tener que salir del país. Los Estados rehusaron la subvención solicitada.

La misma historia es contada por el Doctor Etxeberri de Sara, esta vez, en Lapurdi:

... Etcheberri (que para esta fecha estaba establecido en España) hizo imprimir este escrito para dirigirlo al Biltzar de Ustaritz o Junta autonómica que gobernaba a Lapurdi. Al propio tiempo envió a su hijo Agustín como portador de los manuscritos, a fin de recabar de dicha Junta fondos o ayuda económica para su publicación. Pero el Biltzar no se dejó convencer y denegó la ayuda solicitada. En el folleto impreso... Etcheberri hace notar cómo todos los pueblos aman y estiman sus respectivas lenguas y fomentan su cultivo literario. Los vascos, en cambio, tienen muy poco interés por todo lo que a su lengua se refiere. Deseo de remediar este mal, dice haber compuesto un diccionario cuatrilingüe, más los rudimentos vascos para aprender el latín, y ambas obras las presenta al Biltzar para que éste se digne publicarlas. Es triste ver, por una parte la viva y temprana conciencia que apunta en Etcheberri sobre el valor del idioma y lo vital que es para el pueblo vasco el fomentar su cultivo literario, y por otra la incomprensión e indiferencia de sus paisanos, con las que tropieza.

Aquí viene el añadido de Mitxelena al referido acontecimiento: *No parece siquiera que hiciese falta un largo debate para llegar a esta decisión.*

Otro caso más, ahora en Gipuzkoa. Nos lo relata el mismo L. Mitxelena:

Martín Yáñez de Arrieta, maestro de Azpeitia, presentó a la Junta General celebrada en esa población en 1609 su versión de la cartilla del Padre Ripalda, versión que fue sometida a la aprobación de las autoridades eclesiásticas. Sin embargo, obtenida ésta, la Junta de Villafranca del año siguiente "decretó y mandó que no ha lugar lo que pide el dicho Martín Yáñez de Arrieta": lo que pedía era sencillamente que la Provincia pagase la cantidad (200 ducados) convenida con el impresor.

He aquí las consecuencias que Villasante extrae:

Estos hechos y otros similares que podrían aducirse demuestran la *indiferencia y despreocupación* que caracterizaba a los organismos rectores del país por todo lo que se refiere a empresas culturales, estudios, actividades literarias y cultivo de la propia lengua.

Con esta severa sobriedad ha de ser contrastada la generosidad que los jauntxos mostraban en lo concerniente al Rey. Las provincias vascas gozaban de la protección armada del Rey y circulaban con libertad en el comercio de import-export, sin tener que abonar renterías. En lugar de éstas, pagaban una determinada cantidad anual al Rey y ciertas donaciones, en concepto de impuesto. La costumbre de entregar aquella cantidad fija había sido establecida por los propios jauntxos. En Gipuzkoa se pagó por primera vez en 1629, según Egaña. Nos lo relata así Fz. de Pinedo:

La presión tributaria actúa a través de una estructura social. Por un lado, los impuestos tienen un fin y, por otro, se cobran de un determinado modo, amén de su montante. Quien decide el fin y el modo es el grupo o la clase en el poder. En nuestro caso se trataba de acudir a las "urgencias de la Corona", del Estado representante de los intereses de la nobleza, ahogado al pretender seguir manteniendo una política imperialista, contra la cual, y expresivamente, se habían ya manifestado las bien moderadas Cortes castellanas. En Vizcaya la percepción de los impuestos, o si se quiere adoptar el vocablo piadoso, el donativo, y la forma lo decidía la Junta General reunida en Guernica. Esta estaba dominada por los notables rurales, los cuales desde principios del seiscientos habían lanzado una ofensiva con vistas a eliminar la posible presencia de los campesinos –los llamados caseros de la montaña– en dicha asamblea provincial.

Las calamidades que siguieron no nos importan. Lo que efectivamente nos importa es la siguiente explicación de Fz. de Pinedo, acerca de los tumultos que posteriormente se generaron:

La facilidad con que la Junta accedía a los nuevos y repetidos dacios estaba íntimamente relacionada con la posición que ocupaban los notables vascos dentro de la *monarquía hispana*. Vascongadas era una tierra

pobre, los segundones de las familias aristocráticas tenían que convertirse en comerciantes, en eclesiásticos, en militares o, lo que era más normal, en burócratas, ocupando puestos al servicio de la Corona. En Madrid constituían un grupo importante y compacto. Una parte considerable de sus ingresos dependía pues del favor real. Por eso cuando se solicitaba dinero, las asambleas provinciales apenas ponían dificultades: se trataba de contentar al rey, máxime teniendo en cuenta que quienes iban a pagar serían los campesinos, pescadores o comerciantes y no quienes accedían al donativo. Presionar era hacer méritos para conseguir prebendas.

Felipe II dejó fiel constancia en su testamento del carácter de los jauntxos euskaldunes: *que estime mucho a los vizcaínos y les conserve su libertad y sus Fueros, porque son muy leales y fidelísimos vasallos y necesarios para la conservación de la Monarquía*. Los jauntxos euskaldunes le eran fieles al Rey de España, no a Euskal Herria.

El apologismo es la ideología de esa lealtad. El empeño de demostrar nobleza, bien visto, es la voluntad de mostrar el título de primer servidor del Rey. Ideología de siervos, a su manera: la ideología del honor de ser siervo del Rey. Garibai se atreverá a convertir en euskaldun al mismísimo Felipe II. Como quiera que la sangre vasca es más castiza y noble que la castellana (goda) –nos argumenta– Felipe II forzosamente ha de ser de sangre euskaldun. El primer euskaldun es el Rey. *En Garibai* –habla Ortzi ahora– *la teoría de la nobleza universal y la veneración por la Corona son una misma cosa; lo que, por otra parte, responde a la armonía real existente en estas fechas entre el monarca y los comerciantes y rentistas vascos*.

Los jauntxos euskaldunes se desvivirán por aparecer ante el Rey como sus más fieles y leales servidores. Tomamos una anécdota que relata Zurita: como quiera que, al entrar a puerto, la escuadra veneciana saludó al barco francés pero no al español, los euskaldunes organizaron un verdadero desbarajuste, con excusas como que era *menosprecio al Rey* y otras por el estilo. Y no pararon hasta que los venecianos dieron marcha atrás y, al volver a entrar, saludaron con un cañonazo. Eran muy respetuosos con el Rey de España.

Así se comprenden las coplas del Padre Alison de Viana, *Gure Erregue Philippe (IV) Andiaaren Heriotzean*:

Auts, Erregue viurtu zara,
sustentaria ceruen;
Nora (ai nizaz!) joanen gara?
Ceruak daude erortzen.
O Nafarroa leala!
Orai bear du akabatu;
Onequin vici izan da;
Onequin ere hil behar du²⁹

La grandeza de España también contagiara a los jauntxos euskaldunes la altanería de la españolidad. Ellos pretenden ser los más españoles de los españoles. Desean ser los pobladores originarios de España, y que todos los demás sean posteriores advenedizos. Recordemos de qué ideología forma parte ese engrimiento, y huelga todo comentario. Se prolonga hasta el *Ara España, lur oberikan / ez da Europa guztian*³⁰, de Iparagirre.

Todos estos puntos que vamos viendo –nobleza, antigüedad del euskera, etc.–, esencialmente, son elementos de una teoría general, de la vasco-iberista. Ésta es, a su modo, la teoría de la *Hispanidad*. La teoría vasco-iberista no pretende decir sino esto: que una de las primeras lenguas de Iberia era el euskera, y, de hecho, la mayor parte de las veces eso es lo que se intenta dar a entender, que el único idioma originario de Iberia es el euskera. *Ser ella la primera lengua de España está claro* decretaba Garibai. En adelante, los Autores se aferraron a esa seguridad. Cada cual ha inventado sus argumentos. Lo importante no es si el euskera estaba extendido por toda Iberia o no lo estaba; tampoco lo es si verdaderamente era una de las primeras lenguas. Sino que la única y original es ella. Ésa es la intención. *Que la antigua lengua española fuese la nuestra de Vizcaya*. Como lo dice Poza. *O la primera que se habló en España y en general en toda ella* (Etxabe) o *la lengua legítimamente española y (...) la lengua de los primeros pobladores de España* (Larramendi). Tras esto, el

²⁹ Te has convertido en polvo, Rey, sostén de los cielos. Dónde hemos de ir a parar ¡ay de mí!, ¡Se despoman los cielos!

O Navarra leal, hora es de terminar. Con éste que ha vivido ha de morir.

³⁰ He ahí España: no hay mejor tierra en toda Europa.

lector entenderá perfectamente la función ideológica de la teoría vasco-iberista.

Esta teoría tiene su aspecto científico. Como científico, alguien puede ser de la opinión de que el euskara ha sido el idioma original de toda Iberia (Humboldt). Pero esto aparecerá más abajo. Después. El vasco-iberismo no es, de por sí, una teoría científica sino pura ideología. Ideología de jauntxos. Y está clarísimo desde qué posición ha surgido.

Para comenzar, distingamos dos aspectos en la aparición de esta ideología. El primero, el más evidente y destacado, el más vergonzoso, es la caterva de jauntxos que, por encima de todo, desea adaptarse y gustar a la Corte. Ése es uno. Y los jauntxos euskaldunes se han acoplado a la ideología dominante de España, es decir, a la ideología de la Corte. Y éste sí que es un segundo aspecto. Toda esta ideología no hace sino inclinar la ideología ordinaria cortesana en favor de los jauntxos. Expresar los intereses de clase de los jauntxos en clave de ideología de Corte.

¿Cuál es esa ideología cortesana? La de la “unidad natural de España”, y vale. Es decir, la teoría de la “unidad natural” original de todos los territorios sometidos a la Corona. Se desea expresar que toda España es “posesión natural” del Rey.

No vamos a alargarnos recordando políticas unitaristas aplicadas por los Reyes. Bien las conoce quien esto lee. Cómo ingresó Navarra, por ejemplo, en la “unidad de la corona”, envuelta en el ejército del Duque de Alba. Una vez conquistada Granada y tomada Navarra por las armas, la monarquía española perseguía en ese momento la “unidad natural” de los territorios de la Corona. Felipe II –con Garibai como cronista– daría colofón a la empresa cuando tomó Portugal, tras invadir el Duque de Alba todo aquel reino. Felipe II perseguía ciegamente la idea de la unidad, puesto que eso era, exactamente, lo que la Providencia le ordenaba. Pero, como Pi y Margall astutamente advirtió, lo que bajo toda esa política unitarista subyace no es lo de la Providencia ni lo de la naturalidad sino *la absurda doctrina de que los pueblos pertenecen a los príncipes* (v. *Las Nacionalidades*, Libro Tercero, Cap. II). La teoría vasco-iberista, la ideología de los jauntxos, se sitúa en ese proceso. Los jauntxos euskaldunes han adaptado la ideología de sus intereses estrictamente a la ideología de

la Corte. Ellos han desarrollado, en buena medida, la ideología de la Corte. Los más españoles de los españoles, es decir, los súbditos “más naturales” del Rey han sido los euskaldunes. Los jauntxos.

Muy diferente ha sido –*Déclaration historique de l'usurpation et rétention de la Navarre par les Espagnols, 1625*– el espíritu de Oihenart. Oihenart no admitía la teoría vasco-iberista. Y se comprende, cuando tampoco Arana-Goiri asumía el vasco-iberismo. Está clarísimo su sentido político. Los jauntxos y los jauntxófilos, por contra, son vasco-iberistas. Tanto los de ayer como los de hoy, todos los vasco-iberistas se han ocupado de lo mismo: cuánto han dado los euskaldunes a España, cómo han descollado en las grandes empresas del Imperio, etc., etc.

Estaba visto qué debían hacer los jauntxos, con semejante espíritu. A decir verdad, el nombre de España respondía al mero concepto geográfico, no político. También los portugueses se consideraban españoles. Pero eso es lo de menos. El problema es que los jauntxos, la clase dirigente de Euskal Herria, vivían totalmente volcados hacia Castilla. Absolutamente entregados al Rey. Dirigían sus ojos hacia donde había ganancia. Y los jauntxos euskaldunes tenían puesta la mirada en Castilla, en la Corte española. Siendo así, ¡qué demonio iban a hacer en casa! Para entonces los Fueros no amenazaban riesgo. Pero si el Rey, con el propósito de cercenar la autonomía vasca, incurriese en contrafuero, esta clase no suponía para él un muro al que hacer frente. Los jauntxos estaban en manos del Rey. El pueblo vasco estaba vendido. En el pensamiento de esta clase, mayor valor real que la especificidad vasca o la autonomía vasca tenía su adhesión al Rey y a la Corte.

Idénticas ideas en períodos diferentes no cumplen iguales funciones. Dicho de otro modo: las mismas palabras y las mismas cuestiones no siempre son los mismos conceptos. Esto ha de ser más pausadamente considerado, para que el aspecto no nos engañe en la interpretación.

Muchos motivos de la ideología de los jauntxos serán aireados de nuevo por la literatura del siglo XIX, en torno a las Guerras Carlistas y al litigio de los Fueros. Es decir, en otra crisis de identidad de la sociedad vasca. A partir de entonces, a fuer de sinceros, no somos una sociedad de elevada cultura e, incluso, algunos de nosotros no sabemos dife-

renciar claramente narrativa histórica y ciencia histórica, sobre todo si el relato entrañable expresa el propio sentimiento. Así ha sucedido, por ejemplo, que aquellos motivos han podido llegar hasta la conciencia euskaldun de comienzos del siglo XX (la conciencia abertzale), si bien con la democracia aristocrática de pastores y labradores. Pero en nuestro crítico y severo siglo XX, esos cuentos románticos sólo definían al “provinciano” inculto. Por lo tanto, el pobre provinciano ilustradillo (no quiero decir guipuzcoano) que tan incesante como ardientemente persigue modernidad y universalidad, se ha embarcado, a trancas y barrancas, en la destrucción científica de todos esos mitos.

Esos relatos del siglo XIX, de todas formas, no son cuentos del Renacimiento, aunque su letra se repita cuantas veces se desee, sino copias (farsas que reproducen dramas), en el mejor o en el peor de los casos.

La historia ha recorrido una vía tonta. Para comenzar, el euskaldun, en su mundo, no era más que euskaldun. No se veía ni como metropolitano ni como provinciano en la faz de la tierra. (A ese euskaldun se le denomina bárbaro). Es decir, él es de sí mismo, no pertenece a ninguna provincia. El espacio doméstico es suficiente. Luego, en una segunda fase, cuando cree que se ha percatado de la magnitud del mundo y de la pequeñez de sí mismo, comienza a sentirse provinciano. Busca el éxito, la aprobación, en el ancho mundo. Pretenderá mostrar sus habilidades precisamente en el teatro que busca el triunfo (en la Corte, en la Metrópoli), deberá adaptarse al gusto del público, ya que de él deberá cosechar frutos de fama y gloria. Ésa ha sido la ideología renacentista del jauntxo.

Esa ideología de una época de por sí activa –ascendente–, ha caído en manos de literatos provincianos en el siglo XIX (a pesar de que esos mismos son, en ocasiones, fuera de casa, los de mayor éxito), convirtiéndose en tema de narrativa. Tercera fase. Pero las relaciones están hechas tiempo invertidas (la constante es únicamente el complejo del euskaldun). En la nueva sociedad la Metrópoli o, si se prefiere, las fuerzas centralistas envolventes (la administración, los medios de comunicación, la política, la cultura) han degradado hasta el nivel ínfimo el significado de la provincia. Eso es una realidad y una evidencia. Como no es posible negarlo, lo que se hace es sublimarlo, proyectando en los admirables eus-

kaldunes de la antigüedad –¡en los cuentos!– la grandeza que el provinciano anhelaría poseer y no tiene. Durante el siglo XIX estos relatos, *in concreto*, no responden a un determinado interés de clase, ni a una ambición o proyecto determinado, ni a un partido ni a nada, como no sea a un sentimiento de dolor generalizado y a un gusto decadente pequeño-burgués bastante vulgar en las plazas aburridas de Euskal Herria (Bilbao, Donostia, Tolosa, Pamplona, Vitoria, etc.). En lugar de una ideología de expansión, una literatura de consuelo. Desde la crítica cultural, la expresión de la degradación cultural. Desde la psicología social, la compensación de esa misma degradación.

No tiene nada que ver. En los siglos XVI y XVII los euskaldunes han fabricado esa mitología con el objeto de desarrollarse, salir a Castilla y convertirse en principales. Y la han reproducido en el siglo XIX, viviendo en la provincia, para aparentar ser algo más interesantes de lo que verdaderamente eran. Unamuno ha comprendido bien esa diferencia y ha convocado a los euskaldunes para que regresen a Castilla, a enseñorearse de nuevo. Aunque su interpretación era ortodoxa, en cuanto a los propósitos estaba en la luna y en la anacronía. La historia no es un circo. Ésas son ensoñaciones carlistas. (La verdad sea dicha, en este momento histórico casi la única cosa interesante que le ocurre al euskaldun es ser euskaldun –o intentarlo, al menos–).

Para comprender a los renacentistas en el Renacimiento, el sentido político y jurídico de la ideología del jauntxo ha sido claro. Ha sido la ciencia, no la literatura (por eso podía valer como ideología real). Ha sido la argumentación. Y, al mismo tiempo, una mitología eficaz para asegurar un lugar en el Imperio a los que pretendían ser grandes; mitología en el sentido que nosotros entendemos. Nadie ha destacado la especificidad vasca mejor que los jauntxos que reclamaban su aprobación y su “igualdad”: el origen misterioso de los euskaldunes, su preciosa historia –llevada a cabo en igualdad y democracia, como corresponde a un pueblo en el que todos son nobles–, la sangre vasca, la extraordinaria lengua, etc. Van a convertir precisamente esa especificidad en una de las bases más sólidas de su ideología. Y, aun así, nos parecen enemigos de la especificidad euskaldun, porque intuimos falsedad en sus palabras. Lo que persiguen es la asimilación. No la perpetuación de su identidad.

Y si obramos así no es porque nos importen las cosas remotas, desde luego, sino porque, a consecuencia de aquéllas y en determinados ambientes de clase, hoy mismo, el proceder y la imagen del jauntxo gozan de gran actualidad.

De ese género son los *euzkotarras*, que ostentan ocho complicados apellidos euskaldunes y se enorgullecen de ello. Que en euskera sólo saben decir *agur* y no quieren aprenderlo. Ésa es la escuela de los jauntxos.

Escuela de jauntxos es, asimismo, celebrar las glorias y curiosidades de los euskaldunes consultando libros eruditos y enciclopedias elegantes y propagar una idea folklórica de la patria, a base de Okendo y Garibai, Bolibar y Lope de Agirre, Elkano y Lakoza, Txurruka y Blas de Lezo, Urdaneta y Legazpi, San Ignacio y Saint-Cyran, y... ni rastro del pueblo. Escuela de jauntxos es mistificar la historia: pretender que a través de bellos episodios hemos llegado a la horrenda realidad actual. Así aparece nuestro pueblo, ante todos, como si hubiera disfrutado una feliz historia.

Fue la necesidad la que empujó al euskaldun a que abandonase su casa y vagase por el mundo:

Nom platz companha de Basclos
ni de las putas venaus

cantaba con repugnancia Bertran de Born, en son de burla. No le agradaban más los mercenarios euskaldunes que esas otras compañeras de peaje. Hacer la guerra era oficio y negocio para el euskaldun. Pero no, de ninguna manera, honor y obligación de caballero. Ser noble, asimismo, era una forma de negocio para el jauntxo. Eso mismo es no ser noble. El jauntxo era hombre de escaso idealismo. Accionaba impelido por la necesidad y los intereses de clase. La penuria lo sacaba de casa. Y eso no nos tiene que sentar mal. Pero, después, ocultando que había salido de casa por imperiosa necesidad, montó una curiosa ideología en torno a sus privilegios, olvidó de dónde provenía y convirtió vivir colgado de Madrid en sano principio político.

Por eso se vuelve aún más ridícula esta reptil ideología de siervo, camuflada tras altanerías. Hablando del hombre del Renacimiento, Burck-

hardt señalaba su “revoltijo enigmático de honor y egoísmo”. El jauntxo es siervo. Todas sus grandezas al final no son sino gestos para recabar un poco de atención (como los desaires del niño, para que la gente le haga caso), en busca de reconocimiento: a guisa de limosna, reclama unas migajas de beneplácito del cortesano. Lo más simpático de Lope de Agirre es que, al menos, eso jamás se le ha podido achacar. ¿Cuántas poses, comedias, mentiras, engaños, máscaras... todo para aparentar?

En cierta ocasión fuimos a un concierto de música holandesa en compañía de unos amigos músicos alemanes y, por razones que no vienen al caso, resultaron invitados unos holandeses. Conocía yo la fama de engreídos que los españoles tienen en los países nórdicos, incluso qué tipo de monstruo es el Duque de Alba para los holandeses, pero aquella noche me ocurrió algo curioso. Había una pieza barroca dedicada por el compositor al Almirante Maarten Tromp. Yo no tenía ni idea de quién era el señor Tromp. Los holandeses, muy divertidos, me contaron que ese almirante, en la batalla de Duins (1639), le propinó tal zurra a una flota española mucho mayor que la suya, que la dejó literalmente para el desguace. Por eso lo consideran héroe nacional. El aguerrido almirante español —prosiguió el relato— fue a casa e hizo correr un rumor propagandístico por los sótanos de España: que contando él con sólo veintiuna naves había destrozado una flota de ciento catorce enormes buques holandeses en dicha batalla y que el Almirante Tromp fue juzgado por esa hecatombe y, cumpliendo la sentencia pronunciada en el juicio de los Generales de Estado, fue decapitado en la plaza pública de La Haya. El almirante español fue muy celebrado en los corrillos de Madrid por tal fulminante victoria. Y todos reímos la anécdota y nos divertimos a cuenta del almirante que ganaba terribles batallas en la fantasía. Después, de nuevo en casa de nuestros amigos, hallé en una enciclopedia el nombre de aquel almirante fanfarrón de la batalla de Duins: ¡nada menos que Antonio de Oquendo! Aquél que yo conocí en Arantzazu, a través de una pintura de Uranga, como imponente vencedor de los holandeses en Pernambuco, el de “betiko onra Españarena” de Iparragirre, el mismo al que en 1894 Donostia, orgullosa, erigió un gran monumento...

El criado del gran rey ambiciona ser grande, aunque sea enano, porque supone que con la grandeza del rey también él crece. Es la sempi-

terna alma de siervo de nuestros jauntxos: antes, la de los marineros y hombres de armas, ahora la de los criados de pluma y papel y los políticos (ahora se arriesga menos el pellejo), para ganar el favor de “la Corte” que con ojos como platos tanto admiran y tan rastreramente envidian, perdiendo el culo por acertar cómo complacerla. Lo cual obliga siempre a los jauntxos a que sean comediantes, para que se afanen en ganar méritos. Para arrimarse a quien entonces sea “grande”. Bien atinó Baroja, hace ya mucho tiempo: “Unamuno era el aldeano que sale del terruño y se hace rabiosamente ciudadano y adopta todos sus hábitos y procedimientos”.

No obstante, como decíamos, Unamuno formuló el verdadero sentido de la euskaldunidad de los jauntxos: los euskaldunes han de abandonar su rincón y su escasa lengua y enseñorearse en España. No es capaz de dominarse a sí mismo y pretende dominar a los demás. Si no fuera una auténtica memez, merecería la pena estudiar el imperialismo que ahí subyace. El único imperialismo vasco que jamás haya existido, tal vez... Es evidente que, a quien vive con ideología de grandeza, Euskal Herria le debe de parecer asfixiantemente pequeña. Todas las ideologías de grandeza son enemigas de Euskal Herria, aunque parezcan lo contrario. Sólo las ideologías de libertad y justicia pueden ser favorables a Euskal Herria.

Y la historia de los jauntxos prosigue su curso. Aunque el jauntxo del Renacimiento quería ser jauntxo, donde fuese, ahora el jauntxo se conforma con ser siervo en Madrid, si alguien le consigue una poltronita. Mucho ha amainado. Los jauntxos y demás parentela de Euskal Herria pretendían por todos los medios convertirse en jauntxos de España. Y para ello intentaban valerse de la peculiaridad del carácter euskaldun. Pero no supieron estimar suficientemente esta singularidad. Darle un aprovechamiento. Gozar de unas ventajas. Es que tenían enfrente a los jauntxos ereldunes. Y a éstos el jauntxo euskaldun sólo les interesaba como siervo. Y, a la postre, ha tenido que rendirse.

Actualmente, aquellas nuevas pretensiones de conquista que proclamaba Unamuno nos parecen desmesuradas y ridículas. No sólo porque no sabía distinguir entre servir a la Corona y servir a un Estado moderno, sino —especialmente— porque vivía en las glorias anacrónicas de

insalvables tiempos pretéritos. Es decir, podía ser un honor para un euskaldun montañés de la época llegar a ser servidor de Carlos V o Felipe II, cuando era la Corte de mayor majestad y poder en el mundo. Pero, ¿qué honor mundial es hoy día descollar en España, triunfar en Madrid o Salamanca? (En parámetros sanchescos, es algo, lógicamente; pero, ¿en parámetros quijotesco?). Por eso, aunque parezca una paradoja cómica, podemos considerar a Unamuno como el último jauntxo euskaldun, ansioso de victorias en Castilla y desfasado, desahuciado, en su empeño. Desea conquistar Castilla, cueste lo que cueste. Incluso, ¿no ha llegado un poco bravo al Rectorado de Salamanca? Aún así, el señorito europeo abanderado Ortega y Gasset ladrará desde lejos a la plaza fuerte de Madrid, pero jamás se atreverá a acercarse para atacarla. Unamuno siempre ha tenido que quedar entre los provincianos ilustres dorados y, a pesar de que tiene algunos discursos de conquistas, grandilocuentes, para impresionar a los bilbaínos, en España va a desempeñar esa concreta función de místico, maldiciendo la modernidad y el progreso, renegando de Europa, anacoreta. Unamuno sólo es caballero violento en el páramo y en el pasado histórico, entre tinieblas y ánimas errantes. Había que salir de casa y quiso ser aventurero, tomando el camino de sus antepasados. Lo que ocurre es que se olvidó de que los tiempos de gloria (junto con la gloria del Imperio) se alejaron para siempre. Que ése, ahora, sólo era un camino muy prosaico entre mil opciones posibles. No merecía la pena esforzarse en heroizar la comedia.

Unamuno, a cambio del cielo o a cambio del infierno, pretendía ser el más euskaldun de los euskaldunes y el más español de los españoles. Pero, como recientemente Santxo de Azpeitia, el de Bilbao topó con Don Quijote. *Claro* —decía León Felipe de Unamuno— *como él era vasco, nunca entendió a Cervantes. No, señor. Además le envidiaba terriblemente ese precioso castellano fluido, que corre. Los vascos nunca han podido dominar el idioma de Castilla y además carecen de sentido del humor... Don Miguel era un vasco que se había empeñado en escribir bien en castellano... Nunca aprendió a hablar castellano... No tuvo ni el ritmo ni la magia del castellano... Don Miguel no tenía gracia. Ningún vasco tiene gracia.*

Lo que verdaderamente tiene gracia son esos torneos: quién es el español más castizo, de quién es el castellano más bello y análogas pijo-

tadas. En eso se juegan la salvación del alma. Cuando el alma es un plato.

Pero eso no es nada. Cuando, tras los jauntxos, en España surgió el liberalismo, aparecieron los nuevos jauntxos vascos, orgullosísimos, más liberales que el más liberal, afirmando que la Constitución de Cádiz no hacía sino extender a toda España la democracia vasca... Esta burguesía ha inventado su particular interpretación de los Fueros: *Los Fueros de Vizcaya, en su esencia, no son otra cosa que los fueros del hombre*. Que eso lo dijeran Balparda y adláteres es lógico. Que algunos lo sigan diciendo aún, con el propósito de defender los Fueros, es algo que nos extraña más. Ése es un modo elegante de decir que los Fueros están de sobra. Los Fueros, en ese caso, no son producto de la historia (particularmente, de la historia vasca), sino de la metafísica.

Los primeros jauntxos vendieron el euskera y la cultura vasca para ser jauntxos en España. Los otros jauntxos han vendido los Fueros.

Y la Santa Madre Iglesia. En contra de la explosión revolucionaria, tanto a un lado del Bidasoa como al otro, el ciego clericalismo nos convirtió en fidelísimas criaturas de la Iglesia. Muralla de la reacción. En el norte, Francia era cristianísima y los euskaldunes, a su vez, los más cristianos de toda Francia. La esencia de Francia. (“Nehor eztaukagu Frantzian gu Euskaldunok baino Frantses hoberik”³¹ vociferará, orgulloso, J. Hirriart Urruty): durante años, los euskaldunes se han esforzado en salvaguardar esa esencia de Francia. *Atxik Elizari, fedeari!*, adhiérete a la Iglesia, a la fe. Mientras tanto, la Iglesia en Euskal Herria impartía sus clases en francés. Ha afrancesado montes, costas y pueblos. La esencia cristiana de Francia no es euskaldun: el cristianismo es francés en Francia.

Y en España, español. España es esencialmente católica y los euskaldunes parece que hemos sido, desde siempre, los más católicos en España. Luego... nosotros teníamos que salvar la catolicidad. Salvar la esencia de España. La Santa Madre Iglesia se ha servido de carlistas, integristas y clericalistas de todos los pelajes para salvar a tiros la esencia

³¹ Nadie es mejor francés en Francia que nosotros los euskaldunes.

católica española. Incontables hijos fueron a los infiernos, a causa de su débil fe. Pero no parece que la Santa Madre lo haya agradecido mucho.

Y eso tampoco es nada. Después surgió el socialismo. Y, como anteriormente lo había sido de la nobleza, de la democracia liberal y de la fe católica, ahora se convirtió en *la cuna del socialismo español* (Prieto) y Bilbao *la Meca socialista* (Maeztu). La comedia continúa. De nuevo Felipe II es de sangre vasca.

Así como anteriormente la cultura euskaldun, o los Fueros más tarde, ¿van a poner en venta ahora a nuestra clase trabajadora, a nuestro pueblo?

¿Acaso no es suficiente con que el socialismo vasco sea socialismo vasco?

Demasiado a menudo oímos, por lo menos, que la clase trabajadora de Euskal Herria es la más luchadora, la más revolucionaria de España, y qué sé yo cuántas cosas más. Que el socialismo español se ha desvirtuado... Ahí andan algunos, pretendiendo reinventar un nuevo socialismo "castizo", para después propagarlo a España y hacerlo valer allí. De nuevo los problemas de Euskal Herria se resuelven allí: fuera de casa. Pero esa comedia es de Don Quijote con Santxo de Azpeitia: como está mal armado, siempre perderá el vizcaíno esa pelea.

En los últimos años el Partido Comunista de España ha experimentado una gran evolución. Y fue sintomático el proceder del grupo vasco. Los comunistas españoles aparecen cada vez más preocupados por los intereses y peculiaridades españoles. Las tensiones y enfrentamientos con la dirección soviética han sido inevitables. Tras la invasión de Checoslovaquia la crisis se ha agudizado. No han faltado luchas dentro del partido. Carrillo destaca los intereses nacionales y el PC quiere independizarse de la Unión Soviética. También en esto el grupo de Euskal Herria ha sido el más aferrado a la vieja ortodoxia. *La crisis se ha desarrollado en dos etapas* —escribe Guy Hermet en *Los comunistas en España*—. *Primeramente se concretizó en 1969, por la exclusión de los "sovietófilos" animados por el antiguo secretario de la organización, Eduardo García, y por Agustín Gómez. El uno y el otro han conseguido arrastrar a su vez una fracción de los comunistas vascos... En una segunda fase (...) Lister ha sido expulsado por los*

fieles de Carrillo en septiembre de 1970, en compañía de Celestino Uriarte, dirigente del partido del país Vasco, etcétera. Exageraríamos si afirmáramos que nos extraña. ¿Dónde existe algo más “despatriado” que un proletario vasco...?

Socialistas, carlistas, liberales, jauntxos, etc., dan continuidad a cuatrocientos años de historia: tienen la mirada puesta en el sur. Las situaciones varían, cambian las clases y las políticas, pero no las conductas. Euskal Herria es, al parecer, demasiado pequeña para analizar Euskal Herria y hacer sencillamente política vasca. Aquí no se decide la historia universal. Siempre estamos mirando al mundo entero y a la gran política; en consecuencia, se nos complica el trabajo doméstico pero seguimos fuera de casa: así se encuentra Euskal Herria, cuanto mayores son nuestros quehaceres, más desastrosos resultados obtenemos.

Buscar el enemigo y el malhechor siempre fuera de casa es buscar sólo la mitad de las causas de nuestro descalabro. La otra mitad la tenemos en casa.

¿Hemos de seguir siempre haciendo lo que pide España?

¿Cuándo vamos a hacer lo que demanda nuestra casa? Pero regresemos de la meditación a la historia.

LOS ENEMIGOS DOMÉSTICOS DEL EUSKERA

Mientras la deliciosa pereza matutina me mantiene en la cama –¿me levanto, no me levanto?– suena el teléfono.

Atento el oído...

–Quiéeen?– la sirvienta.

No hay sirvienta en Euskal Herria que sepa hablar al teléfono en euskera.

Incluso en el mismo trato es bronco y desabrido nuestro lenguaje.

Éste es el comienzo de un bonito relato titulado *Donapaleura yoan-etorria*, de Xabier Lizardi.

Es una lengua sin prestigio aquélla que las clases principales han dejado marginada. Y la lengua sin prestigio, a su vez, resulta denostada por el pueblo llano. Las sirvientas hablan en erdera; máxime, si es por teléfono.

Lizardi intentó prestigiar el euskera. Con su poesía, especialmente. Pero sabía que, para poder exhibir prestigio en la calle, el euskera precisaba de algo más. El prestigio en la calle guarda relación más directa con el dinero que con la poesía. Lizardi daba vueltas y más vueltas a una idea: cómo conseguir dinero. Propósitos altruistas para emplearlo, no le faltaban. Quería lograr la creación del periodismo en euskera. Y no solicitaba demasiado: *¿Qué os pedimos, pues, para que apoyéis este hermoso*

proyecto, para que vuestro pueblo, que es el mío, no muera?... Un poco de buena voluntad y ¡un céntimo diario! (...) en estos tiempos en que entregáis no uno, sino cien (...) en el cine, en la taberna, en el juego.

No se recaudó dinero, ni siquiera aquel céntimo diario. *No pueden recaudarse diez mil cochinas pesetas para ayudar a que el euskera no muera,* se quejaba Lizardi. Pero, ¿quién iba a colaborar, quién entregó algo?

Es decir, que ricos y pobres no han colaborado por igual. Por descontado, han dado más... los pobres. El pequeño caudal que hasta hoy se ha recaudado, lo tenemos gracias al esfuerzo de los necesitados.

Lo que en estas cosas sucede es que quien quiere colaborar no tiene con qué; y quien posee, no desea ayudar: *En estos aspectos sería preciso tener de oro no sólo el corazón, sino también la cartera. Y, a falta de cartera, el menesteroso guarda oro en el corazón; lo contrario sucede con el acaudalado.*

Todo esto pertenece al pretérito lejano. Pero observe usted los cuentos arcaicos cuando se transforman en algo más recientes.

Con gran razón afirmaba Kirikiño:

Todo el euskera que se puede escuchar en Bilbao lo hablan campesinos, labradores, nodrizas, cuidadoras y acompañantes de niños, pescateros y semejantes; entre quienes parecen ser señores, poco o nada se oye.

¿Es que hablar euskera lleva forzosamente aparejado ser pobre, necesitado o menesteroso?

A decir verdad, éstos (los señores, los poderosos, los ricos) tienen gran parte de culpa en la pérdida del euskera.

También Kanpion tenía razón cuando denunciaba lo siguiente en los Juegos Florales de Irun (en aquellos mismos Juegos Florales que los socialistas quisieron prohibir):

El enemigo que nos aniquila, el enemigo que pretende borrar hasta el nombre de euskaldunas, el desalmado aventador de nuestras tradiciones, el sacrílego violador de los sepulcros patrios, es enemigo doméstico. Vive entre nosotros. Se llama como nosotros. Pertenece a nuestra raza y familia...

Después expone algunos ejemplos. Casos que todos conocemos, todos iguales: que los padres no quieren que los chavales aprendan euskera en el colegio. Que la gente no desea el euskera. Que prefiere el erdera. Que los obreros preferirían saber erdera que euskera. Cita la declaración de los obreros de Eibar: *Hablamos vascuence porque no sabemos español. Nosotros hablaríamos con mucho más gusto en ese idioma, pero querer no es poder.* Este texto fue difundido por los periódicos de Donostia. ¿Cómo puede ser que un pueblo reniegue de su lengua, que reniegue la gente llana?

Faltaríamos a la justicia, si de estas odiosísimas infidelidades hiciésemos culpables a los aldeanos de Ituren y de Busturia y a los obreros de Eibar. Detrás de ellos, a guisa de apuntadores, encontraríamos al “jauncho” rural... al “indiano” de retorno... al industrial... los enemigos declarados del idioma vasco... los utilitarios... los políticos... los vascos para quienes la posesión del idioma significa cierto estado de inferioridad intelectual y social, del que quieren redimirse renunciando a la lengua de sus padres.

¿Para qué seguir? Estas lágrimas son derramadas, a partir de Arana-Goiri especialmente, por todos los escritores y euskerófilos. También los hubo antes. Es una idea común: los más acérrimos enemigos de Euskal Herria están en casa. Los enemigos foráneos y los autóctonos hacen una piña. *Bizkainos: Bizkaya perece... ¡y vosotros la estáis matando!* (Arana-Goiri). Los caciques acaudalados son los más perversos y hostiles rivales de Euskal Herria. Teniendo como cabecilla a Chávarri, *despreciable tiranuelo*, que es el más cruel enemigo del pueblo.

No nos extraña, pues, el comportamiento de la Diputación de Bizkaia en 1923: ... *afirmó al mismo tiempo su oposición a la creación de una Universidad Vasca, y sacó una ponencia para que se retirara la subvención a la Sociedad de Estudios Vascos.* Así habla Beltza:

Una piedra de toque para medir su vasquismo fue la ley por la que en 1901 la Enseñanza Primaria fue confiada a Diputaciones y Municipios. En el País poco o nada se hizo para convertir al vascuence en lengua útil de esa enseñanza; al contrario, en muchos lugares fue perseguida. Las denuncias de los nacionalistas son múltiples y sólo tienen éxito en ocasiones limitadas.

El Padre Bernardo de Estella, en su *Historia Vasca: En los tiempos antiguos y modernos son responsables de la pérdida del euzkera las clases altas e influyentes de Euzkadi*.

La cultura vasca es algo más que el euskera. ¿Qué han hecho esas clases, por ejemplo, por apoyar la Universidad vasca? Todo lo que podían hacer: nada menos cuarto. Ésos no están a favor del euskera, porque no están a favor de la cultura vasca, y porque no están a favor de Euskal Herria. Nada detestan más que todo aquello que signifique singularidad vasca, o, dicho en otras palabras, libertad. De éstos decía *Euzkadi* al día siguiente del Aberri Eguna de 1932: *Hay en el Bozate, en el Baztan, una raza de godos, de leprosos... Los verdaderos leprosos de la raza están aquí, en este barrio de aristócratas agotes* [en la parte más "selecta" de Bilbao].

Y aquí, para estar en contra de esa clase, no hace falta ser socialista. Basta con ser abertzale y, de este modo, forzosamente se tiene que estar contra esa clase. Pero no, ni siquiera eso. Basta con ser euskaldun.

Esa clase es la que ha trabajado y cultivado la lengua en todas partes. Pero aquí esa clase en primer lugar ha confundido, ha mezclado el euskera, creando un revoltijo de erdera-merdera. No es nuevo: cuatrocientos años hace que Etxeberri de Sara insistía en lo mismo, es decir, que los campesinos, los labradores sin estudios cultivan el euskera y las gentes de letras lo echan a perder. Éstas personas son las que introducen palabras de lenguas extrañas al euskera, porque jamás llegan a aprender las que el euskera posee, etc.

Al final, esa clase ha abandonado el euskera. Abandonado, despreciado y perseguido. Ésa es la perdida, podrida clase que ha vendido el pueblo. *Ezen sortherriko hizkuntza eztakienaz zer erran ahal diteke, baizik besteak baino bestiago dela? Zeren bestiek garbiki eta klarki emaiten baitute aditzera zer muetatakoak diren, batzuek janbaz, bertze batzuek marrumaz, bertzek arrubiaz, bertzek irrintzinaz eta finean bertze batzuek kanta errepikaz: xoilki gure eskualdun hauk eztakite adiarazten, nor, eta nongoak diren*³².

³² Es que, ¿qué se puede decir de quien ignora su lengua natal, sino que es más bestia que las bestias? Porque las bestias dan a entender con toda claridad de qué clase

La realidad es ésa. Y no sólo actual. Llevamos siglos repitiendo lo mismo.

Sin embargo, ¿qué sucede? Los socialistas españoles, ahora mismo, en Euskal Herria mismo, cierran con gran facilidad los ojos a esa realidad, como si toda esta triste y larga historia no les dijese absolutamente nada. Tal vez crean que lo único que merece ser tenido en cuenta es “la realidad actual”. (Una ficción y una mentira, o una mala excusa: porque la causa y la razón y todos los factores de esa realidad son “la realidad absolutamente actual”, con un poquito de perspectiva histórica. Nada es el presente si no es el compendio del pasado y el tesoro de todas las posibilidades futuras, fuera de la esfera del reloj, claro; y “la realidad” no es *de facto* la cruda realidad, sino también su sentido y su razón). Múgica Herzog dirá que sólo una minoría conoce el euskera. Y que todos saben hablar en erdera. Eso ya lo sabíamos. Pero eso es únicamente el comienzo del problema. La cuestión es qué hacer o qué no hacer, con todo eso. Unamuno lo dijo más claro: *Esa lengua que hablas, pueblo vasco, ese euskera desaparece contigo... Apresúrate a matarlo, a enterrarlo con honor, y habla español.* Y *La lucha de clases*, tal vez porque sólo reconocía la realidad de la época y de su entorno: *Nosotros lo decimos como lo sentimos, dadas las circunstancias actuales, quisiéramos un Gobierno que PROHIBIESE LOS JUEGOS FLORALES, donde se ensalzan las costumbres de una REGIÓN, en detrimento de otras, que NO PERMITIERA LA LITERATURA REGIONALISTA y que ACABARA CON TODAS LAS LENGUAS Y TODOS LOS DIALECTOS DIFERENTES DE LA NACIONAL, que son causa de que los hombres de un país se miren como enemigos y no como hermanos.* Pero no es posible ensalzar a quienes abrigaban esos propósitos —usted sabe de quiénes hablamos—, aunque hubieran hecho aquéllo que antes ellos mismos demandaban. Ahora lo más fácil es olvidar que alguien intentó proceder así, como si nada hubiera pasado. Claudio Sánchez Albornoz nos ordenará liberalísimamente lo que citábamos

o tipo son, unas mediante bramidos, otras mediante ladridos o balidos, otras mediante graznidos o rebuznos, otras, en fin, mediante relinchos o repitiendo cantos: únicamente estos euskaldunes ignorantes son quienes no saben explicar quiénes son ni de dónde son.

al principio de este panfleto: *hablen el vasco, si es que pueden, porque la mayoría no lo saben, pero a pagar impuestos como todos los españoles*. Es que no se puede hablar más claro: “nos importa un pito lo que le ocurra al euskera; que se lo arreglen entre euskaldunes”. Lo que nosotros no entendemos es qué derecho se ha creído que tiene aquel a quien no preocupa el euskera, de preocuparse de que los euskaldunes paguemos nuestros impuestos. ¿O es que vivir en la casa pagada por los demás es un nuevo derecho de los que poseen mil años de cultura?

Los socialistas vascos, los que nos interesamos tanto por el individuo como por la comunidad, no obstante, creemos que las actuales realidades —la falta de prestigio del euskera, el hecho de que mucha gente no sepa euskera, etc.— tienen su explicación y su historia. Brevísimamente, la historia que hemos expuesto cuando nos hemos quedado voluntariamente en los siglos XVI-XVII no es toda la explicación de estas realidades. Es sólo un pedacito. Nosotros tenemos en cuenta esa historia: porque no sólo reivindicamos, luchamos por una clase, sino también su historia. Eso es. Nosotros también peleamos su historia. No tenemos intención de ser meros herederos. Ya han existido suficientes ejemplos de cómo una clase sometía a otra y el nuevo jefe tomaba el látigo en sus manos para caminar por la misma senda, dando los mismos pasos y latigazos que el anterior jefe. Deseamos que el futuro lo sea en contra del sentido de la historia.

Todos estos aspectos nos recuerdan el final del libro *El Nacionalismo Vasco*, de Beltza:

La historia del nacionalismo es también la del combate contra los derechos nacionales de los vascos, llevada a cabo por las oligarquías del País. Desde la alta nobleza del siglo XIX, hasta el capital financiero del siglo XX. La inquina y el daño causados por estos hijos del País son incommensurables. Y por parte de los sectores de las clases poseedoras que se han proclamado defensoras de lo vasco, la subordinación de la causa nacional a sus intereses sociales ha causado también enormes daños a nuestro Pueblo. Al decir esto no pensamos sólo en la explotación de la fuerza de trabajo de los trabajadores vascos, ni en los reflejos antivascos y antinacionalistas creados así en las clases explotadas del Estado español, sino especialmente en la prostitución de la causa patriótica a intereses

tan nefandos como los del poder de la Iglesia y la reacción en 1931, o en la decidida práctica contrarrevolucionaria del Gobierno de Euzkadi.

Por ello, sin negar que el principal enemigo de la supervivencia de nuestro pueblo son las oligarquías que gobiernan España y Francia, parece justo aplicar a todas las clases vascas que explotan el trabajo de otros, aquella verdad que Campi3n calificaba de "cruel y odiosísima":

"que los mayores enemigos que los nabarros han tenido y tienen, son nabarros".

Nada tengo que a3adir a lo dicho por Beltza, como no sea corroborar lo afirmado por 3l y sacar conclusiones. Hace tiempo que son3 la hora.

V

UNA VIEJA NACIÓN
SIN UNA EDAD MODERNA PROPIA

DEL MEDIEVO A LA MODERNIDAD

Alejandro el Magno grequizó el mundo, es decir, lo volvió griego. Un *oikumene*. Un núcleo de casas, desde las columnas de Hércules hasta el Tauro Índico. El mundo era griego y el griego era universal. Ésta era la única lengua cultivada, rica, universal de todo el mundo.

Ahora decimos que la lengua universal es el inglés o el vaya usted a saber qué. Los españoles nos dicen que el suyo es un idioma universal. El euskera no es nada. En aquel tiempo el griego era universal. A menudo se dice —y quien esto lee lo habrá encontrado en alguna otra parte— aquello de *Pro Archia* de Cicerón: *graeca leguntur in omnibus gentibus, latina suis finibus exiguis continentur*. Aclarándolo a la lengua de esta edición, significa que escribir en euskera (en latín, quería decir) es perder el tiempo tontamente; que, si se coge la pluma, es mejor hacerlo en español; que griego sabe todo quisque pero hablar en latín, sólo cuatro gatos; que lo escrito en griego puede leerlo todo el mundo, pero que si escribe usted en latín va a toparse con grandes obstáculos en cuanto salga de casa. Resumiendo, que Cicerón, escribiendo en latín, tenía la impresión de escribir para unos provincianos marginales.

También le ha tocado a Cicerón defender el “escaso” latín, en comparación con el griego, ante quienes denostaban su propia lengua. Sí, indudablemente, confesará que el griego era *prolixior fusiorque sit, quam nostra*, más completo y extenso que nuestro latín. Pero ni por esas hay que pensar que el latín es tan torpe y limitado como parece, no hay que creer que es vergonzoso expresarse en público en latín (*De Oratore*)...

¿No son estos apologismos de hace casi demasiado tiempo? ¿No son igualmente superviejas las megalomanías y vanidades culturales?

Tal vez los romanizados consideren la romanización motivo para sentirse orgullosos, atendiendo al criterio de que eso crea culto popular. También los romanos sufrieron siempre un doloroso complejo al ser comparados con Grecia. La civilización, la cultura, el arte, la ciencia: todo eso era griego. Mejor dicho, a los romanos les parecía griego. (¿No ha llegado el propio San Pablo a escribir en griego a los cristianos de Roma, en lugar de hacerlo en latín?). Hacían lo imposible para llegar a la altura de los griegos. Los autores latinos siempre han perseguido imitar bien a los griegos. A la ciudad de Roma, durante siglos, se le quiso dar la forma de las polis griegas cuando se diseñaban ornamentos, imágenes, calles, templos, etc. Todas las familias principales tenían esclavos griegos como profesores de los críos. Los cónsules, los emperadores, los prefectos, todos tomaban secretarios griegos. Quien deseaba hacer una brillante carrera, no tenía más remedio que ir a Grecia a realizar sus estudios. Cicerón, el retórico que de tantas maneras embellecerá y enriquecerá el latín, hizo sus estudios en Atenas y Rodas. Derrochaba la fortuna de su rica esposa en traer de Grecia figuras, libros y todo tipo de cachivaches: con éstos tenía decoradas docena y media de casas rurales, preparadas a guisa de museo. Cicerón sufrió durante toda su vida admiración y envidia por la lengua, arte, literatura y filosofía de los griegos. Y como Cicerón, muchos más entre los principales de Roma: para garantizar que se era culto, había que saber hablar en griego, citar Autores griegos en el transcurso de la conversación, ir al teatro griego, vestirse a la usanza griega, venerar en casa imágenes de dioses griegos. Adoptaban sus lemas en griego: aquella famosa paradoja de Augusto, por ejemplo: *speude bradeos*, “correr con calma”.

Los latinos siempre han confesado su raquitismo en lo cultural. Cicerón, aunque para entonces existía ya la obra de todo un Lucrecio, resuelve en un momento dado que “la literatura latina aún no ha aportado nada a la filosofía”. “Sean los otros [los griegos] los mejores en las artes, si así lo quieren; mientras tanto, Roma será la vigía de la paz en el mundo” canta y se consuela Virgilio en la Eneida (VI, 851, 3). Parecido a uno de esos “¡Que inventen ellos!” de Unamuno. La grandeza de Roma es polí-

tica y militar. No lo es en el plano cultural. Ha ocupado militarmente Grecia y de allí ha importado la cultura. Como el mismo Horacio ha conocido: “Graecia capta ferum victorem (fijese: *ferum*, adjetivo del bárbaro) cepit et artis / Intulit agresti (otra vez) Latio” (Epist. II, 1, 156-7).

En los comienzos de Roma, los primeros documentos escritos aparecen en etrusco. Incluso el latín ha sido escrito primero en alfabeto griego. (El texto Manius-Numasius podría ser el más antiguo, datado alrededor del 600 a.d.C.). Los “romanos” eran sólo bárbaros. No tenían ni lengua culta ni alfabeto propio. Y no fueron creadores de cultura, sino ladrones: su cultura se debe a las armas, no a las togas. “Los conquistadores de los reinos helenísticos son absolutamente filohelénicos, desde Flaminio, vencedor en Cinoscéfalos, hasta L. Mummio, el devastador de Corinto” (L. Bieler). Al igual sucedía con las esculturas y bibliotecas, traían a todas las principales casas de Roma como esclavos a comediógrafos, escritores, historiadores, secretarios o profesores. El griego se ha convertido en principal lengua de cultura. Así habla B. Farrington: “Los primeros historiadores de Roma fueron griegos o romanos que escribieron en griego. La lengua griega permaneció durante todo este período como el idioma principal de la cultura superior en Roma”. Por ahí discurre la observación de L. Bieler: “El uso del griego hablado y escrito fue largo tiempo de rigor entre los hombres cultos... Aun el autor de comedias tenía que presuponer entre su público cierto conocimiento de esta lengua, y no tan elemental; pero no sólo entre la élite, a la que Terencio se dirigía, sino entre la concurrencia más amplia de Plauto”.

El griego resultaba imprescindible en la vida social de la ciudad. Todo un Gaio Mario, de origen popular, a pesar de haber sido nombrado Cónsul en seis ocasiones, a pesar de estar desposado con la joven Julia, a pesar de haber ganado todos los honores militares y políticos, a pesar de poseer una gran fortuna, a pesar de ser el primer hombre de Roma, sólo hablaba en latín. La sociedad jauntxil de su entorno se dirigía a él en griego, *ex profeso*, para humillarlo y avergonzarlo. Cuando tenía que asistir al teatro, atendiendo a las obligaciones sociales de los grandes, hacía el ridículo. Ante aquella fina sociedad quedaba como un auténtico zafio. Al no poder sobrellevar tantas humillaciones, vejaciones y depresiones, se dio a la bebida y murió delirando.

Cuando al poco tiempo Calígula fue nombrado emperador, organizó en Roma unas imponentes fiestas a base de concursos y torneos: se celebraron magnos certámenes literarios, de poesía y de retórica, en latín y en griego. A esta corriente de competiciones (también ésta era una costumbre griega) dio continuidad Nerón. En efecto, dichos juegos florales se denominan “Neronia”. Este Nerón es una escogida muestra del complejo de inferioridad cultural de los romanos. Era cantante y poeta. Como quiera que los romanos eran la inculticia personificada y ya que quienes poseían un verdadero sentido artístico eran los griegos, dejó Roma y se fue a Grecia. Visitaba teatros, competía en cuádrigas en las Olimpíadas, practicaba la retórica, conversaba con los sabios... no se cansaba, con tal de intentar volverse lo más griego posible. Admiraba a los griegos hasta tal punto que determinó que los griegos no eran como el resto de mortales que hollaban la tierra y concedió privilegio de libertad a todas las polis griegas. El discurso referente a este episodio lo realizó él mismo en griego, en Corinto, e hizo inscribir el texto en una columna. Por eso parece muy sucia la traición que le hicieron los cristianos en occidente; los griegos, por el contrario, han conservado una imagen suya muy positiva.

Un emperador grecófilo empedernido ha sido Hadriano, a quien en Roma se llamaba ya en tiempos de estudiante, *graeculus* (grieguito), y que se esforzó como nadie en helenizar el Imperio culturalmente, precursor de Galieno y Juliano. Deseando convertirse completamente en griego —no sólo en lo referente a la lengua, sino también a la religión—, se inició en los misterios de Eleusis. Es lo mismo que posteriormente hizo Galieno: éste tomó como esposa una mujer griega, Cornelia Salonina, y ambos se entregaron al pensamiento del filósofo Plotino. De todos modos, el emperador filósofo por antonomasia es el estoico Marco Aurelio: incluso en campaña bélica realizaba por la noche ejercicios de retórica, para mantener siempre la habilidad necesaria en el dominio de la lengua. Escribió en griego el grueso texto *Ta eis eautón*, compendio de advertencias hechas a sí mismo, es decir, el denominado “Soliloquios”.

Es asombroso lo asumido que tenía todo lo griego esa gente patricia de Roma, tanto en lo lingüístico como en lo cultural. Un bonito ejemplo es el Emperador Otho, que ocupó el trono imperial gracias al asesi-

nato de Galba (anteriormente, amigo de Nerón). Consecuencia tal vez de los remordimientos por ese crimen, como en sueños se le aparecía el fantasma de Galba, los sirvientes le escuchaban sollozar su pena por la noche —un nuevo Orestes o un viejo Macbeth—, delirando, en griego. Incluso el subconsciente lo tenían griego...

El latín apenas ha sido fuente de cultura especialmente caudalosa. “Bajo la égida de Roma —leemos a Farrington— quedó asegurado el progreso de la pública ignorancia”. Y más abajo: “Una verdadera y exacta conciencia de que existiese algo parecido a la ciencia desaparece casi completamente bajo el Imperio, a excepción de algunas ciencias también debilitadas, como la medicina o la arquitectura”.

En pleno Renacimiento, cuando toda la Europa moderna dirige sus ojos hacia la antigüedad, Petrarca intentará elevar los latinos a la categoría de modelo. Erasmo es tajante: *sólo en Grecia se puede aprender*. “Omnis fere rerum sciencia a Graecis petenda est”. Se acabó. También es verdad que ese Erasmo era un holandés bárbaro. Pero pronto se percatarán los italianos de que su vanidad cultural “abertzale” estaba cimentándose sobre una base demasiado débil. Escalígero junior halló entonces la solución a la desnudez del latín: clasificando las lenguas por familias, declaró abiertamente que el latín era dialecto del griego. Como suponía que todas las lenguas provenían del hebreo (dogma extendido), estaba salvado el honor del latín, que quedaba emparejado con el griego. De paso, las hijas del latín conservaban la honra y se reconciliaban unas con otras: todas las lenguas “greco-latinas” eran parientes. (De esas “matrices linguae” partió nuestro Larramendi, con el propósito de reivindicar el honor del euskera).

Por consiguiente, si hay que enorgullecerse, parece que lo lógico no es que busquemos las raíces culturales en Roma ni en la romanización, sino en Grecia y en la helenización.

Es una tontería, pero sigamos el juego: ¿qué hacemos con los griegos? Quizá haya leído usted el *Orestes* de Eurípides. Se acordará de aquellos bárbaros (los frigios): cobardes espantajos, afeminados majaderos, pusilánimes, “mediante la huída he conseguido salvar mi vida, huyendo de la espada con mis sandalias bárbaras... huyendo, huyendo lejos, ¡ay de la

tierra!, como acostumbran los bárbaros”. Dos muchachos griegos (“dos leones gemelos, sí, dos griegos”) consiguen dispersar y poner en fuga rápidamente a un tropel de bárbaros. “Demostraron que, en comparación con los griegos, los bárbaros apenas tienen ardor guerrero”. No nos enteramos si esos frigios, al final, mueren a espada o a sustos. “¡Los frigios [los bárbaros] siempre tienen que ser cobardes!”.

Todos conocemos –por lo tanto, no es preciso repetirlo– que, en nuestra tradición cultural, son los griegos quienes han dejado dividido el mundo en dos mitades: en una parte, nosotros (el bien y todas las virtudes); en la otra, los bárbaros. El tópico clásico de Xeno ha sido creado por los helenos: los bárbaros (“los escitas”) son alimañas infieles, perjuras, viperinas, perversas, cobardes y crueles. No se puede uno fiar de ellos. Desde el punto de vista helénico, las características de los bárbaros serán el salvajismo, la falta de códigos de convivencia para la vida urbana, la carencia de ágora, la incultura. Ya en la obra de Herodoto aparece asentado, arraigado el estereotipo. Tucídides y Estrabón (in IX, 2, 2 por ejemplo: el griego es movido por la razón; el bárbaro, por el látigo) no hacen sino seguir la tradición.

“Trata a los helenos como jefes, a los bárbaros como dueños; ocupándote de aquéllos como de amigos y familiares, alimentando y echándoles de comer a los segundos, como a los animales irracionales”: éste parece que fue el consejo que, a la muerte de Filipo, Aristóteles dio a Alejandro el Magno para gobernar con justicia. Düring, aunque haya polémica por medio, relata esta anécdota como auténtica. El significado es simple: los helenos han de ser tratados por el patriarca como parientes; los bárbaros, en cambio, como esclavos y ganado. Carecen de raciocinio. No son personas. W. Jaeger subraya singularmente el desprecio y la animadversión que sentía Aristóteles hacia los bárbaros persas (en el poema compuesto a su amigo Hermia, por ejemplo: éste fue torturado hasta la muerte por los persas). De todos modos, seguramente no hay necesidad de amargas experiencias personales para explicar esto: reflejaba el normal sentir de los griegos. Aristóteles conoció personalmente a la mayoría de los bárbaros, se puede decir que todos eran esclavos, y de éstos el filósofo ha conocido legiones, en su entorno inmediato. Podemos imaginarnos qué tipo de gente sería. En contraposición, el propio Aristóteles

nos explica que el griego se considera “libre”, incluso cuando ha sido capturado preso: “no quieren los griegos llamarse a sí mismos esclavos, sino sólo a los bárbaros” (*La Política*, I, 6). “Se consideran nobles no sólo en su país, sino en cualquier parte”. En la obra de Platón también se encuentran abundantes vestigios de esta forma de pensar. Por eso precisamente llega a identificar la condición de bárbaro y esclavo no con la suerte, sino con la naturaleza: “está claro que, por naturaleza, unos son libres y los otros esclavos. Y que a éstos les conviene la esclavitud, y es justa”.

De este modo queda justificada la legitimidad del derecho de conquista: “Si la naturaleza no hace nada imperfecto ni en vano, es necesario que todos esos seres existan naturalmente para utilidad del hombre. De modo que también el arte de la guerra será en cierto modo un arte adquisitivo, puesto que la caza es una parte suya. Y ésta debe practicarse frente a los animales salvajes y frente aquellos hombres que, si bien han nacido para ser gobernados, se niegan a ello, en la convicción de que esa guerra es justa por naturaleza” (*Ib.*, I, 8). La caza del esclavo, justa.

Grecia se encuentra en la cumbre del mundo. Eso no es así, sin más, sino que tiene su explicación científica, y merecerá que expliquemos de nuevo por qué ha de ser así (el argumento climatológico, que se pondrá de moda en el siglo XVIII, con Montesquieu y Herder: de igual modo que in *Arist.*, *Pol.*, VII, 7, vemos ideas semejantes in Platón, 24 c, 987 d, y Herodoto, III, 106): cómo ha de ser la naturaleza del individuo de la ciudad ideal “más o menos podría comprenderse con sólo fijarse en las ciudades más gloriosas de los griegos y en toda la tierra habitada, según está repartida entre los distintos pueblos. En efecto, los pueblos que habitan en lugares fríos y los de Europa están repletos de arrojo, pero más faltos de reflexión y técnica, por lo que viven con mayor libertad pero sin organización política ni condiciones para dominar a sus vecinos [éste es el primer tipo de bárbaros; a continuación, el segundo]. Los de Asia, en cambio, son de espíritu más reflexivo y técnico, pero cobardes, por lo que viven sometidos y esclavos. Y el pueblo griego, de igual forma que ocupa geográficamente un lugar intermedio, también tiene cualidades de ambos pueblos, ya que es valiente y reflexivo. Por ello vive en libertad, con las mejores formas de organización política, y con la posibilidad de

dominarlos a todos si encontrara un sistema de gobierno único” (por ejemplo, si diese con un Alejandro).

El imperialismo, como ve, tiene una larga tradición legitimadora en la filosofía. (“No existe en toda la tierra ni un solo ejemplo de filósofo que se haya opuesto a las leyes del Príncipe”: Voltaire creía poder decir esto... ¡como mérito de los filósofos!). De todas formas, es curioso cómo se oculta, en este último texto de Aristóteles, una inconfesable confesión acerca de la incultura de los griegos. Claro, la idea griega del bárbaro se ha diseñado en el heroico período caballeresco. El guerrero griego tiene sus armas personales, su nombre y su estirpe, el orgullo de su personalidad (el de “*aitaren etxea*”), conciencia de individualidad, en contraste con las desordenadas huestes impersonales asiáticas que se le enfrentan; o tiene su disciplina bélica y caballeresca en comparación con los tracios que atacaban, ululantes, caóticamente. Por otra parte, el sentimiento de la unidad helénica está en su punto álgido. En ese momento le importaban un pimiento al griego las artes y las ciencias. Lo que le preocupaban eran las virtudes del caballero. El coraje, la palabra dada, el orgullo, la solidaridad. El bárbaro no era valiente, sino alimaña; no respetaba la palabra dada, etc. No era caballero. Conservando el significado derivado de este contexto militar y caballeresco-ético, el contraste entre ambas naturalezas está aún expuesto pormenorizadamente en *La República*, de Platón (núms. 469-471), desarrollado de manera que, actualmente, a cualquiera le parecería bastante escandaloso: “sostengo que el linaje helénico tiene entre sí relaciones de sangre y parentesco; pero afirmo también que es ajeno y extraño al linaje de los bárbaros. Los griegos pueden combatir con los bárbaros y los bárbaros, a su vez, con los griegos, por tratarse de enemigos naturales”.

Súbitamente, un día —un día de alrededor de siglo y medio— los griegos descubrieron que se habían civilizado. Es tremendo cuando un sistema de valores tradicional comienza a resquebrajarse: se resienten todas las certezas. Apreciaron que ellos también habían vivido como los bárbaros y “que en muchas y variadas cosas, el mundo griego antiguo tenía un modo de vida similar al del bárbaro actual” (v. Tucídides, I, 5-6 más detalladamente). “Las leyes antiguas eran demasiado simples y bárbaras: los griegos llevaban entonces armas y se compraban las mujeres unos a

otros" (Arist., *Pol.*, II, 8). Pero si antes habían sido bárbaros, ¿qué los "desbarbarizó"? Es más: incluso Tucídides se dio cuenta de que buena parte de Grecia vivía, en ese preciso instante del siglo IV, igualito que los bárbaros, en mil maneras... De esa forma los hombres de la llamada "Ilustración griega" se percataron de que elevar las artes, las ciencias y las actividades sociales enriquecedoras había servido para traer la civilidad. Pero... ¿de dónde venían todos esos?

A los griegos debemos que, si bien ellos han creado el cliché de bárbaro, ellos mismos lo hayan destruido. Leyendo a algunos comentaristas de Platón (G. Martin, P. Friedländer) se podría pensar que la lógica (la dialéctica) hizo trizas a la dicotomía arriba apuntada. Demasiado bonito para ser verdad. De cualquier forma, un pasaje diairético o metodológico de Platón (*Sof.*, 262 c), dice que nos las veríamos y nos las desearíamos para entender qué es la humanidad, o sea: "queriendo dividir en dos partes el género humano, se hiciera la división como la hacen la mayoría de las gentes de aquí, cuando, tomando primero la raza o linaje helénico como una unidad distinta de todo el resto, ponen en un grupo todas las demás razas, siendo así que ellas constituyen un número incalculable de pueblos que no se mezclan ni se entienden entre sí, y dado que los califican a todos con el nombre único de bárbaros, imaginan que con haberlos designado por medio de un solo nombre han hecho de ellos una sola raza o linaje".

La división heleno/bárbaro será lógicamente (diairéticamente) mal juzgada (es decir, no hay manera de saber cuál es el animal "no-león") si, con el tiempo, ha ido quedándose vacía y al final se ha ajado, para los filósofos al menos; otros tendrán diferentes razones para explicar esto. Tal como muestra la *República* de Platón, los griegos del siglo IV han sufrido ya suficientes salvajadas por parte de los griegos (no de otros), como para considerar a los hermanos griegos más salvajes que nadie en el mundo. Tantas guerras, tiranías, destrucciones mutuas, incendios, masacres. Quebrados quedaron el orgullo heleno, la conciencia de unidad nacional (lingüística). El *Ancien Régime* paleo-greco estaba curtido. Xenofon, como rey educado que era, podía presentar a un bárbaro, el persa Ciro casualmente (¡exceso de *paideia* bárbara!) como modelo de virtudes morales. Platón mandaba a freír espárragos la dualidad de pueblos (de

culturas), desdénando una base de la autoconciencia tradicional. Pero ha sido Antistene, el filósofo ateniense de madre esclava tracia y meticuloso oyente de Sócrates, quien ha llegado hasta el extremo en la negación radical de la antigüedad y de la ciudad misma: por naturaleza no existe ni patria, ni clase, ni dicotomía heleno/bárbaro, ni libre/esclavo. Meras palabras. Puros prejuicios. No existe otra cosa que cada cual, su virtud (el valor), y la naturaleza. Grecia está a punto, pues, de quedar asimilada en un único *oikumene* con el universo bárbaro, tras sufrir un ataque “bárbaro” por el norte y demolidos los muros de la vieja polis. Después, la ausencia de diferencia entre helenos y bárbaros llegará a la doctrina de los estoicos. Y de aquí, a Paulo de Tarso, al cristianismo, a la democracia burguesa.

Pero a nosotros, de todos esos avatares, lo que más nos importa es el problema de la incultura griega. “La riqueza y la pobreza del hombre —enseñaba aquel Antistene— se detenta, no en las cosas, sino en el alma”. La crisis de las tradiciones y las instituciones hace adentrarse a los filósofos en el alma (sofística, Sócrates). Pero, ¿cómo se “enriquece” el alma? ¿De dónde han venido las ciencias a Grecia? En los diálogos *Sofistas* (223 c, 224 d), se citan la pintura y la música, “y muchos otros artículos dedicados al alma, que transportan de acá para allá y se venden” como bienes que han importado los sofistas a Atenas traficando con “alimentos del alma”. Platón se dirige con suma ironía a sus compatriotas en *Eptinomis*: “sentemos el principio de que todo lo que los griegos reciben de los bárbaros lo embellecen y lo llevan a su perfección”. Así parece que lo ven los griegos. Pero Platón sabe que eso es mentira. Por eso seguirá hablando, acerca de lo que en modo alguno han embellecido: de astronomía. Lo poco que saben, les dice, lo han aprendido de otros. Eso, cuando no se muestran renqueantes, perezosos, a la hora de aprender. Porque, cortesías aparte, en las *Leyes* (819 y ss.) les espetará resueltamente que ahora en la ignorancia de ellos no quiere ver pereza y debilidad, sino “una necedad propia de puercos de cría”, y que se siente profundamente asqueado de esos que son “vergüenza de toda la raza helénica”. Los “hombres libres” de Grecia no saben —denuncia ahora— ni siquiera lo que “los innumerables niños de Egipto” aprenden desde muy críos, jugando. En *Timeo* (22 b) le dice al visitante un sacerdote egipcio “Solón, Solón,

vosotros los griegos sois siempre niños: ¡un griego nunca es viejo! A lo que replicó Solón: ¿cómo dices esto? Y el sacerdote: Vosotros sois todos jóvenes en lo que a vuestra alma respecta. Porque no guardáis en ella ninguna opinión antigua, procedente de una vieja tradición, ni tenéis ninguna ciencia encanecida por el tiempo...”.

La cultura griega también es neófita: “mil años menos”, etc. Y copiada a otros... No somos los únicos.

En lugar del orgullo colectivo de la época caballeresca, la conciencia individual: en lugar de la grandeza de las armas, la elevación de la ciencia y el arte, como único ornamento del individuo. Ésta es la metamorfosis que ha experimentado el alma griega del siglo VI al IV (en este momento nace la filosofía, en la Grecia asiática). Se enseña épica nacional, biblia helénica, gestas heroicas de los antepasados: en cambio, de ciencia y arte no se dice nada. ¿De dónde vienen a la Hélade? Si no es de los antepasados, ¿de dónde proceden? Diógenes Laertes es un buen testigo ahora del nuevo orgullo, es decir, que presencia hasta qué países bárbaros llegan las fuentes originales de la sabiduría, de la filosofía, de las artes, de las ciencias. La luz viene de oriente, de Egipto. Los griegos van a hacer verdaderos esfuerzos en lo sucesivo para chupar a esos bárbaros cualquier doctrina. Así han surgido, primero, las doctrinas helenistas y, luego, el cristianismo (y, entre ambas, unas cuantas floraciones gnósticas o neoplatónicas). Diógenes Laertes no lo cree así, pero nos informa: “dicen algunos que la filosofía tuvo su origen entre los bárbaros; pues como dicen Aristóteles y Soción, fueron los magos sus inventores entre los persas; los caldeos entre los asirios y babilonios; los gimnosofistas entre los indios; y entre los celtas y galos los druidas, con los llamados *semnoteos*. Que *Oco fue fenicio*; *Zalmoxis*, tracio; y *Atlante*, líbico. Los egipcios dicen que...” Parece que la cultura ha podido nacer en cualquier parte, excepto en Grecia.

Ahora, pues, si se desea aplicar al griego el cliché del bárbaro, los resultados que se obtienen no son brillantes: si la venganza es de bárbaros, nadie hay tan vengativo como los dioses de los griegos; si hacer la guerra pensando en el botín no es de caballeros (“sino de almas mezquinas y femeninas” afirmará Platón), no parece que haya habido mucho caballero por Grecia; si el bárbaro es mentiroso y perjuro, podemos recordar a qué llamaban los romanos *graeca fides* (*tímeo Danaos et dona ferentes*).

Particularmente el terrible texto de Cicerón, *Pro Flacco*: “testimoniorum religionem et fidem numquam ista natio coluit”, etc. También se puede leer a Tucídides.

Puestas así las cosas, tampoco Grecia parece demasiado admirable. No prolongaremos la historia. Le vamos a buscar errores y carencias a la propia lengua, para ceñirnos al asunto que más nos importa. El mismo Aristóteles se queja de que al griego le faltan términos. Que no se puede hablar bien de filosofía. Que es preciso inventar neologismos, cfr. *De anima*, II, 7, 418a 26; 419a 2-6, 32, etc.; *Et.Nic*, III, 10, 115b, 25; IV, 12, 1126b 19, etc.; *Meteor*. IV, 3, 380b 28; 381b 14, etc.; *Top.*, VIII, 2, 157a 23.

Si el euskera de ahora es tan “corto, escaso y cerrado” como es, “como el mundo cree, y opina, que es”, nosotros sabemos hace mucho tiempo que “la falta es del euskaldun, no del euskera”. “Si nuestros antepasados lo hubieran cultivado como es debido”, etc. No sé cuántas veces he visto este mismo argumento, con cuántas variantes, en cuántas lenguas, países, condiciones, modos, épocas. Esto es, en toda literatura, lo archicorriente de lo corriente. Pero la fórmula más antigua de este tópico que yo he visto es ésta de *Sofista*, del siglo cuarto antes de Cristo. Habla ahí Platón de la falta de terminología que acusa el griego: “¿Dónde, entonces, debemos buscar un nombre apropiado para cada cosa? No hay duda de que es difícil encontrarlo, porque los antiguos, según parece, tenían cierta pereza y falta de discriminación... con el resultado de que hay una seria carencia de nombres”.

El mismo llanto se lo escuchamos a Cicerón, por el latín: el griego pobre, el latín escaso... (Porque no parece que sea de persona culta estar demasiado orgulloso de su propia cultura). En toda cultura debe haber sitio para el orgullo vanidoso y para la humildad.

Vamos al siguiente punto: ¿cómo es posible, entonces, que el latín haya llegado a ser el principal? Tal vez haya que enunciarlo de otro modo: quizá nada ni nadie haya llegado a ser principal, sino que alguien lo habrá llevado hasta ahí.

¿Cómo se ha producido, pues, ese llegar a la principalidad del latín? Primero: es significativo, pero el latín no se ha enseñoreado cultural-

mente en Roma, sino en provincias. Segundo: el latín no se ha convertido en principal gracias a la cultura, sino a la administración. Más concretamente: gracias al ejército, a la administración y a la Iglesia. (La Historia tiene sus historias). He ahí las facultades culturales del latín.

Han sido los legionarios romanos quienes han propagado por “todo el mundo” el latín. No las escuelas, sino los cuarteles. Las armas, no las plumas (por decirlo como en el epitafio de Augusto, “*bella toto in orbe terrarum suscepta*”). Se ha asentado, en primer lugar, como lengua administrativa, para tratar temas de derecho y comercio en las relaciones de los pueblos conquistados, casi al mismo tiempo que en la capital. Como lengua escolar y cultural (para la filosofía, por ejemplo) ha arraigado en provincias, no en Roma, y sólo en cierta medida. Mejor dicho, ha adquirido dominio sólo en las provincias de occidente, porque en las regiones ocupadas de lengua griega jamás el latín ha tenido nada que hacer. En las otras provincias, sí, ha resultado eficaz aplastando a las respectivas lenguas autóctonas, desprotegidas. Una herramienta valiosa ha sido la escuela. La llamada llanura del Po estaba totalmente latinizada antes de la Era Imperial. En los comienzos de nuestra era cristiana van desapareciendo las inscripciones indígenas en Etruria, Véneto, Campania. Italia es muy latina. (Excepto la parte de Nápoles y Regio Calabria: ahí los griegos hicieron firme). La romanización lingüística de Iberia queda concluída en el siglo I, la de Galia en el siglo II y para finales del III la de Numidia y Mauritania, cuando el Imperio comienza a zanjarse, a resquebrajarse y a dividirse en dos (395), como consecuencia de las agresiones de los bárbaros. Algo más tarde el Imperio habrá sido invadido, inundado por los bárbaros. Se da comienzo a nueva era en la historia pero, más que desde Roma, en occidente se dirige desde Rávena y en oriente desde Constantinopla: la Edad Media. Empieza en las provincias. En los exteriores.

En el Imperio Romano de Oriente, cuya capital es Constantinopla, el griego ha dominado con facilidad. Culturalmente, jamás el latín le ha hecho sombra al griego, ni siquiera el mínimo vestigio de concurrencia. En oriente, y en lo referente a la cultura, en ningún momento ha pintado nada el latín. Sí, en cambio, en la conciencia política, de algún modo (tal vez no el latín, pero sí Roma, al menos): es curioso cómo se

autodenominan los griegos actuales (*Romäi*, “romanos”), ya que el término *helenos* pasó a significar “gentiles”. Esto quiere decir que una nueva fuerza ha tomado la dirección “cultural”, tanto en oriente como en occidente: esa fuerza es la Iglesia.

Ciñéndonos al Imperio de Occidente: tras haber vivido durante tres siglos perseguido, denostado, en las catacumbas, el hecho de que el cristianismo haya tomado la dirección cultural en el Imperio ha sido un fenómeno enmarañado conformado por muchas ramas independientes. Los dos datos básicos podrían ser éstos: en los reinos fraccionados que han establecido los pueblos invasores del norte, en el siglo V, en Hispania, Italia y Galia, han ido asumiendo el latín como lengua de la Corte y de la administración. Teoderico legisló ya en latín; Clodoveo, convertido al catolicismo, vinculó la fe de su pueblo con el latín. El segundo dato es éste: el latín de la Iglesia. Si ha habido algún Emperador de Roma convencido de lo excelso de la cultura latina, de la incomparabilidad y de la eternidad de la lengua latina, ése ha sido Diocleciano: él era dalmacio, provinciano por tanto, y persiguió a los cristianos. Pero precisamente serán éstos quienes continúen con la conciencia latina. Y, además, en provincias.

La Iglesia católica, en provincias, ha comenzado a utilizar el latín, en lugar del griego, en la liturgia. Especialmente en África, al parecer. En este continente se han hecho las primeras traducciones de la Biblia al latín. En África surgieron los primeros grandes escritores latinos entre los cristianos. “La literatura cristiana latina comenzó en Roma, pero en la misma Roma se adelantaron los escritores de lengua griega. Justino, Taciano e Hipólito enseñaron en Roma y Atenágoras se dirigió en griego al emperador Marco Aurelio, el cual escribía asimismo en griego (...). Solamente hacia la mitad del siglo III, cuando el latín reemplaza al griego como lengua litúrgica de la comunidad cristiana de Roma, se habrá establecido definitivamente el uso del primero como lengua literaria cristiana” (E. Gilson). Sin embargo en África, todavía en tiempos de San Agustín, el latín (y la escuela latina) era lengua conocida por muy poca gente, marca y símbolo de un status social, característica del “romano” (y del romanizado). La lengua de la mayoría era el púnico en la ciudad y, sobre todo, en el medio rural. (Parece que San Agustín, por el tipo de

familia a la que pertenecía, no sabía sino latín). Pero los latinos africanos, es decir, los relativamente “cultos”, desconocían el griego, eran bárbaros provincianos a los ojos de los romanos cultos. San Hilario de Poitiers, a pesar de que era de origen galo y familia principal, poseía educación romana, San Ambrosio de Tréveris, escolarizado en Roma, etc., todos ellos han sido educados en la cultura griega, como era obligado en toda buena familia, en el aparato del Imperio. Por contra, los que han llegado a ser “grandes africanos” de la Iglesia, una de dos: o han sido enemigos acérrimos de la cultura griega (Tertuliano), o no la han conocido directamente en su lengua y en sus textos originales, sino por medio de traducciones y comentarios (San Agustín). Han sido “provincianos”. Eso se ha constatado perfectamente en la polémica sostenida entre San Agustín y el pelagio Juliano: éste, buen conocedor de la cultura griega tanto gentil como cristiana, trata siempre a San Agustín de “africano”. *Poenus* le llama, despreciativamente. Ha procurado enfocar la discusión religiosa entre ambos como si fuera otra guerra púnica, como si los bárbaros africanos atacaran de nuevo la cultura romana. San Agustín, por su parte, se ha refugiado en su provincianismo, lo cual prueba algo: que “*Optimi punici christiani*” (aunque sean algo menos cultos), los cristianos africanos con los más castas. P. Brown demuestra cómo (*Augustine of Hippo*) este príncipe de la doctrina católica, por mil razones, es un fracasado de la cultura cosmopolita.

Después, muy importante, viene la cuestión de la lengua modelo: es el pueblo llano quien se ha convertido al cristianismo. El proletariado de las ciudades. Gente sencilla, sin escolarizar. El latín que la Iglesia ha tomado como lengua oficial no es el latín clásico, el de Virgilio o el de Cicerón, sino *latin vulgata*, garbancero, por decirlo sencillamente. Un latín muy corrupto. (La equivalencia del concepto prostituta, por ejemplo, es “*vulgato corpore femina*”). Con estos dos datos, la latinización de los bárbaros y la vulgarización del latín, ha enraizado el occidente latino (cristiano). En Hispania, concretamente, la conversión de Recaredo (589) permitió la fusión de las principales familias hispano-romanas y la aristocracia goda: éste pronto ha comenzado a adoptar nombres latinos, a vivir y a posar como los *senatores*, a aceptar y asumir el latín, a impulsar la escuela y los estudios latinos, particularmente en Toledo. Cerca de

la Corte. Isidoro de Sevilla ha escrito *De natura rerum* para su Mecenaz Sisebuto, y para Sisenando la Historia de los Godos. Sisebuto ya era lo suficientemente hábil como para componer un mal poema en latín. El más mañoso Chilperico lo era para componer otro peor. Ismael Quiles, a pesar de ser un entusiasta de San Isidoro, encuentra su latín “bastante bárbaro”. Y, seamos sinceros, no exagera ni un poquito. Bueno, pues... su erudición es aún más bárbara.

Comenzando por *De doctrina christiana* de San Agustín, luego en la práctica con Boecio y Casiodoro, puede decirse que toda la Edad Media (400-1400) ha sido la historia de un milenio empleado en la recuperación de la Atlántida cultural greco-romana perdida. Ya puede envanecerse Sánchez Albornoz, si es lo que desea. Pero esa recuperación no la han llevado a cabo los pueblos mediterráneos, sino los nórdicos. “À la fin du VII^e siècle, les centres de gravité de la vie occidentale s'éloignent de la Méditerranée pour se fixer dans les régions plus septentrionales... Le nouveau culturel d'Occident est favorisé par la création de deux grandes puissances politiques, celle des Francs et celle des Lombards [ambos “bárbaros”: ¡la nueva Roma! Y, por la otra parte, la Iglesia], et d'une puissance religieuse, celle de la Papauté” (P. Riché).

No seguiremos las fases y peripecias de este gigantesco y paciente trabajo, desde el Renacimiento carolino, los monasterios, las escuelas catedralicias, hasta las Universidades escolásticas del siglo XIII. Lo importante, en lo que concierne a occidente, es que el mundo es cristiano, la cultura es latina. En la Edad Media occidente se ha latinizado completamente. Cuando llegamos al Renacimiento de la Modernidad, el latín, cultivado y pulido gramatical y técnicamente, llega a ser el idioma universal de la cultura y la ciencia. El griego sólo lo conocen unos pocos especialistas. Prácticamente ha desaparecido del mundo cultural de occidente. Es más, la propia cultura clásica griega sólo ha podido recuperarse gracias a la mediación y la traducción de los árabes. Autores griegos que apenas se leen son conocidos mediante las traducciones. Mediante las traducciones latinas. Santo Tomás, por ejemplo, de griego no sabía ni pío. Y es él quien ha consagrado a Aristóteles como filósofo principal en occidente durante siglos y siglos. Santo Tomás ha convertido a Aristóteles, definitivamente, en uno de los más firmes pilares del pensamiento occi-

dental. Vea usted, por culpa de ese Santo Tomás, en qué se ha transformado el mundo de la cultura en la Edad Media: él era italiano e impartía filosofía griega en latín, tanto en el París francés como en la Colonia alemana. Ésa fue la unidad que consiguió el mundo de la cultura. La cultura hablaba en latín en toda Europa. La ciencia, la administración, el derecho, el comercio, la Curia de Roma y los Cancilleres de las Cortes. Ese firme mundo del latín ha quedado asegurado para rato. Era ya 1687 cuando Newton publicó su obra *Philosophiæ naturalis principia mathematica*, todavía en latín. (¡Y Gero es de 1643!). Eso era absolutamente normal. En todas las Universidades se enseñaba y se aprendía mecánica, geometría, álgebra, medicina, anatomía, botánica y química, todo en latín. La lengua culta, la de las ciencias (la de las Universidades) era el latín. Y en latín se había compilado todo cuanto el hombre sabía, desde la cultura griega clásica hasta la árabe y hasta la romana.

Si algún centro ha destacado en la Edad Media, en la cultura y en las ciencias, ése ha sido París, “omnium studiorum nobilissima civitas”, no Roma. Y anteriormente, Chartres. El norte franco, pues. Así se decía que Italia tenía el Pontificado, Germania el Imperio y Francia el Estudio. “His itaque tribus, Sacerdotio, Imperio et Studio, tanquam tribus virtutibus (...) Catholica Ecclesia spiritualiter mirificatur, augmentatur et regitur” (Jordano de Osnabrück). Por entonces Francia —únicamente París y alrededores, aún— estaba desarrollando el incomparable orgullo de su superioridad intelectual. Aunque es bastante larga, estimo que merece la pena transcribir la nota de A. Murray (*Razón y sociedad en la Edad Media*, 1982):

La idea de que los franceses eran peculiarmente orgullosos no fue del todo una invención del siglo XIII. Huellas de ello pueden hallarse mucho antes. Pero ahora, en la época de Carlos de Anjou y Felipe el Hermoso, *la superbia gallica* se convirtió en un lema entre quienes sentían su situación amenazados por ella. “Se aman a sí mismos y desprecian a todos los demás... Piensan que tienen derecho al primer lugar en el mundo”, escribió un renano en 1288. “*Superbissimi... sunt Gallici*”, escribió Fra Salimene de Parma hacia 1280: “desprecian a todas las naciones del mundo, y especialmente a los ingleses e italianos”. Al comienzo del siglo XIV se dijo que el Papa Bonifacio VIII arriesgó su alma aplas-

tando a la *superbia gallicana*, y Villani relata que los flamencos libraron la batalla de Courtrai por la misma causa. (...) Incluso el francés Juan de Jardun, elogiando su capital en 1323, tuvo que admitir que cuando sus habitantes partían de la prudencia, lo hacían con “algo de jactancia”.

Mientras que la queja de las susceptibilidades heridas hace imperfecto el testimonio histórico, éste es ampliamente escuchado y corroborado desde dentro de Francia como para merecer la atención. La especial atención que merece la *superbia Gallica* es debida a una peculiaridad. Se trataba, ampliamente, del orgullo intelectual: el francés era mejor porque era más inteligente. Podemos tal vez leer este mensaje en la exultación de Jean de Meung (hacia 1277) de que el Duque de Anjou, una simple “víctima” en el concurso internacional de ajedrez que se jugaba en el sur de Italia, había dejado fuera de juego a sus rivales. Tal vez podemos leer este mensaje en el alegato de uno de los más temibles adversarios de Francia, el pendenciero Papa italiano Urbano VI, al joven pretendiente a emperador, Wenzel, en 1383: Wenzel no debe ser “burlado” por las “trampas y artimañas” que se hallan en las blandas palabras de los franceses que ocultan la ambición de gobernar el mundo bajo un aspecto antimilitar. Pero el mensaje no debe buscarse en frases torcidas, siendo explícitamente expresado por los propios patriotas ilustrados de Francia desde mediados del siglo XIII hasta comienzos del siglo XIV.

Lo expresaron a través de los modelos entonces familiares para manifestar la opinión. El primero de los patriotas en cuestión utilizó el modelo de la antigua profecía. Fue el autor de la “Fuente de todas las ciencias”, atribuida al apócrifo antiguo “filósofo Sidrach”. escrito, probablemente, hacia 1243 en Lyon, el libro logró una amplia difusión en francés y en algunas otras lenguas vernáculas durante los siglos XIV y XV. No solamente el autor tiene una elevada visión de los franceses en el mundo. (“Serán el mejor pueblo tanto a los ojos de Dios como del mundo”, profecías de “Sidrach”). Este papel dependía, en un grado notable, del pensamiento. Como dirigentes del mundo, los franceses sustituyeron a los antiguos griegos, maestros de la ciencia y de la astronomía. Los franceses serán “el pueblo más reverenciado de este mundo”, dice “Sidrach”, “y el más sabio”. El autor también menciona la religión de Francia y el valor de sus títulos para la hegemonía. Pero el “filósofo Sidrach” coloca en primer lugar la sabiduría.

Otro modo, junto a la “profecía”, mediante el cual se expresaban las nuevas opiniones, era a través de la reinterpretación de las antiguas. Era opinión familiar que las estrellas influían en el carácter. La influencia estelar no afectaba solamente a los individuos. Podía argumentarse que el

aspecto de las estrellas estaba relacionado más allá de toda una región, de manera que afectaba también al carácter nacional. Este razonamiento astrológico condujo a la racionalización de las opiniones sobre los órdenes de precedencia nacionales. Dicha racionalización también construyó un molde intelectual característico de toda la astrología. Ambas tendencias están ilustradas en el empleo de esta idea por el ideólogo Pierre Dubois, que escribía en 1306: “A través de la... benevolencia de la armonía celestial, aquellos hombres nacidos y criados en el reino de los franceses, especialmente cerca de París, superan con mucho, por naturaleza, a los nacidos en otras regiones: en su comportamiento, en su constancia, en su fortaleza y en su buen aspecto. Esto es dictado por la experiencia, la suprema maestra del conocimiento práctico”.

En un relato más íntimo, Dubois explicó precisamente en qué consistía la superioridad francesa. Era, sobre todo, asunto de “razón”, puesto que: “los galos usan el juicio verdadero de la razón mucho más precisamente que cualquiera otra nación del mundo. Los galos no se mueven más que en un orden debido. Apenas nunca, o absolutamente nunca, impugnan la recta razón. Esto no se ve en otras naciones”.

Entre las viejas ideas sobre la formación del carácter nacional, el siglo XII poseía una con más apoyo en la tierra que cualquiera proporcionada por la astrología. Dicha idea se refería al clima y procedía de Aristóteles (...). En 1323 Juan de Jardun empleó la idea en su elogio de París. Pero el pasaje aristotélico exigía cambios. La bondad divina, apiadándose de la fragilidad humana, coloca a Francia —no a Grecia, ahora— bajo el aspecto templado de las estrellas. Sus habitantes ni se hielan ni pierden “la sangre y el espíritu” a través de los poros abiertos por el calor. El calor inclina a los hombres a furores tan brutales que “impiden el examen paciente y meditado y el ejercicio del juicio prudente”. El frío, en cambio, paraliza a los hombres en un estado de aprensión permanente. “Pero la tercera cualidad, la que pertenece a la Galia, se halla entre estas dos, disfrutando una adecuada proporción de cada una. Por una parte, logra el vigor del espíritu para gobernar; por otra parte, mientras tanto, el talento de la divina prudencia. Por consiguiente —y es la verdad y no la adulación lo que me mueve a decir esto— los reyes más ilustres y excelentes de Francia merecen ser reyes del mundo entero; es decir, que se trata de una cuestión de preferencia connatural por el bien”.

La pretensión de Francia al primer lugar en el mundo descansaba, además de en el vigor, en la “prudencia divina”. Al adaptar el modelo de Aristóteles, Juan de Jardún utilizó en efecto algo de la inteligencia que él reivindicó para su nación. Hizo un hábil cambio en el mapa climatoló-

gico de su modelo: para Juan de Jardun, el calor producía ferocidad; para Aristóteles, sofocado en el cálido Egeo, el calor producía inteligencia. Tan pequeño fue el cambio necesario para introducir en París la confianza griega.

Como ejemplo del comportamiento irracional de otras naciones, Pierre Dubois citó el peligro de los peregrinos que recorrían Italia, donde podían ser desarmados por la multitud y muertos por un caballo sin que nadie se molestara.

Añadamos que, según el tal Pierre Dubois (siguiendo siempre a Aristóteles), ese principio político es siempre válido para la sociedad y para todo el género humano: “los hombres de intelecto vigoroso son los soberanos naturales y señores de los demás”.

El orgullo del Renacimiento italiano, “antibárbaro” y contrario a la Universidad de París, tenía su justificación histórica. “Bernardino de Siena, toscano y gran predicador de la época, empezó su carrera florentina de predicador en 1424 con estas palabras: *Italia es el país más inteligente de Europa. Florencia es la ciudad más inteligente de Toscana*. Lo que más nos interesa de este torneo de inteligencias es la concurrencia de lenguas. La herencia del latín de la Edad Media. Y lo que ha hecho el euskera en esa apuesta. Vamos a pasar de la Edad Media a la Modernidad.

En 1714 el francés arraigó como lengua diplomática mundial, en la Paz de Rastatt. Por un tiempo el francés va a ser la nueva lengua universal. Y el mundo sigue dando vueltas. Ahora lo es el inglés.

La Edad Moderna comienza a partir de una ruptura con la Edad Media. Cuando los althusserianos nos citan tanto la “ruptura epistemológica” podremos hablar tranquilamente de una ruptura: nosotros la llamaremos “ruptura humanista”. Y no resultó una fácil ruptura, como el lector notará fácilmente. Una lengua que domina toda la cultura y casi toda la vida pública no se rechaza así como así, por las buenas. Va a ser verdaderamente laborioso pasar del latín a las modernas lenguas nacionales. Pero esas alteraciones lingüísticas han de ser contempladas en su amplio contexto. El problema de la lengua ha vivido sujeto a mil avatares diferentes. Y, antes de cambiar de lengua, habrá que cambiar otras muchas cosas.

Alguien puede pensar que el humanismo ha sido latinófilo y grecófilo. Que hacía prolongar la Edad Media, sin más.

La Edad Media ha sido latina, sin duda. Pero eclesiástico-latina. Retornando a los antiguos latinos, a los clásicos e incluso a la República, se rompía a la vez con lo eclesiástico-latino. Esa ruptura no sucede de improviso. Sino que, al cabo del tiempo, a medida que se avanza, y casi inadvertidamente, se percibe que ha ocurrido una ruptura. Se ha abierto una nueva era. Otro pensamiento. Nuevos objetivos.

Quien consideraba a Cicerón y Sócrates modelos de humanidad, de calidad humana, veía que se daba concurrencia con los santos y modelos cristianos y pensaba que era mejor ser filósofo que monje o fraile. Que era mejor ser humanista, en una palabra. Recordemos a Erasmo. "Onde no può né deve distinguersi, nell'umanesimo, la scoperta del mondo antico e la scoperta dell'uomo, perché furono tutt'uno" (E. Garin). Si Augusto era un excelente gobernador, las pretensiones de los Reyes y Emperadores cristianos quedaban en entredicho. Si se elogiaba la República, la Monarquía quedaba en peligro; y, con la Monarquía, todas las Autoridades sagradas excepto los Concilios, al menos. Los Concilios son Autoridades colectivas. Así, por ejemplo, las mismas teorías conciliaristas enseñan que el concepto de Autoridad, en el sentido de algo similar a un Senado (*Senatus populusque*), está cambiando. La Iglesia en 1516 se vio obligada a condenar estas peligrosas tendencias democráticas. Pero, ¡ni condenas ni ocho cuartos!, la evolución prosiguió.

Tampoco nos podemos detener en esto, en mostrar cómo la armónica y magnífica catedral que había sido la Edad Media se había agrietado, resquebrajado y derruido. La antigua unidad también estaba casi en ruinas. No podía afirmarse que, verdaderamente, todos aceptasen un Emperador que estuviera por encima de todos los Reyes. Tampoco existía una filosofía aceptada por todos. Ni una Autoridad filosófica. Fue entonces cuando se alzaron Lutero y Calvino, y desbarataron la única Autoridad universal que quedaba: la Iglesia, que fundamentalmente había sido eje de toda la unidad: la unidad de religión.

En Europa todo quedaba disperso, atomizado: había una pila de Reyes, un montón de pueblos, *gentes* y *nationes*. La unidad lingüística no

iba a durar mucho. No había qué uniese a Europa: ni Emperador, ni Cruzada, ni *filosofía communis*, ni religión... Y cuando faltó eso, la unidad lingüística pereció como por sí misma, como de muerte natural. Esto no significa que expiró enseguida, sino que era lógico que se extinguiera la unidad lingüística.

Es preciso tener todo esto en cuenta si queremos comprender el impulso que en estos siglos se ha dado a las lenguas y literaturas nacionales. La unidad —política, filosófica, religiosa, etc.— que abarcaba a toda Europa se ha hecho añicos. Al final, incluso la propia unidad lingüística (latina). Y van surgiendo nuevas uniones, nuevas unidades: los Estados modernos, las literaturas nacionales.

Se trata, en general, del surgimiento de un nuevo mundo. La creación de nuevos principios de organización y para organizarse. Y en todo esto gozarán de una enorme importancia las lenguas nacionales y las literaturas nacionales. Ellas van a ser una de las más sólidas bases de las nuevas conciencias sociales y políticas.

Ahora, siempre decimos que la creación de los Estados modernos ha sido un gran progreso en la historia. Sea. Aún así, las cosas no parecen ser tan sencillas ni evidentes. Por ejemplo, no es difícil imaginar, sin las invasiones de los bárbaros que destruyeron el Imperio, que el progreso hubiera recorrido otros vericuetos. Sea, eso también. De cualquier manera, en el surgimiento y desarrollo de las literaturas nacionales, en una época, no se evidenciaba progreso sino decadencia y particularismo. La lengua universal era el latín, culto, elevado, etc. El castellano, inglés, francés y otros, lenguas menores, incapaces. Con el latín, la unidad estaba lograda; escribiendo en italiano, francés, etc., se deshacía la unidad. No pocos obstáculos y contradicciones habrán de superar las lenguas y literaturas nacionales para conseguir su fortalecimiento. A éstas también, como a los herejes y a las sectas, se les achacará particularismo. Provincianismo. Hermetismo y cerrazón. No poco ha costado sacar de la Universidad el latín e introducir las lenguas nacionales.

Esto es algo que el euskaldun lo comprende fácilmente. A nosotros también se nos llama provincianos y particularistas porque, en lugar de estimar lenguas tan “universales”, cultas, bellas como el español y el fran-

cés, exigimos escuelas vascas, prensa en euskera, euskera en la administración, etc. Miles de veces hemos escuchado que escribir en euskera es una bobada, que empeñarse en salvar un mediocre “dialecto” es una locura y lindezas semejantes. Pero eso no es algo que sólo a nosotros nos ocurra; ni siquiera es algo que sólo ahora ocurra. Hacia el siglo XVI han sufrido lo mismo, a cuenta del castellano, Boscán, Fray Luis de León y compañía. Un tal Malón de Chaide, escritor navarro, es el autor de *Conversión de la Magdalena* en español. Él mismo nos confiesa: *Habiendo yo comenzado esta niñería en nuestro lenguaje vulgar, he tenido tanta contradicción y resistencia para que no pasase adelante, como si el hacerlo fuera sacrilegio o por ello se destruyeran todas las buenas letras...* En ese bonito mundo un navarro defendía el derecho a escribir *secretos tan divinos – en lengua vulgar*, para los castellanoparlantes.

Se están constituyendo los nuevos Estados. Pero las cosas no están claras aún. Marsilio de Padua ha proclamado la soberanía popular (en Italia no hay Rey). Cola di Rienzo ha proclamado la República Romana. Pero el más fuerte principio de unidad o unión va a resultar el dinástico. Las nuevas uniones se conformarán en torno a la Corona: los Reinos. *Cuius regio, eius religio* se establecerá. Más tarde, al igual que la religión, los Reyes determinarán la lengua (por consiguiente, se ha a verificar algo parecido a *cuius regio, eius lingua*) y se crearán todas aquellas *Académies Royales*. Precisamente en ese momento se vigoriza el concepto de pueblo. Y nadie desea ser menos que el pueblo romano o griego. Se quiere ser más de lo que se ha vencido. Prenden las conciencias nacionales. Los flamencos sienten que la autoridad del Rey de Castilla no es buena ni mala, sino *extranjera*. Esto es algo nuevo: sentir a las autoridades extranjeras hasta llegar al mismísimo *casus belli*. En Flandes está viva la conciencia nacional. Y Flandes está plagado de humanistas. Se sienten flamencos, es decir, se sienten pueblo, se sienten tan pueblo como los griegos o los romanos. En Flandes se dirá: “Nosotros también tenemos nuestro Alejandro, nuestro Solón, nuestro Arístides, nuestro Pompeio, nuestro Camino...”

Los Estados que comenzaban a surgir lucían vestidos latinos y griegos. Y se decía que aquello era un *Renacimiento*. Un nuevo nacimiento del arte, de la ciencia, de la literatura, de la cultura. Son Reyes, en Francia Francisco I, en España Carlos I, etc.

Ha habido razones de índole religiosa apoyando a las lenguas populares. Especialmente, allí donde los problemas religiosos han tomado la forma de problema nacional. Pero no únicamente existían estas razones religiosas: *también* los litigios religiosos provocaban problemas lingüísticos. Esto es más de este modo que al contrario. Había sonado la hora del problema lingüístico y todo provocaba, por todas partes, conflictos lingüísticos.

LOS HUMANISTAS: LA DESVIACIÓN

Etxeberri de Ziburu publicó su *Manual Debozionezkoa* en 1627. Como ya abemos, en un libro de Etxeberri aparecieron los famosos versos de Klaberia *Burlatzen naiz Garibaiez*. Pero en este primer libro existe un pasaje muy señalado:

Ikusirik nola bainaiz iaioitez euskalduna,
gure nazioa dela koplá maite duena,
hartarakotz iakiaraz diat bertszuz ezarri;
lasterrago ikhas eta maizago aiphagarri.
Lehenago norbait urrun Greziako partetan
herriko legeak eman ohi ituen kantetan ¹.

Se suele citar esta estrofa al objeto de significar que también entonces el euskaldun era aficionado a las rimas.

A ver. Merece la pena advertir que en el prólogo de ese *Manual debozionezkoa* no aparece Trento, sino Grecia. Como actualmente diríamos, (herriko legeak... kantetan, o “las leyes públicas... cantando”) ha descollado la “ideología dominante” de la época. También nosotros hemos tenido nuestro particular humanismo. Tuvimos posibilidad de poseer una literatura nacional.

¹ Como se ve, soy euskaldun de nacimiento; nuestra nación ama los bertszos y por eso he compuesto esta rima: para que se aprenda más rápido y se recite más a menudo. Antiguamente, por Grezia, las leyes se proclamaban por medio de cantos.

Se suele decir –aunque sin excesiva propiedad– que el alimento del humanismo fue el descubrimiento de la antigüedad. La ejemplaridad de lo greco-latino. A cuenta de lo cual se han derivado posteriormente agrias polémicas entre medievalistas y renacentistas. Al parecer hay que admitir que el Renacimiento no ha ofrecido fundamentalmente ningún nuevo material específico para conocer mejor la antigüedad sino, sobre todo, nuevos puntos de vista. “Renacimiento no quiere decir que vuelvan los antiguos, sino que de las cenizas del pasado emergen (...) los tiempos nuevos” (J.A. Maravall). El mismo Garin confesó o denunció hace tiempo “un vecchio è sempre nuovo equivoco, e cioè l’idea che l’umanesimo sia stato determinato e caratterizzato dalla conoscenza di nuovi testi classici prima ignorati”. La historia de la reculturización de Europa ha sido la lenta historia de la recuperación del patrimonio clásico (de las fases de descubrimiento de la antigüedad), tras las invasiones de los bárbaros –en el Renacimiento carolino, en el siglo XII, en los siglos XV-XVI–. La mayor recuperación, tal vez, estaba realizada –materialmente– en los siglos XII-XIII. De cualquier modo, *il Medioevo leggeva i classici; I “barbari” non furono tali per avere ignorato i classici, ma per non averli compresi nella verità della loro situazione storica.* El nuevo Renacimiento proclama auténticamente el valor de los autores clásicos, tener que imitarlos y medirlo todo respecto a ellos (Dante es un buen modelo: conocidos son los esfuerzos que realizó para componer el *Inferno*, por ejemplo, en hexámetros latinos); la identificación con aquéllos (mejor ejemplo, Petrarca). Y, lo más importante para nosotros (esto es, desde la perspectiva del euskera), las que ahora se adhieren eufóricas a la antigüedad no son las Universidades, sino las ciudades de Italia, la vida civil, profana.

Las Repúblicas italianas, viéndose reflejadas en la tradición (política, cultural, lingüística) de la antigüedad, han desarrollado una orgullosa y alegre autoconciencia. Se han sentido la nación más avanzada del mundo (Burckhardt). Han sentido que los maestros clásicos eran muy suyos; entre ellos, especialmente, Cicerón. Toda la Europa moderna ha seguido a Italia. ¿Qué ha hecho Euskal Herria?

Orixe se sumergió en el ímprobo trabajo de demostrar que el euskera vale tanto como el griego, tanto como el latín; que el francés y demás

lenguajes son escasos, etc. Parece un hombre de los siglos XVI-XVII. En eso andaban ocupados todos. Era muy importante, particularmente, eso de ser tanto como el latín y tanto como el griego. Pero la voluntad de clasificar la literatura en parámetros greco-latinos es anterior. A Axular le llamaban –Etxeberri de Sara y colegas– el “Cicerón vasco”. Es lógico. Ellos eran quienes daban la medida; los latinos y los griegos. El lector recordará *Parnasseko musa zahar profanoaz* de Gasteluzar, de las siete hermanas del Parnaso, de Oihenart, etc. Cuánto aprovecha Axular los Autores griegos y latinos. En ese ambiente ha surgido –ha sido posible por primera vez– la literatura vasca.

Citar incesantemente a los griegos y latinos de aquella época puede tomar significados diversos. Ahora nos importa uno de ellos: el que explicaba Etxeberri de Ziburu (yo no me explayaré dando cuenta de su contexto en la literatura de la época). No puedo dejar sin mencionar, sin embargo, un texto de Ibagüen-Katxopin: los euskaldunes, leemos en la crónica, *nunca usaron tener escritas sus leyes, porque Noé (...) les dió (...) el gobierno de la República en verso para que con más facilidad lo tuviesen en la Memoria y (...) cantaban las leyes que tenían*, y tal y cual. He aquí que, lo que los griegos hacían, lo hacían y lo hacen los euskaldunes. Afirmando por Ibagüen-Katxopin, al igual que por Etxeberri: somos semejantes a los griegos. Luego repetirá lo mismo Orixe, Lekuona. Y, poseyendo eso, jamás he logrado saber qué es eso que poseemos.

Sin embargo, los euskaldunes de los siglos XVI-XVII, en general, pretenderán demostrar que nada tienen igual ni siquiera parecido. A fines del siglo XVIII, todavía, en las *Cartas Marruecas* de Cadalso, le escribe Nuño a Gazel desde Euskal Herria “de esos pueblos en nada parecidos a otro alguno”. Y “Aunque en la capital misma [Bilbao] la gente se parece a la de otras capitales, los habitantes del campo y provincias son verdaderamente originales. Idioma, costumbres, trajes son totalmente peculiares, sin la menor conexión con otros” (LXVII). Constituyen un pueblo único sobre la tierra. Por consiguiente, no pondrán tanto empeño como otros pueblos en demostrar que son tanto como los griegos o que están a la par de los griegos. No obstante, también los euskaldunes han debido sucumbir en su momento a esta “obligación humanista”. Con todo lo que andaban los griegos en mente y boca de

todos, ¡cualquiera pasaba a su lado sin hacer caso! Los funerales, por ejemplo, no son nada típico de Grecia. Pero Garibay describió así los funerales vascos:

Bien creo yo, que d'estos Lacones Griegos, vezinos de Lazedemonia, devió quedar a los Cantabros el antiguo uso, que en muchas partes de esta región aun dura, de arañarse y arrancar cabellos, cuando algun principal muere, y de cantar y llorar con versos elegiacos y tristes la muerte de tal finado, contando sus prohezas y virtudes, y dichos y hechos notables suyos, con las de sus passados... Y si el muerto era algun señalado varon, o cabo de linaje, rasgaban en sus puertas lanças, y escudos y paveses y otras armas defensivas y offensivas, como hasta pocos años ha, se acostumbró, siendo, a los que se presume, tomado de los Griegos, con el vestirse de negro, en señal de lloro y tristeza, y el colgar de los escudos y armas de las sepulturas.

Para explicar semejantes costumbres no hacían falta griegos. Garibai conocía a Tácito (como seguramente lo conocería el autor de *Leloren kanta*). Pero no es lo mismo citar a los celtas y a los germanos que citar a los griegos. El mondragonés nombrará muy a menudo a griegos y latinos: compara a Ercilla (*La Araucana*) con Julio César, etc.

A nadie debo recordar cuantísimas veces utiliza Joanes Etxeberri de Sara citas de latinos y griegos: por la nobleza de la lengua, por la antigüedad, por la riqueza y la pulcritud, por lo que sea, siempre traerá a colación latinos y griegos, incansablemente: *Y así perdieron los griegos de esta manera su pureza; por eso decían Quintiliano, y Dionisio... las palabras tanto de griegos como de latinos, o cuando les faltaban nombres los tomaban unos de otros, prestándose las recíprocamente... por tanto, no hay de qué admirarse si el euskera se viere abocado a tal suerte,* etc., etc.

Larramendi también afirmaba que había que cultivar el euskera y, “desta suerte hará mil excesos el Bascuence al Griego y otras lenguas en su riqueza y variedad admirable”.

Se sigue un paralelismo, una identidad, entre griegos y euskaldunes, pues. En esencia, mencionar a griegos, latinos o hebreos, es similar. Eso es algo que lo notamos en toda Europa. Los más religiosos citarán el hebreo; los menos devotos, el latín y el griego. El objeto de esa compara-

ción es, siempre, demostrar la excelencia de la lengua de cada cual. En aquel momento todas las naciones de Europa andaban a la greña, deseando mostrar dones y las dotes de sus respectivos idiomas. Pero, de cualquier modo, todos –no sólo los euskaldunes– sufrían por su lengua cierto complejo de inferioridad al compararse con el latín. Y no es de extrañar, dado que el latín había sido por muchísimo tiempo la lengua dominante, así en la tierra como en el cielo. La única peculiaridad nuestra, de los euskaldunes, es que ese complejo –que los demás han superado– jamás se nos pasa.

Todas las lenguas se han sentido “bárbaras” en un principio, incultas. ¿Qué hay de nuestro Etxepare o de Axular? En lo que respecta al castellano, Garcilaso de la Vega confesaba lo mismo: “Yo no sé qué desventura ha sido siempre la nuestra que apenas nadie ha escrito en nuestra lengua, sino lo que se pudiere muy bien excusar”. También coincide Juan de Valdés: “Como sabéis, la lengua castellana nunca ha tenido quien escriba en ella con tanto cuidado y miramiento quanto sería menester para que hombre, queriendo o dar cuenta de lo que scrive diferente de los otros, o reformar los abusos que oy ay en ella, se pudiese aprovechar de su autoridad”. Nebrija, tercero en la lista, ha querido poner en práctica esa autoridad en la enseñanza de la lengua: “Nunca dexé de pensar alguna manera por donde pudiese desbaratar la barbarie por todas partes de España tan ancha y luengamente derramada”. Se podrían aducir mil ejemplos más. Es un tópico, a su modo. Y, como en el caso de otros mil tópicos renacentistas (referentes a la literatura y a la lengua), aparecen ya en Dante. En efecto, en el llamado *Trattato Primo* o prólogo a la V parte de *Il Convivio*, aparece con deseos de exculpar diversos errores. Entre otras tachas menores, confiesa el fallo radical de la obra, “la macula sostanziale da l'essere vulgare e non latino; che, per similitudine dire si puó di biado e non di frumento” (porque algo antes ha comparado su obra con el pan). Todos los Renacimientos, sean en el XVI o sean en el XIX, se llevan a cabo para salir de una especie de “barbarie”. Aquí y en Japón o en China. Lo que pasa es que la medida, aquí en Europa, han sido el latín y el griego.

Comenzando en los italianos y terminando en los alemanes, todos se han afanado en lo mismo: en demostrar que sus respectivas lenguas valen tanto como el latín y el griego.

Aquí hay que hacer una muy importante distinción, aunque tal vez los textos citados la han patentizado suficientemente. Comparar algo con el griego y el latín puede tener dos significados muy diversos: uno, el referente a la vanidad nacional, estéril, tal como anteriormente hemos señalado. Pero el otro es positivo, activo, impulsor, ambicioso, competidor, que desea elevar la humilde lengua vernácula a la altura de las lenguas clásicas. Ideológico el uno, práctico el otro. El significado de ambos es totalmente diferente. Del contenido práctico sólo nos interesa ahora la voluntad de alcanzar el nivel del griego y el latín (en el sentido del clasicismo, no en el más elevado apologético). Precisamente siguiendo la ejemplaridad de los greco-latinos, la historia de los comienzos de las literaturas modernas nacionales de Europa ha sido casi la historia de una carrera. (La carrera de los nacionalismos nos parece una memez; la carrera de las literaturas, aunque haya ido íntimamente ligada a la anterior, no).

Los primeros que consiguieron el derecho a que existiera el italiano fueron los italianos —Dante, Petrarca, Cola di Rienzo—. Siguieron los franceses, los de la *Pleiade* y compañía. Como Ronsard afirma de E. Jodelle, en su obra *françoisement sonna la grecque tragédie...* Otros autores realizaron denodados esfuerzos para mostrar la identidad entre griego y francés. Algo antes, J. Lemaire de Belges intentó establecer la paridad entre el toscano y el francés (*Concorde des deux langaiges*), y que el toscano precedía al francés, claro. Lo mismo que Roma hizo con Grecia hará ahora Francia con Italia: conquistarla y aprender (importar, hurtar) de ella algo de cultura. Al principio, los maestros franceses se han convertido en alumnos e imitadores de los escritores italianos. Pero pronto el toscano no será ya suficiente; se ha de demostrar que el francés vale tanto como el griego. Porque la suprema medida la darán el latín y el griego, a la hora de valorar otras lenguas.

Luego le tocará el turno al inglés. La misma historia. El inglés, en primer lugar, debería demostrar que valía tanto como el francés (Trevisa, Chaucer y otros), ya que se sentía bajo el dominio del francés. Que el inglés no valga y los demás lo desprecien será una razón —argumentará Trevisa— porque se utiliza el francés en lugar del inglés en las escuelas, en las traducciones del latín, en las casas nobles, en boca de los ilustrados,

etc. Más tarde habrá de demostrarse que vale tanto como el griego. *La lengua inglesa* –le leemos a Abel Boyer, en el prólogo de la traducción de *Caton*, de Addison– podría competir con el latín y con el griego... Bueno, ya vale.

Kardaberaz, continuando con el contencioso todavía en el siglo XVIII, escribía así: *Gure euskerak bazter oietan orrelako gizaseme andien patu onik izan eztu. Baña latin ta griegoak asko-jakiñen ditxa ta gloria ori ez badute, bere modura marabilla txikiagoa ezta, baizik miragarrizko prodijio andiago, euskera, soil-soil, bakarrik edo nik eztakit nola, bizirik ainbeste sekuletan egon dan eta dagoen: ain berez ta beregan, ain argi ta garbi, bere erio ta arerio guztien damu gorri gaixtoan badere*². Eso es fe: pero... ¿cuáles son las obras? Regresemos de nuevo a nuestros siglos (XVI-XVII):

En *El tordo vizcaíno* viene este párrafo, que muestra cómo se justificaban los euskaldunes de la época:

Algunos llaman a la lengua vizcaína lengua cortada, y consiguientemente, a los vizcaínos, de la lengua cortada... por la cortedad de la lengua y defecto de vocablos. Verdad es que no es tan abundante como la griega, pero muy sucinta y sentenciosa, llena de adagios y refranes, etc.

Eso de los refranes tiene, en un nivel algo más profundo, su significado específico. ¿Cómo les podemos decir a los españoles que no somos criaturas silvestres, que somos cultos? El euskera no ha tenido un Platón que lo haya cultivado y embellecido literariamente. Pero desde otro punto de vista, es decir, como lengua, es abundante en sentencias y refranes, es decir, es “filosófica”. (A pesar de que no hay grandes filósofos euskaldunes, el euskera es una lengua filosófica). El sentido de esto, para comprenderlo rectamente, se encuentra en Aristóteles: en opinión de aquél, antes de nuestra era hubo otro ciclo, una sociedad más maja (con el tiempo, el mundo decae), pero una catástrofe destruyó aquella magnífica civilización. Las migajas que se salvaron de aquella cultura o de la

² Pero aunque el latín y el griego gocen de esa dicha de los eruditos, no es una maravilla menor, a su modo, que el euskera haya pervivido y perviva tantísimos siglos sólo o yo qué sé cómo.

“sabiduría prima” de aquella humanidad se han conservado en los refranes. Aristóteles se había dado cuenta de que los refranes atesoraban expresiones de una antigua experiencia —una vieja y prudente “filosofía”— y que también en el plano lingüístico presentaban formas arcaizantes. Tampoco los compiladores de refranes vascos trabajaron por intereses lingüísticos, sino en la recopilación de unos restos de una “filosofía adamítica”, por así decirlo. En comparación con el italiano, el español carecía flagrantemente de prestigiosos autores literarios. Pero, como Juan de Valdés contraargumentaba (los apologistas vascos jamás han hecho otra cosa que copiar: han “fantaseado” muy poco y, sobre todo, en absoluto han producido “nada de ideología original”, aunque algunos deseasen escandalizarse con eso precisamente), el castellano carece de autores preclaros pero detenta una refranería de padre y muy señor mío. Los refranes se han convertido en prueba de la “filosoficidad” de la lengua. A partir de entonces, aunque no haya deseado ironizar, el propio Cervantes ha caído en el “culto” patriótico español al refrán. El humanista sevillano Mal Lara ha sido el principal teórico en este tipo de apologismo. Llamaba a los refranes “pequeños evangelios” (luego, junto a Gonzalo Correas fue compilador de ellos). Ésta era su tesis. En primer lugar los refranes mejores y más castizos del mundo son los españoles: “Ver lo ha facilmente cualquiera que prouar lo quisiere, no ser ni en numero, ni en gracia, ni en sentido de comparar los refranes de las naciones, que en alguna manera conoscemos, con los Españoles”. En segundo lugar: “Antes que hubiese filósofos en Grecia tenía España fundada la antigüedad de sus refranes”. Ergo, en todo el mundo no hay como el español, ya que existe antes incluso que el griego. Los apologistas euskaldunes tuvieron muchos maestros en su insensatez... Aprendían todas las ideas tontas, menos trabajar.

Axular, como luego Orixe, ha puesto un especial empeño en traducir textos latinos, como si estuviera midiendo las fuerzas de ambos. He aquí lo que Villasante apuntaba, oportunamente, en el libro *Axular*:

Mitxelenak uste du gure erretorak izango zuela bere harrokeriatxoa, latinezko testuak euskerara zeinen ederki itzultzen zituen ikustean. Bai, hau ohargarria da oso. Axularrek bere liburua latinezko testuz josia atera zigun, eta testu horiek beti euskerara itzultzen dira. Granadak, esate ba-

terako, ez du horrelakorik egiten. Hark erderaz bakarrik eman ohi ditu aipua. Axularrek beti latinez eta euskeraz. Hemen bada ene ustez intenzi bat. Esan nahi dut: hainbeste testu latinezko sartu baditu, hori ez du arrazoi gabe egin. Apaiz euskaldunari bidea erakutsi nahi dio Axularrek. Apaiz euskaldunak lotuta ikusten zuen bere burua. Kristau fedeko jakinduriaren ondasunak (denak latinez edo latinaren kume diren hizkuntzetan daudenak) euskeraz emateko estu eta larri aurkitzen zen, nondik jo eta nola asmatu ez zekiela. Axularrek bere ustez aurkitu du bidea, berrari atarramendu ona eman diona. Eta bide hori erakutsi nahi die apaiz anaiei. Izan ere Axular euskal idazle bezala problema larri batean aurkitzen zen, eta berak bazekien hori ondoto. Hauxe da problema: Mendebaldeko Kristau kulturaren ondasunak nola eman euskeraz? Apaiz euskaldunak kristau erlijioa erakutsi eta jakinduria partitu behar dio fededun euskaldunari. Nola ordea? Inguruko hizkuntzek lan hori egina dute aspalditik; baina euskera egituraz hain da bestelakoa, beste hizkuntza horiek ez bezalakoa! Eta eginkizun hoietan hain usatu gabea! Mendebaldeko kulturaren ondasunak eman ahal dakizkioke euskeraz euskaldunari? Eta ematekotan, nola eman daitezke?

Horra Axularrek zedukan problema, garbi adierazita³.

Axular tendría su orgullo, acaso. Pero eso no era asunto personal, no era cuestión de habilidad para traducir y talento personal, sino problema

³ Mitxelena cree que Axular alimentaba su orgullo al contemplar lo bien que traducía textos latinos al euskera. Sí, es muy llamativo. Axular publica su libro preñado de textos latinos, que luego traduce al euskera. Granada, por ejemplo, no hacía lo mismo: da las citas únicamente en erdera. Axular, en latín y en euskera. Aquí hay, a mi juicio, cierta intención: si ha introducido tanto texto en latín, se debe a algún motivo.

Axular pretende ser guía del cura euskaldun, porque éste se ve ahogado, a la hora de dar noticia en eusklera de los tesoros de la sabiduría de la fe cristiana (todos ellos escritos en latín u otros idiomas procedentes del latín). En su opinión, Axular ha encontrado el camino, un camino que a él le ha dado buen resultado. Por eso se lo quiere mostrar al hermano sacerdote. En efecto, Axular, como escritor euskaldun y sacerdote se encontraba en el atolladero, y era consciente de la situación. Éste es el problema concreto: ¿cómo dar a conocer en euskera el patrimonio de la cultura cristiana de Occidente? El cura euskaldun debe impartir sabiduría y compartirla con el cristiano euskaldun. Sí, pero... ¿cómo? Hace tiempo que las lenguas vecinas han llevado a cabo esa tarea. Pero, ¿siendo el euskera estructuralmente tan diferente a los demás! ¿Podrían comunicársele al euskaldun los tesoros de la cultura occidental en euskera? ¿Cómo? He aquí el problema que sufría Axular, claramente explicado.

de principios: problema de capacidad del euskera. Lo que Axular muestra no son *sus* habilidades personales, sino *las facultades del euskera*.

Axular, que es teólogo, pretende mostrar la capacidad del euskera en lo que a la teología respecta, pero eso tampoco es sino una pequeña parte de todo el problema. La parte concreta que afecta a la teología. Pero nuestro problema es general. Cómo impartir en euskera la cultura que hasta el momento se había enseñado en latín. Villasante lo ha señalado acertadamente. Y algo parecido: cómo dar a conocer la cultura cristiana en euskera. Dentro de este problema general, Axular ha cultivado su parcela. Desgraciadamente, no ha habido más que un Axular, y los otros terrenos no han sido debidamente labrados en esa época, porque los labradores se encontraban en otros lugares. Ése es nuestro problema: nuestros humanistas han sido religiosos.

No existe contradicción en los términos, sino en los tiempos. La Iglesia católica ha conocido una excelente tradición humanista. Lo que sucede es que la vida de la Iglesia y la vida civil de la sociedad iban a separarse en aquel momento, y cada cual tomaría su camino. Además, iba a suceder —fundamental para la lengua— que la sociedad se dividiría definitiva e irremediamente entre escolarizados y no escolarizados, como Burckhardt advertía (*erst jetzt notwendig eintretenden Scheidung von Gebildeten und Ungebildeten in ganz Europa*). Pero el humanismo sólo ha llegado a expresarse en euskera en la iglesia, básicamente. Bien, pero poco; poco, y donde menos lo necesitaba (para edificar una cultura moderna).

Axular lo intentó y venció: demostró que el euskera no es “peor” que otras lenguas. Y, naturalmente, *baldin egin balitz euskaraz hainbat liburu, nola egin baita latinez, frantsesez, edo bertze erdaraz eta hizkuntzaz, hek bezain aberats eta konplitu izanen zen euskara ere*⁴.

Sí, señor: el euskera vale tanto o más que los demás, nos despertará Kardaberaz siguiendo siempre la tradición:

⁴ ...si se hubieran escrito en euskera tantos libros como en latín, francés, etc., el euskera sería ahora tan rico y capaz como esos otros.

A' baña –dio norbaitek– euskerak naiagatik latin edo gaztelaniaren itzegiteko eleganzia edo edertasun ta erretorika edo elokuentziarik berez ez du! Ola, adiskide, oriek ere baditugu? Ai, gizagaixo! Zer diozu? Gaitzak eragin al dizu? Ala fede, zer gaintz aundiagorik, jakin-ez itsua baiño? Ignorantzia edo jakin-ez triste onetan euskaldun asko arkitzen dira, ta gañez eragin ta itsu-itsuan zer dioten ere ez dakite.

Para finalizar: podemos afirmar que tanto apologistas como autores euskaldunes se movían en ambientes iguales y dentro de las mismas ideologías. No obstante, de estos dos conjuntos de escritores han emergido dos sectores sociales, dos tendencias y conductas, dos planteamientos absolutamente diferentes, a partir de ideologías básicamente iguales y planteamientos totalmente diversos. Los escritores se han determinado por la opción cultural; los apologistas, por la política. Los escritores, mirando para casa; los apologistas, de cara al exterior. La *misma* ideología ha encarnado *dos* valores sociales y prácticos completamente desiguales. En los siglos XVI-XVII encontramos el mismo contraste que, más tarde, hallaremos entre los *Caballeritos de Azkoitia y Larramendi y otros*. (Los jauntxos han seguido fieles a su tradición). Las dos Euskal Herrias. Las dos Euskal Herrias no son por una parte la Iglesia –vascófila, etc.– y por otra la burguesía –al dictado de Madrid y París–. Las cosas no son tan simples. Pero las cosas casi han llegado a parecer eso... que son simples. Los humanistas han sido los escritores euskaldunes; los apologistas, unos cuentistas aprobetxategis, que se han intentado arrimar al poder.

Dentro de nuestro humanismo hay muchas cosas –por decirlo de algún modo– que están como descolocadas (es nuestra historia). Bastante tarde y tan solitaria como un fantasma se nos ha aparecido una figura humanista muy completa: jurista, político, historiador, latinista, poeta... Oihenart, de Zuberoa. De otra parte, el humanismo parece que es –más que un momento histórico– un intento que bastante estérilmente se reproduce en la literatura vasca en el XVII, en el XVIII, en el XX de nuevo. Querer y no poder... Es que todos los intentos provenían de la Iglesia.

LA IGLESIA Y LA EUSKEROFILIA

Los jauntxos optaron, pues, por inclinarse hacia la Corte. Hacia el erdera. Hemos visto el panorama de Hego Euskal Herria. Acerca de la burguesía de Ipar Euskal Herria, v. M. Goyhenetche, *L'oppression culturelle française au Pays Basque*, 1974, e *Histoire de la colonisation française au Pays Basque*, 1975.

Ibon Sarasola nos explica qué ha salido de ahí:

Jokaera horren ondorioz mende honetako jenerazioek jaso duten herentzia makurra, literatura tradizio baliotsu batez, ERLIJIO GAIEZ KANPO bizpahiru mendeko atzeratasuna, mila dialekto literario eta kultura gabeziarik izugarriena duen hizkuntza marjinal bat izan da⁵.

Al margen de la literatura popular —fórmulas refraneras y bertsolarismo, por ejemplo—, no existe en euskera otro “período literario” que el puramente religioso. Ese período literario, además de estar constituido por temas religiosos exclusivamente, ha sido creado por el clero, y casi todo él es católico ortodoxo.

Algunos pretenden convertir eso en una fácil apología de la Iglesia: “la única vascófila es la Iglesia; la Iglesia siempre ha sido vascófila”. No

⁵ Fruto de tal comportamiento y a pesar de tener una valiosa tradición literaria, lo único que las generaciones de este siglo han heredado es, aparte de temas religiosos, tres o cuatro siglos de atraso, mil dialectos literarios y una lengua marginal terriblemente desculturizada.

hay tal. La Iglesia, aquí, su mayor parte, ha montado en el carro del jauntxo. Si en muchos pueblos el euskera se ha perdido, la culpa es del clero y la vergüenza, de la Iglesia. Lo que un Larramendi o un Kardaberaz nos han dicho sobre los sacerdotes y frailes de su tiempo demuestra claramente que, entre los religiosos, existían vascófilos, sí (ellos mismos, por ejemplo); pero *la Iglesia* iba por otros derrotados. Las clases principales de Euskal Herria siempre han jugado un triste papel. La Iglesia no se salva. Los salvables pueden contarse con los dedos de las manos. Pero en este juicio nuestro esos diez escasos no son suficientes para salvar Sodoma y Gomorra.

En fin, dejémoslo. Actualmente casi nadie asume la defensa de la Iglesia. Con mucha mayor sinceridad se lanzan ataques en su contra.

Hemos tomado la literatura vasca como una razón –o excusa– para atacar a la Iglesia. A casi todos nos avergüenza ver en la literatura vasca a tanto fraile y a tanto cura. Y a casi nadie más. Sí, avergüenza. Y, ahora, hemos pasado de la vergüenza a la cruda agresión. De todos modos, algo me resulta inaceptable. En cierta medida, hoy somos más agresivos con quienes han hecho algo que con quienes nada hicieron. Y una cosa es lo que hacemos con la Iglesia; otra, lo que así hacemos con nuestra literatura.

Ahora conceptuamos toda la literatura vasca –puesto que casi toda es religiosa– como si fuera puro *tridentinismo*. La explicamos como si fuera mera Contrarreforma. Todos los autores serían, así, representantes de una clase o casta clerical que únicamente se ha mostrado en favor del euskera para defender “sus intereses”. Siervos de una política intolerante y reaccionaria. Como si hubieran actuado únicamente para perpetuar su dominio sobre el pueblo llano, que sólo sabía euskera. Como si no se hubieran ocupado más que de sus propósitos y objetivos clericales. Represores y engañadores, en último término. Haranburu Altuna atacaba: *nuestra literatura religiosa ha sido servidora y motor de la clase burguesa*. Más adelante: *la historia de nuestra literatura es la historia de la ideología retrógrada de la burguesía vasca*. Pero yo no sé dónde ve él tal burguesía. Goza de mejor vista que yo. O de mayor imaginación, quizá.

¡En buena parte quedan los pobres Axular y compañía! O sea que...
¿nuestros *Maestros* no son más que esa burguesía?

Sarasola analiza más especialmente este problema. Bastante severo, de todos modos:

Ante esta abrumadora mayoría de religiosos, algunos han apreciado algo similar a una responsabilidad, afirmando que ésta es culpa del retraso y de la falta de unidad de nuestra literatura. La tendencia contraria, de la que tanto se aprovechan los clérigos actuales, pretende ver en la Iglesia Católica al único vascófilo, y declara que hay que agradecerle el inmenso trabajo que, con gran amor, ha realizado en pro del euskera. [No se aporta bibliografía en favor de una postura ni de la otra]. Ambas tendencias erróneas tienen su origen en un planteamiento falso.

El propio Sarasola nos ha ofrecido este planteamiento en su interesante *Historia* (nos ha obligado a hacer diversas reflexiones y, asimismo, a pensar de nuevo ciertos planteamientos):

A la Iglesia Católica nada se le debe agradecer ni reprochar. No fue el cariño lo que le impulsó a usar el euskera. Los motivos han sido y son innumerables; más, los prosaicos y prácticos: los referentes a la enseñanza de la doctrina. Por eso NO SE PREOCUPÓ DE NADA MÁS porque, en su criterio, el resto de problemas no estaban relacionados con su objetivo concreto. Cierto es que la euskero-filia de algunos sacerdotes es notoria [también la patente aversión y el odio de otros], pero una cosa es el comportamiento de un cura y otra es el de la Iglesia, como grupo e institución.

En la medida que estamos hablando de literatura vasca, al menos, me parece que empezar a hablar de la Iglesia es el comienzo necesario para plantear las cosas mal. Lo que tenemos no es la Iglesia; tenemos unos cuantos escritores; un movimiento literario, con unos cuantos curas y unos pocos que no son curas. Por éstos se ha de comenzar. Por definir qué son éstos. Porque el hecho de saber qué es la Iglesia no nos explica qué son esos autores. Y lo que son éstos no nos enseña qué es la Iglesia.

En el caso de trabajar sobre lo que tenemos, en el caso de plantear problemas sobre datos que no tenemos, si necesariamente se desea plan-

tear el asunto de *la Iglesia* (proyectando hacia aquí otros problemas que tenemos con la Iglesia), es necesario aclarar las cosas mejor.

Una cosa es que un cura sea vascófilo y otra cosa es que lo sea la Iglesia, como grupo e institución. Eso es cierto. Como también es verdad que la Iglesia, como grupo e institución, jamás ha sido especialmente euskerófila. ¡Y qué! ¿Qué conclusiones podríamos extraer de ahí para nuestros literatos? Parece que esa división explica algo (falta de teatro, etc.), pero no explica nada. Lo único que hace es complicar las cosas. Si hablamos de literatura todo eso no vale nada. Porque la Iglesia, como grupo e institución, podría ser vascófila o no ser vascófila; pero no podría ser literato o no ser literato. La Iglesia apenas toma parte en que en la literatura vasca falte teatro u otro género (obras profanas).

Distingamos, pues, entre problemas de la literatura y problemas de la Iglesia. Euskerofilia de la Iglesia y euskerofilia de los literatos, y literaturidad de los euskerófilos.

Comencemos por la Iglesia. Desgraciadamente, ésa es la verdad: tal vez no sólo en la Iglesia católica, pero casi únicamente en ella y, más concretamente, sólo en el clero se aprecia vascofilia (nos referimos a los siglos XVI-XVII, obviamente). *Dentro* de la Iglesia católica y, repetimos, para dejarlo claro, sólo en una parte de la Iglesia Católica. En mi opinión hay algo que reprochar a la Iglesia (a la institución pública, a la jerarquía). Y no poco.

Pero no son comparables el impulso tridentinista –el “catecismo” agente– y el impulso literario y sinceramente vascófilo que hallamos en una parte de la Iglesia. No confundamos ambos.

Por una parte está la Iglesia y está el tridentismo. Es decir, está el impulso de la enseñanza religiosa de la Iglesia que se ha sentido amenazada: un poco como reforma y otro poco como contrarreforma (porque Juana de Albret quiere propagar el calvinismo). A causa de esas razones “prosai-cas” la Jerarquía Eclesiástica en el siglo XVI va a comenzar a inquietarse y preocuparse y, por tanto, comenzará a predicar en euskera y a procurar editar catecismos en euskera. *La literatura vasca se llena de catecismos* (Sarasola). Se puede consultar, a este respecto, Joxe M. Rementeria, *Euskal Kristau Ikasbideen Historia laburra*, in “Kristau Bidea”, JAKIN, 1975. Ol-

videmos, por un instante, si todos los catecismos han surgido de ahí; o, teniendo otro motivo e inspiración, han formado parte de esa corriente, por diversas razones. Me explico: quien no tuviera otro motivo que la enseñanza de la religión, seguramente, escribiría hoy mismo su *Doctrina* en algún dialecto. Sin embargo, aquel que escribe la *Doctrina* en euskera batua, con sus “h”, etc., además de la enseñanza de la religión, ha tenido otros propósitos. Lo que quiero decir es esto: no parece que todas las doctrinas de los siglos XVI-XVII y semejantes hayan sido escritas por un único y mismo motivo. Mucha gente se ocupa en estos momentos de preparar libros para la ikastola; no obstante, no de todos los autores se puede afirmar que trabajan con “vocación pedagógica”. Hay que rendirse a las necesidades de cada momento, especialmente en Euskal Herria. Y lo que se sospecha es que, entre todos aquellos autores de catecismos y obras ascéticas y traductores de los siglos XVI y XVII, más de uno hubo de rendirse a la necesidad, en lugar de cumplir su voluntad. Hicieron lo que había que hacer y se podía hacer. Habría que establecer distinciones también entre Catecismos y Doctrinas. Pero no vamos a complicar demasiado las cosas.

Una cosa es esto: la Iglesia optó por el euskera como herramienta para sus tareas, para lograr sus intereses. Y, a decir verdad, ya es algo. La burguesía no llegó a tanto. Hemos de tomar como positivo lo que la Iglesia hizo. Por otra parte, estamos convencidos de que, para que se salve el euskera, hemos de conseguir que sea provechoso para todos, para defender los intereses de cada cual. El amor puro hacia el euskera no es suficiente. Pero no es difícil explicar por qué no hizo la burguesía lo que hizo la Iglesia. En el caso de aquéllos, porque faltaban precisamente las razones prosaicas y prácticas que tanto apreciamos. Ni siquiera nosotros denostamos tales razones prácticas y prosaicas. Dejémoslo ahí. En el caso de despreciarlas, bien dicho está que, de lo hecho por la Iglesia nada hay que agradecer ni nada que reprochar. Ha obedecido a otros intereses.

Pero... ¿es ése el caso de los literatos vascos? No lo creo. Estas consideraciones carecen de gran valor, cuando tratamos acerca de lo mejor y lo más abundante. Esta literatura, sobre todo, ha surgido desde dentro de un movimiento. Y ese movimiento ha de ser juzgado de otro modo, aunque la mayoría de los partícipes sean clérigos.

También ésa que denominamos “literatura hoberena” (la mejor), es de la época. Hay una gran diferencia de Etxepare a la que unos llaman Sarako Eskola y otros Donibane Lohitzuneko Eskola.

Como quiera que el tridentinismo ejerce un impulso general y —sólo en Euskal Herria, sino en toda Europa— crea un ambiente, tendrá indudablemente conexión con los comienzos de los movimientos literarios vascos. No obstante, la peculiaridad de este movimiento es innegable. El de aquí no es un mero movimiento tridentinista. Es un movimiento particular. Especial. No puede considerarse como puro producto de una contrarreforma. Por el contrario, podemos sospechar que lo han inspirado, más que la Contrarreforma, otras corrientes de pensamiento. O, por lo menos, que son otras inspiraciones las que le han dotado de su identidad, su peculiaridad. Los Autores de este movimiento se sitúan, de algún modo, en aquella *ruptura humanista*. No totalmente, pero sí en muchas de sus posturas y, especialmente, en el aspecto del lenguaje popular.

En la medida en que se encuentra inmerso en la corriente tridentina, en este movimiento se detectan ciertas singularidades. En detalles. Por ejemplo, leemos a Sarasola: *La Contrarreforma trajo la intolerancia a todo el mundo católico. En 1542 se creó la Inquisición. En 1543 la censura de imprenta. En 1545 comenzó el Concilio de Trento. La Iglesia católica tomó la vía de la fuerza, persiguiendo a los curas humanistas, imponiendo una nueva ascética, con las ayudas recién creadas.* Un fruto concreto de aquello fue la persecución de brujas. *Y esto es lo más extraño* —nos hace ver Villasante—: *en GERO se da cuenta de todo tipo de pecados que puede cometer el cristiano, pero acerca de la brujería y similares no se halla ni una palabra.* Podríamos continuar: trata asombrosamente poco de los herejes. Menciona a los *luteran*, pero no a los hugonotes; cita el luteranismo, pero no así el calvinismo, etc.

La intolerancia que citábamos más arriba se extiende a las costumbres, a los hábitos, a toda la moral, e incluso a la literatura. Axular no es Etxepare, conforme. Pero sí tan libre que, ciento y pico de años más tarde, parece a algunos demasiado tolerante, obsceno, ofensivo. Añibarro e Intxauspe, por ejemplo, no se han atrevido a publicar a Axular tal como era. Y ambos están bastante lejos del Tridentino. El puritanismo y *la puridad* no necesitan de Tridentino.

Si la Iglesia tridentina perseguía a los curas humanistas, no hay duda de que, algunos de ellos al menos, lo eran, y mucho. (*Algunos de los autores poseen una magnífica formación humanista*, nos dice Mitxelena). Etc., etc.

Merecería la pena analizar estos aspectos. Pero no vamos a continuar por ahí. Algún día podrán ser analizados.

Esos Autores de la literatura vasca no han de ser homologados en bloque con el tridentinismo, ni tampoco ha de ser ello explicado como un capítulo vasco del tridentinismo (es decir, todo comenzó con una política de la Iglesia, que utilizaba el euskera para impartir temas de fe). Más que porque fuera incorrecto, porque no serviría para explicar nada. Lógicamente, la citada postura de la Iglesia favorecía a nuestros Autores que, a su vez, estaban en favor de aquella Iglesia. Y, en la medida en que esos Autores han escrito obras religiosas, tridentinismo y literatura vasca coinciden. Pero, en este sentido, en la Europa de la época apenas existía algo que no hubiese sido afectado por el tridentinismo. Ya que esos autores son clérigos, decir que se mueven dentro de la corriente tridentina apenas nos aclara nada. Porque, en nuestra opinión, los curas de la Patagonia o de Malabares —si por allí vivía algún cura escritor— también caminarían por la senda tridentina.

El interés que tiene ese grupo, en último término, no reside en ser más o menos tridentino original. Lo que le confiere importancia es que es comienzo y núcleo de un movimiento literario. Éste es un movimiento independiente y autónomo, especial; un movimiento literario. Con preocupaciones religioso-morales y pedagógicas, por supuesto; pero también con preocupaciones literarias. Y con preocupación y conciencia humanísticamente vascófilas.

La preocupación religiosa no nos debe extrañar. También la tenía todo un Garibai. Es más natural que tenga preocupaciones religiosas el Párroco de Sara que un cronista del Rey. Lo anormal hubiera sido que el Párroco de Sara y los frailes de Ziburu no la tuvieran. Sobre todo, en aquel ambiente. También las luchas de clases, es decir, las luchas ideológicas, eran guerras de religión en la época. Se expresaban en términos religiosos.

Lo que convierte en interesantes a un grupo de Autores en torno a Axular es precisamente eso: que forman un movimiento *literario y vascófilo*. Estos Autores trabajan juntos. No se limitan a hacer catecismos. Escriben más para quien posee cierto nivel de escolarización que para la gente sencilla: *todos ellos se dirigen a gente bastante culta y acostumbrada a la lectura (L. Mitxelena)*. Ellos, a su vez, eran eruditos y amantes de la literatura: *Algunos de los autores poseen una magnífica formación humanística y todos han recibido al menos una gran iniciación en las bellas letras*. Desean cultivar el euskera. Trabajan resueltamente la traducción. Y no olvidemos cómo se esforzaron quienes se dirigieron hacia el cultivo del inglés o del alemán.

Eso del amor por la literatura lo podemos dejar aparcado, por ahora. Avanzaremos por otro carril: son euskerófilos conscientes.

Desde sus mismos principios, éste ha sido un movimiento vascófilo consciente, aparte de los "motivos más prosaicos y prácticos", como enseñar religión. Eso aparece en mil lugares.

Etxepare era vascófilo, por descontado: como la copa de un pino. Etxepare advirtió inmediatamente el problema que en su tiempo se evidenciaba en los pueblos vecinos: el euskera precisaba de literatura, necesitaba libros. El euskera no era apreciado, *zeren ezein skripturan erideiten ezpaitzen*. Fue él quien lo dotó de estima: *Heuskaldun den gizon orok altxa beza buruya, etc.*⁶. Recordemos que el grupo de Donibane Lohitzun ha sido continuador de estas ideas de Etxepare. Y que esas mismas ideas, antes o después, van a ser recogidas en los comienzos de las literaturas populares circundantes, según hemos visto.

Es casi imposible dudar de que el grupo de Donibane Lohitzun era específica y conscientemente euskerófilo. Esto es, al menos, lo que los historiadores de la literatura nos señalan. De todos modos, deseamos dejar constancia de ello. Porque en aquel tiempo ese hecho tiene gran transcendencia. Entre nosotros es Fr. L. Villasante quien más ha estudiado aquel grupo. Le escuchamos:

⁶ Que todo euskaldun levante el ánimo, porque su lengua va a ser la flor (y nata). Todos los príncipes y grandes señores desean escribir en euskera.

Investigando los libros de aquel tiempo pronto nos damos cuenta de esto: el párroco de Sara reunía en su entorno a un grupo de amigos: curas, frailes, médicos, etc. Felizmente, animándose y motivándose recíprocamente, fundaron el movimiento literario vasco, mientras otras regiones de Euskal Herria dormían aún.

Fácilmente podemos adivinar, sin riesgo de equivocarnos, quiénes constituían aquel grupo de vascófilos, viendo los nombres que aparecen en la literatura vasca de la época: Klaberia, Hirigoiti, Materre, Gillentena, Axular, Etxeberri de Ziburu, Haranburu, Argaignarats, etc.

No es preciso recalcar que quienes conformaban el movimiento eran hombres ilustrados, eruditos.

De cualquier modo, esta cuadrilla del siglo XVII creó un especial ambiente en pro del euskera.

He transcrito este pasaje omitiendo algunos párrafos y seleccionando los que nos interesan. Cfr. *Axular*, de L. Villasante. JAKIN, 1972, todo el capítulo *Sara-Donibaneko giroa*.

Al principio, el conjunto de Donibane Lohitzun trabaja en grupo. Y lo hace con fidelidad. Podemos ver que, para entonces, habían visto y planteado los problemas más importantes del euskera: carencia de literatura, falta de prestigio, cómo crear el euskera literario, la ortografía, el euskera unificado y los dialectos, cómo proceder en las traducciones, etcétera. Trabajando en equipo, lograron un euskera unificado bastante homogéneo. Todo esto muestra una conciencia vascófila muy desarrollada.

Además, realizaron una labor excelente. No se ocuparon únicamente de plantear problemas. Por supuesto, siendo casi todos religiosos, dirigieron sus esfuerzos hacia ese tipo de asuntos, como es lógico. Fr. L. Villasante nos refiere esquemáticamente los libros realizados por ellos (en la lista falta Axular):

El franciscano Materre, en 1617, *Dotrina Christiana*. Voltaire, *Tre-sora hirour lenguaietakua* (la segunda edición es de 1642; en la primera no se señala el año. Vinson cree que vio la luz en 1620, en Lyon).

Etxeberri de Ziburu nos dejó tres libros, en verso todos ellos: Manual Debozinezkoa, 1627; Noelak eta berze khanta espiritual berriak, 1630; Elizara erabiltzeko liburua, 1636.

El franciscano Haranburu, de Sara: *Debozione eskuarra, miraila eta orazinotegia*, 1635.

Argignarats, el coadjutor de Ziburu, dos libros: *Abisu eta exortazione probetxosak bekatorearentzat*, 1641; *Deboten brebiarioa*, 1665.

Aranbillaga, *Jesukristore imitazioea*, 1684.

El también ziburutarra Gazteluzar, jesuita: *Egia katolikak*, 1686.

Silvain Pouvreau, *Giristinoaren dotrina*, 1656; *Filotea*, 1664; *Gudu espiritual*, 1665. Este cura francés, tras aprender euskera, realizó varias traducciones. También dejó una especie de vocabulario, sin publicar.

Oihenart, *Gaztaroko neurtitzak eta atsoititzak*, 1657.

Tartas, dos libros: *Onsa hilzeko bidia*, 1666 y *Anima penitentaren okupazione debotak*, 1672. (Tanto Tartas como Oihenart quedan fuera de la tradición labortana).

Detxeberri o Dorre Hoiarzabal tradujo al euskera un libro editado en francés: *Liburu hau da Isasoko Nabigationekoa*, 1677.

Dasantz de Mongon (Nafarroa Beherea) editó un pequeño libro para uso de veterinarios.

Existen algunos pequeños catecismos (Belapeyre, Oloroeko, etc.).

Si, en lugar de considerar a todos como un solo conjunto, deseáramos establecer distinciones, formaríamos tres grupos:

1. Apologistas: ensalzan el euskera, pero utilizan el erdera (conciencia vasca erdelldun).

Tal vez junto con este grupo debemos citar a la Jerarquía Eclesiástica que, a la vez que ordena que se use el euskera, ella emplea el erdera (no se puede pensar que tenga conciencia vascófila, ni en euskera ni en erdera. Lo que ha hecho es poner la conciencia religiosa en favor del euskera).

2. El segundo grupo lo van a constituir quienes trabajan en euskera, pero sin conciencia vascófila: cultivan la religión –no el euskera– mediante el euskera. A pesar de las diferencias que tengan entre ellos, podemos juntar a tridentinos y antitridentinos, es decir, autores de catecismos, por así decirlo, y Leizarraga y compañía. No les vamos a negar su conciencia euskerófila. Pero tampoco hacen demasiados méritos para que se la concedamos, si no es indirectamente (la obra de algunos muestra claramente que se han empleado a fondo en estudiar y cultivar el euskera: eso no se hace sin interés por la lengua).

3. En un tercer grupo consideraríamos a los Autores de ese movimiento literario y vascófilo que hemos citado. Estos cultivan *el euskera en sí mismo*, no sólo la religión mediante el euskera.

Este movimiento es vascófilo. Se analizan los problemas del euskera. Se estudia el euskera (¡contamos incluso con “euskaldun berris”!). Se ensalza el euskera sin perder oportunidad para ello (Etxeberri de Ziburu, por ejemplo, señalará que el euskera era el idioma de San Ignacio y San Francisco Xabier). Se defiende el euskera. Se desea enseñar a leer y escribir en euskera: así lo dice expresamente el P. Materre en su *Doctrina*. Y Leizarraga, antes que él: *Berze natione guziék, zeinek bere lengoagean bezala, Heuskaldunak ere berean duentzat, zertan irakurtzen ikas ahal dezan... nezessario estimatu ukan dut, ABC haur berze instruktionerekin Heuskaraz ere iar ledin*. Se desea inducir a escribir lo máximo posible en euskera (citamos de nuevo a Leizarraga): *Ésta es una de las cosas que yo querría... que mi humilde esfuerzo precediera a otros mayores y, entre todos, contribuyeran a remediar las carencias que sufre. Porque, de ese modo, el euskera no sería tan escaso, tan corto y tan cerrado como cree todo el mundo*.

La Reforma ha puesto en marcha, en muchas partes, la literatura de la lengua vernácula. Y la Contrarreforma ha obligado a la Iglesia Católica, en muchos lugares, a utilizar la lengua vernácula. Pero este problema de las posturas con respecto al idioma autóctono es más extenso y más antiguo y más profundo que los litigios puramente confesionales. Y si tanto éxito ha tenido desde Finlandia e Islandia hasta Euskal Herria, no es debido únicamente a que las Iglesias poseían una enorme fuerza, sino porque el mismo “ambiente” también le imprimía vigor. Mitxelena nos ha señalado que el Renacimiento volvió a encender *una nueva curiosidad que despertaban las lenguas vulgares*. Aquí confluyen algunos comportamientos de la Iglesia y fuerzas humanistas populares que con la Iglesia nada tenían que ver. Ahora los misioneros se van a preocupar de la lengua de los misionados. Se van a editar gramáticas y diccionarios. Se analizan las lenguas. El espíritu actual es otro. Ese ambiente es anterior a Trento. No parece que Rafael Mikoleta, por ejemplo, tuviera mucho que ver con el Tridentino cuando compuso su *Modo breve de aprender la lengua vizcaína*. Tal vez Jacques de Béla ha trabajado con la misma inspi-

ración que Mikoleta al realizar su vocabulario y breve gramática. Con la misma inspiración no-tridentina nos imaginamos a Voltaire, que nos ha legado *Tresora hirour lengoagetakua*, y a Silvain Pouvreau. No voy a mencionar a Landucci. Y Bertrand de Zalgiz –*Eskaldun Poeta*– o quien creó *Leloren kanta*, seguramente, no se preocupaban demasiado del Tridentino... si es que el Tridentino tiene algo que ver en los principios de este movimiento literario vasco, en algunas de sus características. Pero, antes que al Tridentino, existe un ambiente, un *espíritu*, anterior y más profundo, que fundamentalmente ha sido el agente. Otra cuestión es que el Tridentino haya dejado luego su impronta.

Los apologistas son “vascófilos”, a su modo. Vascófilos sin consecuencias. Son el escaparate, no el taller. Posteriormente a ellos hemos conocido una legión de ejemplares semejantes. Quienes han jugado sinceramente como euskerófilos son Etxepare, Materre, Voltaire, los dos Etxeberri, Axular, Zalgiz, Oihenart, Mikoleta y compañía. Religiosos, en su mayoría. Pero la mayor parte de la Iglesia, no obstante, se portó igual que la mayor parte de los *jauntxos*. Algo mejor, tal vez (*recordemos las Doctrinas y predicaciones*). Otra pequeña parte de los *jauntxos* y de la Iglesia se ha mostrado sinceramente vascófila. No todos los vascófilos eran clérigos; mucho menos eran vascófilos los clérigos. Pero, en efecto, la mayor parte de los vascófilos son religiosos.

Sarasola lo ha afirmado: *se puede decir que la literatura vasca es la literatura de los curas vascos. Quienes han hecho nuestra literatura son curas. La literatura vasca es una literatura de curas*, ha denunciado Haranburu-Altuna. ¿Denunciado? Si eso es así, apenas es culpa de quienes la han hecho. Será culpa de quienes no la han hecho. Lo vergonzoso no es que esos curas hayan estado a la altura de su obligación. Que no lo estuvieran otros es lo verdaderamente vergonzoso.

UN RENACIMIENTO VASCO QUE NO HA LLEGADO A SER RENACIMIENTO

La literatura vasca no es rica, ni mucho menos. No somos caballeros. Quien comienza a interesarse por la literatura vasca inmediatamente queda impresionado, si no avergonzado.

Algo así les sucede al vascófilo recién iniciado en nuestra literatura: al principio ni nos enteramos de que existe. Luego sabemos que la hay y empezamos a mirar. Más tarde, pensamos de nuevo que no la hay. El vascófilo pertenece a una raza verdaderamente sacrificada.

Manual debozionezko, Elizara erabilzeko liburua, Egia katolikoak eta Onsa hilzeko bidia, Debozione eskuarrak eta Abisu probetxosoak bekatore-arentzat, no sé cuántas imitaciones de Jesucristo... ¿A quién no le espanta? Al final hay una sensación de gran alivio al encontrar un larguísimo título: *Liburu hau da itsasoko nabigazionekoa*. Más contentos que si hubiéramos redescubierto a Ulises.

A fuer de sinceros, estábamos avisados de antemano:

La literatura popular vasca, esencialmente oral, es probablemente tan rica y tan variada como la de cualquier otro pueblo. *La literatura culta*, por el contrario, tardía, escasa y en conjunto de no muy alta calidad.

Uno todavía no adivina qué se oculta tras ese tardía, escasa y de no muy alta calidad.

¿Qué ha pasado aquí?

Leemos a Villasante:

Para explicar nuestra escasez se ha de tener en cuenta que Euskal Herria posee una lengua exigua y especial. Y, precisamente porque es totalmente diferente a cualquiera de las del entorno, no ha sido cultivada hasta muy tarde. Pero esto no nos debe extrañar, si contemplamos el ritmo que han llevado las cosas en Europa a lo largo de los siglos. En Europa occidental ha sido el latín la única lengua culta y, posteriormente, las lenguas latinas.

Eso es verdad, pero no me llena. Como se puede apreciar, en el siglo XV, los jauntxos y sus círculos ya contaban con cierta producción literaria –poética– euskaldun. Milia de Lastur, Joana de Olaso, Santxa Otxoa de Ozaeta y otras, entre las mujeres, aparte de Alos Torrea y compañía; testigos de ello, Peru Abendaño y Bereterretxen khantoria, etc. La mayor parte se ha perdido, claro, ya que todavía no compilábamos las obras en la colección AUSPOA del jesuita Padre Zavala. La imprenta entró en Euskal Herria en 1489.

Por tanto, ¿qué han hecho esas clases durante los siglos XVI y XVII? La gente siguió componiendo poemas, por supuesto. Pero para entonces el mundo se había extendido mucho. El mundo era un mundo nuevo. Euskal Herria no estaba encerrada en sus límites y en sus constantes conflictos. Por el ancho mundo caminaban muchos euskaldunes como soldados, mercaderes, letrados, estudiantes. Hora era de poner en marcha otra literatura y hacer imprimir otros cantos.

Ya sabemos que, si se hacen los estudios en erdera, no es fácil volverlos a dar en euskera. Tampoco era nada fácil realizar los estudios en latín y hablar en francés o en español; o, si se prefiere, estudiar en latín y hablar en inglés o alemán; o, yendo hasta el extremo, impartir en euskera la teología aprendida en latín, como Axular y todos aquéllos.

La facilidad –la excesiva facilidad y, por tanto, la desidia, mejor dicho– es una razón. El paso del latín al francés o al español es más fácil que el paso al euskera. Pero tampoco eso nos llena, puesto que queda otra pregunta: ¿Por qué se ha tendido a la excesiva facilidad, a la desidia,

en lugares en que el gran público –en la medida en que existía– hablaba en euskera y en una época en la que se alababa y se ensalzaba el euskera? También la desidia exige una explicación. Porque, en mi opinión, tanto alabar el euskera y no cultivarlo en absoluto no es normal, de por sí.

Será por lo que sea, pero lo que hay es eso: una literatura de curas. *Jesukristoren imitazioneak* y *Filoteak*.

Otra razón es la dejadez de la gente de aquí en lo referente a asuntos culturales. Pero eso tampoco es una razón suficiente. Algunas obras de apologistas quedaron sin poder ser impresas: *Suma*, de Zaldibia; *Compendio*, de Isasti; *Crónica*, de Iburgüen-Katxopin. (Éste es un dato importante, para no convertir con excesiva facilidad la ideología de los apologistas en “ideología vasca”). Garibai solicitó la ayuda de las Juntas para publicar su obra, pero nada obtuvo... Por otra parte, en esos mismos siglos Euskal Herria se adornó con profusión de arquitectura y arte. Para eso ya había dinero. Había intereses. La música conoció un período de vitalidad –organistas, maestros de capilla–. También había cierta vida cultural en las letras: en el teatro, por ejemplo. Pero los pueblos totalmente euskaldunes (Hondarribia, Errenteria) se daba teatro en español...

Lo que contrasta con eso es el orgullo lingüístico de los euskaldunes. *Sería injusto en sumo grado acusar a los vascos de los siglos XVI a XIX, incluso en sus clases más elevadas, de menospreciar la lengua... Todos los vascos han sentido un orgullo desmedido por su idioma, orgullo que ha encontrado su expresión más conocida en las numerosas apologías que se le han dedicado desde el siglo XVI* (L. Mitxelena).

Eso es, pues, lo que tenemos: el orgullo del euskera y –en la práctica– la conciencia erdeldun, por parte de las clases principales. Y en la literatura, consecuentemente, una impresionante pobreza.

A dicha carencia se le han buscado diversas explicaciones. Sarasola nos cita lo que leíamos a Villasante. Pero adecuándolo de este modo:

La vía de la cultura era el latín y, por extensión, las lenguas latinas. Como la vía que desde el latín llegaba a las lenguas románicas era continua, los euskaldunes de la época no veían necesidad de optar entre dos lenguas. Elegir no tenía sentido, porque la elección estaba hecha desde siempre. La opción era el erdera. Esta situación sólo podía ser sanada

mediante una conciencia vascófila. Y la falta de este tipo de conciencia es la que marca la historia de la literatura hasta el final del siglo XIX. Por lo tanto, en el período que va desde el siglo XVI hasta finales del XIX hallamos un montón de libros religiosos y poca cosa más, es decir, una literatura religiosa práctica que sólo se preocupa de sus mezquinos objetivos –con alguna honrosa excepción– y que no se ha ocupado de los problemas de la lengua.

En este desconcertante texto parece que la culpa de la pobreza es de los escritores euskaldunes; si no enteramente, sí en cierta medida, al menos, de quienes han escrito esa “literatura religiosa práctica que sólo se preocupa de sus mezquinos objetivos... y que no se ha ocupado de los problemas de la lengua”. No olvidemos que ese grupo de escritores trabajaba en su terreno, encerrado dentro de sus límites, sí; pero iba contra corriente, si contemplamos la panorámica general de la sociedad. De otra parte, nada ha de extrañar que los clérigos fueran quienes más cultivasen la literatura religiosa en aquel tiempo.

Tengamos en cuenta, de paso, que ni uno de los autores euskaldunes de estos siglos puede considerarse eso que llamamos “escritor profesional”. Todos ellos han escrito en euskera, *además* de dedicarse a otros quehaceres profesionales.

A pesar de que existe, en general, falta de conciencia vasca, esos autores la tenían. Esa *carencia de conciencia vasca* que se denuncia hay que buscarla en otros lugares. De cada cien escritores de la literatura francesa, por lo menos noventa pertenecen a la nobleza y al tercer estado; y en Euskal Herria ocurre lo mismo con el clero. Estas proporciones denuncian la anormalidad de la sociedad e, irremediamente, surge la pregunta: ¿qué hacían mientras tanto la nobleza y el tercer estado de Euskal Herria?

El asunto es éste: que la “nobleza” y el tercer estado escolarizado o mercader de Euskal Herria andaban con el Rey, no con el pueblo vasco. Fuera de casa.

En otros pequeños pueblos observamos casos parecidos, como por ejemplo, en los pueblos que, a causa de la *unidad de la Corona*, han debido vivir vilculados a un pueblo limítrofe: Checoslovaquia, etc. Tam-

bién en este país han sido los religiosos quienes han cultivado, en contra del alemán expansivo, la lengua y cultura populares. En el siglo XVI el checo se convirtió en lengua de culto: se tradujo la Biblia, etc. Pero, a diferencia de Euskal Herria, una parte de la nobleza y de la burguesía siguió por ese camino: los humanistas. Casi los únicos escritores que ha habido son los clérigos. La nobleza y el tercer estado no han continuado con la labor emprendida por aquéllos. El checo pudo crear una literatura —en comparación con la alemana— humilde pero respetable. Y sobre estas bases se alzaría el Renacimiento checo del siglo XIX.

No es posible personalizar estos problemas. Pero, como argumento o prueba, podemos tomar a dos navarros casi a guisa de símbolo: Axular, humanista, nacido en la parte hoy española de Navarra, pasa a la parte hoy francesa, y es *escritor en euskera*. Joanes Huarte, garaztarra, humanista, nace en la parte ahora francesa de Navarra, pasa a lo que es España y es *escritor español*. Quienes deberían haber sido complementarios hubieron el uno del otro... Allí se dividió la Euskal Herria esquizofrénica que aún no ha encontrado su identidad.

En Hego Euskal Herria, la clase de jauntxos de medio pelo, pegada a las faldas del Rey, a caballo entre la nobleza y la burguesía nada ha hecho en pro de la cultura vasca. Ha asumido la cultura de la Corte y de los entornos reales. No hay más que ver que lo que ha hecho con la Universidad Vasca. Oñati, Estella, Iratxe, Pamplona... Una de dos: o ha participado la Iglesia, o no se ha hecho nada. Frecuentemente, ambas. Se ha solido decir que tenía los ojos puestos, más que en la Corte, en sus negocios. Lo uno no impide lo otro. Los jauntxos, mientras observaban fijamente la una, no perdían de vista los otros. Estaban muy atentos a lo que ocurría en el mundo (Caro Baroja), no se dormían, espían qué hacía la Corte. Al contrario que los grandes castellanos, han trabajado el comercio sin escrúpulos. Pero no son *Criados de la Corte*. Porque sus negocios estaban pendientes de la mano del Rey.

Más arriba hemos visto cómo los trataban en Castilla, mofándose y burlándose de ellos. Pero estos perros comían de la mano del dueño que en cualquier momento les podía tratar a patadas.

Fausto Arozena califica el de Garibai, por ejemplo, como de *monar-*

quismo ferviente, mayor quizá que el que constituía la tónica del tiempo. Esos jauntxos estaban más pegados al Rey que una lapa, en cuerpo y alma. (Sólo ha habido un Lope de Agirre). Es conocido el trisagio del extasiado Garibai, tras contemplar al Rey: *Dios le guarde. Dios le guarde. Dios le guarde muchos años. Amén.* Tampoco debe asombrarnos que, después, esos jauntxos se hayan portado como “mecenas de sus paisanos”.

Caro Baroja tiene razón: *Que en el siglo XVI se pudiera ser imperalista y monárquico de un lado y partidario de las libertades forales de otro, es algo que hay que admitir, nos guste o no.*

Los jauntxos, primero, eran siervos o siervos-siervos del Rey. Admiradores de España y Castilla, después. Y, en último término, euskaldunes. Esos jauntxos siempre han hablado de Castilla con santa veneración: *Pero ¿qué castellano ha hablado de Vizcaya o de la tierra vasca en general con el amor y respeto con que habló Garibay de Castilla y de otras partes de España?* (Caro Baroja).

A cambio de admiración y adhesiones a la realeza, de aquellos parajes no ha venido sino desprecio, escarnio y ruina. La destrucción de la cultura vasca, en primer lugar. La de los Fueros, después. La de la nación, pronto.

Veamos: ¿qué clase de gente eran esos jauntxos? ¿En qué mundo vivían cultural e intelectualmente? La cultura de esos jauntxos –tener cultura, al menos, parece importante– llegaba casi hasta ser *enterado*, no mucho más, en el mejor de los casos. Parece que Don Antonio de Oquendo inició sus estudios siendo joven, pero *descubrió aun no auiendo acabado la grammatica, mas inclinacion a las armas, que à las letras; y assi pidió cessase el cuidado de enseñarselas.* Para los dieciséis años ya estaba en el ejército, en Nápoles. Luego, en fin, durante toda su vida lamentó no haber cursado estudios, porque como muy bien dice Séneca, *con la ciencia se da entero cumplimiento à la felicidad humana*, y también lo dijo Isócrates, etc. Así lo expuso su hijo.

Más en profundidad, o en absoluta profundidad, el problema no parece que sea de la literatura, sino de la sociedad y de la cultura (en el sentido más amplio) que en ese momento se aprecia en Euskal Herria. Es decir, más que textos, lo que aquí ha faltado es un espíritu renacentista.

Especialmente en los nuevos tiempos el pensamiento ha continuado anclado en el pasado, siempre bajo la pesada carga de la Edad Media o, como máximo, enredado entre la Modernidad y la Edad Antigua.

A la hora de tener que investigar el espíritu de la época no parece mala esa casta de los Oquendo (de la misma manera se podía escoger otra cualquiera: la de los Garibai, por ejemplo: eso es lo que ha hecho Caro Baroja). Es bastante insustancial pero, leyéndolo, aporta datos ese espejo ingenuo de una ideología estúpida: *El héroe cántabro: Vida del Señor Don Antonio de Oquendo. Por el General Don Miguel de Oquendo, Cauallero del Abito de Santiago, y Señor de las Casas de Oquendo, y San Millan. Éste es el hijo. En Toledo, 1666.* Y también éste ha cultivado las armas antes que las letras. Pero tras sufrir un absoluto fracaso en la mar, tras naufragarle todas las naves y no sé cuántas calamidades más, se retiró a casa y se refugió en la lectura de temas de provecho (“en una deliciosa quinta”, según el tópico renacentista). (Pero el ofrecimiento, al principio del libro, que dedica a Gipuzkoa, lo firma en Madrid, a mayor gloria). Letrado, pues. Este Don Miguel dice que los buenos libros son amigos, demostrando que él posee una ilustración que llega hasta el extremo de conocer el tópico de Petrarca: “Compañeros, que sin enfadar deleitan, y enseñan”. Tampoco falta la comparación entre el caserío y la Corte. Y citas de Séneca, de Cicerón, leídas por aquí y por allí. Pensamientos venerables de Trajano y César en los lugares precisos. La historia es narrada —o simula ser narrada— con un alto sentido filosófico, insertando prudentes sentencias entre los diversos acontecimientos. Se lucen con gran seriedad las más vanas figuras retóricas (“Conozco la cortedad de mi ingenio, siendo digno de la elocuencia de vn Tito Livio, de vn Tacito, o de vn Valerio”). En una palabra, se amagan todas las destrezas renacentistas. Una única pega: a fin de cuentas es penoso, a pesar de todos esos recursos, lo mal que se consigue disimular, incluso con tonos heroicos, la vulgaridad del honor mercantilista y el engrimiento de esa cobardica clase de jauntxos.

De cualquier manera, el hijo no se ha quedado sin hacer todo lo posible del modo que sabía (tampoco lo sabía hacer muy bien) para dejar a su padre hecho un Escipión, un Pompeio o un Paulo Emilio, incluso mejor todos ellos, si es preciso. Puesto que en su padre, según parece, “se hallaron juntos el valor, prudencia y constancia de los antiguos, y modernos

Capitanes, y últimamente fue el crédito de las armas navales de su tiempo, y el terror, y el espanto de las Naciones enemigas”. Ese prohombre libró contra los holandeses “dos batallas de las mas sangrientas, y reñidas que han visto nuestros tiempos”. El héroe, el tigre de las batallas es Oquendo. Bueno, hábil, noble, lo que sea, lo que haga falta: siempre comienza con la suerte adversa pero siempre finaliza triunfante. Por el contrario, la valentía de los holandeses esconde vil “bizarria hipocrita”, que con el fuego de los cañones y la mosquetería de su nave abrasaba (“villanamente”) a Oquendo. No sólo: además, los holandeses siempre llevaban más gente, más barcos, más artillería, mejor, mayor. De ese modo, claro, “solo el Valor Español [con mayúsculas] podía suplir tan gran desigualdad”. Esto último está de sobra, porque Oquendo siempre sale vencedor, incluso, como en la batalla naval de Duins, contra ciento catorce buques holandeses, sólo con veintiún barquitos españoles de nada, por ejemplo. Ya contamos este pasaje. Como es lógico, “desto se le hizo despues cargo al General Olandes por los Estados: à que respondiò que la Capitana Real de España con Don Antonio de Oquendo dentro, era inuencible”.

Tan excepcionales hazañas debían de ser fruto de una naturaleza extraordinaria. Una vez muerto se pudo comprobar que el tal Oquendo no era un vulgar cadáver: “aun muertos los hombres insignes, tienen señales que los acrediten, diferenciándolos de los demas, auiendo abierto el cuerpo del Señor Don Antonio para embalsamarle (...), le hallaron en la punta del coraçon tres cerdas gruesas, credito sin duda de su valor”.

También la mitología eusko-renacentista tiene su rinconcito. Oquendo era muy euzkotarra. Muy gipuzkoarra, mejor dicho: “sin tener gota de sangre que no sea Guipuzcoana”. Somos conscientes de la importancia que esto tiene. Y es que estas Provincias (“y Montañas de Navarra”) “han conservado en si intactas la sangre, y el origen de sus primeros pobladores despues del dilubio, sin haber admitido jamas mezcla de otras Naciones”. Para los jauntxos guipuzcoanos siempre sobresale Gipuzkoa, particularmente. “Siempre Guipuzcoa ha sido origen de grandes y esforçados Varones”. Gipuzkoa es primordial en aquellas “inauditas hazañas de los Cantablos” contra los romanos: Garibai adivinó que el punto logístico de aquellas batallas estaba aquí y, por supuesto, para Oquendo hijo ya no cabe duda, ya que “la parte principal de la Cantabria, que se

opuso a los Romanos Exercitos, siendo indubitable que las Montañas de Guipuzcoa merecieron esta gloria". Todo es gloria, honor, orgullo.

Otra gloria, honor, orgullo, es el servicio al Príncipe, en el concepto del jauntxo: "los seruicios que despues que se vniò Guipuzcoa à Castilla, ha hecho a sus Principes, son innumerables, continuandolos sin interualo alguno, siendo sus esquadras el neruio principal en todos tiempos de la Armada del oceano (...) No ha auido año en que aya dexado de dar testimonios al Mundo de su fidelidad, y amor à su Principe, acudiendole en los mayores empeños, con donatiuos copiosos, no soldados para sus exercitos, y Marineros para sus Armadas. El daño que han sentido los enemigos desta Corona de sus vaxeles, es indecible". También el guipuzcoano Almirante Oquendo ha seguido esta tradición de fidelidad: "quien siempre antepuso el seruicio de su Principe à sus propias comodidades".

La moral de esta clase de jauntxos es la del honor, homérica. No es la de la prudencia, por poner un ejemplo, la del término medio. ¡Ni hablar! A un compañero que le aconsejó que, ante tal cantidad de enemigos, era mejor que entrase a puerto, "pues juzgaua por imposible, que pudiesse resistir a tan desigual fuerça, à que respondiè con enojo, que hasta entonces, jamas el enemigo le auia visto las espaldas, y que no permitiese Dios, que con una mancha tan grande menoscabasse su reputacion". En buena ley, no puede faltar un ardoroso discurso que disponga para el combate a los aterrados soldados; así les harenga: "Retirarnos no puede ser uiuiendo yo; rendirnos, y perder las libertades es de bestias; dexar que nos la quiten de cobardes; quien por viuir se queda sin reputacion es esclauo, y no merece que la esclauitud no merece el nombre de vida (...); quien no vee la hermosura que tiene el perder la vida, por no perder la honra, ni tiene honra ni vida. Si Dios fuere seruido que en esta ocasion la perdamos, moriremos en defensa de la Religion Catolica, contra tan implacables enemigos de ella, por el credito de nuestro Principe, y por la reputacion de nuestra Naciòn (...). Y assi no os espante el numero, que quantos mas fueren, tendremos mas testigos de nuestra gloria. Santiago, y a ellos". Entonces Oquendo hijo, con intención de honrar tal padre, añade: "Morir con credito, es coronar todas las acciones de la vida, y morir sin èl es no auer viuido".

El modelo moral e imperial es siempre Roma. *El héroe cántabro* (preñado de perlas bastante baratas de la literatura latina, como exigía el guión) se ha inspirado en los maestros y modelos de allí, en los Emperadores y Príncipes justos, en hazañas heroicas y en grandes capitanes humildes. “Sacaua Roma para sus desempeños, en los mayores ahogos, del arado Consules que la gouernassen, y Capitanes que la defendiessen; mostrandose aquellos grandes hombres tan poco ambiciosos en sus empleos, que acauando el tiempo en que se juzgaron necesarios a su Republica, boluian a cultivar sus heredades”. Fíjese cómo surgen excelentes servidores de la cosa pública...

Francamente bien todo eso (en los modos, imitación –caricatura– del Renacimiento). Lo único, que en la comedia de Oquendo se le “pillan” dos puntos graves en contradicción con lo dicho.

Todo parece indicar que se actúa por el honor: se sufren los sufrimientos, se penan las penas, se sobrellevan toda suerte de disgustos del espíritu y heridas de la carne con resignación y firmeza. (“Los trabajos sin duda fortalecen el animo; y de la manera que los arboles –no sé yo si se ha olvidado de algún tópico– combatidos de los vientos echan más profundas raizes, assi los grandes hombres se arraigan mas en la virtud, impelidos algunas vezes de los vientos de la aduersidad”)... O sea que, al parecer, todo se hace por cumplir la obligación, desinteresadamente, con gran magnanimidad y generosidad. Como religiosamente. En esta ideología todo se conjunta, todo se une: el honor, el servicio al Príncipe y la defensa de la Fe. (Tampoco la Fe –o la religión– es igual, siempre y en toda ocasión: “tridentinos” no son sólo los escritores vascos de esta época. Es más: ellos son tal vez los menos tridentinos, menos que cualquier jauntxo imperial). Por la Fe se hacen guerras y conquistas, y los negocios; o, es igual, por el Príncipe, o por la Nación. Siempre por el honor. No se cita ninguna otra clase de premio. El honor es suficiente recompensa, seguramente.

Es decir, suculentos beneficios y ganancias, cuando no faltan los otros. Y si faltan, ¡ay de ti!, bajan los orgullos, flaquean las fuerzas, ideas e ideales se marchitan un poco, el honor no parece tan magnífica virtud como antes. Entonces Oquendo hijo recuerda que Roma recompensa los méritos. “Tenia entonces el valor ne los exercitos (...) la recompensa

deuida à los trabajos adquiridos, siendo los Romanos tan eficazes en la obseruancia de la justicia distributiua, que sola esta virtud les assegurò su duraciòn. En aquel tiempo buscaua el premio a la virtud; no la inteligencia, y maña al premio”. Los Oquendo no han sido recompensados como merecían —o esperaban—. Tras el tono ideológico del discurso se advierte el desengaño y el resentimiento de los verdaderos intereses de clase y personales. En lugar de la ciega veneración, se ensayan ciertas reflexiones críticas acerca del gobierno: “No ay mayor mal en un Republica, que el que la gobierna estè dominado de alguna vehemente passion, y que la razon no tenga el lugar que merece, atropellando con el poder el derecho, y las leyes”. Tan importante como hacer méritos será que el Príncipe tenga conocimiento de ellos: “Los seruicios que se hazen à los Principes, pocas, ò ninguna vez llegan à sus oidos, si el arcaduz por donde deue caminar su noticia, se les cierra: importa más saberle grangear para medrar, que muchos años de fatigas”... Ahí está, ¡todo un Quijote relleno de Sancho! (Porque aquí se entrevé otra moral distinta a la del honor). La temprana vida del héroe cántabro comienza bonitamente, citando a Plutarco y compañía. El fin, en cambio, es éste: “El Señor Don Antonio fue desgraciado en auer tenido por emulos los que podian engrandecerle, auiendo quedado su casa sola en estos Reynos sin participar de la grandeza, y liberalidad de sus Principes, aunque con la gloria de auer merecido lo que no acertò à conseguir”. Iluminada frase para final de libro.

Segundo: este aparente caballero andante del honor, según su retórica, por una parte era verdaderamente un cruzado y, por otra, un codicioso mercader. Pero luego, en su hora final, muere como un monje medieval. Mientras imploraba que le dieran agua, ardiendo de fiebre, los médicos se la negaban reiteradamente. Al final, ya que no había nada que hacer, le permitieron beber. Tomó el vaso en sus manos y, viendo que podía hacer un sacrificio, se lo ofreció a Dios — como un nuevo David — y derramó el agua al suelo. “No le quedaua al Señor Don Antonio que vencer sino à si mismo, que es la mayor vitoria”. Tomó devotamente los sacramentos y sumióse en el silencio. No pronunció más palabras. Era día de Corpus Christi, a Dios gracias, y cuando llegó la procesión a la puerta de su casa “le entregò aquel espiritu, que en defensa de su Santa Fè tantas vezes empeñò”.

He ahí, pues, el Renacimiento vasco: un Renacimiento que no ha llegado a ser tal. Que no concluyó la ruptura con la Edad Media. Que no ha creado ninguna cultura moderna ni sociedad moderna. Porque para eso no basta con una cuadrilla de curas, si las clases principales, las idóneas, han dado la espalda a la cultura vasca. Los que han hecho, han hecho. Los demás...

Ésa es la cuestión: las clases que *faltan* en la literatura –cultura– vasca. Las épocas. Los mundos. Porque falta no sólo sentido de la lengua, sino sentido renacentista en general: de la cultura y de la vida. En cierto modo, falta el Renacimiento en sí. (Hemos sido españoles). Nuestra clase principal ha funcionado, culturalmente, fuera de tiempo y fuera de lugar. Sólo ha sido temporal y espacialmente coherente en sus ambiciones materiales: en lo referente a la Corte. Florencia, Ferrara, Pisa... han hecho su vida mirándose a sí mismas: Euskal Herria, no. Bueno: los jauntxos euskaldunes, no.

El “humanismo” de esta clase de jauntxos ha sido el servicio a sus intereses de clase. Y estos intereses, en aquel momento, les demandaban “incorporarse a la Corona”.

Esta clase ha hecho muchos esfuerzos en borrar toda desigualdad con su clase gemela castellana, para acallar los conflictos y asegurar su posición. Al jauntxo lo que es del jauntxo.

El euskaltzale Etxeberri de Sara nos narra este cuento: en cierta ocasión, al Emperador Spartiano Severo le fue a visitar su hermana, pero hablaba tan mal en latín que Spartiano quedó avergonzado. “Para quitarse aquella vergüenza de sus ojos, ordenó que al hijo le dieran vestidos de consejero, o el propio cargo, y a su hermana abundantes prebendas y grandes joyas y, despidiéndolos así, los envió a su pueblo”.

Y comenta Joanes Etxeberri:

Así convendría actualmente enviar del pueblo y perder de vista a semejantes euskaldunes vergonzantes. OPINO QUE SE ENCONTRARÍAN ALGUNOS QUE SE IRÍAN DE GRADO, SI SE HALLASE ALGÚN DONANTE DE CARGOS Y DE REGALOS...

LA VIEJA EUSKAL HERRIA Y LOS NUEVOS TIEMPOS

No pretendemos hacer aquí la historia política o socio-económica de los siglos XVI y XVII —actualmente, esto es lo que más se usa—, sino escarbar un poquito en el ambiente cultural de entonces. Necesariamente, habremos de hacer algunas anotaciones, porque una de las principales características de una cultura es la opinión y la conciencia que la sociedad tiene de sí misma: y la opinión y la conciencia que la sociedad tiene de sí misma es, en cierta medida e indefectiblemente, política.

En la conciencia de la sociedad euskaldun hay niveles y modos, por supuesto, y aspectos diferentes. La conciencia del euskera, por ejemplo, es común: pero apologistas y escritores la han sentido y desarrollado de maneras muy diversas, como veíamos. Y es vista de forma muy diferente según se trate de la gente sencilla o de los jauntxos. Para algunos no es más que uno de los rasgos de Euskal Herria. Para otros el euskera “es el que construye el pueblo”, no una simple muestra o una señal externa. “Ese es euskaldun” seguía llamándose al artífice del pueblo. Y por tal se entendía. El jauntxo Garibai podía convertir a su señor Felipe II en “miembro de la tribu de los vascos”; no lo podía hacer euskaldun.

También la de la independencia es conciencia común. Actualmente es farragoso, problemático, mencionar la “independencia vasca”. Esto es consecuencia de la pérdida de conciencia. Antes, hasta muy avanzado el siglo XIX, se solía hablar con toda naturalidad de la independencia y de la soberanía, de la autonomía de los pueblos vascos. A nadie tiene por qué extrañar que esta conciencia, además de tener su base histórica y po-

qué extrañar que esta conciencia, además de tener su base histórica y política, tenía también cierto halo mítico: la conciencia de colectividad de españoles, franceses o ingleses de la misma época –todavía no la llamaremos conciencia nacional– no se ha pertrechado y adornado con menos mitos.

La realidad es esa: los euskaldunes poseían plena conciencia de su independencia. A comienzos del siglo XIX, el vizcaino Joan Antonio Zamakola podía citar con toda naturalidad *la independencia absoluta con que siempre se habían gobernado los bizcaynos bajo la protección de los emperadores romanos y de los reyes de España*.

Txaho, no podía ser menos, no para de hablarnos de independencia. Y algunos creen que Txaho era un pionero y un precursor en eso. Un temprano guía de los abertzales posteriores. A mí no me lo parece así. Al contrario, más bien: en eso, al menos, Txaho es un tradicionalista que ha enarbolado o empuñado firmemente una tradición a punto de extinguirse. Lo que ocurre es que Txaho da ya a la independencia un sentido moderno. Al margen de otros complementos místicos.

También Zamakola hablaba de *nación vasca*, tranquilamente. Como lo hubiera dicho cualquier español clásico, porque siempre se ha solido decir así. Pero Zamakola publicó en 1818 su *Historia de las Naciones vascas* e, inmediatamente, la conciencia española se mostrará contraria a tolerar que la conciencia vasca se considere nación: en adelante deberemos decir País Vasco, región, Provincias Vascongadas, etc., pero de ninguna forma nación vasca. Nación es España; todas las demás (Euskadi, Catalunya, Gáliza) son regiones. Pero también eso es del siglo XIX: reservar el concepto de nación –al igual que el de independencia– para España, monopolizarlo.

Así como, a través de los siglos, se ha dado un recorte en los territorios vascos, también existe un progresivo cerco y acoso a la conciencia vasca. Últimamente, dudamos si será lícito considerar euskaldunes a los navarros... A este paso, únicamente se va a permitir ser euskaldunes a *Vasco de Gama* y compadres.

¡Por supuesto que *independencia*, *nación* y similares van transformando su significado a los largo de la historia! Como también van transformándose las respectivas realidades.

Pero quedémonos en nuestros siglos XVI y XVII. Entonces, tanto realidades como contenidos eran así: Los Reyes Católicos llamaban a Bizkaia solemnemente, el 19 de abril de 1491, *nación separada*. En 1506 se decidió en las Cortes de Burgos que los euskaldunes no podían intervenir en las Cortes de Castilla, porque eran *Estados separados*. Ésta es otra cuestión: hoy día le acusan a usted de ser “separatista”, como si fuera un execrable crimen. Pero los documentos antiguos (españoles) están repletos de citas de *Estados separados* y de *Naciones separadas*, refiriéndose a Euskal Herria. Y eso no lo hemos borrado nosotros.

Los euskaldunes, pues, tenían conciencia de su independencia; y también los españoles tenían conciencia de la independencia de los euskaldunes. La más importante expresión de la independencia, para aquellos euskaldunes, eran los Fueros; y, dentro de los Fueros, el *pase foral*. Para los extranjeros, idénticamente, la expresión más verdadera de la independencia vasca eran nuestros Fueros. El diplomático y consejero de los Reyes Católicos, Mosén Diego de Valera, lo ha explicado de esta manera: *E como los vizcaynos tenían antiguas leyes e costumbres que puedan desnaturarse del rey si atentare quebrantarlas...* etc. Es decir, los Fueros valían más que el Rey. Y si éste no respetaba los Fueros, los euskaldunes tenían el derecho de mandar al monarca a hacer puñetas. Por lo tanto, los Reyes católicos juraron respetar los Fueros de Vizcaya con toda fidelidad. Y el Fuero dice lo siguiente: *Otrosí, cualquiera carta que el Señor de Vizcaya diere contra fuero de Vizcaya, que sea obedecida y no cumplida*. ¿Qué hay de novedad en lo dicho por Larramendi? (Lo nuevo es que la tradición había quedado envejecida).

Así era en teoría. Y así lo era en la realidad. Pero menos.

En la realidad, con la llegada de la Modernidad, surge en conflicto de dos principios absolutos: de una parte, la soberanía de la Ley Foral y el valor absoluto; de otra, la facultad del Monarca, tal vez no en pura teoría, sino en la realidad, cada vez más absoluto; y, pronto, absoluto también en el plano teórico. Dos principios absolutos de autoridad no pueden convivir juntos. Uno de los dos ha de caer.

Pronto surgieron los conflictos. Pero para no alargarnos, únicamente contaré la llamada capitulación de Chinchilla.

Esos Reyes Católicos, tras jurar que respetarían los Fueros, decidieron asegurar su mandato para siempre, por encima de cualquier Fuero. Y es que no les parecía propia de Reyes esa obligación de dar explicaciones: el Rey está por encima de todos y por encima de todo, a nadie debe cuentas. Ése era su criterio. Tenían la Monarquía en gran consideración. Y entonces resolvieron solucionar el asunto de un plumazo. Por tanto, dieron la orden a la Junta de Bizkaia, prohibiendo definitiva y radicalmente

se juzgaran ni dieran por desaforadas las cartas de sus Altezas, queriendo juzgar é determinar los súbditos sobre el juicio de su rey é reina é señores naturales, so pena que cualesquier procuradores de juntas é sus jueces, é diputados que lo contrario hicieren, mueran por ello, é asimismo los letrados que tal consejo dieren y la parte que la tal carta presentare en la tal junta y pidiere que la den por desaforada; y el escribano que tal juicio o escritura signare o diere fe de ella, que pierda el oficio é le corten la mano (!).

Negras amenazas las de esos Muy Católicos Reyes, pero los vizcainos consiguieron salvar, de algún modo, la preeminencia de su ley.

Es comprensible aún. El Rey Católico maquinaba grandes planes; no menores, según parece, la Reina Isabel: conquistar Granada, conquistar Navarra... Y necesitaban Bizkaia. Precisaban hierro y barcos. Mejor era evitar conflictos inútiles. Además, posteriormente, le van a tocar en suerte unas magníficas Américas a la Corona castellana: tiene otros quehaceres, más oportunos que meterse en Bizkaia. Por ahora, los vizcainos tenían treinta y una de mano. Y, en este juego, tener treinta y una de mano significa ganar. Pero, ¿cuántas veces le toca a uno tener treinta y una y ser mano, a la vez, en el juego político?

Así entramos en el siglo XVI. En adelante no faltarán conflictos y reueltas. Avanzando hasta el siglo XVII, Felipe IV declarará la autonomía de los Fueros de Álava, tras varias reyertas:

Que siendo la dicha Provincia libre, no reconociese superior en lo temporal y gobernándose por sus propios Fueros y leyes, se entregó de su voluntad al señor rey Don Alfonso XI con ciertas condiciones y prerrogativas expresadas en la escritura que se otorgó del contrato recí-

proco...; y, desde entonces... aunque la dicha provincia ha estado y está incorporada en mi corona... se ha reputado por provincia separada del reino... porque de todo es libre y exenta, así como lo son el mi Señorío de Vizcaya y la mi Provincia de Guipúzcoa.

Desde el momento en que ingresamos en el siglo XVIII, continuamente habrá problemas con los Fueros. Felipe V no quiso aprobar los Fueros de Gipuzkoa, sino añadiendo la siguiente declaración: que aceptaba y aprobaba los Fueros, *sin perjuicio de nuestra Corona Real, ni de tercero*. El lector y la lectora fácilmente pueden adivinar que, inmediatamente después de esto viene aquéllo de 1839: *sin perjuicio de la unidad constitucional de la Monarquía: la destrucción de los Fueros*.

Los Fueros pudieron ser salvados. ¿Salvados? El tiempo lo dirá. Si los euskaldunes han podido salvar su “independencia” a lo largo de los siglos XVI y XVII pero más tarde no la podrán conservar, las causas de la destrucción se hallan, precisamente, en estos dos siglos: XVI y XVII.

Sólo si consideramos como sinónimos absolutos independencia y Fueros podremos decir que los euskaldunes salvaron su independencia. De otro modo, si por independencia entendemos algo más, debemos confesar que ha sobrevivido una independencia que no es económica, ni social, ni política, ni cultural, ni religiosa, ni lingüística. Por tanto, yo diría que, efectivamente, se salvaron los Fueros. Pero no la independencia.

Los jauntxos de aquí, los prohombres, copiando en todo modos y maneras de los españoles, como les acusaba Larramendi con desprecio, se han convertido en verdaderos jauntxos cortesanos españoles. Y, verdaderamente, los Fueros van a transformarse (para ellos) en meros privilegios, en lugar de ser leyes especiales de un pueblo especial: porque ni se sienten pueblo especial, ni lo quieren ser. Eso es precisamente lo de ninguna manera desean: ser especiales. No tienen otra pretensión que ser *iguales* a los castellanos, aparte de sus privilegios –los Fueros–.

Los Fueros de esos jauntxos, por lo tanto, son sus privilegios propios: la independencia de esos jauntxos no consiste sino en mantener sus propios privilegios. Teniendo en cuenta todo esto, los jauntxos harán una particular defensa de los Fueros, muy su manera: pero apenas defende-

rán la Independencia. A pesar de que, aún, citarán a gusto la independencia de los euskaldunes, en boca de los jauntxos tales conceptos han perdido todo su contenido y sustancia.

Euskal Herria, en comparación con otros países, se está deshaciendo durante estos siglos XVI y XVII. Mientras los pueblos circundantes se están constituyendo en sociedades políticas bien asentadas, garantizadas, nosotros perdemos Navarra, perdemos incluso la unidad eclesiástica, no conocemos sino luchas, jaleos y peleas entre diversos pueblos, cada provincia tira por su lado, no creamos una moderna cultura vasca, hemos vivido deseando integrarnos por cualquier método en la Corona; como pueblo que somos, no hemos hecho absolutamente nada por impulsar el carácter de pueblo, todo lo que hemos hecho ha servido para marchitar esa identidad. Sin unidad, sin fuerza, sin cultura moderna, este desdichado pueblo habrá de defender sus Fueros y su independencia. Y, claro, le será imposible.

No se trata de una película de buenos y malos. Siempre hemos dicho, y lo repetiremos, que ésta no es la historia de Caperucita y el lobo. Por una parte, ciertamente, la antigua y tradicional tendencia política expansiva de España es ocupar Euskal Herria. Pero, por la otra parte, es innegable el interés de un sector de Euskal Herria —dejamos Navarra al margen— por integrarse en España, en la Edad Moderna, al menos. Ambas partes son de tener en cuenta.

No nos interesa ahora recalcar cuántos vínculos económicos y políticos han mantenido unidas a España y Euskal Herria durante estos últimos siglos, inmersas ambas en las grandes empresas de la Corona. Cuántas clases de independencia hemos perdido en estos siglos en Euskal Herria. Teniendo en cuenta únicamente el aspecto cultural, veremos hasta qué punto se ha degradado Euskal Herria, cuánto ha olvidado, cómo se ha deteriorado, por culpa de su desidia y del ataque expansivo de la otra. Cómo ha perdido toda su independencia cultura y espiritual. Euskal Herria se ha convertido en un garabato, en un boceto de sociedad. Vea, pues, qué consecuencias puede traer esta ruinosa realidad, cuando comiencen los ataques sistemáticos de la autoridad central contra la independencia de los euskaldunes.

Euskal Herria estaba preparada para lo peor que podía temer, de cara a los nuevos tiempos. El Rey –y, con él, la política españolizante, asimiladora– podrá asegurar de mil maneras su autoridad e influencia en Euskal Herria, socavando y minando la independencia foral. Al final, el ataque frontal.

GU GERA MILA PROBINTZI⁷

Como dijo el otro, Euskal Herria sólo es una en el aspecto policial.

La administración actual no reconoce otra unidad de Euskal Herria, es decir, no reconoce otra Euskal Herria, sino la que engloba la organización policial. José Luis Lizundia denunciaba, indignado, en *Zeruko Argia*:

Si tuviéramos que citar una constante (en la estructura de la administración actual), tendríamos que referirnos a la falta crónica de unidad de Euskal Herria. Ni eclesiásticamente, ni en cuanto a distrito universitario, ni en lo que respecta a administración judicial: Hego Euskal Herria no es una, carece de unidad.

Eclesiásticamente, estamos divididos en archidiócesis: Bizkaia y Álava en el distrito de Burgos y Gipuzkoa y Navarra en el de Pamplona.

Por distritos universitarios, Bizkaia corresponde a Bilbao. Álava y Gipuzkoa, al dominio de Valladolid. Navarra, adjunta al de Zaragoza.

En lo referente a administración judicial, Bizkaia y Álava pertenecen a Burgos y Gipuzkoa y Navarra al de Pamplona.

⁷ El autor parafrasea al bertsolari Xenpelar en la celeberrima composición "Iya gu-riak egin du", cuya séptima estrofa (no menos célebre y cantada por varias generaciones) dice así: "Gu gera iru probintzi, lengo legerik ez utzi; / oiери firme eutsi, naiz anka bana autsi; / jaioko dira berriyak, gu gera euskal erriyak!". Del "iru probintzi" original, la versión popular abertzale moderna prefirió adoptar "zazpi probintzi", más acorde con las reivindicaciones políticas actuales.

El título del capítulo equivaldría a "somos un montón de provincias".

Podría continuar Lizundia: Álava y Navarra con sus "Estatutos" o Conciertos; Gipuzkoa y Bizkaia, sin nada, etc.

Para la administración no existe Euskal Herria. Ni tampoco hay *Provincias Vascongadas*.

Pero la ausencia de unidad de Euskal Herria no es sólo una constante de la actual administración: es una constante de la historia vasca. Las cosas están mal, pero nosotros no podemos exculparnos totalmente. No sin razón se decía que somos un pueblo sin un único nombre: euskaldunak, Heuskaldunak, eskualdunak, eskaldunak, üskaldünak.

Es, en efecto, bien extraño que la desgraciada nación vasca haya sido tan desgarrada que se halle uno perplejo cuando quiere darle un nombre general. No hay, en efecto, ninguno que usen unánimemente los Franceses, Españoles y Alemanes (G. de Humboldt).

(De todos modos, tampoco los alemanes nos han sacado mucha ventaja en eso: Deutsche, Tedeschi, German, Allemand).

No vamos a citar los diferentes dialectos del euskera, aunque algo más abajo los tengamos que repasar: *todo el mundo sabe que en Euskal Herria casi de una casa a otra varía notablemente la expresión* (Leizarraga). Tampoco vamos a decir que Ipar Euskal Herria y Hego Euskal Herria están divididas en dos Estados. Mejor es que olvidemos aquellos *Irurac bat* (las tres en una) y *Vasco-Navaros* de marras, las guerras fratricidas que a partir del siglo XIX hemos mantenido, etc.

Kanpion ha advertido una diferencia:

En Nabarra se observa un fenómeno tan notable como difícil de explicar. Únicamente existen caseríos en la vertiente oceánica de los montes: la divisoria de aguas es estrictamente la divisoria de los modos de poblar: al norte, dispersa (sólo en parte, ahora); al sur, conglomerada (sin excepción). Esta extraña ley la comprueban Bizkaya, Gipuzkoa, Labourd, Nabarra de Ultrapuertos, Soule, países oceánicos; Alaba, país mediterráneo como la mayor extensión de la Alta Nabarra. No son la raza, ni las producciones, ni la naturaleza del terreno las causas de ello, pues diferencias de este género no es posible alegarlas en aquellos territorios limítrofes perfectamente iguales. Compárese, por ejemplo, Alsasua y Ze-

gama, Lanz y Almandoz, Espinal y Valcarlos, etc. etc. Estos pueblos, ¿en qué se distinguen unos de otros? En nada, si exceptuamos el modo de habitar... La divisoria de las aguas marca un antiqüísimo hito de influencia mediterránea, y acaso del avance étnico meridional. Los baskos de la vertiente sur cayeron más tempranera y completamente dentro de la órbita de la cultura clásica, de la civilización cuyo origen y desarrollo se sitúa en las orillas del Mar Interior.

Al margen de diferencias meteorológicas y edafológicas —existen también otras— están las históricas. Irujo divide en tres partes Euskal Herria: *Euzkadi podría reputarse dividida en tres zonas diversas, la euskaldun, la erderizada y la irredenta*. A pesar de que Irujo se refiere a Hego Euskal Herria, básicamente puede valer para todo el territorio, ampliándolo algo más:

Puede reputarse aquel solar, dividido en tres franjas territoriales, de la costa hacia el interior, a partir de las playas del Golfo de Vizcaya: la primera, constituida por Vizcaya, Guipúzcoa, una porción de Álava y el Norte de Navarra, conserva hoy su conciencia vasca y el euskera; podríamos denominarla zona euskeldun. La segunda, integrada por el resto de Alava y el Sur de Navarra, forma parte de Euzkadi, pero ha perdido su idioma; es la zona erderizada. La tercera, con Jaca, Rioja, Bureba y Vardulia, fue absorbida por Aragón y Castilla, ha perdido la conciencia racial y el idioma; sólo nos es dado llamarla, desde el punto de vista vasco, zona irredenta.

También se podrían alegar otras diferencias de índole histórico-política: Navarra, monárquica; Bizkaia, Señorío; anteiglesias y villas, etc.

O económicas: zona norte pesca y comercio; montaña, ganadería, pastos; llanada, agricultura, labrantío, etc.

En la actualidad se perfilan otras diferencias. Un grupo socialista actual, por ejemplo, diferencia entre la Euskadi central (Bizkaia y Gipuzkoa) y la Euskadi periférica, introduciendo en ésta a Navarra, Álava y Margen Izquierda del Ibaizabal. Según la conciencia política abertzale, sin duda alguna.

Hay diferencias y grandes diferencias. Y si las diferencias son grandes de por sí, mayores aún son los problemas que aquéllas nos suponen.

Para algunos, al fin y a la postre, no existen más que diferencias, no hay ni un ápice de unidad. Enseguida le dirán a usted: Euskal Herria jamás ha sido una, “la unidad de un pueblo es una ficción literaria”, “el pueblo no es uno”. Naturalmente que no, que (salvo en un corto período histórico) ha carecido y carece de una unidad de ésas que se construyen de arriba a abajo. Lo que sucede es que esa unidad solamente la confiere el Estado o la Autoridad común. Quienes más estiman todas esas diferencias históricas y culturales nuestras y quienes afirman que jamás ha habido una unidad vasca suelen ser, generalmente, los que de repente se levantan contra lo “diferencial”, cuando un abertzale cita alguna peculiaridad vasca (el “estructuralismo” es diferencial, como el aranismo)... Claro. Para esos Nájera no es Euskal Herria. Tudela, en dudas. Pero Gibraltar es España y Ceuta también. Y Boabdil era árabe, pero Carlos V español de pura cepa...

Éste es un grave problema que lo hemos tenido desde siempre y lo tenemos de nuevo en la política: dicen que Navarra no es ni jamás ha sido Euskadi. Navarra tiene tradiciones “peculiares”. Otros desean que cada Provincia haga su Concierto Económico por su cuenta, porque ni siquiera las tres provincias son una cosa (¡qué decir de las cuatro de Hegoalde!). A algunos les parece absurdo tomar en cuenta a Ipar Euskal Herria, porque aquello es otra “nación” (y las naciones surgían en la época burguesa). Etcétera, etcétera.

Es una vieja cuestión. Resucita Balparda por la derecha y por la izquierda... Quienes siempre han estado denunciando el particularismo y el ansia de singularidad de los nacionalistas son los mismos que ahora nos vienen con las tradiciones, los Fueros, las historias, histerias y misterios peculiares de cada Provincia. ¡Vaya, quién es el particularista!. Efectivamente, en cuanto a España, no hay manera de ser particularistas; pero precisamente ese universalismo español ordena ser lo más particularista posible en lo que respecta a las provincias vascas. Será por aquello de la ley de compensación, tal vez.

En 1924, el Dictador Primo de Rivera solicitó un proyecto de Estatuto, *para examinarlo y otorgarlo, después de repararlo y autorizarlo*. La Diputación de Bizkaia se mostró altiva e irascible: *Jamás en la historia han formado las Provincias Vascongadas una región*. Y resolvió lo siguiente:

Nada más contrario a la significación tradicional de Vizcaya y a sus actuales conveniencias morales y materiales, que el intento de englobarla en una región creada a expensas de...

Y nos quedamos sin Estatuto. En aquella Diputación de Bizkaia mandaba la Liga Monárquica. Y como Euskal Herria jamás ha sido una y por ello jamás debe ser una, porque quien jamás ha sido jamás ha tenido, pues, entonces... la Liga Monárquica boicoteó asimismo un proyecto de Universidad Vasca e incluso pretendía no subvencionar a la "Sociedad de Estudios Vascos", etc., etc.

Después vino la Segunda República española. Un Decreto del Gobierno dado, al parecer, en 1931 por el socialista Prieto, asumía las preocupaciones de la Liga Monárquica acerca de las muy particularísimas tradiciones de cada Provincia: *... si esa autonomía ha de legalizarse en un Estatuto uniforme para las tres Provincias Vascongadas y Navarra o si, por el contrario, se articulará en un Estatuto por cada provincia, respondiendo así al régimen tradicional...* Todo ese respeto hacia las peculiaridades y tradiciones vascas no era más que una excusa, obviamente, para retrasar los trámites.

Para abolir los Fueros, sin embargo, no hubo tanto problema. De un solo tiro se mataron todos los pájaros. Pero eso no es tradición vasca. Sino española.

En 1933 los socialistas y los republicanos estaban de acuerdo en otorgar un solo Estatuto a toda Euskal Herria Sur. Se han olvidado los particularismos. Pero ahora es el turno de los radical-socialistas y de los carlistas: proclaman la peculiaridad de Navarra y no hay manera de salir del atascadero.

Si el Estatuto no puede ser para las cuatro, que sea para tres provincias, al menos. Prieto es quien ahora se ha alzado y apremia para que, olvidando nuestros particularismos, organicemos entre todos un solo Estado. Se recurre a la votación: las Juntas Tradicionalistas, tras criticar el Estatuto, acuerdan dejar libertad de voto; la Federación Socialista de Vizcaya y los radical-socialistas han dado la consigna de abstenerse...

En 1935, ganadas las elecciones en las tres provincias vascongadas, el

proyecto debía ser discutido en el Parlamento: y he aquí que se yergue Oriol tratando de salvar la peculiaridad de Álava... A aquellos monárquicos de derechas se les arrimaron los socialistas (PSOE) y los radical-socialistas, proponiendo que en Álava se hiciera una nueva votación especial. Los comunistas, por el contrario, reconocen a la nación vasca y salen en favor de los abertzales, exigiendo al mismo tiempo "libertad para todos los otros pueblos (Marruecos, Catalunya y Galiza) que el imperialismo español oprime". Palabras y más palabras, pero el asunto se archiva de nuevo. Allí descansará en polvorienta paz, hasta que sea despertado por la conflagración.

Las peculiaridades y particularidades de las provincias vascas son uno de los sagrados y profundos misterios que en política crean toda suerte de milagros. El problema vasco es una varita mágica que provoca efectos asombrosos. Es muy curioso cómo se transfiguran las ideologías ante este problema: a los monárquicos liberales, que antes se han ocupado poquísimos de los Fueros, se les llena ahora la boca de ellos, para reclamarlos, puesto que lo que quieren no es el Estatuto, sino los Fueros (?). Los carlistas se juntan con los mismísimos fascistas. Y lea este argumento sobre la unidad de clases: *Hoy un obrero vasco se siente más hermano del obrero madrileño que del patrono vasco; hoy el vínculo de la clase social es superior al vínculo territorial que vosotros hipertrofiáis... El que eso dice no es un comunista, no: es Calvo Sotelo. Quien en aquel momento habla en nombre del reducidísimo Partido Comunista se ha levantado, aprobando no sólo la lucha abertzale sino también exigiendo un único frente abertzale-social (todo un KAS, ¿no?):*

El pueblo laborioso de Vasconia que, lógicamente, lucha por su emancipación del Estatuto imperialista central, si la quiere conseguir tiene que combatir, a su vez, contra la propia burguesía y la única forma que tiene para ello, consiste en constituirse en Comités de Liberación Nacional y Social, ya que el pueblo vasco no aspira sólo a emanciparse del imperialismo central, sino también socialmente. Estos Comités de Liberación Nacional y Social, A BASE DE FRENTE ÚNICO (*rumores*), tienen que unir a su labor constante para lograr sus reivindicaciones económicas la lucha por su emancipación nacional...

Eso lo dijo un comunista de una época. Después, el río comunista ha llevado mucha agua comunista. Y poca agua vasca.

Estas curiosas historias y otras más pueden leerse en el libro *El Estatuto Vasco*, de J.M. Castells.

En 1936, guerra. Luego, Dictadura. Y después, las primeras trifulcas y los consiguientes dimes y diretes.

Y nosotros seguimos teniendo grandes problemas con nuestra particularidad.

Gu gara mila probintzi
lengo legerik ez utzi
oieri firme eutsi⁸,

tendría que cantar Xenpelar. Tranquilo, nos romperemos una pierna y las dos, si hace falta, intentando aferrarnos firmemente al pasado, a lo que se fue, sin perspectivas.

Porque sin unidad, nada nuevo ni viejo vamos a conseguir.

Ahora no nos interesa hacer la historia de la ausencia crónica de unidad de los euskaldunes. Únicamente queremos apuntar que ese aspecto tan importante fue afirmado y garantizado en los siglos XVI-XVII.

Particularmente, porque Ipar Euskal Herria y Hego Euskal Herria quedaron divididas. La que peor quedó fue Navarra: Francia se llevó la sexta merindad (Nafarroa Beherea, Baja Navarra). También le faltan las que en el sur le arrebató Castilla. ¿Se habrá olvidado Navarra de esos brazos y piernas suyos?

Pero eso no es todo. Ya sabemos que al guipuzcoano San Ignacio lo lisió un cañonazo, durante la “defensa” de Pamplona: pues sí, fue en la conquista (que no “defensa”) de Navarra, cuando peleaba con las tropas españolas que conquistaron Navarra. Los guipuzcoanos no sentimos vergüenza de mostrar en el escudo de armas de la provincia un Rey me-

⁸ Somos muchísimas provincias; no abandonéis la ley anterior (los Fueros), aferráos firmemente a ella...

quetrefe y una docena de cañones⁹... ¡Ganados en Belate, nada menos, en la conquista de Navarra, como invasores! En Irun, en Hondarribia, se organizan aún esos insensatos alardes y se cree que se celebran hazañas contra los “franceses”... Es bastante pintoresca esta Gipuzkoa nuestra.

Es maja la historia de esos “franceses” que San Ignacio combatía y los irundarras derrotan anualmente en San Marcial. Historia expresiva, sobre todo, para ver las legitimidades y las ilegalidades de la conciencia vasca.

Vamos a continuar con Kanpion, buen maestro:

La rivalidad nacional que entre España y Francia ha existido fue causa de que muchos españoles hayan mirado de reojo la vida histórica de Nabarra, disgustándose por el sabor francés que muchas de las cosas de esa vida histórica presentaban al observador. Mas la influencia francesa se ha ejercido también en diversos períodos de la vida española común, marcándose en el desenvolvimiento de su cultura; pero porque circunstancias históricas inevitables, dada la naturaleza de las cosas, obraron no sólo sobre la vida cultural de Nabarra, sino también sobre su vida política, exteriorizada en las varias dinastías francesas que ocuparon el trono pirenaico, los españoles han alabado los actos de sus gobiernos encaminados a destruir la vida nacional nabarra, porque se les antojaba que esta era vida puramente francesa, ocultándoseles todas las divisas de una independencia nacional propia, a la cual Nabarra, como cualquier otro pueblo, tenía perfecto derecho.

(...) La primera acusación de afrancesamiento se produce con la supuesta oriundez francesa del primer monarca nabarro.

Dejando lo demás a un lado, dediquémonos a estudiar los avatares de la época en que Navarra perdió su independencia y posteriores.

La única que ayudó algo a Navarra en contra de la invasión de los españoles fue Francia. La excusa de Fernando para ocupar Navarra era

⁹ También el escudo de Gipuzkoa (como su nombre oficial) se ha simplificado: únicamente quedan en el unas ondas marinas y tres tejos (árbol que todo cuanto posee es venenoso, salvo los minúsculos frutos) N. del T.

hacer la guerra a Francia: invadió Navarra poniendo como subterfugio que tenía que pasar por ella. Como después Napoleón ocupó España para hacer la guerra a Portugal. La ocupación de Navarra, pues, no fue más que el comienzo de una guerra contra los franceses, en teoría, por lo menos. Además, en ese período, España tenía muchas guerras entabladas con Francia, en la parte de Italia. Francia era el “enemigo nacional”.

A los pocos años de acaecidas, las luchas por la independencia navarra tomólas el pueblo por guerras contra los franceses. A poco de la batalla de Noain cantaban los tercios castellanos, y con ellos los beamonteses: *En aquesta de Navarra* [a los españoles les parecería una nueva Orreaga –Roncesvalles–, sin duda] - *donde fue la de Naín - era llegado tu fin - si piedad no lo estorbara - Francia, dí, ¿cómo pasara? - Par mon ame, ye ne se! - Pues yo te lo contaré.*

Ojo, pues: para entonces, los navarros abertzales ya eran franceses. También el Obispo de Zamora, Acuña, cuando estaba de Delegado del Rey en Navarra, dejaba libertad para tomar presos y someter a esclavitud a los “franceses”: los navarros abertzales. Al final, incluso los euskaldunes se han tragado esa gran berza: los guipuzcoanos, especialmente, pero también los propios navarros. Así aprende el siervo la ideología del amo. Y así ha ido iluminándose y prosperando la conciencia vasca del euskaldun, cultivándola mediante provincias escondidas, fiestas y folklores.

El más antiguo cantar épico en euskera es *Beotibarko Kanta*, que celebra la victoria de los guipuzcoanos sobre un ejército navarro que había entrado en su territorio el año 1321:

Mila vrte ygarota
vra vere videan.
Guipuzcoarrak sartu dira
Gazteluco echean.
Nafarroquin batu dira
Beotibarren pelean.

Es evidente: hubo una reyerta entre guipuzcoanos y navarros, y nada más. Es interesante, pues, lo que podemos leer en el *Compendio* de Ga-

ribai: y hasta ahora se conservan cantares antiguos, hechos en memoria suya, no sólo en lengua castellana, cuyo comienzo es desta forma: “De Amasa sale Gil Lopez de Oñaz y Larrea, - al encuentro de FRANCESES - para lidiar en pelea”... Como vemos, para cuando lleguen los apologistas, postrados ante la ideología nacional española, todos los contenciosos habidos con los navarros se habrán convertido en guerras contra los franceses. Apenas hay guerra alguna contra los navarros: todas las peleas y todas las victorias se han logrado contra los franceses y sobre los franceses, ahora y siempre. Los guipuzcoanos han sido los españoles más españoles. Los enemigos de los guipuzcoanos son siempre los franceses. Y más interesante aún es cómo esta ideología continúa influyendo en los apologistas, de una forma bastante curiosa. *Guipuzcoarrak sartu dira Gazteluco echean*, reza el cantar: *Tanto Zaldibia como Isasti sostienen, frente a Gari-bay, que significa “así los guipuzcoanos han vuelto a ser castellanos”*. Es difícil de sostener esta opinión, ya que el nombre vasco de Castilla ha sido siempre *Gaztela*, no *Gaztelu* (L. Mitxelena, *Textos Arcaicos Vascos*, 1964, 67). ¡Qué más da *Gaztelu* que *Gaztela*! los apologistas obedecen a su intención, no a la terminología. “Y si los sucesos no son conforme a mi teoría, peor para ellos”. (La misma Batalla de Orreaga ha sufrido idéntica transformación, a causa de esta interpretación ideológica: se ha convertido en un conflicto entre españoles y franceses). Aita Onaindia en su obra *Mila Euskal Olerki Eder* menciona otro cantar de Beotibar que, al parecer, Karlos Otegi aprendió en su infancia, en Zegama. A pesar de mostrar un escaso valor histórico y literario, es un valioso testimonio del impacto ideológico nacional-español. Veamos:

Beotibarko zelaiak,
 len ilunak, gaur alaiak!
 Beotibarko arkaitzetan
 FRANTSESAK gure oiñetan.

...
 Nora zuaz, Oñas jauna,
 FRANTSES jendearengana?¹⁰

¹⁰ Prados de Beotibar, sombríos ayer, hoy alegres. En el roquedal de Beotibar los franceses están a nuestros pies. (...) Dónde vas, señor de Oñaz, ¿hacia la turba francesa?

Los navarros abertzales son franceses. Y, claro, españoles los provincianos.

En adelante, los españoles llamarán franceses o afrancesados a los propios euskaldunes. No parece difícil. Las Fronteras y Renterías estaban en el Ebro, no en el Bidasoa. Y cualquier español sabe que en la frontera de España está Francia. Al perderse el Reino, se diluyó la diferencia entre los navarros y el resto de euskaldunes: si los navarros y los demás euskaldunes eran iguales, todos serían franceses. Y, en adelante, esto de llamarlos franceses se va a convertir en burla contra los euskaldunes. Españoles pérfidos derrotados y vencidos, nada más. Españoles de segunda categoría. Los euskaldunes van a hacer lo imposible para aparentar ser más españoles que nadie. Pero en balde. Las minorías en España tienen un lúgubre panorama.

Hasta en las Indias se dan burlas y reyertas entre españoles y euskaldunes. Muchísimos euskaldunes se han enriquecido en las Américas. Y los españoles no lo veían con buenos ojos. Por tanto, problemas. La batalla más sonada fue el encontronazo ocurrido en Potosí, entre euskaldunes y *vicuñas* o españoles. Los *vicuñas trataban por todos los medios de cepillarse a los euskaldunes, como antes se habían limpiado a los judíos. ¿Por qué?*

¡Cuántos franceses que hablan vascongado andan entre vosotros en las Indias, y nos llevan nuestras riquezas!

Porque vosotros [los euskaldunes], para gozarlas [las Indias], dejáis vuestras tierras y venís a éstas; y sabe Dios cuántos de ellos tienen sus abuelos en Francia y son gabachos.

Los euskaldunes no eran españoles como los otros. No cuadran bien en la España “limpia”. Son extranjeros. Son “franceses”... ¡se acabó!

De cualquier manera, es cierto que los euskaldunes han despabilado algo gracias a la necesidad. Ahora se dan cuenta de que todos son hermanos. Y así escriben en 1623, más aterrados que nerviosos, a su pueblo natal, advirtiéndole de

las calamidades y miserias que nos hacen padecer con insolencia, libertades y demasía no bistas, algunos hombres desalmados, que a título

de provincias españolas han levantado bandera haciendo juntas, confederándose entre sí para hazer y causar una notable persecución contra los hijos de V.S. del nobilísimo Señorío de Vizcaya y Provincia de Alava y Reyno de Navarra, que sin distinción hermanados en estos extendidos reynos de las Indias con amor y benevolencia nos llamamos vascongados.

Ahora todos son hermanos y demandan ayuda. ¿Qué esperaban, que Madrid les iba a apoyar? Albadalejo añade el siguiente comentario a este acontecimiento: *Curiosamente, el conflicto parece que se inició con la llegada de un funcionario real. Tal parece como si entre los planes de Olivares, además de la ofensiva fiscal, estuviese incluida también una campaña contra los fundamentos que justificaban de una u otra forma la existencia de las autonomías regionales.*

Se incendia la vivienda; después vienen lamentos y lágrimas. La necesidad es buena maestra, se suele decir. Y los euskaldunes comenzarán a aprender mejor a unirse durante todo el siglo XVIII. Un poco tarde, sí. Y creo, además, que después olvidamos lo aprendido.

Durante los siglos XVI y XVII los euskaldunes vivían como si no existiese Euskal Herria (a pesar de que tenían conciencia de su propia existencia), tanto quienes estaban en casa como los que andaban por fuera: cerril provincianismo, cerrazón provinciana, enmadramiento. Cada cual va por su lado, alejándose uno del otro, hasta considerarse recíprocamente extranjeros. Les va a pesar. Pero tampoco ahora aprenderán nada, en absoluto.

Ni hoy aprenderemos nada pero, las cosas, claras: somos nosotros quienes hemos perdido Euskal Herria.

Navarra la perdimos entre todos.

Y, como jamás escarmentaremos, andamos siempre a porrazo limpio entre nosotros. Así vamos a ganar, sin duda; así perdimos la independencia.

No sé si será verdad eso que dice Otazu: que Navarra ahuyentó de sí a las otras provincias:

Cabe pensar, incluso, que la dureza con que los Reyes de Navarra inician el proceso (importando habitantes extranjeros o francos y fun-

dando las villas con arreglo a una planificación rigurosa), provocó a la larga la crisis de autoridad de los navarros, crisis que culmina con la entrega voluntaria de Álava y Guipúzcoa a la Corona de Castilla.

Castilla los tratará mejor (mientras le interese). Pero lo que estas provincias le harán después a Navarra es una edificante historia protagonizada por amadas hermanas, hijas de buena familia (¿habrá que citar, de nuevo, los incidentes de 1936?). Extraemos un pasaje de Irujo que, aunque es largo, resulta así más fácil de leer y entender:

Incluso en los momentos más trágicos de nuestra historia, cuando los vascos occidentales, enrolados bajo las banderas de Castilla, luchaban contra Navarra y la vencían, hasta en estos momentos, digo, Navarra era la mejor salvaguardia de las libertades de Guipúzcoa, Álava y Vizcaya, porque a los reyes de Castilla les interesaba demasiado unir a la suya la corona de Navarra; para que ese interés no se convirtiera en trato amable para las regiones vascas, cuyos hijos eran los mejores soldados que en aquella empresa, para ellos vital, podían utilizar. De haber recibido suficiente maltrato los vascos occidentales por parte de Castilla, en 1200 no hubieran estado alineados los vizcaínos peleando por Castilla contra Navarra ante los muros de Vitoria, ni en los tres siglos subsiguientes hubieran mantenido viva y cruenta la frontera de malhechores, ni en 1512 Álava hubiera recibido como huésped y amigo al Duque de Alba ni aposentado al ejército que conquistó Navarra, ni los cañones de Belate habrían formado parte del escudo de Guipúzcoa, ni en 1512 los guipuzcoanos hubieran decidido la suerte en la batalla de Noain en favor de Castilla.

Suele tacharse con frecuencia a San Ignacio de Loiola de mal vasco, porque era en el mundo capitán de Castilla, y como tal defendió, con gran valor, contra Navarra, la fortaleza de Iruña en 1521. ¡No! San Ignacio no merece ese reproche. El cargo, de ser hecho, ha de formularse contra toda la Euzkadi occidental. San Ignacio no hizo más ni cosa distinta de lo que hicieran sus coterráneos. Al esfuerzo de los arcabuceros vascos se debe el que la batalla de Rávena no fuera una catástrofe que arrastrara a los miembros de la Liga Santísima. Aquellos arcabuceros vascos servían bajo las banderas de Castilla; y la Liga Santísima por la que peleaban, fue la que asfixió a Navarra. La culpa es de todos: no es tuya, ni mía: es nuestra; porque, aunque contados, también hubo navarros que pelearon por Castilla.

Estamos pagando nuestra historia. *Nunca un pueblo pierde la vida nacional sin culpa que le sea imputable. Y Nabarra, singularmente en su historia reciente, ha padecido de accesos de estupenda locura*, escribía amargamente Arturo Kanpion. No sólo los navarros. Locos, y mucho, somos todos los euskaldunes. La historia de Euskal Herria es la historia de la locura.

Quienes han advertido que Euskal Herria es el pueblo de los euskaldunes, de los que poseen el euskera (euskara herria), han observado que, por encima de cualquier diferencia, somos un pueblo y una colectividad: *una raza* (Axular), *una nación* (Leizarraga), *en Nafarroa Garaia, Nafarroa Beherea, Zuberoa, Lapurdi, Bizkaia, Gipuzkoa, tierra de Araba y otras muchas partes* (Axular). Pero esos se han dado de frente con los límites políticos: *eztituzte eskualdun guztiek legeak eta azturak bat, eta ez euskarazko mintzatzea ere, ZEREN ERRESUMAK BAITITUZTE DIFFERENT*¹¹. Las diferencias interdialectales del euskera no son debidas, sin duda alguna, a la diversidad *de los Reinos*. Axular ya lo sabía. Pero el hecho de que existieran diferencias *en el euskera literario*, el hecho de que los autores de un lugar escribieran de modo diferente a los del otro, esto sí: esto obedecía a que vivían en Reinos diferentes. De otro modo, uno de los Reinos hubiera creado un lenguaje literario único y, por tanto, igual.

Anteriormente ya habíamos citado estos puntos. Pero no nos perjudicará repetirlos. Los escritores han hecho lo poco que han podido por crear una lengua literaria que fuese válida para toda Euskal Herria. Pero eran realistas. Y, como ignoraban cuánto se extenderían sus libros fuera de las fronteras de Euskal Herria, tuvieron en cuenta, en primer término, su entorno inmediato.

Leizarraga confesaba que deseaba escribir para que le entendiera la mayor cantidad posible de gente, y no sólo para los de un dialecto determinado o de un lugar concreto. Pero intuía por dónde se podía extender más su obra: en los territorios en que se había aprobado la Re-

¹¹ no todos los euskaldunes tienen las mismas costumbres ni las mismas leyes, ni siquiera la misma forma de expresarse en euskera, porque son de reinos diferentes.

forma. *Eta minzatzeko maneraz den bezanbatean, Heuskal Herrian religionearen exerzizioa den lekuko jendetara kontsideratione gehiago ukan dut, ezen ez berzetakoetara: eta haur, speranzaz ezen Instrukzione hunek lehenik, eta orain behin gebienik, hetan zerbitzaturen duela*¹².

Tampoco ahora vivimos, en este sentido, de otro modo. El euskera unificado que hemos creado, o que hemos creído que hemos creado, es más un gipuzkera completado que un euskara unificado. Si el euskera tuviese el apoyo de las Instituciones oficiales, y Euskadi se extendiese a ambas orillas del Bidasoa, y si... entonces, sí, entonces todo iría de maravilla. Pero las cosas son como son. Y hay que emprender la andadura con las alforjas que hoy tenemos. Eso significa que una verdadera lengua nacional no sólo la hace la literatura. La lengua, si no siempre va con el Imperio, sí camina, al menos, de la mano del Estado. La lengua de la cultura.

Tampoco los escritores vascos han sido capaces de crear una herencia cultural para toda Euskal Herria. En consecuencia, tampoco la literatura ha podido dar conciencia de unidad a Euskal Herria entera, como Homero se la dio a Grecia, o Dante a Italia. Digámoslo en otros términos: los euskaldunes de los siglos XVI y XVII poseen conciencia de euskaldunidad y de solidaridad. Pero no hasta tal punto que puedan llegar a extraer consecuencias de todo. Han recorrido mil provincias, tratando de llevar a efecto compromisos imposibles.

Al comienzo de este capítulo decíamos que la administración no reconoce una Euskal Herria. Tal vez no sea eso lo peor. Me temo que ni la misma Euskal Herria sabe que es una.

¹² He tenido mayor consideración, motivado por las formas dialectales, hacia la gente del sitio de Euskal Herria donde se practica la religión que hacia la de otros lugares. Todo ello, con la esperanza de que esta Instrucción sirva, en primera instancia, en dichos sitios.

NI NAVARRA, NI RENACIMIENTO

A comienzos del siglo XVI, los euskaldunes perdimos Navarra. Nos veíamos privados de mucho más que una Corona o una dinastía real, incluso más que un simple Reino: perdimos el período histórico que iba a comenzar, decisivo para el desarrollo de las nacionalidades.

Por eso el desarrollo de Euskadi, como nacionalidad, es anormal. Hasta hoy no ha podido solventar aquella calamidad.

Navarra podía haber sido un Estado euskaldun que declarase el euskera lengua oficial. Pero no ha sucedido eso. Y no pudo suceder, dado que, en el momento en que era posible, fue España y la conquistó.

La conquista de Navarra no sólo arruinó la soberanía de Navarra, sino la independencia de toda Euskadi. Perdió toda vía que nos pudiera haber dirigido hacia la consecución de un desarrollo nacional y una historia propia. Euskadi, sin Navarra autónoma, independiente, ha quedado como una nacionalidad subdesarrollada.

Los Estados nacionales comienzan a surgir en Europa hacia el siglo XVI. Lo que ha sido simple sumisión a la Corona, es decir, lo que sólo era vivir a las órdenes de un Rey, se va convirtiendo en unidad política nacional. La cultura nacional —la literatura, en el sentido amplio— asumirá la máxima importancia: engloba y expresa el sentido de colectividad; afirma la conciencia histórica (activando la identificación de la sociedad, por ejemplo, con héroes nacionales: *El Cid* se ha convertido en héroe nacional, no sólo castellano; Don Pelayo se ha convertido en héroe nacional, no sólo asturiano...). Antes no era así: usted ha nacido en

ral sitio y le ha correspondido cual Rey; ese Rey no le gusta a usted; muy bien, se va usted a otra parte y le hace la guerra a ese Rey, que antes era el suyo; en esa guerra asola e incendia su país natal. Pero eso a nadie le parecía trascendente: existía el concepto de nacionalidad, pero no era político. Uno estaba vinculado jurídico-políticamente con el Rey, no con el pueblo natal. Aquel denominado *Cid Campeador*, por ejemplo, llevó a cabo un proceso precisamente de ese tipo, con toda tranquilidad. Ahora se creará otra conciencia: las personas somos *naturales de un pueblo*, no súbditos de un rey. Y lo más importante es eso: de qué pueblo somos, no de qué rey somos. Eso es lo que hoy nos parece normal, pero en aquella época no lo era aún. También las ideas y los sentimientos precisan de su historia.

El Renacimiento, la secularización de la cultura, la utilización literaria de las lenguas vernáculas y, por último, la imprenta, han ejercido su influencia en ese proceso. A causa de múltiples motivos han llegado las personas a sentirse *hijas de un pueblo* y a considerar esto como políticamente importante.

La lengua nacional, para la política, además de ser simple vehículo y medio, se convertirá en objetivo. La política se apoyará en la lengua nacional; la lengua garantiza una política nacional: *siempre la lengua fue compañera del Imperio*.

La unidad se realiza en torno a un núcleo. Los Pueblos Vascos, en cambio, en adelante no verán núcleo ni referencia, salvo Madrid. La Corte. Allí está la atracción. La propia Navarra, a pesar de que de algún modo ha salvado los Fueros, ha perdido la Corte y, por tanto, ha perdido toda su atracción. Aquél era el único foco que podía haber protagonizado un vivo Renacimiento vasco. Porque las Cortes no eran, en aquel tiempo, simples foros de diversas actuaciones, sino propagadoras de energía y agentes dinámicos. Eran centros activadores. En cuanto a Navarra, con o sin Fueros, se ha convertido en un satélite: ha dejado de ser foco de luz y fuerza. Lucirá el título que le den, el que sea, pero será otra provincia vasca, una más entre otras. Ya no es la hermana mayor de las demás, su maestra y guía, como le correspondía. Cada provincia tirará por su lado. Vivirán perdidas en sí mismas, sometidas a Madrid. Todo esto, en el período histórica de constitución de unidades. No hay un

centro vivo, robusto, que emane energía, que irradie actividad, que aúne a los pueblos vascos en el intento.

Al decir que falta Navarra confesamos que nos falta el Reino vasco. La política vasca. Pero con todas sus consecuencias. La propia Navarra pierde la conciencia vasca y pierde también su conciencia navarra, para caer completamente bajo la influencia española. Y yace, pasiva. Y comienza a morir. Desde que Navarra perdió su independencia hasta casi las Guerras Carlistas apenas se ha oído el nombre de Navarra. Es que no pintaba nada.

Los Baskones se nacionalizaron en forma de reino de Nabarra. Durante un tiempo, difícil de acotar, baskón y nabarro fueron términos equivalentes. El edificio histórico se asentaba sobre la base étnica en cuanto ésta se exterioriza mediante el idioma, las costumbres, las instituciones y la conciencia nacional colectiva...

Nabarra cada día va siendo menos baska, y cada día menos Nabarra también. La ley de degenerescencia es doble: la una vacía el contenido basko; la otra, el contenido nabarro; esta segunda ley opera con mayor lentitud que la otra (A. Kanpion).

Si Navarra pierde esa conciencia "nacional" de colectividad, qué decir de las otras provincias. Éstas jamás la han tenido y, por lo tanto, nada tenían que perder. Bizkaia, Gipuzkoa y Álava han sido siempre como la hojarasca en día de viento. El árbol era Navarra: las raíces y el tronco. El verdadero Árbol de Gernika es Navarra. Se secó en el siglo XVI y no dará frutos.

La literatura vasca tiene dos comienzos: el primero (Etxepare, Leizarraga), que surgió en pleno siglo XVI en el Reino de Navarra, creado en ambiente de Corte, fracasó, se estrelló, ya que era imposible darle continuidad, por impedimentos de carácter político. Más tarde, tras una interrupción, el segundo comienzo va a eclosionar entre la burguesía y la marginación del centro, en Donibane Lohitzun (St. Jean-de-Luz, en francés). Pero éste, a pesar de tratarse de un lugar privilegiado, no llega a ser un centro que movilice toda Euskal Herria.

La conquista española de Navarra, pues, nos arruinó la posibilidad de contar con un Renacimiento "cortesano" vigoroso —"a la Etxepare"—. El

objeto era amarrar todas la provincias vascas, por separado, de una en una, bajo el Renacimiento español.

Tengo por indudable que, un día, hubiera tomado cuerpo en Navarra, en una Navarra plenamente independiente, la sugestión de dotar al reino de una cultura literaria diferenciada de los dos poderosos vecinos, utilizando a tales efectos la lengua original del propio país, que por algo Sancho el Sabio denominó "lingua navarrorum". Y tal medida hubiera sido adoptada con dinastías de origen indígena o extranjero, porque al efecto y la emoción debidos al idioma nacional, se hubiera unido la necesidad práctica de asegurar la independendencia espiritual y cultural del país, como requisito preciso para poder mantener su libertad política de manera firme y duradera (Irujo).

Lo mismo opina Ortueta:

La adopción de una segunda lengua, como signo de distinción y como lengua literaria, por las clases altas, no implica el abandono del habla indígena... En otros países de Europa, en estos tiempos, se han dado idénticos casos de menosprecio del verbo nacional. Por ejemplo, en Inglaterra bajo el feudalismo normando, las clases altas relegaron al inglés; pero Inglaterra, al sobrepasar la época de disminución de su personalidad nacional y recuperarse, dignificó a su idioma. Idéntico caso se hubiera dado en Vasconia si ésta no perdiera su soberanía estatal. Y se dará el día en que la recupere. (v. *Sancho el Mayor, Rey de los Vascos*, II, 1963, 141).

No es nuestra intención exagerar. La Corte de Navarra jamás ha dado muestras de gran actividad ni de voluntad de impulso para convertir esa *lingua navarrorum* en base de relaciones sociales y quehaceres políticos. Por el contrario, la Corte y los monasterios navarros fueron los primeros en decidirse a escribir en castellano. Entonces el euskera les importaba un pito. Los monjes de Leire llamaban al euskera *lingua rustica*. Pero era la Edad Media. La tenebrosa Edad Media. En el siglo XVIII vemos de nuevo que el Tribunal de Pamplona pone reparos para publicar el libro de Kardaberaz *Aita San Ignacioaren bicitza laburra*. Ahora es la Edad Moderna. El Tribunal apeló al Conde de Aranda, que a la sazón era Ministro de Carlos III. Este Ministro respondió que no era conveniente pu-

blicar nada, salvo en español. Y que no fuera publicado nada en euskera sin su consentimiento personal. Mogel será el próximo que habrá de pleitear con el Consejo Real de Navarra, cuando intente sacar a la luz *Confesio ta Comunioco Sacramentuen gañean Eracasteac*. Y el Consejo Real de Navarra, que ni hablar. Mogel acudió entonces al Ministro Urkixo, de Carlos IV, que era vizcaino (liberal francesista, posteriormente, con José Bonaparte). Y Urkixo, que sí. Mogel le mostró su agradecimiento:

La mano poderosa de nuestro piadoso y benéfico Monarca han vencido un obstáculo, de otra manera insuperable, para la publicación de esta obra, a representación del autor e influjo del excelentísimo señor don Mariano Luis de Urquijo, que mira a la felicidad de su patria bascongada con una atención que deberá hacer conservar su memoria a los verdaderos paisanos. Su Majestad ha dirigido una Orden al Consejo Real de Navarra para que no se oponga a la impresión de esta obra, ni de otra ninguna por ser bascongada, siempre que no contenga alguna doctrina opuesta a nuestra santa religión. ¡Qué triunfo para nuestro perseguido idioma!

Pero todavía vivimos en el siglo XVI. La independencia de Navarra está en la cuerda floja. Y Navarra debe mirarse a sí misma.

En ese siglo, el espíritu renacentista que rodeaba la Corte se revistió de cierta euskerofilia. Etxepare es, sin duda, fruto del ambiente, tan productor como producto. Diversos vestigios de ese ambiente se podrán hallar más tarde, vivitos y coleando aún, en Zuberoa (Bertrand de Zalgize, la familia Bela, etc.). Francisco de Xabier, que siempre se sintió muy navarro y euskaldun, consideraba que su lengua el euskera (“mi lengua vascuena”, proclamará). La afición por el euskera que resplandecía en Donibane Lohitzun cuando surgió el movimiento de esta villa, tenía indudablemente unas raíces anteriores, cuyo responsable era el navarro Axular.

No cabe duda de que, además del navarro Etxepare (profusamente citado en otra parte de este trabajo), también Leizarraga se sentía vivamente euskaldun y vascófilo. Pero alguien le hubo de conminar a que escribiera su obra: aquéllos que, según el autor confiesa, *me han impelido a hacerme cargo de esto*. Entre otros, se señalan *la gran exhortación del Se-*

ñor de Agramond y las valiosas solicitudes de los Señores de Belzunze y Mehari. Lo que significa que entre la nobleza y entornos de la Corte ya existía un ambiente propicio al euskera. Más sobre Leizarraga, en el capítulo dedicado a la escuela.

De ahí proviene, pues, la acusación de Irujo:

Con la independencia en el orden internacional de Navarra y con las libertades nacionales de Castilla, perdimos los vascos algo que sería aún de mayor transcendencia, si cupiera en la vida humana don máspreciado que la libertad. El siglo XVI pone de relieve en Europa la iniciación de los Estados nacionales propiamente dichos. El renacimiento, la imprenta, la secularización de la cultura, el incremento de la riqueza, la reforma y el sentido nacional a que nos hemos referido, produjeron, entre otras consecuencias, la de sustituir el latín por las lenguas vulgares en la redacción de documentos, en el uso oficial, en la enseñanza universitaria y en la literatura.

...

[Se atisban movimientos para conseguir eso mismo en Navarra: Irujo cita varios de ellos]. La sugestión existió pues; le faltó órgano que la encauzara y poder que la aplicara. Ese órgano y ese poder no podían ser otros que la Corte de Navarra. Su desaparición de la escena política europea, nos privó a los vascos y ha privado a la cultura humana, de la tradición secular. Este daño inmenso hemos de imputarlo a los fautores del crimen de lesa humanidad que redujo a ruinas y cubrió con abrojos los estadios de la realeza de Navarra (Irujo, *Inglaterra y los vascos*, 1945, 66-67).

Justo cuando el Renacimiento renovó fuerzas y cuando Navarra iba a convertirse en una sorpresa de talla mundial¹³, *el reino de Navarra, antiguo corazón del país, convertido en un pequeño reino sin salida al mar y mediatizado políticamente, pierde su anterior importancia* (L. Mitxelena).

Y eso fue y eso es en Euskadi, antes o ahora: ni Navarra, ni Renacimiento. Euskadi es Navarra.

¹³ Shakespeare, "Navarre shall be the wonder of the world", *Love's Labour's Lost*, 1594/1595.

ENTRE EL RENACIMIENTO Y LA CONTRARREFORMA

El Renacimiento influyó positivamente en los apologistas, al margen de intereses materiales muy concretos. He ahí unos comienzos –aunque muy exiguos– de la “conciencia vasca”. Por citarlos muy resumidamente: el *Compendio historial*, de Garibai, data de 1571; Zaldibia murió en 1575; el Licenciado Poza publicó en 1587 *De la antigua lengua*; el *Compendio*, de Isasti, fue escrito en 1620, etc.

Junto a todo esto es de mencionar otra fuente que, en mi opinión, no posee menor importancia: la religiosa. Y también esta tradición, entre el Renacimiento y la Reforma, se dirigirá por la senda de Castilla y allí morirá de asfixia, afortunadamente.

Por eso, en Hego Euskal Herria –que se encuentra dividida en provincias y totalmente sumisa a Castilla, sin ningún tipo de vida cultural independiente– no se va a conocer ningún Renacimiento de la conciencia vasca hasta mucho más tarde, tal como se ha dado en Ipar Euskal Herria. El Renacimiento en Euskadi, pues, ha quedado amarrado a los intereses del Imperio y al tridentinismo.

El Obispo de Calahorra Joan Bernal DIAZ DE LUKO (1544-1555) dio la orden por primera vez, si no me equivoco, de que los euskaldunes predicasen en euskera. Fue él quien denunció que los curas euskaldunes no querían predicar en euskera. En adelante, esa medida se va a convertir, en las sinodales de Calahorra, en una monótona repetición (Don Pedro Manso, Don Pedro Lepe). El mismo Díaz de Luko es co-

editor de las publicaciones tituladas *Constituciones eclesiásticas*. Pero, ¿acaso se podía afirmar de él que “sólo era un tridentino”?

No debemos olvidar que el Renacimiento ha hecho revivir el interés por las lenguas vulgares; que ese interés no era exclusivo de los luteranos o de los calvinistas; que los españoles empezaron entonces, precisamente, a impartir teología y otras materias en español, como tarea sistemática.

Poco sabemos acerca de ese Obispo. Era alavés, nacido en Luko, pequeño pueblo próximo a Gasteiz. Anduvo, sobre todo, por Castilla, Galicia, Andalucía, Aragón, pero siempre se mostró como amante de su país. El hecho de llevar el nombre de Luko puede ser buena prueba de lo que decimos.

Este detalle de su apellido Díaz de Luko, que jamás ocultó, a pesar de que revelaba su harto humilde lugar de nacimiento, cuando ya en el siglo XVI los nobles y hasta los obispos se titulan con otros nombres mejor armonizados con su dignidad nobiliaria, le caracteriza como fiel hijo de su Euzkalerria. En coherencia con ello, su último gesto de no querer ser enterrado en el claustro de su sede episcopal sino en la sencilla iglesia donde fuera bautizado, patentiza tanto su profunda virtud como su natural afecto al pueblo al que pertenecía (Manu E. Lipúzcoa)

Todo eso cuadra perfectamente en el espíritu renacentista, especialmente ese cariño hacia la patria, hacia el pueblo de origen. Quien haya visitado Alsacia habrá visto, en el monte Santa Otilia, la tumba del obispo Charles Ruch, con el siguiente epitafio: “Mi corazón es para Alsacia”. (Es conocido también el testamento de O’Connell: “Mi cuerpo, para la tierra; mi alma, para el Señor; mi corazón, para Irlanda”). Podríamos considerar a ese tal Díaz de Luko que quería que le enterrasen en su país, dentro de un amplio y largo espíritu renacentista, incluso en el sentido más libre del término.

Por otra parte, no hay por qué insistir en que el Renacimiento suponía la resurrección de la conciencia de nacionalidad.

Hemos visto reiteradas cartas escritas por este obispo alavés a San Ignacio, solicitándole predicadores euskaldunes, desde Valladolid al principio e incluso desde Trento, más tarde. *No hay en el mundo provincia a*

quien V.m. sea tan obligado, le decía. Y más abajo: *V.m. está informado... de la falta de eclesiásticos vascongados que puedan y quieran aplicarse a predicar por aquella tierra* (en euskera, por supuesto). Al de Loiola ese obispo le parece un “ángel de los vascongados”, tal como Axular consideraba al otro... El guipuzcoano le envió al alavés un predicador navarro, de nombre Otxoa, santo y milagrero de gran reputación.

Decíamos que Díaz de Luko era obispo y que, fuera o no fuera un excepcional amante de su patria, vivía seguro, unido especialmente a la maquinaria eclesiástica. No puede pasar desapercibido que Euskal Herria no haya conseguido algún obispo euskaldun, salvo en casos extremos: Díaz de Luko, en período de peligro protestante; cuando el abertzalismo aranista alzó la cabeza (y, casualmente, tras españolistas fanáticos de la catadura de Eijo y Garay o Zacarías Martínez), Mateo Mujika en 1928 (cuando Franco triunfó volvieron las aguas a su cauce y Lauzirika y compañía al obispado); cuando ETA ha sacudido el polvo, fuera los euskaldunes, de nuevo... La devoción española reza, *a Dios rogando y con el mazo dando*.

Volvamos al siglo XVI y al XVII. Con Trento o sin Trento, en Hego Euskal Herria no ha surgido ningún movimiento literario digno de mención. ¿Qué pasaba? Que se veía superada por Castilla: más que por la fuerza, incluso, por la fascinación.

El cronista P. Moret se lamentaba ya de que la *lingua navarrorum* sufría progresiva decadencia, atacada por el castellano. El alavés Landazuri explica el motivo (*Historia de Álava*): porque los curas y los ilustrados no quieren emplear el euskera. Otra vez nos topamos con aquello de Díaz de Luko, desde el siglo XVI hasta el XVIII: “la falta de eclesiásticos vascongados que puedan y quieran aplicarse...”. Landazuri lo ha denunciado claramente: “si en Álava se está perdiendo el euskera, es culpa de la desidia de los curas”.

Parece que en aquel ambiente renacentista también los curas vascos se convirtieron en *ilustrados*. Pero la cultura, gran y brillante cultura, estaba en Castilla. Excelentes Universidades, renombrados sabios. En ese momento, Castilla vivía su apogeo. Y, claro, a los *ilustrados* les gustaba hablar “culto”, es decir, en español. Y no como las “humildes gentes ig-

naras”, en vascuence. Hablar en español era elegante y de buen tono, hacerlo en euskera era zafio, deslucido. Lo que Larramendi de nuevo denunció: “como que el vascuence es solamente lengua para aldeanos, caseros y gente pobre; diablura más perjudicial no ha podido introducirse en los púlpitos”. Desde antiguo padecemos, pues, esta peste que aún perdura.

Por otra parte, parece bastante normal que el clero de la época despreciase singularmente el euskera. El Humanismo y el Renacimiento se han burlado a base de bien, en algunos lugares, del clero ignorante. Pero el clero, que en Euskal Herria era prácticamente la única clase intelectual, en España estaba muy bien sustentado y protegido... ¡Como para burlarse de él! Y no hay que olvidar que el humanismo, al igual que supuso la revitalización de las lenguas nacionales, provocó también una resurrección (académica) del latín clásico, en contraposición al “latín bárbaro” del Medievo. Si algo enorgullecía a los humanistas que han reavivado las lenguas nacionales, era precisamente sus respectivas culturas clásicas. Un humanista, orgulloso, se expresaba en el elegante latín de Cicerón, no en la jergonza macarrónica de la Edad Media. El humanismo, por tanto, vino a ensalzar el prestigio de las lenguas nacionales y el del latín clásico. Y el prestigio y la fama del latín, en la medida que era “lengua de eruditos”, apoyaba el prestigio intelectual del clero. El clero aprobó muy al principio los idiomas nacionales románicos – “hijos” del latín –, pero no así las lenguas nacionales no románicas: tardó muchísimo más y utilizó cuentagotas para ello. De ese modo se pensaba que el prestigio del latín pasase a sus herederos lingüísticos directos. (En esta línea cantará Unamuno aquello de: “el latín sagrado / de que fluyeron los romances nobles”). Pero al euskera, como al inglés o al alemán, por ejemplo, no le ayudaba ni el prestigio del latín ni el de ningún otro.

Ante los ojos de los clasicistas el baskuenze no podía por menos de cubrir plaza de rustiquísima entre las rústicas (que ni siquiera parentesco podía alegar con las clásicas para ser mejor mirada), y de alcanzarle, por tanto, la proscripción fulminada contra todos los idiomas vulgares. Al euskera le ponía en situación de inferioridad su mismo aislamiento; era una especie lingüística singular, sin ramificaciones de parentesco con ninguna otra de Europa, y esta circunstancia, que acrecienta el interés de la

Lingüística, cuando esta ciencia no existía aún y sólo imperaba el humanismo, acrecía el menosprecio de éste hacia la rusticidad de aquella (A. Campión, *Navarra en su Vida Histórica*, 1971, 178).

Gracias a la influencia de Trento, la Iglesia ha conocido una renovación pastoral. Y, ya que estamos en el Renacimiento, el aspecto pastoral mimará especialmente la *instrucción*, el aprendizaje. Y tanto por esto como por que estamos en el Renacimiento –sin más– el euskera ganará un rinconcito en la Iglesia. Transcribimos de Mitxelena:

Se toman entonces medidas sistemáticas para que los sacerdotes se ocupen de una manera regular y efectiva de la instrucción religiosa de los fieles, actividad que hasta estas fechas pueden haber tenido muy abandonada en muchos lugares. Los Obispos de Calahorra y Pamplona se preocuparon además de que tanto la enseñanza del Catecismo como la predicación se hicieran en lengua vernácula: constituciones sinodales y mandatos de visita establecen que todos los cristianos deben llegar a saber “en su propia lengua” la doctrina cristiana o al menos los principales artículos de ella.

Es que, hasta entonces, la doctrina se impartía *en latín y en romance*, como Echave nos ha dado a conocer.

Desde finales del siglo XVI, por el contrario, queda abundante constancia, siempre que se hayan conservado los libros parroquiales, del constante celo con que las autoridades eclesiásticas velaron por que la numerosa población del país que no conocía prácticamente otra lengua que la vasca, fuera instruida en ésta y no en otra (*Historia de la Literatura Vasca*, 1960, 60).

Los documentos no abundan. De todas formas, podríamos afirmar que, en este empleo el tridentinismo y el espíritu renacentista iban a la par, cuando iban. Recordemos un poco, someramente:

– El año 1544 ó 45 –en vísperas del Concilio, de cualquier modo– nombran al de Luko Obispo de Calahorra y lo vemos, desde un principio, en busca de predicadores euskaldunes. Casi ni es preciso recordar que en estos años (1545) se publica en Ipar Euskal Herria la primera obra en euskera: *Linguae Vasconum Primitiae*.

– Quince años más tarde (1559) se convierte Joana de Navarra al calvinismo.

Y de allí a dos años se editará en Pamplona la *Doctrina Christiana*, de Antso de Elso (1561).

Es al año siguiente (1562) cuando Landuchio publica el *Dictionarium Linguae Cantabrigiae*.

Además, en el Concilio no se había planteado aún el problema del calvinismo (mayores quebraderos de cabeza acuciaban al Emperador en Alemania): ya que el tercer período del Tridentino que se ha ocupado del calvinismo comenzará en 1562; en los dos períodos anteriores sólo se trató del luteranismo. Las normas conciliares acerca de la predicación, por su parte, se promulgan en 1546.

A los diez años de la publicación de Antso de Elso saca Leizarraga su *ABD edo Christinoen instruccioenea, otoiitz egiteco formarequin* (1571). Pero, fíjese: en 1570 se había constituido ya en Logroño un Tribunal de la Inquisición especial para toda Euskal Herria.

Mientras tanto, en mayor o menor grado, el euskera llevaba una existencia en cierto modo artística, tal como lo exigía el ambiente renacentista: el sacerdote Jean Etxegarai compuso la pastoral *Artzain Gorria*, al parecer, hacia 1565; también compuso poesía en versos de quince sílabas (como dice Oihenart, que también nos cita a un tal Arnaut Logras, autor asimismo de poemas de quince sílabas). Se estima que es de 1564 la bella composición de Joan de Amendoux, el médico pamplonés: *Hemen naça orçirik, noyzbait gozo ercirik...* Y de la misma época son las octavas de Don Miguel Sueskun (la traducción de *Ni zertako jaio nintzan?*).

Efectivamente, algo se hacía en euskera, a pesar de que afirmar que “en mi lenguaje escriben los que entienden, todo lo que quieren” sea demasiado decir. Como decía en aquellos momentos (1565) Pedro Madariaga de Dima existía algún libro en euskera y no era demasiado difícil escribir en esta lengua. Por último, no podemos olvidar el capítulo de este mismo escribano, puesto que para el renacentismo es sintomático (teniendo en cuenta el oficio que profesaba): *Capítulo último de los inventores de las letras, y de la Ortographia en Lengua Viscayna, y quan elegante y antiguo es este lenguaje*. Copistas y calígrafos han sido en Italia los principales impulsores del Renacimiento.

El tridentinismo no había perdido completamente el renacentismo aún. Ambos andaban a la par. Y en ese momento aparece la posibilidad de que surja la literatura vasca, impulsada por los dos.

Pero le sigue una borrascosa historia. En 1562 comienzan las guerras de los Hugonotes en el Reino de Francia. Las artes y las letras de Ipar Euskal Herria van a conocer otros problemas en adelante, al menos, por un tiempo. Podríamos considerar a Pau como capital de los calvinistas (hugonotes). En España, por su parte, Felipe II no estaba tranquilo. Copio de la *Historia* de Fr. L. Villasante:

En 1512 Fernando el Católico se había apoderado de Navarra, no sin la activa colaboración de los vascos de las Vascongadas, e invocando una Bula de Julio II, en que se excomulgaba a los Reyes de este Reino y se ponían sus Estados a merced del primero que los ocupara. El resentimiento creado con este motivo arrastró a la Reina Juana a renegar del catolicismo y a abrazar la reforma calvinista, que ella intentó por todos los medios implantar en los dominios que le estaban sujetos. Desde este momento, el peligro de herejía fue ya, no una excusa, sino una verdadera razón para que los reyes de España se negaran a devolver el Reino de Navarra a sus antiguos poseedores. Felipe II alegrará el peligro de herejía que de la comunicación con los franceses pudiera provenir, para conseguir que los territorios de Guipúzcoa y de Navarra que pertenecían a la diócesis de Bayona, dejasen de pertenecer allá y pasasen a la jurisdicción del Obispado de Pamplona. La comunicación entre ambas Vasconias fue en gran parte restringida e impedida. De hecho, ambas Vasconias vivirán en relativo aislamiento y desconocimiento mutuo, y en un clima cultural bastante distinto. La Vasconia de este lado no llega a tener literatura vasca digna de este nombre sino con dos siglos de retraso respecto de la de allá. Sin embargo, también en este lado encontramos, en el siglo XVI, ciertos principios u obras reseñables...

Hay que constatar un desgarrón, pues: el que divide a Euskal Herria del norte y del sur. El río Bidasoa, antes que límite político ha sido frontera religiosa. Y una vez dividida Euskal Herria, la dependencia de París y de Madrid irá progresivamente aumentando. Felipe II firmó aquella decisión de las Juntas Generales de Gipuzkoa por la que se exigía a todos los alcaldes que supieran leer y escribir (1573). Quería de-

cir “leer y escribir en español”, claro. Hay que comenzar por la cabeza, desde arriba del todo. Con los indios aplicaba la misma política.

Señalaremos solamente una iniciativa común totalmente “tridentina” en la política que llevarán ambos Reinos –Francia y España– durante los años siguientes: la persecución de brujas. ¿Qué demonio les importaban las brujas a los reyes? Ésa ha sido una labor pastoral tridentina para asentar el poder real en Euskal Herria, desarrollada conjuntamente en Hegoalde e Iparralde. Y la destrucción popular más bárbara dio paso a la dulce predicación para convertir brujas (a partir de 1612, también en Ipar y Hego Euskal Herria, a la vez). De nuevo era preciso que la Reina en Francia y el Rey en España buscaran predicadores que hablasen en euskera para realizar la referida predicación: en el Norte, los jesuitas y en el Sur, los frailes de Aranzazu...

Durante ese intermedio nada parece haber sucedido en Ipar Euskal Herria, aunque la guerra y lo más cruento de la persecución de brujas ha tocado en la parte septentrional. Las primeras grandes obras se han creado en Ipar Euskadi. Surgidas en ambientes cortesianos o próximos a la Corte (Etxepare, Leizarraga). En los años siguientes, en cambio, del Bidasoa para arriba van a hablar las armas, no las plumas. Los intereses de Enrique IV radican fuera de Navarra-Béarn. La literatura vasca no hará acto de presencia en Ipar Euskal Herria hasta que los ánimos se templen. Entonces, sin embargo, se alzarán con tal vigor que sobresaldrá en toda Francia.

Desde ese momento, Ipar y Hego Euskal Herria tomarán caminos diferentes. Se han separado. Están juntas. Están unidas en la dependencia. Hegoalde lleva una vida más tranquila. No ha sufrido una ruptura como Iparralde (y tampoco conocerá tal renovación de fuerzas). Pero, bajo el peso de todas las Españas, va cediendo, va debilitándose. Habrá que esperar hasta final de siglo (1596) para que aparezca sólo una *Doctrina Christiana* en Bilbao, la de Betolaza. Y en ese instante sale a la luz, en Pamplona, *Refranes y sentencias comunes en Bascuence, declarados en Romance*, cuya autoría atribuía Urkixo a Garibay. No se ha perdido del todo el espíritu renacentista. Además, en 1587 se ha publicado una obra del orduñarra Licenciado Poza, *De la antigua lengua, poblaciones y comarcas de las Españas*.

Observamos que el espíritu renacentista está bastante más vigoroso en los Juegos Florales de Pamplona (1609 y 1610): incluso las fiestas religiosas se celebran con certámenes de poesía, etc. A la eucaristía se le ha revestido de un carácter de festín antiprotestante. No vamos a tratar sobre los poemas presentados a estos Certámenes, puesto que son de sobra conocidos entre los aficionados a la literatura vasca. El Concurso era organizado por el Obispo Antonio Venegas de Figueroa. Éste, además de ser Inquisidor de la Suprema, se mostró gran amante de la poesía: entre sus amigos se encontraba Góngora, por ejemplo. También la convocatoria fue bastante significativa: *Y porque celebrándose en este Reyno de Navarra la solemnidad de esta fiesta, no es razon que la lengua matriz del Reyno quede desfavorecida*, se pide en este Certamen un romance de doze coplas en Bascuenze... Al año siguiente (1610) se celebró de nuevo el encuentro. Pero: *No hubo mas de un romance bueno en Bascuence*. (Y el comentarista añade: *y no me espanto, que es propio de esta lengua faltar en Romance...*).

El hecho de que en 1609, año del Certamen, Góngora haya hecho una parada en Pamplona no se deberá, seguramente, a la casualidad y a la coincidencia. (Ignoramos cuándo estuvo en Pamplona, pero el seis y siete de mayo se encontraba en Salvatierra de Álava. El poeta culterano había venido a visitar a su amigo el Obispo a la capital de los euskaldunes. Nos dejó incluso un soneto (a menudo, ésta era la moneda que Góngora utilizaba para pagar favores), dedicado a la casa rural que el Obispo tenía en Burlada, y preñado de halagos y lisonjas renacentistas al Príncipe benefactor: “A una casa de placer, llamada burlada, de don Antonio de Venegas, obispo de Pamplona”:

Aquí la primavera ofrece flores,
al gran pastor de pueblos, que enriquece
de luz a España, y gloria a los Venegas, etc., etc.

Imaginamos a los dos amigos, amantes de la literatura, paseando por la orilla del río, en el silencio que rodea a la casa rural (“que si el cristal le rompe desatado / suave el rui señor le lisongea”), en distendida tertulia sobre lo más reciente de la literatura y del remoto mundo, mientras el espíritu agotado en el hastío de la solitaria aldea próxima a Iruña se

refresca con una gota de novedades culturales. El Obispo se duele de su marginación y lejanía; “en efecto, en efecto, en estos parajes no hay vestigio de cultura ni delicadeza, tenéis razón, esta Navarra es la Francia herética, el campo yermo, el huerto baldío”, desea exhortar el amigo, con su plática. Los labradores van camino del campo con sus bueyes y mulas. Pamplona es lugar de encuentro de agricultores y pastores. Nuestros cultos amigos echan de menos la urbe. Toledo, Córdoba. En sus paseos río arriba y río abajo, ambos han repasado, sin duda, docenas de veces todos los tópicos de aquí: el desolado páramo, la cortedad del euskaldun... “Ahí tenéis esos mismos certámenes poéticos: sin rastro de aquella sublime cultura clásica, sin la elegancia de aquellos latinos”. Y, como en el pueblo de los bárbaros todo es bárbaro, incluso las campanas de Iruña son bárbaras y no dejan dormir en santa paz al ilustre visitante. Góngora tiene talento de sobra para burlarse de todo y, al parecer, también ha hecho befa de las campanas de Pamplona. Pero también ha tenido réplica: un enojado iruñarra que, respondiendo “yo bascongado soy” (¡atención!) pero, “nahiz motza naizen”, a pesar de mi cortedad, le devuelve la burla al arrogante “loro andaluz” que no parece que sea tan inteligente. El poeta anónimo ha compuesto este soneto “contra d. Luis, que estando en Navarra se quexó de las campanas que le quitaban el sueño” (Góngora aún no es Góngora: simplemente es otro d. Luis, entre millares, un burlón más):

Yo bascongado soy, pero bien siento
que siendo el non plus ultra de las canas
en los desuanes padeceis trabajo;
Pues no conoçe vuestro entendimiento
que es imposible callen las campanas
si ha venido de Córdoba el badajo.

(No es un mal ejemplo toda esta historia, con sus Corpus Christis y Certámenes, con sus Obispos y poetas, para explicar cómo aquí el Renacimiento estaba mezclado con la religión).

Aunque el espíritu renacentista a su manera continúa vivo, parece que el espíritu tridentinista está a rebosar. Hemos comenzado pletóricos este siglo:

Don Pedro Manso, en Logroño, año de 1600. Y porque es conveniente, que cada Provincia tenga la Doctrina Christiana impresa en lengua paterna; y porque hay en la tierra Vascongada desde nuestro Obispado diferencia en el Vasquence del Señorío de Vizcaya, Provincia de Guipúzcoa y Álava; estatuimos y ordenamos, que los Señores Obispos, nuestros sucesores, hagan imprimir cada año cartillas de la Doctrina Christiana en Romance y en Vasquence, según el uso de las Provincias...

Aquel Venegas de Figueroa que citábamos más arriba también llegó apesadumbrado a Pamplona, ya que la doctrina cristiana “se ha hecho imprimir en vascuence y en las demás lenguas que se usan en este obispado”, según escribe en 1608, dos años después de haber venido a Euskal Herria.

También comenzó a desvivirse por los encuentros poéticos aquí repetidamente mencionados pero, según parece, pronto hubo de desistir. Los organizó en dos ocasiones, no más. Todo indica que la segunda vez quedó desengañado (“es propio de esta lengua faltar en Romance”). Pero, ¿acaso le fue mejor con las doctrinas? Tampoco parece. Al menos, no ha quedado ni rastro de las abundantes doctrinas que querían editar.

¿Hemos de pensar, tal vez, que esos obispos, a pesar de lo que dijese, carecían de interés? ¿Que cuando la situación se normalizó en Francia, por ejemplo, se les olvidaron sus más acuciantes preocupaciones?

¿O lo que ocurría, en verdad, es que no había quien escribiera esas doctrinas en euskera? Cuando en Ipar Euskal Herria buscaban a alguien que predicase en euskera para convertir a las brujas, todo parecía augurar el fracaso de aquella empresa. He aquí lo que cuenta Fr. L. Villante:

Pero, aunque hacía falta quien predicase en euskera, era muy difícil hallarlo. Se encargó tal cometido al jesuita P. Coton (el año 1612). Éste hizo llegar un euskaldun, el P. Soccarro, de la Provincial de Tolosa. Y Socarro, con otro colega, comenzaron a trabajar.

Nos hemos quedado algo asombrados, puesto que eso es verdaderamente extraño. Existe ahí, en lo referente a Axular, la carta que en 1601 escribe Enrique IV: tal como se afirma en el documento, Axular era para

entonces un famoso predicador en Donibane Lohitzun, que contaba con la conformidad tanto del Obispo como de la gente noble. Y Axular no sería el único, claro. ¿No se habrá escondido alguna política sospechosa tras esa imposibilidad de encontrar en casa predicadores euskaldunes? Ese tener que traer predicadores desde lejísimos y ese encomendar la predicación de las brujas a gente de las Órdenes, en lugar de dejarla en manos del clero secular autóctono, nos da en qué pensar... Es que, además, ocho años después exactamente (1620) se proclamó el Edicto de Unidad que disolvía Navarra dentro de Francia. Es igual. Quedémonos con lo que se nos quiera decir: era difícil hallar quien pudiese predicar en euskera, pero no se nos explica qué tipo de dificultad encerraba eso...

En Hego Euskal Herria no parece que sea más fácil. Díaz de Luko llegó hasta Italia en busca de predicadores euskaldunes cuando San Ignacio le encontró uno que estaba predicando por allí, con gran éxito, por cierto. Un tal Francisco de Borja, amigo suyo, que no sabía euskera.

¿O es que acaso ese espíritu tridentino de los obispos lo poseían los obispos y algunos curas –tal vez los más sumisos al Emperador– pero no la gente? Pues tampoco faltan argumentos para pensar eso. Martín Yáñez de Arrieta tradujo al euskera la doctrina de Ripalda y solicitó a las Juntas de Gipuzkoa que sufragasen la impresión. Las Juntas de Gipuzkoa no quisieron pagar (ni tampoco el Obispo quiso pagar, claro; aunque parece que el primer pagador debiera ser él). Esto sucedía en 1609, el mismo año en que se estaba organizando el primer certamen poético...

¿Por qué no podemos pensar que aquellos honorables obispos prometían mucho pero no daban nada? Todo parece indicar eso, al menos. Los obispos eran como pequeños Príncipes, con su Cortecita y todo. En esta Corte pequeña se imitaba la Corte grande, claro.

El castellano atravesaba entonces el cenit de su Edad de Oro (*Don Quijote*, por ejemplo, se escribió dos años antes de que Venegas de Figueroa fuera nombrado obispo de Pamplona). Y la cultura, la lengua que verdaderamente se estimaba era la de la Corte, el español, sin duda alguna. Ya sabíamos que la Iglesia española a lo largo de estos siglos ha jugado a menudo imitando a los predicadores que llevaban “en una mano el Quijote y en la otra la cruz”, como Severino Aznar, orgulloosísimo, afir-

maba: el camino para propagar el evangelio es enseñar castellano a la gente. Otro tanto habrá que interpretar, seguramente, en el texto de Don Pedro Manso: *y las [doctrinas] que se imprimieren en Vazquence, tengan también la doctrina en Romance*. Yo, al menos, así lo creo. Los euskaldunes quizá serían como moriscos para los españoles. O como indios. Además de evangelizados, todos los rincones tenían que ser civilizados, españolizados.

Todos sabemos que, tras conquistar Navarra, una eficaz herramienta para españolizar el Viejo Reino fue la Iglesia. Aún en el siglo XVI era bastante euskaldun Navarra, es decir, hablaba en euskera. Una de las fundaciones de Santa Teresa se constituyó en Pamplona. En diciembre de 1583 se inauguró el convento de las monjas carmelitas. Un presbítero que vino con las monjas, llamado P. Gracián, nos relata la siguiente *Peregrinación de Anastasio*: “Llegaron a Pamplona por el mes de diciembre las monjas... ya había algunos días que yo las esperaba en la ciudad, predicando con fruto de aquella gente; donde me acaeció que mujeres que no sabían castellano, sino sólo vascuence, venirme a oír diciendo que entendían mis palabras”. Al parecer –la Iglesia tridentina que tenía en cuenta el euskera– mostraba gran confianza en que el Espíritu Santo hiciera comprender el español a los fieles euskaldunes. Según afirman los cronistas, también San Francisco de Borja predicaba en castellano por toda Euskal Herria, con multitudinario éxito... “aunque la gente no le entendía”, precisan.

Trento no le trajo grandes obsequios al euskera. Aquí todo se gana mediante la lucha y el trabajo. También la aplicación de lo de Trento. La ciudad de Pamplona exigía en 1604 confesores y predicadores euskaldunes, “considerando (los Rexidores) que el lenguaje primero y natural de la dicha ciudad de donde por la mayor parte heran los moços y moças de serbizio [observamos una vez más que siempre la gente “de abajo” es euskaldun] hera el bascuence y que assi como otros muchos vecinos y habitantes no sabían ni entendían otra lengua que el dicho bascuence”. Algo similar ocurría mientras tanto en Estella. En 1607 se nombraron nuevos vicarios en Estella, erdeldunes, provocando una violenta protesta popular: “de las tres partes una es vascongada y el electo vicario... no sabe bascuenz y a esta causa la eleccion echa por ella debe ser dada por

nula”. Para poder defender su lengua, Navarra tuvo que luchar: en contra de la Iglesia tridentina, precisamente.

No es fácil imaginar que los Obispos destinados aquí por el Imperio tuvieran el euskera en gran estima. Con mayor lógica podríamos pensar que lo considerasen incapaz, al igual que las lenguas indígenas de las Indias, para impartir teología, etc., etc. Para esos Príncipes eclesiales el euskera era una lengua salvaje, no era un lenguaje civilizado. Esos Obispos siempre considerarían al euskera como esclavo del español; verían que, con tal de salvar aquellas “infelices almas” había que emplear el euskera con los *indio-euskaldunes*. Pero no más. Sólo como imprescindible mecanismo y por pura compasión. La persona civilizada habla en castellano. Aquellos Obispos e Inquisidores también desearían civilizar a los euskal-indios, sin ningún género de dudas. Y, ya se sabe, como la gente se civiliza aprendiendo español... De Lancre, al menos, demostró sin ambages que, si bien era un estricto responsable de la pureza religiosa, no era menor despreciador de euskaldunes —y, más concretamente, del euskera—. Más tarde, exhibe criterios similares a los de Traggia y otros, acerca del euskera: apenas le parece un lenguaje para ser hablado; no es sino un chapurreo, una jerga creada a resultas de mezclar tres pueblos... Para De Lancre (que era gascón de ascendiente euskaldun), los euskaldunes no eran más que el maldito pueblo típico y tóxico, asquerosos, nauseabundos. Difícilmente podríamos imaginar, sinceramente, un Renacimiento literario y cultural en aquella Euskal Herria que vivía derramando permanentemente su sangre bajo las garras de esos vigías del Imperio y abrazada incesantemente por la hoguera de la Inquisición.

Los Obispos —no hay que olvidarlo— después que Sixto IV otorgara en 1482 a los Reyes Católicos el privilegio de nombrarlos, se convirtieron en algo parecido a comisarios políticos. En la época de los Habsburgo, especialmente. La Iglesia ha sido en todas partes la herramienta más eficiente para la política de los Habsburgo y, sobre todo, para que Navarra se integrara en España. “Uno de los hechos más indicativos de este dominio consistió en el privilegio concedido por Adriano VI a su discípulo Carlos I por una bula de 4 de mayo y por un breve de 28 del mismo mes de 1523, para gozar del derecho de patronato y de presentación de personas idóneas a la mitra de Pamplona; con este privilegio el

Papa canonizaba y daba por buena la conquista y la ocupación del viejo reino; el emperador se encargaría de nombrar para la mitra a eclesiásticos de máxima confianza” (I. de Azkona). Felipe II estaba muy celoso de esos privilegios. Ni tan siquiera cristiano se podía ser sin *permiso regio* en los dominios filipinos. El Emperador tenía atados muy corto a sus Obispos. Según explicaban los juristas y teólogos imperiales, al Rey le correspondía un *vicariato apostólico*... Exigía estrictas cuentas a los Obispos. Éstos, como se sabe, tenían que rendir cuentas ante el Sumo Pontífice, acerca de la marcha de la diócesis. Pero Felipe II no les permitía ni eso: las cuentas se le presentarían a él, no a Papa alguno. Toribio de Mogrovejo –conocido actualmente como Santo Toribio– se empeñó en que daría cuenta de lo suyo al Papa, en contra del Rey. No en valde. Por real orden fue conducido inmediatamente ante los Tribunales, donde tuvo que vérselas con el diablo. Felipe II dejó bien patente, en el pleito de Caranza, que en sus dominios no había más Santo Padre que él.

Cuando tratamos de períodos lejanos perdemos fácilmente la perspectiva. Un Obispo es un Obispo. Pero si nos hallamos en el siglo XVI, el Obispo es, en primer lugar, servidor y emisario del Rey. Apóstol y policía de los intereses de la Monarquía. Como la propia Inquisición es una herramienta política. De sobra conocemos hasta qué punto iban unidas política y religión para los Habsburgos. Máxime, en el nombramiento de Obispos. Y nadie podrá creer que un “Renacimiento vasco” iba a despertar interés en el Rey. Tampoco en los Obispos, por tanto: ni le va a interesar lo más mínimo al clero ignorante que está a las órdenes de los Obispos.

Con absoluta claridad expresaba en su testamento Felipe II, ese que cerró las fronteras y separó Euskal Herria de la Diócesis de Baiona, qué importancia concedía a Euskal Herria y, más concretamente, a Navarra, puesto que ésta era limítrofe: *si aquel Reyno [Navarra] hubiera caído en manos de tan grandes herejes como han sido y al presente son los sucesores de quien lo perdió...* ¡Gracias a que Navarra no es libre! Ha sido la Providencia quien ha entregado Navarra a España en el preciso momento, como dice Felipe, para evitar que caiga en poder de la herejía. Y Felipe va a ayudar a esa misma Providencia, precisamente, con sumo placer: nombrando Obispos para ella. Los Obispos que le conseguirían Euskal

Herría. El Rey Felipe quería ver a todas las ovejas incorporadas al rebaño.

Consecuentemente, el nombramiento de Díaz de Luko es la cosa más lógica del mundo. En la lógica política de los Habsburgo, claro, no en la lógica de Trento (aparte de que Trento también está en la lógica de los Habsburgo). No era una mala excusa la religión para “integrar” a Euskal Herría. Brujas, herejes, etc., no fueron malos inventos, en efecto, para asentar la Autoridad Real en Euskal Herría.

El rey Fernando ganó el reino de Navarra cubriéndose el rostro con la careta de la Religión; el verdadero conquistador no fue el Duque de Alba, sino Julio II. Los partidarios de Castilla nunca dejaron de poner muy de bulto el aspecto religioso de la conquista, y como durante el siglo XVI España fue el campeón del catolicismo, y las guerras contra los protestantes excitaron sobre manera el sentimiento católico, que en los nabarros era muy vivo, formóse ambiente favorable a los prestigios de que se valieron los detentadores al dar ya sus primeros pasos. Los reyes de España cuidaron de que los Obispos de Pamplona y los abades de los monasterios que componían el brazo eclesiástico de las Cortes y entraban en ellas por la puerta falsa de la naturalización, así como otras dignidades de la Iglesia, NO FUESEN NABARROS. La significación católica de la monarquía española se atrajo para sí el fervor del tiempo presente y borró los recuerdos del tiempo viejo. Las personas eclesiásticas, deliberadamente algunas, inconscientemente otras, sembraron adhesionismo a manos llenas. En el último tercio del siglo XVI los monjes cistercienses de Leyre, haciéndose reos de ingratitud imperdonable, emparedaron en oscuros rincones los restos de los monarcas nabarros, bienhechores indignes de su casa, y quitaron sus sepulcros de la vista del pueblo, para que el pueblo con la mayor facilidad los olvidase! A causa de la naturaleza religiosa, que tan eficazísimamente contribuyó a que Navarra se aviniera con la pérdida de su soberanía... (v. Campión, *Nabarra en su vida histórica*, 1971, 490-491).

De todas formas, todavía no se había *llenado de catecismos* la literatura vasca. Peor aún. Continuó vacía. Por tanto, tanto apologistas como tridentinistas no han tenido más que bellas palabras para el euskera: ni el espíritu renacentista ni el tridentinista ha aportado frutos a la literatura vasca en Hego Euskal Herria. Tanto unos como otros eran españoles. Españolistas. Megalómanos. Hego Euskal Herria perseguía ciegamente a Castilla. Y España la iba integrando paulatina, taimadamente en su rebaño. Estaba civilizando, domesticando al lobo de otrora.

Son historias que en alguna otra parte hemos contado y sucedieron en 1613. A los alcaldes y representantes que no sabían español (exigían saber castellano *para que mejor se gobierne la república*) aquel mismo año se les prohibió tomar parte en las Juntas de Bizkaia... Entre historias de herejes y de brujas. Alcaldes castigados. Brujas políticas. Herejías políticas (no saber español). Danzaba en Zugarramurdi el demonio absolutista. Al son de la música eclesiástica.

HUMANISMO, BRUJAS, HEREJÍAS, AUTOS DE FE: LA AGONÍA DE LA LIBERTAD DE ESPÍRITU

Yo, lo confieso, no solo no soy latino de raza (como vasco que soy) sino que aunque con la mente procure comprender el latinismo, mi corazón lo rechaza. Culmina, a mi entender, el espíritu latino en el catolicismo, hasta tal punto, que aún los librepensadores latinos son católicos sin saberlo. El ideocratismo latino y su idolatría me repugnan; me repugna su adoración en la forma y su tendencia a tomar la vida como obra de arte, y no como algo formidable y serio (Unamuno).

En 1534 encarcelaron en Inglaterra al humanista Tomas Moro; en aquel momento Juan de Vergara, esperanza de los humanistas españoles, estaba pudriéndose en las cárceles de la Inquisición. “Malos tiempos vivimos: estar callado es tan peligroso como hablar” escribía Luis Vives a Erasmo. Éste se vería inmediatamente condenado por la censura en España. Al igual que la *Utopía* de Tomas Moro... Se dará fin a la primera mitad del siglo XVI con la persecución de los humanistas. La Internacional Antihumanista se apodera del mundo. La Reforma y la Contrarreforma. “El espíritu español”.

Presenciaremos en toda Europa cómo la libertad de los humanistas —de la inteligencia crítica— va a ser pisoteada por la bota de la superstición, los mitos, la intolerancia y el absolutismo. Y en España, peor que en cualquier otro lugar. En esta época, España se ha convertido, en todos los sentidos, en una “sociedad cerrada”, tal como la ha definido

Henry Kamen (v. *The Spanish Inquisition*, 1965).

El siglo había dado comienzo aireado por una fresca brisa. en 1474 se montó la primera imprenta del Estado en Valencia (en Euskal Herria se imprimió el primer libro, en Pamplona, el año 1495). En 1480 la Ley permitió la importación de libros extranjeros. En Alcalá y Salamanca trabajaban jóvenes profesores humanistas. Alfonso de Fonseca, el Arzobispo de Toledo, y el propio Inquisidor Mayor, Alonso Manrique, eran erasmistas...

El contraataque de la Inquisición se inició en 1529 (España no necesitaba de ningún Trento para batir todas las marcas del tridentinismo intolerante que más arriba se nos ha descrito): sabe Dios cuántos profesores y humanistas fueron apresados y hacinados en las cárceles. O aterrorizados y, en consecuencia, enmudecidos por el temor. Pero el infierno fue encendido por Felipe II. El domingo de Trinidad del año 1559 se prendió, en Valladolid, la primera hoguera inquisitorial, bajo la presidencia del Rey Felipe: en una gran ceremonia se condenó a treinta personas, de las que catorce fueron reducidas a cenizas en la hoguera de aquella misma plaza pública. Ese año, el Rey dio la orden de que todos los que estaban estudiando en el extranjero volvieran en el plazo de cuatro meses (los estudiantes euskaldunes y, entre éstos, los navarros, que mostraban notoria tendencia a acudir a Francia, por lo tanto, en adelante deberán estudiar en Universidades españolas). Se introdujo, asimismo, una severa censura de libros y el contrabando de los no permitidos fue castigado con pena de muerte. Felipe II, al objeto de perfeccionar la "sociedad cerrada" ubicó la frontera eclesiástica en el Bidasoa, con el fin de que no entrase en su territorio ni un solo virus de herejía.

Recordemos que, casi al mismo tiempo que en todas partes prendía la llama del fanatismo antiluterano, se nombró Obispo de Calahorra al de Luko, el primero que intentará buscar predicadores euskaldunes.

Y recordemos, asimismo, que la Inquisición por su parte realizó otras muchas obras en ese mismo año en Euskal Herria. A comienzos del siglo XVI (1510) llegó a Tudela un inquisidor, apoyado por Fernando el Católico. Los tudelanos, indignados, apelaron a las Cortes de Navarra: *¡Que nos quiten a ese fraile que se llama inquisidor!* Y, al parecer, se largó

con la celeridad del rayo. A partir de entonces operaría desde Calahorra y Logroño, ¡Y cómo! El Tribunal Inquisitorial que más duras condenas impone, en toda España, es el de Calahorra: porque era el Tribunal de los euskaldunes, según explica Kamen. Entre 1540 y 1599 fueron condenadas 310 personas en Calahorra. Y otro dato: en esta segunda mitad del siglo XVI, unas doscientas personas fueron condenadas por luteranismo en toda aquella España; más de un tercio de ellas, euskaldunes. Además, viene el paroxismo de la brujería, cuya estampa más terrible también se pinta en Euskal Herria. Etcétera. Fácilmente podremos imaginar el ambiente que se padecía en Euskadi. Aún hoy, en Bermeo, tras muchos cientos de años, se dice que alguien es peor que “inkisisiñoa”, para dar idea de su grado de maldad.

No merece la pena extendernos más con eso de la Inquisición porque, si no, los hipócritas nos achacarán que estamos haciendo “leyenda negra”. Una sola cosa más: que absolutamente todos los “libros devocionarios” debían pasar severísimos controles; antes de imprimir y después de salir de la imprenta, previamente a su difusión. Una vez realizada la distribución, si alguien alojaba alguna sospecha, estaba obligado a ponerla en conocimiento de la jerarquía. Aunque se deseara escribir alguna doctrina en euskera, este ambiente desanimaba a cualquiera. Especialmente teniendo en cuenta que la censura ha solido pedir la traducción íntegra española de los libros en euskera, porque los censores no entendían esta lengua. A esto fue debido, por ejemplo, el retraso en la publicación de la obra *Cristau Doctrina guztiaren esplikazioaren saiakera*, de Gerriko: le ordenaron, nada menos, que la tradujese entera al español, para que el censor la entendiera.

De paso, he de hacer otra advertencia: hace mucho tiempo que se pecataron de que la censura —o la excusa de la censura— era una magnífica arma para reprimir la cultura vasca. En el siglo XIX, alguien escribió a mano lo siguiente en una obra de Iztueta, según publicaba Aita Donostia: *El pueblo guipuzcoano carece, en verdad, de las grandes ventajas de la prensa: lo uno, porque en su lengua apenas hay más escritos que los necesarios para enseñar los principios de la religión...; lo otro, porque aun cuando algunos guipuzcoanos quisieren como Iztueta escribir varias materias, tendrían que sujetarse a la censura del corregidor, cuia autoridad en nom-*

bre de un gobierno despótico se hace sentir con tanto más peso en este punto, cuanto que es el único en que no está templado por los fueros y franquicias del país.

Pero dejémonos de árboles y vayamos al bosque: de la censura a la Inquisición.

Difícilmente habrá personalidad intelectual alguna que no haya tenido sus más y sus menos con la Inquisición: humanistas como Nebrija y El Brocense, o poetas como Góngora, el mismo Cervantes, filósofos y teólogos, curas y obispos, caballeros e infantes, místicos y santos, todo lo terrorizaba el Santo Oficio. A Fr. Luis de Granada, autor de libros devocionarios, le dio un trato vejatorio. Su *Libro de Oración* obtuvo un increíble éxito en toda España: veintitrés ediciones en cinco años. Pero en 1559 lo decomisaron en la Casa de Indias. Por la gracia de Melchor Cano. En vano trató el desdichado Fray Luis de alejar la maldición de su libro. Aquello que marcaba la impronta de la Inquisición quedaba maldito para siempre. Al final fue el Concilio de Trento quien aprobó el libro. Pero el de Granada no levantó cabeza en lo sucesivo: su *Guía de Pecadores* también ingresó en la Casa de Indias... Como el lector sabrá, Axular utiliza a menudo esta obra de Granada prohibida y decomisada. Axular, por otra parte, no cita a muchos coetáneos suyos, pero menciona a uno de ellos como “santo”: Tomas Moro. También alude una y otra vez a un tal Ribadeneyra que, por cierto, en España no estaba nada bien visto, por la dura campaña que emprendió contra los jesuitas, cuando éstos, en el Capítulo de 1593, impusieron la obligación de la “limpieza de sangre” para entrar de aspirante en la Compañía; también cita a Ovidio (en latín, ¡nada menos!), quien tenía el original de *Amodio Artea* en la Casa de Indias... Axular habrá de pasar a Francia, en busca de aire fresco.

Pero en el pueblo hacía más impresión la caza de brujas que la de “herejes”, sin duda; a pesar de que el acoso y derribo de herejes en Calahorra era más fogoso —en la acepción más ortodoxa del término— que en ninguna otra parte.

Las más terribles inmolaciones de brujas se dieron a principios del siglo XVII: el siete de noviembre de 1610 se celebró en Logroño (Nava-

rra) un auto de fe con tanta ceremonia y parsimonia que no concluyó hasta el día siguiente¹⁴. Fueron traídos 53 presos, de ellos 29 acusados de brujería. Al final se les dio fuego en la pira a once brujas (cinco, *in effigie*). A cuenta de ellas, en Navarra se desarrolló una persecución muy cruel. Un inquisidor se vanagloriaba de haber hecho quemar en el fuego a más de cincuenta brujas, él solo. Un año antes (1609) en Ipar Euskal Herria Pierre De Lancre condenó e hizo asesinar a más de seiscientas personas, entre ellas, dos curas. Y otros cinco fueron salvados por el obispo Etxahuz de las garras de De Lancre. Por lo visto, ese pájaro De Lancre creía que todos los euskaldunes eran brujas y consideraba brujos o algo parecido también a los curas euskaldunes (por lo cual, para convertir a las brujas habrá que traer curas de fuera). De Lancre procesaba un ciego odio fanático contra los euskaldunes. La política paternalista es una antiquísima táctica: primero se apalea al burro y luego se le ofrece la zanahoria. Tras aterrorizar a la gente, pues, la reina se apiadó de ella y, compadeciéndose, en lugar de enviarla al castigo y a la hoguera, como ella era todo corazón, un real corazón y corazón real de reina, resolvió misericordiosamente enviar predicadores para que, melosamente, convirtiesen a las brujas y las condujesen por la senda del bien: *Ene seme alaba chipi laztanchoak, ofizio zital ori utzi eguiçu. Biurtu zaitez Jaungoico poderosoagana Christau onak bezela; sinisten deçula Jesu Christo Criadore eta Redemptoreagan, eta aren Fede Santa Catolican, Eleiza ama Santuac sinisten aguintzen dituen moduan...*¹⁵ “Al principio, la gente, aterrorizada, presa del pánico, huía a los montes y bosques, temiendo que vendrían a

¹⁴ El término *auto* (*de fe* o *da fe*) en portugués significa acto y se refería, sin más, a cualquier celebración pública solemne y, más concretamente, los grandes espectáculos de teatro que con motivo de las fiestas de Corpus Christi se ofrecían (los *autos sacramentales*). Un *auto da fe* consiste, pues, en una liturgia pública de fe: se traían a los presos en procesión hasta la plaza, cada uno con su *sambenito* (*saco bendito*, es decir, vestido bendecido) con el objeto de que confesaran su pecado de herejía, para que maldijeran ante la multitud sus perversas doctrinas heréticas y, profundamente arrepentidos, fueran quemados en la hoguera, a guisa de penitencia.

¹⁵ Entrañables hijitos e hijitas, abandonad esa tendencia. Volved hacia Dios Todopoderoso como buenos Cristianos; creed en Jesucristo Creador y Redentor y en su Santa Fe Católica, tal como la Santa Madre Iglesia nos lo ordena...

cometer las mismas tropelías. Después, viendo que no ocurría así, acudían en manada a escuchar los sermones y a confesarse. De esta forma, aquellas misiones cosecharon abundantes frutos” (Villasante).

La brujería del siglo XVI en el País Vasco —opina Barandiaran— no era más que la brujería que estaba difundida por todo el continente europeo y se fue adaptando a nuestro país como lo hizo en los demás pueblos. Lo curioso es que el hombre tiende a encarnar estas cosas en alguien, y este alguien depende de las circunstancias políticas, económicas, religiosas y de otro tipo; gracias a determinados designios de orden político, la brujería pareció encarnada en los vascos. Esto interesaba a ciertos políticos y gentes arribistas, como hoy interesan disés de un signo muy parecido porque resultan útiles; entonces se decía de nosotros: “Estos son brujos”, una manera de castigar al adversario, y luego tratarlo como a tal, como si el nombre hiciese a la cosa. Así los llevaban a los tribunales. Los jueces de estos tribunales estaban constituidos ya en aquel tiempo por extraños al país, no conocían nuestra lengua, etc. (Ugalde, *Hablando con los vascos*, 1974, 30/31).

Es simple. Tan simple como que Zugarramurdi está en Navarra. En la Navarra conquistada. Los euskaldunes eran diferentes. Eran bárbaros. Eran franceses. Eran brujos. Y así perdurará en los siglos XIX y XX. Y ahora.

Exactamente en esos 1609 y 1610 comenzarán en el Levante español las expulsiones sistemáticas de los moriscos. Entonces simulaba Venegas de Figueroa organizar certámenes de poesía en Pamplona... en los mismos años en que se producen en Euskal Herria las mayores inmolaciones de brujas.

Fueran herejes o fueran brujas, la religión había dejado a Euskal Herria en manos de España. Y España utilizó la política de siempre: en una mano el látigo, en la otra la zanahoria. Fuerte ahora, suave luego. Doctrinas cristianas y piras inquisitoriales. Certámenes literarios y caza de brujas. Así se adiestra, así se humilla, así se domina al asno. ¡Menudo asno, Euskal Herria!

Cómo se las arrebaban los euskaldunes para rehuir todo ese terrorismo es algo que ignoramos. De todos modos, insistimos, es sintomá-

tico que Axular, que ha hablado de todos los pecados que existen y han existido, tal como son, no diga ni una sola palabra sobre brujería. A pesar de que Garibai era, en razón de su cargo, familiar de la Inquisición –según él mismo confiesa– en absoluto le agradaban los asuntos del Santo Oficio.

De todos modos, no se ha visto oposición por ninguna parte. Y a los euskaldunes nos gustaría tener la historia más hermosa. En comparación con esa España macabra, se suele querer destacar el espíritu tolerante y democrático de los euskaldunes de aquel tiempo. Antes de la guerra eran muy citados algunos casos que lo demostraban: el P. Vitoria, sobre todo. Es una majadería. (Pero no mayor majadería que la que cometen quienes hacen eso mismo y más, con respecto a los otros. Porque, ¡bien a gusto que los otros citan sus héroes! Bastante más a gusto que sus trapos sucios y traidores. Así es el mundo).

Casos no faltan, de cualquier manera. Y que en Euskal Herria la Inquisición hallara más casos de herejía que en ningún lugar, tal como después se encontraron más lectores de la *Enciclopedia* que en cualquier otra parte, era debido al ambiente, quizá algo más liberal, del País Vasco. Porque una cosa es indudable: de todos los herejes que fueron quemados, la gran mayoría no serían herejes, sino un poquito más liberales que la media.

El propio San Ignacio era demasiado liberal en aquella España negra, a pesar de que carecemos de un prototipo de liberalismo. (Valdría Areilza, por ejemplo, demócrata y maestro de democracias en España). En España se trataba como un paria al judío o árabe converso. Tenían prohibido ser cura o entrar en cualquier orden religiosa. Los jesuitas les abrieron las puertas. (San Ignacio, con ironía, llamaba *humor español* a esa manía de la pureza de sangre). Y por eso se organizó una fabulosa campaña en contra de los jesuitas. A la Compañía le llamaban “la Sinagoga”. Pero San Ignacio no se rindió: continuó calificando de *humor de la Corte y del Rey de España*, ahora con más sarcasmo que humor. (No hemos de olvidar que el propio San Ignacio había pasado por las garras de la Inquisición e incluso había sido tomado por judío, por celebrar los sábados en honor de la Virgen María). También hizo frente el de Loiola al espíritu inquisitorial en otro importante punto. Si nacía la sospecha de

que alguien era hereje, había que llamar inmediatamente a la Inquisición. El de Loiola prohibió a sus seguidores denunciar a ningún miembro de la Compañía a la Inquisición. E incluso consiguió un privilegio: si había algún hereje o sospechoso de herejía, sería la Compañía la que lo juzgase, no la Inquisición. Provocó un cúmulo de escándalos. Pero el de Loiola no quería saber nada de la Inquisición y se mantuvo contumaz en ello, en contra del Rey, de todos los Obispos y de la todopoderosa Inquisición. Al fin, llegó a prohibir a los jesuitas que fueran inquisidores. Lo curioso es eso: el primer antijesuitismo lo han constituido los aspectos más positivos y progresistas de San Ignacio y lo han montado los sectores reaccionarios más negros de España...

No hay por qué convertir a los euskaldunes en la personalización de la democracia y la tolerancia. Todos conocemos el éxito que aquí ha logrado el racismo. Euskal Herria aprendió todo eso de Castilla. Aunque a veces se puede afirmar que el discípulo aventaja al profesor.

De todos modos no parece real pensar que, algunos por lo menos (no todos), tuviesen otra impresión sobre el carácter y naturaleza de la España oficial. Los euskaldunes, en territorio doméstico, tenían otros hábitos y costumbres civiles que los castellanos. (Voltaire hace quemar a un vizcaino en un auto de fe, en Lisboa, acaso porque era el “combustible” típico...). Así ha solido interpretar la mayoría al P. Vitoria: v. *El Padre Vitoria visto por un vasco (Cinco Conferencias)*, de J.A. Agirre. En este sentido, Manu E. Lipúzcoa dice así:

En la doctrina y en la conducta de este personaje vasco se da toda una coincidencia con el espíritu y línea de las instituciones y leyes vascas. Traduce en su derecho de gentes lo que sus hermanos de sangre habían llevado a la vida socio-política. Siendo, además, miembro de una de las principales y más comprometidas familias alavesas, Vitoria conocía el espíritu que inspiraba desde tiempo inmemorial los *batzarres* de Arriaga, en coincidencia con los otros de Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya, o sea, tanto el marco general del país como el de cada valle y aldea. Al fraile Vitoria le tocó echar por tierra muchos tabús que, sobre todo en su época, era sumamente peligroso arriesgarse a tocar. Llegó a ser perseguido por los magnates españoles en base a sus ideas clarividentes, opuestas a la norma de conducta de los conquistadores, ya de América ya de Navarra, y otros países.

Estos contenciosos de fe y religión no eran asuntos únicamente eclesiásticos, claro. Se ha solido decir que, mediante esas persecuciones, la Autoridad central (española) pretendía “integrar” y homologar Euskal Herria y especialmente Navarra. Como es sabido, la Inquisición era una poderosa herramienta política del centralismo y del castellanismo. No hay más que recordar los conflictos forales que la Inquisición provocó en Catalunya, Aragón, Valencia. De sobra conocida es la historia de Antonio Pérez y la abolición de los Fueros aragoneses. En 1485 se refugiaron en Navarra los judíos que apuñalaron al Inquisidor de Zaragoza, Don Pedro de Arbués. Bueno, los que pudieron refugiarse. Al resto les infligieron terribles torturas y, al final, los descuartizaron en la plaza de Zaragoza. En 1507 tenemos el caso de la familia Borja, que también huyó a Navarra: Fernando lo quería apresar; pero su enemigo había conseguido ocupar altos cargos y revestirse de grandes honores en la Corte de Albrít. Entonces Fernando el Católico obligó a la Inquisición a que dalarara hereje al de Borja... Los euskaldunes –como los catalanes y semejantes– no se avenían con las exigencias de la “sociedad cerrada”¹⁶. El quehacer de la Inquisición era defender a España, dice Kamen. Era defender ciertas clases de España, precisaríamos nosotros.

Aprovecharé para citar un caso, al que en Euskal Herria no se le ha dedicado excesiva atención: el asunto de Karrantza. El pleito de Karrantza y Miranda es, sin ninguna duda, el affaire más sonado de la Inquisición, *la cause célèbre*. Ese Karrantza era navarro. Navarro, es decir, nacido en la Navarra autónoma e independiente, en 1503; conoció la ocupación de Navarra y las guerras de independencia, al igual que el P. Vitoria, y fue amigo de Azpilikueta que, a su vez, era también navarro, hijo de una conocida familia y abertzale.

Ya hemos hablado antes de las envidias y resquemores que provocaba convertirse en Secretario del Rey y ocupar altos cargos. Karrantza era,

¹⁶ Aquí deberíamos citar los Fueros de los siglos XVI y XVII (v., p.ej., in *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa*, de Albadalejo, 1975, 42-52: “Aranceles y fiscalidad, una perturbación constante”). Nos limitamos a los acontecimientos histórico-culturales.

como otros, hijo de labradores menesterosos. Pero hidalgo, noble, según hemos podido saber. Inició con doce años sus estudios en la Universidad de Alcalá. Más tarde, finalizados estos en Valladolid y Roma, los jefes le nombraron censor de la Inquisición, pues para entonces había ingresado en la Orden de los dominicos. Le llovieron ventajosas ofertas (para ser confesor del Rey y obispo, por ejemplo), pero Karrantza las rehusó todas. En 1533 fue a Inglaterra, como acompañante del príncipe Felipe. Pronto limpió el vehemente navarro tanto Oxford como Cambridge de toda clase de herejes. Los ingleses le apodaron *The Black Friar*, el monje negro. pero lo que para los ingleses era demasiado severo, a los ojos de los españoles resultaba blandengue: en los sermones que dio en Londres los espías españoles le encontraron cierto “sabor luterano”... De Inglaterra fue a Flandes, en todo momento acompañado del Príncipe. En 1577 falleció el Arzobispo de Toledo y el Rey Felipe nombró a su sucesor.

Y ahí tenemos a Karrantza, el hidalgo hijo de humildes campesinos navarros, como Arzobispo de Toledo (sin embargo, los Obispos de Pamplona siempre eran españoles). La aristocracia española, que tenía muchísimos hijos curas y frailes, jamás le perdonó al *monje negro* que arrebataste a sus hijos tal puesto. Los dos hijos del Conde de Lemos, especialmente: Pedro de Castro, obispo de Cuenca, y Rodrigo de Castro, oficial de la Suprema. Ambos comparecieron sin escrúpulo alguno, con admirable humildad evangélica, y declararon que despreciaban que la gente de “oscuras stirpes” ocupara altos cargos. Elevar al Arzobispado de Toledo a Karrantza, un labriego, navarro por añadidura, les parecía un insulto y un deshonor para la nobleza española.

El *monje negro*, por otra parte, aunque de talante sumamente estricto, para las “normas españolas” era un liberal demasiado abierto (H. Kamen). En su época de estudiante fue denunciado dos veces ante la Inquisición, por erasmista. También en Trento causó el disgusto de diversos Obispos y teólogos españoles, dado que al parecer ponía mayor empeño en demandar reformas radicales de la Iglesia que en condenar herejes. Por todo lo cual acusaron a Karrantza de ser un luterano disfrazado de católico. Además, todo indica que en cierta ocasión declaró que no le parecía importante que alguien creyese en el purgatorio, para va-

lorar si era hereje o no lo era... El perro denominado Melchor Cano y el Inquisidor Mayor Valdés serán los acusadores teológicos de Karrantza.

Karrantza ya sabía –todo el mundo lo sabía– que se estaba intrigando en su contra. Pero se dispuso a hacer frente únicamente a la nobleza y al Inquisidor. Al final, a los dos años exactamente de haber sido nombrado Arzobispo, en agosto de 1599, el Gobierno le citó a Valladolid, para que respondiese de las sospechas de herejía.

Desde Valladolid le llegó a todo correr un amigo teólogo, bastante liberal quien, a escondidas, le avisó del complot que estaba maquinando la Inquisición. El teólogo que se había atrevido a burlar los planes del Inquisidor era Pedro de Soto. A pesar de que Axular –que también es navarro– no nos cita a muchos autores contemporáneos suyos, alude en dos ocasiones a este Pedro de Soto, llamándolo “Gran Doctor”.

En Torrelaguna, camino de Valladolid, se le apareció el citado Rodrigo de Castro, rodeado de diez hombres armados, y apresó al Arzobispo de Toledo. Era el 22 de agosto de 1559. El pleito –la prisión, por tanto– contra Karrantza se prolongará hasta abril de 1576, hasta poco antes de morir Karrantza. En Ipar Euskal Herria algo semejante le ha ocurrido a Saint-Cyran con Richelieu. Norte, Sur: una única historia.

Siete largos años mantuvieron a Karrantza en un cuarto cerrado, sin que viera a nadie, completamente aislado, sin siquiera comulgar. Siete infernales años de presiones, humillaciones, coacciones, interrogatorios, amenazas, burlas. Pero el navarro no se rendía.

Todos sabían que el juicio no era teológico, sino social y político. Tampoco el Sumo Pontífice lo ignoraba, y así lo declaraba. Eso es lo que dejó a Karrantza desprotegido. Nadie osaba proferir una sola palabra en favor de Karrantza, es decir, enfrentarse a la Inquisición y a la nobleza. Una sola persona se alzó en apoyo de Karrantza. Navarro también, afortunadamente: Martín de Azpilikueta, nombrado “el Doctor navarro”. Uno de los escasos coetáneos citados por Axular, en dos ocasiones, además. El Doctor navarro sacrificó su honra y su fama y su porvenir y su carrera, todo, por ayudar a Karrantza. Como escribía Marañón, en toda esta historia aparece un solo hombre, uno solo honrado, en medio de toda la podrida canallada que era la sociedad española.

Es impresionante el destino de los dos navarros. Ambos son, de algún modo, la Navarra vinculada en España. Un guión para una película, al estilo de las tragedias griegas: historias de expatriación e imposibilidad de integración en el Imperio.

Ahí dejamos a Karrantza y Azpilikueta, con el amargo cáliz de su desgracia. Ambos navarros vivirán un infierno español.

Parece que estos tormentos han asfixiado a Euskal Herria. Y no es extraño. No existe libertad alguna para aventurarse a explorar nuevos caminos. El espíritu vive bajo el temor. Se le han quebrado las alas. Impartir la doctrina, adherirse literalmente a la ortodoxia más concisa, vivir discretamente, alerta, y salvar el pellejo: éste será el principal quehacer. La virtud más preciada en estos tiempos es la obediencia. El humanismo vivirá, pero sólo al margen, como en la clandestinidad.

PUEBLO SIN ESCOLARIZAR

A la raza vasca... sólo le falta cultura, decía Ortega y Gasset. Y Sánchez Albornoz ya sabe que nuestro problema es ése, precisamente, es decir, tener *mil años menos de civilización que cualquier otro pueblo*. Y qué. ¿Acaso es mentira?

Según qué se entienda por cultura y civilización. De cualquier modo, es cierto que no tenemos Universidad, por ejemplo. Que tampoco tenemos escuela.

No tenemos Universidad y no se nos quiere permitir tenerla. No se nos ha permitido tener Universidad a lo largo de los siglos. Y durante esos siglos, los jauntxos de aquí no se han esforzado sinceramente en que Euskal Herria tenga su Universidad. Para qué: *Creo que con una carrerita como la de perito mercantil es suficiente para Pamplona*, decía el Conde de Rodezno, aquel gran jefe de los carlistas (y de los navarros!). Y quien pretenda algo más, ahí tiene las Universidades españolas.

Unamuno, que en una época era muy internacionalista y el apóstol de los socialistas del PSOE en Euskadi, burguesito atemorizado, decía que era mejor que los euskaldunes no tuviéramos Universidad. Así nos encontrábamos en la necesidad de salir de casa. Y eso nos abre. Nos enriquece. Nos amplía la mentalidad... No es una mala razón, si es buena. (Y tal vez sea una buena razón para quienes poseen montones de dinero para enviar a sus hijos a estudiar a cualquier Universidad). Es un argumento copiado a Uharte el de Garazi. No sabemos cómo no se le aplica a España, si es tan contundente argumento.

Mucho se está escribiendo estos días sobre la Universidad Vasca –es decir, sobre su ausencia–. Dejémoslo ahí.

Tampoco tenemos escuela.

En estos momentos no tenemos escuela porque no se nos permite. Pero esto es lo que nos ha sucedido al final. Antes no teníamos escuela; y no era porque no se nos permitía, sino porque no queríamos tenerla. Jamás hemos tenido escuela.

¿Qué demonios ha pasado aquí? Los jauntxos euskaldunes han negado a Euskal Herria la escuela que se le debía.

Podríamos afirmar rotundamente sobre las escuelas y la cultura vasca aquello que Joakin Jamar decía de los Fueros: *Dos grandes demoledores ha tenido nuestra vieja legislación* [es decir, nuestra cultura] *en el sentido del retroceso, uno fuera y otro dentro del país: fuera, el poder central; dentro, el caciquismo, o para que el lector me entienda mejor LA JAUNCHERÍA.*

En aquellos siglos XV y XVI quien quería estudiar se las debía ingeniar para conseguirlo, como pudiera. Él se tenía que buscar en qué lugar aprender, a quién tomar de profesor, etc. No había escuelas, en el sentido actual, por lo menos. Pero algún cura o algún fraile o algún escribano retirado ya le daría clases, si ponía empeño. Las familias principales tenían maestros particulares para sus hijos. Poquísimos sabían leer y escribir. La gente llana no iba a ningún tipo de escuela, sino a trabajar desde la más tierna infancia.

En los caseríos de montaña, al menos, todavía se pueden presenciar ejemplos similares. Los padres de algunos de nosotros, nacidos en caseríos alejados, en toda su vida no han ido a la escuela sino durante unos meses. Se las arreglan para leer algo. Echar una firma es toda una epopeya. Y antes todo el mundo vivía así en Euskal Herria.

A finales del siglo XVI y a lo largo del XVII comenzaron a surgir las escuelas en nuestros pueblos. Y los Ayuntamientos comenzaron a asumir la tutela de las escuelas. En 1577 el Corregidor visitó Elgoibar y, viendo que a un maestro se le pagaba del capítulo de gastos municipales, se escandalizó y quiso castigar al Alcalde y Concejales, porque pagando a un maestro se dilapidaba el patrimonio municipal. Les ordenó que todo lo

que habían gastado lo restituyeran a las arcas municipales de su bolsillo. Pero el pueblo resolvió que aquellos dineros estaban bien gastados. De todas formas, el Ayuntamiento de Tolosa consiguió en primer lugar una Real Cédula, antes de comenzar a pagar los gastos de la escuela. Los ediles tolosarras temían, seguramente, que se les hiciera pagar con sangre, si no lo amarraban todo de antemano.

Las escuelas comenzaron a tener cierta importancia en el siglo XVII. Los Ayuntamientos se hicieron cargo de ellas (más tarde las Diputaciones asumirán la responsabilidad y, al final, el Estado). Por supuesto no podrían compararse las escuelas actuales y las de entonces. Leer, sobre todo, y escribir (un poco); sacar las cuentas fáciles, sin complicación; y doctrina cristiana: ésas eran todas las asignaturas. Se cuidaba mucho la buena caligrafía, porque era muy importante de cara al futuro. Y ni que decir tiene que en aquella sociedad también se le daría gran trascendencia a la doctrina.

En estas escuelas se utilizaba el euskera (a menudo, la escuela en sí era el pajar o desván de algún caserío). Pero no podríamos afirmar que se aprendiese euskera. Sí, en cambio, que se aprendía algo de castellano. Aunque en base a métodos muy primitivos: el maestro decía una palabra en español y los niños la repetían; quienes eran capaces la escribirían y todo se aprendía de memoria, a fuerza de meterlo en la mollera, cantando las lecciones hasta aburrir a las arañas, con estridente griterío, ante un maestro que por cualquier nimiedad alzaba la vara. En algunas escuelas también se podía aprender latín; en escuelas particulares, especialmente.

Aquella Euskal Herria era todavía euskaldun, es decir, se expresaba en euskera. No habría mucha gente capaz de hablar en español. Incluso en las casas nobles (en Loiola o Xabier, por ejemplo) se hablaba en euskera. Como dice Gregorio Monreal: *Algunos grupos sociales estaban en condiciones para conocer la lengua castellana: todas las gentes que vivían de la pluma, los peones temporeros que acudían a Castilla a trabajar en las faenas de recolección —llamados “gaztela mutillak”—, los indianos que retornaban a sus lugares de origen, los que se dedicaban a la actividad comercial y los que habían permanecido en el ejército o en la armada en largas estadias.* El resto no sabía sino euskera. Por lo tanto, en las escuelas de aquella

Euskal Herria era casi imprescindible valerse en cierta medida del euskera.

Tal vez podríamos dividir del siguiente modo aquella escuela, teniendo en cuenta que se impartían tres disciplinas:

– La doctrina cristiana era impartida, casi en su totalidad, en euskera.

– La contaduría o aritmética, en español.

– El P. Lasa opina que se aprendía en español a leer y escribir: *Catecismo se aprendía en vascuence. Pero el estudio sistemático del vasco en las escuelas creo que no se practicó.*

Sabemos, sin embargo, que en algunos pueblos se practicaba un bilingüismo singular. El mismo P. Lasa cita algunos casos. Esto significa que si a Euskal Herria se le ha negado la escuela, no ha sido sin oposición. Pero nada pintaba ésta.

Un docente que practicó el bilingüismo –pero éste es un caso muy moderno– fue Agustín Pascual Iturriaga, conocido en la literatura vasca. Era autor de la obra *Diálogos vasco-castellanos para las escuelas de primeras letras en Guipúzcoa*: el texto aparece en euskera en una parte y en español en la otra. Iturriaga, además de ilustre pedagogo, era un esforzado militante euskerófilo. Opinaba que si el euskera retrocedía era por culpa de los inadecuados y torpes métodos pedagógicos, y que la gente no aprendía como debía, ya que desde el comienzo se les enseñaba en español a los niños. Pensaba que, comenzando en euskera, saltando de un concepto conocido a otro, los críos aprenderían mejor y no perderían el euskera. De este modo, el chaval cultivaría euskera y erdera.

Así pues, Iturriaga tildaba de antipedagógica la costumbre habitual, es decir, enseñar únicamente castellano desde el mismo comienzo escolar. Lo que ahora nos importa es, precisamente, eso: que la costumbre habitual es utilizar solamente el español. Iturriaga sería la única y honrosa excepción que confirmase la regla ordinaria.

De todos modos, no parece que sea la única excepción. Iturriaga concluyó su trabajo para comienzos del siglo XIX (antes de 1830 había terminado su libro, aunque lo publicó en 1842). Tal vez caminaba por la

senda del Seminario de Bergara. Existen otros partidarios del euskera en ese siglo XIX: Ulibarri, A. Jose Antonio Uriarte, etc.

Y hay otro aún que merece mención extraordinaria: el maestro Luis Astigarraga. De él son estas palabras:

Muy fundada me parece la opinión del sabio Larramendi, que dice ser una errada conducta la de prohibir a los jóvenes vascongados el hablar en las escuelas su lengua nativa; pues la experiencia de veinte años en que he ejercido la educación de mis hijos y de muchos otros jóvenes, y las dificultades que estoy palpando en mi colegio para enseñar a los niños de este país cualquiera ciencia, y particularmente la gramática castellana, han acabado de convencerme de que todo debe explicárseles primero en vascuence, poniéndoles oportunos ejemplos y comparaciones en ambas lenguas; si ya de antes no comprenden suficientemente la castellana, aunque en todo lo demás que entiendan se les hable siempre en esta última lengua.

Como se ve, no eran unas tremendas exigencias las que ese pedagogo proponía para mantener el bilingüismo. No se podrá afirmar, al menos, que proclamara “el imperialismo del euskera”. Pero incluso lo poco que solicitaba era demasiado, al parecer... Siempre es “demasiado” cuando se pide algo para el euskera.

Dejando el siglo XIX, un maestro particular ha sido J.A. Mogel en el XVIII. Conocidísimo éste también en la literatura vasca. Tal como declaraba su sobrina Bizenta, el autor de *Peru Abarka* sabía enseñar letra y vascofilia conjuntamente. Mogel impartía latín, humanidades y euskera. Buena prueba de su calidad son sus sobrinos escritores, los hermanos Bizenta y Joan Jose.

En la escuela, pues, se ha utilizado el euskera. No había excusa para no usarlo. No parece que Garibai y compañía hayan estudiado en la escuela sin escuchar palabra en euskera. Mucho menos Axular y los suyos. Tampoco documentalmente se encuentra, es obvio, a nadie que haya aprendido expresamente euskera. Pero el hecho de prohibir el empleo o el hábito del euskera denota que había anteriormente un hábito de hablar en euskera.

Considerando excepciones a Iturriaga, Mogel, etc., vemos al euskera en las escuelas a partir del siglo XVI.

Etxepare no ha compuesto su obra expresamente para la escuela. Pero yo diría que no la ha olvidado del todo, porque escribe para que los euskaldunes *tengan alguna doctrina* (a pesar de que su *Doctrina Christiana*, como ya hemos dicho en alguna otra parte, no había sido concebida para la escuela); manifiesta, asimismo, su deseo de que *principes y grandes señores aprendan euskera*.

En Leizarraga se aprecia diáfano: el beraskoiztarra recordaba la escuela, sobre todo. Tradujo su *ABC edo Christinoen Instruktionea* para ayudar *Heuskal Herrian gaztetassunaren irakasteko kargua dutener*, a aquellos que tienen a su cargo la enseñanza de jóvenes en Euskal Herria:

Berze natione guziék, zeinek bere lengoagean bezala, heuskaldunak-
ere berean duentzat, zertan irakurtzen ikas ahal dezan... nezessario esti-
matu ukan dut, ABC haur berze instruktionerekin Heuskaraz-ere iar le-
din.

Leizarraga, en su obra, tenía en cuenta especialmente a la Navarra independiente, *minzatzeko manieraz den bezanbatean*. Porque había visto que su obra iba a servir en aquellas tierras y no en la parte anexionada a España.

En Hego Euskal Herria, sin una Corte que se preocupase de esta cuestión, comenzamos a cultivar el euskera mucho más tarde. Etxabe contaba que en la parte meridional incluso la religión se impartía en latín y español. Comenzaron a usar el euskera después del Concilio de Trento. Pero sus buenos sudores les va a costar a Larramendi, Kardaberaz, etc., ya en pleno siglo XVIII que, aunque sólo sea la doctrina cristiana, se enseñe en todas partes en euskera; y que la gente aprenda a leer en euskera, aunque sólo sea para poder leer libros de devoción. De todas formas, para esta época ya parece que en la escuela, por lo menos, se ha extendido la enseñanza de la doctrina en euskera. Traducimos de Kardaberaz:

En Bizkaia, y también entre nosotros, he visto a muchos sacerdotes realizando esa labor con gran celo. En interés de todos, en efecto, difícilmente se puede llevar a cabo una obra mejor que educar bien a los niños... Verdaderamente, ¿qué mayor vergüenza que ver a un euskaldun

crecido, un hombre hecho y derecho, que no sepa leer cuatro renglones en euskera, atascado en el texto, ni adelante ni atrás, ahogado sin poder salir del atolladero?

Kardaberaz dedicó su obra *Euskeraren berri onak* a un público singular: *Kura jaun eta Eskola-Maisu* zelosoai.

Pero Kardaberaz vive en el siglo XVIII y, además, cuanto dice este heraniarra sólo tiene validez en el apartado religioso. Para entonces la gran mayoría de pueblos disponían de escuela propia. E incluso más de una escuela, según casos, al decir de Ulibarri. Okendo (Álava) tenía tres escuelas: una cada parroquia, ambas en euskera, si hemos de creer a Ulibarri; y la tercera en castellano. Transcribimos unos párrafos de Lino Akesolo:

Afirma asimismo Ulibarri que las escuelas vascas estaban dirigidas por los sacerdotes del pueblo y en ellas la enseñanza (ésta es su característica) se impartía toda en vascuence. Es afirmación que Ulibarri hace en otras ocasiones extensiva a otras poblaciones vascas, citando casos concretos de personajes conocidos de su época, como el vizcaíno José de Murga, que, a través del vascuence, ya había, para los ocho años, aprendido el latín. Hechos de esta naturaleza le proporcionarían más tarde argumentos para defender como viable la idea de la creación de escuelas vascas, en las que el euskera fuera vehículo único de enseñanza para toda asignatura.

Si tales afirmaciones le sonaran a fantásticas a alguien, en su apoyo podrían aducirse otras ajenas, como algunas del Padre Cardaveraz en *Euskeraren berri onak* (1761), que no distan mucho de las del hijo de Oquendo. Y aun en el mismo sentido, parece hablar el hecho de que las más de las primeras gramáticas vascas se escribieron con la finalidad de enseñar a los vascos algún erdera, el latín o el castellano, muy al contrario de las que se escriben ahora.

El panorama que tenemos es, según parece, el siguiente:

– El euskera se ha utilizado en la escuela; pero no era lo corriente, lo habitual. Quienes utilizan el euskera son vascófilos, estudiosos de la pedagogía o clérigos. Una minoría. No la escuela “oficial”.

– Todos creen que era obligación de los niños aprender español en

la escuela. Quienes desean enseñar euskera, incluso, no albergan duda de que se debe impartir castellano. También los Caballeritos de Azkoitia tenían tales propósitos. La discusión no es erdera sí o erdera no, sino euskera también o euskera no. Algunos sostendrán que se debe impartir euskera, pero la gran mayoría hace caso omiso de esta lengua.

– En la mayor parte de las escuelas se estudia y se usa sólo el español.

He aquí lo que Larramendi denunció:

Los Bascongados no parece que han hecho aprecio della... Dentro de su País se destierran cuantos medios pudieran conducir para conservarla y descubrir sus primores. Nada se lee ni se escribe ni se enseña a los niños en Bascuence; no hai Maestro que quiera ni sepa deletrear en su Lengua.

Ulibarri lo declamaba en verso:

Esaizu: zelan da au,
zetara ari gara?
Euskera berba eginda,
eskolia erdera?¹⁷

Tomaremos como conclusión la opinión que manifestaba GAUR (*Así está la enseñanza primaria*, 1969), siguiendo al P. Lasa:

Sin perjuicio de que en las zonas rurales la enseñanza se desarrollase predominantemente en vascuence, en las urbanas en cambio, y desde tiempos antiguos, se desarrollaba en castellano. De la misma manera que en los países latinos se hablaba corrientemente las lenguas romances mientras la cultura empleaba el latín, así también en el País Vasco ha ocurrido que uno era el idioma hablado, el vascuence, y otro el idioma de la cultura, el castellano. Sin que de ahí se pueda deducir la inexistencia de una importante cultura en vascuence; ni menos aún la necesidad de que la cultura actual haya de desarrollarse sólo en castellano.

¹⁷ Dime, ¿qué es esto, a qué jugamos? Hablamos en euskera y... ¿la escuela es en erdera?

Aparte de los fuertes condicionamientos ajenos a los vascos que influían en este sentido, a los propios vascos les interesaba el castellano para hacer carrera y para emigrar, pues no se puede olvidar que antiguamente nuestro país era una de las zonas más pobres de la península.

Ese argumento referente a la emigración no es equivocado, pero resulta cortito, escaso, aunque a menudo esgrimido. La verdadera razón era la absoluta falta de prestigio del euskera; el honor del castellano, por su parte, la hegemonía cultural. Al igual que Mariana –en contra de quien arremetió Larramendi– mucha gente de Euskal Herria, los principales al menos, estimaban que el euskera se trataba de una *rudem et barbaram linguam, cultum abhorrentem*, como mucho antes los monjes y Cortes de Navarra lo calificaban de *lingua rustica*. No sólo los de fuera, pues.

Pero el hecho de que el euskera sea desdeñado por los jauntxos no sólo obedece a la ignorancia de la lengua. Larramendi lo percibió con mayor exactitud: aires e ínfulas de los jauntxos euskaldunes para ponerse a la par de los jauntxos de Castilla; al igual que han copiado el porte de la nobleza de Castilla, despreciando a los nobles de su patria, les copian asimismo su manera de expresarse. Como los primates, nuestros elegantes jauntxos pretendían imitar todo aquello que veían en la Corte. En cuanto a los indianos, huelgan los comentarios: deseaban llevar la cabeza muy alta, por encima del pueblo sencillo, cuando regresaban enriquecidos. Querían hacer ver que no sólo aventajaban al campesino en la cantidad de oro sino que, en comparación con el de Euskal Herria, era también mucho más ilustrado, había visto mucho más mundo, tenía mucha más cultura... ¡Qué lástima! El novelista Txomin Agirre nos ha pintado magníficamente un estúpido indiano de esos.

Los bárbaros –ya lo hemos visto– se convirtieron al cristianismo para integrarse en un modelo de civilización que les parecía superior a la propia. Creían que el bautismo les borraba su origen bárbaro, que les limpiaba la vergüenza de aquel origen suyo, que les liberaba de su origen, que les hacía nuevos individuos y los integraba en una civilización más elevada. El bautismo tenía carácter político. Otorgaba una categoría social. Una vez bautizados, dejaban de ser bárbaros. Otro tanto ha ocurrido

en la Euskal Herria del siglo XVI y, sobre todo, del XVII, con los jauntxos, curas y grandes de todo tipo. Viven fascinados con la cultura y civilización castellanas. El lenguaje es símbolo del estado social. Hablar en español da categoría. Y les parece que no saber euskera –mejor aún: no saberlo desde pequeños– indica origen ilustre: nada les vincula a este pueblo salvaje inculto, ellos son de otro origen, diferente, no son zafios campesinos... Idéntico a lo que sucedió en Inglaterra antes del Renacimiento y, en tiempos de la Ilustración, en Alemania y Rusia: la Corte y la nobleza sólo hablaban en francés; de hecho, muchos nobles no sabían hablar en inglés, alemán o ruso. O preferían no saber. No se “contaminaban” ni tan siquiera con la lengua popular porque despreciaban cordialmente al pueblo. Y ese mismo complejo lo detectamos entre los “grandes” euskaldunes. Lejos queda aún la revalorización de la cultura popular llevada a efecto por Azkue, Barandiaran, etc. La cultura popular es despreciada por la burguesía. La cultura vasca les parece cosa de incultos labradores, de pastores montaraces ignaros. El burgués no quiere oler a caserío. Es urbano. “Urbanita”. El burgués desea ser “ilustrado”. Su patria es “el ancho mundo”. Su cultura, “la cultura”, es decir, la cultura de allí o la de aquí. Y nuestro burguesito no se percata de que eso que él cree que es cultura no es más que un modelo cultural adoptado por otros. Ni él más que un mero ignorante. La patria vasca le viene estrecha al burgués; la cultura vasca le resulta mediocre; el euskera, demasiado agropecuario...

En consecuencia, tan vanidosos como acomplejados, los euskaldunes no han hecho más que despreciar y marginar el euskera, es decir, cerrarle las puertas de la escuela. O han inventado perrerías para perseguir esa lengua. Los métodos que posteriormente empleará el Estado para destruir el euskera por todas las vías posibles habrán sido creados por los jauntxos autóctonos. Porque, gracias a los jauntxos, ha llegado hasta aquí el Estado que pretende ahogarnos. Habla el P. Lasa:

El día 18 de marzo de 1787 contrató el pueblo de Elgoibar con el maestro Gregorio de Landibar. En la cláusula 2 estipulaba:

“Que no permita a los niños hablen dentro ni fuera de la escuela otro idioma que el castellano; y que entreguen el anillo para que vaya cir-

culando entre ellos en las faltas que incurrieren; y al último que llevare tal anillo a la escuela le aplique la pena de azotes o palmada con suavidad”.

La escritura de Aia del 27 de noviembre de 1784 decía:

“Dará orden estrecha de que nunca hablen entre sí el vascuence, sino el castellano. Y para puntual observancia de esta orden se valdrá del medio común o sortija, tomando cada sábado razón de su paradero y reprendiendo, apercibiendo y castigando directamente al que se hallare con él”.

El día 9 de enero de 1730, entre las cláusulas estipuladas entre el pueblo y el maestro de Beasain, había una que decía:

“Y que no les permita hablar en vascuence sino en castellano, poniendo anillo y castigándoles como merecen”.

Esos jauntxos de diversos pueblos en primer lugar se han elevado por encima de la gente sencilla, se han convertido en casta especial superior, se han ubicado por encima de los demás y desde ahí se enseñorean. Claro, son “jauntxos”. Y ahora, apoderándose de los Ayuntamientos, pretenden vengar su complejo de salvajes. Pretenden aprender su presunta “cultura de principales” y la pretenden imponer. Son de humilde origen euskaldun. Pero una vez de haber ocupado el escalafón de jauntxo, intentan aparentar elegancia y grandeza. Querrían aparecer tan engreídamente cultos como los jauntxos de Castilla, que admiran. Se avergüenzan de su origen y de su original cultura vasca. Estos bárbaros también querrían “bautizarse”. Quisieran borrar su vergüenza. Su agua bautismal es el español.

Y ese desprecio de la burguesía por el euskera ha llegado hasta nuestros días. Entre mil posibles, transcribimos un solo ejemplo que cuenta Ortueta:

Una señora de buena sociedad, en Bilbao, oye a una nieta suya decir “ama” a la que le dio el ser y, comenta su abuela materna: “¿Como las aldeanitas?” (textual y reciente).

Esa señora dice así, porque la clase social a la que ella pertenece, padeciendo de ceguera –con valiosas excepciones– cree vivir en un mundo distinto a la clase popular, no por otra cosa. Y ella se alarma un poco de oír el idioma popular en boca de su nieta... Parece ver allí en su nieta, un incipiente proceso de descenso social.

Tras pasar muchísimos años aguantando burlas y sufriendo la represión social, al final incluso el pueblo llano se lo ha creído; se ha inclinado a pensar igual que el jefe y ha asumido que es vergonzoso hablar en euskera: la cultura es el castellano... ¡El euskaldun se avergüenza de ser euskaldun! Y no se da cuenta de que lo único que ha hecho es asumir la ideología de sus represores, ¡aprobar su represión! Lógico es, pues, y así lo comprendemos, sin dificultad, que unos simples obreros declaren con toda la inocencia del mundo: *hablamos vascuence, porque no sabemos español. Nosotros hablaríamos con muchísimo más gusto en ese idioma, pero querer no es poder.* Y no se dan cuenta de que están diciendo lo que los represores les han puesto en la boca, nada más. Desde luego, ¡cuánta razón tenía Marx!

La ideología de los principales es la ideología principal de cada época: he aquí un caso ejemplar que muestra con toda claridad cómo ha sucedido eso mismo. Dónde, y en el “socialismo vasco”. Es decir, en el socialismo vasco de España. Ha sido la alienación perfecta.

VI

¿QUÉ HACER?

PROBLEMAS DE LA HISTORIA

Vamos avanzando, poco a poco. Caminamos, al menos. O camina el tiempo. Y uno, entre los quehaceres diarios, se topa con demasiados problemas.

Problemas, en las ideologías: ¿cuánto valen, en nuestra opinión, las esperanzas, los objetivos y propósitos, los proyectos? ¿No es acaso el hombre un *animal enfermo*? ¿No nos sucede que sacamos cuentas —que soñamos— sin tener en cuenta que el hombre es un animal?

Problemas, en la historia: de dónde venimos. Cómo ha sobrevivido este insignificante pueblo, entre imperios romanos, francos, godos, árabes. Por qué no se ha creado un Estado vasco duradero. Por qué se unieron Álava, Bizkaia, Gipuzkoa a la Corona de Castilla. Qué tipo de vínculos eran. Sobre todo: por qué han surgido semejantes líos en estos dos centenares años y en qué consisten, fundamentalmente, tales líos. Y a ver si hay lugar para nosotros en el mundo moderno.

En cuanto a la historia vasca, a decir verdad, el primer y más grave problema es que no la conocemos. Un euskaldun (escolarizado) que no se haya dedicado expresamente a ello —empezando por mí mismo— conoce mejor la historia de cualquier otro pueblo de Europa que la del suyo. En gran medida, porque tampoco hemos tenido dónde aprenderla. La mayor parte de análisis históricos venían demasiado ligados a alguna tesis, con grandes polémicas. Por otra parte, tampoco los historiadores se ponían de acuerdo, ni mucho menos. Y, además, quien se ocupa del presente, quien desea subvertir el presente y lo que ha suce-

dido hasta el presente, no mira la historia pasada tanto como un conservador. Ve sus problemas en el futuro, no en el pasado.

Ésa es la cuestión: que Euskal Herria no necesita un pasado mejor, sino un futuro mejor.

Mucha de la historia que se ha hecho, sin embargo, ha sido para concedernos un pasado mejor. La historia “abertzale”, sobre todo.

De cualquier modo, nadie va a negar la importancia de la historia. Al contrario. Quienquiera puede observar cómo se va multiplicando la aparición de libros que versan sobre historia. Ha habido una racha, por así decirlo, de “teoría pura”. Se predicaban las ideas, solas, desnudas. Ahora, en cambio, nos encontramos en la oleada del análisis histórico. Y, de hecho, hay una gran demanda de dicha mercancía. Se dan muchísimas conferencias –porque así es la demanda–, se escriben muchos libros, se entablan más polémicas, sobre las Guerras Carlistas, los Fueros, la hipotética democracia vasca, los jauntxos, etc. El pueblo que perdió (al que le arrebataron) su naturaleza busca su pasado.

Esto denota el paso del franquismo al postfranquismo. Antes, todo eran filosofías y teorías. Ahora, todo es historia. Antes, la cuestión marxista y asuntos semejantes. Ahora, libros de historia, uno tras otro: Zabalá, Ugalde, Ortzi, Beltza, Otazu, Fz. de Pinedo, Solozabal, Fusi, Fz. Albadalejo, Idoia Estornés, etc. No sé cuántos. Abra usted *Zeruko Argia* y lo verá repleto: los Fueros, el Estatuto, conferencias allí, charlas aquí, historia para arriba, historia para abajo. Viento del sur, viento del norte: cambio de la corriente de pensamiento.

No pretendo extenderme en esto, pero tampoco desearía dejarlo sin citar: esta nueva ola, esta nueva expresión de la ideología –y de la lucha ideológica–, ¡viene en *erdera!* La literatura en euskera era, hasta el momento, lo más ligado a la problemática vasca. La casi única ventaja de la literatura euskaldun era ésta: ser literatura en euskera. De nuevo ha comenzado el español a enseñorearse... Además, la Euskal Herria que nosotros deseamos no es la que se demuestra con ninguna historia, sino la que precisamos. Una Euskal Herria del porvenir, contraria a la historia, precisamente.

Las conferencias y los análisis y esos libros se hacen con una ideolo-

gía, por supuesto. Y, en lo referente a la historia, o en historias eruditas, seguimos en la anterior lucha de ideologías, obviamente. La historia no nos importa en sí misma. Es el interés político el que nos lleva a la historia. En esencia, lo que discutimos en la historia es el presente. Buscamos el presente en la historia y, de este modo, deseáramos *reconstruir* el presente, es decir, retroceder. Pretendemos fabricar el futuro en el pasado.

A la hora de explicar los actuales conflictos, siempre acudimos a las guerras carlistas. Pero también antes existían mil enredos. Aunque casi lo único que hemos sacado a colación, de lo de antes, han sido Larramendi, los Caballeritos de Azkoitia, Llorente y compañía...

Una cosa que todos sabemos y siempre citamos es esto: para el siglo XVIII ya había algo entre euskaldunes y castellanos. Ahí quedaron las polémicas de Larramendi en defensa de Euskal Herria. Para aquella época ya estaban al rojo vivo ciertos cabos y nudos de ese revoltijo de cables que *reiteradamente hallaremos*:

– qué magnífico e incomparable idioma es el euskera, o qué inútil e incapaz.

– la incomparabilidad de los Fueros y su provechoso resultado en la vida social de Euskal Herria, o la carencia de base y escaso valor de los mismos.

– la limpieza de sangre y natural nobleza de los euskaldunes, ajena a todo *privilegio y gracia de los Reyes*, o la plebeyez y carencia de personalidad, como pueblo, de los euskaldunes, etc.

Pero tanto Larramendi como los Caballeritos de Azkoitia y el resto han aparecido como consecuencia de un largo proceso.

Al principio de ese proceso está la *inconmensurable desidia* de los propios euskaldunes. Y, en el colofón de dicho proceso, perviven los dos aspectos: uno dice que Euskal Herria no vale un pimiento. El otro responde que como Euskal Herria no hay otra en el mundo... Claro, las cosas no son así de simples. Hoy en día, el más tonto es tan listo como para disimular su tontez. Y, como esas discusiones son políticas, además, las cosas se dicen más políticamente. Uno elogiará la demo-

cracia vasca de otros tiempos, el otro alabará otra cosa. Uno pretenderá demostrar el abertzalismo de los carlistas; otro, su clericalismo o su naturaleza retrógrada. Uno, los méritos de Arana Goiri; el otro, su racismo. Etc., etc.

¿Vamos a decir que ambos tienen razón? ¿Y qué? ¿Qué sacamos de ahí? Aunque los euskaldunes jamás hubiesen tenido ni Rey de Navarra, ni Fueros, ni democracia, ni Árbol de Gernika, ni carlismo... ¿qué? Y si los euskaldunes han tenido Reyno de Navarra y Fueros y democracia y otras muchas glorias, ¿qué? Vivimos ahora, aquí. No vamos hacia el pasado, sino hacia el futuro.

Lo que nos importa es a qué interés responden o representan esos comportamientos.

Uno nos hará una historia de Euskal Herria, llena de belleza y glorias. ¿Qué nos intenta decir con eso?

Otro no nos presentará más que miserias en la historia de Euskal Herria. ¿Qué nos intenta decir con eso?

Que en Euskal Herria las cosas no han ido como debieran es algo que aceptamos sin dificultad. De otro modo, no estaríamos como estamos. A quienes únicamente nos muestran los prohombres y las doradas páginas de la historia, pues, habrá que preguntarles a ver dónde están las páginas oscuras. Un socialista no suele pensar que antes las cosas hayan podido ir mejor. Y aunque fueran mejor, poca importancia tiene eso. Por lo tanto, a quienes únicamente nos describen las páginas oscuras les vamos a contestar que no nos importa. Que precisamente por eso queremos un futuro más claro y una Euskal Herria mejor.

La realidad actual es ésta: es difícil ser euskaldun. Querer ser euskaldun. No sólo porque somos pocos, porque tenemos poco apoyo, etc. *Lo más difícil es mantener alguna motivación para obstinarse en ser euskaldun.* En Euskal Herria hay que demostrar que merece la pena ser euskaldun. Lo que en casi ninguna otra parte es preciso. Nadie nos pondría pegas para existir como españoles o como franceses. Pero a esos que han bautizado sus hogares como Francia y España les debe de parecer que ser euskaldun es no ser nada. Y, al final, han conseguido que incluso nosotros mismos pensemos así.

Si usted, siendo euskaldun, se siente orgulloso de mostrarse francés o español, nadie le dirá nada. Al contrario, si proclama cuánto han embellecido y honrado a Francia y España los euskaldunes, le declararán a usted persona de espíritu amplio y universal. La condición siempre es pertinente a España y a Francia. Nosotros nada somos para nosotros mismos.

Pero en cuanto se le ocurra a usted decir qué euskaldunes son los euskaldunes, o qué euskaldunes han sido, o qué euskaldunes debieran ser, inmediatamente le espetarán que tiene usted un espíritu mezquino, pueblerino, pacato, angosto, cicatero, zafio, ruin, miope y otras lindezas. Es usted un burgués, además y, por tanto, enemigo de la unidad del proletariado (es decir, enemigo de la unidad de España).

Ser euskaldun, esto es, ser sola y únicamente euskaldun, es algo que es mejor no serlo, sinceramente. Dicho de otra forma, merece la pena ser euskaldun a mayor honra de España o de Francia. No así ser euskaldun para honra del euskaldun. Buen euskaldun es quien lo es como mero accidente o complemento del francés o del español. Que para ser euskaldun baste con ser euskaldun es algo que no cabe en eso que los jauntxos de París y Madrid han declarado *espíritu amplio y universal*. Eso ahora no es así sólo porque lo es. La historia lo ha colocado así. Y el *pecado es de los euskaldunes*, no de Euskal Herria. La historia nos ha traído hasta este punto.

ARESTI, BIEN MEJOR, LEÓN FELIPE

Cada loco con su tema y uno de los temas de los euskaldunes es el nombre. Nuestra identidad nos viene dada por el nombre de nuestra casa, por la estirpe, por la tribu. No por el trabajo. Por el dicho, no por el hecho. "Bizcaitarra zarian aldeti eguinda daucazu hidalguia; es baña Bizarguin, Odolateratzalle ta zauri-osatzallia zarianeti"¹, como cree Peru Abarka. Y. claro, ahí andamos nosotros, a vueltas, a ver de dónde viene nuestro apellido, cuándo y cómo surgió nuestra hidalguía, qué escudo de armas tiene nuestra familia. En muchas casas se puede contemplar la reproducción del escudo de armas que tal vez pertenezca a la familia, colgado de la pared.

Cuando una genealogía es venerada de este modo yo no sé qué busca exactamente el animal humano, pero es indudable que pretende ensalzarse, ennoblecerse, engrandecerse. Nosotros no somos gran cosa, de acuerdo, pero el huésped nos honra. La historia, al parecer, nos confiere una dimensión diferente.

La ficción de la historia, mejor dicho: porque en el escudo y esos adminículos no tenemos más que un símbolo bastante primitivo, como mucho. Eso sí, un símbolo al que podemos conceder todo el valor que

¹ La hidalguía te viene dada por ser vizcaino,, no por ser barbero, sangrador o sanador.

deseemos (grandeza, orgullo, etc.). Así se convierte para todo el mundo en un símbolo de identidad de fácil manejo, con tanto valor como la fe: la fe siempre ha sido creativa. También sirve para decorar el hogar. Cada cual se da el gusto correspondiente a su elevada categoría.

Estimo que es un invento socialmente muy positivo en su momento la solución vasca de la nobleza general. Eso quiere decir que los euskaldunes, cuando la vieja era iba a concluir, inventaron su propia fórmula para el mundo nuevo, idónea no sólo para ellos, sino muy original para todos los demás, que estaban mirando hacia allá. La nobleza universal de los euskaldunes significaba entonces la auténtica y muy positiva realidad política, jurídica y social (aunque relativa). No sé si existen muchas soluciones más bonitas en Europa.

Y precisamente por eso es preciso dejarse de nostalgias y autoengaños y comenzar a destruir algunos mitos: para que entendamos que vivimos el presente (y no en los siglos XV o XVI); y para que entendamos que los euskaldunes en el mundo actual no constituimos más que una realidad bastante vulgar y que tenemos que pensar otra solución. Algunos símbolos cumplen, tal vez, en diversos casos, un servicio terapéutico aunque, hemos de confesarlo, colectivamente parecen bastante anacrónicos y ridículos.

Los euskaldunes, en el final de una era y en este umbral del porvenir, tenemos que formular de nuevo nuestra posición en la historia. Y, para comenzar, es preciso que conozcamos y asumamos nuestra realidad. Estimo que León Felipe ha connotado perfectamente esta realidad:

¡Qué
lástima
que yo no tenga
una casa!
Una
casa
solariega
y blasonada;
una
casa
en que
guardara

a más de otras cosas
raras,
un sillón de viejo cuero,
una mesa apolillada
y el retrato de mi abuelo
que ganara
una batalla...
¡Qué
lástima
que yo no tenga un abuelo
que ganara
una
batalla,
retratado
con una mano cruzada
en el pecho
y la otra mano en el puño de la espada!
¡Y qué
lástima
que yo no tenga siquiera
una espada!...
porque... ¿qué voy a cantar
si no tengo ni una patria,
ni una tierra
provinciana,
ni una casa
solariega
y blasonada,
ni el retrato de un abuelo
que ganara
una
batalla,
ni un sillón viejo de cuero,
ni una mesa, ni una espada?...

Al igual que las personas, también las naciones montan su historia mítica. Sus patriarcas y prohombres, reyes santos, heroínas, victorias fulgurantes y derrotas teatralmente heroicas, etc., con sus paraísos, purgatorios e infiernos, porque también los nacionalismos son religiones.

Pero, fíjese: otros pueblos han tomado como símbolos propios a leones, osos, lobos, águilas, tigres, etc. Nosotros, un árbol: “eman ta zabalzazu munduan frutua”². Lo nuestro no es grandeza.

Lo nuestro es la libertad.

En la historia vasca no existen grandiosos acontecimientos ni nada parecido. Entre Baiona y Burgos no se aprecia ninguna otra catedral de tal tamaño. (Sí, en cambio, muchísimas capillas rurales y bellas iglesias de diminutas aldeas). Los caseríos son nuestros más frecuentes “palacios”. Carecemos de una metrópoli de cierto nivel: los mayores núcleos urbanos vascos —la misma Bilbao— no son más que ensaladas de barrios provincianos. Como decía Aresti, *ez gara aberatsak, ez gara zaldunak*, ni somos ricos, ni caballeros. El orgullo es inculto. Pero en nuestro caso es tonto, además. Si pudiéramos —opino—, nosotros también habríamos hecho como los demás, esto es, “enda sendo, azkar ooren antzera auzo ahulagoren bizkarretik hedatu eta aberastu”³. Conquistar, reprimir, saquear otros pueblos. Y es un consuelo para nosotros, aunque sea debido a la imposibilidad, que nos hayamos visto libres de los crímenes que otros han cometido. Estamos libres, entre otras cosas, de tener que enorgullecernos patrióticamente de pasadas barbaridades.

No tenemos Imperio y así está bien. Lo nuestro es la libertad.

Pero incluso los críos le preguntan a uno “quién es el más grande, quién el más fuerte, quién el más nosequé”, siempre en superlativo: vivimos en una sociedad de triunfadores y derrotados. En la cultura de la megalomanía.

Hay que aprender a ser pequeño. En contra de la cultura y en contra de la escala de valores de la sociedad moderna. Si lo que se desea es embellecer el mundo, no ampliarlo —*small is beautiful*—, al menos. Es decir, si desea usted colaborar, como euskaldun, en que el mundo sea más libre y más hermoso.

² Pertenece a la letra del himno “Gernikako arbola”: *fructifica y propaga esos frutos por todo el mundo*.

³ Al igual que todas las razas fuertes, inteligentes, medrar y enriquecernos gracias al esfuerzo de las próximas más débiles.

CREAR CULTURA, CREAR PUEBLO

La española es una cultura “grande”. La cultura vasca es pequeña. Si los españoles albergan dudas acerca de su verdadera magnitud cultural (y parece que, frecuentemente, dudan) cometen una estupidez estableciendo comparaciones con el euskera. Tampoco solemos comparar nuestro pequeño euskera con el chino. Corresponden a diferentes clases de medida.

La cultura vasca no sólo es pequeña. Está rasgada, quebrada. Vive encadenada. La han pisoteado durante mucho tiempo.

Tercero: el euskaldun ha dejado demasiado tiempo abandonada su cultura euskaldun. De ahí proviene que el euskaldun mantenga una muy problemática relación con su cultura. Existe una especie de largo puente entre el euskaldun y la cultura vasca. Un puente derruido, en muchos casos.

Quien frecuenta el mundo de la cultura encuentra tres tipos de gente:

– Un primer tipo que vive abiertamente en contra del euskera, aduciendo cualquier razón. Ignora supinamente el euskera, si no es para actuar en su contra. Argumentará la españolidad de todos, la unidad de la nación, la inutilidad del euskera. Es un directo perseguidor y represor del euskera. Dado que hasta ahora navegaba a favor de corriente, este tipo de gente no ha tenido problemas y ni siquiera ha sentido la necesidad de disimular sus posturas.

– El segundo tipo dice (piensa) que es mejor abandonar el euskera.

Al igual que Unamuno o muchos padres desidiosos; por no quebrar la unidad del proletariado, por ejemplo. Enemigo, hombre, éste no es enemigo fanático del euskera, en cuanto a sentimientos, por lo menos. Pero no le ve sentido. Este punto de vista estaba muy extendido antes de la guerra. La mayoría de socialistas ancianos pertenecían a este grupo (el socialismo de Eibar), es decir, los socialistas vascos; porque, de otro modo, la mayor parte del viejo socialismo de Euskal Herria entra totalmente dentro del primer grupo, en el de los enemigos del euskera. Mucha gente que se las da de abertzale también habría de ser incluida en este apartado, sobre todo de las generaciones anteriores a la guerra. La mayoría de ellos aman mucho a Euskal Herria, a su modo. No se quedan atrás a la hora de aplaudir a Euskal Herria y sus cosas. Pero lo que verdaderamente aman es el txoko: desde el Athletic de Bilbao, pasando por las sardinas de Santurce/Santurtzi y el txakoli de Getaria, hasta el mejor puente colgante. Una curiosa historia vasca, llena de ejemplares como Okendo, muy bonita. *Aitorren hizkuntza zaharra*⁴. Cánticos vascos. Ambiente vasco. Txistu, etc. Los de este grupo aman a Euskal Herria pero sin una verdadera cultura euskaldun. En los últimos tiempos han sido tildados de folkloristas.

No se ve hoy día mucha gente de ésta, a partir de la radicalización de posturas que se ha observado. Pero como la gente del primer apartado no tiene futuro —porque en adelante habrá que ser demócrata— es lícito pensar que de nuevo se engrosará este ejército. Los del primer grupo se ampararán aquí, escondiendo sus hasta ahora negras zarpas bajo guantes blancos. Vamos a tener una gente de espíritu muy amplio y universalista. La gente más liberal del mundo.

— El *tercer grupo* de gente lo constituyen los vascófilos y abertzales. Lucha. Pero la mayor parte de las veces está empleada en otras tareas y no ha entendido bien eso de producir cultura.

También de éstos quedan cada vez menos. Pero los últimos años han sido testigos de los enfrentamientos que han protagonizado los del frente cultural y social, los del frente militar, los políticos. No siempre se ha

⁴ La vieja lengua de Aitor.

visto claro el sentido político y social de la producción cultural. Tampoco siempre la actividad cultural ha hecho acto de presencia. Como el euskera se encuentra en tal difícil trance, se ha solido incidir únicamente en lo del euskera, nada más. Ahora mismo también es preciso luchar en este aspecto. Una cosa es hacia dónde nos empuja la necesidad. Pero lo que nosotros queremos no es cualquier cultura, no es suficiente con que sólo cumpla la condición de estar expresada en euskera. No deseamos que una minoría posea la cultura y el resto, el euskera “pelado”. Euskera para todos y cultura para todos. Lo que pretendemos, pues, no es tomarla, como si fuera un sistema de aprendizaje, cambiarla de manos y traducirla al euskera. Hay que crear otro sistema, con otros contenidos, y hacerlo en euskera. Siendo las tareas tan diversas, en el futuro las diferencias van a ser inevitables entre la producción cultural y las demás disciplinas. La cosa política, especialmente. Porque es lo de siempre. De todos modos, pensamos que se ha conseguido la unión de todos.

Se clasifican en tres grupos, pues, los problemas políticos que encontramos en la producción cultural. Distinguiremos sólo dos apartados: la cuestión de los folkloristas puede ser obviada.

Que la cultura vasca es reducida, pobre, débil, escasa... Este tipo de excusas han alegado quienes deseaban asfixiar el euskera y quienes lo han descuidado.

A menudo hablamos sólo de cultura como si esa cultura fuera algo puro. Un ente abstracto. Pero no hay tal. Lo que hay es gente, sociedades, con sus obligaciones, sus cometidos, sus idas y venidas, políticas, comercios, cantares, ocio, conversaciones, tradiciones, etc. Con sus culturas. Y existen las relaciones entre la gente. También entre los pueblos.

Frecuentemente, las culturas que se aprenden a través de los libros y en los libros esas culturas suelen ser abstractas, esto es, ideas *puras* acerca de la cultura. ¿Qué idea tiene usted de la cultura sumeria? Algunos monumentos y muy poco más, seguramente. Y eso mismo le sucede con cualquier otra cultura aunque, tal vez, tenga algún dato más (si no ha penetrado en ella, al menos). Conoce usted una buena porción de autores, un poco de historia y unos cuantos relatos, obras de arte, etc. Pero esa cultura es como si todo funcionase sin personas. Anda por sí misma. Me-

por dicho, está quieta ella sola, está como en el aire, suspendida. Pensándolo un poco, ya sabe usted que sin personas no hay cultura. Pero, ¿cuándo se pone uno a plantearse esas cuestiones!... Muchas veces también hablamos así de la cultura vasca. Los enemigos del euskera, particularmente, no se percatan de que hablar de la cultura vasca es hablar de los euskaldunes. Pero no nos asombra, dado que la mayoría de ellos no tienen sino una idea acerca de la cultura vasca: la han tomado desde una perspectiva exterior, y con pinzas. Porque no están dentro. Vamos ahora al otro extremo: no hay cultura vasca; lo que hay es Euskal Herria. Y lo que existe no es un problema entre la cultura vasca y la cultura erdeldun, sino problemas entre Euskal Herria, entre el pueblo euskaldun y otros pueblos erdeldunes (no importa aquí que los que han provocado los problemas sean los propios pueblos).

Si existen problemas de relación entre la cultura vasca y las culturas erdeldunes, se trata de problemas entre dichos pueblos. Y analizar estas circunstancias como problemas meramente *interculturales* es huir del meollo del asunto hacia un terreno casi neutral. Es falsear el problema. Intentar convertir el problema en algo *únicamente cultural* lo que en la realidad es un problema político.

Los euskaldunes mantienen relación con franceses y españoles. La han mantenido y la mantendrán. Deseamos seguir en el mundo y el problema no es tener relación o no tenerla. El problema es el tipo de relación.

Las actuales relaciones no son buenas. Eso es algo que todos han percibido, a la vez, iluminados por un relámpago del espíritu santo, tal vez. Antes había gente muy seria que le negaba a usted que hubiera un problema vasco. Ahora todos convienen en que lo hay. Pero ¿cuál es ese problema? Para un Sánchez Albornoz tal vez consista en que los euskaldunes no quieren pagar tantos impuestos como las otras provincias. Y si los euskaldunes piden libertad será una mera excusa para no pagar impuestos. Sánchez Albornoz nos ha tomado por tontos, pero nos ha atribuido una razón bastante inteligente, mire por dónde. Con esa razón ya quedan explicados los juicios de Burgos, todos aquellos jóvenes muertos, los cientos de jóvenes que hay en las cárceles, los exilados, todo el movimiento cultural de los últimos años, la ikastola, la nueva izquierda, etc.,

etc. Todo está claro: simple cuestión de impuestos.

Dejemos a un lado las explicaciones sobre el origen de los conflictos. Sean los impuestos o sea lo que sea, tanto en cuestión de impuestos como en otras muchas cuestiones, es preciso corregir las relaciones entre vascos y franco-españoles.

En el plano cultural, por ejemplo. No sacamos a relucir el plano cultural porque sea lo más importante. Pero es que estamos hablando de eso.

Para nosotros existe un punto de partida simple y claro: somos un pueblo culturalmente reprimido, esto no tiene vuelta. Lo que a cualquier minoría, a la más pequeña, se le reconoce como derecho humano fundamental nos ha sido negado a nosotros. Y no por dejadez, sino mediante la aplicación de minuciosas políticas.

La política que se ha llevado a cabo con la cultura vasca —no sólo con el euskera— apenas ha sido la que se podía esperar de un país civilizado. Exactamente eso es lo que podemos temer de gente que piensa que *no somos más que unos españoles sin romanizar*. De quienes no nos aceptan, no nos toleran como pueblo, de quienes nos ven como la *negación pura*.

El contenido político de la cultura está claro. Aunque nosotros mismos no lo quisiéramos, lo ven los vecinos. Y en ese mundo tenemos el reto: vivir o morir. Por otra parte ya no hay forma de crear un Estado que no tome en sus manos la administración de la cultura. Y ahí esta el *quid*.

La civilización y la cultura de un pueblo es, de algún modo, su historia. Pero la historia viva. Los franceses no son hoy más demócratas que los demás porque en 1789 hicieron una revolución. Los griegos no son un pueblo dominante en la cultura mundial, a pesar de que lo fueran en una época. Y aunque los euskaldunes pudieron ser en el siglo VII o IX más bárbaros que los sevillanos (?) eso no nos convierte per saecula saeculorum en más bárbaros que los sevillanos. Con esos planteamientos no llegaremos a ningún destino, salvo a imbecilizarnos.

Si los españoles opinan que tienen una historia brillante, ¡que les aproveche! Si poseen gran cultura, ¡felicidades y por muchos años!

Pero el meollo no es ése. *El planteamiento que en este contexto no aceptamos es*, precisamente, si los euskaldunes poseen mayor o menor cultura que otros. Existen masas culturales mayores y menores, por supuesto, tanto en extensión como en historia. Gran historia cultural posee, por ejemplo, Egipto. Sin gran extensión. Y los ingleses, una historia cultural bastante reciente. Pero de una inmensa extensión. ¿Y qué? He escrito expresamente *masa cultural*, para evitar el concepto de calidad. No alcanzo a adivinar, por ejemplo, qué despropósito sería tomar a los holandeses o italianos por pueblos más cultos que los ingleses, por ejemplo. De cualquier modo: ¿que importa la dimensión de la cultura ahora que hablamos de derechos y de respeto?

Si nos ponen en el disparadero, podríamos llegar a aceptar valoraciones. Podríamos aceptar, por ejemplo, que la francesa o la española son culturas más valiosas, más extensas, más bellas, más ricas, más tal y más cual que la vasca. Bueno, ¿y qué, de todas maneras? Tampoco eso significaría que los españoles o los franceses son personas más cultas que los euskaldunes. Sobre todo, en modo alguno quiere decir que esas hipotéticas ventajas pueden convertirse en principio para pisotear a nadie. Las relaciones son circunstancias entre personas y pueblos. Son las personas quienes detentan los derechos, no las cosas. O los pueblos, no las culturas. La persecución de Galileo no está mal porque Galileo tuviera razón; si no la hubiera tenido, hubiera sido igual. Los derechos que se conculcaron no pertenecían a la ciencia; eran derechos de Galileo y de todos los individuos. Y se persiguió a Galileo y, en su persona, a todo ser humano, no a la ciencia. La persecución del euskera no está bien ni mal porque sean persecuciones de culturas grandes o pequeñas; al tratarse de la persecución de un pueblo, está mal, y se acabó. Y si ese pueblo es pequeño e indefenso, peor que peor.

Grandes culturas, pequeñas culturas: siempre estamos así. Y éste es el pensamiento de los Inquisidores de todas las épocas. El Inquisidor cree que la verdad tiene derechos, pero la mentira no. Que la verdad ha de perseguir a la mentira. Pero quien persigue la mentira no es la verdad sino un grupo de gente; y lo que se persigue es, siempre, a un conjunto de personas, no la mentira. He ahí el salto que da el Inquisidor de una cosa a la otra: de los derechos de la verdad a los derechos de unas per-

sonas. Como él es consciente de que carece de derechos, se apropia de los correspondientes a una cosa, los de la verdad o los de la cultura mayor. Y ese mismo salto lo ejecutan los otros Inquisidores, de la grandeza de la cultura española a la grandeza de los españoles.

Los euskaldunes, como adoradores del fuego, sabemos que el fuego no es el humo. Quienes nos hablan de la grandeza de la cultura española y la exigüidad de la cultura vasca están hablando de humo, no de fuego; pueda que deseen concluir algún principio para efectuar una organización política de la sociedad.

Los argumentos de los enemigos del euskera —es decir, de los partidarios de la cultura romanizada pura, de los españoles— esconden otro fallo. Lo describimos muy brevemente: se suelen expresar con nosotros como si la cultura tuviera algún derecho, como si la dimensión confiriera más o mayores derechos. Es que, al final, eso es lo que nos quieren decir: la cultura española es más fuerte, por lo tanto tiene derecho a asfixiar a la cultura vasca, que es más débil...

Así las cosas, cultura arriba o cultura abajo, resulta que estamos rehuendo el problema: el problema es el Estado.

Y, precisamente, ¡oh, gente romanizada!, los Estados civilizadísimos son los que mejor están demostrando que el único modelo de Estado que conocen es el de *cárcel de pueblos*. Estoy cada vez más convencido de que ése es el problema, sólo ése.

Ahora, al parecer, se ha aclarado lo de los niveles de derechos. Soplan nuevos vientos de democracia y, como siempre que soplan nuevos vientos, a cada paso no se menciona otra cosa que derechos. Los de los euskaldunes han sido reconocidos, sólo en estos últimos días, miles de veces. Han reconocido tantos derechos con versallesca cortesía, incluso quienes no los tendrían que reconocer...

No confiamos demasiado. Por una simple razón: ahora no se cita otra cosa que derechos, pero un Estado no se construye sólo a base de derechos. Un Estado se constituye a base de tantas obligaciones como derechos. Y ya veremos cómo esos que ahora solamente ondean derechos, a la hora de recordarnos las obligaciones, cómo considerarán las obligaciones de los euskaldunes y en qué quedarán todos aquellos derechos de

los euskaldunes, entre tantas obligaciones del Estado. Los enemigos del euskera han sufrido una derrota absoluta, al parecer. Pero una derrota puramente teórica. Cuando, pasada la hora de la lengua, llegue el momento de los dientes, ya veremos si los dientes también son nuevos. No decimos que no. Pero tampoco que sí, antes de verlo.

Tal vez se solucionen pronto todos los problemas. Creer es libre. Mientras tanto, por si acaso, habrá que esforzarse.

Habrá que luchar en el plano político. En el frente social. Y también en el nivel cultural.

Observe la sociedad euskaldun: somos una mezcla de gentes de diversos orígenes, euskaldunes, gallegos, andaluces; menos de la mitad sabe euskera; tres de cada cuatro de los que hablan euskera no lo saben leer ni escribir; si quisiéramos plantear una Universidad apenas podríamos reunir suficientes profesores —que supieran bien euskera— para todas las Facultades; sólo tenemos unos pocos periodistas titulados; la mayoría de profesionales viven exclusivamente en erdera. El euskaldun es gente de la más baja estofa; comerciantes, banqueros y toda la clase social superior, capitalistas o técnicos, viven en erdera, pero no han arrancado recientemente, sino hace siglos; los mejores terrenos, deseuskaldunizados, sobre todo las cuatro capitales de Hego Euskal Herria. La literatura en euskera rezuma agua bendita. El euskera, lengua débil y limitada que ha estado marginada durante siglos, carece de un aparato técnico para los conceptos que se precisan en el mundo moderno, no alcanza a lograr la unidad, y nosotros mismos, los euskaldunes, andamos como lobos por poner o no poner una *h*...

Quienes nos movemos en la producción cultural vasca sabemos cómo está el euskera, tan bien como el Rector de Salamanca o Múgica Herzog y Sánchez Albornoz.

¿Merece la pena trabajar en la producción cultural vasca?

Esa pregunta apunta al sentido político que tiene la producción cultural: ¿qué sentido tiene la producción cultural? ¿Merece la pena? ¿No es el nuestro un problema fundamentalmente político?

Según lo que pretendamos. Si lo que deseamos es un desierto hu-

mano, como el que constituimos actualmente, dejemos que las cosas marchen a su ritmo sin inmiscuirnos, no tenemos por qué cansarnos. Y, al final, eso se ve bastante claro, lo que fría esta sartén será una tortilla española, en la Euskadi libertada o sin libertar.

Si, por el contrario, lo que deseamos es ser un pueblo, Euskal Herria, tendremos que esforzarnos. También los inmigrantes se tendrán que integrar. ¿Dónde está la Euskal Herria que los pueda integrar? ¿O es que se van a integrar en el caserío?

Mucho se ha escrito de la importancia que la lengua reviste en eso de la nacionalidad. Vamos a dejar ese aspecto, por ahora. El pueblo tiene que tener conciencia de nación para mostrarse como pueblo y comportarse como tal. Conciencia de pueblo política y cultural. La unidad popular, por su parte, precisa de sus propios órganos, para poder organizarse y desarrollarse. ¿En torno a qué se ha de crear conciencia nacional? Una generatriz de conciencia podría ser la geografía: la conciencia inglesa está muy influenciada por las islas (los otros europeos son *continentales*). *Puede serlo también la religión: ésta ha sido la que ha hecho unirse a irlandeses, polacos, croatas. El Estado no ha sido el factor más débil, por supuesto, a la hora de crear conciencia nacional.* Podría serlo la lengua. Por ahora y sobre todo, entre nosotros, no podría ser otro factor que la lengua. Ni geografía, ni religión, ni historia, ni alianzas económicas, ni razas (¿Se imagina una conciencia colectiva en base a la pureza de sangre!) van a impulsar una conciencia de unidad nacional.

Decimos, repetimos y volvemos a decir hasta la saciedad que el problema vasco es un problema de nacionalidad. Es así. Ahora todos lo confiesan. Pero no nos engañemos. Hace por lo menos ciento cincuenta años que existe ese problema. Pero me parece que los otros siempre han visto en clave de problema las cosas de los euskaldunes —"los vascos"—; es decir, que han considerado a los euskaldunes como grupo o equipo, no como pueblo, dentro del Estado (francés o español), como colectividad que padece sus problemas, al igual que los Testigos de Jehová, las madres solteras o los homosexuales. Y que los propios euskaldunes siempre se han mostrado más bien como grupo de interés que como pueblo. Arana Goiri es, entre nosotros, el primero que ha llegado a ver las cosas claras, como problema nacional. Queda mucha gente, de todos modos

—no sólo del Ebro hacia abajo sino también dentro de casa—, que no ve aquí ni pueblo ni nación. Los euskaldunes les parecen unas minorías dispersas. Esos, lo más liberales, al menos, están dispuestos a establecer para los euskaldunes unas *reservas de indios*. Y quien lo desee tendrá libertad de utilizar la lengua que escoja. Porque la Euskadi de esos no es Euskal Herria, euskal herria ⁵.

Y me temo que son más de los que pensamos.

Recordemos algunos argumentos que se han esgrimido últimamente entre nosotros: que el capitalismo apátrida ha homogeneizado y asimilado a todos los pueblos de la Península en un Estado y que eso ha supuesto un *paso progresista y revolucionario*; que Euskadi no es sólo euskaldun, porque hay aquí muchos inmigrantes y ereldunes autóctonos; que Euskal Herria no es nación, sino sólo nacionalidad, etcétera. Y todos estos razonamientos, en esencia apuntan hacia un mismo objetivo: a negar el planteamiento nacional.

A nadie vamos a demostrar que somos un pueblo ni que somos una nación realizando agudos análisis sobre naciones y nacionalidades, sino comportándonos como nación. Con la praxis. Los conceptos y las interpretaciones históricas pueden transformarse en lo que se quiera. Por otra parte, *nación, nacionalidad* y demás conceptos han sido inventados para poder explicar diversas praxis. Pero sólo mostrándonos como nación y comportándonos firmemente como tal lograremos demostrar que aquí hay una nación y un problema nacional. Y sólo entonces se aceptará que somos una nación. Sólo entonces se crearán los conceptos que nos corresponden, nación, nacionalidad o nacioleches. Lo que hace falta no son palabras, sino actividad.

Hace ya unos quinientos años que euskaldunes y españoles avanzan juntos. Y otros tantos, o un par de años más, que llevan liados a mamporros. Los euskaldunes siempre se han empeñado en su *peculiaridad*. Ahora bien, a lo largo de la historia, ¿en qué ha consistido tal peculiaridad? Alguna tradición, un pintoresco título de nobleza, Fueros... Lo que,

⁵ El pueblo vasco

en el siglo XIX, los euskaldunes defendían a sangre y fuego eran los Fueros. Los euskaldunes apenas se comportaron como pueblo –a pesar de existir un problema de tal carácter– en el contencioso foral, tal como ahora podemos ver. Y otro tanto los liberales (haciendo salvedad de Txaho y Garatea).

Los españoles comenzaron desde el siglo XVIII a negar a los euskaldunes su carácter de nación y de pueblo. Y a comienzos del siglo XIX se pondrá en marcha una sistemática campaña, por encargo del Gobierno, para hacer aparecer a Hego Euskal Herria como meras provincias privilegiadas e *igualarlas* a las restantes provincias españolas. Igualarlas, integrarlas, asimilarlas.

Ahora se cargan todas las culpas en el centralismo de los Borbones. O en el “liberalismo centralista burgués”. Eso es demasiado fácil. Con Borbones o sin ellos, España –que iba perdiendo colonias– avanzaba encarrilada hacia su conversión en un Estado moderno. Un Estado compuesto a base de retales de provincias, en lugar de una Corona. En mi opinión, apenas hubieran tenido más miramientos si hubieran visto una nación en Euskal Herria. Pero, al margen de eso, ¿podían ver los españoles en Euskal Herria otra cosa que un simple conjunto de provincias? ¿No se han dejado ver demasiado los propios euskaldunes como meras provincias, exhibiendo únicamente el tonto orgullo de ciertas *peculiaridades* de poca monta, tanto en su conciencia política como cultural?

Dos aspectos hemos de tener en cuenta, en lo referente al problema vasco: una cosa es qué son los euskaldunes para los españoles: *españoles sin romanizar*, etc. Hay una larga tradición que nos transforma en un simple y curioso grupito marginal. Ha aparecido de mil maneras a lo largo de los siglos, reportándonos graves consecuencias. Recordemos, por ejemplo, cuántos problemas ha habido sólo para poder hablar de una *nación vasca*, aún cuando Euskal Herria no era la revuelta sociedad actual. Nosotros no creemos que ese empeño en reducir el problema vasco a una serie de problemas particulares –esa postura que, por ejemplo, no podía tolerar la palabra *nación*– esté totalmente superado. Los españoles son españoles y eso va a cambiar muy poco.

La otra cosa es cómo se muestran los propios euskaldunes. Con una firme conciencia nacional, en su conciencia política o cultural, o ni fu ni fa.

La producción cultural de hoy tiene ese sentido político. No podemos limitarnos a mostrar a los demás una cultura nacional sino que también, en cierta medida, hemos de crearla, por supuesto. Si esta nación está desvencijada no es por culpa únicamente de los otros, de los de fuera, sino también por la nuestra. Nadie va a considerarnos nación por el mero hecho de que hayamos detentado ciertas leyes especiales o ciertas tradiciones peculiares.

También nosotros comenzaremos por las mismas consideraciones que hacen nuestros enemigos: que la cultura vasca es exigua, que somos una nación medio deshecha, etc. No vamos a adentrarnos en detallitos como dónde comienzan las seminaciones o los cuartos de nación, si somos nación o un ápice menos que nación, etc. No importa definir qué somos. No es hora de bizantinismos. De cara al futuro, el problema está claro: dentro de cien años seremos la nación vasca o no seremos nada. Eso es todo. Ahora no está claro qué somos. Sólo la praxis puede determinar qué somos.

Euskal Herria es hoy un hospital de conciencias. La mayoría somos pedazos: medio euskaldunes, tres cuartos de euskaldunes. El trabajo y la lucha decidirán qué gente saldrá de este caos, si la nación vasca o, por el contrario, españoles al fin romanizados. Que cada cual vea a dónde le lleva el trabajo que está realizando. Todas las demás escolásticas están de sobra. Para que la gente salga de aquí totalmente euskaldun, integrada en una nación euskaldun, con una entera —no mediana— conciencia política y cultural, que no esté rasgada por sentimientos contradictorios, para eso, digo, la gente habrá de saber dónde integrar esa nación, si es que la desea integrar. Y si no lo desea, no hay nada que hacer. Hoy por hoy los euskaldunes somos como ramas podadas, en busca del tronco; como trozos de carne, en busca del hueso. Es preciso encontrar el esqueleto de una nación euskaldun; y los inmigrantes que no saben dónde integrarse, los territorios que se han romanizado, las capitales presa de la esquizofrenia, los bárbaros que nos hemos escolarizado en escuelas extranjeras, etc., nos adheriremos a dicho esqueleto. La nación euskaldun está ato-

mizada. Y hay que unirla. Sólo la actividad, la producción cultural podrá determinar a qué unirla.

Ésa es nuestra cultura, nuestra actividad: crear pueblo, crear nación. Recrear una comunidad. Hemos de retroceder, hay que regresar a aquel Renacimiento que se nos quedó sin hacer: más que al Renacimiento del Euskera, a un Renacimiento en euskera. Al encuentro de nosotros mismos y de la libertad.

ÍNDICE

I. LOS EUSKALDUNES: VACIOS SIN ROMANIZAR

Un textito y su contextito	19
Problemas de xenofobia	25
Si no hay cultura, no hay pueblo	29

II. DEL VIEJO MITO AL NUEVO CUENTO

Los Españoles y los Euskaldunes	37
Romanos y Bárbaros	39
Bárbaros y Euskaldunes	47
La decadencia del Imperio y la independencia de los Euskaldunes	51
Del cuento de los Godos bárbaros al mito de los nobles Españoles	63
El mito de los nobilísimos francos	71
Bárbaros y cristianos	81
El mito del Euskaldun salvaje	91
La propagación del mito	97

III. LAS IDEOLOGÍAS DE LOS RENACIMIENTOS

Ideologías megalómanas	113
La enhiesta casa paterna	127
Tubalios y Godos	141
En el mundo, España, en España, Castilla	149

El nobilísimo Español	163
Aplastar a las minorías, limpiar el mundo	169
Purísima y nobilísima raza	177
Evangelizar, civilizar, españolizar	189
Cuerpo unido de nación	199
“Anch’io son...”	209

IV. SIERVOS DEL IMPERIO

Un pueblo marginal en la historia	221
Tierra pobre	243
Euskaldunes y erdaldunes, juntos.	253
Apologistas versus escritores euskaldunes.	279
Nacionalismos lingüísticos	289
Sobre el origen o La originalidad del Español	299
El castellano, primogénito	311
Jauntxos e ideología de jauntxos	317
Clase perdida, pueblo vendido.	341
Los enemigos domésticos del Euskera.	357

V. UNA VIEJA NACIÓN SIN UNA EDAD MODERNA PROPIA

Del medievo a la modernidad	367
Los humanistas: la desviación	391
La iglesia y la euskerofilia	403
Un renacimiento vasco que no ha llegado a ser renacimiento	415
La vieja Euskal Herria y los nuevos tiempos	427
Gu gera mila probintzi.	435
Ni Navarra, ni renacimiento	451
Entre el renacimiento y la contrarreforma	457
Humanismo, Brujas, Herejías, autos de fe: La agonía de la libertad de espíritu.	475
Pueblo sin escolarizar	487

VI. ¿QUÉ HACER?

Problemas de la historia	501
Aresti, bien mejor, León Felipe	507
Crear cultura, crear pueblo	511